Best seller #1 de *The New York Times*

VICTORIA AVEYARD



TORMENTA DE GUERRA

LEVANTARSE O MORIR

Mare Barrow aprendió que toda victoria tiene un precio cuando fue traicionada por Cal. Ahora, decidida a proteger su corazón y a asegurar la libertad de los Rojos y los nueva-sangre como ella, Mare resuelve derrocar el reino de Norta de una vez por todas… comenzando con su nuevo monarca, el rey Maven.

Pero ninguna corona se conquista sola y antes de que los Rojos se levanten, Mare debe unirse al muchacho que le rompió el corazón para poder vencer al joven que casi acaba con ella.

La guerra está a punto de estallar, y aquello por lo que Mare ha dado su vida se encuentra en juego. ¿Será suficiente lograr la victoria para destronar a los reinos Plateados o se acallará a la Niña Relámpago para siempre?

Victoria Aveyard

Tormenta de guerra

Levantarse o morir

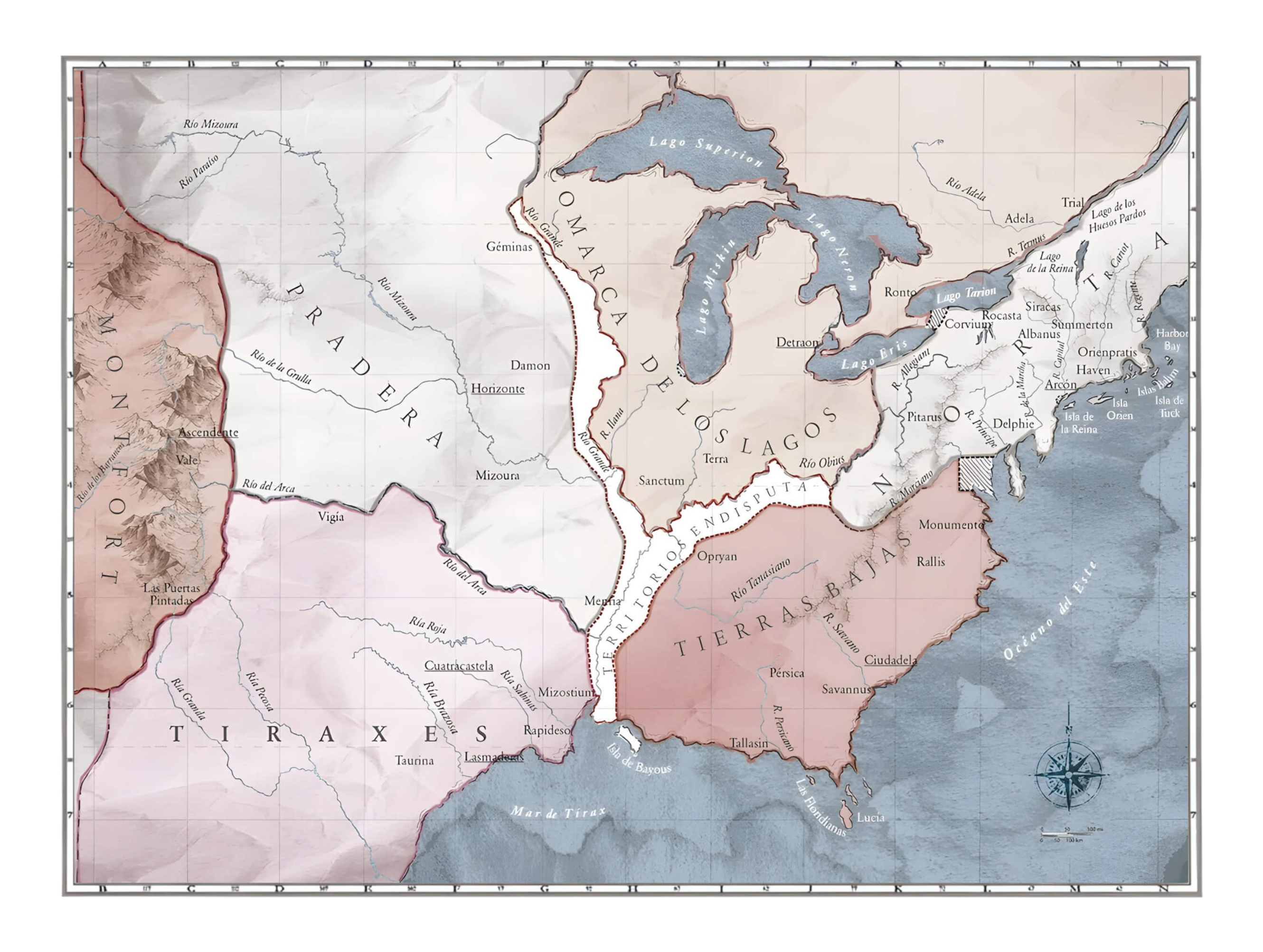
La reina Roja - 4

ePub r1.0
Titivillus 14.04.2025

Título original: *War Storm*
Victoria Aveyard, 2018
Traducción: Enrique C. Mercado González
Ilustración de portada: John Dismukes
Diseño de portada: Sara Nichole Kaufman
Mapa: Victoria Aveyard

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para mis padres y mis amigos,
para ti y para mí



MONTFORT
PRADERA
COMARCA DE LOS LAGOS
TIRAXES
TIERRAS BAJAS
TERRITORIOS EN DISPUTA
Lago Superion
Lago Mishiu
Lago Neron
Lago Eris
Lago Tarion
Río Mizoura
Río Paraíso
Río de la Grulla
Río del Arca
Río Grande
Géminas
Damon
Horizonte
Mizoura
Ascendente
Vale
Las Puertas Pintadas
Vigía
Sanctum
Terra
Río Obius
Detraon
Ronto
Corvium
Rocasta
Siracas
Albanus
Summerton
Orienpratis
Haven
Arcón
Pitarus
Delphie
Adela
Trial
Río Adela
Lago de los Huesos Pardos
Lago de la Reina
Harbor Bay
Isla de la Reina
Isla Onen
Isla de Tuck
Monumento
Rallis
Opryan
Río Tanasiano
R. Savano
Ciudadela
Pérsica
Savannus
Tallasin
Lucia
Las Flandianas
Isla de Bayous
Mar de Tirax
Océano del Este
Memfia
Cuatracastela
Mizostium
Rapideso
Taurina
Lasmadeus
Río Roja
Ría Granda
Ría Picosa
Ría Brazosa
Ría Sabinas



UNO
Mare

Nos sumergimos en el silencio durante un prolongado momento.

Corvium se tiende a nuestro alrededor y, aunque está llena de personas, se siente vacía.

Divide y vencerás.

Las implicaciones de este precepto son claras, las líneas muy visibles. Farley y Davidson me miran con igual intensidad y yo les devuelvo la mirada.

Supongo que Cal no tiene la menor idea de que ni la Guardia Escarlata ni Montfort le permitirán ocupar el trono que persigue. Supongo que la corona le importa más que lo que cualquier Rojo pueda pensar. Y creo que nunca debería llamarlo Cal otra vez.

Su nombre es Tiberias Calore, el rey Tiberias, Tiberias VII.

Ese es el nombre con el que nació, el que usaba cuando lo conocí.

Ladrona, me llamó entonces. El mío era ese.

¡Ojalá pudiera olvidar la última hora, retroceder en el tiempo, tambalearme y tropezar! Disfrutaría un segundo más de ese espacio curiosamente agradable donde lo único que sentía era el dolor de músculos cansados y huesos restablecidos, el vacío después de la adrenalina de la batalla, la certeza del amor y el apoyo de Cal. A pesar de mi sufrimiento, no soy capaz de odiarlo por su decisión; la cólera vendrá más tarde.

El rostro de Farley trasluce inquietud, algo raro en ella; estoy habituada a la fría determinación o la ardiente furia de Diana Farley. Reacciona a mi mirada con una mueca de su boca, cubierta de cicatrices.

—Transmitiré la decisión de Cal al resto de la comandancia —rompe la callada tensión con voz suave y comedida—; únicamente a la comandancia, Ada difundirá el mensaje.

El primer ministro de Montfort baja la barbilla para señalar su acuerdo.

—Sospecho que los generales Cisne y Tambor ya están al corriente de estos sucesos; han seguido con atención a la reina Lerolan desde que entró en escena.

—Anabel Lerolan estuvo en la corte de Maven el tiempo suficiente, unas semanas por lo menos —declaro firme y vigorosa; debo parecer fuerte pese a que no me sienta así: es una buena mentira—. Puede ser que ella tenga más información de la que yo les di a ustedes.

—Quizás —el premier sube y baja la cabeza con aire reflexivo y entrecierra los ojos en lo que mira el suelo y esboza un plan; hasta un niño sabría que el camino que nos aguarda será arduo—, y esa es la razón por la que tengo que regresar allá —añade como si se disculpara, como si temiera mortificarme cuando solo cumple con su deber—. Hay que mantener los ojos y oídos bien abiertos, ¿eh?

—¡Ojos y oídos bien abiertos! —respondemos al unísono, para nuestra mutua sorpresa.

Mientras abandona el callejón, el sol reluce en su cabello gris y lustroso; después del combate, tuvo el cuidado de eliminar el sudor y la ceniza y reemplazar por uno limpio su uniforme manchado de sangre, para recuperar así su acostumbrado porte ordinario y sereno: sabia decisión. Los Plateados gastan demasiada energía en su aspecto, en el falso orgullo de la fuerza y el poder visibles, y nadie lo hace más que el rey Samos y su familia, quienes ahora se encuentran en la torre que se levanta sobre nosotras. Junto a Volo, Evangeline, Ptolemus y la siseante reina Viper, Davidson pasaría inadvertido, podría fundirse con las paredes si quisiera. *No lo verán venir, no nos verán venir*.

Trago saliva con aliento entrecortado para proseguir el hilo de mis pensamientos: *Y Cal tampoco*.

Tiberias, me corrijo al instante, cierro la mano y clavo las uñas en mi piel con un aguijonazo placentero. *Llámalo Tiberias*.

Las negras murallas de Corvium lucen pacíficas y descubiertas sin el cerco. Dejo de ver a Davidson y miro a los parapetos que rodean la sección central de la ciudad-fortaleza. La escalofriante ventisca acabó hace mucho tiempo, la oscuridad se disipó y ahora todo parece aquí más pequeño, menos imponente. En otra época, se obligaba a los soldados Rojos a atravesar esta ciudad como si fueran ganado, la mayoría de ellos en marcha a su inevitable muerte en una trinchera; ahora son Rojos quienes patrullan las murallas, puertas y calles, y se sientan junto a reyes Plateados para hablar de la guerra. Algunos soldados cubiertos con pañoletas carmesíes deambulan por doquier

con ojos ágiles como flechas y mantienen a la mano sus desgastadas armas. Nadie tomará por sorpresa a la Guardia Escarlata, pese a que haya escaso motivo para que esté nerviosa, al menos por lo pronto; los ejércitos de Maven se hallan en retirada y ni siquiera Volo Samos se atrevería a intentar un ataque desde el interior de Corvium cuando necesita a la Guardia, a Montfort y a nosotros, y menos todavía cuando Cal. —*¡Tiberias, tonta!*— ya ha pronunciado una hueca arenga a favor de la igualdad. Volo lo necesita tanto como a nosotros: su nombre, su corona y su maldita mano en ese abominable matrimonio con su infame hija.

La cara se me enciende, avergonzada por el rastro de celos que se apodera de mí. Perder a Tiberias tendría que ser la última de mis preocupaciones, no debería dolerme tanto como el riesgo de que yo caiga, seamos derrotados en la guerra y permitamos que toda nuestra lucha haya sido inútil, pero lo consigue. Lo único que puedo hacer es resistir.

¿Por qué no dije que sí?

Rechacé su ofrecimiento, lo rechacé a él. No habría podido aguantar otra traición, suya… y mía. *Te amo* es una promesa que ambos hicimos y rompimos. Debería significar *Te elijo por encima de todo, te quiero más que a nada en el mundo, te necesitaré siempre, no podría vivir sin ti, haré cuanto sea preciso para impedir que nos separemos*.

Él no lo hizo. Yo tampoco.

Yo valgo menos que su corona y él vale menos que mi causa.

Y mucho menos que mi temor a otra jaula. *Consorte*, dijo, y me tendió una corona imposible. Haría de mí una reina si pudiese relegar *de nuevo* a Evangeline. Pero ya sé cómo luce el mundo a la derecha de un rey y no quiero volver a vivir de esa forma. Aun cuando Cal no es Maven, el trono es el mismo, cambia a la gente, la corrompe.

¡Qué extraño destino habría sido el de Tiberias con su corona, su reina Samos y yo! Muy a mi pesar, una parte de mí querría haber dicho que sí. Habría sido sencillo, una oportunidad para rendirme, dar marcha atrás, *ganar*… y disfrutar de un panorama que ni siquiera en sueños habría imaginado: darle a mi familia una vida mejor, mantenerla a salvo y estar junto a Cal, permanecer a su lado, ser una chica Roja del brazo de un rey Plateado, con poder para cambiar el mundo, matar a Maven, dormir libre de pesadillas y vivir sin temor.

Muerdo con fuerza mi labio para ahuyentar ese deseo. Es demasiado tentador y casi justifico la decisión de Tiberias; incluso separados, nos comprendemos.

Farley cambia ruidosamente de postura para llamar mi atención: suspira, se recarga en el muro de la callejuela y cruza los brazos. A diferencia de Davidson, omitió el reemplazo de su ensangrentado uniforme, que después de todo no es tan repugnante como el mío, libre como está de fango y mugre. Aunque tiene manchas de sangre plateada, se han secado y ennegrecido. Clara nació hace apenas unos meses y Farley porta con garbo el peso adicional que persiste en sus caderas. Si acaso sentía compasión, la ha sustituido por una rabia que chispea en sus ojos azules y que no dirige contra mí sino al cielo, a la torre que se eleva frente a nosotras, donde un peculiar consejo de Plateados y Rojos pretende decidir ahora nuestro destino.

—Ahí estaba él —no espera a que pregunte de quién habla—, con su cabellera plateada, ancho cuello y ridícula armadura. Respira en este mundo todavía, pese a que traspasó con una daga el corazón de Shade.

Hundo más las uñas en mi carne cuando pienso en Ptolemus Samos, el príncipe de la Fisura, el asesino de mi hermano. Al igual que Farley, siento una furia súbita y un arranque de vergüenza.

—Tienes razón.

—Y todo porque tú hiciste un trato con su hermana y cambiaste su vida por tu libertad.

—La cambié por mi venganza —admito con voz tenue—. Y sí, le di mi palabra a Evangeline.

Exhibe los dientes con indignación manifiesta.

—Le diste tu palabra a una Plateada y esa promesa vale menos que las cenizas.

—Es una promesa de todos modos.

Gruñe, se endereza y voltea hacia la torre. ¿Cuánto dominio debe ejercer sobre sí misma para no ir en este instante a sacarle los ojos a Ptolemus? Yo no la detendría si lo intentara; de hecho, acercaría una silla para ver el espectáculo.

Abro el puño y libero mi dolor. Doy un paso para acortar la distancia entre nosotras y luego de un segundo de vacilación poso una mano en su brazo.

—*Yo* hice esa promesa, Farley, no tú ni nadie más.

Esta afirmación la apacigua y su mueca de disgusto se torna en una sonrisa de complicidad. Me mira con ojos espléndidamente azules en los que se refleja la luz del sol.

—Tal vez serías mejor para la política que para la guerra, Mare Barrow.

Le dirijo un gesto acongojado.

—Son lo mismo —una difícil lección que aprendí por fin—. ¿Crees que lograrás matarlo?

En otro tiempo, la insinuación de lo contrario le habría merecido una burla, porque ella es, como se debe, una mujer dura con una coraza más dura todavía, pero algo —quizá Shade, con certeza Clara, el vínculo que ahora compartimos— me permite ver más allá de la pétrea y segura apariencia de la general, quien titubea a la vez que la sonrisa se le desdibuja.

—No sé —murmura—; lo que sí sé es que no podría volver a verme a los ojos ni mirar a Clara si no tratara de hacerlo.

—Yo tampoco si te dejara morir en el intento —le aprieto el brazo—. ¡Por favor, no vayas a cometer una tontería!

De pronto recupera la sonrisa y parpadea.

—¿Desde cuándo soy una tonta, Mare Barrow?

Siento una punzada en las cicatrices de mi nuca, que había olvidado casi por completo. Este dolor es poca cosa en comparación con lo demás.

—¿Adónde nos llevará todo esto? —digo, con la esperanza de que recapacite, pero solo sacude la cabeza.

—No puedo contestar una pregunta que tiene tantas respuestas.

—Me refiero a Shade, a Ptolemus: ¿qué ocurrirá después de que lo mates: Evangeline te matará a ti y a Clara, yo acabaré con ella y así sucesivamente, sin final a la vista? —aunque no soy ajena a la muerte, esto parece distinto, desenlaces calculados, algo propio de Maven, no de nosotras. Por más que hace ya mucho tiempo que ella puso la mira en Ptolemus, cuando yo me hacía pasar por Mareena Titanos actuábamos en nombre de la Guardia, de una causa, de algo diferente a la venganza ciega y sanguinaria.

Sus ojos se amplían, vehementes e insoportables.

—¿Quieres que le permita vivir?

—¡Por supuesto que no! —escupo casi—. No sé qué quiero ni lo que digo —se me atora la lengua—, pero puedo preguntar de todas formas. Sé lo que la venganza y la ira le hacen a una persona, a quienes la rodean, y no quiero que Clara crezca sin la compañía de su madre.

Aparta toscamente la mirada y oculta el rostro, aunque no tan rápido para esconder una repentina oleada de lágrimas que no alcanzan a rodar por sus mejillas. Agita un hombro y me aleja.

Insisto, debo hacerlo, tiene que oír esto.

—Ya perdió a Shade y si le dieran a escoger entre vengar a su padre y conservar a su madre, sé lo que decidiría.

—A propósito de decisiones —suelta, sin mirarme aún—, estoy muy orgullosa de la que tomaste tú.

—No cambies de tema, Farley…

—¿Oíste bien, Niña Relámpago? —fuerza una sonrisa y presenta una cara demasiado roja—. ¡Dije que estoy orgullosa de ti! Apunta eso, atesóralo en tu memoria, porque quizá no vuelvas a escucharlo jamás.

Muy a mi pesar, lanzo una carcajada enigmática.

—¿De qué exactamente estás orgullosa?

—Antes que nada, de tu buen gusto para vestir —sacude la tierra revuelta con sangre adherida a mi hombro— y de tu carácter amable y sosegado —río de nuevo—, aunque también porque sé lo que se siente perder al hombre que amas —esta vez es ella quien me toma del brazo, quizá para que no escape de una conversación para la que no creo estar preparada.

Escógeme, Mare. Estas palabras se pronunciaron hace apenas una hora; es lógico que me persigan todavía.

—Lo sentí como una traición —fijo la mirada en su barbilla para no tener que verla a los ojos. La cicatriz en la comisura izquierda de su boca es profunda, tira de sus labios hacia un lado; es una tajada limpia, obra de un estoque certero, que no tenía cuando la conocí, a la luz de una vela azul en el viejo carromato de Will Whistle.

—¿De Cal? ¡Desde luego…!

—No, no de él —la nube que en ese momento atraviesa el cielo nos cubre con sombras móviles. Por extraño que parezca, la brisa del verano es fría y me hace temblar, así que siento un deseo instintivo de Cal y su tibia presencia, porque él nunca permitió que padeciera frío. Esta idea, lo que ambos dejamos atrás, me revuelve el estómago—. Me hizo promesas —continúo—, pero yo se las hice también y las quebranté. Y él tiene otras más por cumplir, que se hizo a sí mismo y a su difunto padre. Ya amaba la corona antes de que me amara a mí, lo supiera o no. Y al final cree que hace lo correcto por nosotros, por *todos*. ¿Cómo podría culparlo por ello?

Debo esforzarme para enfrentar la mirada inquisidora de Farley. No tiene una respuesta para mí, o no una que me complazca, al menos. Pese a que se muerde el labio para contener lo que quiere decir, el recurso no surte efecto.

Ríe e intenta ser cordial, aunque se muestra tan quisquillosa como siempre.

—No lo disculpes.

—No lo hago.

—Da la impresión de que sí —suspira con exasperación—. Por excepcional que sea, un rey *no deja de ser* un rey. Aun si puede ser una buena persona, eso no significa que no sea lo que es.

—Quizá también habría sido lo correcto para mí, para los Rojos. ¿Imaginas lo que una reina Roja sería capaz de hacer?

—Muy poco, Mare, si acaso algo —responde con extrema seguridad—. Cualquier cambio causado por la presencia de una corona en tu cabeza sería demasiado lento, muy limitado —baja la voz—, y fácil de anular. No perduraría; todo lo que hemos conseguido se acabaría contigo. No me lo tomes a mal, pero el mundo que queremos edificar debe vivir más que nosotros.

En beneficio de quienes habrán de sucedernos.

Me traspasa con su mirada, imbuida de una concentración casi inhumana. Clara tiene los ojos de Shade, no los de ella; son dulces, no insondables. ¿Qué piezas de la pequeña terminarán por corresponder algún día a cada uno de sus padres?

La brisa sacude su cabello recién cortado, que bajo la sombra de las nubes es de un oro oscuro. Cicatrices aparte, es joven todavía, solo una hija más de la guerra y el desastre. Ha visto cosas peores que yo, ha hecho más de lo que yo haré nunca; también se ha sacrificado y sufrido más. Su madre, su hermana, mi hermano y su amor; lo que de niña soñó ser: todo eso se ha evaporado. Si es capaz de continuar y mantener viva su fe en lo que perseguimos, yo puedo hacerlo de igual forma. Por más que choquemos, confío en ella, y sus palabras son un consuelo extraño pero necesario; en mi mente he discutido tanto conmigo misma que ya estoy fastidiada.

—Es cierto —algo se libera en mi interior y permite que el estrafalario sueño del ofrecimiento de Cal se hunda en las tinieblas para no regresar nunca.

No seré jamás una reina Roja.

Me aprieta el hombro y esto casi duele. A pesar de los sanadores, sufro toda clase de malestares y la mano de ella es demasiado vigorosa aún.

—Además —agrega—, no serías tú quien ocupase el trono. La reina Lerolan y el rey de la Fisura aseguraron sin ambages que será la chica Samos quien lo haga.

Esta idea me hace resoplar. Evangeline Samos dejó ver tan claramente sus intenciones en la sala del consejo que me sorprende que Farley no lo haya notado.

—No si ella puede evitarlo.

—¿De qué hablas? —abre mucho los ojos y me alzo de hombros.

—Viste lo que hizo ahí, la forma en que te provocó —el recuerdo es todavía tan fresco que sigue vivo en mi memoria: frente a todos, Evangeline llamó a su lado a una ayudante Roja, rompió una copa y obligó a la pobre doncella a recogerla por mero capricho, para encolerizar a todas las personas de sangre bermellón presentes en la sala. No es difícil comprender sus motivos y lo que esperaba conseguir—. No quiere participar en esa alianza si eso significa que debe casarse con… Tiberias.

Por una vez, todo indica que la tomé desprevenida; parpadea perpleja, aunque también intrigada.

—Como sea, ella está de vuelta en el punto de partida. Pensé… no pretendo entender la conducta Plateada, pero…

—Evangeline es ahora una princesa por derecho propio y con todo lo que quiso siempre; no creo que desee volver a pertenecerle a nadie y eso es lo que su compromiso matrimonial representó en todo momento para ella… y para él —añado con pesadumbre—: una alianza en busca de poder. Ahora ya lo tiene —se me adelgaza la voz— o no lo quiere más.

Recuerdo el periodo que pasé con ella en el Palacio del Fuego Blanco. Para Evangeline fue un alivio que Maven se casara con Iris Cygnet, y no solo porque él era un monstruo sino también porque, pienso… ella quiere a otra persona más que a sí misma o que la corona de Maven.

Elane Haven. Después de que esta Casa se rebeló en su contra, el monarca llamó a Elane la golfa de Evangeline. Pese a que no vi a Elane en el consejo, buena parte de su familia respalda a la de Samos, es su aliada. Y todos los Haven son sombras, capaces de desaparecer a voluntad. Es probable que Elane haya estado ahí todo el tiempo sin que yo lo supiese.

—¿Crees que ella intentaría *trastornar* la obra de su padre si pudiera? —semeja un gato que acabara de atrapar un rollizo ratón—. ¿Si alguien… le *ayudara*?

El amor no bastó para que Cal rechazara la corona, ¿bastará para que Evangeline lo haga?

Algo me dice que sí: todas sus estratagemas, su resistencia silenciosa, su propensión a estar siempre en el filo de la navaja.

—Quizás —esta palabra adquiere nuevo peso y significado para nosotras—. Tiene motivaciones propias. Y creo que eso nos brinda una ligera ventaja.

Esboza una sonrisa de labios torcidos. No obstante todo lo que sé, siento de súbito que la esperanza renace en mí. Para el momento en que ella me golpea el brazo, su sonrisa es de una franqueza absoluta.

—Bueno, Barrow, toma nota de nuevo: estoy muy orgullosa de ti.

—Tiendo a ser útil de vez en cuando.

Lanza una carcajada, da un par de pasos y me hace señas para que la siga. Parecería que la avenida en la que desemboca el callejón nos llamara, con losas fulgurantes sobre las que se derriten los últimos rastros de la nieve. No quiero retirarme de este oscuro y seguro rincón; el mundo más allá de este espacio reducido es demasiado grande aún. El corazón de Corvium se alza sobre nosotras, con la torre principal al centro. Respiro de manera entrecortada y me obligo a moverme; el primer paso resulta difícil, el segundo también.

—No es forzoso que vuelvas —susurra Farley cuando se coloca a mi lado y mira a la torre—. Te pondré al tanto de cómo acaba todo. Davidson y yo podemos manejarlo.

A pesar de que no sé si pueda soportar el retorno a la sala del consejo, y guardar silencio mientras Tiberias me lanza a la cara lo que hemos logrado, debo hacerlo: percibo cosas que los demás no pueden, sé cosas que otros ignoran. Tengo que volver, debo conseguirlo por la causa.

Y por él.

No puedo negar cuánto anhelo regresar por él.

—Deseo tener la misma información que tú —murmuro—, conocer todos los planes de Davidson. No volveré a entrar a ciegas en ningún proyecto.

Aprueba esto muy rápido, quizá demasiado.

—¡Por supuesto!

—Cuenta conmigo para lo que gustes, pero con una condición.

—¿Cuál?

Aflojo el paso y ella lo hace conmigo.

—Que él no termine muerto —ladea la cabeza como un perro confundido—. Destruye su corona, haz pedazos su trono, destroza su monarquía —la miro con toda la fuerza de que soy capaz y el relámpago reacciona en mi sangre con fervor, suplica que lo libere— pero no lo mates.

Toma aire con un siseo y se yergue cuan larga es. Se diría que puede ver a través de mí y llegar hasta mi imperfecto corazón. No cedo; me he ganado ese derecho.

Le tiembla la voz.

—Aunque no puedo prometértelo, lo intentaré; no te quepa la menor duda de ello, Mare.

Al menos no me miente.

Siento como si me hubiesen cortado en dos, como si quisiera avanzar en direcciones distintas. Una pregunta obvia flota en mi mente, otra decisión que quizá deba tomar. ¿Qué es más importante para mí: la vida de Tiberias o nuestra victoria? Ignoro qué lado elegiría si me viera en esa disyuntiva, a qué bando traicionaría. Saberlo me hiere en el alma y sufro donde nadie más puede llegar.

Supongo que esto fue lo que el vidente sugirió. Jon hablaba muy poco pero todo lo que dijo tenía un sentido calculado. Pese a que me resisto, sospecho que no tengo otra opción que la de aceptar el destino que él predijo.

Levantarse.

Y hacerlo sola.

Las losas ruedan bajo cada uno de mis pasos. La brisa sopla de nuevo, esta vez desde el oeste, y trae consigo el inconfundible aroma de la sangre. Reprimo la náusea al tiempo que todo vuelve en tropel: el cerco, los cadáveres, la sangre de ambos colores, mi muñeca rota cuando intenté zafarme de la mano del caimán; cuellos rotos, pechos destruidos, la carne al volar en pedazos, órganos refulgentes y huesos con puntas. En la batalla fue fácil distanciarse de ese horror, indispensable incluso; el miedo me habría costado la vida. Ahora no lo es ya; mi pulso se triplica y un sudor frío me cubre el cuerpo. A pesar de que sobrevivimos y vencimos, el terror de la derrota abrió en mi interior abismos muy profundos.

Los siento aún. Los nervios, los senderos eléctricos que mi relámpago trazó en cada persona a la que maté. Como finas y brillantes ramificaciones, cada uno de ellos era diferente, pero igual a los otros. Maté a demasiadas personas para contarlas, con uniformes rojos y azules, de Norta y lacustres por igual, Plateados todos ellos.

O por lo menos eso espero.

El temor de que no haya sido así me cimbra como un puñetazo en el vientre. Maven ha utilizado antes a los Rojos como carne de cañón o escudos humanos. Ni siquiera pensé en ello, ninguno de nosotros lo hizo o quizá no le importó: Davidson, Cal, aun Farley si en algún momento creyó que el resultado era más importante que el costo.

—¡Hey! —ella toma mi muñeca y doy un traspié debido a su tacto, a la sensación de que sus dedos me rodean como un grillete. Me desprendo con un gesto enérgico y emito un gruñido; la vergüenza de que todavía reaccione de este modo me hace enrojecer.

Farley retrocede, sube las palmas y abre bien los ojos, aunque sin temer ni juzgar y sin pizca alguna de lástima. ¿Es *comprensión* lo que veo en ella?

—Lo siento —dice al instante—. Olvidé la excesiva sensibilidad de tus muñecas.

Agito un tanto la cabeza y meto las manos en los bolsillos para esconder las chispas púrpuras que crepitan en las puntas de mis dedos.

—Está bien. Aún no ha transcurrido…

—Lo sé, Mare; ocurre cuando nos relajamos. El cuerpo vuelve a procesar más cosas, en ocasiones demasiadas, y eso no es motivo de bochorno —inclina la cabeza en dirección opuesta a la torre—, como tampoco que te tomes algo de tiempo. El cuartel está…

—¿Hubo Rojos ahí? —señalo como autómata hacia el campo de batalla y las derruidas murallas de Corvium—. ¿Maven y los lacustres enviaron soldados Rojos junto con el resto?

Pestañea, presa de desazón.

—No que yo sepa —responde al fin y oigo zozobra en su voz. Lo mismo que yo, no lo *sabe,* no quiere saberlo; no lo soportaría.

Giro sobre mis talones y por una vez la fuerzo a seguirme. El silencio se impone de nuevo, rebosante de ferocidad y vergüenza en igual medida. Me sumerjo en él para torturarme, para recordar esa congoja y repugnancia. Vendrán más batallas; morirán más personas, sea cual sea el color de su sangre: así es la guerra, así es la revolución. Y otros quedarán atrapados en el fuego cruzado. Olvidar es condenarlos otra vez, y a quienes están por venir.

Mientras subimos la escalera de la torre mantengo las manos en los bolsillos. Un arete hiende mi piel y siento la tibia piedra roja contra la carne. Debería arrojarla por una ventana; si hay algo que tengo que olvidar es a él.

Pese a todo, el arete permanece.

Entramos juntas a la sala del consejo. Los bordes de mi visión se desdibujan e intento situarme en un lugar que ya conozco, observar y memorizar, buscar grietas en lo que se dice y descubrir secretos y mentiras en lo que se deja sin decir. Es una meta y una distracción. Comprendo la causa de que haya sentido tanto interés de regresar aquí cuando tenía todo el derecho a salir corriendo.

La razón no es que esto sea importante ni que yo sirva de algo, sino que soy egoísta, débil y asustadiza. No puedo estar sola, no todavía.

Así que ocupo una silla, escucho y miro.

Y en todo momento siento sus ojos sobre mí.



DOS
Evangeline

Sería fácil matarla.

Espigas de oro rosado se entrelazan con las joyas de tonalidades rojas, negras y naranjas que penden del cuello de Anabel Lerolan. Bastaría un leve movimiento de mi mano para rebanar la yugular de esta olvido, extraer de su cuerpo la sangre, y de su mente sus innúmeras confabulaciones, y poner fin a su vida y su malhadado compromiso matrimonial frente a todos los que asisten a esta sala: mi madre, mi padre y Cal, por no mencionar a los criminales Rojos y monstruos foráneos con los que hemos terminado por asociarnos. Pero no frente a Barrow, quien no ha vuelto todavía; quizá no haya dejado de llorar aún al príncipe que perdió.

Esto implicaría otra guerra, desde luego, la cual haría trizas una alianza endeble de por sí. ¿En verdad yo sería capaz de cambiar mis lealtades por mi dicha? Esta mera pregunta parece vergonzosa, incluso al abrigo de mi cabeza.

No cabe duda de que la vieja siente mi mirada. Sus ojos vuelan un segundo hasta mí, acompañados por una inconfundible sonrisita de suficiencia, mientras se arrellana en su asiento y resplandece de rojo, naranja y negro.

Son los colores de la Casa de Lerolan… y de Calore. Las filiaciones de Anabel son ostentosamente claras.

Con un escalofrío, bajo la vista y la concentro en mis manos. Una uña está muy lastimada, se rompió en el combate. Suspiro, doy forma de garra a una de mis sortijas de titanio y la vuelvo una zarpa en la punta de mi dedo. La hago chasquear sobre el brazo del trono que ocupo, así sea solo para enfadar a mi madre. Ella me mira de reojo como única evidencia de su desdén.

Fantaseo tanto tiempo con matar a Anabel que pierdo el hilo de una asamblea cuyos miembros conspiran en insoportables círculos viciosos.

Nuestro número ha menguado; solo permanecen los líderes de nuestras facciones, reunidos a la carrera: generales, caballeros, capitanes e hijos de la realeza. El jefe de Montfort habla, después lo hace mi padre, más tarde Anabel y el ciclo empieza de nuevo. Todos hacen gala de palabras medidas, sonrisas falsas y promesas vacías.

¡Cómo me gustaría que Elane estuviera aquí conmigo! Debí traerla. Ella misma me pidió venir; no, lo suplicó. Siempre ha querido estar a mi lado, aun de cara al peligro extremo. Trato de no pensar en los últimos momentos que pasamos juntas, con su cuerpo entre mis brazos. Es más delgada que yo, pero también más sedosa. Ptolemus cuidó mi puerta y se encargó de que nadie nos molestara.

—Déjame ir contigo —murmuró ella en mi oído una docena, un centenar de veces. Su padre y el mío nos lo prohibieron.

¡Ya basta, Evangeline!

Me maldigo ahora. En medio de este caos, nadie habría reparado en ella. Después de todo, es una sombra, y una chica invisible es fácil de disimular. Tolly me habría ayudado; si se lo hubiera pedido, no se habría negado a que su esposa nos acompañara. Pero no pude hacerlo; había que ganar antes una batalla, en la que nuestro triunfo distaba de estar asegurado, y no quise correr ese riesgo con ella. Aunque es talentosa, no es una guerrera, y en el fragor de la batalla solo habría sido para mí una distracción y un motivo de inquietud. No podía permitirme nada de eso entonces, mientras que ahora…

Detente.

Mis dedos se ensortijan en los brazos de mi trono y claman por convertir el hierro en piezas dentadas. En mi hogar, el sinfín de galerías metálicas de la Casa del Risco es una terapia a mi disposición. Puedo destruirlas en paz, canalizar mi furia emergente hacia estatuas en incesante estado de cambio sin tener que preocuparme de lo que piensen los demás. ¿Podré hallar en Corvium la privacidad necesaria para hacer algo así? La esperanza de esa liberación es lo que evita que yo pierda el juicio. Araño la silla con mi zarpa, metal contra metal, con tanta reserva que solo mi madre puede oírlo. No me reprenderá por esta causa frente al resto de nuestro insólito consejo. Si he de ser exhibida, ¿por qué no habría de disfrutar de las escasas ventajas de ello?

Aparto al fin mis pensamientos del vulnerable cuello de Anabel y la ausencia de Elane. Tengo que prestar atención si pretendo burlar en verdad el plan de mi padre.

—El ejército del rey Maven está en retirada. No debemos darle tiempo de reagruparse —dice con frialdad el rey de la Fisura y a sus espaldas las altas

ventanas de la torre indican que el sol ha comenzado a ocultarse bajo las nubes que perduran en el horizonte; el devastado paisaje humea aún—; es decir, en tanto que él se lame las heridas.

—Ese rapazuelo ya está en el Obturador —replica al punto la reina Anabel. *Ese rapazuelo*. Habla de Maven como si no fuera su nieto; imagino que nunca más admitirá que lo fue tras la participación de él en el asesinato de su hijo, el rey Tiberias. Maven no es de la misma sangre que Anabel, sino de la de Elara.

Ella se inclina sobre sus codos y une sus arrugadas manos. Su antiguo anillo de bodas, radiante aunque maltrecho, titila en uno de sus dedos. Cuando nos tomó por sorpresa en la Casa del Risco y anunció su intención de respaldar a su nieto, no llevaba puesto ningún metal digno de nota, para huir así de nuestro sentido como magnetrones. Ahora los porta con descaro y nos reta a usar en su contra la corona o las alhajas que presume. Cada parte de sí es una decisión calculada y ella misma no carece de armas. Fue una guerrera antes de que fuese la reina, una oficial en el frente lacustre. Es una olvido que con su mortífero tacto puede destruir y hacer estallar algo… o *a alguien*.

Si no detestara lo que ella pretende imponerme, respetaría al menos su dedicación.

—A estas alturas —añade—, la mayoría de sus fuerzas están ya más allá de la Cascada de la Doncella y han cruzado la frontera a la comarca de los Lagos.

—El ejército lacustre también está herido y es igual de vulnerable. Ataquemos ahora que podemos hacerlo, así sea solo para liquidar a los rezagados —mi padre desplaza la vista desde Anabel a uno de nuestros caballeros Plateados—. La flota aérea de Laris podría estar lista en menos de una hora, ¿no es así?

El Lord general Laris se espabila bajo la mirada de mi padre. Su copa está vacía, permitiéndole disfrutar la embriaguez de la victoria. Tose y se aclara la garganta; percibo su aliento etílico hasta el otro lado de la cámara.

—En efecto, su majestad; basta con que usted lo ordene.

Una voz grave lo interrumpe.

—Me opondré si lo hace.

Cal elige con esmero sus primeras palabras desde que retornó de su rencilla con Mare Barrow. Como su abuela, viste de negro con ribetes rojos, en sustitución del uniforme prestado que usó en la batalla. Se revuelve en su asiento junto a Anabel, en el puesto que ella le asignó como su rey y causa. Su tío Julian, de la Casa de Jacos, ocupa su izquierda, mientras que la reina

Lerolan se alza a su derecha. Flanqueado por esos dos Plateados de sangre noble y poderosa, Cal presenta un frente unido, un rey que merece nuestro apoyo por partida doble.

Por eso lo odio.

Él podría haber puesto fin a mi suplicio si hubiese roto nuestro compromiso y rechazado mi mano, cuando mi padre se la ofreció. A cambio de la corona, sin embargo, se deshizo de Mare; a cambio de la corona, me tendió una trampa.

—¿Qué? —dice mi padre por toda respuesta. Es un hombre de pocas palabras y menos preguntas todavía. El mero acto de oír su interrogante resulta perturbador y, muy a mi pesar, me tenso.

Cal ensancha despacio los hombros, de suyo amplios. Apoya el mentón en sus nudillos y entreteje las cejas en un gesto reflexivo. Se ve más grande, listo y maduro de lo que es, al mismo nivel que el rey de la Fisura.

—Dije que me opondré a la orden de despachar la flota aérea, o cualquier otro destacamento de nuestra coalición, para que ejecute tareas de caza en territorio hostil —explica sin alterarse y debo admitir que aun sin corona se comporta como un rey, dueño de un aire que impone atención, si no es que respeto. No es de sorprender que sea así: fue educado para esto y, si algo, se distingue por ser un pupilo empeñoso. Su abuela frunce los labios en una sonrisa tensa pero genuina; está orgullosa de él—. El Obturador es un campo minado todavía y tenemos muy poca información de inteligencia de la cual valernos más allá de la Cascada. Podría ser una trampa; no pondré en riesgo a nuestros soldados.

—Cada parte de esta guerra entraña un peligro —ruge Ptolemus, al otro lado de mi padre, mientras realiza un despliegue similar al de Cal y se yergue en su trono cuan largo es. El sol poniente tiñe de rojo su cabello y hace brillar sus satinados rizos argénteos bajo su corona principesca. Esa misma luz envuelve a Cal en los colores de su Casa: el carmín de sus ojos y el negro de las sombras a su espalda. Se sostienen la mirada el uno al otro, a la extraña manera de los hombres. *Todo es competencia*, río para mí.

—¡Qué sagaz es usted, príncipe Ptolemus! —exclama Anabel con un tono sarcástico—. Pero su majestad el rey de Norta conoce la guerra a la perfección y yo estoy de acuerdo con su análisis.

Ya lo llama rey. No soy la única que lo nota.

Cal baja los ojos, azorado. Se recupera pronto y aprieta la quijada con resolución. Su decisión está tomada. *No cedas más, Calore*.

El primer ministro de Montfort, Davidson, asiente desde su lugar. En ausencia de la comandante de la Guardia y de Mare Barrow, resulta fácil pasarlo por alto; me había olvidado de él casi por completo.

—Coincido —dice, e incluso su voz es anodina, sin inflexión ni acento—. También nuestros ejércitos necesitan tiempo para recuperarse, y esta *coalición* lo necesita para recobrar… —hace una pausa y piensa; aún soy incapaz de descifrar su expresión y esto me molesta en extremo. ¿Podrá un susurro infiltrar los escudos de su mente?— para recobrar su equilibrio.

Mi madre no es tan inconmovible como mi padre y fija en el líder nuevasangre su negra y calcinante mirada. Su serpiente la imita y parpadea en dirección al premier.

—¿Así que no hay agentes de inteligencia ni espías al otro lado de la frontera? Perdone usted, señor; yo tenía la impresión de que la Guardia Escarlata —casi escupe este apelativo— disponía de una intrincada red de espionaje tanto en Norta como en la comarca de los Lagos. Tal cosa sería sin duda de gran utilidad, a menos que los Rojos nos hayan engañado respecto a su *fuerza* —sus palabras destilan aversión como veneno salido del marfil de una víbora.

—Nuestros agentes operan como de costumbre, su majestad.

La general Roja, la rubia con el permanente gesto de desdén, irrumpe en la sala, seguida por Mare. Emergen del acceso en un costado del recinto, que atraviesan para ir a sentarse con Davidson. Se mueven con rapidez y sigilo, como si de esa forma pudiesen evitar que la sala las mire.

Mientras se acomoda en su asiento, Mare fija los ojos justo en mí. Para mi sorpresa, su vista me provoca una emoción extraña. ¿Será vergüenza? No, no es posible, aunque mis mejillas se encienden; espero no colorear mis mejillas, de enojo ni de pena, sentimientos que se agitan por igual en mi interior, y por un buen motivo. Desvío la mirada hacia Cal, así sea solo para distraerme con el único sujeto en este sitio que se siente más desdichado que yo.

Aunque él *aparenta* que la presencia de Mare no le afecta, no es su hermano; en contraste con Maven, no sabe ocultar sus emociones. Un tono de plata brota debajo de su piel y colorea sus mejillas, su cuello e incluso la punta de sus orejas. La temperatura de la sala aumenta un poco, por efecto de la emoción que él combate, sea cual fuere. *¡Vaya idiota!*, profiero en mi mente. *Tomaste tu decisión, Calore, y nos condenaste a ambos. Finge por lo menos que eres capaz de guardar la compostura. Si alguien debiera perder el juicio a causa del desconsuelo soy yo.*

Doy por hecho que se pondrá a maullar como un gatito, pero en vez de eso parpadea con violencia y deja de ver a la Niña Relámpago. Cierra un puño sobre el brazo de su silla y su pulsera flamígera relumbra bajo el sol moribundo. Se controla; ninguno de los dos arde en llamas.

En comparación con él, Mare es una roca: rígida, implacable, insensible. No suelta un solo chispazo, únicamente me mira; me perturba pero no me reta. Por curioso que parezca, sus pupilas están desprovistas de su furia habitual; pese a que no son cordiales, tampoco desbordan aversión. Pienso que tiene pocas razones para odiarme ahora. Mi pecho se tensa; ¿sabe que la decisión no fue mía? *Seguro que sí*.

—¡Me alegra que haya vuelto, señorita Barrow! —le digo en serio; ella siempre es garantía de que los príncipes Calore se distraigan.

En lugar de contestar, cruza los brazos.

Por desgracia su colega, la general de la Guardia, no es tan proclive al silencio; tienta al destino y pone mala cara ante mi madre.

—Nuestros agentes se turnan ya para seguir el repliegue del ejército del rey Maven y nos informan que este avanza a marchas forzadas hacia Detraon. Maven y algunos de sus generales abordaron navíos en el lago Eris, parece que también en dirección a esa ciudad, en la que, se dice, habrán de celebrarse las exequias del monarca lacustre. Ellos cuentan con un número de sanadores muy superior al nuestro; quien haya sobrevivido a la batalla estará en posibilidad de combatir más pronto que nosotros.

Anabel frunce el ceño y le lanza a mi padre una mirada aniquiladora.

—Sí, la Casa de Skonos está dividida aún entre las dos facciones y la mayoría de sus miembros todavía es leal al usurpador. —*Como si fuera culpa nuestra; hicimos todo lo posible, convencimos a cuantos pudimos*—. Por no mencionar que la comarca de los Lagos tiene sus propias Casas sanadoras de la piel.

Davidson inclina la cabeza al mismo tiempo que hace un amplio ademán y exhibe una sonrisa tensa. Las arrugas en las comisuras de sus ojos delatan su edad. Calculo que tiene alrededor de cuarenta años, aunque es difícil asegurarlo.

Se lleva los dedos a la frente en una extraña especie de promesa o saludo.

—Montfort vendrá en su ayuda: pienso solicitar más sanadores, Plateados y ardientes por igual.

—¿Solicitar? —inquiere mi padre con sorna. Mientras los demás Plateados se muestran tan confundidos como él, me vuelvo en mi fila y mis ojos se cruzan con los de Tolly. Arruga el entrecejo; no sabe a qué se refiere

el premier. El estómago se me retuerce y muerdo mi labio para contener esa sensación; es común que compensemos nuestras deficiencias a la par, pero esta vez los dos estamos perdidos. *Y mi padre lo está también*. Pese a mi disgusto con él, esto me asusta más que todo; es imposible que nos proteja de algo que escapa a su comprensión.

Mare no entiende tampoco y frunce la nariz para dejar constancia de su desconcierto. *¡Vaya gentuza!*, maldigo para mí. Me pregunto si la eternamente malhumorada y marcada con cicatrices sabrá de qué habla Davidson.

Este deja escapar una risita. *El viejo se divierte*. Baja los ojos y oscuras pestañas acarician sus mejillas. Sería apuesto si se lo propusiera; supongo que esto no representa ningún beneficio para sus intenciones.

—Como todos saben, no soy rey —mira a mi padre, Cal y Anabel, en ese orden—. Ocupo mi cargo por voluntad de mi pueblo, que dispone de otros políticos electos para que representen también sus intereses. Ellos deben aprobar todas las decisiones. Cuando regrese a Montfort para requerir más tropas…

—¿Regresará a Montfort? —lo ataja Cal y él para en seco—. ¿Cuándo pensaba decírnoslo?

El otro se encoge de hombros.

—Ahora.

Mare tuerce la boca, no sé si para sofocar una mueca o una sonrisa; es probable que para esto último.

No soy la única que se da cuenta de ello. Cal mira por turnos a la Niña Relámpago y al primer ministro, con desconfianza creciente.

—¿Y qué haremos en su ausencia, premier? —lo interroga—. ¿Lo esperaremos o combatiremos con una mano atada a la espalda?

—Me halaga que otorgue a Montfort tanta importancia para su causa, su majestad —sonríe—, pero lo siento, no puedo infringir las leyes de mi país, ni siquiera en tiempo de guerra. No traicionaré los principios de Montfort y me atendré a los derechos de mis ciudadanos. Después de todo, se cuentan entre quienes le ayudarán a usted a reclamar su país —la amonestación que sus palabras conllevan es tan obvia como la sonrisa que no se aparta de su rostro.

El soberano de la Fisura es mejor que Cal para esto y exhibe su propia sonrisa falsa.

—¡Jamás pediríamos a un gobernante que se volviese contra su pueblo, señor!

—¡Desde luego que no! —añade la marcada con cicatrices con mordacidad patente. Mi padre mantiene la calma ante esa falta de respeto, si bien solo en favor de la coalición. De no ser por nuestra alianza, sospecho que la mataría al instante, para dar a todos una lección de buena educación.

Cal se tranquiliza un tanto y hace todo lo que puede por controlarse.

—¿Cuánto tiempo durará su ausencia, premier?

—Aunque todo depende de mi gobierno, no creo que el debate sea largo —responde.

La reina Anabel bate palmas, divertida, y su risa ahonda sus arrugas.

—¡No me diga! ¿Y qué es lo que su gobierno considera un debate largo?

Siento de súbito como si viera una obra montada con malos actores. Ninguno de ellos —mi padre, Anabel, Davidson— cree una sola palabra de lo que dicen los demás.

—Una controversia de varios años de duración —contesta Davidson con un suspiro y se pone a la altura del forzado humor de la reina Lerolan—. La democracia es sumamente entretenida; lamento que ninguno de ustedes la conozca aún.

Este remate busca herir y lo logra. A Anabel la sonrisa se le congela en el rostro y ella golpetea los dedos sobre la mesa, con igual propósito admonitorio. Su habilidad puede destruir sin esfuerzo, como las del resto de nosotros. Todos somos letales y nuestros motivos están en juego; no sé cuánto más podré soportarlo.

—Ardo en deseos de verla yo misma.

La temperatura aumenta antes de que estas palabras terminen de salir de la boca de Mare. Es la única que no mira a Cal. Él fija en ella ojos incandescentes al tiempo que su dentadura se posa sobre su labio. Mare no abandona su resolución ni su semblante de plácida indiferencia. Presumo que sigue el ejemplo de Davidson.

Me llevo una mano a la boca para ahogar una risa de sorpresa. Tengo que reconocer el enorme talento de Mare Barrow para disgustar a los Calore. ¿Será que lo planea? ¿Que no duerme mientras trama cómo confundir a Maven o distraer a Cal?

¿En verdad lo hace? ¿Sería capaz de tal cosa?

Mi primera reacción es apagar el rayo de esperanza que ilumina mi pecho, pero después permito que irradie.

Lo hizo con Maven: lo mantuvo ocupado, fuera de balance, lejos de ti. ¿Por qué no habría de hacer lo mismo con Cal?

—Usted sería entonces un buena emisaria de Norta —intento ofrecer una apariencia aburrida, poco interesada, nada ansiosa; no deseo que nadie se dé cuenta de que arrojo el hueso demasiado lejos, sabedora de que el cachorro correrá tras él. La Niña Relámpago me mira de pronto y alza un centímetro las cejas. ¡Vamos, Mare! Me alegra que nadie en este lugar pueda leer mi mente.

—No hará lo que dices, Evangeline —me reprende Cal de inmediato—. Sin afán de ofender, primer ministro, no sabemos lo suficiente de su nación…

Inclino a un lado la cabeza y parpadeo en dirección a mi prometido. Mi cabello de plata resbala sobre la armadura de escamas en mi clavícula. Por pequeño que sea, el poder que tengo ahora aviva mis sentidos.

—¿Y qué mejor forma entonces de conocer la República Libre? La Niña Relámpago será recibida como heroína, Montfort es un país nuevasangre y la presencia de Mare contribuirá a nuestra causa, ¿no es así, premier?

Fija en mí su mirada inexpresiva, con la que siento que me perfora. *Ve todo lo que quieras, Rojo*.

—No tenga usted la menor duda.

—¿Confiará que una Roja informe de todo lo que encuentre allá, sin adornos ni omisiones? —pregunta Anabel con incredulidad palpable—. No se confunda, princesa Evangeline; esta señorita no profesa lealtad a nadie en cuyas venas corra sangre Plateada.

Cal y Mare bajan la vista al mismo tiempo, como si evitaran mirarse uno a otro.

Levanto los hombros.

—Envíen a un Plateado con ella. ¿Acaso no podría ser Lord Jacos? —el escuálido viejo de los atuendos amarillos se sobresalta cuando escucha su nombre; tiene un aspecto deshilachado, como de paño raído—. Si la memoria no me falla, usted es un hombre de letras, ¿cierto?

—Así es —contesta en un murmullo.

Mare se endereza de repente. Pese a que sus mejillas están rojas, luce serena.

—Envíen con nosotros a quien deseen, porque iré a Montfort de todas formas; ningún rey tiene derecho a detenerme por más que quiera.

¡Magnífico! Calore se tensa en su silla. Su abuela asoma a su lado, menuda en comparación con él, aunque el parecido entre ambos destaca todavía: los mismos ojos broncíneos, anchos hombros y nariz recta; el mismo corazón guerrero y, en definitiva, idéntica ambición. Mientras ella habla, no le quita los ojos de encima, temerosa de su reacción.

—¿De modo que Lord Jacos y Mare Barrow representarán al legítimo rey de Norta junto con…?

La pulsera de él chisporrotea y escupe una llamita roja que llega muy despacio a sus nudillos.

—El legítimo rey de Norta se representará a sí mismo —asegura, con la vista puesta en el fuego.

Al otro lado de la sala, Mare aprieta los dientes. Aun cuando debo hacer acopio de toda mi moderación para guardar silencio, canto y bailo dentro de mí. ¡Qué fácil fue conseguirlo!

—¡Tiberias…! —silba Anabel y él no se molesta en atenderla; la reina Lerolan no puede presionarlo. *Todo esto es obra tuya, vieja tonta. Lo declaraste rey; ahora debes obedecerlo*.

—Admito que poseo un poco de la curiosidad natural de mi tío Julian y mi madre —expone Cal y el recuerdo de la reina Coriane lo suaviza. Debo reconocer que no sé mucho de ella; Coriane Jacos no era un tema del agrado de Elara—. Me gustaría visitar la República Libre y descubrir si todo lo que se dice de ella es cierto —su voz se diluye; ve a Mare como si quisiera que correspondiese a su mirada, pero ella no lo hace—. Me place ver las cosas directamente.

Davidson asiente con un brillo en las pupilas y su inexpresiva máscara cae por un segundo.

—Será usted muy bienvenido, su majestad.

—¡Gracias! —Cal extingue su fuego antes de batir los nudillos sobre la mesa—. Entonces está decidido.

Su abuela frunce los labios como si hubiera comido algo muy amargo.

—¿Decidido? —ríe—. ¡Nada está decidido todavía! Debes sentar tus reales en Delphie y proclamar tu capital; conquistar territorios, obtener recursos, ganarte a la *gente*, atraer más Grandes Casas a tu bando…

Él no da marcha atrás.

—Necesito recursos, abuela, *soldados*, y Montfort los tiene.

—¡Eso es muy cierto! —dice mi padre con una voz estruendosa que despierta un viejo temor en mi corazón.

¿Le encolerizó o le agradó que yo haya causado este enredo? De niña conocí los efectos de contrariar a Volo Samos: era convertida en un fantasma, ignorada, no deseada, hasta que la inteligencia y el mérito me permitían recuperar su cariño.

Lo miro de soslayo. El rey de la Fisura se yergue en su trono, pálido y perfecto. Bajo su acicalada barba adivino una sonrisa y lanzo un callado

suspiro de alivio.

—Una petición de boca del propio rey legítimo de Norta obrará maravillas en el gobierno del premier —continúa mi padre—, lo que no podrá menos que reforzar nuestra alianza. Lo indicado es entonces que yo también envíe un emisario, en representación del reino de la Fisura.

¡Que no sea Tolly, por favor!, gime mi mente. Por más que Mare Barrow prometió que no lo mataría, no confío en su palabra, y menos aún en una circunstancia tan oportuna. Ya lo veo suceder: un accidente absurdo que es todo menos eso. Y Elane tendría que marcharse igual, como su diligente y buena esposa. *Si mi padre envía a Tolly, recibiremos a cambio un cadáver*.

—Te acompañará Evangeline.

La náusea acaba de golpe con mi alivio.

No sé si pedir otra copa de vino y vomitarlo todo a mis pies. Cada voz de las muchas que se arraciman en mi cabeza grita lo mismo:

Todo esto es obra tuya, niña tonta.



TRES
Mare

Mi carcajada resuena en las murallas orientales y sobre los campos oscuros. Desternillada de risa, me apoyo en el liso parapeto y jadeo. No puedo controlarme, presa como soy de una carcajada de verdad, de las que salen de la boca del estómago. Su sonido es hueco, discordante e indeterminado en virtud del desuso. Mis cicatrices se dejan sentir, me producen escozor en el cuello y la espalda, pero no puedo evitarlo. Sigo hasta que las costillas me duelen y tengo que sentarme, recargada contra la piedra fría. La risa no cesa y a pesar de que aprieto los labios, nuevos gorjeos escapan de mi boca.

Los únicos que pueden oírme son los vigilantes de las patrullas y dudo que les importe que una joven ría sola en las tinieblas. Me he ganado el derecho a reír, llorar o gritar cuanto quiera. Y aun cuando reducidas partes de mí querrían hacer esas tres cosas, la risa se impone.

Parezco una loca y podría estarlo. Es indudable que tengo un pretexto, después de los acontecimientos más recientes. El retiro de cadáveres continúa en las afueras de Corvium; Cal prefirió su corona a todo aquello por lo que luchamos juntos. Ambas son heridas muy frescas todavía, que ningún sanador podría curar y que debo ignorar si no quiero perder la razón. Todo lo que puedo hacer es cubrir mi rostro con las manos, apretar los dientes y vencer esta risa estúpida e infernal.

Es una completa locura.

Evangeline, Cal y *yo* viajaremos juntos a Montfort. ¡Qué buena *broma*!

Así lo dije en el mensaje que le envié a Kilorn, quien aún se encuentra a buen resguardo en las Tierras Bajas. Él quiso que lo enterara de todo lo que pudiese. Tras convencerlo de que se quedara allá, es justo que lo mantenga

informado y por supuesto que *deseo* hacerlo: quiero que alguien ría conmigo y maldiga lo que nos aguarda.

Apoyo la cabeza en la mampostería y río de nuevo, sin razón aparente. Apenas veo las estrellas, atenuadas por los faroles de Corvium y la luna en ascenso. Daría la impresión de que nos miran, que observan a la ciudad-fortaleza. ¿Los dioses de Iris Cygnet ríen conmigo? Digo, si existen siquiera.

¿Jon ríe también?

Su recuerdo me hiela la sangre y elimina todo resto de risa maniática en mí. Ese espantoso profeta nuevasangre se refugió en algún sitio tan pronto como escapó de nosotros. ¿Para hacer qué? ¿Para sentarse en la cumbre de una colina y mirar? ¿Para ver con sus ojos carmesí cómo nos matamos? ¿Acaso puede jugar con nosotros, complacerse en acomodarnos en su tablero y depararnos el futuro que se le antoje? Yo lo buscaría si hallarlo fuera remotamente posible; lo obligaría a que nos protegiera de un destino letal. Pero es absurdo; sabrá que lo persigo. Lo encontraremos solo si él desea que lo hagamos.

Paso con exasperación los dedos por mi rostro y los hundo en mi cabellera para que mis uñas se arrastren por mi piel. Esta aguda sensación me devuelve poco a poco a la realidad, lo mismo que el frío. La piedra bajo mi cuerpo pierde calor a medida que la noche avanza. La fina tela de mi uniforme hace poco por evitar que tiemble, y las sólidas y afiladas salientes del muro no son muy confortables que digamos, a pesar de lo cual no me muevo.

Hacerlo significaría irme a acostar… y bajar con los demás al cuartel. Aun si pusiera mi peor cara y corriese, tendría que enfrentar a Rojos y nuevasangres, y a Plateados también, a Julian desde luego. Lo imagino a mi espera junto a mi catre, listo para propinarme otro sermón. Ignoro qué podrá decirme.

Tomará partido por Cal en definitiva, cuando quede claro que no le permitiremos conservar su trono. Los Plateados se precian de su lealtad a su sangre, y Julian de la que le profesa a su difunta hermana. Cal es lo último que queda de ella. Él no le volverá la espalda, pese a toda su palabrería sobre la revolución y la historia. No dejará solo a Cal.

Tiberias. Llámalo Tiberias.

Duele incluso recordar su nombre, el verdadero, su futuro: Tiberias Calore VII, rey de Norta, Flama del Norte. Lo veo sentado en el trono de su hermano, a salvo en una jaula de piedra silente. ¿O rescatará el averno de cristal de diamante que usaba su padre, para suprimir hasta el último indicio de Maven y borrarlo de la historia? Reconstruirá el palacio de su progenitor y

el reino de Norta volverá a ser lo que fue. Con excepción del rey Samos de la Fisura, todo será de nuevo como lo era el día en que yo aparecí en el redondel.

Y cuanto ha ocurrido desde entonces habrá sido en vano.

Me niego a permitir que eso suceda.

Y con suerte, no estoy sola en este empeño.

La luna brilla en la piedra oscura y hasta los dorados matices de cada torre y parapeto emiten un fulgor de plata. A mis pies ondulan las patrullas de vigías ataviados con uniformes rojos y verdes, de la Guardia Escarlata y Montfort. Sus iguales, Plateados con los pigmentos de sus Casas, son menos frecuentes y se desplazan en grupos: amarillos los Laris, negros los Haven, rojos y azules los Iral, rojos y naranjas los Lerolan. Ninguno de esos colores es de la Casa de Samos, la cual posee ahora la categoría de familia real gracias a la ambición y sentido de la oportunidad de Volo. No es necesario que sus integrantes pierdan el tiempo en algo tan pedestre como las rondas nocturnas.

Me pregunto qué pensará Maven de esto. Se obsesionó tanto con Tiberias que puedo imaginar el peso de otro rey rival como Volo. Todo giraba alrededor de su hermano pese a que él tenía cuanto quería: la corona, el trono, *a mí*. Pero sentía aún esa sombra, por obra de Elara. Ella lo retorció como quiso, puso y quitó por igual. La obstinación de Maven avivó su ansia de poder y permitió la de su madre. ¿Esto se aplicará al rey Volo, o los deseos más oscuros y peligrosos de Maven se restringen a matar a Tiberias y conservarme a mí?

El tiempo lo dirá. Cuando él ataque otra vez, y lo hará, voy a saberlo.

Confío en que estemos preparados para eso.

Las tropas de Davidson, la Guardia y nuestra sagaz infiltración serán suficientes. Tendrán que serlo.

Aunque esto no significa que yo no pueda tomar precauciones.

—¿Para cuándo está prevista nuestra marcha?

A pesar de que implicó cierta dosis de temida interacción social, logré llegar a las dependencias de Davidson a fuerza de preguntas. Él está a cargo de grandes oficinas en el sector administrativo, una gran habitación hoy repleta de peces gordos de Montfort y la Guardia, aunque Farley no se encuentra aquí. A los oficiales tiene sin cuidado mi llegada y ceden el paso a quien llaman todavía Niña Relámpago. La mayoría se ocupa de empacar

carpetas, diagramas y documentos, principalmente; nada que incumba a nadie aquí, sino información destinada a la voracidad de personas más listas que yo y dejada quizá por los oficiales. Plateados que emplearon antes este lugar.

Ada, una de las nuevasangre que recluté, se desenvuelve en el eje mismo de esta actividad. Pasa revista a cada trozo de papel antes de que otro lo guarde y todo lo retiene con su capacidad de memorizar a la perfeccción. Atraigo su atención al acercarme y ambas inclinamos la cabeza. Cuando partamos a Montfort, ella será remitida a la comandancia, por órdenes de Farley; supongo que no la veré de nuevo en mucho tiempo.

Davidson voltea desde su escritorio vacío. Las comisuras de sus ojos angulosos se arrugan como única indicación de una sonrisa. Pese a la deslumbrante y despiadada luz de la oficina, se ve apuesto como siempre, distinguido, intimidante, un rey al que solo le falta el título. En tanto agita la mano para saludarme, trago saliva y recuerdo su aspecto derrengado, sanguinolento y asustado en el cerco, si bien decidido como el de los demás. Esto me tranquiliza un poco.

—Hizo un buen papel allá, Barrow —apunta con la cabeza a la torre central.

Pestañeo y suelto un resoplido.

—Quizá porque mantuve cerrada la boca.

Alguien ríe en la ventana. Cuando me vuelvo, veo que Tyton está recargado en el cristal, con los brazos cruzados y su usual mechón de cabello blanco sobre un ojo. Lleva también un uniforme limpio verde olivo, aunque algo corto de las muñecas y las piernas. Ningún distintivo de relámpago lo identifica como lo que es: un electricón, como yo, y eso se debe a que tal uniforme no es el suyo. La última vez que lo vi estaba bañado en sangre plateada de pies a cabeza. Pasa los dedos sobre su brazo, como las armas que son.

—¿Eso es posible? —pregunta con voz grave y no me mira.

Davidson me contempla y sacude el cabello.

—No, me agradó que dijera que vendría a casa conmigo.

—Repito que tengo curiosidad de…

Levanta la mano para detenerme en seco.

—No le creo; en mi opinión, Lord Jacos es el único aquí que hace todo por curiosidad. —*Es cierto*—. ¿Qué es lo que en verdad desea de Montfort?

En la ventana, los ojos de Tyton destellan bajo la luz cuando por fin se digna a verme.

Alzo la frente.

—Lo que usted prometió.

—¿Reinstalación? —por una vez se muestra realmente asombrado—. ¿Usted quiere…?

—Quiero poner a salvo a mi familia —digo sin titubear y pongo en mi porte algo de lo que recuerdo de una Plateada ya desaparecida y sus reglas de etiqueta: *Espalda recta, hombros en alto, contacto visual*—. Estamos en guerra —añado—: Norta, las Tierras Bajas, la comarca de los Lagos y su República también. No hay sitio seguro en ninguna parte, pero ustedes son los que están más lejos y parecen los más fuertes, o por lo menos los mejor defendidos. Juzgo conveniente que yo misma lleve a mi familia allá, antes de regresar para poner fin a lo que personas más aptas que yo comenzaron.

—Ese ofrecimiento iba dirigido a los nuevasangre, señorita Barrow —dice en voz baja, casi ahogada por el bullicio que nos rodea.

Aunque el temor me invade, me muestro inexpresiva.

—No lo creo, premier.

Adopta su insulsa sonrisa de siempre, la máscara detrás de la que se esconde.

—¿Me cree tan cruel? —es una broma extraña pero él es todo menos un hombre común y corriente; exhibe por un instante su dentadura uniforme—. ¡Desde luego que sus familiares serán bienvenidos! A Montfort le enorgullecerá tenerlos como ciudadanos. ¿Puedes venir un momento, Ibarem? —llama a alguien por encima de mi hombro.

Un sujeto irrumpe desde uno de los recintos contiguos y soy presa de un sobresalto: es el vivo retrato de Rash y Tahir, los gemelos nuevasangre. Si no supiera que Tahir se encuentra aún en las Tierras Bajas y Rash se ha infiltrado en Arcón, para transmitir en ambos casos información útil a la causa, lo habría confundido con cualquiera de ellos. Son *trillizos*, reparo en el acto, y esto me produce un mal sabor de boca; no me gustan las sorpresas.

Al igual que sus hermanos, Ibarem es de piel morena y cabello negro, y ostenta una barba muy cuidada. Distingo en su mentón una cicatriz, una línea blanca de piel en relieve. También él está señalado; un señor Plateado lo marcó hace mucho para diferenciarlo de sus hermanos.

—Encantada de conocerlo —entrecierro los ojos en dirección a Davidson, quien percibe mi malestar.

—¡Ah, sí! Es el hermano de Rash y Tahir.

—¡Nunca lo habría imaginado! —digo con tono irónico.

Ibarem tuerce la boca hasta darle la forma de una tímida sonrisa mientras me saluda con una inclinación de cabeza.

—Me da mucho gusto conocerla al fin, señorita Barrow —y añade expectante—: ¿Qué necesita, premier?

Davidson lo mira.

—Comunícate con Tahir para que le informe a la familia Barrow que su hija pasará a recogerla el día de mañana, con objeto de que se le reinstale en Montfort.

—Sí, señor —contesta aquel y nubla los ojos en tanto el mensaje viaja desde su cerebro al de su hermano, lo que le toma un segundo apenas, pese a los cientos de kilómetros que los separan, y entonces baja la cabeza de nuevo —. ¡Listo, señor! Señorita Barrow: Tahir le envía felicitaciones y un saludo de bienvenida.

Espero que mis padres acepten esta propuesta, y no es porque piense que vayan a rechazarla de plano. Gisa tenía deseos de ir a Montfort y mamá se plegará a ella; Bree y Tramy seguirán a mamá. Ignoro, en cambio, cómo reaccionará papá; dudo que acepte la oferta si se entera de que no me quedaré con ellos. *Accede, por favor; permíteme hacer esto por ti*.

—Dele las gracias de mi parte —murmuro, aún desconcertada por él.

—¡Listo! —repite—. Tahir insiste en que será muy bienvenida.

—¡Gracias a ambos! —lo corta Davidson y por una buena razón: estos hermanos son capaces de comunicarse con una celeridad enloquecedora, lo que se agrava cuando sus entrelazados cerebros están cerca uno de otro. Ibarem comprende la insinuación de retirarse y arrastra los pies hacia el sitio donde debe continuar sus tareas.

—¿Hay algo más sobre estos hermanos que quiera usted decirme? —inquiero entre dientes.

El primer ministro se toma con calma mi enfado.

—No, aunque me gustaría disponer de más personas como ellos —suspira —. Son un caso curioso. Lo normal es que los ardientes tengan sus contrapartes Plateadas, pero fuera de nuestra sangre jamás he visto a nadie como los trillizos.

—Todo indica que su cerebro es diferente —balbucea Tyton y lo miro estupefacta.

—La forma en que lo dices es muy inquietante —se limita a subir los hombros y yo me vuelvo hacia Davidson, mortificado todavía pese a que no puede ignorar el gran obsequio que acaba de hacerme—. Le doy las gracias por este gesto. Aunque desde la alta posición que ocupa quizá no parezca gran cosa, significa mucho para mí.

—Lo sé —replica— y espero que también signifique algo para otras familias en cuanto podamos brindarles alojamiento. Mi gobierno debate ahora cómo enfrentar lo que se ha convertido muy pronto en una crisis de refugiados, así como la mejor forma de movilizar a los Rojos y nuevasangres ya desplazados. Sin embargo, en el caso de usted es posible hacer excepciones, a causa de lo que ha hecho y de lo que hace todavía.

—¿Qué he hecho en realidad? —pregunto antes de poder impedirlo y siento que una ola de calor se extiende por mis mejillas.

—Ha abierto grietas en lo impenetrable —afirma como si fuera demasiado obvio—, ha mellado la armadura. Destapó la cloaca proverbial, señorita Barrow, y a nosotros nos toca terminar de quebrarla —su genuina, amplia y blanca sonrisa evoca la figura de un gato—. Además, no es poca cosa que, gracias a usted, un aspirante al trono de Norta esté a punto de visitar nuestra República.

Este comentario me produce una sacudida. ¿Es una amenaza? Me inclino de inmediato sobre su escritorio, apoyo las palmas en el tablero y lo conmino con voz baja y amonestadora:

—Deme su palabra de que no se le hará daño.

—La tiene —contesta sin vacilar y con un tono idéntico al mío—. No le tocaré un solo pelo, ni a nadie más, mientras él se halle en mi país, se lo prometo con firmeza; no opero de esa manera.

—Está bien —le digo—; porque sería una idiotez mayúscula eliminar la barrera entre *nuestra* alianza y Maven Calore, y usted no es ningún idiota, ¿verdad, premier?

Ensancha su sonrisa de gato y asiente.

—¿Acaso no es bueno que el joven príncipe conozca algo distinto —levanta una estilizada ceja gris—, un país sin rey?

Que vea que tal cosa es posible, que la corona y el trono no son una obligación para él. Nada lo fuerza a ser rey o príncipe si no quiere serlo.

Pero me temo que lo desea.

—Sí —es lo único que atino a responder… y a esperar. Después de todo, ¿no conocí a Tiberias en una oscura taberna en la que ocultaba su identidad para poder ver el mundo tal como es, aquello que debía cambiar?

Davidson se recuesta en su asiento para poner fin a nuestra conversación y yo hago lo mismo.

—Dé por concedida su petición —dice—. Y considérese afortunada de que debamos pasar primero por las Tierras Bajas, porque de lo contrario quizá

no estaría tan dispuesto a salvar a una tonelada de miembros de la familia Barrow.

Casi me guiña un ojo.

Casi le sonrío.

A medio camino del cuartel me doy cuenta de que alguien me sigue por la ciudad-fortaleza con pasos ágiles y rítmicos a lo largo de una calle sinuosa. Las luces fluorescentes proyectan dos sombras; me tenso de intranquilidad, no de miedo. Corvium hierve de soldados de la coalición y si alguno es tan tonto para querer perjudicarme, ¡que se atreva a intentarlo! Puedo protegerme sola. Las chispas que se esparcen bajo mi piel son fáciles de desplegarse y están listas para ser soltadas.

Giro sobre mis talones con la intención de tomar desprevenida a esa persona, sea quien fuere; no lo consigo.

Evangeline se detiene resuelta y expectante, cruza los brazos y alza unas cejas oscuras y perfectas. Viste todavía su opulenta armadura, más propia de una corte que de un campo de batalla, aunque no porta corona alguna. Tiempo atrás dedicaba sus horas libres a diseñar tiaras y diademas del metal que tuviese a la mano, pero ahora, cuando goza de todo el derecho a portar una de ellas, luce una frente descubierta.

—Te seguí por dos sectores de la ciudad, Barrow —echa atrás la cabeza —. ¿No decías que en otro tiempo fuiste una ladrona?

Mi incontenible risa de antes amaga con volver y no puedo menos que sonreír y resoplar. Reconozco su mordacidad y en este momento todo lo conocido es reconfortante.

—Nunca cambies, Evangeline.

Su sonrisa centellea, rápida como una navaja.

—¡Por supuesto que no! ¿Tiene sentido alterar algo que ya es perfecto?

—No permita entonces que la prive de su perfecta vida, su alteza —me hago a un lado, burlona aún, para cederle el paso y delatar su embuste. No me buscó para que intercambiemos insultos; su conducta en la sala del consejo reveló con claridad sus motivos.

Parte de su osadía se esfuma cuando pestañea.

—Mare —indica, un poco más dulce, se diría que suplicante, aunque su orgullo no le permitirá rogar. ¡Ese maldito temple Plateado! No sabe doblegarse; nadie se lo enseñó y nadie le permitiría intentarlo.

Pese a todo lo ocurrido entre nosotras, una pizca de piedad traspasa mi corazón. Evangeline fue educada en la corte Plateada, nació para conspirar y escalar, fue hecha para combatir con la misma ferocidad con que resguarda su mente. Sin embargo, su máscara dista de ser ideal, sobre todo en comparación con la de Maven. Luego de que dediqué meses enteros a descifrar las sombras en los ojos del monarca, los pensamientos que se reflejan en los de ella son para mí tan claros como el día: irradian dolor, añoranza. Ella semeja un depredador enjaulado sin posibilidad alguna de escapar. Una parte de mí quisiera dejarla atrapada, que conozca el tipo de vida que ansiaba antes, pero me gusta pensar que no soy tan mala… ni tan tonta. Evangeline Samos sería una aliada muy poderosa, así que me arriesgaré a comprar su lealtad con lo que necesita.

—Si buscas compasión, sigue tu camino —susurro y hago nuevas señas hacia la calle vacía. Aunque es una amenaza inútil, ella se crispa y sus ojos, de suyo negros, se ensombrecen. La puya surte efecto: hace que se sienta acorralada y la obliga a hablar.

—No quiero tu lástima —las salientes de su armadura se afilan con su cólera—. Y sé que no la merezco.

—¡Por supuesto que no! —resoplo—. ¿Entonces quieres ayuda, un pretexto para no ir a Montfort con el resto de nuestro selecto grupo?

Su rostro se tuerce en otra sonrisa cáustica.

—Me refiero a un trueque. No soy tan idiota para deberte un favor.

Fijo mis ojos en ella, con mi semblante tranquilo. Adopto un poco de la serena e insondable inexpresividad de Davidson.

—Pensé que era probable que lo fueses.

—Es bueno saber que no eres tan dura de entendimiento como la gente cree.

—¿De qué se trata? —la apresuro; *mañana* saldremos rumbo a las Tierras Bajas y Montfort, no podemos darnos el lujo de jugar con las puyas de costumbre—. ¿Qué *quieres*?

Se le traba la lengua y arrastra los dientes sobre sus labios, de los que desprende un poco de tinte púrpura. Bajo el inexorable alumbrado de Corvium, su maquillaje parece chillante, como pintura de guerra; supongo que lo es. Las sombras violáceas debajo de sus pómulos, con las que pretendió afilar sus facciones, lucen horribles en la oscuridad. Incluso el rutilante polvo blanco que cubre su piel y alisa su cutis de claro de luna padece defectos, *rastros de lágrimas*. Por más que intentó cubrirlos, la evidencia continúa ahí: la desigualdad del color, un toque de rímel que dejó

huella. Los muros de belleza y magnificencia letal de Evangeline tienen grietas muy profundas.

—Es fácil saberlo, ¿no? —contesto mi propia pregunta y doy un paso hacia ella, que casi retrocede—. El tiempo que invertiste en tus maquinaciones ha dado fruto; tienes a Tiberias: la *tercera* oportunidad de casarte con un rey Calore, ser reina de Norta y alcanzar todo aquello que perseguiste siempre —el cuello se le infla, quizá porque se traga una respuesta brusca; ninguna de las dos tiene mucha práctica en ser cortés con la otra—. Y ahora necesitas una salida —murmuro—, no quieres ser aquello para lo que naciste. ¿A qué se debe esta revelación repentina, que quieras descartar justo lo que antes tanto deseabas?

Su moderación se hace añicos.

—No tengo que explicarte mis razones.

—Tu razón es pelirroja y responde al nombre de Elane Haven.

Se paraliza, cierra los puños y las escamas de su armadura se tensan en respuesta a sus súbitas emociones.

—¡No la menciones! —espeta y revela su debilidad, la fácil palanca que podemos utilizar.

Acorta la distancia entre nosotras. Es varios centímetros más alta que yo y aprovecha su ligera ventaja: con las manos en la cadera y sus ojos brillantes, se yergue contra las luces de la ciudad hasta dejarme por completo bajo su sombra.

Parpadeo e inclino la cabeza.

—¿Así que quieres volver a su lado y crees que puedo impedir que Tiberias se case contigo?

—No te des aires —entorna los ojos—. Pese a que eres una buena distracción para los reyes Calore, no me hago ilusiones de que Cal romperá nuestro compromiso. Maven podría haberlo hecho; ciertamente, influiste en su decisión de dejarme de lado.

—¡Como si *en verdad* hubieras querido casarte con él! —vi en la corte más de lo que ella sabe: su familia sacó extraordinario provecho del desaire monumental, el reino de la Fisura se planeó mucho antes de que yo empujara a Maven en cualquier dirección.

Se encoge de hombros.

—Jamás habría sido su reina después de la muerte de Elara, de que tú la mataste —se corrige al instante—. Ella podía sujetar su correa, tenerlo bajo control; no creo que nadie pueda hacerlo ahora, ni siquiera tú.

Asiento. Nada controla a Maven Calore.

¡Y vaya que lo intenté! El recuerdo de mis tentativas de manipular al rey niño y explotar su debilidad por mí me provoca náuseas. Maven cambió más tarde la Casa de Samos por la paz, la comarca de los Lagos y una princesa tan mortífera y quizás el doble de astuta que Evangeline. Me pregunto si encontró un digno rival en Iris Cygnet, la ninfa callada y calculadora.

Trato de imaginarlo ahora en su huida a la comarca de los Lagos, con el blanco rostro por encima de un uniforme rojo y negro, y ojos azules que chispean con una furia contenida; en retirada hacia un reino extraño y una corte desconocida, sin la protección de su roca silente, sin nada que presumir que no sea el cadáver del monarca de los Lagos. Saber que fracasó de modo tan espectacular me consuela un poco. Tal vez la reina lacustre lo matará en el acto, en represalia por la muerte de su esposo en el cerco.

Yo no fui capaz de ahogar a Maven cuando tuve la oportunidad de hacerlo. Puede ser que ella lo haga.

—Tampoco podrías ordenarle a Cal que cumpla mi deseo —hurga en la herida—. No me relegará por ti si está en juego la corona. Lo siento, Barrow; no es de los que abdican.

—Sé cómo es —siento su pinchazo tan fuerte como ella sintió el mío. Si mi vida continúa de esta manera y todo lo que hago lastima mi herida, no tendrá tiempo para sanar.

—Él ya tomó una decisión —me castiga y se explica—. Cuando recupere Norta, y lo *hará*, me casaré con él. Afianzaré una alianza, aseguraré la supervivencia de la Fisura; preservaré el legado de Volo Samos y sus reyes de acero —mira más allá de mí, al fondo de la calle oscura, donde una patrulla de vigilantes cruza la avenida aledaña, con voz tan baja y monocorde como sus pasos. Son de la Guardia Escarlata, a juzgar por sus uniformes de color ocre, en su mayoría Rojos del ejército de Norta, sin sus insignias. Dudo que ella note esto; tiene nublados los ojos, piensa en algo distante, que no le gusta si me atengo a su mandíbula apretada.

—¿Y si no te casas con él? —la espoleo y vuelve a la realidad.

A pesar de que la pregunta es obvia, ella palidece, pasmada por la sugerencia. Sus ojos se ensanchan y el susto la deja boquiabierta.

—¡Eso es imposible! —exclama con sorna—. No hay forma de impedirlo. Equivaldría a que yo huyera a Tiraxes, Ciron o cualquier otro rincón que mi padre no pueda invadir —ríe enigmáticamente—, pero ni siquiera eso daría resultado. Me encontrará donde vaya, me arrastrará de vuelta y me usará de acuerdo con lo previsto. El único curso de acción que veo, mi única opción, es muy simple.

Desde luego, Evangeline.

Nuestros objetivos son iguales, nuestras motivaciones diferentes. Dejo que suelte justo lo que quiero oír; todo será más fácil si cree que fue idea suya.

—No habrá matrimonio si Cal fracasa —me atraviesa con la mirada, fuerza las palabras: son una traición a su casa y colores, su padre y su *sangre*, y la hieren en lo más vivo—. Si Cal no es rey de Norta, mi padre no me *desperdiciará* en él; y si pierde su guerra en pos de la corona, si *perdemos*, papá estará tan distraído en defender su trono que olvidará venderme a alguien más, al menos en un lugar remoto.

Lejos de Elane, quiere decir.

—¿Deseas que impida que Cal recupere su reino?

Adopta un aire burlón y da un paso atrás.

—Has aprendido mucho en las cortes Plateadas, Mare Barrow; eres más lista de lo que aparentas. No te subestimaré nunca más, y sería mejor que tú no me subestimaras a mí —la armadura resbala por sus extremidades, sus escamas se extienden y contraen al mismo tiempo; como las bestias que su madre controla, cada una de ellas es una condensación refulgente de negro y plata. Ella transforma su vestimenta en algo más sustancial, menos ostentoso: una armadura de verdad, hecha para la batalla—. Cuando digo que deseo que detengas a Cal me refiero a tu pequeño círculo, aunque no sé qué tan *pequeños* sean Montfort y la Guardia; después de todo, no es posible que estén dispuestos a apoyar sin condiciones a otro reino Plateado.

—¡Ah! —suspiro en señal de contrariedad; habría preferido que esa carta se mantuviese oculta.

—No hace falta tener genio político para saber que una coalición Roja y Plateada es un hervidero de traiciones. Te aseguro que todos los líderes saben que no deben confiar unos en otros —sus ojos destellan cuando se vuelve para marcharse—, con la excepción, quizá, de un aspirante a rey —añade por encima del hombro.

Conozco demasiado bien esta verdad: Tiberias es tan confiado como un cachorro, fácil de influir por quienes ama: su abuela, yo y, sobre todo, su difunto padre. Persigue la corona por su causa, en beneficio de un lazo que no se ha roto. Pese a que su aplomo, valor y obstinada atención le procuran una fuerza inmensa, lo ciegan a todo lo que no sea el campo de batalla. Intuye el ataque de un ejército, no de un conspirador. No quiere ni puede ver las maquinaciones que se traman en torno suyo; si no lo hizo antes, tampoco ahora.

—No es Maven —susurro, así sea solo para mí.
El inesperado eco de Evangeline rebota en las murallas de Corvium.
—¡Claro que no!
Oigo en su voz lo mismo que yo siento.
Alivio y pesar.



CUATRO
Iris

El refrescante y renovador oleaje de la bahía besa mis tobillos descubiertos. Pese a que aún no ha amanecido y hace frío, apenas lo siento. Hallo consuelo en la simple sensación. Conozco estas aguas como las líneas de mi mano. Las percibo mucho más allá de mis pies, la pulsación de la más débil corriente, la menor ondulación del río que desemboca en la bahía y de la bahía que alimenta al lago. La luz de la aurora se derrama sobre la lisa superficie. El reflejo se distorsiona en haces de pálido azul y coral rosáceo. Esta calma permite que olvide quién soy, aunque no por mucho tiempo. Soy Iris Cygnet, princesa de nacimiento, reina por mérito propio. No puedo darme el lujo de olvidar nada, por más que lo desee.

Mi madre, mi hermana y yo aguardamos juntas, con la mirada puesta en el horizonte. La niebla cubre la estrecha desembocadura de Clear Bay y oculta la península salpicada de torres de vigía y el lago Eris a lo lejos. Algunas luces de las torres centellean en la neblina como estrellas cercanas. Conforme el viento disipa la bruma, un mayor número de torres aparecen ante nuestra vista. Son altas estructuras de piedra, remodeladas y reconstruidas cientos de veces en centenares de años. Han visto más guerras y ruinas de las que los historiadores registran. Sus luces fulguran, demasiado radiantes para la proximidad del amanecer. Con todo, los faros permanecerán encendidos el día entero, con antorchas que arden y luces eléctricas que iluminan. Las banderas que ondean en la brisa no son el estandarte usual de la comarca de los Lagos. Sobre cada torre ondula un azul cobalto atravesado por una franja negra, para honrar y llorar al sinfín de soldados que murieron en Corvium.

Para despedirnos de nuestro rey.

Ya vertí mis lágrimas anoche, durante largas horas de llanto. Aunque no deberían quedarme más, acuden a mis ojos de todas formas. Mi hermana,

Tiora, se controla mejor. Levanta la barbilla y una corona titila en su frente, un galón de azabaches y oscuros zafiros que toca sus sienes. Aun cuando ya soy una reina, mi corona es más simple, apenas un cordel de diamantes azules aderezado con rojas gemas en representación de Norta.

A pesar de que tenemos la misma piel fría y de bronce, el mismo rostro, pómulos salientes y cejas arqueadas, los ojos color caoba de Tiora son iguales a los de nuestra madre; los míos, grises como los de mi padre. Ella tiene veintitrés años, cuatro más que yo, y es la heredera del trono de los Lagos. Antes decía que ella era torva y callada desde la cuna, reacia a llorar, incapaz de reír; su seriedad le sirve como heredera de mi madre. Es mucho más diestra que yo para controlar sus emociones, aunque hago cuanto puedo por apropiarme de la quietud de las lagunas. Tiora fija la vista al frente y mantiene recta la espalda con un orgullo que ni siquiera un sepelio puede quebrantar. Pese a su estoicismo, también llora la pérdida de nuestro padre. Sus lágrimas son menos evidentes, caen al punto en el agua que remolinea a nuestros pies. Es una ninfa como el resto de nuestra familia y emplea su habilidad para arrancar sus lágrimas y no dejar rastro de ellas. Yo haría lo mismo si pudiera; ahora no consigo armarme de valor.

No así nuestra madre, Cenra, la monarca reinante de la comarca de los Lagos.

Sus lágrimas se ciernen en el aire, son una nube de gotas de cristal que atrapan la luz dispersa del amanecer. La nube crece y de ella manan lágrimas cuyo destello proyecta leves arcoíris en la piel morena de la soberana. Son diamantes nacidos de su corazón destrozado.

El agua le llega a las rodillas ante nuestros ojos y su traje de luto flota a sus espaldas. Al igual que nosotras, viste de negro acuchillado por el regio azul. Su vestido consta de finas e intrincadas capas de seda, pero no tiene una forma precisa y cuelga de ella como un paño improvisado. Mientras que Tiora nos preparó a ambas para el funeral y eligió las joyas y vestidos apropiados, mi madre no hizo lo mismo. Luce desaliñada, revuelto su cabello lacio y negro, y sin pulseras, aretes ni corona; es una reina solo en el porte, y con eso basta. Me siento tentada a aferrarme a sus faldas como lo hacía de niña; podría asirme de ella y no soltarme nunca, no abandonar jamás el hogar, no volver nunca a una corte que se desploma en torno a un rey ya despedazado.

Pensar en mi esposo despierta en mí frialdad y resolución.

Las lágrimas se secan en mis mejillas.

Maven Calore es un pequeño que juega con un arma cargada. Pese a que está por verse aún si sabe manejarla, yo tengo algunos objetivos en mente,

personas a las cuales apuntar. El Plateado que mató a mi padre, desde luego, un tal Iral; le cortó el cuello, lo atacó por la espalda como un perro sin honor. Pero Iral servía a otro rey, Samos, *Volo,* uno más sin honor ni dignidad, que se rebeló en pos de una corona despreciable, poco más que el derecho a llamarse amo de un rincón insignificante. Y no está solo; muchas familias de Norta lo apoyan, listas para reemplazar a Maven por el otro hermano Calore, el exiliado. Antes de que mi padre falleciera, no me habría importado que destronaran o mataran a Maven. Si la paz de Norta y los Lagos se mantiene, ¿eso en qué me afectaría? No ahora, en cambio. Orrec Cygnet se ha marchado. Murió por culpa de hombres como Volo Samos y Tiberias Calore. ¡Qué no haría yo por reunirlos y ahogarlos con mi furia!

Lo haré.

Unas embarcaciones atraviesan pausadamente la niebla. Son tres naves conocidas, con proas pintadas de plata y azul y una sola cubierta. Las naves del alba no están hechas para la guerra sino para la rapidez, el silencio y el deseo de ninfos poderosos. Sus cascos han sido especialmente estriados para enfrentar las forzadas corrientes como lo hacen ahora.

Fui yo quien propuso enviarlas. No soportaba la idea de que el cuerpo de mi padre marchase a rastras desde La Congoja, el territorio que en Norta llaman Obturador. Habría tenido que cruzar muchas ciudades, en un truculento desfile al que la noticia de su muerte abriría paso. No, quería que llegara a casa para que nosotras fuéramos las primeras en despedirnos.

Y para no amilanarme.

Ninfos cubiertos con el azul lacustre, nuestros primos del linaje de Cygnet, abarrotan la cubierta del buque insignia. El dolor oscurece sus rostros morenos, cada cual en duelo como nosotras. Mi padre era muy querido en nuestra estirpe, no obstante su procedencia de una rama menor de la familia. Mi madre es la que desciende de una familia real, un largo e ininterrumpido linaje de monarcas, y por eso no se le permite traspasar las fronteras del país salvo en caso de extrema necesidad. Tiora no tiene permiso alguno para salir, ni siquiera en la guerra; le corresponde preservar la línea de sucesión.

Al menos ellas no compartirán el destino de mi padre, morir en batalla, ni el mío, vivir lejos de mi hogar.

No resulta difícil distinguir a mi esposo entre los uniformes de azul oscuro. Cuatro centinelas lo rodean; por más que han cambiado su llameante atuendo por equipo táctico, conservan sus caretas tachonadas de gemas oscuras, hermosas y horripilantes. Maven viste de negro como siempre y sobresale a pesar de que no porta medallas, corona ni distintivos. No hay

soberano tan tonto que entre en batalla con una diana pintada en el cuerpo, aunque no creo ni por asomo que él haya trabado combate alguna vez. No es un guerrero, al menos en el campo de batalla; se ve demasiado pequeño y débil junto a sus soldados y los míos. Así lo pensé cuando lo conocí y nos miramos bajo un pabellón en medio de un campo minado. Es un adolescente todavía, poco más que un niño, un año menor que yo. Aun así, sabe usar su apariencia en su favor, satisface esas suposiciones. Esto surte efecto en su país, donde la gente se traga sus mentiras y su fingida inocencia. Fuera de su corte, Rojos y Plateados se deleitan con los rumores acerca de su hermano, el príncipe de oro al que una espía sedujo y empujó a matar. Es una historia suculenta, un chisme encantador del gusto del vulgo que, asociado con el hecho de que Maven puso fin a la guerra entre nuestras naciones, lo vuelve mucho más atractivo. Y lo coloca en una posición singular: es un soberano al que apoyan sus súbditos, no sus allegados, los nobles que todavía se aferran a sus pies porque lo necesitan para sostener un reino en una situación muy delicada.

Y porque, aun si me cuesta admitirlo, es un intrigante consumado. Impone contrapesos a los nobles al enemistar las Casas entre sí mientras mantiene un puño de hierro sobre el resto de la nación.

Hoy más que nunca, la corte de Norta es un nido de víboras.

Las maquinaciones de Maven no tendrán efecto en mí, sin embargo. No soy tan tonta para subestimarlo, menos ahora que sus obsesiones prevalecen. Su mente está tan escindida como su país y esto lo hace más peligroso todavía.

El primer navío se desliza hacia la playa y su calado es tan pequeño que encalla a unos metros de mi madre. Los ninfos son los primeros en saltar al agua, que se aparta de sus pies para que caminen sobre el fondo seco, no en su beneficio sino en el de Maven.

Él los sigue de cerca y desciende de un salto para pisar tierra seca lo más pronto posible. Los quemadores como él no sienten aprecio alguno por el agua y mira con recelo las paredes líquidas de su vereda. No espero ninguna muestra de compasión cuando pasa a mi lado, con sus centinelas a remolque, y ni siquiera recibo una mirada. Para alguien a quien llaman Flama del Norte, su corazón es brutalmente frío.

Los primos Cygnet permanecen junto a la nave y la sueltan en las aguas de la bahía. Estas se apresuran y arraciman antes de elevarse, como una criatura al alzar la cabeza o un padre que alarga el brazo hacia su hijo.

Los soldados levantan un tablón en cubierta y revelan una figura conocida.

Ya no soy una niña. He visto cadáveres. Mi país lleva en guerra más de un siglo y en mi calidad de hija menor, la segunda, estoy en libertad de cruzar las líneas de batalla. Se me educó para combatir, no para gobernar. Es mi deber apoyar a mi hermana, como lo hizo mi padre con mi madre, cuanto ella lo necesite.

Ahoga un insólito sollozo y tomo su mano.

—¡Quieta como los lagos, Ti! —murmuro y me aprieta en respuesta. Sus facciones se tensan en una máscara inexpresiva.

Los ninfos Cygnet suben los brazos y el agua refleja su acción, multiplicada. Bajan poco a poco la tabla, con el cadáver envuelto en una sábana blanca. Flota en la superficie, cada vez más lejos de la nave.

Mi madre avanza en la bahía. Se detiene tan pronto como sus muñecas están bajo el agua y percibo el sutil movimiento envolvente de sus dedos. El cuerpo de mi padre resbala en la superficie hacia ella, como tirado por cuerdas invisibles. Nuestros primos marchan a un lado del rey, al que flanquean incluso en la muerte. Dos de ellos lloran.

Cuando ella alcanza la sábana, resisto el impulso de cerrar los ojos. Quiero preservar lo que recuerdo de mi padre, no viciarlo con la vista de su cadáver, pero lo lamentaría algún día. Respiro despacio y me concentro en mi calma. Las aguas se agitan en mis tobillos, son una corriente suave y arremolinada que compensa la sensación de náusea en la boca de mi estómago. Fijo la atención en ella y trazo perezosos círculos con mi mente para que mi pena no se desborde. Aprieto los dientes, elevo el mentón; las lágrimas no retornan.

El rostro de mi padre es extraño, despojado como está de color y de vida. Su suave piel morena, poco arrugada pese a su edad, tiene un matiz pálido. ¡Ojalá solo estuviera enfermo, no muerto! Mi madre pone las manos a ambos costados de su cara y lo mira con una fortaleza que no puedo concebir. Sus lágrimas revolotean aún como un enjambre de insectos cintilantes. Tras un prolongado momento, besa sus párpados y arrastra los dedos por su larga cabellera entrecana. A continuación le envuelve el rostro con las manos, con las que forma un cuenco. Sus lágrimas se acumulan y caen sobre sus dedos. Al fin les permite fluir.

Casi doy por supuesto que él se estremecerá, pero no se mueve. Ya no puede hacerlo.

Tiora es la siguiente, toma entre sus manos agua de la bahía y la derrama sobre la faz de nuestro padre. Se detiene a estudiarlo. Siempre fue más próxima a mi madre, como su posición lo exige; esto no aminora su dolor. Su serenidad flaquea, aparta la mirada y se cubre el rostro con una mano.

El mundo aparenta contraerse cuando avanzo en el agua con piernas aletargadas e insensibles. Mi madre se mantiene en suspenso, con una mano sobre la sábana que cubre el resto del cadáver. Me ve al otro lado con semblante pacífico y vacío. Conozco esa expresión; la adopto siempre que debo esconder una tormenta de emociones. La usé el día de mi boda, aunque entonces encubría miedo, no dolor.

No esta pena tan profunda.

Imito a Tiora y vierto agua sobre él. Gotas ruedan por la nariz aguileña y los pómulos hasta empozarse en el cabello bajo su nuca. Retiro un mechón gris y de pronto quisiera cortar un rizo para mí. En Arcón dispongo de un pequeño templo —una capilla, en realidad— repleto de velas y gastados símbolos de los dioses sin nombre. Angosto como es, ese recoveco del palacio es el único sitio en el que me siento yo misma. Me gustaría llevar conmigo a mi padre y depositarlo ahí.

Es un deseo imposible.

Cuando me aparto, mi madre se adelanta otra vez. Apoya las manos sobre el tablón y Tiora y yo seguimos su ejemplo. Nunca antes he hecho algo así y quisiera no tener que hacerlo, pero es lo que los dioses ordenan. *Vuelve*, imploran. A lo que eres, a tu habilidad: se sepulta a un guardaflora, se entierra a un caimán en mármol y granito, se ahoga a un ninfo.

Si vivo aún cuando Maven muera, ¿me permitirán quemar su cadáver?

Bajamos la tabla con nuestras manos y habilidad. Usamos los músculos y el peso de nuestra corriente para sumergir el cuerpo. Incluso en los bajíos, el agua distorsiona su rostro. A mi izquierda rompe el alba, el sol se eleva sobre las colinas. Brilla en la superficie y me ciega un instante.

Cierro los ojos y recuerdo a mi padre como era.

Retorna al seno del agua.

Detraon es una ciudad de canales tallada por los ninfos sobre el lecho rocoso de la margen occidental de Clear Bay. La antigua urbe que la precedió no existe ya, arrasada como fue por inundaciones hace más de un millar de años. Río abajo existen todavía inmensos campos de escombros, entreverados con las ruinas putrefactas de otro tiempo. Polvo de acero corroído por la

herrumbre enrojece la tierra hasta la fecha y los magnetrones explotan esas parcelas como los agricultores el trigo. Cuando las aguas cedieron, estos terrenos eran aún la sede perfecta para nuestra capital, tendidos junto al lago Eris y con acceso al Neron y al resto de los lagos por un estrecho de poca longitud. En vías fluviales naturales y abiertas por los ninfos, desde Detraon podemos llegar muy pronto a cualquier rincón del reino, del Hud en el norte, a las fronteras en disputa del Río Grande en el oeste y al Ohius en el sur. No hubo señor ninfo que fuese capaz de resistirse, de modo que henos aquí, donde extraemos fuerza y seguridad de las aguas.

Los canales facilitan la división, ya que separan la ciudad en sectores que rodean los templos centrales. La mayoría de los Rojos viven en el sureste, la zona más alejada del agraciado litoral, mientras que el distrito del palacio y el de los nobles se asientan en la bahía y dominan las aguas que tanto amamos. El Barrio del Remolino, como se le conoce, ocupa el noreste, donde Rojos acaudalados y Plateados de escasa relevancia viven en estrecha proximidad. Son comerciantes en su mayoría, hombres de negocios, oficiales de bajo rango y soldados, estudiantes pobres de la universidad, situada en el distrito noble, así como Rojos de calidad y no tanto: trabajadores calificados —por lo común independientes— y sirvientes ricos o lo bastante importantes para vivir en casas Plateadas, no de su propiedad. El gobierno de la ciudad no es mi fuerte y prefiero dejárselo a Tiora, aunque hago lo que puedo para familiarizarme con él. Pese a que me aburre, al menos debo conocerlo. La ignorancia es una carga que no pienso echarme a cuestas.

No usamos los canales en la actualidad, porque el palacio está muy cerca de la bahía. *¡Qué bueno!*, pienso, para poder disfrutar de mi paseo habitual. Las murallas de azul turquesa y oro del sector noble discurren en arcos, tan fluidos y uniformes que solo pueden ser obra de Plateados. Casas de familias que me sé de memoria asoman por las paredes, con las ventanas abiertas de par en par a la mañana en tanto que colores dinásticos ondean orgullosos en la brisa: la bandera rojo sangre del Linaje Renarde, la de verde jade de la sinigual y añeja estirpe de tormentas de Sielle: menciono en mi cabeza a cada una. Sus hijos e hijas combatieron por la nueva alianza. ¿Cuántos de ellos murieron con mi padre? ¿Cuántos que yo conocía?

Es un día hermoso, de un sol radiante entre nubes dispersas. El viento del Eris no se interrumpe, toca mi cabello con ágiles dedos. Aunque imagino que me encontraré con el aroma del deterioro, la destrucción y la derrota del este, lo único que aspiro son las aguas de los lagos, verdes y crecidas por el estío.

Nada indica que el ejército avance con dificultad hacia nosotros, después de que perdió su sangre en las murallas de Corvium.

Nuestra escolta se abre en abanico, compuesta por soldados con ojos de pedernal de la comarca de los Lagos y el contingente de Maven. La mayoría de los nobles de este último permanecen en el ejército, con el que se movilizan tan rápido como el resto lo permite, pese a lo cual él tiene consigo a sus centinelas, siempre a su sombra, lo mismo que dos de sus generales de alto rango, cada cual con ayudantes y guardias propios. Aun cuando el lord general de la Casa de Greco tiene el cabello cano y es engañosamente esbelto para un coloso, el emblema en su hombro, de un azul y amarillo chillante, resulta inconfundible. Tiora se encargó de que yo memorizara los grandes linajes de Norta, sus *Casas*, hasta conocerlos tan bien como a los nuestros. El otro, el Lord general Macanthos —cuyos colores son el azul y el gris—, de cabello rubio rojizo y ojos nerviosos, es demasiado joven para su puesto. Sospecho que su rango es nuevo y reemplazó a un pariente recién fallecido.

Maven no es tan tonto para no tratar con deferencia a mi madre en su terruño y camina detrás de ella. Yo hago lo que se espera de mí, seguirle el paso. No nos tocamos, ni siquiera los brazos o las manos; así lo estableció él. No se ha acercado a mí desde el día en que perdió a Mare Barrow. Nuestro último contacto fue un beso frío bajo una tormenta en ciernes.

Doy gracias de esto en secreto. Sé cuál es mi deber como Plateada, reina y puente entre nuestras naciones. También es deber de él, una carga que ambos debemos llevar. Pero si él no saca a colación el tema de los herederos, menos lo haré yo. Para empezar, tengo apenas diecinueve años, toda la vida por delante; y para continuar, si Maven fracasa y su hermano recupera la corona, no tendré ningún motivo para quedarme. Sin hijos, estaré en libertad de volver a casa. No quiero que un ancla me ate a Norta si no la necesito.

Nuestros vestidos dejan al arrastrarse húmedas estelas en la ancha calle junto al lago. El sol se refleja en la blanca piedra. Mis ojos van y vienen para abarcar por completo el espectáculo de un día de verano en mi antigua capital. ¡Cuánto querría detenerme como lo hacía antes, para sentarme en la pared baja que separa la avenida de la bahía, practicar mis habilidades con perezosa atención, y tal vez incluso para retar a Tiora a una breve y amistosa contienda! Pero no hay tiempo ni oportunidad para ello. No sé cuánto permaneceremos aquí ni cuánto más podré estar con lo que resta de mi familia, así que lo único que puedo hacer es prolongar cada momento, memorizarlo, grabarlo en mi mente como las agitadas olas que se estampan en mi espalda.

—Soy el primer rey de Norta que ha puesto el pie en este lugar durante un siglo.

La voz de Maven es baja y fría, la brusca amenaza del invierno en plena primavera. Después de tantas semanas en su corte, empiezo a conocer sus humores, a estudiarlo como lo hice con su país. El rey de Norta no es una criatura buena y mientras que mi supervivencia es indispensable para nuestra alianza, mi bienestar quizá no lo sea. Intento mantener con él buenas relaciones y eso ha sido fácil hasta ahora. No me trata mal; de hecho, casi no me trata. No cruzarme en su camino requiere poco esfuerzo en el laberinto del Palacio del Fuego Blanco.

—Durante más de un siglo, si la memoria no me falla —escondo mi sorpresa de que me haya dirigido la palabra—. Tiberias II fue el último rey Calore en hacer una visita de Estado, antes de que tus antepasados y los míos se declararan la guerra.

Ese nombre le arranca un silbido. *Tiberias*. No soy ajena al rencor entre hermanos; envidio muchas cosas de Tiora. Aun así, jamás he experimentado nada parecido a los hondos y profusos celos que Maven siente por su hermano exiliado y que le llegan hasta la médula. Cada mención de él, aun a título oficial, lo sulfura como el pinchazo de una daga. Supongo que ese nombre ancestral es algo más que él codicia, otra marca de un rey verdadero que no poseerá nunca.

Quizás a eso se debe que persiga a Mare Barrow con tanta obstinación. Los rumores parecen ser ciertos, yo misma lo he comprobado. Ella no solo es una poderosa nuevasangre, la peculiar clase de Rojos dotados de habilidades similares a las nuestras, sino que además el rey exiliado la ama, por más que sea una chica Roja. Dado que la conocí, casi comprendo el motivo. Incluso encarcelada, Mare luchó, resistió. Era un rompecabezas que me habría gustado armar. Y todo indica que es un trofeo que los hermanos Calore se disputan; nada en comparación con la corona, pero algo que estos muchachos envidiosos y pendencieros se arrebatan como hacen los perros con un hueso.

—Puedo disponer un paseo por la capital si su majestad lo desea —aunque pasar con él más tiempo del que debo dista de ser ideal, significaría más momentos en la urbe—. Los templos son famosos en todo el reino por su esplendor y la presencia de usted honraría sin duda a los dioses.

Alimentar su ego no da resultado, como suele ocurrir con los nobles y cortesanos. Tuerce la boca.

—Quiero prestar atención a cosas que sí existen, Iris, como la guerra que ambos deseamos ganar.

¡Haz lo que te plazca! Me trago la respuesta con un desapego glacial. Los ateos no son asunto mío; no puedo abrirles los ojos, no es mi responsabilidad hacerlo. Que Maven enfrente a los dioses cuando muera y vea lo equivocado que estaba antes de entrar al infierno que él mismo se forjó. Ellos lo ahogarán para toda la eternidad; ese es el castigo que espera a los quemadores en la otra vida, así como las llamas serían una condena para mí.

—¡Desde luego! —bajo la cabeza y siento las frías alhajas en mi frente—. El ejército sanará y se rearmará en la Ciudadela a su llegada; deberíamos recibirlo ahí.

Él asiente.

—Sí, deberíamos.

—Y hay que considerar también a las Tierras Bajas —añado. No estuve en Norta cuando los señores leales al príncipe Bracken buscaron la ayuda de Maven, nuestros países estaban en guerra todavía, pero los informes de inteligencia fueron muy elocuentes.

Le tiembla la mejilla.

—El príncipe Bracken no luchará contra Montfort mientras estos bastardos tengan a sus hijos como rehenes —habla como si yo fuera una incauta.

Conservo la calma e inclino la cabeza.

—Por supuesto —le digo—. Pero ¿y si fuera posible forjar en secreto una alianza? Montfort perdería su base en el sur, todos los recursos que Bracken le cedió, y obtendría a cambio un poderoso enemigo, otro reino Plateado que combatir.

Sus pasos resuenan con fuerza y regularidad en el sendero. Lo oigo respirar, exhala suspiros graves y sibilantes mientras espero una respuesta. A pesar de que somos casi de la misma altura y es probable que yo sea tan pesada como él, si no es que más, me siento pequeña a su lado, pequeña y vulnerable, un ave en sociedad con un gato. Esta sensación no me agrada.

—El intento de recuperar a los hijos de Bracken podría ser infructuoso. No sabemos dónde están ni qué tan vigilados los tienen. Puede ser que estén al otro lado del continente, o muertos, pese a los informes que hemos recibido —susurra—. Debemos poner toda nuestra atención en mi hermano; cuando él desaparezca, los demás no tendrán a quién apoyar.

Aunque trato de no mostrarme desairada, me encorvo de todas maneras. Sé que tenemos necesidad de las Tierras Bajas. Dejárselas a Montfort es un error que podría derivar en nuestra ruina, de modo que vuelvo a la carga.

—El príncipe Bracken tiene las manos atadas. No podría intentar el rescate de sus hijos aun si supiera dónde están —bajo la voz—. El riesgo de fracasar es muy grande. Pero ¿no sería posible que alguien lo hiciera por él?

—¿Te ofreces a llevar a cabo esta misión, Iris? —me ataja al tiempo que me mira sobre su hombro.

Me tenso frente a una idea tan descabellada.

—Soy una reina y una princesa, no un perro que juega a buscar cosas.

—¡Seguro que no eres un perro, querida! —se burla sin que pierda el paso un solo segundo—. Los perros obedecen.

En lugar de arredrarme, hago caso omiso de su desembozado insulto y suspiro.

—Quizás estés en lo cierto, señor mío —me queda una última carta, la mejor—. Después de todo, tienes mucha experiencia con rehenes.

Una ola de calor estalla a mi lado, tan cerca que empiezo a sudar al instante. Hacer que recuerde a Mare —y cómo la perdió— es una manera fácil de lograr que pierda los estribos.

—Si consiguiéramos hallar a los hijos de Bracken —reclama—, tal vez podría concertarse algo.

Eso es todo lo que obtengo del rey Calore. Considero que esta conversación ha sido un éxito.

Los muros transitan de un lustroso tinte azul turquesa y oro a un mármol flamante, lo que señala el fin del sector noble y el inicio del palacio. Los arcos que recorren esta parte del camino tienen puertas, cada uno provisto de un miliciano lacustre vestido de invariable azul, y los que deambulan sobre la muralla ven pasar a su reina. Mi madre acelera la marcha. Ansía estar en el palacio, lejos de miradas indiscretas, *a solas con nosotras*. Tiora la sigue, no porque desee mantenerse a su lado sino para alejarse de Maven; como a casi todos, algo en la intensidad de los ojos eléctricos del rey la pone nerviosa. En alguien tan joven, ese atributo es impropio, incluso artificial, como si otra persona lo hubiera implantado.

Con una madre como la suya, a nadie le extrañaría que haya sido así.

Si ella viviera, no se le permitiría estar en Detraon, y menos aún a tan corta distancia de la familia real. En la comarca de los Lagos, los Plateados de su tipo —los susurros, con aptitud para controlar la mente— no son de fiar, y en realidad ya no existen. El Linaje Servon se extinguió hace mucho tiempo, por una buena razón. En cuanto a Norta, tengo la impresión de que la Casa de Merandus podría hallar pronto un destino similar. Desde que llegué al Fuego Blanco, no he cruzado palabra con ningún susurro y, tras la muerte en nuestra

boda del primo de Maven, sospecho que él mantiene lejos a la progenie de su madre, si es que sobrevive aún.

El Royelle, nuestro palacio, ocupa los vastos terrenos de su sector. Posee sus propios canales y acueductos y sus aguas se desparraman en fuentes y cascadas. Algunas de ellas forman un pasillo abovedado sobre nosotros, en dirección a la bahía, mientras que otras corren bajo la vereda. En el invierno, la mayoría se congela y decora el camino con esculturas de hielo que ninguna mano humana sería capaz de crear. En las festividades, los ministros de los templos descifran el hielo con objeto de transmitir la voluntad de los dioses. A menudo hablan en clave y escriben sus palabras en la tierra y los lagos para que solo los elegidos las vean y apenas unos cuantos las comprendan.

Se requiere osadía para que el rey quemador de una nación hasta hace poco hostil entre al baluarte de la comarca de los Lagos, y Maven lo ejecuta sin chistar. Otro pensaría que ni siquiera es capaz de temer, que su madre lo libró de ese defecto, pero no es verdad. Veo miedo en todo lo que hace, a su hermano más que nada, aunque también porque la chica Barrow se marchó y está fuera de su alcance. Y como cualquier otro en este mundo, teme por sobre todas las cosas perder su poder. Por eso está aquí, por eso se casó conmigo: hará lo que sea con tal de conservar su corona.

¡Qué dedicación! Es su mayor fortaleza y su mayor debilidad.

Arribamos a las fastuosas puertas que dan a la bahía, flanqueadas por guardias y saltos de agua. Los hombres se inclinan e incluso el agua ondula cuando pasa mi madre, por efecto de su habilidad extraordinaria. Detrás de esas puertas se encuentra mi jardín favorito, una extensa y acicalada profusión de flores azules de toda clase: rosas, azucenas, hortensias, tulipanes e hibiscos, con pétalos cuyos matices van del violeta al índigo subido. A pesar de que debieran ser azules, están de luto también, como los pendones y mi familia.

Los pétalos se han ennegrecido.

—Su majestad, ¿accedería a consentir la presencia de mi hija en nuestra capilla, de conformidad con nuestras tradiciones?

Es la primera vez esta mañana que oigo decir algo a mi madre. Emplea el tono de la corte y el idioma de Norta para que Maven no pueda poner como pretexto que no entendió su solicitud. Su acento es mejor que el mío, casi imperceptible; Cenra Cygnet es una mujer inteligente, con oído para las lenguas y ojo para la diplomacia.

Se detiene a examinar a Maven, volviendo su rostro para mirarlo de frente en un despliegue de cortesía común. Sería una insensatez que le diera la

espalda a un monarca justo cuando le pide algo; *aun si la petición se refiere a mí, su hija, un ser humano con voluntad propia*, pienso en consonancia con un mal sabor de boca, *aunque en realidad no es cierto. Él está por encima de ti. Eres su súbdita ahora, no de ella. Cumples sus deseos*.

En apariencia, al menos.

No tengo ninguna intención de ser una reina atada a una correa.

Por fortuna, Maven muestra menos displicencia por la religión ante mi madre, a quien brinda una tensa sonrisa y una leve reverencia. Junto a ella, de cabello canoso y arrugas alrededor de los ojos, él luce más joven, nuevo e inexperto: es todo menos eso.

—Hemos de honrar la tradición —dice—, incluso en momentos tan caóticos como este. Ni Norta ni la comarca de los Lagos deben olvidarse de lo que son. Esto podría salvarlas en última instancia, *su* majestad.

Se expresa bien, con palabras tan empalagosas como el almíbar.

Pese a que mi madre deja ver su dentadura, la sonrisa no llega a sus ojos.

—Así es. Ven conmigo, Iris —me hace señas para que la siga.

Si yo no tuviera compostura alguna, tomaría su mano y echaría a correr; en cambio, la poseo en abundancia y avanzo con paso uniforme, demasiado lento, detrás de ella y mi hermana, entre las flores negras y salones con diseños azules hasta llegar al territorio sagrado del templo personal de la reina en el Royelle.

Erigido a un costado de los aposentos de la monarca, el solitario templo es sencillo y está enclavado entre salones y dormitorios. La tradición salta a la vista en los accesorios de rigor. Una fuente borbotante de mediana altura bulle en el centro de la pequeña cámara. Caras gastadas de rasgos indefinidos, extrañas y conocidas, miran desde el techo y las paredes. Nuestros dioses no tienen nombre ni jerarquía. Sus bendiciones son azarosas, sus palabras escasas, sus castigos impredecibles, pero existen en todas las cosas, se dejan sentir en cualquier momento. Busco a mi preferido, un rostro vagamente femenino de ojos grises y vacíos, al que distingue una anomalía en los labios que podría ser una falla de la piedra y tiene el aspecto de una sonrisa de complicidad. Aun ahora me consuela, a la sombra de las exequias de mi padre. Pienso que dice: *Todo estará bien*.

Este templo no es tan grande como el del palacio, que se utiliza para las ceremonias de la corte, ni tan espléndido como los magnos edificios en el centro de Detraon, con altares de oro y libros de la ley celestial tachonados de joyas. Nuestros dioses demandan poco más que fe para dar a conocer su presencia.

Extiendo la mano sobre una ventana que me resulta familiar, a la espera. El sol naciente se filtra por el grueso cristal de diamante, cuyos paneles están dispuestos como olas en espiral. Únicamente cuando las puertas de la capilla se cierran a nuestras espaldas para dejarnos solas con los dioses, lanzo un pausado suspiro de alivio. Antes de que mis ojos se adapten a la luz, mi madre toma mi rostro entre sus tibias manos y me estremezco sin remedio.

—No es necesario que regreses —murmura.

Jamás la había oído rogar; suena inusual.

La voz se me atora en la garganta.

—¿Qué?

—¡Querida, por favor! —retoma con destreza el lacustre e indica así su favor por nuestra lengua. Abre mucho los ojos, que se le oscurecen bajo la penumbra de la angosta habitación; son profundos pozos en los que yo podría caer para no salir más—. La alianza sobrevivirá sin ti.

No suelta mi rostro, me pasa los pulgares por los pómulos. La contemplo un largo momento. Veo en sus pupilas un brote de esperanza y aprieto los labios. Poso con lentitud mis manos en las suyas y las aparto.

—Tú y yo sabemos que eso no es cierto —me obligo a encararla.

Tensa la mandíbula, se endurece. Una reina no se acostumbra jamás a que la rebatan.

—No me digas lo que sé o lo que ignoro.

Pero yo también soy una reina.

—¿Los dioses te han dicho otra cosa? —pregunto—. ¿Hablas por ellos? —suelto una blasfemia; si bien uno puede escucharlos en su corazón, solo los ministros tienen autoridad para difundir sus palabras.

Incluso la reina de los Lagos está sujeta a esas restricciones. Desvía avergonzada la vista antes de voltear hacia Tiora. Mi hermana no dice nada y luce más severa que nunca. ¡Qué gran hazaña!

—¿Hablas por la corona? —pongo distancia entre nosotras, *debe entender* —. ¿Eso ayudará a nuestra nación?

El silencio se impone de nuevo, no contesta. En lugar de ello, se fortifica para asumir ante mis ojos su imagen imperial. Es como si se insensibilizara y agigantara. Casi doy por supuesto que se convertirá en piedra. *No te mentirá*.

—¿O hablas por ti, como doliente? Acabas de perder a mi padre y no deseas perderme…

—No puedo negar que te quiero aquí —dice con firmeza y reconozco la voz de una soberana, la misma que emplea en las resoluciones de la corte—, a salvo, protegida de monstruos como él.

—Puedo ocuparme de Maven, lo he hecho varios meses, tú lo sabes —como ella, busco apoyo en Tiora; su expresión no ha cambiado, es neutra aún. Permanece atenta, callada y calculadora, como conviene a una reina en flor.

—¡Ah, sí, leo tus cartas! —agita una mano con desdén. ¿Sus dedos fueron siempre tan frágiles, con tantas arrugas e *imperfecciones*? Mirarlos me causa una honda impresión. *Demasiado canoso*, cavilo cuando veo que su cabello refulge bajo la luz mortecina al tiempo que ella marcha de un lado a otro. *Lo recordaba menos gris*—. Recibo tu correspondencia oficial y los informes secretos que envías, Iris —agrega—. Ni una ni otros aumentan mi confianza. Y al verlo ahora… —emite un suspiro entrecortado mientras reflexiona y se desplaza a la ventana opuesta, donde sigue con un dedo las volutas del cristal de diamante—. Ese muchacho no alberga otra cosa que mordacidad y vacío. Es un desalmado, mató a su padre y trató de hacer lo mismo con su hermano exiliado. Sea lo que haya hecho su diabólica madre, condenó al rey de Norta a una vida de tormento. Yo no te condenaré a eso; no permitiré que desperdicies tu vida a su lado. Tarde o temprano su corte lo devorará, o él a ella.

Aunque comparto este temor, resulta inútil lamentar decisiones que ya se tomaron, puertas que ya fueron abiertas, caminos emprendidos con antelación.

—¡Si me lo hubieras dicho antes —me burlo—, podría haber dejado que él muriera cuando los Rojos atacaron nuestra boda, y mi padre viviría aún!

—Sí —estudia la ventana como si fuera un fino lienzo para no tener que mirar a sus hijas.

—Y si Maven hubiera muerto… —bajo la voz a fin de parecer tan fuerte como ella y Tiora, una reina de nacimiento. Tras acercarme poso mis manos en sus estrechos hombros; siempre ha sido más delgada que yo— nosotras libraríamos una guerra en dos frentes: contra el nuevo monarca de Norta y contra la rebelión Roja que bulle en apariencia por todas partes. —*En mi propia nación*, lamento para mí; esa rebelión dio principio en *nuestro* suelo, frente a *nuestras* propias narices: fuimos nosotros quienes permitimos que esa podredumbre se esparciera.

Mi madre bate sus oscuras pestañas sobre las mejillas morenas y cubre mi mano con la suya.

—Sin embargo, yo tendría conmigo a tu hermana y a ti, estaríamos juntas otra vez.

—¿Por cuánto tiempo? —pregunta Tiora, quien, más alta que nosotras, nos contempla con presunción y hace crujir su seda negra y azul cuando cruza

los brazos; semeja una estatuilla en el pequeño templo, lo que la eleva al nivel de los dioses—. ¿Quién puede asegurarnos que *ese* camino no conducirá a más muertes —inquiere—, a que nuestros cadáveres acaben en el fondo de la bahía? ¿Piensas, madre, que la Guardia Escarlata nos dejará vivas en caso de que derroquen nuestro reino? Yo no lo creo.

—Yo tampoco —oprimo la frente contra el hombro de la monarca—. ¿Tú qué opinas, mamá?

Su cuerpo se pone rígido bajo mi tacto, contrae los músculos.

—Puede hacerse —afirma—, ese nudo es posible de desenmarañar. Podrías quedarte con nosotras, pero la decisión es tuya, *monamora*.

Mi amor.

Si pudiese pedirle una cosa a mi madre, sería que decidiera por mí, que hiciera lo que ha hecho miles de veces en mi nombre. *Ponte esto, come aquello, di lo que te recomiendo*. Su sabiduría me molestaba entonces, que ella o mi padre asumieran mi responsabilidad, pero ahora querría esquivarla, poner mi destino en manos de los que confío. ¡Si acaso fuera una niña aún, y todo esto apenas un mal sueño!

Busco a mi hermana por encima del hombro. Me frunce el ceño, abatida, y no ofrece ninguna escapatoria.

—Me quedaría si pudiera —se me quiebra la voz pese a que intento sonar como una reina—, tú lo sabes, como en el fondo también sabes que lo que me pides es imposible, una traición a tu corona. ¿Recuerdas lo que nos decías de pequeñas?

Tiora responde y mi madre hace una mueca:

—*Primero el deber, siempre el honor*.

Este recuerdo me reconforta. Por más que lo que me espera no es nada fácil, debo hacerlo; tengo ese propósito, al menos.

—Mi deber es resguardar la comarca de los Lagos tan bien como ustedes —les digo—. Quizá mi matrimonio con Maven no garantiza que ganemos la guerra, pero nos brinda una oportunidad; erige una barrera entre nosotras y los lobos que están a nuestra puerta. Por lo que se refiere a mi honor… no lo recuperaré hasta que mi padre sea vengado.

—¡Así sea! —gruñe Tiora.

—¡Así sea! —musita mi madre con un hilo de voz.

Miro a sus espaldas el rostro del dios risueño. Saco fuerzas de su sonrisa, de su seguridad. Me sosiega.

—Aunque Maven y su reino son un escudo, también son una espada. Tenemos que usarla, pese a que él represente un peligro para nosotras.

Mi madre sofoca una risita.

—En especial para ti.

—Así es.

—¡Jamás debí aceptarlo! —sisea—. Fue idea de tu padre.

—Lo sé, y fue una buena idea, yo no lo culpo. —*Yo no lo culpo*. ¿Cuántas noches de insomnio pasé sola en el Palacio del Fuego Blanco mientras me decía que no le guardaba rencor? ¿Que no me contrariaba que me hubiese vendido como una mascota o un solar? Era una mentira entonces y lo es ahora, si bien mi enojo a causa de estas cosas murió con mi progenitor.

—Cuando todo esto termine… —dice mi madre.

—*Si* ganamos… —la interrumpe Tiora.

—*Cuando* ganemos —mamá da media vuelta y sus ojos reflejan un destello de luz; en el centro del santuario la fuente ondulante retarda su fluir y el agua demora su incansable caída—. Tan pronto como tu padre nade en la sangre de sus asesinos; tan pronto como la Guardia Escarlata sea exterminada al igual que tantas otras *ratas* opulentas —el agua se detiene, suspendida por el ardor de sus palabras— no tendrá sentido que permanezcas en Norta, y menos todavía que un rey inepto e inestable conserve la corona de Arcón, máxime uno tan imprudente con la sangre de su pueblo y el nuestro.

—¡Así sea! —murmuramos al unísono Tiora y yo.

Mi madre gira hacia la fuente inmóvil y le da al líquido la forma que le place, lo hace arquearse en el aire como una compleja figura de cristal. La luz juega con el agua, que se astilla en prismas de todos colores. La soberana ni siquiera parpadea, como si el sol no la deslumbrara.

—La comarca de los Lagos arrasará con esos países ateos. Conquistará Norta y la Fisura. Estas naciones se muerden ya unas a otras, sacrifican a los suyos a causa de mezquinas rivalidades. No pasará mucho tiempo antes de que su fuerza se agote. Nada escapará a la furia del linaje de Cygnet.

Siempre he estado orgullosa de mi madre, desde que era una niña. Es una gran mujer, el deber y el honor personificados, visionaria e implacable, una guía para el reino y sus hijas. Ahora me doy cuenta de que yo desconocía la mitad de esto, la resolución que oculta bajo su aspecto apacible, tan fuerte como una tempestad. ¡Y qué gran tormenta será esta!

—¡Que se ahoguen! —recito nuestra antigua maldición de castigo divino contra traidores y enemigos de toda laya.

—¿Y qué hay de los Rojos, aquellos con habilidades y que se han refugiado en el país montañoso? Sus espías merodean por todo el reino. —Tiora arruga la frente, lo que abre un desfiladero en su piel. Aunque yo

querría allanar sus innúmeros temores, tiene razón: hay que acabar con personas como Mare Barrow. Ellas también forman parte de esto y son nuestras rivales.

—Usemos a Maven contra ellos —le digo—. Está obsesionado con los nuevasangre, en particular con la Niña Relámpago. Los perseguirá hasta el fin del mundo si es necesario, y empeñará toda su fuerza en ello.

Mi madre asiente con siniestra aprobación.

—¿Y las Tierras Bajas?

—Hice lo que me dijiste —me enderezo con orgullo— y sembré esa semilla. Maven necesita a Bracken tanto como nosotras, así que intentará rescatar a sus hijos. Si podemos ganar al príncipe para nuestra causa, emplear sus ejércitos en lugar de los nuestros…

Mi hermana remata por mí:

—La comarca de los Lagos será preservada, reuniremos nuestras fuerzas y las tendremos en espera, e incluso podríamos lanzar a Bracken contra Maven.

—Sí —digo—. Con algo de suerte, todos se matarán entre sí antes de que nosotras mostremos nuestras verdaderas intenciones.

Tiora chasquea la lengua.

—Tengo en poco a la suerte si tu vida está en juego, *petasorre* —*hermanita*.

Aunque pronuncia esta palabra con cariño y sin el menor dejo de escarnio, me desagrada. Y no porque ella sea la heredera, la mayor, la hija destinada a gobernar, sino porque ese término revela su preocupación y que está dispuesta a hacer grandes sacrificios por mí, y no quiero esto de ella ni de mi madre. Mi familia ya ha dado suficiente.

—Tú debes rescatar a los hijos de Bracken —dice la reina con una voz tan gélida y sombría como sus ojos—, una hija de Cygnet. Maven no lo hará, enviará a sus Plateados; no tiene habilidad ni humor para esas cosas. En cambio, si tú acudes con sus soldados, si vuelves junto al príncipe Bracken con sus hijos en tus brazos…

Trago saliva. *No soy un perro que juega a buscar cosas*. Se lo dije hace unos minutos a Maven y ahora estuve a punto de decírselo a mi ilustre madre.

—Es demasiado peligroso —dice Tiora y casi se interpone entre nosotras.

Mamá no cede, inquebrantable como siempre.

—*Tú* no puedes traspasar nuestras fronteras, Ti. Y si deseamos inclinar a Bracken a nuestro lado, debemos ayudarlo; así es como se estila en las Tierras Bajas —aprieta los dientes—. ¿O preferirías que lo hiciera Maven y

consiguiese de esta forma un firme aliado? Solo, ese joven es muy peligroso ya, no le des otra espada para que la empuñe.

A pesar de que estas palabras hieren mi orgullo y resolución, advierto su buen juicio. Si Maven encabeza u ordena el rescate de los chicos de Bracken, sin duda se ganará su lealtad. Esto es algo que no debemos permitir.

—¡Desde luego que no! —contesto—. Tengo que hacerlo yo, a toda costa.

Tiora lo acepta también, da la impresión de que se empequeñece.

—Haré que mis embajadores establezcan contacto con Bracken lo más discretamente posible. ¿Qué otra cosa necesitas?

Inclino la cabeza y siento que los dedos se me entumen. *Rescatar a los vástagos del príncipe*. Ni siquiera sé por dónde empezar.

Los segundos se prolongan tanto que es difícil ignorarlos.

Si permanecemos más tiempo aquí, despertaremos sospechas en Norta, pienso y me muerdo el labio; *sobre todo en Maven, si es que no las tiene ya*. Mis piernas pesan como plomo cuando me aparto de mi madre y mis manos se enfrían sin su calor.

Al pasar junto a la fuente meto los dedos en el arco del agua y mojo sus puntas, que me llevo a los párpados para que el rímel se corra. Lágrimas falsas ruedan por mis mejillas, negras como las flores de duelo.

—Reza, Ti —le digo—. Si no crees en la suerte, confía en los dioses.

—Mi confianza en ellos es absoluta —repone en forma automática—. Pediré por nosotras.

Me demoro en la puerta, con una mano en la perilla.

—Yo también lo haré —abro, rompo la burbuja en la que estábamos, pongo fin a los que podrían ser nuestros últimos momentos de seguridad en varios años y balbuceo para mí—: ¿Dará resultado?

Mi madre me escucha, se vuelve y no puedo ignorar sus ojos mientras me retiro.

—Solo los dioses lo saben.



CINCO
Mare

El jet de asalto se siente lento en el aire, más pesado que de costumbre. Me aferro a los cinturones de seguridad con los ojos cerrados. El movimiento de la nave en conjunción con el reconfortante zumbido de la electricidad me ha puesto soñolienta. Los motores marchan sin complicaciones, con todo y el peso extra. *Más cargamento*, lo sé. La bodega del avión está llena hasta el tope del botín de Corvium: municiones, revólveres, explosivos, armamento de toda clase; uniformes militares, víveres, combustible, baterías e incluso agujetas para las botas. La mitad de eso viaja ahora en dirección a las Tierras Bajas y el resto está en otro jet, rumbo a las montañas de Davidson.

Montfort y la Guardia Escarlata no son abusivos en su proceder. Hicieron lo mismo tras el ataque al Palacio del Fuego Blanco, del que tomaron lo que pudieron en un periodo muy corto, más que nada dinero del Tesoro en cuanto resultó claro que Maven estaba fuera de su alcance. Igual cosa sucedió en las Tierras Bajas, y por ello esa base del sur ofrece una apariencia de vacuidad, en viviendas y edificios administrativos alguna vez destinados a aparatosos consejos de guerra: nada de pinturas, esculturas ni vajillas o cubiertos finos; ninguno de los accesorios que los fastuosos Plateados requieren, solo lo estrictamente necesario. El resto fue apartado, vendido o reciclado. Las guerras no son económicas; solo podemos conservar lo útil.

A ello se debe que Corvium se desmorone a nuestras espaldas: ya no nos sirve.

Davidson alegó que dejar ahí una guarnición era una tontería y un desperdicio. La ciudad-fortaleza fue construida para canalizar hacia el Obturador soldados que combatieran a los lacustres. Concluida la guerra, ese lugar no tiene más sentido. No posee ningún río ni recursos estratégicos que

resguardar, es apenas un camino de muchos a la comarca de los Lagos; se había convertido en poco menos que una distracción. Y pese a que lo tomamos, estaba rodeado por territorio de Maven y demasiado cerca de la frontera. La comarca de los Lagos podría invadir sin previo aviso, o las fuerzas de Maven retornar en gran número. Aunque quizás habríamos ganado de nuevo, eso habría impuesto un alto costo de vidas a cambio de unas simples paredes en medio de la nada.

Como era de esperar, los Plateados se opusieron. Supongo que se toman a honra discrepar de todo lo que dice alguien por cuyas venas corre sangre roja. Anabel alegó el *decoro*.

—¿Después de tantos muertos, de tanta sangre derramada en esas murallas, quieren renunciar a esta ciudad? ¡Se nos tendrá por idiotas redomados! —rio mientras paseaba la vista por la sala del consejo y miraba a Davidson como si tuviera dos cabezas—. La primera victoria de Cal, el izamiento de su bandera…

—Yo no la veo por ningún lado —la interrumpió Farley con manifiesta mordacidad.

Anabel la ignoró e insistió, daba la impresión de que destruiría la mesa bajo sus dedos. Cal permaneció en silencio a su lado, con los encendidos ojos fijos en sus manos.

—Abandonar esta plaza parecerá una debilidad —aseguró la vieja reina.

—A mí no me importan las apariencias sino lo *verdadero*, su majestad —replicó Davidson—. Si lo desea, deje una guarnición a cargo de Corvium, pero ningún soldado de Montfort ni de la Guardia se quedará aquí.

Ella torció la boca y no dijo nada; no tenía intención de desperdiciar así su ejército. Se arrellanó en su silla y miró a Volo Samos, quien no ofreció tampoco a sus soldados y calló.

—Si abandonamos la ciudad, la dejaremos en ruinas. —Tiberias cerró el puño sobre la mesa; recuerdo con claridad el blanco de sus nudillos bajo la piel: aún tenía tierra en las uñas y sangre también, quizá. Presté atención a sus manos para no tener que mirar su rostro; es fácil adivinar sus emociones y no quiero formar parte de ellas todavía—. Necesitaremos contingentes especiales de cada ejército —agregó—: olvidos Lerolan, gravitrones y bombarderos nuevasangre, todo aquel con destrezas para destruir. Que dejen esta ciudad sin sus recursos, la reduzcan a cenizas y arrasen con lo que reste. Que no quede nada útil para Maven o la comarca de los Lagos.

No levantó la vista mientras hablaba, incapaz de sostener la mirada de nadie. Sin duda le fue difícil ordenar la destrucción de una de sus ciudades.

La conocía, su padre la había protegido y su abuelo antes que él. Tiberias valora la tradición tanto como el deber, ambos son ideales que tiene muy arraigados. Pese a todo, en su momento apenas sentí lástima por él y siento menos ahora, en nuestro trayecto a las Tierras Bajas.

Corvium no fue más que la puerta a un cementerio Rojo. Me alegra que haya terminado.

Aun así, siento malestar en la boca del estómago. Esa urbe arde todavía en mi mente cuando cierro los ojos: sus murallas desmoronándose, destruidas por explosiones; los edificios destrozados por la manipulación de la gravedad; las puertas de metal tornándose nudos sinuosos y las calles llenas de humo. Para atacar la torre central, Ella, una electricona como yo, se valió de su tormenta, un furioso relámpago azul que rajó la piedra. Ninfos de Montfort, nuevasangre dotados de enorme poder, usaron los arroyos próximos y aun el río para acarrear los escombros hasta la laguna. Nada de Corvium quedó a salvo; una parte se desplomó incluso sobre los túneles subterráneos. El resto se dejó como escarmiento, a la manera de los antiguos monolitos que sufrían el desgaste de un millar de años, no de unas horas.

¿Cuántas otras ciudades compartirán ese destino?

Pienso antes que nada en Los Pilotes.

No he visto el lugar en que crecí desde hace casi un año, cuando respondía al nombre de Mareena y vi desde la cubierta de un suntuoso barco las márgenes del río Capital acompañada de un fantasma. Elara vivía aún, lo mismo que el rey. Ambos me obligaron a mirar mi aldea, la gente reunida junto al río con la expresa amenaza de un latigazo o una celda. Mi familia estaba ahí; me concentré en sus rostros, no en el paisaje: Los Pilotes no fueron nunca mi hogar, ella lo es.

¿Me importaría ahora que la aldea desapareciera, que todo el daño lo padeciesen las casas sobre pilotes, el mercado, la escuela, el *redondel*; que todo eso fuera destruido o quemado, se inundara o sencillamente se desvaneciera?

No lo sé.

Pero sin duda hay lugares que deberían unirse a Corvium en ruinas. Nombro los que quisiera destruir, los maldigo.

Ciudad Gris, Ciudad Alegre, Ciudad Nueva y todas las demás ratoneras de su calaña.

Los barrios tecnológicos me hacen recordar a Cameron, quien duerme frente a mí enredada en su cinturón de seguridad. Cabecea y su ronquido es casi imperceptible bajo el ruido de los motores del aeroplano. Su tatuaje

asoma bajo el cuello de la blusa, un manchón de tinta oscura contra la piel morena. Se le marcó con su profesión, o su prisión, hace mucho tiempo. Pese a que vi solo una ciudad tecno a lo lejos, su recuerdo me produce náuseas todavía; no me puedo imaginar lo que es crecer en una de ellas, atada a una vida bajo el humo.

Las barriadas Rojas deben ser aniquiladas.

También sus muros tienen que arder.

Aterrizamos en la base de las Tierras Bajas en medio de un aguacero de última hora en la mañana. Me basta con dar tres pasos sobre la pista hacia la fila de transportes en espera para empaparme. Farley me rebasa sin esfuerzo, ansía estar de vuelta con Clara; no piensa en otra cosa y evita al coronel y los demás soldados que nos reciben. Me empeño en seguirle el paso, me fuerza a avanzar a un trote incómodo. Intento no mirar el otro jet, el Plateado; por encima del estrépito de la lluvia oigo que sus ocupantes bajan en tropel a la pavimentada pista con sus aspavientos habituales. La lluvia ensucia sus colores: enloda el naranja de Lerolan, el amarillo de Jacos, el rojo de Calore y el plata de Samos. Evangeline tuvo el acierto de quitarse la armadura; las prendas de metal no son precisamente inofensivas en una tormenta eléctrica.

Al menos el rey Volo y el resto de sus caballeros Plateados no se nos unieron. Van de regreso al reino de la Fisura, donde quizás estén ya. A las Tierras Bajas viajaron solo los Plateados que continuarán mañana la travesía hasta Montfort: Anabel, Julian y sus agentes y consejeros, así como Evangeline y Tiberias, desde luego.

Tan pronto como subo a mi transporte para guarecerme alcanzo a verlo, inquietante como una nube de tormenta. Se mantiene aparte, es el único de ellos que conoce la base de las Tierras Bajas. Seguro que Anabel le consiguió ropa elegante; esa es la única explicación de su larga capa y botas lustradas, así como de sus galas interiores. Desde aquí no distingo si porta una corona. Pese a su atuendo señorial, nadie lo confundiría con Maven; ha invertido sus colores: la capa es de color rojo sangre, lo mismo que las demás prendas, todas ellas con ribetes de color negro y plata imperial. Tiberias fulgura bajo la lluvia, brillante como una flama, y mira con la frente arrugada, inmóvil mientras que la tormenta se desata sobre nosotros.

Siento el primer estruendo del relámpago antes de que cruce el cielo. La electricona Ella lo contuvo para que aterrizaran los jets. Es un hecho que lo ha soltado ya.

Miro al frente y me apoyo en el cristal de la ventana. Al momento de arrancar, también intento soltar algo.

La casa que ocupa mi familia luce igual que cuando me marché hace unos días, pese a la lluvia que azota las ventanas y ahoga las macetas. Esto no le gustará nada a Tramy; adora sus flores.

En Montfort podrá cultivar todas las que quiera. Podrá sembrar un jardín entero y dedicar su vida a verlo florecer.

Farley baja del transporte antes que haga alto y salta sobre un charco. Yo titubeo por muchas razones.

Claro que debo hablar con mi familia acerca de Montfort. Espero que esté de acuerdo en quedarse ahí, por más que yo tenga que volver a marcharme. Aunque ya deberíamos estar acostumbrados a esto, partir nunca es fácil. Mi familia no puede impedir que lo haga y yo tampoco. Si se niega a ir allá… Tiemblo ante esta sola idea; saber que ella está a salvo es el único consuelo que me queda.

Esa controversia inevitable es un sueño en comparación con lo demás que debo admitir.

Cal eligió la corona, no a mí, no a nosotros.

Decir esto lo hace realidad.

El charco a un lado del vehículo es más hondo de lo que imaginé y cuando lo cruzo moja los lados de mis botas cortas y un escalofrío sube por mis piernas. Esta distracción me agrada y sigo a Farley escalones arriba, hasta una puerta que se abre.

Una masa indistinta de miembros de la familia Barrow me jala dentro; mamá, Gisa, Tramy y Bree se arremolinan a mi alrededor. Mi viejo amigo Kilorn se les suma y avanza para darme un breve pero firme apretón de manos. Siento un alivio inmenso al verlo; no estaba preparado para combatir en Corvium y todavía me alegra que haya aceptado quedarse aquí.

Papá permanece atrás de nuevo, a la espera de abrazarme apropiadamente sin que nadie se atraviese. Quizá deba aguardar mucho, porque mamá no parece dispuesta a soltarme y rodea mis hombros con un brazo para tenerme cerca; su ropa huele a limpio, a jabón y rocío de la mañana, en contraste con Los Pilotes. Mi prestigio en el ejército, cualquiera que sea, hace posible que mi familia disfrute de un nivel de vida al que no estaba acostumbrada. La casa misma, antigua vivienda de un oficial, es opulenta en comparación con

nuestra vieja casa sobre los pilotes. Pese a que la decoración es exigua, el mobiliario básico es fino y está bien cuidado.

Farley solo tiene ojos para Clara. Mientras atravieso la puerta, la carga ya contra su pecho y permite que pose la cabeza en su hombro. La bebé bosteza y se acurruca con la intención de reanudar la siesta. Cuando Farley cree que nadie la mira, flexiona el cuello y aplasta la nariz contra la cabecita castaña de Clara. Cierra los ojos y aspira.

Entretanto, mamá me planta otra docena de besos en la sien y sonríe.

—¡Estás en casa de nuevo! —musita.

—Así que lo lograron —dice papá—: Corvium ha dejado de existir —me aparto de mamá el tiempo suficiente para darle un fuerte abrazo. Aún no nos acostumbramos a estrecharnos de este modo, sin que él esté encogido en su silla de ruedas. Pese a sus largos meses de recuperación con la ayuda de Sara Skonos y los sanadores y enfermeras del ejército de Montfort, nada puede borrar los años que todos recordamos. El dolor continúa ahí, asentado en su cerebro. Y supongo que así debe ser; no es bueno olvidar.

Se apoya en mí, menos pesadamente que antes, y en tanto lo conduzco a la sala compartimos una amarga sonrisa secreta. Él también fue soldado alguna vez, durante más tiempo que cualquiera de nosotros. Sabe lo que es mirar la muerte a los ojos y vivir para contarlo. Debajo de las arrugas y sus ralos mechones entrecanos, detrás de sus ojos, intento imaginar cómo era. En casa teníamos algunas fotografías; no sé cuántas de ellas fueron a dar al refugio de la isla de Tuck, a la otra base en la comarca de los Lagos y por fin aquí. Una sobresale en mi memoria, una antigua foto, gastada de las puntas y con la imagen desvanecida y borrosa. Mis padres posaron para ella hace mucho tiempo, antes de que Bree naciera; eran unos adolescentes, chicos de Los Pilotes como lo fui yo. De seguro papá no tenía entonces más de dieciocho años, no lo habían reclutado todavía, y mamá era apenas una aprendiz. Él se parecía mucho a Bree, mi hermano mayor: la misma sonrisa, una boca amplia enmarcada por hoyuelos, cejas rectas y abundantes en una frente alta y orejas muy grandes. No me gustaría que mis hermanos envejecieran como él, que se viesen sujetos a los mismos dolores y preocupaciones. Yo me haré cargo de que no compartan el destino de papá, ni el de Shade.

Bree se desploma en un sillón junto a nosotros y cruza sus desnudos tobillos sobre el tapete. Arrugo la nariz; los pies de los hombres no son bellos.

—¡En buena hora terminaron con eso! —maldice a Corvium.

Tramy agita la cabeza en señal de asentimiento, su barba castaña oscura no cesa de abultarse.

—No lo extrañaré —coincide. Ambos fueron alistados como papá, conocen tan bien esa fortaleza que tienen derecho a odiarla en su memoria. Intercambian sonrisas como si hubieran ganado un juego.

Papá se muestra menos festivo. Se acomoda en otro sillón y estira su pierna regenerada.

—Los Plateados construirán una ciudad igual. Así se las gastan, no cambian —sus ojos destellan en busca de los míos; siento zozobra cuando capto el sentido de sus palabras, me arden las mejillas—, ¿cierto?

Volteo avergonzada hacia Gisa, a quien examino rápido. Sus hombros están encorvados y suspira, asiente apenas; se entretiene con la manga de su blusa para evitar mi vista.

—Así que ya se enteraron —digo con voz hueca y apagada.

—No de todo —mira a Kilorn y apostaría que él los puso sobre aviso, transmitió anoche las partes menos dolorosas de mi mensaje; inquieta, Gisa enreda un mechón en su dedo y sus hebras rojas relucen—, aunque sí de lo suficiente para hacernos una idea: algo acerca de otra reina, un nuevo rey y Montfort, claro, ¡siempre Montfort!

Kilorn frunce los labios y pasa una mano por su disparejo cabello rubio, en reflejo de la incomodidad de Gisa. En él hay cólera también; hierve a fuego lento en su interior e ilumina sus ojos verdes.

—¡No puedo creer que él haya dicho que sí! —dice.

Lo único que puedo hacer es asentir.

—¡Cobarde! —suelta Kilorn y cierra un puño—. ¡Idiota, bastardo presuntuoso y malcriado! ¡Debería partirle la boca!

—¡Cuenta conmigo! —murmura Gisa.

Nadie los reprende, ni siquiera yo, pese al hecho de que Kilorn lo espera. Me ve y se sorprende de mi silencio; le sostengo la mirada, intento hablar sin mencionar el nombre. *Shade dio su vida por nuestra causa y Tiberias ni siquiera puede renunciar a la corona*.

Me pregunto si sabe que mi corazón está destrozado. Seguro que sí.

¿Así se siente que lo releguen a uno, como cuando yo rechacé a Kilorn y le dije que no sentía lo mismo que él, que no podía darle lo que quería?

La compasión suaviza sus ojos. Espero que no sepa nunca qué se siente y no haberle causado tanta pena. *Amarme no está en ti,* me dijo en una ocasión; ahora querría que eso no fuera cierto, que yo hubiese sido capaz de salvarnos de esta agonía.

Mamá posa una mano en mi brazo, por fortuna. Es un contacto ligero, aunque suficiente para guiarme al gran sofá. No dice nada acerca del príncipe Calore y la mirada que arroja sobre la sala habla por ella. *¡Ya basta!*

—Recibimos tu mensaje —dice con voz demasiado fuerte y clara, para forzar el cambio de tema—. Nos lo transmitió ese otro nuevasangre, el de la barba…

—Tahir —interviene Gisa y toma asiento a mi lado, Kilorn guarda nuestras espaldas—. Decidiste reinstalarnos —pese a que esto era lo que ella quería, no paso por alto su afilado tono; parpadea hacia mí y levanta una ceja.

Lanzo un sonoro suspiro.

—Bueno, yo no decido nada por ustedes, pero si quisieran ir a Montfort, hay lugar para todos. El primer ministro me dijo que serán recibidos con los brazos abiertos.

—¿Y los demás evacuados? —pregunta Tramy y entrecierra los ojos al tiempo que se sienta en el brazo del sillón de Bree—. No somos los únicos aquí.

Atrapa un codo en su costado y se dobla mientras Bree ríe.

—¿Lo dices por esa empleadita?, ¿cómo se llama, la del cabello rizado?

—¡No! —replica Tramy y sus doradas mejillas se encienden bajo su barba; Bree trata de darle un golpe en el rostro y se gana un manotazo. Mis hermanos son muy talentosos para actuar como niños. Antes esto me enfadaba; su conducta de siempre me relaja ahora.

—Llevará tiempo —solo puedo alzarme de hombros—. En cuanto a nosotros…

Gisa emite una carcajada, echa atrás la cabeza con exasperación.

—¡En cuanto *a ti*, Mare! Nosotros no somos tan idiotas para creer que el líder de esa República desea *hacernos* un favor. ¿Qué recibirá a cambio? —toma mi mano con dedos ágiles y la aprieta—. ¿Qué recibirá de ti?

—Davidson no es Plateado —contesto—. Estoy dispuesta a darle lo que quiera.

—¿Y cuándo dejarás de *dar* cosas? —revira—. ¿Cuando mueras, cuando acabes como Shade?

Este nombre impone silencio en la sala. Junto a la puerta, Farley oculta el rostro en la penumbra.

Examino el hermoso rostro de mi hermana. Tiene quince años ahora, ya entró en razón. Antes su rostro era más redondo, sus pecas menos numerosas y no tenía las preocupaciones que hoy tiene, solo los temores habituales. Era la pequeña Gisa de la que dependíamos, de su habilidad, su talento, su

capacidad para salvar a la familia. Ya no es así. Por más que no lamenta haberse librado de esa carga, su inquietud es obvia: no la quiere tampoco sobre mis hombros.

Demasiado tarde.

—¡Gisa! —lanza mamá como advertencia.

Me recupero lo mejor posible, aparto la mano y me enderezo.

—Tenemos que solicitar más tropas y el gobierno del premier Davidson debe dar su aprobación para que nos las proporcionen. Yo participaré en la presentación de nuestra coalición, para que sepan quiénes somos, y hablaré a favor de la guerra contra Norta y la comarca de los Lagos.

Mi hermana no está convencida.

—No eres muy buena para debatir…

—No, pero soy el cruce de caminos —eludo esa verdad— entre la Guardia, las cortes Plateadas, los nuevasangre y los Rojos —no miento al menos—. Y tengo práctica suficiente para hacer un buen papel.

Farley mece a su bebé con un brazo y se lleva la otra mano a la cadera. Pasa un dedo sobre la funda de la pistola que porta en el costado.

—Lo que Mare quiere decir es que es una buena distracción; donde ella va, Cal la sigue, incluso ahora que está tratando de recuperar su trono. Irá con nosotras a Montfort, lo mismo que su nueva prometida.

Kilorn sisea cuando inhala detrás de mí, Gisa está tan disgustada como él.

—¡Solo *ellos* pueden detenerse en plena guerra a concertar matrimonios!

—Para forjar otra alianza, ¿no? —se burla Kilorn—. Maven ya comprometió a la comarca de los Lagos, Cal debe hacer algo similar. ¿Quién es la agraciada, una joven de las Tierras Bajas? ¿En verdad eso refuerza lo que hacemos aquí?

—No importa quién sea —cierro el puño en mi regazo en cuanto comprendo lo *afortunada* que soy de que se trate de Evangeline, una mujer que no quiere tener nada que ver con él, una rendija más en la flamante armadura de Tiberias.

—¿Y ustedes lo permitirán? —Kilorn sale a zancadas detrás del sofá y nos mira a Farley y a mí—. Perdónenme, ¿lo van a *ayudar*? ¿Después de todo lo que hemos hecho, ayudarán a Cal a disputar una corona que *nadie* debería tener? —está tan molesto que juro que escupirá en el piso; mantengo un rostro impasible, lo dejo rabiar. No recuerdo haberlo visto nunca tan decepcionado de mí; enojado, sí, pero nada como esto. Su pecho sube y baja en tanto espera mi explicación.

Farley se la da por mí.

—Montfort y la Guardia no librarán dos guerras al mismo tiempo —dice sin alterarse aunque con énfasis, para dejar en claro su mensaje—. Debemos enfrentar uno a uno a nuestros enemigos, ¿sabes?

Mi familia se tensa al mismo tiempo y ensombrece la mirada, papá en especial. Pasa pensativo un pulgar por su mandíbula mientras aprieta los labios hasta formar con ellos una fina línea. Kilorn es menos reservado, un fuego verde crepita al fondo de sus ojos.

—¡Ah! —exhala, casi sonriente—, ya veo.

Bree parpadea.

—Yo no.

—¿Cuál es la novedad? —murmura Tramy.

Me inclino, ansiosa de hacerles entender.

—No le entregaremos un trono a otro rey Plateado, al menos no por mucho tiempo. Los hermanos Calore están en guerra, agotan sus fuerzas por pelear entre sí. Cuando venga la calma…

Papá baja la mano y la deposita sobre su rodilla. No paso por alto el temblor en sus dedos; lo siento en los míos también.

—… será más sencillo negociar con el vencedor.

—¡No más reyes! —deja escapar Farley—. ¡No más reinos!

Ignoro cómo será ese mundo, pero lo sabré pronto si Montfort es todo lo que me han prometido.

Y si creyera en promesas todavía.

No nos molestamos en salir a hurtadillas. Mamá y papá roncan como locomotoras y mis hermanos no son tan tontos para detenerme. Aunque la lluvia no ha amainado todavía, Kilorn y yo la desafiamos. Caminamos sin hablar por la calle de las viviendas y el único ruido lo producen nuestros pies al caer sobre los charcos y la tormenta que retumba a la distancia. Apenas la siento; el relámpago y el trueno se dirigen a la costa. No hace frío y la iluminación de la base conjura la oscuridad. Marchamos sin rumbo fijo.

—¡Es un cobarde! —susurra él y patea una piedra que provoca ondulaciones en la calle húmeda.

—Ya lo dijiste —repongo—, y también otras cosas.

—Bueno, lo dije en serio.

—Tiene bien merecidos tus insultos —el silencio cae sobre nosotros como una cortina opresiva. Ambos sabemos que estamos en territorio extraño; mis enredos sentimentales no son su tema favorito y no quiero infligirle a mi

mejor amigo más dolor del que ya le causé—. No es obligación que hablemos de…

Me interrumpe y posa una mano sobre mi brazo, con tacto firme pero amable. Las líneas entre nosotros están claramente trazadas y él me aprecia tanto que no las cruzará nunca. Tal vez ya ni siquiera siente lo mismo que antes. Yo he cambiado mucho en los últimos meses, quizá la chica a la que creía amar no existe ya. Conozco eso también, lo que se siente querer a alguien que en realidad es un ser imaginario.

—Lo siento —dice—, sé lo que él significa para ti.

—*Significaba* —refunfuño y cuando intento apartarme, afianza su mano.

—No lo dije por error; él todavía significa algo para ti, aun si no lo admites.

No tiene caso discutir.

—Lo acepto —afirmo entre dientes; está tan oscuro que es probable que él no note que mi rostro se ha puesto color de grana—. Le pedí al primer ministro que no le quite la vida —susurro; *Kilorn comprenderá, tiene que hacerlo*— al momento en que llegue nuestro triunfo. ¿Es debilidad eso?

Se le descompone el rostro. Las deslumbrantes farolas lo iluminan desde atrás y lo envuelven en un halo. Es un chico apuesto, si no es que un hombre ya. ¡Si acaso me hubiera enamorado de él y no de otro!

—No lo creo —responde—. Supongo que el amor puede explotarse, usarse para ser manipulado. Es su ventaja, pero jamás diría que amar a alguien sea debilidad. Vivir sin amor de ninguna especie es la verdadera debilidad, y el peor de los abismos.

Trago saliva, no siento ya que mis lágrimas sean tan apremiantes.

—¿Desde cuándo eres tan sabio?

Sonríe y mete las manos en los bolsillos.

—Ahora leo libros.

—¿Con ilustraciones?

Suelta una carcajada y echa a andar otra vez.

—¡Qué graciosa eres!

Igualo su paso.

—Eso dicen —contemplo su figura alargada con el cabello empapado, más oscuro por la lluvia, castaño casi. Es idéntico a Shade si lo miro de soslayo y de pronto echo tanto de menos a mi hermano que apenas puedo respirar.

No perderé de nuevo a nadie como perdí a Shade. Aunque es un propósito vacío, sin garantía alguna, necesito alguna clase de esperanza, por pequeña

que sea.

—¿Vendrás con nosotros a Montfort? —lo interrogo sin que pueda contenerme. Es una solicitud egoísta, no tiene que seguirme dondequiera que vaya y no estoy en posición de exigirle nada, si bien tampoco quiero dejarlo aquí.

Sonríe en respuesta y elimina mi angustia.

—¿Tengo permiso para hacerlo? Creí que era una misión.

—Lo es y yo te doy permiso.

—Porque no implica riesgos —replica, me mira de reojo y frunzo los labios en busca de una contestación aceptable. *Es cierto, eso no implica casi ningún riesgo*; no tiene nada de malo que yo no quiera que corra peligro, acaricia mi brazo—. Entiendo —continúa—. No estoy listo aún para tomar por asalto una ciudad o derribar aviones a reacción. Conozco mis limitaciones, y lo que tengo en comparación con todos ustedes.

—Que no puedas matar a alguien con solo chasquear los dedos no te vuelve inferior a nadie —repongo, casi vibrante por la súbita indignación. ¡Ojalá pudiera enlistar en este momento todas sus virtudes, todo lo que lo hace *valioso*!

Avinagra su expresión.

—No me lo recuerdes.

Tomo su brazo y entierro mis uñas en la tela húmeda. Él no interrumpe su marcha.

—Hablo en serio, Kilorn —le digo—, ¿así que vendrás?

—Tengo que consultar mi agenda —le clavo el codo en el costado y se aleja de un salto, con la frente muy arrugada—. ¡No, sabes que me magullo tan fácil como un durazno!

Le doy otro codazo por si hiciera falta y reímos a más no poder.

Callamos por voluntad y esta vez el silencio no es tan asfixiante. Mis preocupaciones usuales se disipan, o por lo menos se ausentan largo rato. Kilorn también es mi hogar, como mi familia; su presencia es un reducto de tiempo, un lugarcito en el que podemos existir sin consecuencias, sin nada antes ni después.

Al final de la calle una figura se materializa bajo la lluvia, en medio del claroscuro. Reconozco la silueta antes de que mi cuerpo pueda reaccionar.

Es Julian.

El desgarbado Plateado vacila un instante al vernos, lo que basta para que yo comprenda. *Ya tomó partido y no fue por mí*.

Un escalofrío me estremece de pies a cabeza. *Ni siquiera Julian lo hará*.

Cuando se aproxima, Kilorn me da un ligero golpe con el codo.

—Puedo marcharme —murmura.

Lo miro un segundo y saco fuerzas de él.

—No lo hagas, por favor.

Aunque sus cejas se entretejen de preocupación, asiente de modo cortante.

Mi viejo tutor viste todavía sus largos mantos, pese a la lluvia, y sacude el agua de los pliegues de su ropa de un amarillo deslavado. Es inútil; llueve a cántaros y el agua alisa los rizos de su cabellera entrecana.

—Supuse que te encontraría en tu casa —dice por encima del siseante aguacero—, aunque la verdad es que esperaba que estuvieras indispuesta para que yo tuviera que regresar mañana y no sufrir esta tormenta infernal —agita la cabeza como un perro y se retira el cabello de los ojos.

—Di a qué viniste, Julian —me cruzo de brazos; la temperatura cae junto con la noche y podría resfriarme, aun en las tórridas Tierras Bajas. Él no contesta, se vuelve hacia Kilorn y levanta una ceja en una interrogación silenciosa—. Kilorn está bien —respondo sin darle la oportunidad de preguntar—, habla antes de que nos ahoguemos.

Mi tono se aviva y él también. No es ningún tonto; el rostro se le desencaja cuando advierte la desilusión grabada en el mío.

—Sé que te sientes abandonada —elige sus palabras con un esmero exasperante.

Es inevitable que me crispe.

—¡Apégate a los hechos! No toleraré que me sermonees acerca de lo que tengo permitido sentir.

Parpadea sin detenerse en mi respuesta. La nueva pausa que hace es tan larga que una gota alcanza a rodar por su recta nariz. Julian aprovecha este momento para calarme, estudiarme, medirme. Por primera ocasión, su parsimonia casi me empuja a tomarlo de los hombros para arrancarle algunas palabras vehementes.

—¡De acuerdo! —dice con voz baja y dolida—. En beneficio de los hechos, o de lo que muy pronto será historia, acompaño a mi sobrino en su viaje al oeste. Quiero ver por mí mismo la República Libre y pienso que puedo ser de utilidad a Cal en ese sitio —hace el amago de dar un paso al frente; lo piensa mejor y mantiene su distancia.

—¿Tiberias posee un interés en la historia remota desconocido para mí? —pregunto con más aspereza que de costumbre.

Mis palabras lo trastornan visiblemente; apenas puede mirarme a los ojos. La lluvia le adhiere el cabello a la frente, cuelga de sus pestañas, lo toca con

dedos sutiles. Esto lo calma de algún modo, como si aligerara sus días. Ofrece un aspecto más jovial que cuando lo conocí hace casi un año: menos seguro de sí, más lleno de dudas y preocupaciones.

—No —concede—. Aunque suelo insistirle en que persiga todo el conocimiento posible, hay cosas de las que preferiría que se alejara, piedras que no debería perder tiempo en volcar.

Elevo una ceja.

—¿A qué te refieres?

Frunce el ceño.

—Supongo que te mencionó sus esperanzas respecto a Maven. *Antes*.

Antes de que optara por la corona sobre mí.

—Así es —murmuro con un hilo de voz.

—Cree que es factible remediar la situación de su hermano, curar las heridas que Elara Merandus le infligió —sacude despacio el cabello—, pero es imposible armar un rompecabezas del que no se tienen todas las piezas o volver a unir un cristal roto.

Mi estómago se tensa con lo que ya sé, lo que he visto con mis propios ojos.

—Es imposible, en efecto.

—E inútil —confirma—, una causa perdida que no hará más que romper el corazón de mi muchacho.

—¿Qué te hace pensar que su corazón me importa todavía? —inquiero con desdén y siento en mi boca el sabor amargo de la mentira.

Da al frente un paso cauteloso.

—No seas tan dura con él —balbucea.

Respondo sin pestañear:

—¿Cómo te atreves a pedirme eso?

—¿Recuerdas lo que descubriste en aquellos libros, Mare —tira de su túnica y su voz adopta un tono suplicante—, recuerdas sus palabras?

Tiemblo y no es a causa de la lluvia.

—*No fuimos elegidos sino condenados por un dios*.

—Sí —asiente con el fervor con que me instruía antes y me preparo para un sermón—. No es un concepto nuevo, Mare: hombres y mujeres de toda laya se han sentido así desde hace miles de años, elegidos o condenados, predestinados o malditos; sospecho que desde el despertar de la conciencia, mucho antes de los Rojos, Plateados o cualquier otro con habilidades. ¿Sabías que reyes, políticos y gobernantes de todo tipo creían haber sido bendecidos por los dioses, predestinados a ocupar el lugar que tenían en el mundo?

Muchos se creían elegidos, aunque también algunos veían su deber como un castigo.

Junto a mí, Kilorn suelta una risita; yo soy más obvia y entorno los ojos hacia Julian. Cuando me muevo, lo mismo ocurre con el cuello de mi blusa; me entra agua por la espalda y cierro los puños para no estremecerme.

—¿Insinúas que tu sobrino está condenado a su corona? —pregunto con sarcasmo, él se endurece y lamento en el acto mi crueldad. Sacude la cabeza hacia mí como si fuera una niña reprensible—. ¿Que se vio forzado a elegir entre la mujer que ama y lo que considera correcto, lo que cree que debe hacer en virtud de todo lo que se le enseñó? ¿De qué otra forma llamarías a eso?

—Yo lo llamaría una salida fácil —reclama Kilorn.

Me muerdo la mejilla para tragarme una docena de respuestas insolentes.

—¿*En verdad* viniste aquí a justificar lo que él hizo? ¡Porque no estoy de humor para eso!

—Por supuesto que no, Mare —replica—. Vine a explicar, si tal cosa me es posible.

Se me retuerce el estómago por la idea de que sea nada menos que Julian quien me *explique* el corazón de su sobrino, con sus análisis y reflexiones. ¿Lo reducirá todo a simple ciencia? ¿A una ecuación que demuestre que la corona y yo no somos iguales a ojos del príncipe? No lo soporto.

—No gastes saliva, Julian —escupo—. Vuelve junto a tu rey, plántate a su lado —lo miro directo a los ojos para que sepa que no miento—. Y mantenlo a salvo.

Ve esta propuesta como lo que es: lo único que puedo hacer.

Hace una profunda reverencia y ondea su empapada túnica en forma supuestamente cortés. Tengo por un segundo la impresión de que estamos de vuelta en Summerton, él y yo solos en un aula repleta de libros. Yo vivía aterrada entonces, obligada a hacerme pasar por otra persona. Julian era uno de mis únicos refugios ahí, junto con Cal y Maven, mis únicos santuarios. Los hermanos Calore ya no están a mi favor; pienso que es probable que Julian tampoco lo esté.

—Lo haré, Mare —dice—; con mi vida de ser necesario.

—Confío en que las cosas no lleguen a esos extremos.

—Yo también.

Son advertencias mutuas. Y su voz tiene el sonido de las despedidas.

Creo que Bree no ha abierto los ojos durante todo el vuelo. No porque haya dormido, sino porque aborrece tanto volar que apenas puede verse los pies, y menos todavía asomarse a la ventana. Ni siquiera responde a las inocentes burlas de Tramy y Gisa, quienes, sentados a sus flancos, se complacen en fastidiarlo. Gisa se inclina sobre Bree para susurrarle algo a Tramy sobre accidentes de aviación y descompostura de motores. No me sumo a ellos: sé lo que se siente padecer un accidente aéreo o algo muy parecido a ello, pero tampoco echaré a perder su diversión. ¡Tenemos tan pocos motivos de júbilo en estos tiempos! Bree permanece inmóvil en su asiento, con los brazos cruzados y los párpados tensos. Por fin la cabeza le cuelga, apoya la barbilla en el pecho y duerme durante el resto de la travesía.

No es proeza menor si se considera que la ruta desde la base de las Tierras Bajas hasta la República Libre de Montfort es uno de los vuelos más prolongados que he hecho, de seis horas por lo menos. Como se trata de un viaje demasiado largo para un jet de asalto, volamos en una nave más grande, parecida al Blackrun, no por fortuna ese mismo aparato; aquel fue destruido el año pasado por un contingente de guerreros de Samos y la furia de Maven.

Miro por el fuselaje hasta las siluetas de los dos pilotos que accionan el jet. Son hombres de Montfort y no conozco a ninguno. A sus espaldas, Kilorn los observa maniobrar.

Como Bree, mamá no es afecta a volar; en cambio, papá se retuerce con la frente pegada al vidrio y los ojos puestos en el terreno que se extiende a nuestros pies. El resto de la escolta de Montfort —Davidson y sus asesores— dedica su tiempo a dormir; seguro tendrán mucho que hacer cuando lleguen a casa. Farley descansa también, con la cara apretada contra el asiento; escogió un lugar sin ventana: volar le sienta mal todavía.

Es la única representante de la Guardia Escarlata. Incluso dormida, envuelve entre sus brazos a Clara, a la que mece al ritmo del avión para que esté tranquila. El coronel se quedó en la base, probablemente eufórico; en ausencia de Farley, es ahí el miembro de más alto rango de la Guardia. Podrá jugar a la comandancia cuanto quiera mientras su hija transmite datos a la organización.

En la superficie, el verdor de las Tierras Bajas, trenzado con ríos pantanosos y onduladas colinas, da paso sin cesar a los terrenos aluviales del Río Grande. Los territorios en disputa se extienden a ambas orillas, con fronteras extrañas y siempre variables. Sé poco de ellos salvo lo obvio: la comarca de los Lagos, las Tierras Bajas, la Pradera y hasta Tiraxes, más al sur, contienden por ese trecho de ciénaga, pantanos, colinas y árboles, sobre

todo para controlar el río. *Así lo espero*. Los Plateados combaten por nada las más de las veces, derraman sangre roja a cambio de poco menos que polvo. Dominan esta zona también, aunque sin la misma severidad que ejercen en Norta y los Lagos.

Continuamos en dirección al oeste sobre las aplanadas pasturas y gentiles colinas de la Pradera. Una parte de esta es terreno agrícola. El trigo emerge en olas doradas, entreverado con interminables hileras de maíz. El resto da la impresión de ser paisaje descubierto, salpicado por el ocasional bosque o lago. Que yo sepa, la Pradera no tiene reyes, reinas ni príncipes; sus señores gobiernan por derecho de autoridad, no de sangre. Cuando un padre dimite, el hijo no siempre toma su lugar. Este es otro país que no creí ver jamás, pero ahora lo contemplo desde las alturas.

El extraño sentir que se desprende de la singular división entre lo que yo era antes y lo que soy ahora no se extingue. Fui una chica de Los Pilotes, el conocido pantanal, atrapada en un espacio estrecho hasta el fatal destino del alistamiento. Mi futuro se reducía entonces a un gran vacío, pero ¿era más fácil que esto? Me siento muy lejos de esa vida, a un millón de kilómetros y un millar de años.

Julian no viaja en nuestra nave, o de lo contrario estaría tentada a preguntarle de los países sobre los que pasamos; vuela en el otro avión, el jet de Laris con franjas amarillas, junto al resto de los representantes de las Casas de Calore y Samos y sus agentes, por no hablar de su equipaje. Todo indica que un aspirante a rey y una princesa requieren una inmensa cantidad de ropa. Nos siguen, visibles desde las ventanas de la izquierda, con alas metálicas que resplandecen bajo la luz del sol.

La electricona Ella me contó que es originaria del territorio de la Pradera que está antes de Montfort, las Colinas de Arena, un país de saqueadores: más términos que no entiendo. No está aquí para explicármelos, permanece con Rafe en la base de las Tierras Bajas. Aparte de mí, Tyton es el único electricón que vino con nosotros; nacido en Montfort, sospecho que visitará a sus familiares y amigos. Está sentado cerca del fondo de la nave, tumbado sobre dos asientos y con la nariz metida en un libro maltrecho. Cuando lo veo, siente mis ojos y nuestras miradas se cruzan un segundo: hace parpadear sus luceros grises y calculadores. Me pregunto si siente las minúsculas pulsaciones de electricidad en mi cerebro. ¿Sabe lo que cada una de ellas significa? ¿Distingue entre arranques de temor y de emoción?

¿Podré hacerlo algún día?

Apenas comprendo el pleno alcance de mis habilidades. Lo mismo les sucede a todos los nuevasangre que he conocido y entrenado. Pero quizá no sea así en Montfort; puede ser que los ardientes sepan qué somos y todo lo que podemos hacer.

De lo siguiente que me doy cuenta es de que alguien sacude mi brazo y me libra de un sueño intranquilo. Papá apunta a la redonda ventana entre nosotros, engastada en una pared curva detrás de nuestros asientos.

—Jamás pensé que vería algo así —tamborilea los dedos sobre el grueso cristal.

—¿Qué cosa? —pregunto y trato de incorporarme; él afloja mis cinturones para que pueda moverme con libertad y asomarme.

He visto montañas en otras ocasiones. En los Grandes Bosques, junto a la Muesca, verdes cordilleras se atavían del fuego del otoño y el páramo del invierno y un frío que cala los huesos. En la Fisura, crestas encorvadas se tienden al horizonte y suben y bajan como olas inagotables. Las laderas campo adentro de las Tierras Bajas se pierden en un azul y púrpura distantes, y solo es posible vislumbrarlas desde las ventanas de un aeroplano. Todas estas cumbres forman parte de las Allacias, la larga y antigua cordillera que va de Norta al interior de las Tierras Bajas. Pero jamás había visto montañas como las que se alzan en este momento frente a nosotros. No creo que siquiera sea posible llamarlas montañas.

Fijo boquiabierta los ojos en el horizonte mientras el jet arquea hacia el norte. Las llanuras de la Pradera terminan en forma abrupta, perforada su margen occidental por el muro de una vasta y escarpada cadena montañosa, más grande que cualquiera que haya visto nunca. Las cuestas se elevan como cuchillos, demasiado altas y afiladas; componen una fila tras otra de gigantescos dientes serrados. Algunos picos están desnudos, desprovistos de árboles, como si no pudieran crecer ahí. Unas cuantas montañas remotas están cubiertas de *nieve*, pese a que estamos en verano.

Respiro con dificultad. ¿A qué clase de país hemos venido a dar? ¿Plateados y ardientes lo controlan por completo, con fuerza suficiente para erigir una nación tan increíble? Estas montañas me infunden temor, pero también un poco de emoción. Incluso desde el aire, este país parece distinto. La República Libre de Montfort remueve algo en mi sangre y mis huesos.

Junto a mí, papá pone una mano en el cristal. Sigue con los dedos la silueta de la cordillera, traza los picos.

—¡Qué hermoso! —sisea, tan bajo que solo yo puedo oírlo—. Ojalá este lugar nos traiga bendiciones.

Es cruel dar esperanzas donde no hay ninguna.

Él dijo eso una vez, a la sombra de una casa sobre pilotes. A falta de una pierna, estaba confinado a una silla de ruedas. Yo creía entonces que era un hombre deshecho. Ahora sé que no es así: está tan entero como cualquiera de nosotros, y lo ha estado siempre. Solo quería protegernos del dolor de que deseáramos algo que no podríamos tener, un futuro que nadie nos permitiría. Nuestro destino ha sido muy diferente y se diría que mi padre ha cambiado con él. Puede tener esperanzas.

Respiro hondo y me doy cuenta de que mi situación es igual, aun después de Maven, mis largos meses de cárcel, toda la muerte y destrucción que he visto o causado; de mi corazón roto, que no cesa de sufrir; del temor persistente por las personas que amo y las que quiero salvar. Todo esto permanece, es un peso constante, pero no permitiré que me ahogue.

También tengo esperanzas todavía.



SEIS
Evangeline

El aire es extraño, ligero, muy limpio, como separado del resto del mundo.

Lo percibo en los bordes de mis prendas de hierro, plata y cromo, y en el penetrante olor metálico de los aviones a reacción, cuyos motores todavía están calientes por el viaje. La sensación es irresistible, aun después de que pasé tantas horas apretujada en el vientre de una nave de Laris en medio de innumerables placas, tubos y tornillos. En el vuelo dediqué más tiempo del que querría admitir a contar los remaches y seguir las uniones del metal. Si hubiera hecho destrozos aquí, allá o acullá, en un instante le habría quitado la vida a Cal, Anabel o a quienquiera, yo incluida. Tuve que permanecer sentada junto a un señor de Haven durante buena parte del viaje, y su ronquido rivalizaba con el trueno. Bajar de un salto casi parecía ser una mejor opción.

Pese a la estación del año, el aire es frío y la piel se me enchina bajo la fina seda que cuelga de mis hombros. Procuré vestirme como debe hacerlo una princesa, aunque esa es la razón de que ahora padezca frío. Es mi primera visita de Estado como representante de la Fisura y futura reina de Norta. Si ese maldito futuro ocurre en verdad, me veré obligada a hacer un buen papel y a lucir formidable e impresionante hasta las pintadas uñas de los pies. Debo prepararme, estoy mucho más allá de los límites del mundo que conozco. Inhalo de nuevo, con una respiración superficial; aun el acto de respirar es aquí una experiencia inusitada.

A pesar que no es tan tarde para que anochezca, las montañas son tan altas que la luz mengua ya. Largas sombras cruzan la pista de aterrizaje, que se adentra en el valle. Siento que podría tocar los astros si quisiera, pasar mis enjoyadas zarpas por las nubes y hacer al cielo sangrar una roja luz de estrellas. En cambio, mantengo las manos en mis costados, y ocultas mis

numerosas pulseras y sortijas bajo los pliegues de la falda y las mangas, meros adornos, cosas bonitas, inútiles y mudas, justo como mis padres querrían que yo fuese.

Al otro extremo de la pista, la superficie se precipita en un peñasco. Los filos tallados de las laderas enmarcan el horizonte como una ventana lo haría. Cal se levanta de perfil y mira al este, donde la noche cae entre matices de un púrpura brumoso. La cordillera proyecta sus sombras y el mundo entero se desvanece en una oscuridad propia de Montfort.

Cal no está solo: lo acompaña su tío, el peculiar Lord Jacos, quien anota algo en una libreta con la nerviosa y agitada energía de un pajarillo. Dos agentes, uno con los colores de Lerolan, rojo y naranja, y el otro con el amarillo de Laris, los flanquean a respetuosa distancia. El príncipe exiliado fija la mirada a lo lejos, inmóvil salvo por el viento que hace ondear su capa carmesí. Invertir los colores de su casa fue una decisión inteligente, para distanciarse de todo lo que el rey Maven representa.

Tiemblo al recordar ese rostro blanco, esos ojos azules, la forma en que cada parte de él parecía arder con una llama que lo consumía todo. En Maven no hay ninguna otra cosa que apetito.

Cal no voltea hasta que Mare ha bajado del jet con su familia y se acerca a una escolta de asistentes de Montfort. Las voces de los Barrow resuenan en las rocosas paredes del alto valle montañoso. Es una familia muy… ruidosa. Y para alguien tan baja y compacta, los hermanos de Mare son sorprendentemente altos. Ver a su hermana menor me revuelve el estómago. Es pelirroja, de un tono más oscuro que el de Elane y sin el pulido lustre de mi amada. Su piel no brilla por una habilidad ni por un encanto interno inexplicable; tampoco es pálida ni atractiva. Su rostro es bonito a secas, más dorado, dotado de una belleza promedio, *común*, *Rojo*. Elane es singular de mente y apariencia, no tiene igual a mis ojos. Aun así, la chica Barrow me recuerda a quien más quiero, la persona a la que en realidad no podré tener nunca.

Elane no está aquí, ni mi hermano. Tal es el precio a pagar por la seguridad de él, por su vida. La general Farley no perderá la oportunidad de matarlo y yo no permitiré que la tenga, ni siquiera a cambio de mi corazón.

Cal se vuelve para ver partir a Mare con los ojos prendidos a su espalda mientras sus escoltas se la llevan con su familia. Tanta idiotez hace que yo tuerza la boca. La tiene enfrente y aun así la hace a un lado con las dos manos, por algo tan frágil y trivial como una corona. Lo envidio de todos

modos. Podría elegirla todavía si quisiera; me gustaría tener la oportunidad de hacer lo mismo.

—Piensas que mi nieto es un bruto, ¿cierto?

Cuando giro, me encuentro con los ojos de Anabel Lerolan, sus dedos letales que entrelaza al frente y una diadema de oro rosa que reluce en su cabeza. Como el resto de nosotros, se esmeró en vestir sus mejores galas.

Aprieto los dientes y hago una leve pero perfecta reverencia.

—Ignoro a qué se refiere, su majestad —no me molesto en resultar persuasiva, veo poca importancia en eso, para bien o para mal. Me da lo mismo lo que ella piense de mí; controla mi vida de todas formas.

—Sientes algo por la chica de Haven, ¿cierto?, la hija de Jerald —da un atrevido paso adelante y yo quisiera arrancarle de la mente el rostro de Elane —. Si no me equivoco, está casada con tu hermano, es una futura reina como tú.

La amenaza resbala por sus palabras como una de las serpientes de mi madre.

Fuerzo una carcajada.

—Mis caprichos pasajeros no son de su incumbencia.

Bate un dedo contra un nudillo marchito. Frunce los labios y las arrugas en torno a su boca se ahondan.

—¡Por supuesto que lo son! Sobre todo cuando mientes con tanta presteza para impedir cualquier escrutinio sobre Elane Haven. ¿Un gusto pasajero? ¡Por favor, Evangeline! Es obvio que estás locamente enamorada —entrecierra los ojos—. Descubrirás que tú y yo tenemos en común más de lo que crees.

Le arrojo a la cara una sonrisa de suficiencia y muestro los dientes junto con un gruñido velado.

—Estoy al tanto de las habladurías de la corte, como todos. Se rumora de consortes; su esposo tuvo uno, un caballero llamado Robert, ¿y cree usted que eso nos iguala?

—Me casé con un rey Calore y me senté a su lado mientras él amaba a otro; creo saber cómo… —bailotea dos dedos ante mí— funciona esto. Y déjame decirte que sale mejor cuando los involucrados están de acuerdo y *en el entendimiento*. Te guste o no, mi nieto y tú tendrán que ser aliados en todo, es la mejor manera de sobrevivir.

—Sobrevivir a la sombra de él, querrá decir —no puedo contenerme.

Parpadea, presa de una rara confusión, y después sonríe y baja la frente.

—Las reinas proyectan sombras también —cambia de actitud en un instante—. ¡Ah, premier! —se vuelve a mi izquierda, hacia el hombre que está a mis espaldas.

Hago lo mismo y veo que Davidson da un paso y asiente en dirección a nosotras sin dejar de mirarnos a ambas; sus ojos angulosos, de un especial color dorado, vuelan de Anabel a mí. Son la única parte de él que tiene vida; el resto, desde sus expresiones huecas e insulsas hasta sus inmóviles dedos, parece haber sido adiestrado por la moderación.

—Su majestad, su alteza —agita la cabeza de nuevo y más allá de él veo a sus vigilantes de Montfort, ataviados de verde, y a sus oficiales y soldados con sus insignias. Hay docenas de ellos; aunque algunos lo acompañaron desde las Tierras Bajas, la mayoría ya estaba aquí y esperaba su arribo.

¿Ha tenido siempre tantos guardias a sus espaldas, tantas armas? Siento las balas en sus recámaras. Las cuento por costumbre y aumento las reservas de hierro de mi vestido, que protege mis órganos más delicados.

El primer ministro hace un amplio movimiento con el brazo.

—Confiaba en que podría acompañarlas hasta nuestra capital y ser el primero en darles la bienvenida a la República Libre de Montfort —pese a su intención de mostrarse ecuánime, advierto orgullo en él, por su país, por su patria; comprendo eso, al menos.

Anabel lo examina con ojos que les bajarían los humos a Plateados nobles, hombres y mujeres de inmenso poder y mayor arrogancia todavía. Él no se inmuta.

—¿Esta —inquiere ella con desdén y mira los acantilados que nos rodean— es su República?

—Es una pista privada —contesta Davidson.

Hago girar un anillo en mi dedo para distraerme con el cordel de joyas y no reír.

En los contornos de mi visión brillan unos botones de pesado y bien labrado hierro, forjado a semejanza de una llama. Se aproximan, asegurados a las ropas de mi prometido. Él se detiene junto a mí e irradia un calor leve pero constante.

No me dice nada y eso me alegra. No hemos hablado en meses, desde que escapó de la muerte en el Cuenco de los Huesos. Antes, cuando fue mi prometido por primera ocasión, nuestras conversaciones eran escasas y aburridas. No piensa más que en la batalla y Mare Barrow; ninguna de las dos me interesa gran cosa.

Lanzo una mirada furtiva y noto que su abuela se ha hecho cargo de su apariencia. El cabello de corte irregular y la barba dispareja se han esfumado; sus mejillas están lampiñas y su negro cabello, pulcro y lustroso, ha sido cepillado hacia atrás. Se diría que acaba de salir del Fuego Blanco y está listo para su coronación, no que descendió apenas de un vuelo de seis horas tras haber sitiado una ciudad. Con todo, sus ojos son de un bronce duro y apagado, y no lleva puesta su corona. Anabel no pudo conseguirle una o él se negó a usarla; opto por esto último como respuesta.

—¿Una pista privada? —mira a Davidson desde su gran altura.

El premier no muestra ninguna incomodidad a causa de la discrepancia de estatura. Tal vez carece de la muy masculina obsesión por las dimensiones.

—Sí —contesta—. Este campo de aviación está a mayor altitud y ofrece acceso a la ciudad de Ascendente con más facilidad que las pistas de las llanuras o los valles. Pensé que sería mejor que nos trajesen aquí, aunque se considera que la cuesta oriental del Paso del Halcón es un paisaje espléndido.

—Me gustaría conocerla cuando la guerra termine. —Cal intenta ser amable pero apenas consigue ocultar su desinterés.

Davidson no le da importancia.

—Cuando la guerra termine —repite con ojos centellantes.

—No querríamos que por nuestra culpa llegara tarde a la sesión en la que pronunciará el discurso ante su gobierno. —Anabel se toma del brazo de Cal como la abuela rendida que siempre es. Se apoya en él más de la cuenta, para proyectar una imagen conveniente y calculada.

—Yo no me preocuparía por eso —objeta él con una de sus sonrisas lánguidas e indulgentes—. Mi intervención en la asamblea de Montfort está prevista para mañana a primera hora. Presentaré entonces nuestros argumentos.

Cal se sobresalta.

—¿Para mañana a primera hora? Sabe tan bien como yo, señor, que el tiempo…

—Nuestra asamblea celebra sus reuniones por las mañanas. Espero que esta noche acepten mi invitación a cenar —dice plácidamente.

—Premier… —Cal aprieta los dientes pero el nuevasangre se muestra enérgico y tajante, aunque contrito.

—Mis colegas ya aceptaron celebrar una sesión especial fuera de programa. Le aseguro que hago todo lo que puedo, dentro de los límites de las leyes de mi país.

Leyes. ¿Acaso pueden existir leyes en un país como este, sin trono, corona ni nadie que tome las últimas decisiones mientras el resto pelea por los detalles? ¿Cómo puede tener Montfort la esperanza de sobrevivir? ¿Cómo puede tener la esperanza de progresar con tantas fuerzas que siguen direcciones diferentes?

Pero si Montfort no es capaz de moverse, si Davidson no obtiene más tropas para Cal, esta guerra podría acabar como yo deseo y más pronto de lo que pensé.

—¿A Ascendente, entonces? —pregunto con la esperanza de librarme del creciente frío y acercar a Cal a toda la distracción que este sitio pueda brindar. Puesto que Anabel ya reclamó a su nieto, le ofrezco el brazo a Davidson, quien lo toma con una leve inclinación y pone una mano ligera sobre mi muñeca.

—Es por aquí, su alteza —responde.

Me sorprende descubrir que el tacto de un nuevasangre no es tan repugnante como el de mi prometido. Él fija un paso firme, que nos aleja de los aviones hacia los senderos que conducen a Ascendente.

La ciudad se posa en lo alto de la margen oriental de la inmensa cordillera y domina picos menores y las fronteras distantes. La Pradera se disuelve en el horizonte; es un conocido país de saqueadores donde bandas nómadas de Plateados no alineados con ninguna nación hacen presa de los incautos que pasan por ahí. El resto es una llanura desierta, solo estropeada por las ruinas irregulares de lo que hace mucho tiempo fue una ciudad. Ignoro su nombre.

Ascendente da la impresión de haber nacido de las montañas mismas, erigida como está sobre pendientes y valles, y se curva en burbujeantes arroyos y el gran río que avanza al este por sinuosas barrancas. Las escasas carreteras se pierden a la distancia y transportes aparecen y desaparecen por turnos. Sin duda hay más de ellas bajo la superficie, arrancadas a la roca y el corazón de estas montañas.

La mayor parte de los edificios de la urbe son de piedra de cantera —granito, mármol y cuarzo—, tallada y esculpida en bloques increíblemente lisos de colores blanco y gris. Pinos más altos que campanarios emergen entre las edificaciones y sus agujas son del verde oscuro de la bandera de Montfort. El atardecer y las montañas cubren la ciudad con franjas alternas de rosa subido y púrpura oscuro, luz y sombra. Arriba de nosotros, hacia el oeste, se alzan triunfantes picos nevados bajo un cielo demasiado grande y próximo. Estrellas prematuras perforan el anochecer. Me resultan familiares, forman patrones que conozco.

Jamás he visto una ciudad como esta y me preocupa. No me gustan las sorpresas, no me agrada llevarme una fuerte impresión, porque eso significa que algo es mejor que yo, mi sangre o mi patria.

Sin embargo, Ascendente, Montfort y Davidson lo han conseguido: este extraño y hermoso lugar me impresiona sin remedio.

Aunque el trayecto a la ciudad es de poco más de un kilómetro, son tantos los peldaños que parece más largo. Pienso que el premier desea ufanarse, así que en vez de meternos en vehículos nos obliga a caminar y ver la ciudad en todo su esplendor.

Si estuviera en la corte de un rey Calore con otro noble tomado de mi brazo, no me molestaría en conversar con él; la Casa de Samos ya goza ahí de una reputación excelente. ¿Pero en este sitio? Aquí debo mostrar mi valía, de modo que suspiro, aprieto los dientes y miro a Davidson junto a mí.

—Entiendo que obtuvo su puesto por *elección* —esta palabra me es ajena y rueda en mi boca como un guijarro pulido.

Ríe sin poder evitarlo, abre una pequeña grieta en su máscara inescrutable.

—En efecto, la nación votó por mí hace dos años. Y al tercero, en la primavera próxima, regresaremos a las casillas.

—¿Quién votó, precisamente?

Tensa la boca.

—Toda clase de personas, si es a lo que se refiere: Rojos, Plateados, ardientes. Las urnas no distinguen colores.

—Así que tienen Plateados aquí —aunque me lo habían dicho ya, dudé que un Plateado se rebajara a vivir con un Rojo, y más todavía a ser gobernado por él, incluso un nuevasangre. Esto me intriga, de cualquier forma. ¿Qué sentido tiene que vivan aquí como iguales cuando podrían vivir como dioses en otra parte?

Baja la barbilla.

—Tenemos muchos.

—¿Y ellos *permiten* esto? —pregunto con sorna, sin molestarme en contener la lengua. Hago eso únicamente en presencia de mis padres, y no están aquí; se marcharon después de arrojarme a estos lobos de sangre roja.

—¿Se refiere a nuestra existencia como iguales? —su voz adopta un tono más agudo, silba en el aire de la montaña.

Perfora mis ojos con los suyos, oro contra gris oscuro. Proseguimos nuestra marcha con paso firme sobre los numerosos escalones. Él querría que me disculpara; no lo hago.

Llegamos por fin a un rellano, una terraza de mármol que da a un jardín exuberante. Flores desconocidas, de púrpura, naranja y azul pálido, se elevan en espiral ante nosotros, silvestres y fragantes. Unos metros más allá, Mare Barrow y su familia atraviesan el jardín guiadas por sus escoltas de Montfort. Uno de sus hermanos se agacha para inspeccionar mejor las flores.

Mientras el resto de nuestro grupo disfruta de la vista de este edén, Davidson se acerca a mí; sus labios casi acarician mi oreja y resisto el impulso de partirlo en dos.

—Perdone mi atrevimiento, princesa Evangeline —murmura—, pero tiene una amante, ¿cierto? Y le prohíben casarse con ella.

Juro que les cortaré la lengua a todos. ¿No dicen que los secretos son sagrados?

—No sé de qué habla —digo entre dientes.

—¡Claro que lo sabe! Ella está casada con su hermano, como parte de un arreglo, ¿no es así?

Mis manos se tensan sobre un barandal de piedra; su fresca lisura no contribuye a serenarme. Clavo los dedos, las agudas y enjoyadas puntas de mis zarpas decorativas calan hondo. Davidson continúa con sus palabras en tropel, suaves, rápidas e imposibles de ignorar.

—Si todo fuera como usted quisiera, si usted no fuese una pieza negociable de una corona y ella no estuviera desposada, ¿podrían casarse? En las mejores circunstancias, ¿los Plateados de Norta accederían a su deseo?

Me vuelvo hacia él y le muestro los dientes. Está demasiado cerca; no se arredra ni retrocede. Veo las diminutas imperfecciones de su piel: arrugas, cicatrices, poros incluso. Podría sacarle los ojos con las manos si quisiera.

—El matrimonio no tiene nada que ver con el deseo —espeto—. Es solo para los herederos.

Por razones que no comprendo, sus ojos dorados se suavizan. Veo lástima en ellos, pesar. No lo soporto.

—Así que se le niega lo que quiere a causa de lo que es. De una decisión que nunca tomó, una pieza suya que no puede ni quiere cambiar.

—Yo…

—Menosprecie a mi país lo que le plazca —veo una sombra del carácter que se empeña en ocultar—, cuestione cómo son las cosas aquí; quizá las respuestas sean de su agrado —se aparta y recobra la imagen del político, un hombre ordinario con un encanto ordinario—. Espero que disfrute nuestra cena esta noche; Carmadon, mi esposo, ha puesto mucho empeño en prepararla para ustedes.

¿Qué? Apenas puedo pestañear. ¡Desde luego que no! *Oí mal*. Mis mejillas se inflaman de calor, se ponen grises de la vergüenza. No negaré que el corazón dio un salto en mi pecho y una descarga de adrenalina se apoderó de mí, solo para apagarse en un soplo. *Es inútil desear imposibles*.

Pero el premier hace una leve inclinación.

No escuché mal ni él cometió un error.

—Esta es otra minucia que *permitimos* en Montfort, princesa Evangeline.

Suelta mi brazo sin ceremonia alguna y acelera el paso para poner un poco de distancia entre nosotros. Siento que el corazón me late con fuerza. ¿Miente? ¿Lo que dijo es posible siquiera? Para mi desconcierto, lágrimas acuden a mis ojos y mi pecho se pone rígido.

—La diplomacia nunca fue tu fuerte.

Cal me fulmina con una mirada desde mi hombro, su abuela cuchichea a unos pasos con uno de los señores Iral.

Oculto un momento el rostro bajo una cortina de cabello plateado, justo el tiempo indispensable para recuperar el control o aparentarlo. Por fortuna, él sigue ocupado en mirar a Mare, cuyos desplazamientos rastrea con una añoranza lastimera.

—¿Por qué me elegiste entonces? —respingo al fin, con la esperanza de que sienta toda mi rabia y mi dolor—. ¿Por qué te obstinas en volver reina a alguien como yo cuando no seré para ti otra cosa que una espina?

—Hacerte la tonta tampoco es tu fuerte, sabes cómo funciona esto.

—Sé que pudiste escoger entre dos caminos, Calore, y elegiste el que pasa por mí.

—*Escoger* —protesta—. A las mujeres les encanta esta palabrita.

Pongo los ojos en blanco.

—Que al parecer desconoces, porque no haces más que culpar a todos y todo de una decisión que *tú* tomaste.

—Una decisión que tuve que tomar —me mira con ojos destellantes—. ¿Acaso crees que Anabel, tu padre y el resto se habrían aliado con los Rojos, sin recibir nada a cambio? ¿Piensas que no buscaron a otro que apoyar, alguien *peor*? Si soy yo, al menos puedo…

Me paro frente a él, pecho contra pecho, y me enderezo en preparación para la batalla. Una vida de entrenamiento se solidifica bajo mi piel.

—¿Qué, hacer mejor las cosas? ¿Crees que cuando acaben las hostilidades te sentarás en tu nuevo trono, atizarás tus absurdas flamas y cambiarás el mundo? —lo mido de pies a cabeza con un aire de desdén—. ¡No me hagas

reír, Tiberias Calore! Eres un títere igual que yo, pero tú al menos tuviste la oportunidad de cortar tus hilos.

—¿Y tú no?

—Lo haría si pudiera —creo que hablo en serio. *Si Elane estuviera aquí, si hubiera un modo de que permaneciéramos*…

—Cuando… cuando llegue el momento de que debamos casarnos… —se le atora la lengua, tartamudear no es digno de un Calore— trataré de facilitarte lo más posible las cosas, visitas de Estado, reuniones. Elane y tú podrán hacer lo que deseen.

Me recorre un escalofrío.

—Siempre que cumpla mi parte del acuerdo…

Esta perspectiva nos asquea a ambos y apartamos la mirada.

—No haré nada sin tu consentimiento —susurra.

Aunque esto no me convence, hace surgir un poco de alivio en mi corazón.

—Te amputaría algo si lo intentaras.

Ríe débilmente, es más que nada una expulsión de aire.

—¡Qué horror! —sisea, con voz tan baja que quizá no se da cuenta de que lo escucho.

Respiro con dificultad.

—Puedes elegirla aún.

Estas palabras flotan en el aire y nos torturan a los dos.

No replica, se mira los pies dentro de las botas. En el jardín, Mare le da la espalda todavía y sigue a su hermana. Pese a que el cabello de ambas no es del mismo color, advierto el parecido: se mueven de la misma manera, cuidadosa, lenta, callada, como ratones. La hermana corta una flor, un capullo verde pálido de pétalos rozagantes, y la prende a su cabello. Mientras miro, el Rojo joven y larguirucho que Mare insiste en llevar consigo a todas partes hace lo mismo; la flor se ve ridícula detrás de su oreja y las hermanas Barrow se desternillan de risa. Su carcajada llega hasta nosotros, es una pulla más que otra cosa.

Son Rojas e inferiores, y son felices. ¿Cómo es posible?

—Deja de deprimirte, Calore —digo entre dientes; es un consejo para los dos—. Tú forjaste esta corona, úsala ahora, o *no lo hagas jamás*.



SIETE
Iris

Las márgenes del Ohius son altas. Esta fue una primavera húmeda; las granjas del sur de la comarca de los Lagos estuvieron a punto de inundarse varias veces. Tiora vino aquí, a la inestable zona fronteriza, hace apenas unas semanas, para contribuir al rescate de los nuevos cultivos y para sonreír y saludar. Sus tímidas y escasas sonrisas nos ganaron algo de favor en estos lares, aunque no el suficiente. Los informes dirigidos a la corona indican que los Rojos siguen en fuga y cruzan las colinas a la Fisura, hacia el este; son unos tontos si creen que el señor Plateado de ese reino les dará una vida mejor. Los más listos atraviesan el Ohius hacia los territorios en disputa, en los que no gobierna rey ni reina alguno, pero deben arriesgar el viaje y enfrentar a Rojos y Plateados por igual entre la comarca de los Lagos y el norte de las Tierras Bajas.

La elevación desde el río ofrece una vista imponente del valle; es un buen sitio para esperar. Miro al sur, a los bosques dorados bajo la declinante luz de la tarde. El día de hoy fue fácil, se consumió en viajar por campos de trigo y maíz. Y Maven tuvo la gentileza de utilizar su transporte, con lo que me concedió largas horas de paz durante nuestro trayecto al sur. Este viaje fue casi un indulto, aun si significó separarme de mi madre y mi hermana, que se quedaron en la capital. No sé cuándo las veré otra vez, *si acaso vuelvo a reunirme con ellas algún día*.

Pese a la grata brisa y el aire cálido, Maven decidió aguardar en su vehículo, por lo pronto. Hará sin duda una entrada triunfal cuando lleguen los representantes de las Tierras Bajas.

—Está retrasado —susurra la anciana que se encuentra junto a mí.

Aun en estas circunstancias, levanto una comisura de la boca.

—Hay que tener paciencia, Jidansa.

—¡Cuánto han cambiado las cosas, su majestad! —ríe y las arrugas en su moreno rostro se ahondan—. Recuerdo que en más de una ocasión le di ese mismo consejo, casi siempre respecto a la comida.

Interrumpo mi labor de vigilancia para mirarla.

—En eso, las cosas no han cambiado en absoluto.

Su risa gastada cobra fuerza y resuena al otro lado del río.

Jidansa, del Linaje Merin, ha sido amiga de mi familia desde que tengo uso de razón, tan próxima como una tía y tan atenta como una nodriza. Empleaba su habilidad como telqui para divertirnos de niñas a Tiora y a mí y revolvía con su mente nuestros juguetes o zapatos. No obstante su cara arrugada, cabello blanco y actitud de matrona, es una adversaria temible, una telqui de extraordinario talento, una de las mejores de nuestra nación.

Si fuera más cruel, le solicitaría que retornara conmigo a Norta y ella accedería, pero sé que no debo pedírselo. La mayor parte de su familia murió en la guerra; vivir entre nosotros sería un castigo que no merece.

Su presencia es tranquilizadora. Incluso en la comarca de los Lagos me siento incómoda al lado de Maven.

El resto de mi escolta se abre en abanico detrás de mí, a respetuosa distancia. Aunque los centinelas deberían hacer que me sintiera segura, nunca estoy a gusto bajo su mirada enjoyada. Me matarían si mi esposo lo ordenara, o lo intentarían al menos.

Cruzo los brazos y siento los bordes de mi saco azul de viaje. Aun cuando estoy a punto de conocer a un príncipe de las Tierras Bajas, el príncipe reinante, no vengo vestida para la ocasión. ¡Ojalá no sea tan afecto a la apariencia como la mayoría de los Plateados que conozco!

No tengo que esperar mucho tiempo para descubrirlo.

Desde nuestro mirador, vemos que su caravana avanza por los territorios en disputa. El paisaje es igual al de los bosques del sur de los Lagos; no hay murallas, accesos ni caminos en esta sección de la frontera. Por ahora, nuestras patrullas de vigilantes están escondidas; tienen la instrucción de dejar pasar al príncipe.

Su convoy es reducido, incluso en comparación con nuestro exiguo grupo de seis transportes y una cincuentena de celadores. Veo solo dos vehículos, máquinas ágiles y rápidas que corren sin hacer ruido a través de los poco densos linderos del bosque. Están pintados al estilo camuflaje, con un verde espantoso que les permite confundirse con el paisaje. A medida que se acercan, distingo las estrellas amarillas, violetas y blancas que salpican sus costados.

Es Bracken.

Se oye a mis espaldas un rechinido metálico y Maven desciende de su transporte. Cruza el prado con un par de rápidas zancadas y se detiene a mi vera con singular donaire. Une lentamente las manos. Su piel blanca es más dorada bajo esta luz; parece casi un ser humano.

—No pensé que el príncipe Bracken fuera tan confiado, es un necio —señala al reducido séquito del príncipe.

—La desesperación vuelve necia a la mayoría —repongo con frialdad.

Ríe y arrastra sus ojos sobre mí con algo similar a la pereza.

—A ti no.

No, a mí no.

Esta aguja debe enhebrarse con especial cuidado. Como Maven, junto las manos y proyecto una imagen de fuerza, determinación y reciedumbre.

Los hijos de Bracken desaparecieron hace ya varios meses, para ser encarcelados y usados como instrumento de presión. Las Tierras Bajas se desangran cada minuto en que su ausencia se prolonga. Montfort les ha costado ya millones de coronas, se apodera de todo lo que cae en sus manos: armas, aviones, reservas de alimentos. La base militar en el País Bajo fue desmantelada, y gran parte de su contenido remitido a las montañas. Los naturales de Montfort son como langostas, consumen cuanto pueden; han agotado casi por completo los recursos que Bracken les cedió.

Los transportes se detienen a unos metros de nosotros, para guardar segura distancia de nuestro convoy. Cuando abren sus puertas, de ellos desciende una docena de agentes, que resplandecen bajo un lila oscuro con ribetes dorados. Portan armas y espadas, aunque algunos prefieren los mazos o hachas de guerra sobre los estoques.

Bracken no porta arma alguna.

Es alto, de piel negra, tez suave, labios carnosos y ojos como pulidas piedras de azabache. Mientras que a Maven lo cubren su capa, sus medallas y su corona, Bracken no depende del boato. Y si bien su fino ropaje es de un lila oscuro con ribetes de oro como sus agentes, no veo en él corona, pieles ni joyas. Este hombre está aquí para llevar a cabo una misión desesperada y no tiene motivo para lucirse.

Descuella sobre nosotros, con el musculoso físico de un coloso, aunque sé que es un mimo. Si me tocara, sería capaz de utilizar mis habilidades como ninfa, solo por un tiempo y en limitada medida. Lo mismo vale para cualquier otro Plateado, y quizá nuevasangre también.

—Me habría gustado que nuestro primer encuentro hubiese tenido lugar en mejores circunstancias —dice con voz grave y retumbante. Como de costumbre, hace una leve reverencia en honor a nuestro rango; por más que gobierne las Tierras Bajas, su país no es digno rival de los nuestros.

—También nosotros lo habríamos querido, su alteza —me inclino a mi vez.

A pesar de que Maven sigue mi movimiento, lo hace demasiado rápido, como si deseara que esto terminase lo más pronto posible.

—¿Qué tiene para nosotros?

Ofrezco una mueca a causa de su falta de tacto. Abro la boca por instinto, dispuesta a limar las asperezas de una conversación tan precaria pero, para mi sorpresa, Bracken sonríe.

—A mí tampoco me gusta perder tiempo —petrifica su sonrisa, uno de sus agentes se acerca con un libro encuadernado en piel—, sobre todo si está en juego la vida de mis hijos.

—¿Ese libro contiene la información acerca de Montfort? —miro los documentos cuando el agente se los entrega—. La reunió con extrema celeridad.

—El príncipe ya ha dedicado varios meses a la búsqueda de sus hijos, así como de personas que le asistan en su empeño. —Maven arrastra las palabras —. Recuerdo a sus emisarios, los príncipes Alexandret y Daraeus; lamento no haber podido… ayudarles.

Tengo que sofocar un resoplido. Uno de esos príncipes perdió la vida en el palacio de Arcón, durante un fallido golpe de Estado contra Maven, y hasta donde sé, el otro está muerto también.

Bracken rechaza la disculpa con un gesto.

—Conocían los riesgos, lo mismo que todos los que están a mi servicio. He perdido a docenas de personas en la indagatoria del paradero de mi hijo y de mi pequeña —hay un dolor genuino en sus palabras, oculto debajo de su ira.

—¡Ojalá no perdamos a nadie más! —susurro y pienso en mí, en lo que dijo mi madre. *Debes ser tú*.

Maven levanta el mentón y mira por turnos a Bracken y al libro. De seguro está lleno de datos sobre Montfort, sus misteriosas ciudades, sus montañas, sus ejércitos; la información que necesitamos.

—Estamos listos para hacer lo que usted no puede, Bracken —el joven rey es un actor consumado y dota a sus palabras de la dosis de compasión exacta; si se le diera la oportunidad, podría atraer a Bracken a su lado antes de

que yo pudiese jugar mis cartas—. Comprendo que mientras los de Montfort tengan en poder a sus hijos, no puede actuar contra ellos; aun la más modesta misión de rescate pondría en peligro su vida.

—Así es. —Bracken devora cualquier cosa que Maven le da—. Incluso reunir información resultó demasiado peligroso.

El rey de Norta eleva una ceja.

—¿Y qué obtuvo de ello?

—Ubicamos a mis hijos en Ascendente, la capital de Montfort —nos tiende el libro—. Está enclavada en las montañas, la protege un valle. Nuestros mapas de la ciudad son antiguos pero útiles.

Tomo la información antes de que uno de los centinelas pueda hacerlo y sopeso el libro. Es denso, vale su peso en oro.

—¿Descubrieron dónde los tienen? —pregunto, con ansia ya de abrir el volumen y poner manos a la obra.

Él baja la cabeza.

—Eso creo, a un enorme costo.

Cruzo los brazos y estrecho el trascendente libro contra mi corazón.

—Lo aprovecharé al máximo.

El príncipe me mira de pies a cabeza, con respetuosa confusión. Maven es menos obvio: no se mueve ni altera el semblante. Por más que la temperatura no sube un solo grado, percibo la desconfianza que lo corroe. Y la amonestación. Pero es listo y mantiene cerrada la boca frente al príncipe, incapaz de impedir que teja mi tela.

—Yo misma encabezaré el equipo —fijo en Bracken una mirada de gran resolución. No parpadea, firme como una estatua; me sopesa, me examina. Vestir con sencillez fue una buena decisión de mi parte; mi aspecto es el de una guerrera antes que el de una reina—. Usaré soldados de Norta y los Lagos, una fuerza pequeña y suficiente que pasará inadvertida. Puedo asegurarle que desde el día de ayer nos hemos consagrado por entero a este trabajo.

Pese a que me pone los pelos de punta, poso una mano en el brazo de Maven. Su piel es fría bajo su manga. Aunque no puedo verla, siento un ligerísimo temblor en él y mi sonrisa se ensancha.

—Maven concibió un plan muy brillante.

Desliza su mano sobre la mía, con dedos helados; es una amenaza tan clara como el día.

—En efecto —esboza una sonrisa salvaje que rivaliza con la mía.

Bracken ve solamente el ofrecimiento y la posibilidad de rescatar a sus hijos. No lo culpo. Puedo imaginar lo que mi madre haría si Tiora y yo estuviéramos en la misma posición.

El príncipe emite un largo suspiro de alivio.

—¡Magnífico! —inclina la cabeza de nuevo—. A cambio, me comprometo a preservar la alianza que sostuvimos durante décadas, hasta que esos monstruos decidieron intervenir —endurece el gesto—. ¡Ya fue suficiente! La marea cambiará a partir de hoy.

Siento sus palabras tan vivamente como el río que fluye en su cauce a nuestros pies, imparables, inquebrantables.

—La marea cambiará a partir de hoy —repito y aprieto el libro en mi mano.

Esta vez Maven sube a mi transporte después de mí y siento la tentación de devolverlo al prado a patadas. En cambio, me refugio en la esquina más apartada de mi asiento, con la información de inteligencia de Bracken sobre las rodillas. No me quita los ojos de encima en lo que se sienta; su sosiego casi me hace sudar.

Espero a que hable e igualo su gélida mirada con la mía. Maldigo su presencia para mis adentros. Ya ansío sumergirme en esos papeles y llenar los huecos de mi plan de rescate, pero no puedo hacerlo bajo la desdeñosa mirada de Maven y él lo sabe. Lo disfruta, como siempre disfruta molestar al prójimo. Barrunto que producir demonios para los demás hace que se sienta mejor con los suyos propios.

Tan pronto como el transporte se aleja a toda prisa de esta zona de frontera, habla.

—¿Qué te propones? —pregunta con voz llana y sin emoción; no dar ningún indicio de su estado de ánimo es su táctica preferida. Resulta inútil buscar algún sentimiento en sus ojos o su cara, intentar descifrarlo como lo haría yo con cualquier otra persona; es demasiado hábil para eso.

Respondo simplemente, con la cabeza en alto:

—Deseo ganar las Tierras Bajas para nosotros.

Para nosotros.

Emite un zumbido grave y gutural antes de acomodarse en previsión del largo recorrido.

—Muy bien —dice y no vuelve a abrir la boca.



OCHO
Mare

La escolta de Montfort nos lleva al compuesto palaciego situado en lo alto en una cresta que domina el valle central, donde el resto de Ascendente se sujeta de las estribaciones. Estandartes de color verde oscuro ondean por doquier bajo la suave brisa de la noche, con el símbolo del triángulo blanco. Es *una montaña*, comprendo, y me siento una tonta por no haber descifrado antes el emblema. Los uniformes de Montfort tienen esa misma marca.

Mi ropa es sencilla, ni siquiera un uniforme, apenas prendas reunidas en tiendas de Corvium y las Tierras Bajas. Quizá fueron propiedad de algún Plateado, a juzgar por el fino diseño del saco, los pantalones, las botas y la camisa. Farley avanza a trompicones cubierta con su versión de un uniforme y lleva a Clara apoyada en la cadera. Viste por completo de rojo con tres cuadrados de metal en el cuello, que la señalan como una general de la comandancia.

Los Plateados que nos siguen son más *ostentosos*, como era de esperar. Ofrecen un arcoíris de colores vivaces e intensos contra los blancos caminos peatonales de Ascendente que ondulan a través de la ciudad. Cal es difícil de ignorar con su capa de un rojo encendido, aunque desde luego intento hacerlo. Avanza a un lado de Evangeline y casi podría asegurar que en algún momento ella va a empujarlo por una de las escaleras o terrazas más peligrosas.

Permanezco junto a mi padre, a quien oigo respirar. Hay demasiados escalones en Ascendente y él es un hombre mayor con una pierna regenerada, por no hablar de su remendado pulmón. El aire enrarecido no le ayuda tampoco.

Se empeña en no tropezar y su cara enrojecida es el único indicio de la enormidad de su esfuerzo. Mamá marcha a su izquierda y comparte mis

pensamientos. Lo persigue con las manos, extiende los dedos para ayudarle si se tambalea.

Si papá lo pidiese, yo demandaría la ayuda de un coloso, o incluso solo de Bree y Tramy, pero sé que no lo hará. Sigue adelante, toca una o dos veces mi brazo y así agradece mi presencia y mi discreción.

Los peldaños se aplanan por fin y desembocan en un pasillo abovedado cuyas tallas le dan una apariencia de hojas y troncos. Llegamos a una plaza central cuya mampostería es una espiral ajedrezada de granito verde pulido y lechosa piedra caliza. Pinos de toda índole flanquean los arcos que delimitan el lugar y algunos de ellos son tan altos como torres e igual de gruesos. Me impresiona de inmediato el coro abrumador de las aves, que gorjean contra el cielo purpurado.

Detrás de mí, Kilorn lanza un apagado silbido. Ve al otro lado de los árboles un edificio largo y con columnas que se tiende sobre la empinada ladera. Es una extraña mezcla de piedra lisa, como la del cauce de un río, y madera laqueada con detalles de mármol. Sus numerosas alas están salpicadas de balcones, algunos de ellos repletos de flores silvestres. Todos dan al valle, así que tienen vista a Ascendente.

Es la casa del primer ministro, estoy segura, un palacio en todo menos en el nombre. Esto hace que me sienta incómoda, mientras que a mi familia le deslumbra, no sin razón. He estado ya en suficientes palacios para saber que no debo confiar en lo que se encuentra detrás de bellas esculturas y ventanas relucientes.

El palacio no está rodeado por murallas ni puertas, como tampoco Ascendente lo está, o no son visibles al menos. Tengo la impresión de que las fronteras de esta ciudad, de este país, están determinadas por su geografía. Montfort es tan fuerte que no necesita murallas, o tan imprudente que no las construye. A juzgar por Davidson, dudo mucho de esto último.

Seguro que Farley piensa lo mismo. Pasa los ojos por los arcos, los pinos y el palacio, en cada uno de los cuales repara con concentrada precisión. Después mira a los Plateados que entran en tropel a nuestras espaldas y que fingen indiferencia por la casa de Davidson.

El premier solo nos hace señas para que prosigamos, cada vez más dentro del corazón de su país.

Al igual que en las Tierras Bajas, la familia Barrow recibe habitaciones mucho más hermosas de las que acostumbra. Los aposentos de la residencia

de Davidson son vastos, tan grandes que cada uno de nosotros obtiene una recámara propia. Kilorn y Gisa se ocupan de explorar y husmean en los diversos recintos. Menos proclive a moverse, Bree se apodera de uno de los sillones de terciopelo en el gran salón. Lo escucho roncar ahora desde nuestra terraza. Este alojamiento es pasajero, hasta que sea posible conseguir uno más permanente en la ciudad.

Me dejan sola, a propósito o no; no me importa.

Ascendente fulgura a mis pies como una constelación sobre la cuesta. Siento que su electricidad constante y remota titila en sus profusas luces. Todo tiene la apariencia de un reflejo del cielo. Las estrellas son de una claridad increíble, tan cercanas que se diría que se pueden tocar. Respiro hondo, absorbo la natural frescura de las montañas. Este es un buen sitio en el cual dejar a mi familia, el mejor que habría podido pedir.

La orilla del balcón está cubierta de flores de todos los tonos, sembradas en jardineras y macetas. Las que tengo frente a mí son violetas y muy curiosas, con pétalos en forma de cola.

—Las llaman flores elefante.

Tramy se desplaza con sigilo hasta mí y planta un codo en el barandal, sobre el que se apoya para asomarse a la urbe. Pese a la estación, un frío intenso llega con la noche. Supongo que tiemblo, porque él me ofrece un chal.

Cuando lo tomo y envuelvo mis hombros en la tela, arruga la frente.

—No sé qué significa *elefante*.

Aunque la palabra me suena, sacudo la cabeza y me encojo de hombros.

—Yo tampoco, creo que es un animal. Julian lo sabría —digo su nombre en forma irreflexiva y casi hago una mueca cuando una punzada de dolor arde en mi pecho.

—Podrás preguntárselo en la cena —dice pensativo y pasa una mano por su áspera barba.

Alzo otra vez los hombros como si quisiera librarme de toda mención de Julian Jacos.

—Debes afeitarte, Tramy —río, inhalo de nuevo el dulce aire y me doy vuelta hacia las luces de la ciudad—. Y pregúntaselo tú a Julian en la cena.

—No.

Algo en su voz me da que pensar, un acento grave de resolución, de osadía. Tramy no es de los que niegan algo. Está demasiado acostumbrado a seguir a Bree por doquier o a allanar los problemas de la familia. Es un conciliador, no de quienes se plantan en un sitio y no se mueven.

Lo miro a la espera de una explicación.

Aprieta la quijada, sus ojos castaños oscuros perforan los míos. Tiene los ojos de mamá, como yo.

—Este lugar no es para nosotros.

Nosotros.

El significado es claro. *No iremos más lejos*. Los Barrow no son políticos ni guerreros, no tienen ninguna razón para compartir los reflectores ni el peligro en que yo vivo. Sin embargo, la perspectiva de quedarme sola, sin ellos… el temor es infinito, egoísta y repentino.

—Quizá sea así —digo demasiado rápido, tomo su muñeca y él cubre mi mano con la suya—. Pero debería ser su lugar, de todos ustedes, son mi familia…

Un rechinido revela que una puerta se abre sobre la terraza, y se cierra detrás de Kilorn y Gisa. Mi hermana nos examina con ojos relucientes.

—¿Cuántas personas tienen un poder que no deberían solo porque su familia se los da? —pregunta.

Alude a los Plateados, a los miembros de la realeza y los nobles que ceden el poder a sus hijos, por incompetentes que sean. La obsesión con la sangre y la dinastía es la causa de que Maven ocupe el trono, un chico retorcido que controla un país cuando ni siquiera es capaz de controlar su mente.

—Eso es distinto —susurro en respuesta, con poco entusiasmo—. Ustedes no son como ellos.

Gisa ajusta mi chal; me cuida como si fuera la mayor, cuando es al revés. Todavía lleva prendida en el cabello su flor, pálida como el amanecer. Toco lentamente los pétalos y paso un rizo suyo entre mis dedos. La flor le sienta bien, ¿será lo mismo con Montfort?

—Como dijo Tramy —replica—, tus reuniones, tus consejos, la guerra que tú libras no son para nosotros. Y no queremos estar ahí —me mira a los ojos. Aunque somos ya de la misma estatura, espero que crezca aún; no se merece ver el mundo como yo.

—Bueno —dejo escapar y la acerco a mí—, está bien.

—Ellos están de acuerdo —murmura.

Mamá, e incluso papá.

Algo en mí se suelta, me quita un gran peso de encima. Pero ¿es un ancla que tira de mí o que me mantiene estable? Podría ser ambas cosas. Sin mis padres o hermanos en juego, ¿en quién me convertiré?

En lo que debo ser.

Con la cabeza apoyada en el hombro de Gisa, es difícil no ver a Kilorn detrás. Su rostro es oscuro, una nube de tormenta en lo que nos mira a ambas.

Nuestros ojos se cruzan cuando siente los míos y veo determinación en él. Se afilió a la Guardia hace mucho y no incumplirá su compromiso, ni siquiera para quedarse aquí, a salvo, con la única familia que conoce.

—Ahora —se aparta Gisa—, vamos a prepararte para esa espantosa cena.

Varios meses de vivir en bases rebeldes no han hecho más que aguzar el buen ojo de mi hermana para el color, la tela y la moda. No sé cómo se agencia en el palacio varios vestidos para que yo elija entre ellos, todos casuales pero formales y de gran variedad de estilos; nada semejante a los horrores con gemas que usan las Plateadas de Norta, por supuesto, aunque todos adecuados para una mesa de reyes y líderes. Debo admitir que me gusta vestir de este modo, pasar los dedos por el algodón o la seda, decidir cómo peinarme; es una distracción buena y necesaria.

No cabe duda de que Tiberias se sentará a la mesa conmigo, radiante en sus ropas carmesíes. Y que hará mohínes porque me atengo a mis principios mientras él escupe en ellos. Que vea a qué exactamente le volvió la espalda, y a quién. Esta idea me produce un placer satisfactorio pese a su carácter enfermizo.

Aunque Gisa está a favor de los atuendos complicados, al final nos quedamos con un vestido que nos agrada a ambas. Es sencillo, de un rojo ciruela profundo, mangas largas y falda con cola. Por toda joya me pongo mis aretes, el rosa de Bree, el rojo de Tramy, el violeta de Shade, el verde de Kilorn. La piedra roja final, granate como la sangre fresca, está guardada entre mis cosas. A pesar de que no uso el arete que me regaló Tiberias, tampoco puedo desecharlo. Permanece sin tocar pero no olvidado.

Gisa cose a toda prisa un galón de oro, una intrincada pieza de encaje, como el puño de cada manga. Ignoro de dónde sacó un costurero o si el personal de Davidson se lo dejó a propósito. Sus dinámicos dedos son igual de hábiles para peinarme, hasta que da a mis rizos, de un castaño cenizo, la forma de una corona. Esconde bien mis abundantes puntas grises. Es un hecho que la tensión diaria me ha impuesto un costo muy elevado, que no paso por alto en el espejo. Luzco decolorada, con las mejillas hundidas y los ojos rodeados por sombras similares a contusiones. Tengo toda clase de cicatrices: de la marca de Maven, de heridas que no han sanado del todo, de mi relámpago. Pero no soy una ruina. No todavía.

Pese a la inmensidad del palacio del premier, su distribución es muy simple y tardo poco en descender a la planta baja, donde están las salas públicas. Al final puedo confiar únicamente en el aroma de los platillos, para que me lleve uno tras otro por suntuosos salones y galerías. Paso por un comedor del tamaño de un salón de baile con una mesa en la que cabrían cuarenta comensales y una enorme chimenea de piedra. La mesa está vacía y en el hogar no crepita llama alguna.

—Usted es la señorita Barrow, ¿cierto?

Cuando giro hacia esa amable voz, me encuentro con un rostro más amable todavía. Un hombre me hace señas desde uno de los muchos pasillos abovedados que comunican a otra terraza. Exhibe una calvicie completa, su piel oscura es de un matiz casi morado y su sonrisa destella como una media luna sobre un traje de seda más blanco aún.

—Sí —contesto llanamente.

Su sonrisa se ensancha.

—Cenaremos aquí, bajo las estrellas. Pensé que sería mejor hacerlo de ese modo en su primera visita.

Me hace señas y cruzo el grandioso comedor para alcanzarlo. Toma mi brazo con soltura, hace chocar su codo con el mío y me saca al aire fresco de la noche. El aroma del menú es tan intenso ahora que se me hace agua la boca.

—¡Qué tensa está! —ríe y agita un brazo para contrastarlo con mis músculos contraídos. Su talante es tan desenfadado que querría desconfiar de él—. Soy Carmadon, yo preparé la cena, así que si tiene alguna queja, guárdesela.

Me muerdo el labio para disimular una sonrisa.

—Haré lo que pueda.

Se toca la nariz en respuesta.

Sus venas en telaraña son grises y se desparraman por el blanco de sus ojos. *Es de sangre plateada*. Siento en la garganta un súbito nudo.

—¿Qué habilidad posee, Carmadon?

Contesta con una fina sonrisa.

—¿No es obvio? —apunta hacia las incontables plantas y flores de la terraza que cuelgan de los innúmeros balcones y ventanas—. No soy más que un humilde guardaflora, señorita Barrow.

Exhibo una sonrisa en bien de las apariencias. *Humilde*. He visto cadáveres de cuyos ojos y boca salen raíces retorcidas. No hay Plateados

humildes ni inofensivos. Todos poseen la habilidad de matar. Aunque también nosotros, supongo: todos los seres humanos sobre la Tierra.

Atravesamos la terraza hacia el aroma, las débiles luces y el murmullo de una conversación forzada. Esta parte del palacio sobresale de la cumbre y ofrece una amplia vista de los pinos, el valle y los picos nevados a la distancia, que brillan bajo la luz de una luna en ascenso.

Trato de no parecer ansiosa ni interesada, y ni siquiera enojada, nada que dé un indicio de mis emociones. De todas formas, siento un vuelco en el corazón y una descarga de adrenalina cuando veo la conocida silueta de Tiberias. Contempla el paisaje de nuevo, incapaz de enfrentar a cualquiera a su alrededor. La boca se me tuerce de disgusto. ¿Desde cuándo eres un cobarde, Tiberias Calore?

A unos metros, Farley camina de un lado y otro, ataviada aún con el uniforme de la comandancia. Su cabello está recién lavado y fulgura a la luz de las lámparas que cuelgan sobre la mesa. Me dirige una leve inclinación antes de sentarse.

Evangeline y Anabel ocupan ya sus asientos, a cada lado de una de las cabeceras de la mesa. Seguro se proponen flanquear a Cal y proclamar su importancia a su izquierda y derecha. Mientras que Anabel parece cómoda en su vestido de siempre, su pesado atuendo de seda roja y naranja, Evangeline se solaza bajo un cuello de negra y lisa piel de zorro. Me mira conforme me acerco a la mesa, con ojos refulgentes como estrellas errantes. Cuando me siento en diagonal a ella, lo más lejos posible del príncipe exiliado, sus labios se fruncen en un remedo de sonrisa.

Carmadon no parece notar o interesarse en que sus invitados se odien a muerte. Se sienta garboso en la silla frente a mí, a la derecha de donde imagino que estará Davidson. Una ayudante emerge de las sombras para llenar su copa de vino, decorada con intrincadas figuras.

Entrecierro los ojos. Es una ayudante de sangre roja, a juzgar por el rubor en sus mejillas. No es vieja ni joven, pero sonríe al mismo tiempo que trabaja. Nunca he visto a una asistente Roja sonreír así, a menos que se le ordene.

—Reciben un salario y se les paga bien —dice Farley, sentada junto a nuestro anfitrión—. Ya lo averigüé.

Carmadon hace girar el vino en su copa.

—Indague lo que guste, general Farley. Revise detrás de las cortinas si lo desea. No hay esclavos en mi casa —adopta un tono serio.

—No nos presentamos como se debe —me siento más ruda que de costumbre—. Usted se llama Carmadon pero…

—¡Desde luego, excuse mi descortesía, señorita Barrow! El premier Davidson es mi esposo y ya está retrasado. Aunque me disculparía si la cena se enfriara por esperarlo —señala con una mano la mesa de servicio, con nuestro primer platillo—, su puntualidad no es mi culpa ni mi problema.

A pesar de que sus palabras son ásperas, su actitud es franca y amigable. Si Davidson resulta difícil de descifrar, su esposo es un libro abierto, lo mismo que Evangeline en este instante.

Mira a Carmadon con tanta envidia que pienso que se pondrá verde. ¡Y no es para menos! La vida de esta pareja, un matrimonio como este, es imposible en nuestro país. Está prohibido. Se considera un desperdicio de sangre plateada. *Aquí no*.

Junto mis manos en mi regazo, intento no inquietarme a pesar de la energía nerviosa que se deja sentir en la mesa. Anabel no ha dicho nada hasta ahora, sea porque reprueba a Carmadon o porque le disgusta comer codo a codo con Rojos. Podrían ser ambas cosas.

Farley baja un poco la cabeza para agradecerle a Carmadon que llene su copa de un vino burbujeante y casi negro, que consume de un solo trago.

Yo me atengo a agua con hielo servida con rebanadas de esplendente limón. Lo último que necesito es que me dé vueltas la cabeza y no pueda pensar con claridad cerca de Tiberias Calore. Lo veo entrar y paso los ojos por sus conocidos y amplios hombros bajo los bordes de una capa roja. Las luces vivaces de la terraza acentúan su aspecto de flama.

Cuando se vuelve, bajo la mirada. Escucho mientras se aproxima, su presencia pesa en el aire. Una silla de hierro forjado raspa contra la terraza de piedra con un movimiento irritantemente lento y cadencioso. Casi me sobresalto al ver dónde ha decidido sentarse.

Tiberias roza mi brazo con el suyo durante justo un segundo y me envuelve con su calor. Maldigo esta conocida comodidad, en contraste con el frío de la montaña.

Por fin me atrevo a alzar la vista, solo para hallar a Carmadon con la cabeza ladeada y la barbilla sobre un puño. Se muestra sumamente divertido, y a su lado Farley está a punto de vomitar. No tengo que ver a Anabel para saber que ha puesto cara de malos amigos.

Uno mis manos bajo la mesa y entrelazo tan fuerte los dedos que mis nudillos se vuelven blancos, no de temor sino de cólera. Tiberias se inclina junto a mí, pone un codo sobre el brazo de la silla; podría murmurar algo en mi oído si quisiera. Aprieto los dientes y resisto el instinto de escupir.

Al otro lado de la mesa del banquete, Evangeline ronronea. Desliza una mano por sus pieles y sus zarpas decorativas destellan.

—¿De cuántos platos constará la cena, milord Carmadon?

El esposo de Davidson no deja de mirarme y tuerce los labios en lo que podría ser una sonrisa.

—De seis.

Con el ceño fruncido, Farley bebe el resto de su copa.

Carmadon sonríe y les hace señas a los sirvientes, que permanecen en las sombras.

—Dane y su Lord Julian nos alcanzarán más tarde —requiere el primer plato con un ligero chasquido de los dedos—. Espero que les guste; pusimos especial esmero en preparar algunas de las especialidades de Montfort.

El servicio es rápido y fluido, tan eficiente como en los palacios de los reyes Plateados, pero menos formal. Carmadon preside en tanto platitos de elegante porcelana son colocados frente a nosotros. Veo una rosa rebanada de pescado del tamaño de mi pulgar cubierta por una especie de espárragos con queso crema.

—¡Salmón fresco, del río Calum, en el oeste! —explica Carmadon antes de llevárselo completo a la boca y Farley sigue su ejemplo—. El Calum desemboca en la costa occidental, en el océano.

Pese a que intento imaginar de qué habla, mi conocimiento de sus territorios es escaso, por decir lo menos. Si bien hay otro mar que bordea el extremo occidental del continente, eso es todo lo que sé por ahora.

—Mi tío Julian está ansioso por conocer mejor su país —indica Tiberias; habla despacio, con convicción, y eso lo envejece una década—. Sospecho que sus preguntas son la causa del retraso del primer ministro.

—Quizá, mi Dane es feliz en su biblioteca.

Julian también. ¿El premier desea establecer vínculos propios, aliarse con un afable Plateado de Norta, o solo pasa gratamente el tiempo con otro sabio, deseoso de compartir información sobre su país?

Después del salmón llega una sopa de verduras, humeante bajo el aire helado, y luego una ensalada de verduras frescas y arándanos silvestres cosechados en estas montañas. A Carmadon le tiene sin cuidado que nadie más que él hable. Llena el silencio con su parloteo, detalla con deleite cada aspecto de la cena que preparó: las particularidades del aderezo de la ensalada, la mejor época del año para recoger moras, cuánto tiempo deben cocerse las verduras, las dimensiones de su huerto personal, etcétera. Dudo que Evangeline, Tiberias o Anabel hayan cocinado un día en su vida y me

pregunto si Farley ha comido en alguna ocasión algo que no fuera robado o racionado.

Hago lo que puedo por mostrarme cortés, aunque tengo poco que decir, en especial cuando Tiberias está tan cerca de mí y huele todo lo que se lleva a la boca. Lo miro aquí y allá, para reunir breves destellos de su rostro: su quijada apretada, su cuello en acción. Antes no se afeitaba tan bien. Si yo no tuviera orgullo ni convicción, pasaría mis nudillos por su mejilla, sobre su suave piel.

Esta vez me sorprende antes de que pueda desviar la mirada.

Mi primera reacción es parpadear, interrumpir el contacto visual, volver a mi plato o quizá retirarme de la mesa. En cambio, me mantengo firme. Si el aspirante a rey quiere ponerme nerviosa, asediarme, de acuerdo; yo puedo hacerlo también. Elevo los hombros, me enderezo y recuerdo respirar. Tiberias es apenas un Plateado más que esclavizará a mi pueblo, por más que predique otra cosa. Es un obstáculo y un escudo. Hay que guardar un delicado equilibrio.

Él es el primero en pestañear y retorna a su platillo.

Hago lo mismo.

Arde estar junto a él, tan cerca de una persona en la que antes confiaba, un cuerpo que conozco tan bien. Una decisión, una palabra y las cosas serían distintas. Esta cena se dedicaría a un intercambio de miradas, a comunicarnos a nuestro modo sobre Evangeline, Anabel o la ausencia de Davidson. O bien, ellos no estarían aquí. Seríamos los únicos en la terraza, bajo las estrellas, rodeados por una nación de nuevo cuño, tal vez imperfecta pero un modelo a seguir de todas formas. Carmadon es Plateado, su esposo es un nuevasangre Rojo, los sirvientes no son esclavos. Pese a que he visto poco de Montfort, es suficiente para saber que este lugar sería distinto, y nosotros en él, si Tiberias lo permitiese.

Aunque no porta una corona todavía, la veo sobre él, en sus hombros, sus pupilas, sus lentas pero firmes maneras. Es un rey a la altura de cualquier otro, en la sangre, hasta los huesos.

Cuando los ayudantes retiran los platos de la ensalada, Carmadon voltea hacia la puerta como si esperara que Davidson se nos uniera de un momento a otro. A pesar de que frunce el entrecejo porque nadie aparece, hace señas para que se sirva el platillo siguiente.

—Este es un manjar exclusivo de Montfort —finge una sonrisa.

Un plato se desliza ante mí. Tiene la apariencia de un filete demasiado grueso y sustancioso, flanqueado por papas fritas, champiñones, cebollas y verduras frondosas cocidas en una salsa. En pocas palabras, luce delicioso.

—¿Un filete? —pregunta la reina Lerolan mientras se inclina con una sonrisa desagradable—. Tenga la certeza, milord Carmadon, de que hay filetes en nuestro país.

Nuestro anfitrión menea un dedo oscuro, lo que enfada a la vieja tanto como el desdén que él muestra por los títulos.

—No, tienen vacas. Esto es bisonte.

—¿Qué es un bisonte? —pregunto, ansiosa de probar ese plato.

Él raspa el suyo con el cuchillo al tiempo que corta una rebanada.

—Una especie distinta, aunque cercana, al ganado vacuno que ustedes conocen: mucho más grande y de mejor sabor; más fuerte y dura, con cuernos, pelaje lanudo y músculo suficiente para embestir a un transporte si lo decidiera. Sus ejemplares son salvajes en su mayoría, pese a que hay algunas granjas. Vagan por el Valle del Paraíso, las colinas y las llanuras. Prosperan incluso en los inviernos que podrían matar al hombre o a la bestia. Nunca verán un bisonte vivo a la cara y lo llamarán vaca, eso se lo puedo asegurar —observo fascinada en lo que su cuchillo corta una carne tan curiosa; el jugo rojo que desprende mancha la porcelana—. ¡Qué interesantes el bisonte y la vaca, tan similares! Dos ramas del mismo árbol, si bien completamente diferentes entre sí. Y separados como están, divididos como las dos especies que son, viven juntos de maravilla, se mezclan en manadas y hasta se aparean.

Junto a mí, Tiberias está a punto de ahogarse con un trozo de carne.

A mí me arden las mejillas.

Evangeline cubre la risa con su mano.

Farley se termina la botella de vino.

—¿Dije una impertinencia? —Carmadon hace bailar ante nosotros sus ojos negros. Sabe qué dijo y lo que significa.

Anabel interviene antes de que cualquier otro pueda hacerlo, a guisa de atenuar el bochorno de su nieto. Examina el palacio por encima del borde de su copa.

—¡La tardanza de su esposo es una descortesía, milord!

El sonriente Carmadon no se inmuta.

—¡Tiene usted toda la razón! Me encargaré de que se le castigue sin demora.

El bisonte es magro y Carmadon está en lo cierto: mejor que la res. Me olvido de los buenos modales porque, muy plácido, él come las papas con las manos. Devoro en un minuto la mitad del bisonte y todas las cebollas salteadas. Me embebo tanto en limpiar mi plato con el tenedor para formar un

bocado perfecto que apenas noto que la puerta se abre de nuevo detrás de nosotros.

—¡Acepten mis disculpas, por favor! —exclama Davidson mientras se acerca a la mesa con paso cadencioso pero ágil, seguido por Julian. Me impresiona que se parezcan tanto, en su actitud, no en su aspecto; ambos poseen una intensa sed de saber. Por lo demás, no podrían ser más distintos: Julian es demasiado esbelto, de cabello cano y ralo y lacrimosos ojos castaños; Davidson, la imagen misma de la salud, de un cabello lustroso y bien cortado y todo músculo a pesar de su edad—. ¿Qué nos perdimos? —toma asiento junto a su esposo.

Julian inspecciona la mesa con miradas torpes y toma para sí el único asiento desocupado, el destinado a Tiberias si no se hubiese empeñado en fastidiarme.

Carmadon responde con desinterés:

—Una conversación sobre el menú, los hábitos reproductivos del bisonte y tu impuntualidad.

La risa del premier es franca y sincera. No siente necesidad de fingir o lo hace a la perfección en su propia casa.

—La conversación normal en una cena, entonces.

En el otro extremo de la mesa, Julian se inclina avergonzado.

—Me temo que la culpa es mía.

—¿Estaban en la biblioteca? —indaga su sobrino con una sonrisa de complicidad—. Ya lo sabíamos.

Mi corazón se estremece por la viveza de su voz. Ama a su tío y todo recordatorio de la persona que él es bajo sus malas decisiones me hace sufrir.

Julian eleva una comisura de su boca.

—¿Soy tan predecible?

—¡Prefiero a los predecibles! —susurro lo bastante fuerte para que todos en la mesa me oigan.

Farley sonríe, Tiberias arruga la frente y hace girar su cuello hacia mí. Abre la boca como si fuera a decir algo imprudente y estúpido.

Su abuela habla antes de que él pueda hacerlo, deseosa de protegerlo de sí mismo.

—¿Y qué vuelve a esa biblioteca tan… interesante? —pregunta con evidente menosprecio.

—Tal vez los libros —digo sin poder evitarlo.

Farley echa a reír al tiempo que Julian intenta ocultar su sonrisa en una servilleta. El resto es más recatado, aunque la risilla de Tiberias me para en

seco. Cuando volteo lo veo sonreír, con arrugas en las orillas de los ojos mientras me mira. Reparo en que ha olvidado por un momento dónde estamos… y *quiénes* somos. Su risa se extingue en un instante y su rostro retorna a una expresión neutral.

—¡Oh, sí! —insiste Julian, así sea solo para distraernos a todos—. Los volúmenes son muy variados; no solo de ciencia, también de historia. Me temo que hemos perdido el rumbo de lo que somos —agita la cabeza, prueba el vino y ladea la copa en dirección a Davidson—. O el premier me obligó a hacerlo, por lo menos.

Este alza su copa en respuesta, un reloj pulsa en su muñeca.

—Siempre es una dicha compartir libros. El conocimiento es una marea alta: eleva a todas las embarcaciones, por así decirlo.

—Deberían visitar las Bóvedas de Vale —interviene Carmadon— e incluso la Montaña del Cuerno.

—No pensamos estar aquí el tiempo suficiente para *visitar lugares de interés* —repone Anabel con altanería y baja su cubierto hasta su plato a medio consumir, para indicar que ya está hasta la coronilla de todo esto.

Envuelta en sus pieles, Evangeline levanta la cabeza y sondea como un gato a la vieja reina, en la que sopesa algo.

—Estoy de acuerdo —dice—. Cuanto más pronto podamos regresar, mejor.

Regresar a alguien, quiere decir.

—Eso no depende de nosotros, ¿cierto? Con su permiso —añade Farley y se inclina sobre la mesa mientras los ojos de Anabel casi se desorbitan al ver que una rebelde Roja toma su plato y vierte las sobras en el suyo propio, para rebanar con mano segura y cuchillo danzarín el corte de bisonte extra; la he visto hacer peores cosas con carne humana—. Depende del gobierno de Montfort —agrega—, de si decide darnos o no más soldados, ¿no es así, premier?

—En efecto —responde este último—. Las guerras no se ganan solamente con caras conocidas, por radiante que sea su bandera y alto que llegue su estandarte —desplaza su mirada de Tiberias a mí y la alusión es clara—. Necesitamos ejércitos.

Tiberias asiente.

—Y los tendremos; si no de Montfort, de dondequiera que podamos. Aún es posible persuadir a las Grandes Casas de Norta.

—La de Samos intentó hacerlo. —Evangeline pide a señas más vino con un trillado y perezoso giro de sus dedos—. Atrajimos a todos los que

pudimos, pero ¿el resto? Yo no dependería de ellos.

Tiberias palidece.

—¿Piensas que mantendrán su lealtad a Maven cuando…?

—¿Cuando puedan optar por ti? —se burla y lo interrumpe con una mirada imperiosa—. ¡Mi querido Tiberias!, ¡ellos podrían haberte escogido hace meses! Pero a ojos de muchos, eres todavía un traidor.

Farley frunce el ceño ante mí.

—¿Sus nobles son tan tontos para creer aún que Tiberias mató a su padre?

Sacudo la cabeza, cuchillo en mano.

—Se refiere a que él está con nosotros, se ha aliado con Rojos —el filo rebana el resto de la carne y corto con una fuerza salvaje para contrarrestar mi mal sabor de boca—. Está empeñado en encontrar el equilibrio entre nuestros pueblos.

—Eso es lo que espero hacer —dice él con voz demasiado apagada.

Dejo de ver la carne para mirarlo de nuevo. Sus ojos se cruzan con los míos, amplios y asquerosamente gentiles. Me resisto a sus encantos.

—Tienes una interesante manera de demostrarlo —digo en son de burla.

Anabel reacciona con rapidez.

—¡Basta ya con ustedes!

Mi quijada se tensa y más allá de Tiberias veo a su abuela, quien me mira ahora. Enfrento sus ojos con igual fogosidad.

—Esa es justo la fortaleza de Maven, una de *tantas* —digo—: divide con extrema facilidad, sin siquiera proponérselo. Lo hace con sus enemigos y sus aliados.

En la cabecera de la mesa, Davidson chasquea los dedos y me contempla sobre sus nudillos sin pestañear.

—Continúe.

—Como dijo Evangeline, hay familias nobles que nunca lo abandonarán porque él no hará cambio alguno. Y es *muy bueno* para gobernar: se gana a sus súbditos al tiempo que mantiene satisfechos a los nobles. El fin de la Guerra Lacustre le granjeó el respeto de la gente —recuerdo cómo hasta los Rojos lo vitorearon en su gira por el campo y esto todavía me revuelve el estómago—. Explota ese amor, tanto como el temor. Cuando fui su prisionera, procuraba tener numerosos jóvenes en la corte, herederos de diversas Casas, rehenes en todo menos en el nombre. Esa es una fácil manera de controlar a una persona, arrebatarle lo que más quiere —lo sé por experiencia—. Y por si fuera poco —añado con un nudo en la garganta—,

Maven Calore es por completo impredecible. Su madre murmura aún en su cabeza, jala sus hilos, pese a ser ya solo una difunta.

Una ligera corriente de calor ondula a mi lado. Tiberias mira el tablero de la mesa como si fuese capaz de agujerarlo por debajo de su plato. Sus mejillas se vacían de color, pálidas como hueso.

Sin quitarme los ojos de encima en tanto devoro los últimos trozos de mi carne, Anabel tuerce la boca.

—El príncipe Bracken de las Tierras Bajas está bajo nuestro control —dice—. Él nos dará todo lo que necesitemos.

Bracken, otro de los ardides de Montfort. El príncipe reinante de las Tierras Bajas se halla bajo nuestro dominio siempre que Montfort mantenga cautivos a sus hijos. Me pregunto dónde estarán, cómo son. ¿Son jóvenes, o unos niños apenas? ¿Son inocentes en todo esto?

La temperatura comienza a subir, poco pero constante. Tiberias se tensa a mi lado y fija la mirada en su abuela.

—No quiero soldados que no hayan aceptado pelear por mí, en particular los Plateados de Bracken. No son de fiar, tampoco él.

—Tenemos a sus hijos —dice Farley—. Eso debería bastar.

—*Montfort* tiene a sus hijos —replica él con voz grave.

Antes, en la base, era fácil ignorar el precio que alguien pagaba, los males que se infligían por buenas razones. Miro a Davidson, quien consulta la hora. *Así es la guerra*, dijo en una ocasión, para justificar lo que debía hacerse.

—Si los devolviéramos, ¿podríamos convencer a las Tierras Bajas de que se hagan a un lado? —inquiero—. ¿De que se mantengan neutrales?

El primer ministro juega en sus manos con su copa vacía, cuyas incontables caras reflejan la suave luz de las linternas. Creo ver pesadumbre en él.

—Lo dudo mucho.

—¿Los hijos de Bracken están aquí? —pregunta Anabel con una calma tan forzada que supongo que una vena le saltará en el cuello.

Davidson no contesta, solo se mueve para llenar su copa de nuevo.

La vieja reina dobla un dedo, con ojos refulgentes.

—¡Ah, sí están! —ensancha su sonrisa—. ¡Qué buena arma de presión! Podemos exigirle a Bracken más soldados, un ejército entero si queremos.

Miro la servilleta en mi regazo, manchada con huellas de grasa y lápiz labial. *Ellos podrían estar en este palacio, mirarnos justo ahora, unos niños asomados a una ventana detrás de una puerta cerrada con llave*. ¿Son tan fuertes que requieren guardas silentes o incluso una tortura de cadenas como a

la que yo fui sometida? Sé cómo es una cárcel así. Toco mis muñecas bajo la mesa, siento la piel vacía, carne en lugar de esposas, electricidad en reemplazo de silencio.

Tiberias azota un puño sobre la mesa y hace saltar platos y copas. Me sobresalto, sorprendida.

—¡No haremos eso! —gruñe—. Tenemos recursos suficientes.

Su abuela frunce el entrecejo, lo que ahonda las líneas de su rostro.

—Necesitas soldados para ganar guerras, Tiberias.

—La conversación sobre Bracken ha terminado —es todo lo que dice en respuesta y, tajante, corta en dos la última pieza de su filete, que sierra con el cuchillo. Anabel lo mira con sorna, muestra los dientes, pero no dice nada. Aunque es su nieto, es también un rey, proclamado por ella misma. Rebasó desde hace mucho la línea de lo que es un debate correcto con un soberano.

—Así que mañana tendremos que rogar —susurro—. Es la única opción que nos queda.

Frustrada, pido una copa de vino y me apresuro a beberla hasta el fondo. La entintada dulzura me relaja tanto que casi ignoro la sensación de unos ojos sobre mi rostro, unos ojos broncíneos.

—Pienso que podría decirse así. —Davidson tiende la vista a lo lejos, mira su reloj otra vez y después de soslayo a Carmadon. La mirada que intercambian dice cosas que no puedo imaginar. Me da envidia, y de nuevo desearía que las cosas fueran distintas.

—¿Qué posibilidades tenemos? —Tiberias se muestra brusco, enérgico y directo, todo lo que se le enseñó que debe ser un rey.

—¿De desplegar a cada soldado de nuestros ejércitos? —el premier sacude la cabeza—. Ninguna en absoluto; mi país cuenta con fronteras que proteger. ¿La mitad de ellos, un poco más? Creo que la balanza se inclinará a nuestro favor si…

Si. Odio esa palabra.

Me preparo en mi asiento, de pronto más al borde que de costumbre. Siento como si la terraza pudiera venirse abajo y arrojarnos al valle a todos.

El rostro de Farley refleja mi temor. Sostiene su cuchillo en la mano, recelosa de nuestro aliado.

—¿Si qué?

Unas campanas suenan antes de que Davidson pueda contestar. Los demás damos un salto, asustados por el ruido, y él no se mueve. Está acostumbrado a esto.

O lo esperaba.

No son las campanadas de un reloj. Estas poseen un sonido grave, su voz retiembla en la ladera y se esparce de un extremo a otro de Ascendente, donde incita la respuesta de otras. El estrépito se extiende como una ola, baja por una cuesta y sube a otra. Luces se propagan junto con el ruido, brillantes y cegadoras, reflectores, lámparas de seguridad. La alarma que sigue es mecánica, quejumbrosa, sacude con su gemido al sereno valle montañoso.

Tiberias se para de un salto y su capa gira en sus hombros. Suelta una mano, estira los dedos y su pulsera flamígera destella bajo la manga. Si invoca al fuego, vendrá. Evangeline y Anabel hacen lo propio, letales ambas; ninguna da trazas de estar asustada, solo decidida a protegerse.

Siento que el relámpago sube a mí de la misma manera y pienso en mi familia, alojada en el palacio a nuestras espaldas. *Ni siquiera aquí está a salvo*. Con todo, no tenemos tiempo para uno más de mis sufrimientos.

Farley se pone en pie también y se apoya con fuerza en sus palmas. Mira a Davidson.

—¿Si qué? —espeta de nuevo, grita por encima de la alarma.

Él la mira, demasiado tranquilo en medio del caos. Unos soldados reemplazan a los sirvientes en las sombras y flanquean nuestra mesa. Me tenso, cierro los puños en mis costados.

—Si Montfort pelea por ustedes —dice el premier con los ojos fijos en Tiberias—, ustedes deben pelear por nosotros.

Carmadon no da muestra alguna de estar alterado; mira hacia el palacio antes de suspirar con aparente fastidio.

—Saqueadores… —pone mala cara—. ¡Siempre es lo mismo cuando ofrezco una cena!

—¡Falso! —sonríe Davidson sin dejar de mirar a Tiberias, como si lo desafiara.

—¡Pues parece cierto! —replica aquel con un mohín.

Mientras las lámparas de seguridad resplandecen en torno nuestro, la vista de Davidson despide chispas doradas, en tanto que las de Tiberias son rojas.

—Lo llaman Flama del Norte, su majestad; muéstrenos su fuego —y entonces me mira a mí—. Y usted, muéstrenos su tormenta.



NUEVE
Mare

—Dije que no quería más sorpresas —le reclamo a Davidson, a quien sigo mientras nos guía por su palacio. Farley marcha a su lado, con la mano sobre la pistola que porta al cinto, como si temiera que los saqueadores empezaran a salir de los armarios de un momento a otro.

Los miembros Plateados de nuestro grupo están igual de nerviosos y Anabel mantiene sus filas en orden. Retarda repetidamente el avance de Tiberias, a quien reinstala detrás de una muralla de leales guardianes de la Casa de Lerolan. Evangeline oculta mejor su miedo, con un rostro que como de costumbre oscila entre la burla y la sonrisa maliciosa. Lleva dos escoltas propios, supongo que son primos Samos. Su atuendo se transforma muy rápido en una armadura con escamas en tanto que serpenteamos por las estancias del palacio de Montfort.

Cuando hablo, el primer ministro me ve por encima del hombro y me lanza una mirada fulminante. Curiosamente, las campanas y alarmas retumban en el pasillo y envuelven sus palabras.

—Apenas puedo controlar los caprichos de los saqueadores, Mare, y no programo sus ataques, por frecuentes que sean.

Le sostengo la mirada, acelero el paso y la sangre me hierve en las venas.

—¿No lo hace? —no me sorprendería lo contrario; he visto que reyes hacen cosas peores con su pueblo a cambio de poder.

Se arma de valor y aprieta los labios en una línea severa. Un súbito rasgo de vergüenza alcanza sus amplios pómulos y su voz se reduce a un murmullo.

—Estábamos avisados, sí; sabíamos que vendrían. Y dispusimos de tiempo suficiente para confirmar la apropiada defensa de los alrededores. Pero me molesta la insinuación de que yo derramaría la sangre de mi gente, que arriesgaría su vida, ¿para qué?, ¿por mero efecto dramático? —pregunta en un

silbido, con voz tan mortífera como el filo de una navaja—. Sí, esto brinda a la Guardia y a Calore la oportunidad de que cumplan su parte del acuerdo y den prueba de algo antes de que vayamos a suplicarle a mi gobierno. Sin embargo, no es un trueque que yo haya querido hacer —suelta—. Preferiría embriagarme en la terraza con mi marido y ver a unos chicos insoportables desdeñarse entre sí.

Me siento reprendida y aliviada. Davidson me ve con ojos de fuego cuando suele ser tan tranquilo, imperturbable e indiscernible. Su fuerza reside no solo en su habilidad o carisma, sino también en una estudiada calma más allá de la cual pocos pueden asomarse. No es el caso ahora. La mera insinuación de una traición a su país hizo que se enfureciera. Comprendo esta lealtad, la respeto, e incluso podría confiar en ella.

—¿Qué haremos entonces? —pregunto, satisfecha por el momento.

Él afloja el paso hasta detenerse y volver la espalda contra la pared a fin de avistarnos a todos. Nos para en seco y el amplio pasillo se abarrota de Rojos y Plateados en espera. Incluso la reina Anabel lo mira con grave atención.

—Nuestras patrullas nos informan que los saqueadores cruzaron la frontera hace una hora —dice—. Suelen dirigirse a las ciudades del valle o a la capital.

Pienso en mis padres y hermanos y en Kilorn, que duermen a pesar del ruido o se interrogan acerca de él. No deseo combatir si eso significa abandonarlos al peligro. Los ojos de Farley se encuentran con los míos y veo el mismo temor en ella. También Clara está arriba, metida en una cuna.

Davidson hace todo lo posible por calmarnos.

—Las alarmas son precautorias y nuestros ciudadanos lo saben —explica—. Ascendente está protegida contra ataques. Por sí mismas, las montañas brindan suficiente salvaguarda para reservar la mayoría de los asaltos a las llanuras o la parte baja de las laderas orientales. Sería preciso trepar demasiado alto para aproximarse peligrosamente a la capital.

—¿Los saqueadores son tontos, entonces? —inquiere Farley, quien trata así de disipar con bravatas su preocupación. No quita la mano del arma.

Davidson sube una comisura de su boca y creo escuchar que Carmadon suelta un sí en su mano.

—No —contesta el premier—, pero les encanta la espectacularidad. Atacar la capital de Montfort es un hábito para ellos. Aumenta el favor entre los suyos y entre los señores de la Pradera.

Tiberias eleva el mentón y se adelanta a uno de sus celadores. La tensión en sus hombros indica que no soporta sentirse atrapado, aborrece cualquier otro sitio que no sea estar al frente. Le es ajeno pedirle a otro que haga algo que él no hará, enfrentar el peligro si él no lo hace.

—¿Y quiénes son *ellos*? —interroga.

—Todos ustedes me han cuestionado acerca de los Plateados de Montfort —responde Davidson con voz fuerte para imponerse sobre las alarmas—. Se preguntan cómo es que viven así, qué cambios efectuamos hace décadas. Algunos Plateados aceptaron la libertad, la democracia; muchos de ellos, debo decir, *la mayoría* —aprieta la quijada—. Entendieron cómo debía ser el mundo o vieron más allá y decidieron que era preferible que se quedaran, que resultaba más fácil que se adaptasen —sus ojos van a dar a Evangeline; por alguna razón, ella se sonroja bajo su escrutinio y casi esconde la cara.

»Otros no lo hicieron así. Plateados viejos, de la realeza, nobles que no resistieron nuestro nuevo país. Ellos huyeron o llegaron con violencia a las fronteras: el norte, el sur, el oeste. Al este, en las desocupadas colinas entre nuestras montañas y la Pradera, formaron bandas e intentaron establecer sus territorios y señoríos. Siempre peleaban y se hostigaban entre sí, y a nosotros. Viven como sanguijuelas, se alimentan de cualquier cosa que encuentren. No cultivan, no construyen; es poco lo que los mantiene unidos más allá de la ira y un orgullo a ultranza. Atacan transportes, granjas y ciudades en la Pradera y Montfort. Se concentran en ciudades y aldeas Rojas, en aquellos que no pueden defenderse de la embestida Plateada. Avanzan, atacan, vuelven a avanzar; por eso los llamamos saqueadores.

Carmadon chasquea ruidosamente la boca y pasa una mano por su brillante calva de color púrpura oscuro.

—¡Qué bajo ha caído mi clan Plateado! ¡Y todo por puro orgullo!

—Y por lo que ellos entienden como poder —añade Davidson y posa la vista en Tiberias, quien se endereza y aprieta el maxilar—, por lo que creen merecer. Preferirían perderlo todo a someterse a personas que juzgan inferiores.

—¡Idiotas! —maldigo.

—La historia se estropea a causa de personas así —indica Julian—, que se resisten al cambio.

—Pero vuelven más heroicas a las que lo *aceptan*, ¿no? —replico y hago sentir mis palabras.

Tiberias no muerde el anzuelo.

—¿Dónde atacarán? —interroga, sin dejar de mirar a Davidson, quien sonríe en forma misteriosa.

—Recibimos reportes de una de las ciudades del valle; los saqueadores están cerca —responde—. Creo que después de todo sí le enseñaré el Paso del Halcón, su majestad.

Ningún palacio está completo sin un arsenal.

Los agentes de Davidson ya se encuentran ahí y deambulan por la amplia sala, provista de armamento y equipo. No se ponen los overoles verdes, los uniformes a los que estoy acostumbrada ya, sino ajustados trajes negros y botas altas, aptos para la defensa contra una incursión nocturna. Me recuerdan lo que usaba en el entrenamiento, el traje con franjas argénteas y guindas que me distinguía como una hija de la Casa de Titanos, una Plateada hasta la médula, una mentira.

En la puerta, Anabel posa una mano en el brazo de Cal. A pesar de que le ruega con los ojos, él pasa firme junto a ella y la hace a un lado con gentileza. La abuela recorre con los dedos el filo de su capa roja, para que el brocado negro pase por sus yemas mientras él escapa de su mano.

—Tengo que hacer esto —lo escucho musitar—. El premier tiene razón; debo pelear por ellos si lo harán por mí.

Nadie más habla y el silencio se espesa como una nube a baja altura; lo único que oigo es el arrastrar de la ropa. Mi vestido se enfanga en torno a mis tobillos y me pongo rápido el traje sobre la ropa interior. Cambio entretanto de posición y fijo la vista en unos músculos que reconozco.

Tiberias aparta de mí la mirada, ya sin camisa y con el traje prendido a la cintura. Sigo su espalda con los ojos, reparo en las escasas cicatrices de una piel por lo demás sedosa y esculpida. Son antiguas, más que las mías, obtenidas en el entrenamiento, en un palacio y un frente de guerra que ya no existen. Aunque un sanador podría borrarlas pronto con su tacto, él las conserva, colecciona marcas en el cuerpo como otro lo haría con medallas o distintivos.

¿Se ganará más de ellas el día de hoy? ¿Cumplirá Davidson su promesa?

Una parte de mí se pregunta si esta no es una trampa para el genuino rey Calore, un asesinato fácil disfrazado de amenaza real. Pero aun si Davidson mintió acerca de que no le haría daño a Tiberias, no es un idiota; eliminar al mayor de los Calore no haría más que debilitarnos, destruiría un escudo vital entre Montfort y la Guardia Escarlata, por un lado, y Maven por el otro.

Es imposible que deje de mirar. Puede que esas cicatrices sean antiguas, no así la marca casi violeta donde el cuello se funde con el hombro. Esa es nueva, de hace unos días. *Yo se la hice*, pienso, y trago saliva para mitigar un recuerdo tan próximo como infinitamente lejano.

Alguien me golpea en el hombro y me saca de las arenas movedizas de Tiberias Calore.

—¡Hey! —exclama Farley con aspereza y tono admonitorio; no se ha quitado su uniforme rojo oscuro de comandante y me mira con amplios ojos azules—, déjame a mí.

Sus dedos suben con celeridad el cierre de la espalda de mi traje y el conjunto se ajusta a mi cuerpo. Arrastro los pies y acomodo la tela gruesa de mis muy largas mangas, cualquier cosa que me permita olvidarme del príncipe exiliado, quien justo ahora mete los brazos en el traje.

—¿No había nada de tu talla, Barrow?

El marcado acento de Tyton me ofrece una necesaria distracción. Se yergue junto a nosotras, con la espalda apoyada en la pared y una pierna estirada. Su traje es igual al mío, más a la medida de su espigada figura. No porta ninguna insignia de relámpago, ningún símbolo ni insignia de su mortalidad. Su presencia revela que Davidson no tiene necesidad de aparentar *accidentes* útiles para eliminar a sus adversarios; le basta con Tyton. Esta escalofriante idea es en cierto modo un bálsamo. Esto no es una trampa, al menos; no hace falta que lo sea.

Me pongo las botas con una sonrisita de suficiencia.

—El sastre se las verá conmigo cuando volvamos.

En el otro extremo de la habitación, Tiberias se sube las mangas y deja al descubierto su pulsera flamígera. Evangeline se ve casi aburrida junto a él, con sus pieles en el piso para mostrar la armadura que la cubre de pies a cabeza. Atrapa mi mirada y la sostiene.

Pese a que doy por supuesto que no se arriesgará por nadie que no sea Elane Haven, me siento más segura con ella cerca. Ya me ha salvado dos veces y le soy útil todavía; nuestro acuerdo sigue en pie.

Tiberias no debe recuperar el trono.

El salón se vacía cuando pasamos de los vestidores a las interminables hileras de armas del fondo. Farley se apertrecha lo mejor posible, con una pistola en la otra cadera y un rifle corto cruzado en la espalda. Sospecho que ya lleva escondidos sus puñales. No tomo ningún arma; Tyton recoge del estante un cinturón, una pistola y una funda y me los tiende.

—No, gracias —refunfuño; no me gustan las armas ni las balas, no confío en ellas ni las necesito. No puedo controlarlas como a mi relámpago.

—Algunos de los saqueadores son silenciadores —su voz restalla como un latigazo y la sola idea me trastorna: conozco demasiado bien la sensación de la roca silente y por ningún motivo querría soportarla de nuevo.

Sin previo aviso, Tyton sujeta el cinturón a mi cintura y fija la hebilla con agilidad. El arma se desliza dentro de su funda, la siento pesada y ajena en mi costado.

—Si pierdes tu habilidad —agrega—, es mejor que tengas un respaldo.

Detrás de nosotros, la temperatura aumenta a causa de una propagación de calor, lo que solo puede significar una cosa. Volteo a tiempo para ver pasar el hombro de Tiberias, quien guarda su distancia, obstinado en mirar el suelo e ignorarme mientras camina.

Bien podría llevar un rótulo colgado al cuello.

—¡Cuida esas manos, Tyton! —reclama por encima del hombro—. Ella muerde.

El nuevasangre ríe enigmáticamente. No es preciso que responda ni intenta hacerlo, lo que no hace otra cosa que indignar más a Tiberias.

Por una vez, no me importa el rubor que arde en mis mejillas y me aparto de Tyton, quien no cesa de reír.

Tiberias me observa cuando lo alcanzo y sus ojos broncíneos se encienden con algo más que su fuego habitual. Mis extremidades se cargan de energía eléctrica y la mantengo bajo control, la aprovecho para intensificar mi resolución.

—¡No seas tan posesivo! —le doy un codazo cuando paso junto a él y es como si golpeara un muro—. Si insistes en llamarte rey, al menos podrías actuar como tal.

Lanza a mis espaldas algo que fluctúa entre un gruñido y un suspiro de frustración.

No respondo ni volteo ni me detengo mientras sigo el flujo constante de la tropa hasta la plaza central, a la que conocimos hace unas horas. Transportes de color negro y verde olivo ocupan la explanada, donde se abren en un abanico uniforme. Davidson aguarda junto al vehículo principal, con Carmadon a su lado. Se abrazan de prisa, unen sus frentes y se besan antes de que Carmadon retroceda. Ninguno de los dos parece preocupado por la escaramuza próxima. Estos episodios han de ser frecuentes, o ellos son buenos para esconder su temor; quizás ambas cosas.

El palacio descuella sobre el creciente número de efectivos y algunas sombras se mueven en los balcones, de ayudantes e invitados por igual. Entrecierro los ojos para identificar a mi familia entre las siluetas. Aunque el cabello de Gisa debería llamar primero mi atención, veo antes a papá, quien se encorva sobre un barandal para observar bien. Tan pronto como me mira, ladea un tanto la cabeza. Yo quisiera agitar la mano, pero lo juzgo de súbito un gesto ridículo. Y al momento en que los vehículos encienden sus motores con un rugido que llega hasta el bosque, sé que sería inútil tratar de llamar su atención.

Encuentro a Farley en el transporte principal, a la espera y en compañía de Davidson. Como este es un vehículo elevado, ella tiene que trepar para que le sea posible abordarlo. Estos transportes son distintos a los que conozco; tienen ruedas mucho más grandes, casi de mi altura, con hondos dibujos para el rocoso y dentado terreno de montaña. El resto de la carrocería está reforzado con molduras de acero y decorado con numerosas manijas, estribos y correas colgantes, cuya finalidad es obvia.

Tyton sube de un salto y se acomoda al fondo del vehículo principal. Se sujeta del armazón junto a otro soldado de Montfort. Las correas deben ajustarse a la cintura, lo que ofrece a los usuarios libertad suficiente para inclinarse sin rebotar. Otros efectivos, con sangre de todo tipo, hacen lo propio en los demás transportes. Sin sus insignias, solo puedo suponer que son las mejores opciones, tanto en armas como en habilidad.

El premier Davidson detiene la puerta, a la espera de que yo suba con él en el transporte. Un impulso salvaje me incita a hacer lo opuesto.

Trepo junto a Tyton y me ato a su derecha. Él levanta una comisura como única constancia de mi decisión.

El transporte detrás del nuestro está destinado a Tiberias y Evangeline; sus agentes lo flanquean con sus inconfundibles colores. Veo que ella hace una pausa con un pie en el estribo. No me mira a mí, sino más allá, al palacio: a Carmadon, expectante en la entrada monumental, con los brazos cruzados y un resplandor en su traje blanco debido a los reflectores. A unos metros, la distancia que la reina Lerolan establece entre él raya en la descortesía. Anabel alza el mentón en cuanto aparece Tiberias, quien atraviesa la plaza a grandes zancadas.

Sin sus colores, se confunde con el resto: es un soldado competente con órdenes que cumplir, y también lo que él cree ser: un sujeto más bajo el mando de su padre, plegado a la voluntad de un difunto. Intercambiamos nuevas miradas y algo en los dos arde.

A pesar de todo, su presencia infunde seguridad. Más allá de cualquier otra cosa, ahuyenta todo temor que yo pueda tener por mí.

Lo que solo me deja, desde luego, el miedo por las personas que amo.

Por Farley, por mi familia.

Y todavía, siempre, por él.

Un poblado en el valle está en riesgo y ha pedido ayuda al otro lado de la montaña. No hay tiempo para bajar la cuesta y serpentear por la llanura, así que llegaremos desde lo alto.

Las carreteras que circulan arriba del palacio se introducen en bosques de pinos. Cruzamos con un aullido de motores el paisaje empinado, bajo ramas tan densas que impiden que veamos las estrellas. Me pego lo más posible al vehículo porque temo que una rama colgante me atraviese. Los árboles se esfuman pronto y el terreno sobre el que ruedan nuestros transportes se vuelve pedregoso. Mi cabeza se pone rígida y mis oídos se revientan como al momento en que un avión despega. Un poco de nieve aparece aquí y allá en el terreno en declive, reunida en hondonadas, y a lo lejos cubre el pico final. El frío me enrojece la cara, aunque la hechura especial de los trajes me permite conservar mi calor. De todas formas, me castañetean los dientes y me pregunto qué fue exactamente lo que me empujó a viajar en la parte trasera del transporte y no dentro de él.

La cima de la montaña se eleva sobre nosotros, es una daga blanca contra un cielo perforado por radiantes luceros. Me recuesto tanto como me atrevo; la vista de las estrellas hace que me sienta pequeña.

Mi equilibrio se altera en indicación del descenso. Dejamos atrás la nieve, y luego tierra y rocas, de modo que una nube de despojos sigue al vehículo en su camino por la ladera oriental. Me invade el temor cuando nos acercamos otra vez a la línea de árboles. El valle se extiende más allá de los pinos, interminable y oscuro como un océano. Siento como si pudiera ver, a miles de kilómetros, la comarca de los Lagos, Norta, a Maven y lo que nos tiene reservado. Pronto caerá otro mazazo. ¿Dónde?, ¿sobre quién? Nadie lo sabe todavía.

Nos sumergimos en la arboleda y el transporte rebota sobre rocas y raíces. No hay carreteras de este lado de la montaña, apenas senderos abiertos bajo el arco de la enramada. Mis dientes vibran a cada sacudida y las correas lastiman mi cadera.

—¡Invócalo! —ruge Tyton casi encima de mí para que pueda oírlo sobre el estruendo de los motores y el aullido del viento—. ¡Prepárate!

Asiento y me armo de valor. Es fácil reunir a las vibraciones de la electricidad. Me cercioro de no tomarlas de los motores que me rodean, sino del relámpago que solo yo puedo convocar y que brama peligroso y purpúreo bajo mi piel.

El espesor de los inmensos pinos disminuye y entre sus agujas alcanzo a ver la luz de las estrellas. No arriba, sino aquí, más adelante, al frente.

Lanzo un chillido y me aprieto contra el transporte cuando derrapa y da una forzada vuelta a la izquierda, a un repentino camino llano junto al precipicio. Durante un instante aterrador, pienso que podríamos salir disparados de la montaña y desbarrancarnos en la oscuridad. Sin embargo, el vehículo se mantiene firme y las llantas se aferran al camino conforme, uno por uno, los demás transportes nos siguen y avanzan con dificultad por la pavimentada vereda.

—¡Eso estuvo fácil! —exclama Tyton, con los ojos fijos en mi cuerpo.

Chispas de color púrpura suben y bajan por mi piel en respuesta al temor. Arden de modo inofensivo, titilan en la oscuridad.

—¿No había una mejor manera de hacer eso? —pregunto en un susurro.

Se encoge de hombros.

Arcos de rocas talladas cruzan a intervalos el camino, son estructuras en forma de curvas alternas de mármol y piedra caliza. Corona cada una un par de alas finamente labradas, cuyas plumas están grabadas en la roca en torno a las brillantes luces que iluminan el sendero.

—El Paso del Halcón —digo en voz alta. Es un nombre adecuado para un camino que se tiende a alturas a las que solo llegan los halcones y las águilas. Debe de ser imponente a la luz del día.

El camino avanza zigzagueante por la ladera, casi un acantilado, con curvas muy pronunciadas. Esta es sin duda la forma más rápida de bajar al valle, y la más imprudente, aunque los conductores de los vehículos son muy hábiles y dan con precisión cada curva. Quizá sean sedas o su equivalente entre los nuevasangre, y trasladen su agilidad a las máquinas que manejan. Intento mantenerme alerta en tanto descendemos por el Paso del Halcón, a la caza de hostiles Plateados escondidos entre las rocas y los nudosos árboles. Las luces del valle adquieren un perfil más definido. Las ciudades que Davidson mencionó salpican el paisaje; su aspecto es pacífico, e intacto y vulnerable.

Cuando tomamos otra curva pronunciada, un gemido perfora la noche. El ruido de metal al desgarrarse y desprenderse de sus junturas nos envuelve en su estrépito. Levanto la mirada y veo que un transporte da crecientes volteretas a mitad de la fila. Todo parece disminuir la velocidad al tiempo que el vehículo despliega una cegadora claridad y mis sentidos se centran en la máquina que se precipita en espiral por el aire. Los soldados a bordo forcejean con sus sogas, con la esperanza de vencer la gravedad. Otro, un coloso, intenta sujetarse del borde del camino, pero este resbala entre sus dedos, bajo los que el pavimento se agrieta. El transporte prosigue en su caída, gira en su eje. Esto no puede ser un accidente; la trayectoria es demasiado perfecta.

Va a aplastarnos.

Apenas tengo tiempo de agacharme antes de que el transporte en el que viajo se sacuda a mis pies y haga rechinar los frenos para detenerse a tiempo. Al momento en que los frenos se amarran, sale humo de las llantas.

El camino se estremece cuando el vehículo cae con estridencia y nosotros chocamos contra él. Tyton me sujeta de la espalda del traje y tira de mí hacia arriba mientras rompo mis correas y uso mi electricidad para atravesar el espeso tejido. Sufrimos una nueva sacudida cuando el vehículo de Tiberias y Evangeline se impacta con el nuestro, lo que nos inmoviliza entre el que cayó y el suyo.

Más frenos chirriantes y choques estruendosos resuenan a nuestras espaldas, uno después de otro, en una reacción en cadena de motores retorcidos y hule quemado. Solo los últimos transportes de la fila, unos seis, se salvan de la embestida, y frenan a tiempo para proteger su maquinaria.

Miro para todas partes sin saber adónde ir. El transporte que cayó yace de espaldas, como una tortuga volcada. Davidson bajó ya del vehículo principal y tropieza en su marcha con la máquina debajo de la cual hay soldados aplastados. Farley avanza a su lado, con una mano sobre la pistola; cae de repente sobre una rodilla y apunta con la mirada puesta en los riscos que se alzan sobre nosotros.

—¡Urgen magnetrones! —ruge Davidson y levanta una mano en petición de ayuda. Tras tender una palma, forma un escudo de color azul claro sobre la mortal orilla del camino.

De un modo u otro, Evangeline ya está junto a él, sus manos parecen danzar. Sisea en tanto levanta el pesado transporte, que deja ver extremidades retorcidas y cráneos aplastados de los que se derraman sesos como jugo de

uvas reventadas. Davidson no pierde tiempo y se acerca bamboleante a sacar a los supervivientes debajo del transporte suspendido en el aire.

Evangeline lo hace descender poco a poco. Con un movimiento de sus dedos desprende una puerta, para que salgan quienes se hallan dentro. Los efectivos están ensangrentados y desorientados, pero vivos.

—¡Háganse a un lado! —les hace señas para que se alejen del transporte y una vez que se apartan a rastras, bate palmas con fuerza.

El transporte se encoge hasta convertirse en una compacta bola dentada del tamaño de una puerta del vehículo, que ella deja caer con estrépito, con lo que satisface su deseo. Solo los cristales y las llantas vuelan en todas direcciones, fuera del control metálico de Evangeline. Un neumático que rueda camino abajo ofrece un raro espectáculo.

Me doy cuenta de que estoy parada sobre mi transporte inmovilizado. Evangeline voltea y en su armadura se refleja la luz de las estrellas. Pese a que Tyton está junto a mí, me siento expuesta, soy un blanco fácil.

—¡Traigan a los sanadores! —grito en dirección a la hilera de vehículos aplastados que están apilados bajo los arcos—. ¡Y consigan más luz!

Algo brilla sobre nuestras cabezas, un rayo ascendente como el sol. Es obra de las sombras, sin duda, manipuladores de la luz, que nos arrojan una luz deslumbrante y una oscuridad más cegadora aún. Bajo ligeramente los párpados, cierro un puño y emito un poco de electricidad en torno a mis nudillos. Al igual que Farley, no dejo de mirar las salientes rocosas que nos rodean. Si por cualquier motivo los saqueadores se hallan en lo alto, si están sobre nosotros, perderemos una ventaja considerable.

Tiberias lo sabe ya.

—¡Todos vigilen los acantilados! —vocifera, con la espalda contra el transporte. Tiene una pistola en una mano y sus llamas lengüetean en la otra. Los soldados no necesitan su instrucción: todos los que portan un arma la han levantado ya y envuelven el gatillo con los dedos. Solo necesitamos un blanco.

Curiosamente, el Paso del Halcón está sumido en el silencio, salvo por el grito y eco ocasional, en tanto las órdenes recorren la línea.

Una docena de efectivos de Montfort se abren paso por el camino que desciende en zigzag, son siluetas con trajes negros. Hacen alto en cada transporte y usan sus habilidades para tratar de separar los destrozados vehículos. Son magnetrones y colosos, o sus versiones nuevasangre.

Evangeline y sus primos se acercan entre ruidosas pisoteadas para soltar mi transporte del suyo.

—¿Pueden arreglarlo? —pregunto desde arriba.

Ella adopta un aire desdeñoso y hace patinar el metal retorcido para separarlo.

—Soy magnetrona, no mecánica —resopla y avanza a empujones entre los restos.

De pronto, echo de menos a Cameron y su cinturón de herramientas, pero ella está lejos, fuera de peligro, con su hermano de regreso en las Tierras Bajas. Me muerdo el labio y la cabeza me da vueltas. Esta es una trampa insolente que nos deja vulnerables en la ladera, o inmóviles en lo que los saqueadores causan estragos en las ciudades del valle, si no es que en la capital a nuestras espaldas.

Tiberias piensa lo mismo. Corre hasta el borde de la vereda y se asoma a la oscuridad.

—¿Pueden comunicarse por radio con sus poblados? Deben ser advertidos.

—¡Frente a usted! —grita Davidson y se acuclilla junto a un miliciano herido, cuyo brazo sostiene mientras un sanador trabaja con la pierna rota. A un lado del premier, un oficial habla muy rápido en un equipo de comunicación.

Tiberias frunce el ceño y se vuelve hacia la gran cantidad de despojos.

—¡Informen a la capital! Pidan otro destacamento, sets de asalto si pueden llegar rápido.

Davidson asiente apenas. Me da la impresión de que él ya ha hecho eso también, pero contiene la lengua y permanece atento al soldado a sus pies. Media docena de sanadores trabajan con diligencia en toda la fila y atienden a los lesionados en este espantoso desastre.

—¿Qué hay de nosotros? No podemos quedarnos aquí mucho tiempo —me deslizo por mi vehículo hasta dar en el suelo; es preferible estar en tierra firme—. Algo volcó a ese transporte.

Aún sobre el toldo, Tyton se lleva las manos a la cadera. Mira el camino que sube en zigzag y examina el sitio, por lo demás vacío, desde el que cayó la máquina.

—Quizá fue una mina de poca carga. Detonada en el momento justo, lanzó un vehículo por los aires.

—Eso habría sido demasiado coordinado —murmura Tiberias y avanza por el camino, con el cuerpo en alerta. Sus guardias Lerolan lo siguen muy de cerca, casi le pisan los talones—. Alguien está aquí arriba con nosotros, tenemos que bajar antes de que ataque de nuevo; somos presa fácil.

—Presa fácil a la orilla de un *precipicio* —añade Evangeline y patea exasperada su transporte, al que le produce una abolladura en la superficie de suya maltrecha—. Podríamos pasar al frente los transportes que funcionan todavía, cargar tantos como podamos.

Tiberias sacude la cabeza.

—No será suficiente.

—Es *algo* —respingo.

—Estamos a menos de mil metros de altura. Una parte del regimiento podría bajar al valle corriendo —dice Davidson en lo que ayuda a un soldado a alejarse a rastras del principio de la fila. Su oficial de comunicación lo sigue, parlotea por la radio todavía—. El puesto de avanzada de Goldengrove tiene transportes; no está lejos del pie de la montaña.

En el suelo, Farley gira y en su precipitación baja el arma.

—¿Quiere que nos separemos?

—No por mucho tiempo —contesta Davidson.

Ella palidece y se pone en pie.

—Pero sí el suficiente si…

—¿Si qué? —pregunta.

—Si esto es una trampa, una treta. Las ciudades le informaron que los saqueadores estaban cerca. ¿Dónde está el ataque? —señala al negro horizonte—. No hay ninguno, por lo menos aquí.

Davidson frunce el entrecejo y mueve los ojos.

—No todavía.

—O no pensaban atacarnos. Querían sacarnos de la capital —dice—, atraparnos en los acantilados. Usted dijo que pelean por orgullo y la capital está muy protegida. Esta sería una excelente forma de dejar al descubierto blancos muy valiosos.

El premier se le acerca con gesto serio y huraño, y posa una mano en su hombro, que aprieta un poco. Es un gesto amigable, aunque contrito.

—No dejaré sola a mi gente por la única razón de que *quizás* estemos en peligro. No puedo hacer eso, general Farley; sé que entiende mi situación —suspira.

Pese a que supongo que ella se defenderá, baja el mentón y casi asiente. Se muerde el labio y no dice más.

Davidson mira satisfecho por encima del hombro.

—¡Capitán Highcloud, capitán Viya! —dos oficiales de traje negro se presentan ante él, listos para recibir órdenes—. ¡Bajen sus unidades al valle, a marchas forzadas, y congréguense en Goldengrove!

Saludan en respuesta y dan media vuelta para reunir a sus soldados. En tanto que esas dos unidades se agrupan cerca del principio de la fila, Tiberias hace una mueca. Se aproxima presuroso al premier, a quien toma del brazo, no para amenazarlo sino para pedirle algo.

Conozco el aspecto que en Tiberias Calore cobra el temor y lo veo en él ahora.

—¡Deje al menos a los gravitrones! —solicita—, por si nuestros agresores deciden echarnos de la montaña…

Luego de un breve momento de reflexión, el premier chasquea los dientes.

—¡Está bien! —dice—. Si no le importa, su alteza —gira hacia Evangeline—, esos transportes no saltarán sobre este caos sin ayuda. Use a los gravitrones; harán un trabajo rápido por usted.

Ella lo mira con extremo enfado, no está acostumbrada a recibir órdenes de nadie que no sea su padre. Aun así, suspira y se marcha al trote para hacer lo que él pidió.

—¿Qué hay de mí? —me planto entre Tiberias y Davidson, quienes se sobresaltan, olvidados de mi presencia.

—Manténgase alerta —es todo lo que el premier indica y se encoge de hombros—. A menos que podamos levantar un vehículo, ninguno de nosotros puede hacer gran cosa en este momento.

¡Útil!, gruño en mi cabeza, aunque la frustración va dirigida en mi contra. Mi habilidad está hecha para destruir, no puedo prestar ningún servicio aquí, soy inútil por ahora.

Y Tiberias también.

Ve que Davidson se aleja con su oficial de comunicación a remolque y nos quedamos solos, con la espalda contra los restos destrozados de mi vehículo. La adrenalina y la electricidad recorren mi cuerpo todavía. Tengo que recargarme en el metal y cruzar los dedos para que no se muevan.

—Esto no me gusta nada —susurra.

Río mientras raspo mis botas en la carretera.

—Estamos varados en un risco, la mitad de los soldados se han marchado, los vehículos están hechos trizas, los saqueadores nos atacarán en cualquier momento y yo no pude terminar mi cena. ¿Qué es lo que no te gusta?

A pesar de nuestras circunstancias, exhibe su sonrisa torcida de siempre. Cruzo los brazos con la esperanza de que bajo la luz débil no vea que me ruborizo. Me mira con ojos de un bronce ardiente y concentrado que trazan el perímetro de mi rostro. Su sonrisa se desvanece poco a poco cuando recuerda nuestras decisiones, lo que elegimos, pero no desvía la mirada y siento que

una bola de fuego asciende en mi interior: rabia, deseo y pesadumbre en igual medida.

—No me mires así, Tiberias.

—No me llames Tiberias —me reconviene y baja la vista.

Río con amargura.

—Es el nombre que escogiste.

No tiene respuesta para eso y caemos en un silencio incómodo. El ocasional grito o chirrido metálico resuena en la ladera, es el único sonido en la oscuridad vacía.

En el camino que asciende en zigzag, Evangeline, sus primos y los gravitrones cargan lentamente los vehículos todoterreno y trasladan los restos detrás de los transportes que todavía funcionan. De seguro Davidson le dijo que conservara todos los desechos posibles, porque de lo contrario los habría aplastado y hecho polvo y salvado el resto.

—Lamento el incidente del arsenal —dice luego de un largo momento, sin dejar de verse los pies y con la cabeza gacha en la sombra, lo que no oculta el frío color que se extiende por sus mejillas—. No debí haber dicho eso.

—No me importa lo que dijiste sino la intención —sacudo la cabeza—. No te pertenezco.

—Cualquiera con ojos puede ver eso.

—¿*Tú* puedes? —pregunto con brusquedad.

Exhala despacio, como si se preparara para la pelea, y en cambio voltea hacia mí. Las intensas luces del Paso del Halcón proyectan sombras dentadas sobre su rostro, que realzan sus pómulos. Se ve viejo y cansado, un rey de años, no de días.

—Sí, Mare —contesta al fin, con una voz retumbante—. Pero recuerda que no fui el único.

—¿Qué? —parpadeo.

—Tú también elegiste muchas cosas en lugar de mí —suspira.

La Guardia Escarlata, el amanecer Rojo, la esperanza de un futuro mejor para quienes amo. Me muerdo el labio, mi propia carne; no tengo nada que negar, está en lo cierto.

—Si ya acabaron —clama Tyton inclinado desde su mirador arriba del transporte—, me imagino que querrán saber que hay personas en los árboles.

Inhalo un suspiro y me tenso. Tiberias tiende una mano y toca mi brazo como precaución.

—No te asustes —dice—. Supuse que nos tenían en la mira.

Se oye un crujido metálico y salto bajo su mano, que él aprieta. Son solo los transportes en movimiento.

—¿Cuántas son? —pregunto entre dientes y hago cuanto puedo por disimular mi temor.

Tyton me mira con ojos centellantes. Su cabello blanco fulgura bajo la luz artificial que ilumina el Paso del Halcón.

—Son cuatro, dos de cada lado. Aunque están lejos, siento su cerebro. —Tiberias frunce el ceño junto a mí y curva disgustado las comisuras—. Están a cincuenta metros, quizá.

Miro más allá de Tiberias y él de mí para escudriñar lo más furtivamente posible los pinos bajo las sombras. No veo nada fuera de nuestro círculo de luz, ni el brillo de ojos ni el acerado destello del cañón de un arma; nada.

Tampoco los siento. Mi habilidad no es ni por asomo tan fuerte y concentrada como la de Tyton.

Intercambio miradas con Farley y ella se acerca con una mano en la cadera, mientras que con la otra aprieta todavía su pistola.

—Parece que hubieran visto un fantasma —nos barre con la vista—. ¿Hay francotiradores en los árboles? —pregunta como si indagara sobre el clima.

—¿Los viste? —exhala Tyton.

—No —sacude la cabeza—, pero es lo que yo haría.

—Puedes derribarlos, ¿cierto? —golpeo con el pie la bota de Tyton y recuerdo que los electricones me instruyeron sobre su habilidad, el rayo de cerebro, que afecta la electricidad de una persona, las chispas en su cerebro. Esto puede matar sin que nadie se dé cuenta, sin dejar huella.

Él arruga sus cejas oscuras, que hacen marcado contraste con el tinte de su cabello.

—Podría hacerlo a esta distancia, aunque solo uno por uno —responde—. Y únicamente *si* son saqueadores.

Tiberias pone mala cara.

—¿Quién más podría estar aquí?

—No me agrada matar gente sin razón, Calore —replica—, y he pasado toda mi vida en estas montañas.

—¿Esperarás a que nos disparen? —el príncipe se endereza para cubrirme por un lado.

Tyton no se mueve. Al tiempo que habla, la brisa esparce el dulce y fuerte aroma de un pino.

—Esperaré a que tu princesa magnetrona me diga si tienen rifles de francotirador.

Coincido con Tiberias: estamos expuestos ¿y quién más nos aguardaría en los árboles y nos vería batallar? Pero entiendo a Tyton también; sé lo que es descargar el relámpago sobre una persona, percibir que sus nervios se apagan. Se siente como una pequeña muerte propia, un final imposible de olvidar.

—Ve con Evangeline —susurro— y avísale a Davidson. Debemos estar seguros.

Tiberias resopla a mi lado pero no discute. Se aleja del transporte y parte en busca de Evangeline.

La brisa arrecia y la siento en mi rostro. Las agujas de los pinos rozan mi piel, suaves como dedos acariciantes. Tan pronto como intento tomar una, escapa empujada por el viento.

Ante mis ojos aparece entonces un arbolito que, tras desenvolverse en el aire, arponea a un soldado antes de que cualquiera de nosotros pueda reaccionar.

El ataque no es la tormenta de balas que esperábamos sino un rocío de agujas de pinos que se convierte en un súbito vendaval. Golpea a Tyton de frente y lo derriba del vehículo destruido. Él rueda en el asfalto, se pega en la cabeza, logra incorporarse sobre una rodilla y después cae, una vez perdido el equilibrio. Levanto un brazo para proteger mis ojos y caigo sobre una rodilla mientras las agujas arañan mi piel expuesta. Cuando aterrizan, troncos y raíces estallan en vívidas explosiones. El Paso del Halcón se raja y los vehículos vuelan, impelidos por el bosque que crece ante nuestra vista. Mi equilibrio cambia y para sostenerme en pie me apoyo en el transporte destrozado que se encuentra a mis espaldas.

Tiberias reacciona sin pensar y arroja una bola de fuego que carboniza los nacientes pinos tan rápido como aparecen. La ceniza remolinea en el viento, oculta las luces del camino y provoca que mis ojos se humedezcan.

El aire vibra con el estruendo del metal aplastado y el vidrio hecho añicos. Evangeline y su cuadrilla dejan de perder tiempo y aplanan los residuos que están aún en la vereda, y que son reducidos a una sólida mezcla de hierro y acero. Los vehículos que funcionan todavía encienden sus motores y progresan a sacudidas sobre palpitantes raíces y ramas destructivas. Evangeline atraviesa el aire lleno de humo y sube al armazón de un transporte. Pese a que suenan disparos, las balas caen al borde del camino, desviadas por la habilidad de la magnetrona.

Unos escudos azules cobran vida en cada extremo del Paso del Halcón, altos y etéreos contra el humo y la ceniza. Davidson controla cada uno con un

puño tendido. Suenan más disparos y rebotan en el escudo; no pueden penetrarlo, las armas son incapaces de alcanzarnos.

—¡Tyton! —busco al electricón—. ¡Mátalos, Tyton!

Se pone en pie, se tambalea y agita la cabeza para librarse del aturdimiento. Tras asirse del transporte más cercano, se impulsa hacia arriba y se inclina pesadamente.

—¡Dame un segundo! —sacude la cabeza de nuevo.

No podemos ver todavía a los saqueadores, protegidos como están en sus guaridas entre los árboles. De seguro son guardafloras, por lo menos. Las llamas de Tiberias cruzan la marea de pinos sobre la vereda, se retuercen como serpientes, intentan devorar cada nuevo árbol tan pronto como surge. Sus guardias Lerolan corren entre los troncos, en los que imponen las manos. Explotan a su tacto, se astillan en nubes de cortezas y fuego floreciente.

—¡Suban a los transportes! —ruge Davidson por encima del caos y sostiene aún los escudos para defendernos de una lluvia de balas—. ¡Tenemos que abandonar la montaña!

Respiro hondo y me hago fuerte. *Concentración*. En medio de la penumbra no puedo ver las nubes que se aglomeran en el cielo, pero las siento; son nubes de tormenta, cúmulos. Aumentan bajo mi mando, listas para atacar.

Alguien jala a Tyton y lo sube al transporte que pasa, al que lo asegura. En el asfalto, Tiberias dirige su averno contra el bosque letal que quiere atraparnos en el acantilado o arrojarnos por él. El resto de nuestro destacamento hace lo que puede por esquivar los árboles o destruirlos, para despejar el camino en beneficio de los vehículos y nuestra huida.

Mi corazón gime en mi pecho, la adrenalina se vierte en mi sangre. Aumenta hasta que siento que podría explotar. Respiro más hondo y alzo las manos, con las palmas hacia el cielo. Mi tormenta estalla en lo alto y dos relámpagos caen sobre los árboles a cada lado del Paso del Halcón. Los pinos se parten, se encienden brasas, los troncos resbalan y se inclinan antes de precipitarse sobre la maleza. El fuego asciende entre las ramas, contenido al principio, gigantesco después, avivado por la fuerza de un príncipe Calore.

Las balas a nuestra izquierda cesan lo suficiente para que Davidson baje un escudo y trepe en el vehículo detrás del de Evangeline. Los seis transportes están repletos de soldados, conocidos y no. Con sus trajes negros, semejan bichos que buscaran espacio sobre una roca en medio de un río agitado.

Tyton cuelga del costado del transporte de Evangeline, con un brazo enredado en una serie de correas. Cuando pasan junto a Tiberias, que combate

aún, extiende una mano; el príncipe la toma sin chistar y sube con soltura al vehículo. Soy la siguiente.

Aterrizo violentamente entre Tiberias y Tyton, Evangeline está en pie sobre nosotros. Funde sus botas de metal con la carrocería, lo que le permite erguirse con firmeza pese a nuestra velocidad creciente. Cierra un puño, aparta de nuestro camino el último residuo y lo azota en la orilla del peñasco. Un rocío de cristales llena el aire como una lluvia dentada.

El último escudo de Davidson desaparece también y pasa de los árboles frontales al transporte principal. En ese breve segundo, otra tempestad de balas acribilla nuestro convoy. Algunas caen peligrosamente cerca, rebotan en el metal junto a mi cabeza. La adrenalina extingue mi temor. Me concentro en no soltarme del vehículo, con dedos tensos sobre las improvisadas manijas y el cuerpo apretado contra el frío acero. La llama avanza junto a nosotros, flanquea el costado del transporte que da al precipicio. Tiberias la controla, arrastra con nosotros el torbellino de fuego, el cual chamusca todo a nuestro paso. Gritamos cada vez que tomamos curvas pronunciadas con una velocidad cegadora.

—¡Hay más en los árboles! —ruge Tyton con dientes apretados contra el viento. Intenta mirar en la oscuridad, con los ojos como rendijas. Sé lo que hace, pese a que yo no pueda hacerlo: persigue los cerebros, que siente como yo la tormenta. Parpadea una, dos veces, mata a todos a su alcance, los aplasta con una furia de electricidad en el cráneo. Imagino que los saqueadores caen al suelo y sus cuerpos se retuercen en un ataque devastador antes de quedarse quietos.

Hago llover relámpagos sobre los pinos, más rayos que caen entre troncos y ramas. Los deslumbrantes destellos iluminan un segundo el bosque, lo suficiente para advertir siluetas de árboles que caen y figuras que huyen, al menos una docena.

El Paso del Halcón se aplana en el último kilómetro, cuando dejamos atrás las curvas difíciles y los acantilados. Los transportes rugen, devoran la recta en una loca carrera hacia el pie de la montaña. El fuego y la tormenta corren con nosotros, son dos guardianes sobre alas mortíferas.

Nuevos motores arrancan en el borde de mi conciencia. Aunque no son tan potentes como los de los transportes, son igual de rápidos y se mueven hacia nosotros con furiosa celeridad.

La primera motocicleta sale de la línea de árboles y nos ciega con su único faro. El saqueador que la conduce es pequeño, con piernas largas,

armadura y gafas. Es también un imbécil, porque trepa en su moto sobre una roca desde la que vuela en arco sobre el camino.

Arriba de mí, Evangeline rebana el aire con las manos. La moto se hace trizas bajo su mando, y tubos y rayos se desprenden de la máquina.

Ella no es el único magnetrón aquí.

El saqueador continúa en su asiento, la motocicleta se rearma bajo su cuerpo y salta sobre el toldo del transporte. En tanto avanza, él arroja algo. El acero arruga bajo la luz tenue, rápido como una bala.

Navajas cruzan el aire, sus filos cortan el viento y Tiberias, Tyton y yo nos agachamos. Una de ellas roza mi hombro y aunque el traje me protege de lo peor, siento la herida. Me muerdo con fuerza el labio, contengo un grito de dolor.

El saqueador motorizado se apodera del otro lado del camino y hace derrapar las llantas en el pavimento mientras se da vuelta para ejecutar un lance más, pero se estampa con una fina pared azul y la motocicleta se arruga debajo de él cuando cae de espaldas y chorrea sangre.

Davidson mueve los escudos con nosotros, trata de bloquear las demás motocicletas que salen de los árboles. Algunos saqueadores resbalan y su cuerpo cae presa de espasmos cuando Tyton se encarga de ellos. Nuestra atención está fija en llegar al valle, al descubierto, al puesto de avanzada, nuestros refuerzos y la seguridad. Los nuevasangre de Montfort defienden el convoy, repelen los ataques de los saqueadores con todo lo que tienen. El fuego de Tiberias se extiende por la arboleda, la ceniza cae en torno nuestro como nieve y nos cubre de blanco y gris. Permito que mi relámpago truene en el cielo, con tal fuerza y estrépito que los saqueadores salen disparados hacia los árboles.

En la oscuridad es difícil discernir sus sombras. No se asemejan a los Plateados que conozco, con sus ropajes finos, pulida armadura y joyas refulgentes. Ni siquiera llevan consigo la pulcra severidad de los trajes de entrenamiento y los uniformes. Estos Plateados son distintos, sus atuendos un batiburrillo, sus armas y equipo, disparejos. Me recuerdan a los miembros de la Guardia Escarlata con sus harapos rojos, unidos solo por un color y una causa.

Las motocicletas desaparecen en la humeante maleza, con faros que oscilan y serpentean en busca de un escondite. Persigo los motores, trato de asirlos antes de que escapen a mi alcance, pero otro estruendo me obliga a hacer una pausa, es un ruido atronador que se aproxima.

Lo siento en los dientes.

Unos monstruos emergen de la ceniza con enormes cabezas peludas, cuernos bajos y firmes pezuñas. Se cuentan en docenas, que bufan y mugen en hileras descomunales. Chocan en estampida con el convoy, atropellan cada vehículo mientras enfrentan las balas, el fuego, el relámpago y los puñales. Son demasiado fuertes y extraños, de piel gruesa y músculos más densos todavía, con huesos como armadura natural. Veo que uno de ellos prosigue con su embestida pese a que recibió una bala en la frente, y sus cuernos perforan el metal como si fuera papel. Apenas tengo fuerzas para gritar.

Nuestro vehículo se inclina, es echado del camino por la monstruosa ofensiva y nos volcamos. Me impacto con violencia en el suelo y siento el sabor de la sangre. Alguien me sujeta, pone su mano en mi garganta; veo entre mis cabellos que el transporte vuela sobre nosotros. Evangeline se recorta contra el horizonte, con los brazos extendidos y los puños cerrados. Se mece, utiliza el vehículo como ariete y lo lanza contra la manada en estampida. Esta se da la vuelta y carga de nuevo con ojos fijos y furiosos, bajo el visible control de un animus Plateado.

Me incorporo con dificultad, me apoyo en el brazo de Tiberias y me pongo en pie. A unos metros de mí, Farley se sostiene sobre una rodilla y dispara su arma. Las balas no tienen efecto alguno en las bestias a todo galope, que acortan la distancia con gran rapidez.

Aprieto los dientes y hago ondear a su paso un relámpago purpúreo. Retroceden aterradas, no dejan de ser animales pese a quien las controle. Algunas cruzan mi rayo y gimen de dolor, se desploman en un amasijo de piel trémula y cuernos bamboleantes.

Trato de ignorar el estrépito y cierro a medias los ojos en la semioscuridad al tiempo que el temor da paso al instinto. Mis movimientos llegan sin pensar, cada paso y cada lance de mis brazos es inmediato. Estoy tan concentrada que no advierto la progresiva sensación del enorme peso que cae sobre mis hombros. La presión es leve al principio, fácil de confundir con el agotamiento.

Pero mi relámpago mengua, no brilla tanto como antes ni es tan sencillo de controlar. Titila, chispea débilmente en tanto repelo a otro saqueador. Aunque él cae, se levanta en el acto, con un puño cerrado en mi dirección.

La fuerza de su habilidad me pone de rodillas y pierdo toda sensación eléctrica. Me siento como una vela apagada, incapaz de chispear y arder.

No puedo respirar. No puedo pensar.

No puedo combatir.

¡Es el silencio!, grita una voz dentro de mí. Un dolor y temor conocidos me aplastan de nuevo, me doblegan.

Mis inútiles manos dan en tierra, golpean el frío suelo. Jadeo apenas, casi no puedo moverme, menos aún salir en mi defensa. El temor hace que todo me dé vueltas, mi visión es negra durante un segundo. Siento los grilletes otra vez, la roca silente en mis muñecas y tobillos, que me tiene prisionera detrás de una puerta con llave. Me encadena a un rey falso, me condena a una muerte lenta y extenuante.

El Plateado se acerca a mí, sus pisadas retumban en mis oídos. Escucho el silbido del metal cuando él saca una daga, quiere hundirla pronto en mi cuello. La navaja destella en la noche, refleja las llamas con un fulgor rojo. Él me sonríe con una cara blanca y sin vida, me agarra del cabello y echa atrás mi cabeza. Quiero enfrentarlo, debería tomar el arma que llevo en la cadera, la que está en su funda todavía, pero mis extremidades no responden. Aun mi pulso es indolente, ni siquiera puedo gritar.

La combinación del silencio agobiante y el miedo me mantiene inmóvil. Lo único que puedo hacer es mirar. La navaja bordea mi piel, casi me quema con su frío.

El Plateado me lanza una mirada lasciva, lleva envuelto el grasoso cabello en una pañoleta. No distingo el color de la tela, si acaso significa algo; sería absurdo preguntarlo ahora.

Su rostro explota entonces, trozos de carne y huesos salen disparados. Su cuerpo sigue el impulso, se desploma sobre mí y el tacto atronador de la electricidad regresa tan pronto como él cae. Me apresuro sin pensar, me deslizo bajo el cadáver del silencio mientras su sangre caliente y dentadura destrozada se enredan en mi cabello.

Alguien me toma del brazo y me arrastra por el suelo. Se lo permito, todavía conmocionada, paralizada de temor, incapaz de hacer más que patear el suelo. A la distancia, Farley me observa con una expresión homicida, su pistola apunta todavía a un muerto.

—Soy yo —dice una voz grave cuyo dueño me suelta, o deja caer, unos metros adelante. Tiberias retrocede, con ojos muy abiertos y casi flamantes bajo la luz tenue. Resopla en lo que me examina.

Párate, me digo. *Ponte nuevamente en pie*.

¡Si acaso pudiera hacerlo! ¡Si el recuerdo de la roca silente fuese fácil de borrar! Me froto las manos despacio, invoco las chispas en mi piel; debo verlas, tengo que saber que no se han marchado de nuevo.

Me toco el cuello, mis dedos resbalan en mi propia sangre.

Tiberias observa en silencio sin parpadear.

No lo veo otra vez hasta que desvía la mirada para poner renuente distancia entre nosotros. Cuando me oriento, descubro que estoy relativamente protegida. Él me dejó junto a los transportes, a fin de usar los restos como cubierta. A mi alrededor, soldados de Montfort se recuperan a todo lo largo de la fila. Davidson está entre ellos, un hilo de sangre le cruza el rostro. Se muestra furioso consigo mismo y los saqueadores.

Me paro vacilante, me sostengo en el vehículo gigantesco que está arriba de mí. La batalla continúa frente a nosotros y las bestias monstruosas bufan y azotan sus cascos, en contra de su naturaleza y sus amos Plateados.

Una rejilla de blancos relámpagos se forma ante ellas, es una especie de cerca para contenerlas. La aparición de esta red causa que agiten sus cabezas, las atemoriza más allá de todo límite. Conozco esa sensación.

—¡Pobrecitas! —susurra Tyton y se detiene junto a mí. Mira a las fieras, que curiosamente se han apagado. Al momento en que una intenta embestir, él parpadea y ella cae, su enorme cuerpo se desmorona.

Los saqueadores regresan en una nueva tentativa, sus motocicletas rugen y saltan por árboles poco frondosos. Evangeline y sus primos libran una batalla con los otros magnetrones, a quienes disputan el control de las máquinas.

Con una mano en el pecho y uñas que aprietan mi traje, trato de apoderarme de una moto que se lanza al camino y sigo con mirada fulminante las líneas de electricidad hasta su motor. Me armo de valor y siento que se extinguen en rápida sucesión, un súbito estallido y luego nada.

El conductor gira asustado cuando su máquina deja de funcionar. Respiro hondo y hago lo mismo con el siguiente. Caen uno tras otro, sea que se detengan sin más o den volteretas en el aire.

Nuestros soldados se arrojan sobre los saqueadores; deben tener órdenes de capturar, no de matar. Davidson encierra a uno de ellos en una jaula de escudos, lo deja golpear inútilmente su prisión azul.

Evangeline persigue a un pequeño magnetrón saqueador, lo obliga a correr a campo traviesa. Decidido a enfrentarla, él hace girar dos puñales que oscilan entre látigos y espadas, pero ella es más veloz y mortífera. Las espadas del saqueador no son digno rival de sus navajas, que acribillan la piel del otro; su habilidad es demasiado fuerte para que él la venza. Evangeline no le debe lealtad a Davidson ni tiene su compasión; hace trizas al saqueador, deja que derrame sangre de plata bajo la luz de las estrellas.

Entre la sangre y la ceniza, las estribaciones huelen y saben a muerte. Aspiro ese horrible aire de todas formas, para recuperar el aliento.

Los saqueadores restantes saben que han perdido la batalla y sus motores ceden, intentan escapar al bosque. Su influencia desaparece con ellos y la manada se calma. Las fieras dan la vuelta y enfilan hacia la arboleda, solo dejan atrás cadáveres y maleza pisoteada.

—¿Eso es lo que llaman bisonte? —pregunto a Davidson con respiración entrecortada.

Asiente con renuencia y me trago la ironía; siento aún la carne de bisonte en el estómago, pesada como una piedra.

Camino abajo, a lo lejos brillan unos faros desde el valle. Cierro un puño y me tenso para la segunda oleada.

Tyton posa una mano en mi brazo y me mira con ojos centellantes.

—Son los transportes de Goldengrove, los refuerzos que pedimos.

Eso me llena de alivio, relajo los hombros y exhalo. Este movimiento provoca que sienta una punzada en el dorso. Siseo, hago una mueca y acerco una mano para reconocer el daño; la tajada es larga pero superficial.

Unos metros más allá, Tiberias ve que evalúo mis heridas. Salta cuando nuestras miradas se cruzan y da media vuelta.

—Te conseguiré un sanador —susurra.

—Si ya dejaste de llorar por naderías, un poco de ayuda me vendría bien —dice Farley entre dientes y me hace señas, todavía en el suelo. Tirada por igual, su arma está rodeada de casquillos usados. Uno de ellos me salvó la vida.

Se inclina a un lado, procura no mover la pierna derecha.

Porque su rodilla está… mal.

Mi visión da vueltas por un segundo. Aunque he visto lesiones de todo tipo, la rodilla de Farley se retuerce de tal forma, con la pierna dislocada bajo la rótula, que me provoca arcadas. Olvido al punto el dolor de mis músculos, la sangre en mi hombro y hasta el tacto del silencio y corro junto a ella.

—No te muevas —le digo.

—¡No me digas! —replica, con manos tensas sobre las mías.



DIEZ
Iris

Las montañas son escarpadas y peligrosas, protegen las ciudades del valle contra asedios o ataques militares. Los frondosos pinos son obstáculos de enorme riesgo para cualquier vehículo que se atreva a introducirse en estas calzadas. Y la mera altura representa un freno que desanima a quien espere subir hasta la capital. Esta gente se considera a salvo en su fortaleza de cielo y acantilados; no percibe peligro alguno porque ningún ejército es capaz de marchar hasta su puerta. Sin embargo, es común que lo que nos fortalece sea lo mismo que nos debilita.

Montfort no es la excepción.

Aterrizamos en el borde oriental de sus fronteras, dentro de los límites de la Pradera. Nuestro jet de asalto es imposible de identificar, recién pintado con el dorado de la Pradera para guardar las apariencias, lo que le permite confundirse con los altos pastizales al tiempo que se mece como una ola bajo la luz de la mañana. En las distantes llanuras nadie advierte nuestra llegada. Volamos con cuidado por los bosques de la comarca de los Lagos antes de cruzar al paisaje vacío y descubierto. Los señores de la Pradera están muy lejos, y sus tierras son demasiado vastas y dispersas para patrullarlas apropiadamente; además, están ocupados en sus asuntos. Ignoran que atravesamos sus terrenos, nadie está enterado de que nos encontramos aquí.

Los saqueadores son los únicos que lo saben, por supuesto.

Su participación es necesaria para sacar de Ascendente al mayor número de personas. Con un poco de suerte, Tiberias Calore será una de ellas. Según Maven, su hermano jamás dejaría pasar una oportunidad de combatir; *por presunción,* añadió y frunció el ceño cuando hablamos de este tema. No conozco al príncipe exiliado, jamás lo he visto, pero la comarca de los Lagos no está ciega: recolectó datos sobre él y toda la familia real; después de todo,

fueron nuestros enemigos durante más de un siglo. Los informes revelaron a un príncipe sumamente predecible, educado para ser un líder militar como su padre, forjado por el deber y las expectativas, convertido en alguien que valora la corona sobre cualquier otra cosa. Los hermanos Calore tienen esto en común, pienso, junto con una chica Roja muy peculiar.

Debo coincidir con la evaluación de Maven. Si es cierto que Tiberias está aquí para negociar con Montfort y reforzar su alianza, es indudable que intentará mostrarse valiente y ganar su lealtad. ¿Qué mejor manera de hacerlo que pelear por esta nación?

Los saqueadores nos reciben en el sitio acordado, una elevación que ofrece una vista muy completa del paisaje circundante. Están enmascarados y cubiertos, sentados a horcajadas en anticuadas y humeantes motocicletas y con los ojos velados por gafas. Todos son Plateados, abandonaron sus territorios a la caída de los reinos de las montañas, despojados de sus derechos como señores y gobernantes. Aunque nos superan en número, no les temo; soy guerrera de nacimiento, educada por los ninfos más recios de mi reino. Y mis cinco escoltas también son fuertes, nobles y útiles.

Jidansa está conmigo todavía, ansiosa de servir y proteger. Procura interponerse entre mi persona y cualquier saqueador que pudiera acercarse demasiado.

Mantengo gacha la cabeza, el rostro debajo de las sombras. Los saqueadores son una especie aislada y es improbable que conozcan siquiera de vista a la princesa de la comarca de los Lagos o reina de Norta, pero así es mejor. Los demás hablan por mí, revisan el acuerdo.

Nuestro equipo de seis integrantes es fácil de transportar, aferrado cada uno a un saqueador mientras nos conducen por el llano. Ellos conocen estos lares mejor que nadie y ni siquiera tenemos que usar la sombra de la Casa de Haven para que esconda nuestro trayecto, por lo menos no todavía.

Las remotas montañas se aproximan a cada segundo. Su aspecto de muralla es más acusado que el de cualquier otra cordillera que haya visto hasta hoy. El miedo intenta mellar mi resolución, pero no se lo permito; entrecierro los ojos y fijo mi atención en la tarea inmediata para dejar poco margen a otras cosas.

Mientras las horas transcurren, repaso el plan en mi cabeza, cada obstáculo por vencer.

Cruza la frontera.

Esto culmina con facilidad. Los saqueadores conocen sus caminos y los puntos débiles de Montfort. Siguen un arroyo entre densos bosques de pinos y

solo cuando comenzamos a subir por las estribaciones me doy cuenta de que estamos al otro lado de la invisible línea divisoria entre la Pradera y Montfort.

Paga tu derecho de paso.

La sarta de joyas es mía, de plata, zafiro y diamante. Se la tiendo a los saqueadores a punta de pistola. Nuestro sombra Haven, un centinela joven y fornido que tomé en préstamo de mi gallardo esposo, entrega la pieza más valiosa del acuerdo. Su Casa está dividida por la guerra civil que estalló en todos los rincones de Norta. El jefe de su clan combate a favor de Tiberias, pero la mayoría permanece con Maven. Es admirable que sean más leales a su país y su rey que a su familia, aun si ese rey es Maven Calore.

No usa su careta de centinela, deja atrás la tradición de las joyas negras. Sin ella, tiene apariencia humana: ojos azules y cabello rojo que relumbra bajo la luz del sol. Les da a los saqueadores la ubicación de nuestro centro de recursos, situado unos kilómetros al norte y provisto de cajas de alimentos, monedas, baterías, armas y municiones para abastecer sus actividades. Pronto nos dejan en la ladera este, lo más alto que pueden llegar. Jamás vi el rostro de ninguno de ellos; pero al menos uno ostenta una cabellera rubia, algunos mechones asoman bajo los paños que envuelven su cabeza.

Asciende.

Las cascadas son muy simples. Sirven como escaleras móviles y empleo el agua para que nos suba y haga pasar por muchos acantilados; al final pierdo la cuenta de ellos. Seguimos con poca dificultad el riachuelo en la dirección opuesta, contra la corriente. Entre mi habilidad y la de otro ninfo, Laeron, de la Casa de Osanos, los seis logramos llegar a la altiplanicie al tiempo que las estrellas cobran vida en el cielo. El camino es escabroso; el aire se aligera y la respiración se me dificulta, lo que vuelve más arduos mis pasos. No soy ajena al esfuerzo físico; entrené desde niña en la Ciudadela de los Lagos.

El sujeto Haven mantiene libres las manos y mueve los dedos de cuando en cuando. Nos cubre con su invisibilidad, lo que nos permite avanzar entre los pinos sin ser vistos; es raro que mires tus pies y no veas otra cosa que maleza. Al menos no tengo que ver a Rydal, el coloso de Rhambos. En la subida, su mole fue distorsionada por los dos cuerpos que carga como un fardo sobre los hombros, una parte adicional y sanguinaria de mi plan.

Calmo otra vez una vibración de temor.

Iniciamos nuestro ascenso muy al norte de la capital, lo que nos obliga a retroceder al sur para llegar al río que, represado en el valle donde se establece Ascendente, crea un lago artificial. Siento que me quitan un peso de

encima tan pronto como llegamos al agua, de riberas silenciosas y vacías. Los seis nos sumergimos en ella, para no dejar rastro de nuestro paso.

Dirijo mi atención al río con objeto de crear un canal de agua corriente por su cauce. Laeron hace lo que planeamos; algunas burbujas se forman en torno a nuestras cabezas, lo que nos proporciona un escudo de oxígeno. Es un viejo truco de los ninfos que hasta un niño podría practicar. Recorremos el canal en secreto, conducidos por la corriente a través de los meandros del valle. Confío en el agua, pese a que sea de un negro casi azabache. Los últimos kilómetros discurren en un silencio forzado, roto únicamente por el ruido de mi respiración y mi corazón palpitante.

El lago de la ciudad de Ascendente es profundo y está lleno de peces. Me sobresalto en una o dos ocasiones a causa del roce de escamas en la oscuridad en tanto nos dirigimos al borde del agua. Me sobrepongo a la sensación y me concentro en el paso siguiente de mi plan. Varias fincas tienen muelles en el lago, que usamos como pantalla. Soy la primera en emerger, subo los ojos justo sobre la superficie. Después de varias horas en el bosque y bajo el agua, incluso las débiles luces de la ciudad me deslumbran. No parpadeo ni me estremezco; obligo a mi vista a adaptarse lo más pronto posible: tenemos un programa que cumplir.

No hay alarmas todavía, ninguna señal de alerta. *Eso es bueno*.

A pesar de que el centinela Haven nos vela de nuevo cuando salimos del agua, ni siquiera él puede esconder las huellas de humedad que nos siguen por los callejones; eso nos toca hacerlo a Laeron y a mí. Nos secamos con un par de sacudidas y utilizamos nuestra habilidad para deshacernos hasta de la última gota. Condenso los charcos consecuentes y arrojo esferas flotantes de agua en la planta o canaleta más cercana para no dejar ninguna huella.

Dediqué el vuelo hacia la Pradera a memorizar la distribución de Ascendente con el uso del mapa de Bracken. Me trastorna saber que buena parte de mi plan se basa en trabajo ajeno; tengo que confiar en la información que recibí aun si una pieza errónea podría significar el fracaso. Pese a que la capital de Montfort es desconcertante, una red irregular de calles y peldaños a ambos lados del valle, logré identificar la ruta más rápida desde la laguna hasta el elevado sitio donde están retenidos los hijos de Bracken.

De acuerdo con los espías de las Tierras Bajas, no es el palacio sino un observatorio.

Desde la seguridad de un callejón callado y oscuro, miro las pendientes escalonadas hasta el edificio abovedado en lo alto en la ladera.

Me tiemblan las piernas de solo pensar en escalar otro millar de metros, aunque continúo mi marcha sin chistar y someto mi respiración a un ritmo lento y uniforme, por la nariz o la boca, en armonía con mis pasos.

El coloso sube las escaleras sin dificultad, aun con el peso extra de su *cargamento*, y el centinela Haven está mejor entrenado que cualquiera de nosotros; educado para proteger al rey y su familia, se halla en óptima condición física. Lo mismo puede decirse de Laeron. Aunque me resisto a confiar en alguien de Norta, y más todavía en tres a mi lado, hacerlo resultó inevitable: la política exigió una representación equitativa.

Jidansa es la única de la que me fío por completo. No soporto al otro lacustre que nos acompaña, Niro, del Linaje Eskariol, pero lo necesitamos debido a sus talentos. Es un sanador de la piel muy singular; alguien dotado de la aptitud para salvar vidas no debería disfrutar tanto de quitarlas.

Lo oigo respirar, inhala y exhala con presteza a la par que ascendemos. Pese a que me alegra tener a nuestras espaldas a un sanador tan diestro, preferiría que no fuera necesario; Niro se deleita demasiado en lo que debe hacer antes de que la noche llegue a su término.

—Con algo de suerte, no se darán cuenta hasta mediodía —murmura—. Mi trabajo será perfecto —su voz es suave, sedosa; procede de un larga estirpe de diplomáticos que son expertos en enmendar alianzas políticas tanto como en reparar huesos rotos.

—Guarda silencio —susurro en respuesta. La sombra de su presencia es en cierto modo más fría que el aire de la montaña.

Ascendente no está desprotegida. Puestos y patrullas de vigilancia salpican el camino, aunque en menor medida de lo que he visto en la comarca de los Lagos o la capital de Norta. Estos imprudentes de Montfort piensan que sus montañas y secretos les bastan para mantenerse a salvo.

Miro por encima del hombro al otro lado del valle; siento que mi negra trenza se mueve pero no puedo verla. Lo que es sin duda el palacio del primer ministro se tiende en la cima ante la que estamos, junto con otras fincas y edificios de gobierno. Brilla de blanco bajo la luz de la luna y numerosas luces destellan en los balcones, ventanas y terrazas.

Mare Barrow está ahí, la Niña Relámpago con un don para la supervivencia.

En Arcón la tuve por una curiosidad encantadora, la chica Roja atada a un rey Plateado tan atrapado por ella como ella por él. Si bien no pretendo

conocer el motivo por el que Mare cautive a Maven de tal modo, debe ser obra de su madre. Nadie en su sano juicio posee una obsesión así y es imposible que eso sea amor; ninguna persona capaz de amar actúa como él.

Jamás pensé en casarme por amor, no soy tan ingenua para tener esas fantasías. Mis padres acabaron por amarse y respetarse a lo largo de su relación y yo confiaba en eso, al menos; desde luego que Maven torna imposible esa esperanza. Solo he podido vislumbrar pequeños destellos de su corazón y son suficientes para saber que está muerto.

Si los hijos de Bracken no fueran nuestro objetivo; si en realidad tuviese la ilusión de preservar mi corona de Norta, consideraría la idea de matar a Mare Barrow. No por rencor, sino para que eso le diera a Maven cierta claridad. Ella es ahora una motivación, una zanahoria que él se siente impelido a perseguir y también una debilidad, y lo necesito débil y distraído.

Como dijo mi madre, Maven Calore enfrentará el diluvio.

Todos lo harán.

El contingente militar partió hace diez minutos montaña arriba, con estrepitosos transportes. Oigo todavía su eco en la pendiente, reverbera en los callejones y avenidas de la capital de Montfort. En el resto de la ciudad repican las campanas de alarma y señales de alerta, conforme a lo planeado. Pestañeo, envuelta aún por la impenetrable sombra del centinela Haven.

Los cuidadores del observatorio abandonaron sus puestos para ir en ayuda de la capital y dejaron un turno básico de dos soldados. De noche, sus uniformes verdes parecen negros; destacan contra las pulidas columnas de ópalo que sostienen la cúpula fulgurante sobre la que descansa un vitral.

Sin un arrullador o un susurro que borre la memoria de ambos guardias, no tenemos otra opción que escurrirnos junto a ellos. A pesar de que no es difícil hacerlo, contengo la respiración mientras serpenteamos entre las columnas del observatorio.

Flanquean la entrada inmóviles y firmes, acostumbrados a las estridentes alarmas. Me han dicho que los ataques de los saqueadores son comunes y representan una limitada amenaza para la capital.

—¿Es en el valle? —pregunta uno a la otra.

Su compatriota sacude el cabello.

—No, en la ladera; el mes pasado atacaron el valle dos veces.

El hombre sonríe y mete la mano al bolsillo.

—Te apuesto diez cobres a que el ataque es en el valle.

—¿No te cansas de perder dinero conmigo? —replica ella.

Mientras ríen, pongo una mano en la cerradura y con la otra abro ágilmente la cantimplora que cargo al cinto. Bajo el poder del centinela Haven no puedo ver lo que hago, así que dependo del tacto. Aunque esto complica las cosas, solo me retarda un poco.

El agua remolinea en mi muñeca y besa mi piel antes de que se arrastre entre mis dedos y dentro del cerrojo. Se ajusta al mecanismo, llena el espacio en tanto exhalo. Por medio del agua toco cada clavija de la cerradura y formo una llave.

Deslizo a un lado el pie y alcanzo el de Jidansa. Ella reacciona del mismo modo.

A unos metros de nosotras, la rama de un árbol se quiebra por efecto de su habilidad, cae con estrépito sobre el pavimento y sofoca el ruido del cerrojo al girar.

—¿Hay saqueadores en el valle? —pregunta la cuidadora y reemplaza la risa por el pánico.

—¡Seguro! —responde él.

Mientras corren a averiguarlo, nosotros logramos escabullirnos en el observatorio sin ser detectados, vistos o buscados.

Receloso de cámaras de seguridad de cualquier tipo, el centinela Haven nos mantiene ocultos mientras entramos.

—Laeron está dentro ya —murmura el ninfo de Norta; los demás lo seguimos por turnos, dado que no podemos vernos.

—Jidansa.

—Rydal.

—Niro.

—Iris.

—Delos —dice el centinela Haven.

Sonrío y cierro con cuidado la puerta detrás de nosotros.

Infíltrate en la prisión del observatorio. Concluye tu misión.

No me permito un solo suspiro de alivio; eso no ocurrirá hasta que me halle en casa y los hijos de Bracken hayan sido devueltos sanos y salvos. E incluso entonces será prematuro. Como diría mi madre, es inútil dormir en tanto haya guerras por ganar. ¡Y vaya si a nuestro alrededor ha explotado una guerra!

Las pisadas de Jidansa resuenan levemente en lo que recorre el recinto. Su inspección se prolonga varios minutos, los suficientes para ponernos

nerviosos. La tensión crece a cada segundo hasta que ella retorna; puedo oír sarcasmo en su voz.

—¡Sí que son tontos! —exclama—. No hay una sola cámara.

—¿Cómo es posible? —susurra Laeron.

Aprieto los dientes.

—Quizá no desean que haya pruebas de que los chicos estuvieron aquí —doy la única explicación que se me ocurre; esto no debería afectarme, en la guerra suceden cosas horribles, incluso los Plateados las hacen: lo sé por experiencia—, o de lo que les hicieron.

Esta idea nos agobia, es una capa más de pavor en una pila de por sí demasiado grande.

Alzo la frente, me aliso el cabello y sujeto algunas hebras en mis orejas.

—Centinela Haven, puede terminar.

—Sí, su majestad —oigo que se inclina y entonces lo veo.

Todos recuperamos la vista al mismo tiempo, como una ventana que fuera limpiada de pronto. Mientras que la mayoría examinamos nuestras extremidades, Niro me mira. Luce más pálido bajo la débil luz que se filtra por el domo de cristal, la cual vetea su cara con un verde espantoso. Su mirada transmite desafío o diversión; cualquiera de ambas opciones me desagrada.

—Por aquí —les digo y me concentro en nuestra apremiante tarea. Forman una fila, incluso Niro, y me alegra que Jidansa y el centinela sean quienes siguen; soy la reina de Norta y este último juró protegerme tanto como a Maven.

Pasamos junto a un telescopio enorme que apunta a un techo abovedado y consta de tubos de latón y accesorios de cristal. *¡Qué desperdicio!*, pienso. Las estrellas están fuera del alcance de cualquiera, aun de los Plateados; son dominio de los dioses y solo de ellos. No son para que las entendamos ni para que dilapidemos tiempo, recursos y energía en ellas.

Varias habitaciones se desprenden de la sala redonda central pero las ignoramos. En cambio, busco grietas visibles en el mármol bajo mis pies. Como no encuentro ninguna, abro de nuevo la cantimplora; con una señal, le pido a Laeron que haga lo mismo.

El agua se esparce a nuestros pies y en el mármol, sobre los recubrimientos más finos. Forma charcos en las losas y se cuela por sus uniones y ranuras.

—¡Aquí! —Laeron da un par de pasos hacia la pared, donde su agua se abulta como una gota gigantesca. Cuando me aproximo, entrecierro los ojos y

puedo ver que por el agua suben burbujas diminutas.

Hay un espacio ahí.

Jidansa levanta y aparta la losa con una ondulación de los dedos. Abajo está oscuro, aunque no al extremo de la negrura. Hay luces en la cámara inferior del observatorio, en algún lugar más allá del pasadizo; son suficientes para ver, no para atravesar las minúsculas junturas de la losa de la trampilla.

Se diría que las escaleras que descienden a ese sótano nos llaman.

Rydal es el primero en bajar, de acuerdo con lo planeado, y Niro lo sigue, con una mano sobre la funda de la pistola por si Rydal enfrentara alguna oposición. El centinela Haven parte detrás de ellos; sus manos se oscurecen y llenan de sombras que semejan volutas de humo. Lo sigo de cerca, Jidansa se coloca a mi lado y Laeron cierra la marcha.

Esta es la parte fácil, me digo. Y estoy en lo cierto.

El pasaje se curva para descender más aún, fuera de los límites del observatorio. No hay cámaras ni vigías, nada que no sean luces tenues y el eco de nuestras pisadas.

¿Este lugar habrá sido hecho en especial para los hijos del príncipe Bracken? Lo dudo. La piedra es antigua, por más que las paredes estén recién pintadas con el cálido color de la mantequilla, el cual tiene un efecto relajante inesperado para prisioneros enemigos.

La gente de Montfort es extraña en verdad.

A unos cien metros el corredor se ensancha y desemboca en una especie de recibidor rodeado de paredes y ventanas. Estas me arrancan un grito ahogado, porque dan al resplandor de la ciudad. Han de ser gruesas, no oigo las alarmas, solo veo que sus luces se encienden por toda la ciudad.

Intercambio una mirada de confusión con Jidansa, quien se muestra tan intrigada como yo. Se encoge de hombros y lanza el mentón a la derecha, donde el recinto va a dar a una puerta.

Apenas es posible distinguirla y hasta donde puedo ver, ni siquiera está reforzada.

Cuando tiendo la palma sobre su cerradura para intentar abrirla también, me doy cuenta del motivo de ello.

—Es roca silente —retrocedo como si me quemara; la distante punción de esta arma que sofoca las habilidades me eriza la piel—. ¡Infames torturadores!

Jidansa emite un gruñido gutural.

—¡Pobres niños! Llevan varios meses aquí.

Los demás se hacen eco de su sentir, con una única excepción.

—Es malo para ellos pero bueno para nosotros —afirma Niro sin traza alguna de compasión y me vuelvo indignada hacia él.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Seguro la roca silente los aletargó y adormeció; a nadie le sorprenderá mañana que estos dos no se muevan —apunta al fardo en la espalda de Rydal y oprime los dedos sobre carne humana con nimia consideración.

Por cierto que esto sea, frunzo el ceño.

—¡Saquémoslos! —chasqueo los dedos—. ¡Centinela Haven, su asistencia, por favor! Niro, prepárate para sanarlos; lo necesitarán.

Sé lo que una prisión de roca silente puede hacerle a alguien. Lo vi con Barrow, en sus mejillas hundidas y ojos apagados, en la prominencia de sus huesos y su fría y nervada piel de enferma. Y ella era un demonio, nutrida por la furia de mantener el juicio y por la causa que defendía, pese a que fuera un absurdo condenado al fracaso. Los hijos del príncipe Bracken son jóvenes, tienen apenas diez y ocho años de edad; nacieron Plateados, confían en su habilidad y no poseen recuerdo alguno en que no aparezca. Aunque no quiero saber lo que la roca silente les ha hecho, no tengo otra opción.

Debo ver el horror de la guerra a la cara, sin parpadear. Mi padre no lo hizo antes, mi madre y mi hermana no lo hacen ahora. Tengo que mantener bien abiertos los ojos si algún día espero ganar.

Ganar y volver a casa.

Laeron se ocupa de esta puerta, forma una llave de agua con su cantimplora. Tarda un poco más en hacerlo, debe batallar con los bordes de la roca silente.

Al fin abre la puerta y da un paso atrás para que yo entre primero. Tiemblo al momento en que cruzo el dintel y me fortalezco contra esta sensación antinatural. Es más uniforme que cuando se combate con un silencio. Las habilidades de estos vibran al ritmo de su corazón y concentración; en cambio, esta sensación horrorosa es constante e inflexible. Trago saliva.

Pese a que mi cuadrilla me cubre la espalda, a la expectativa en la grata seguridad del pasaje, me siento más vulnerable que nunca, un bebé recién nacido expuesto a un precipicio.

Los niños duermen profundamente, cada cual arropado en una cama bien provista. Busco a mi alrededor algún guardia oculto en las sombras; no hay nada aparte de las vagas siluetas de un cuarto bien amueblado y ventanas con cortinas. Al igual que las del pasadizo, también estas dan a los pinos y al valle de la capital. Ver el mundo fuera de tu alcance es una tortura adicional.

—Ayúdenme a sacarlos —susurro, ansiosa de salir de este sitio.

Poso una mano en el rostro del pequeño de cabello oscuro que ocupa el lecho más próximo a mí, lista para cubrirle la boca con la mano si grita. La hija de Bracken se mueve bajo mi tacto pero no despierta. Bajo la pálida luz, su piel es del color del azabache pulido.

—Despierta, Charlotta —musito y mi latido duplica su paso. *Debemos irnos de aquí*.

El centinela Haven no es tan condescendiente con el príncipe Michael; desliza un brazo por sus hombros y otro bajo sus rodillas antes de levantarlo. Lo mismo que su hermana, el chico reacciona muy despacio; está suelto, atontado. La roca silente ha causado estragos en ambos.

—¿Quién…? —balbucea, abre y cierra rápido los ojos.

Su hermana se agita debajo de mí, despierta al tiempo que sacudo sus hombros con delicadeza. Pestañea, entrelaza las cejas de confusión.

—¿Es la hora de nuestro paseo? —pregunta con voz aguda y entrecortada —. Prometo que nos portaremos bien.

—Sí —contesto al instante y aprovecho esta oportunidad—. Pasearemos lejos de la roca, pero deben estar callados y hacer lo que les digamos.

No es una mentira y los reanima en la medida de lo posible. Charlotta incluso se cuelga de mi cuello para que se me facilite cargarla. Es más ligera de lo que supuse, un ave más que una niña. Huele a limpio, a fresco. Si no fuera por la roca silente, pensaría que estos chicos fueron bien tratados.

Michael se ovilla en los brazos del centinela Haven.

—Eres nuevo —le dice.

Salgo de la habitación lo más rápido que puedo y respiro hondo para serenarme en tanto volvemos sobre nuestros pasos. Los niños exhalan, Charlotta se relaja en mis brazos.

—Recuerden que deben hacer lo que les digamos —susurro y aparto los ojos de lo que Rydal y Niro han preparado.

El chico asiente y la niña me ve con una mirada perspicaz impropia de un menor.

—¿Esto es un rescate?

Aunque no veo razón para mentir, las palabras se me atoran en la garganta: porque podría fracasar, provocar su muerte, morir en el intento.

—Sí —me obligo a contestar.

—Déjeme verlos.

Sin perder un minuto, Niro apunta una lámpara hacia el rostro de ambos y me asusta incluso a mí.

—¡Silencio! —musito en cuanto Michael lanza un chillido. Pese a que veo a Niro sobre la cabeza de la niña, me ignora, concentrado en ellos. Mueve los ojos para todos lados como una especie de máquina registradora, en lo que memoriza sus facciones.

Cuando voltea hacia el bulto que reposa en el suelo, no puedo desviar la vista tan pronto como quisiera y alcanzo a ver los dos pequeños cuerpos Rojos.

Respiran todavía. A pesar de que están demasiado drogados para despertar sin ayuda, respiran de todas formas.

Niro necesita carne fresca para hacer su trabajo.

El centinela Haven cruza su mirada con la mía y se vuelve mientras yo lo hago también, para darles la espalda al sanador y los Rojos. No podemos permitir que los niños vean lo que se hace por ellos ni deseamos verlo ocurrir.

Debilidad, susurra algo en mí a la par que me sacudo bajo el ruido de una espada que sale de su funda. *Mantén los ojos abiertos, Iris Cygnet*.

—¡Qué maestría! —se dice Niro, con voz rapaz y jubilosa.

Trabaja casi por completo en silencio.

Casi.



ONCE
Mare

Pese a mi fatiga, apenas dormí. Regresamos a Ascendente casi al amanecer, porque los sanadores nos atendieron en el trayecto. Cuando llegamos, restaban unas horas antes del previsto discurso de Davidson frente a la asamblea de su gobierno. Por más que intenté dormir, una vez que pasó el efecto de la adrenalina secretada en la batalla con los saqueadores, empezaron a atormentarme los nervios por la reunión venidera. Dediqué lo que quedaba de la noche a mirar los bordes de mis cortinas y contemplar la luz azul previa a la aurora. Ahora apenas puedo estarme quieta mientras aguardo en la terraza de abajo y forcejeo con mi indumentaria. Es un vestido severo, de un morado destellante con una faja dorada y abultadas mangas que se cierran en las muñecas. El cuello es amplio y revela el filo de la marca de Maven; me hice además una trenza, para dejar al descubierto mi rostro. Exhibo con orgullo las cicatrices que se extienden por mi cuello. Fue idea mía, no de Gisa; deseo mostrarles a los políticos de Montfort lo mucho que he sacrificado ya. Y quiero adoptar la apariencia de la Niña Relámpago en la mayor medida posible, pese a que esa persona no sea real. Puedo sacar fuerzas de ella, como lo hago de Mareena. Aunque quizá sean versiones falsas de mí, son también piezas de algo real, por limitado que sea.

El amanecer es muy peculiar en la cordillera. Se tiende a mis espaldas con rayos dentados sobre los picos. Lenta pero firme, la oscuridad se retira del valle, huye con la niebla de la mañana por las laderas de la ciudad. Ascendente despierta con la luz y el rumor de la actividad sube hasta el palacio.

A la reina Anabel no le gusta llegar tarde, y menos todavía para un acontecimiento tan importante como este. Desciende por las escaleras del palacio acompañada de su nieto y sus guardias. Julian los sigue con los brazos

cruzados sobre su largo atuendo dorado. Nuestras miradas coinciden y me saluda con una señal de la cabeza, que correspondo. Con todo y que yo discrepe de que haya tomado partido por su sobrino, comprendo su decisión; entiendo que apoyar a la familia esté por encima de todo lo demás.

Envuelta en sus colores Lerolan, rojo y naranja llameante, Anabel parece más un centinela que protege al rey que su abuela. Es igual de devastadora. En lugar de vestido luce un saco de brocado con una túnica y mallas negras abajo, en cuyas bastillas lleva engastado un bronce refulgente como si formara parte de su armadura. Está lista para el tipo de guerra que no se libra en el campo de batalla. Pese a que me sonríe desde el otro lado de la terraza, su gesto no alcanza sus ojos.

—Su majestad —me inclino en su dirección—, Tiberias —añado y desplazo mis ojos hacia él.

Me dedica una sonrisa, presuntamente divertido con mi negativa a llamarlo de otra forma, por su sobrenombre o su título.

—Buenos días —contesta. Se ve tan guapo como siempre, quizá más. El enfrentamiento con los saqueadores ha dejado una marca en él, casi puedo oler la ceniza que destinó la noche a restregarla. *Tal vez no debería imaginarlo bañándose*, me reprendo.

El alba le sienta bien al príncipe de fuego, con su capa carmín y ropa negra de seda. Porta su corona sobre una oscura y pulcra cabellera. Elaborada por magnetrones, apuesto, otra de las creaciones de Evangeline. Le va bien también, sin joyas ni complejidades, una banda simple de hierro esculpido como un cordel de flamas. Sigo su contorno con mis ojos, me concentro en una cosa tan pequeña que él ama tanto.

A pesar de que todavía existe una vibrante tensión entre nosotros, no siento la misma cólera ni rabia que ayer. Nuestra conversación en la montaña, por breve que haya sido, tuvo un efecto relajante. ¡Ojalá dispusiéramos de más tiempo para llegar a una especie de arreglo!

Pero ¿qué arreglo podría haber entre nosotros?

Por más que lo intento, no puedo desterrar la esperanza que aún arde en mi corazón. Deseo todavía que me escoja. Y todavía lo perdonaría si admitiera su error. Esa esperanza se rehúsa a morir, por descabellada que pueda ser.

La aparición de Farley es lo que más me impresiona, pero no porque su pierna haya sido curada y esté como nueva, lo cual era de esperarse. Sigue al inmaculado premier Davidson y en un principio no la reconozco. No viste ya su maltrecho uniforme, su overol rojo oscuro manchado por el uso y

desgastado por la batalla. Este es un uniforme de gala del tipo que Tiberias o Maven usan, ella jamás.

Parpadeo en su dirección y veo que se ajusta las mangas del ceñido saco carmesí que se adhiere a su figura. Sus insignias de general lucen fijas en su cuello: tres cuadrados de hierro sujetos a la tela. Lleva también otras medallas y galones en el pecho; aunque dudo que sean reales, le confieren un aspecto imponente. Es obvio que Davidson y Carmadon la ayudaron a arreglarse para la reunión, empeñados en legitimar a la Guardia Escarlata a través de ella. Si a eso se añade la cicatriz en una de sus comisuras y el aplomo de sus ojos azules, me pregunto si un político podría negarle lo que solicite.

—General Farley —le ofrezco una sonrisa torcida—, ¡qué hermoso traje!

—¡Cuidado, Barrow! No sea que te obligue a ponerte uno idéntico —reclama y vuelve a lidiar con sus mangas—. Apenas puedo moverme dentro de esta cosa —aunque el saco le ajusta en los hombros a la perfección, no le permite los movimientos que acostumbra, los requeridos por el combate.

Miro sus caderas, apretadas por unos pantalones igual de ajustados metidos dentro de las botas.

—¿No portas ningún arma?

Frunce el ceño.

—No me lo recuerdes.

A nadie le sorprende que Evangeline Samos sea la última en aparecer. Se desliza por las suntuosas puertas de roble flanqueada por sus primos Samos, con sacos grises de ribetes negros. Su vestido es de un blanco cegador combinado con un negro intenso en las mangas y la larga cola. A medida que se acerca, me percato de que la seda de su vestido no está teñida sino que consta de diminutas esquirlas de un metal resplandeciente que pasa con soltura de un blanco nacarado a un gris acero y un negro ferruginoso. Se aproxima con determinación, deja que el vestido se extienda a sus espaldas y silbe sobre las piedras blancas y verdes.

—¡Si pudiéramos reproducir esa entrada en la Galería del Pueblo! —nos susurra Davidson a Farley y a mí cuando ve acercarse a Evangeline, quien se yergue con objeto de que la firmeza de su resolución marque sus pasos.

El premier se atiene a su imagen espléndida y sencilla, con un traje verde oscuro con botones esmaltados de color blanco. Su cabello cano reluce, alisado hacia atrás.

—¿Nos vamos? —señala los arcos que se desprenden del palacio.

En nuestros variados colores y diversos grados de disposición, lo seguimos por los sinuosos peldaños que descienden a la ciudad.

Habría querido que el camino fuera más largo, pero la Galería del Pueblo, el edificio donde el gobierno de Montfort se reúne para asuntos como este, no está lejos, a apenas un centenar de metros pendiente abajo, situado entre nuevas terrazas a los pies del palacio del primer ministro. Tampoco este destacado lugar está protegido por murallas; solo pasillos abovedados de piedra blanca y amplios pórticos rodean el edificio, el cual remata en una cúpula y domina Ascendente y el valle. El sol no cesa en su marcha y se refleja en el domo de cristal verde, de una centena de metros de ancho. El vidrio es demasiado defectuoso para ser de factura Plateada, pero las curvas y volutas de sus imperfecciones lo hacen más bello, porque atrapa la luz en formas más interesantes que las hojas lisas y meticulosas del cristal puro. Álamos de corteza de plata y hojas de oro emergen a intervalos uniformes y flanquean la estructura como columnas vivientes. Ellos sí *son* obra de Plateados, sin duda guardafloras.

Algunos soldados se alinean a los lados de cada árbol, ataviados de verde oscuro, firmes y orgullosos. Atravesamos el largo pasillo de mármol hasta las puertas de la Galería, abiertas de par en par.

Respiro hondo y me armo de valor. Esto no deberá ser difícil. Montfort no es nuestro enemigo y el objetivo es claro: adquirir un ejército, en la mayor medida posible; derrocar a un rey insensato y sus aliados, obstinados en mantener su poder a costa de la vida de Rojos y nuevasangres. Acceder a prestar ayuda debería ser fácil para la República Libre de Montfort. ¿Acaso no es la igualdad lo que ella defiende?

O eso me han dicho, por lo menos.

Aprieto los dientes y tomo a Farley de la mano. Presiono por un segundo sus dedos encallecidos. Me aprieta en respuesta sin titubear.

La primera sala está rodeada de columnas y de ella cuelgan sedas verdes y blancas atadas con sogas de rojo y plata, los colores de Montfort y de los dos tipos de sangre. El sol que se derrama por los tragaluces invade el espacio con un resplandor etéreo. De esta cámara se desprenden muchas otras, visibles a través de arcos entre las columnas o cerradas por lustrosas puertas de roble. Y hay personas en ella, desde luego, reunidas en un solo punto y que no nos quitan los ojos de encima cuando pasamos. Son hombres y mujeres, Rojos y Plateados, cuya piel exhibe las más diversas tonalidades, de la porcelana a la medianoche. Intento sentirme blindada en mi piel, protegida de su mirada.

Delante de mí, Tiberias lleva la cabeza en alto, con su abuela prendida de su brazo derecho y Evangeline del izquierdo. La princesa procura igualar sus largas zancadas; una hija de la Casa de Samos jamás seguirá a nadie. La cola

de su vestido nos obliga a guardar distancia a Farley y a mí, lo cual no me importa en absoluto.

Julian camina detrás de nosotras. Lo oigo susurrar para sí mientras mira para todos lados; me sorprende que no tome notas.

La Galería del Pueblo lleva bien puesto su nombre. Conforme nos acercamos a la entrada de la cámara, escucho el rumor de cientos de voces, el cual aumenta con celeridad hasta que ahoga todo menos el estruendo de mi pulso en mis oídos.

Inmensas puertas laqueadas de color blanco y verde viran sobre aceitadas bisagras como si reverenciaran al premier Davidson. Cuando él entra, estalla una salva de aplausos que se esparce a medida que avanzamos por el anfiteatro que compone la Galería.

Cientos de personas abarrotan los incontables asientos en torno a la sala, la mayoría de ellas con trajes como el de Davidson, en tonos variables de verde y blanco. Algunos son militares, como lo indican sus uniformes de gala e insignias. Todos se levantan en cuanto entramos, baten palmas, ¿para celebrarnos a nosotros o al premier?

No lo sé.

Aunque algunos no aplauden, están en pie de todos modos, sea por respeto o por tradición.

Los escalones que descienden por el cuenco del anfiteatro son muy bajos, podría correr sobre ellos con los ojos cerrados. Aun así, fijo la atención en mis pies y en los pliegues de mi vestido destellante.

Davidson llega al fondo de la cámara y se dirige a su asiento en el centro, flanqueado por políticos aún en pie. Hay también sillas vacías para nosotros, indicada cada una de ellas con un paño de colores, naranja para Anabel, plata para Evangeline, púrpura para mí, escarlata para Farley y así sucesivamente. Mientras Davidson saluda a los hombres y mujeres a su alrededor, cuyas manos aprieta con una sonrisa franca y carismática, nosotros tomamos asiento.

Por más que se me ha hecho desfilar ya en numerosas ocasiones, no me acostumbro a ello todavía.

No es el caso de Evangeline, quien se sienta junto a mí y acomoda los pliegues de su vestido con un ágil lance de manos. Alza una ceja imperiosa, es una naturaleza viva. Nació para momentos como este y si les teme, no lo dejará ver nunca.

—Controla ese miedo, Niña Relámpago —me susurra y fija en mí una mirada eléctrica—. Como si nunca hubieras hecho esto…

—Es cierto —murmuro en respuesta y recuerdo a Maven, su trono y las cosas aborrecibles que dije a su lado. Esto será fácil en comparación, no me hará añicos.

Davidson permanece en pie, mira en lo que los demás toman asiento de modo simultáneo y retumbante.

Une las manos, baja la cabeza; un mechón gris cae sobre sus ojos.

—Antes de empezar, me gustaría que guardáramos un minuto de silencio por las personas que cayeron anoche en la defensa de nuestro pueblo contra los saqueadores. Las recordaremos por siempre.

Todos los políticos y oficiales en la sala asienten antes de bajar la cabeza y algunos cierran los ojos. Como ignoro qué es lo apropiado, imito al premier, entrelazo los dedos e inclino el mentón.

Después de lo que parece una eternidad, Davidson eleva de nuevo la cabeza.

—¡Conciudadanos! —su voz llena el anfiteatro, sospecho que este salón se construyó para aumentar la acústica al máximo—, deseo darles las gracias por haber aceptado la realización de esta sesión especial de la Galería del Pueblo… y por presentarse a ella.

Hace una pausa y sonríe ante la oleada de risas corteses que ha provocado. Ese simple chiste es un recurso fácil, que me permite distinguir a sus partidarios por lo mucho que ríen o sonríen. Algunos políticos permanecen inmutables; para mi sorpresa, son Rojos y Plateados por igual, a juzgar por el matiz de su piel.

El primer ministro prosigue, sin dejar de caminar de un lado a otro mientras habla.

—Como todos sabemos, nuestra nación es joven, la hemos construido con nuestras propias manos en las dos últimas décadas. Yo soy apenas el tercer premier y muchos de ustedes cumplen su primer periodo en el cargo. Juntos representamos la voluntad de nuestra muy diversa población y sus intereses, y trabajamos desde luego para garantizar su seguridad. En los últimos meses he hecho lo que he creído necesario para conservar lo que nuestro país es y salvaguardar lo que quiere ser —pone cara seria y las líneas de su frente se ahondan—: un faro de la libertad, una esperanza, una luz en medio de la oscuridad que nos rodea. Montfort es el único país de este continente donde el color de la sangre no impera; donde Rojos, Plateados y ardientes trabajamos en común, mano con mano, por erigir un mejor futuro para *todos* nuestros hijos.

Los nudillos se ponen blancos en mi regazo al tiempo que me aprieto las manos. El país del que Davidson habla, lo que representa, ¿es posible en verdad? Con el fango de Los Pilotes hasta las rodillas, Mare Barrow no lo habría creído hace un año, no habría podido hacerlo. Yo estaba constreñida entonces por mi educación y por el único mundo que se me había permitido ver. Mi vida se limitaba a los confines del trabajo o el alistamiento, cada cual un tipo diferente de condena y existencias ambas que miles, millones de personas habían vivido ya. Era inútil soñar que la vida pudiera ser distinta, eso solo habría roto un corazón de suyo destrozado.

Es cruel dar esperanzas cuando no existe ninguna. Mi padre me dijo eso. Jamás lo diría otra vez, ahora que hemos visto que la esperanza es real.

Y este lugar, este paso hacia un mundo mejor, es real también.

Lo veo frente a mí: ruborosos representantes Rojos que conviven con Plateados; un líder nuevasangre que pronuncia un discurso ante nosotros; Farley, de sangre Roja como el amanecer, sentada tan cerca de un rey Plateado, e incluso yo: estoy aquí también, mi voz importa, mi esperanza importa.

Miro más allá de Evangeline al verdadero rey de Norta. Me siguió aquí porque me ama todavía, a una chica Roja. Y porque es verdad que quiere ver las cosas por sí mismo.

Espero que vea lo que yo veo aquí. Y que si asume el trono, si somos incapaces de impedírselo, escuche las palabras del premier.

Mira sus manos, sus dedos arañan los brazos de su asiento. Sus nudillos están tan blancos como los míos.

—Pero no podemos asegurar que somos libres, no podemos decir que somos un faro, si permitimos atrocidades en nuestras fronteras —continúa Davidson y se acerca a los asientos más próximos para mirar por turnos a cada uno de los políticos que los ocupan—; si tendemos la vista al horizonte y observamos que hay Rojos que viven como esclavos, ardientes que mueren asesinados, vidas aplastadas por los grandes señores Plateados.

Los Plateados de familia real entre nosotros no se inmutan, aunque tampoco desmienten al primer ministro. Anabel, Tiberias y Evangeline mantienen los ojos al frente con expresión inamovible.

Davidson vuelve sobre sus pasos, completa un círculo en la plataforma de la cámara.

—Hace un año solicité autorización para interferir, para usar una fracción de nuestros ejércitos con objeto de ayudar a la Guardia Escarlata en su infiltración en Norta, la comarca de los Lagos y las Tierras Bajas, reinos todos

ellos fundados en la tiranía. Era un riesgo; exponía a nuestra nación, que ha crecido en secreto. Sin embargo, ustedes accedieron de buen grado —estira los dedos y dirige una ligera reverencia a la Galería—. Así que ahora vuelvo a pedir, esta vez más soldados, más dinero; la autorización para derrocar a regímenes homicidas y el derecho a vernos a la cara para que podamos decirles a nuestros hijos que no permanecimos al margen mientras veíamos cómo se asesinaba o condenaba a niños. Es nuestro deber abrir los ojos y oponernos ahora que estamos en condiciones de hacerlo.

Un político se pone en pie en las graderías del anfiteatro. Es un Plateado de ralo cabello rubio, piel de color blanco hueso y un atuendo verde esmeralda. Tiene uñas demasiado largas y esmaltadas.

—Habla de derrocar un régimen, premier —dice—, pero junto a usted veo a un joven de sangre Plateada con una corona sobre la frente, cuando en esta sala no hay ninguna otra. Y sabe tan bien como yo que para forjar nuestro país debimos destruir innúmeras coronas, la gran cantidad de cosas que tuvimos que quemar para alzarnos de entre las cenizas.

Se toca una ceja con un sentido muy claro: una de las coronas a las que fue preciso renunciar era la suya propia. Aprieto los dientes y refreno el impulso a mirar a Tiberias. Quisiera gritarle: *¿Lo ves? ¡Es posible!*

Davidson baja la cabeza.

—¡Muy cierto, representante Radis! La República Libre es una nación nacida de la guerra, del sacrificio y sobre todo de la oportunidad. Antes de que nos rebeláramos, las montañas eran una mezcolanza de reinos insignificantes que se disputaban el predominio en la región. No había unidad; era fácil escurrirse por las grietas y terminar de separar algo que ya estaba dividido —hace una pausa con ojos ardientes—. Veo ahora una oportunidad similar en los reinos Plateados del este, margen para cambiar las cosas en Norta, rehacerlas para bien.

Esta vez quien se levanta entre las filas de la Galería es una mujer Roja de suave piel cobriza, cabello negro muy corto y un vestido blanco cruzado por una diagonal verde oliva.

—¿Su majestad está de acuerdo con eso? —fija la vista en Tiberias.

Él vacila, sorprendido por esa franqueza. No es tan hábil con las palabras como su infame hermano.

—Norta se halla en estado de guerra civil —responde con voz trémula—. Más de un tercio de sus habitantes se han escindido y algunos han declarado fidelidad al reino de la Fisura, que el padre de mi prometida encabeza —aprieta la quijada y señala a Evangeline a su lado, ella no reacciona—. El

resto se ha comprometido a elevarme al trono de mi padre y reemplazar a mi hermano —le tiembla la mejilla—, quien reina por vía de asesinato.

Baja despacio la mirada. Veo que su pecho se eleva y cae muy rápido, detrás de los pliegues de su capa roja. Pensar en Maven nos hiere todavía a ambos, a él más que a mí. Estuve presente cuando Maven y Elara lo obligaron a matar a su padre, el antiguo rey; veo ese terrible momento escrito en la severidad de su rostro con tanta claridad como las letras de un libro.

La representante no está satisfecha, ladea la cabeza, junta sus largos dedos.

—Los informes refieren que el rey Maven es muy querido por su pueblo, por quienes le son leales aún —agrega—. Es curioso que la población Roja de Norta se cuente entre ellos.

Una leve corriente de calor llega hasta mi piel expuesta, la suficiente para transmitir la incomodidad de Tiberias. Doblo mis dedos en un puño y hablo antes de que él se vea forzado a hacerlo.

—El rey Maven es muy hábil para manipular —le digo a la mujer—. Usa su imagen de rey niño obligado a asumir el trono y engaña a los que no lo conocen.

E incluso a quienes lo conocen bien, más que nadie a Tiberias. En una ocasión, el príncipe me dijo que había iniciado la búsqueda de un susurro nuevasangre más poderoso que la reina Elara para que remediara los destrozos que ella había causado en su hermano. Era un deseo imposible de cumplir, un sueño espantoso. He visto a Maven sin las maquinaciones de su madre: aunque ella está muerta ya, él sigue siendo el monstruo que lo indujo a ser.

La representante me mira y continúo:

—Él forjó la alianza con la comarca de los Lagos y puso fin así a una guerra que mi pueblo tuvo que librar; levantó además las restricciones impuestas por su padre. No es difícil entender que goce de apoyo; resulta sencillo ganarse el favor de la gente a la que se le da de comer —pienso en mí, en mi familia, Los Pilotes, Cameron y las barriadas de los Rojos atrapados en su miserable existencia; ¿dónde estaríamos si nadie hubiera derribado los muros que nos apresaban?, ¿si no nos hubiese enseñado cómo debía ser el mundo?—. Sobre todo cuando se controla lo que se le da a la población, en la mesa y en la pantalla de video.

Me sonríe, muestra dientes muy espaciados.

—Usted ha sido una espina para él, Mare Barrow, pero también una gran ayuda. Hemos visto videos de su captura; sus palabras le atrajeron el favor de

la gente.

El calor que siento no procede de Tiberias sino de mi pena. Cubre mi rostro, calienta mis mejillas.

—Sí, y me avergüenzo de eso —digo sin rodeos.

A mi izquierda, Farley aprieta un puño sobre su asiento y se inclina.

—Usted no puede culparla por lo que declaró frente al cañón de un arma.

La Roja se tensa.

—¡Por supuesto que no! Pero su rostro y su voz han sido usados muchas veces, señorita Barrow; será de poca utilidad para influir en el pueblo de Norta. Lo siento; esto vuelve difícil confiar en lo que dice hoy y en la persona a la que apoya.

—Hable conmigo entonces —la voz de Farley resuena en la Galería y mi sonrojo cede, ahuyentado por el alivio; la miro de soslayo, más agradecida que nunca. Mantiene su ira bajo control, se vale de ella como acicate—. Soy una general de la Guardia Escarlata, una oficial de alto rango de la comandancia. Mi organización ha operado en la sombra durante años, de las heladas riberas del Hud a las llanuras de las Tierras Bajas. Hemos hecho mucho con muy poco; imagine lo que podríamos hacer con más.

Al otro lado de la cámara, un representante más de Montfort se levanta con una mano repleta de dorados y titilantes anillos. Es Rojo y tiene una sonrisa socarrona y superficial.

—¿Han hecho mucho, dice usted? Perdóneme, general, pero antes de que empezaran a trabajar con nosotros, su Guardia Escarlata era poco más que una red de criminales, contrabandistas, ladrones, incluso asesinos.

Farley lo mira con menosprecio.

—Hicimos lo que teníamos que hacer. El premier habló de introducirse en las grietas; nosotros las produjimos. Y salvamos a muchos individuos del peligro, Rojos que necesitaban nuestra ayuda, nuevasangre también. Su mismo premier nació en Norta, ¿no es así? —apunta con el mentón a Davidson, quien le sostiene la mirada—. Estuvo cerca de que lo ejecutaran por el crimen de ser lo que es. Nosotros salvamos a personas como él todos los días.

El hombre taimado se encoge de hombros.

—Nuestro argumento es que no pueden hacer esto solos, general —la reconviene—. Y aunque su causa es justa, hay reglas que cumplir. Ustedes son un grupo sin una nación, sin ciudadanos a quienes rendir cuentas. Sus métodos rebasan los límites habituales de la guerra; nosotros tenemos que respetar los nuestros.

—Rendimos cuentas a todos, señor —replica Farley con frialdad y vuelve la cabeza para que sobre el lado cicatrizado de su boca caiga la luz de la cúpula—, en especial a los que no escucha nadie. *Nosotros* escuchamos, actuamos y seguiremos en la lucha. Hasta su último suspiro, la Guardia Escarlata hará cuanto pueda para reparar lo que ya no sirve, con o sin la ayuda de ustedes.

Aún en movimiento, Davidson pasa junto a ella y le lanza una mirada que no puedo descifrar, de labios apretados en una línea neutra y ojos fijos en el rostro. Ignoro si está complacido o furioso.

El representante Plateado que responde al nombre de Radis se para de nuevo. No parece mayor de treinta y cinco años y ya tiene edad suficiente para recordar cómo era este país antes de Montfort. Nos mira a todos.

—¿Así que lo que nos proponen es que ayudemos a otro monarca Plateado a subir al trono?

Evangeline sonríe a mi derecha y descubro que ha cubierto sus colmillos con una puntiaguda corona de plata. *¡Qué horror!*, pienso. Es un mensaje como el resto de su imagen. Le arrancará el corazón a dentelladas a quienquiera que se interponga en su camino, nosotros incluidos.

—A dos monarcas en realidad —proyecta su voz al otro lado del anfiteatro—. Mi padre, el rey de la Fisura, también debe ser reconocido como gobernante legítimo.

Tiberias tuerce una comisura y Anabel frunce los labios. Al igual que en Corvium, Evangeline hace todo lo posible por descarrilar cualquier progreso que su prometido consiga.

Radis contesta con desdén y destellantes ojos grises.

—Como usted mismo afirmó premier, la República Libre se erigió sobre esos reinos; sabemos lo que son, aquello en lo que se convierten —hace transitar su mirada de Evangeline a Tiberias—, por nobles, sinceros y honorables que el rey o la reina sean.

La inexpresiva máscara de Davidson amenaza con venirse abajo y delatar su ceño fruncido. Él inclina un poco la cabeza, en admisión del argumento de Radis. Otros murmuran en la sala, cavilan acerca de ese defecto de nuestra alianza. Claro que las intenciones de Davidson y la Guardia son más extensas, no tienen el propósito de elevar más monarcas, pero es imposible que se lo confiemos a unos Plateados.

Suelto la mentira con gran facilidad, porque no es del todo falsa.

—Antes de la segunda batalla de Corvium, cuando estábamos todavía en las Tierras Bajas —explico rápido y dejo mi silla—, usted dijo algo, premier

—gira hacia mí con una ceja levantada—: *Hay que ceder centímetros por kilómetros* —pronuncio claramente cada letra y la completa atención de la Galería me hace temblar de desesperación; deben acceder, necesitamos su apoyo para poner fin al reinado de Maven e impedir que Tiberias lo reemplace en el trono—. Pese a que el cambio puede ser rápido o lento, siempre hay que avanzar. Sé que algunos de ustedes ven al rey Tiberias, la reina Anabel y la princesa Evangeline, y se preguntan en qué son distintos ellos, por qué derramar su propia sangre para elevarlos al trono es preferible a que ustedes sigan vivos y permitan que Maven conserve el suyo.

Radis me mira por encima del hombro.

—Porque usted asegura que Maven Calore es un monstruo, un chico caprichoso fuera de control.

Sacudo la cabeza para que mi trenza caiga sobre mi hombro. Al igual que Farley, dejo que mis cicatrices cuenten su historia. La *M* en mi clavícula hierve bajo cien pares de ojos.

—Porque Maven Calore es, sin duda ni discusión algunas, la peor de las opciones —les digo a todos—. No solo no hará progresar nunca a su país, sino que lo arrastrará consigo. No tiene ninguna consideración por la vida de los Rojos, y en realidad tampoco por la de los Plateados, ninguna idea de igualdad; ni siquiera un remedo de otra cosa que no sea su círculo vicioso de venganza y ansia de ser amado. Y a diferencia de Tiberias, del rey Volo en la Fisura y quizá de cualquier otro monarca Plateado hoy, está dispuesto a hacer lo que sea con tal de conservar su corona.

Radis se sienta lentamente y me hace señas con su blanca mano para que continúe. Aunque no necesito su permiso, ese gesto alimenta mi orgullo.

—En casi cualquier otra circunstancia —digo—, a ustedes les convendría más quedarse aquí, protegidos por sus montañas, aislados del mundo, *si* tuvieran la frescura necesaria para ignorar las atrocidades de Norta y sus aliados —algunos se revuelven en su asiento—. Ahora no, no cuando la comarca de los Lagos se ha declarado a favor de Maven. Tómense tiempo si quieren para decidir si darnos o no más ayuda, pero no es la primera vez que esto ocurre; en el pasado han votado ya por asistirnos. Sus soldados estuvieron presentes el día en que yo fui rescatada del Palacio del Fuego Blanco; su ejército nos ayudó a tomar las murallas de Corvium. Y Maven Calore no olvidará lo que hicieron; jamás olvidará que me arrebataron de su lado.

Eres como Thomas, me dijo él en una ocasión y lo oigo susurrar todavía en mi cabeza. *Eres la única persona que quiero, la única que me recuerda*

que estoy vivo, ni vacío ni solo.

Era un monstruo entonces, que me tenía atrapada en su palacio, dentro de mi piel. ¿Qué tipo de bestia es ahora, solo y sin más que las astilladas piezas de su cabeza?

Aprieto los dientes e intento imaginar sus nuevos movimientos; no de los próximos días, sino para los meses y años venideros.

—Un día, los ejércitos de Norta y los lacustres estarán a su puerta —aparecen ante mis ojos las Grandes Casas con sus colores, la comarca de los Lagos con su azul rey— y marcharán con toda su furia detrás de un escudo de soldados Rojos que ustedes tendrán que matar. Aunque podría ser que vencieran, muchos de los suyos morirán. No sé cuántos; solo puedo asegurarles que se contarán en cifras muy elevadas.

La Roja de cabello negro ladea la cabeza para llamar la atención. Mira más allá de mí, a Farley, todavía en su asiento.

—¿Está usted de acuerdo con eso, general? —apunta a Tiberias—. ¿*Este* rey Plateado será mejor que el que ya está en el trono?

Farley ríe, casi entorna los ojos.

—Tiberias Calore me tiene sin cuidado, señora —responde. No puedo evitar hacer una mueca, exhalo un silbido. *¡Farley!* Pero no ha terminado aún —, así que puede creerme si le digo que lo será.

La representante agita la cabeza, satisfecha con la respuesta. No es la única; muchos políticos en la sala, Rojos y Plateados por igual, intercambian murmullos.

—¿Y usted qué tiene que decir a todo esto, su majestad? —añade la mujer en dirección a Tiberias.

Él se remueve en su silla. A su derecha, Anabel toca su brazo con dedos presurosos. Tengo suficiente experiencia con las madres Plateadas para saber que la reina Lerolan sería considerada demasiado maternal, amable y cariñosa con su parentela.

Ocupo mi lugar cuando Tiberias se pone en pie y avanza a la plataforma; Davidson toma asiento para que se quede solo. El legítimo rey de Norta ofrece un magnífico perfil contra el mármol, el granito y el arremolinado domo verde sobre nosotros. El rojo de su capa parece una llama furibunda, un tramo de sangre fresca.

Levanta la barbilla.

—He pasado en el exilio casi un año, debido a la traición de mi hermano; pero también fui traicionado por… —hace una pausa, sopesa sus palabras— por mi padre. Él me educó para ser un rey a la antigua usanza: inflexible,

inmutable, atado al pasado, atrapado en una guerra interminable, casado con la tradición. —Evangeline se estremece por primera vez, clava las uñas de su zarpa en los brazos del asiento.

El genuino rey prosigue.

—La verdad es que Norta ya estaba dividida mucho antes de que mi padre cayera asesinado: los grandes señores Plateados y los Rojos debajo de ellos. Yo sabía que eso no era correcto, como en el fondo lo sabemos todos. Pese a ello, el poder de los reyes tiene límites. Creí que modificar el curso de un país, remediar los males de la sociedad, era uno de esos límites; que por injusto que fuese el equilibrio existente, era preferible al riesgo de sumir al reino en el caos —su voz vibra de determinación—. Estaba en un error, muchas personas me lo han demostrado.

»Usted es una de ellas, premier —mira a Davidson—, y todos ustedes también lo son. Su país, extraño como nos resulta a muchos, constituye una prueba de que es posible trazar nuevos límites, mantener un equilibrio distinto. Como rey de Norta, me propongo ver lo que no podía ver antes y haré todo lo que pueda por cerrar la brecha entre Rojos y Plateados, curar las heridas, cambiar lo que debe ser cambiado.

Lo he oído hablar con elocuencia en otras ocasiones. Lo hizo en Corvium, donde dijo casi lo mismo que ahora: juró cambiar el mundo con nosotros, borrar la división entre Plateados y Rojos. Eso me hizo sentir orgullosa entonces, no ahora. Sé lo que sus palabras significan y hasta dónde llegan sus promesas, sobre todo si la corona está en juego.

Aun así, emito un grito ahogado cuando él se prosterna sobre una rodilla en el centro de la sala. Su capa ondea en torno suyo, vehemente y sanguinolenta contra el mármol.

Los murmullos se intensifican en el momento en que baja la cabeza.

—No le pido a nadie que luche por mí, sino a mi lado —afirma con lentitud.

La mujer de cabello negro es la primera en hablar, con la cabeza echada a un lado.

—Ya sabemos que no es de quienes envían a alguien en su reemplazo, majestad; quedó muy claro anoche. Mi hija, la capitana Viya, combatió con usted en el Paso del Halcón.

De rodillas aún, Tiberias no dice nada; solo asiente, le tiembla una mejilla.

Al otro lado de la cámara, Radis le hace señas a Davidson y extiende una mano, tras de lo cual una repentina brisa recorre la Galería. Me entero así de que es un forjador de vientos.

—Someta el tema a votación, premier —le dice.

En su silla, Davidson baja la frente y pasea la mirada entre los numerosos políticos reunidos; me pregunto qué verá en sus rostros. Luego de un prolongado momento, exhala.

—De acuerdo, representante Radis.

—Yo voto a favor —dice este con firmeza y toma asiento.

En la plataforma, Tiberias parpadea mucho para tratar de ocultar su sorpresa. Yo experimento lo mismo.

Esta sensación no hace sino aumentar con cada resonante sí, pronunciado por docenas de labios. Cuento para mí. *Treinta. Treinta y cinco. Cuarenta*.

Hay noes dispersos entre los políticos, suficientes en un principio para moderar en mí toda esperanza, pero pronto son ahogados por los votos a favor que tanto necesitamos.

Davidson sonríe al final y abandona su silla; una vez que cruza la plataforma, toca a Tiberias ligera y lentamente en el hombro y le hace una seña para que se levante.

—Ya tiene su ejército.



DOCE
Evangeline

Aunque Montfort es hermoso, me alegra mucho dejarlo tan pronto después de nuestra llegada, y más todavía retornar a mi hogar, la Casa del Risco, al lado de Ptolemus y Elane. Estoy tan contenta que apenas reparo en que tengo que empacar yo misma mis cosas.

Es la decisión más inteligente; incluso los Rojos lo saben. La Fisura está más cerca de Montfort que la base de las Tierras Bajas, para no hablar de que no la rodea territorio de Bracken. Y es un área fuerte y protegida; Maven no ordenará un asalto a nuestros dominios y dispondremos de tiempo suficiente para reunir nuestros recursos y ejércitos.

Comoquiera que sea, la piel se me eriza de disgusto toda la tarde. Apenas tolero la sonrisa de Cal cuando salimos al patio del palacio de Davidson. A veces querría que él poseyera algo de la astucia de Maven, o aun de su buen juicio; así comprendería lo que sucedió esta mañana en la Galería del Pueblo. Pero no, es demasiado *bueno* y confiado, y está demasiado complacido con su discursito para darse cuenta de que Davidson es un excelente manipulador.

La votación ya estaba decidida, seguro así fue. Los políticos de Montfort ya sabían lo que Davidson iba a pedirles y la forma en que responderían. La cuestión acerca del ejército se decidió antes siquiera de nuestro arribo. Todo lo demás, la visita a Ascendente, fue una farsa y una seducción.

Yo haría lo mismo.

Las palabras que Davidson me dirigió fueron una seducción por igual. *Otra minucia que permitimos aquí*, me dijo a mi llegada. Está al tanto de Elane y sabe exactamente qué decir para hacerme dudar y que me cuestione; para hacerme pensar, así sea solo un instante, en dejar mi vida atrás a cambio de un lugar aquí.

El primer ministro es bueno para vender, por decir lo menos.

Cal cruza el patio para despedirse de él y su esposo, Carmadon. Al mirar a la pareja siento la habitual avalancha de náusea y envidia. Aparto la vista, aunque sea solo para ver cualquier cosa que no sea a ellos.

Mis ojos van a dar a otra despreciable exhibición pública de emotividad, otra repugnante ronda de adioses antes de que esta compañía de monos bailarines se dirija a la Fisura.

No entiendo el motivo por el que Mare no se haya despedido dentro del palacio, donde los demás no habríamos tenido que presenciar este *espectáculo*. Como si ella fuera la única que sufre; como si Mare Barrow fuera la única aquí que ha tenido que separarse de alguien alguna vez.

Estrecha a sus familiares uno por uno, con un abrazo más largo aún que el anterior. Su madre llora; su padre llora; sus hermanos y su hermana lloran. Ella hace cuanto puede por evitarlo y fracasa. Sus semiocultos gimoteos resuenan al otro lado de la pista de montaña. Y nosotros tenemos que fingir que no esperamos a que la familia lacrimosa desaparezca.

Supongo que todo esto es privativo de los Rojos. No les preocupan las consecuencias de una muestra de debilidad, porque la mayoría de ellos ya son débiles. Alguien tendría que hablar con Barrow de ese asunto; a estas alturas ya debería saber que preservar la imagen propia es de la mayor relevancia.

El esbelto chico Rojo, su mascota bronceada y de cabello rubio, marcha a su lado y abraza a sus familiares como si fueran suyos también. Sospecho que nos acompañará.

Cal se aparta de Davidson en cuanto dan por terminada su murmurante conversación. El premier no regresará con nosotros; ahora que su gobierno ha aceptado ayudarnos tiene muchas cosas que organizar y promete alcanzarnos en la Fisura dentro de una semana. Con todo, no creo que estuvieran hablando de eso. Cal estaba demasiado nervioso y exaltado, y posaba sobre Davidson una mano rígida y tensa. Pese a ello, su mirada era amable; le estaba pidiendo algo pequeño y sin importancia para nadie más que para él.

El príncipe pasa junto a Mare con largas y rápidas zancadas cuando se retira. Los hermanos de Barrow siguen con la mirada el camino de aquel; si fueran quemadores Calore, le prenderían fuego. La hermana es menos hostil aunque más huraña; al verlo pasar, pone cara de malos amigos, con un labio entre los dientes. Este gesto la asemeja más a Mare, sobre todo en el momento en que su ceño fruncido se acentúa para tornarse en una muestra de desprecio.

Cal se detiene a mi derecha, donde se yergue cuan largo es y cruza los brazos sobre un sencillo uniforme negro.

—Tienes que conseguirte una máscara mejor, Calore —le susurro; se restringe a arrugar la frente—. Y ella debe ceñirse a nuestro horario.

—Dejará aquí a su familia, Evangeline —refunfuña—. Podemos concederle unos minutos.

Suelto un suspiro y examino mis uñas. Hoy no me puse mis zarpas; no tengo ninguna necesidad de ellas en el viaje de regreso a casa.

—Son demasiadas contemplaciones con Barrow. Me pregunto dónde está el límite y lo que sucederá en el momento en que inevitablemente lo cruce.

En lugar de gruñir como espero, emite una risa gutural.

—Extienda su infelicidad cuanto guste, *princesa*; es lo único que le queda.

Aprieto los dientes y cierro un puño. ¡Ojalá me hubiera puesto mis garras!

—No pretendas que soy la única desdichada aquí —espeto.

Esto lo reduce al silencio y las puntas de sus orejas se tiñen de un necio gris.

Con un último abrazo, Mare concluye *por fin* su insensatez histérica y se endereza al distanciarse de su progenie. Aunque los rostros de los suyos son muy diversos, todos se parecen: similar coloración, ojos oscuros con una piel de un tono dorado, cabello castaño oscuro, salvo por la hermana y los padres canosos. Hay cierta tosquedad en todos ellos, nacida de su sangre; como si fueran de barro y nosotros de piedra.

El chico Rojo trota al paso de Mare mientras se dirige hacia nosotros, tirado por una correa invisible. Mira por encima del hombro para despedirse de la familia con una mano al vuelo, a diferencia de Barrow. Respeto este instinto, al menos: su obstinado y en ocasiones poco aconsejable hábito de avanzar a toda costa.

Cal la ve dirigirse a la aeronave. Extiende la mano y roza con los dedos su brazo cuando pasa. La palidez de la piel de él contrasta con la manga del saco color ocre de ella. Pero Mare no se detiene ni él la fuerza a hacerlo; solo la mira alejarse mientras en su garganta se concentran las palabras que no es capaz de decir.

Una parte de mí quisiera empujarlo tras ella con un puñal afilado; el resto quiere sacarle el corazón que insiste en ignorar, y así me somete a una pena parecida.

—¿Nos vamos, futuro esposo? —le ofrezco el brazo y las púas de mi saco metálico destellan con una luz incitadora.

Me mira en forma enigmática y aprieta los dientes en una sonrisa forzada. Diligente hasta el final, desliza un brazo por el mío y posa su mano bajo mi

muñeca. Su piel arde, es demasiado caliente para tocarla. El sudor irrita mi cuello y resisto el impulso a sacudirme de asco.

—Por supuesto, futura esposa.

Ignoro cómo es posible que esto me haya agradado tiempo atrás.

La aversión que siento es devorada por la emoción tan pronto como abordamos el jet con paso uniforme para ascender a la mole de hierro. Todo lo que me separa de los que amo está a unas pocas horas de vuelo, apretada junto a Cal y Mare y los dramáticos suspiros y miradas significativas que podrían arrojarse uno a otro, sí, pero eso es algo que puedo soportar. Ptolemus me espera.

Elane me espera.

Incluso a miles de kilómetros de ella, siento el fresco bálsamo de su presencia, un paño frío sobre una piel febril. Piel blanca, cabello granate, todas las estrellas en sus ojos y la luna estampada en su dentadura.

Cuando yo tenía trece años la hice trizas en la pista de entrenamiento, a causa de mi padre, a cambio de la posibilidad de que me aprobara. Lloré toda una semana y dediqué un mes más a disculparme. Ella comprendió, desde luego; sabemos lo que nuestras familias son, lo que exigen, lo que debemos ser para ellas. Y al paso de los años esas cosas se volvieron comunes, ordinarias. Nos enfrentábamos en el entrenamiento todos los días, nos lastimábamos una a otra, nos heríamos a nosotras mismas, con los sanadores en alerta. Dejamos de ser sensibles a la violencia de nuestros días, indispensable en apariencia. Ahora no le haría nada de eso, no la lastimaría por nadie en este mundo, ni siquiera con los mejores sanadores para atenderla; no lo haría por mi padre ni por mi corona. *¡Si acaso Calore sintiera lo mismo por Mare! ¡Si la amara como amo a Elane!*

Tan pronto como arribamos a la seguridad del interior del jet, cuyas paredes curvas están flanqueadas por asientos acojinados y cinturones de seguridad, mesas fijas al suelo y ventanas de grueso cristal, Cal se separa de mí. Se acomoda junto a su abuela, con la que sostiene un solitario conciliábulo en una de las escasas áreas con mesas aisladas.

—Nanabel —la saluda con su ridículo e impropio sobrenombre.

No recuerdo haberla visto nunca tan agotada. Cuando su nieto se sienta, le dirige una sonrisa en secreto y amable.

Busco un asiento para mí y elijo una ventana y una mesa en la esquina, donde pueda dormir sin mayor interferencia. Nuestro avión es más cómodo que los transportes militares, aunque fue requisado también a la flota aérea de

las Tierras Bajas. El interior es blanco y alegre, realzado con amarillo y diminutas estrellas guindas, colores y símbolos del príncipe Bracken.

Jamás he visto al príncipe, solo a sus diversos diplomáticos a lo largo de los años, y por supuesto a sus emisarios, el príncipe Alexandret y el príncipe Daraeus. Ambos han fallecido ya. Vi morir a Alexandret en Arcón, recibió una bala en la cabeza durante el primer atentado contra Maven. El recuerdo de esto me retuerce el estómago.

Un señor de Iral se puso en pie, apuntó un arma y disparó contra el monarca, que estaba sentado medio metro a mi izquierda. Disparó y falló, claro está, con lo que nos obligó a actuar como los aliados que fingíamos ser.

Maven debió haber muerto ese día. ¡Ojalá hubiera muerto ese día!

Siento aún el sabor a hierro de su sangre, mercurial sobre las losas de la sala y que manaba en un río profuso a mis pies.

La intentona de magnicidio fracasó. Las Casas rebeldes huyeron a sus bastiones y territorios. Elane no es una guerrera y se había marchado antes del ataque, pero la Casa de Samos tuvo que preservar su fachada. Todavía debí presenciar en pie la reunión del consejo de Maven —en pie porque esa sanguijuela me negó siquiera una *silla*— y verlo interrogar a la hermana de Elane. A su primo Merandus haciéndola volcar su memoria antes de que la ejecutasen por traición.

Elane no habla de esto nunca y no insistiré. ¡No me puedo imaginar lo que haría si Ptolemus enfrentara ese destino! Falso: soy capaz de imaginar un millar de cosas, un millón de formas diferentes de violencia y dolor, y ninguna de ellas llenaría el vacío. Cuando son firmes, los lazos de sangre de los Plateados resultan inquebrantables; llevamos en los huesos nuestra lealtad hacia los pocos que amamos.

¿Qué hará Bracken por sus hijos, entonces?

No pregunté por ellos ni por su trato en Montfort. Es más fácil no hacerlo, una preocupación menos en un mundo lleno de zozobra.

Mi búsqueda de privacidad y silencio se ve interrumpida por un huracán de extremidades musculosas y un cabello rubio bien cortado. La general de la Guardia se desploma ruidosamente junto a mí y hace que el piso retiemble.

—Te mueves con la gracia de uno de esos bisontes —me burlo, con la esperanza de echarla del asiento opuesto al mío.

No se inmuta ni replica, solo me mira con un fogonazo de cólera y ojos de un azul trepidante. Después voltea a la ventana y apoya la frente en el vidrio con un resoplido grave. No llora como Barrow, quien sube al jet hipeando y con ojos enrojecidos.

La general Farley no hace tal despliegue de aflicción, pese a lo cual puedo ver el sufrimiento que se desborda de ella como la marea. Pone cara inexpresiva, sin el usual gesto pétreo y obligada aversión que reserva a los Plateados, en particular a mí.

Sé que tiene una hija, una bebé, escondida en alguna parte.

No en este avión.

Barrow la sigue, toma asiento a su lado y gruño para mí. Llegamos a Montfort en dos jets, lo que permitió mantener separados a Plateados y Rojos, y transportar el botín de Corvium. ¡Cuánto querría que ese fuera el caso aún y no tuviésemos que viajar apretujados a la Fisura!

—Hay sesenta asientos más en este jet —protesto.

Mare me mira con un semblante que oscila entre el enojo y el disgusto.

—Cámbiate si quieres —replica—, aunque dudo que encuentres un mejor asiento —señala con la barbilla el resto del aeroplano, que se llena con diversos representantes de los grupos leales a Cal y la Guardia.

Me hundo en mi cómodo asiento y casi bufo. Tiene razón. No deseo dedicar varias horas, con una máscara cortesana y una sonrisa por escudo, a intercambiar información y amenazas veladas con los demás Plateados. Tampoco tengo la menor intención de cerrar los párpados entre Rojos que preferirían cortarme el cuello. Paradójicamente, Mare Barrow es aquí mi puerto más seguro. Nuestro pacto nos protege a ambas.

Se mueve para colocarse frente a la general. No hablan ni esta la mira; se mantiene tan atenta a la ventana que se diría que la hará añicos. No nota que Mare toma su mano.

Al momento en que los motores cobran vida con un rugido, no se mueve. Aprieta tanto los dientes que los músculos de su quijada saltan.

Solo cuando despegamos, tomamos por asalto las nubes y dejamos atrás las montañas, cierra los ojos.

Creo oír que murmura un adiós.

Soy la primera en bajar por la escalerilla del avión y absorbo el fresco aroma estival de la Fisura. Huele a tierra, a río, a hojas y calor húmedo, en combinación con un dejo distante de hierro que reposa bajo las colinas. El sol brilla intensamente en un cielo brumoso y hace relucir todo con un marcado contraste. Las crestas se tienden a lo lejos, verdes y exuberantes contra la plana negrura de la pista pavimentada. Si yo pusiera una palma en el suelo, la piel se me quemaría. Olas de distorsión del calor se elevan desde el

pavimento y causan que el mundo se bambolee a mi alrededor. O quizá todo se deba a mí, porque tiemblo de deseo. Intento no correr, trato de conservar cierto decoro.

Mi relación con Elane Haven es ahora un secreto a voces, si bien pequeño en comparación con las innumerables alianzas y traiciones que enredan en tantas telarañas nuestras vidas.

Es un secreto pequeño pero vergonzoso, un obstáculo, una dificultad.

En Norta, en la Fisura, dice una voz dentro de mí; *no en otros sitios*.

Ella no me espera aquí para que todos la vean, no es su estilo. Mi pulso se acelera de todas formas.

Ptolemus no está sujeto a tantas restricciones. Suda tercamente en la pista, vestido con un uniforme de verano de lino gris y exclusivos accesorios. El único metal que lleva encima cintila en sus muñecas: gruesos cordeles de hierro, armas antes que joyas. Y dirigen una advertencia a la docena de agentes ataviados con los colores de Samos. Algunos son primos nuestros, su cabello de plata y ojos negros los identifican; el resto está jurado a nuestra Casa, a la corona de mi padre, tal como lo estaban los guardias de Maven. No me molesto en tomar nota de sus colores, no importan.

—¡Eve! —mi hermano abre los brazos y correspondo su gesto; lo tomo de la cintura y permito que todos mis músculos se relajen durante un largo momento de alivio. Está sano y salvo bajo mis dedos; sólido, real, vivo.

Ahora más que nunca, no daré eso por sentado.

—¡Tolly! —doy un paso atrás para mirarlo. El mismo alivio que siento refulge en sus ojos tempestuosos. Aborrecemos separarnos, es como apartar una espada de un escudo—. Lamento haberte abandonado.

No lo abandonaste. Eso implicaría decidir y tú no tuviste otra opción. Mis dedos se tensan en su brazo. Mi padre me envió a Montfort a dar un mensaje no solo dirigido a nuestra coalición, sino también a mí. Es mi rey y señor de mi Casa; debo obedecerlo, ir adonde él quiera, hacer lo que diga y casarme con quien ordene. Vivir como él desee.

Pero no veo otra manera, un camino aparte del fijado por él.

—¿Echaste de menos el caos? —me da un codazo—. Papá se ha vuelto loco en su intento de crear una apropiada corte de Plateados. Además, no se decide por un trono.

—¿Y nuestra madre? —pregunto con aire tentativo.

A pesar del calor, mete mi brazo bajo el suyo y me conduce a nuestro transporte. Una fila se forma a nuestras espaldas, no le presto atención.

—Igual que siempre —contesta—, insiste en que desea nietos. Cada noche escolta a Elane a mis habitaciones, supongo que incluso monta guardia en la puerta.

Contengo una repentina sensación de náusea.

—¿Y ustedes qué hacen? —quiero impedir que la voz me tiemble, su mano se tensa.

—Lo que convinimos —recupera el aliento—, lo que debe hacerse para que esta situación surta efecto.

Una envidia verde y ardiente ruge en mi pecho.

Hace unos meses, cuando los tres decidimos que era preciso que Elane se comprometiese con él, pensé que no me darían celos. Ese compromiso significó al principio protegerla, excluirla de la consideración de otras Casas hasta que algo se nos ocurriera. No bastaría con casarla con un risueño guardaflora Welle o un zafio coloso Rhambos; ambos estaban fuera de mi alcance y de mi control. Ella es hermosa, una talentosa sombra Plateada. Su Casa es de enorme valor, y Ptolemus el heredero de la de Samos. Serían una pareja equitativa, comprensible, predecible; útil por un tiempo, cuando los tres creíamos que no había otras opciones. Yo aún estaba comprometida con Maven, condenada a ser su reina, pero Ptolemus era su brazo derecho, se hallaba cerca de la corte. Un matrimonio mantendría cerca a Elane también.

Desconocíamos las maquinaciones de mi padre, los detalles al menos.

Si hubiera sabido lo que sé ahora… ¿en qué habrían cambiado nuestras decisiones?

Ptolemus sería un príncipe soltero y codiciable, y Elane estaría en libertad de seguirte a ti, su princesa, dondequiera que fueras. De casarse con el cortesano que eligieras, no encadenada a tu hermano, en otro reino, otro país, otra recámara, por el resto de su vida.

Pese a que mi padre pudo habernos detenido, no lo hizo; permitió que cometiéramos ese error. Apuesto que lo disfrutó, sabía que me separaba de la persona que amo más que a una corona.

—¿Eve? —Ptolemeus susurra, se encorva. Es al menos quince centímetros más alto que yo y más fornido también; el primogénito, cuatro años mayor: el hijo de Volo Samos, heredero del reino de la Fisura. Aunque lo quiero mucho, su vida será siempre más fácil que la mía. Y me está permitido guardarle rencor por eso, a mi limitada manera.

—De acuerdo —digo entre dientes. ¡Qué bueno que no traigo mis metales de costumbre, porque terminarían hechos polvo! Advierto de reojo que Tolly ajusta sus pulseras—. Elegimos esto, tenemos que aceptarlo.

Aquella voz extraña y remota surge otra vez.

¿Hablas en serio?

Veo brillar en mi imaginación un traje blanco y otro verde, son dos hombres con manos de diferente color y dedos entrelazados. Nublan mi vista y tengo que apoyarme en Ptolemus para que me guíe por los últimos pasos. Casi debe cargarme para que consiga subir al transporte.

La visión de Davidson y Carmadon es reemplazada por otra: la de mi hermano y Elane en un dormitorio conocido, la sombra de mi terrible madre en la puerta. Solo hay una manera de borrar esta visión que amenaza con grabarse con fuego en mis ojos.

Mientras que el resto de los pasajeros se dirige a la recién remodelada sala del trono para saludar a mi padre como un rey lo merece, yo hago otra cosa. Conozco la Casa del Risco tan bien como las líneas de mi mano y no me es difícil escabullirme en el patio del recibidor y desaparecer entre los reglamentados árboles y flores. El jardín de los sirvientes comunica con las cocinas. Apenas reparo en los Rojos a mi paso y estos huyen de mi presencia, están al tanto de mi mal humor. Justo ahora siento que una nube de tormenta, perturbadora y oscura, amenaza con estallar.

Elane se halla a mi espera en mi habitación, nuestra habitación, con las ventanas abiertas y las cortinas descorridas. Sabe que me gusta el sol, en especial sobre su cuerpo. Está encaramada en una de las ventanas con asientos, recargada sobre un cojín, y deja colgar una pierna, descubierta hasta el nacimiento del muslo, bajo su vaporoso vestido negro. No voltea a verme cuando entro, me da el tiempo que necesito para adecuarme a su presencia.

Mi vista sigue la superficie de su pierna antes de pasar a su rojo y radiante cabello, que cae como fuego líquido sobre sus pálidos hombros. Su piel parece que reluce porque así es. Esta es su habilidad, su arte: manipula la luz para que le dé realce sin necesidad de galas ni maquillaje. No es común que me sienta poco agraciada, soy hermosa por decisión y por naturaleza, pero después del largo vuelo y sin mi usual armadura de un intrincado vestido y la cara pintada, me siento menos junto a ella, indigna. Reprimo la tentación de meterme al baño para untarme un poco de maquillaje.

Voltea al fin y me permite admirar su rostro. Aunque de nuevo me avergüenza un poco presentarme tan desaliñada ante ella, el deseo ahuyenta pronto todas las demás sensaciones. Ríe en el instante en que cierro de una patada la puerta y atravieso el recinto para tomar su rostro entre mis manos. Su piel es lisa y fresca bajo mis dedos, de un alabastro perfecto. No dice nada, me permite contemplar sus facciones.

—No llevas puesta tu corona —alza su mano hasta mi sien.

—No es necesario, todos saben lo que soy.

Sus caricias descienden por mi pómulo, trata de atenuar mis preocupaciones.

—¿Dormiste en el viaje de vuelta?

Resoplo, paso mis pulgares por debajo de su quijada.

—¿Es tu manera de decir que me veo exhausta?

Sus dedos se hunden en mi cuello.

—Digo que puedes dormir si deseas.

—Ya dormí suficiente.

Sonríe con malicia, tuerce los labios por una fracción de segundo antes de que imprima un beso en ellos.

Me rompe el corazón saber que en realidad no es mía.

Tocan con energía a la puerta de mi recámara; ni siquiera en la del recibidor, sino directo en la de mi recámara, *nuestra recámara*. Me separo de mis almohadas de un salto, me desprendo furiosa de las sábanas. Con un lance de mi muñeca, extraigo una navaja del baúl en el otro extremo de la habitación y doy rápida cuenta de la seda que ondula entre mis piernas.

Elane no parpadea cuando la navaja pasa a menos de dos centímetros de su desnuda piel. Solo bosteza, mi gato perezoso, y rueda para sostener una almohada contra su pecho.

—¡Qué rudeza! —lo dice por mí y por el idiota que ha decidido interrumpirnos.

—Practico para recibir a esa criatura inmunda —corto la última sábana—. ¡Qué mensajero más inoportuno!

Me paro desnuda y me envuelvo en un ligero manto con la navaja en la mano todavía.

Los golpes en la puerta persisten, seguidos por una voz apagada. La reconozco y una parte de mi justificada cólera se evapora; no es momento de dejar lívido a nadie. Fastidiada, lanzo la navaja contra la pared y se hunde en la madera.

—¿Qué pasa, Ptolemus? —abro de golpe la puerta y veo que él luce tan desarreglado como yo, con el cabello revuelto y los ojos ardientes. Sospecho que lo interrumpieron por igual; le agradan sus citas vespertinas con Wren Skonos.

—Nos necesitan en la sala del trono ahora mismo —dice con firmeza.

—¿Mi padre está enojado porque no he ido todavía a besarle los pies? ¡Llegué hace apenas unos minutos!

—Ya pasaron dos horas… —tercia Elane, sin molestarse en subir la cabeza—. ¡Hola, esposo! —agita una mano delicada—. ¿Serías tan amable de pedir algo de comer para nosotras?

Ajusto mi manto, enfadada.

—¿Me someterá a una zurra pública? ¿Cumplirá por fin su promesa de exhibir nuestras cabezas en la fachada? —lanzo una risa siniestra.

—Esto no tiene nada que ver contigo —replica con voz aguda y mordaz—. Hubo un ataque.

Miro por encima del hombro. Elane sigue tumbada en el lecho, parcialmente cubierta por las sábanas. No resplandece ahora, sin ninguna razón para concentrarse mientras se dispone a dormir. Está indefensa, vulnerable, incluso a las palabras.

—Pasemos allá —empujo a mi hermano al salón contiguo; por lo menos puedo protegerla de esto.

Lo conduzco hasta uno de los sillones, de un verde tierno que combina con la vista montañosa en la ventana. Toscas piedras de río adoquinan el suelo, rociadas con suaves tapetes azules.

—¿Qué sucedió, dónde fue el ataque? —imagino a Montfort y el alma se me cae a los pies.

No se sienta, camina de un lado a otro con las manos sobre la cadera; los tendones de sus antebrazos resaltan.

—En las Tierras Bajas.

Río sin remedio.

—¡Qué *idiota* es Maven! —gruño—. Perjudica los recursos de Bracken, no los nuestros; no lo creí tan *tonto*…

—Maven no atacó a Bracken —me ataja—; Bracken nos atacó a nosotros, la base de las Tierras Bajas. Lo hizo hace dos horas, aunque apenas acabamos de recibir la petición de ayuda.

—¿Qué? —parpadeo, estoy confundida. Tiro del cuello de mi túnica como si la seda pudiera salvarme de algo.

—Aisló la base, la tomó por asalto con su ejército y una alianza de los demás príncipes de las Tierras Bajas. La está recuperando, matando a quien se atraviese en su camino: Rojos de Norta, Plateados de Montfort, nuevasangres —se acerca a la ventana y posa una mano sobre el cristal; mira al este, la bruma de una tarde calurosa—. Sospechamos que Maven y la comarca de los Lagos lo ayudan tras bastidores.

Veo el piso, mis pies desnudos en el tapete.

—Pero ¿qué hay de sus hijos? Montfort tendrá que matarlos. —*¡Vaya canje! Tus hijos por tu corona*. Me pregunto si mi padre decidiría lo mismo.

Sacude despacio la cabeza.

—Recibimos también noticias de Montfort. Los niños… desaparecieron. Fueron reemplazados por cadáveres Rojos *parecidos* a la princesa Charlotta y el príncipe Michael. Alguien llegó hasta ellos y se los llevó —emite una queja gutural—. Los idiotas de Montfort no saben cómo fue posible que alguien arribara hasta sus preciadas montañas y saliera ileso de ellas.

Aparto con un gesto su comentario, no importa ahora.

—¿Así que la alianza con las Tierras Bajas se acabó?

Su quijada se tensa.

—Están con Maven ahora.

—¿Qué haremos? —aspiro por la boca y la cabeza me da vueltas. Había una guarnición en las Tierras Bajas, con soldados de la Guardia y Montfort; Rojos, nuevasangres y Plateados, personas que necesitamos para nuestros ejércitos. Aprieto los dientes y me pregunto cuántas de ellas sobrevivieron.

Al menos el ejército de mi padre está aquí, en la Fisura, de vuelta de la destruida Corvium. Lo mismo puede decirse de la alianza de Anabel. Pese a que nuestra fuerza Plateada está a salvo, la pérdida de esa base —y de las Tierras Bajas— tendrá consecuencias devastadoras.

Trago saliva y hablo de nuevo, con voz temblorosa otra vez.

—¿Qué haremos contra la comarca de los Lagos, la Norta de Maven y las Tierras Bajas?

La mirada de mi hermano es desoladora y tirito hasta la médula.

—Pronto lo sabremos.



TRECE
Iris

Nunca había estado en un paraje del extremo sur del continente.

La base de las Tierras Bajas es tan húmeda que siento que podría convertir el aire en un arma. Mis brazos descubiertos resienten la humedad, gotas demasiado pequeñas para ser vistas bailan sobre mi piel. Me estiro un poco, muevo los dedos en diminutos círculos para alejar el calor viscoso que flota sobre el balcón del cuartel general.

Cúmulos de nubes cruzan el horizonte y proyectan sobre los pantanos sombras de una lluvia torrencial. Los relámpagos se bifurcan en una o dos ocasiones y el trueno distante tarda cuatro o cinco segundos en llegar a nosotros. La leve brisa huele a incendios sofocados por la lluvia pasajera y el humo no interrumpe su ascenso junto a la puerta principal de la base. Los soldados de Bracken entraron por esa puerta abierta antes de volcarse en una descarga de raudos y colosos, y revelaron así dónde estaba su lealtad recién adquirida: con Maven y conmigo.

El rey de Norta tiende sobre el barandal del balcón sus manos de color blanco hueso y se inclina un tanto en la orilla.

El balcón no está lejos del suelo, son solo dos pisos. Si empujara a Maven por el barandal, sobreviviría, aunque con algunos huesos fracturados. Entrecierra los ojos y arruga la oscura frente bajo una corona sencilla de hierro y rubí. No lleva capa ahora, en virtud del calor; en cambio, viste su uniforme negro de costumbre, que desabotonó del cuello, cuya tela ondea bajo la húmeda brisa. Una cubierta de sudor titila en su garganta. No se debe al calor: un rey de fuego está más cómodo que nadie en estas temperaturas; tampoco al esfuerzo: no participó en el asalto a la base, lo mismo que yo, pese a que nuestras naciones aportaron soldados Plateados a la misión de Bracken.

Aguardamos a que las cosas se aclarasen y la victoria estuviera asegurada antes de poner un pie aquí.

Pienso que está nervioso, asustado… y enfurecido.

No la encontró aquí.

Lo observo en silencio, a la espera de que hable. Su garganta no se está quieta, se infla entre los pliegues abiertos del cuello. Curiosamente, se muestra vulnerable, a pesar de nuestro triunfo.

—¿Cuántos escaparon? —pregunta sin verme, con los ojos fijos en la tormenta.

Contengo un arranque de enfado. No soy una lugarteniente, una ayudante de oficial destinada a dar un paso al frente y dar cifras, pero le digo lo que desea con una tensa sonrisa.

—Un centenar de ellos, hacia los pantanos —respondo al tiempo que paso una mano por los capullos que florecen en las jardineras del balcón. La tierra en torno a ellas está húmeda aún, gracias a las lluvias pasajeras y un jardinero entusiasta. Detrás de nosotros, más parras floridas suben por las paredes de ladrillo y las columnas del edificio administrativo. Los naturales de las Tierras Bajas aman las flores, y estas prosperan en este clima y brotan en los más diversos matices: blanco, amarillo, púrpura, rosa y, en algunos casos, reconfortante azul. El sol es cada vez más intenso y querría haberme vestido de blanco en lugar de azul rey. La tela es ligera por lo menos, tan fina que siento el viento en la piel.

Maven corta a su lado una flor índigo.

—Y murieron doscientos —no es una interrogante, conoce muy bien la cifra de bajas.

—Están siendo identificados ahora, lo mejor posible.

Eleva los hombros.

—Usen a los prisioneros, quizás algunos de ellos lo hagan por nosotros.

—Lo dudo —repongo—. Los milicianos de la Guardia y los ciudadanos de Montfort se distinguen por su lealtad. No harán nada para ayudarnos.

Lanza un suspiro largo y grave en tanto se endereza y retira del balcón. Baja un poco los párpados cuando nuevos relámpagos destellan, más cerca esta vez. El escaso color que le restaba abandona su rostro tan pronto como el trueno retumba. *¿Piensa en la Niña Relámpago?*

—Tengo algunos primos Merandus que serían capaces de juzgar eso.

Aprieto los dientes.

—Sabes lo que opino de los susurros —reclamo con demasiada rapidez y aspereza. Recuerdo que *su madre se contaba entre ellos* y me preparo para

una reprimenda.

Pero guarda silencio. Abandona la flor sobre el barandal, con los pétalos hacia arriba, y pasa a ocuparse de sus uñas. Son cortas, gastadas por los dientes y la ansiedad. Yo habría imaginado que un rey mantendría sus uñas bien manicuradas, aptas para los brazos de un trono, o quizá lastimadas por el entrenamiento o el combate, como lo están sin duda las de su hermano, no arruinadas por el nerviosismo propio de un niño.

—Y creo saber también lo que tú opinas, Maven —me atrevo a develar una de mis muchas cartas sobre la mesa.

Tampoco contesta en esta ocasión y sé que estoy en lo cierto. Cualesquiera que hayan sido las acciones de su madre, comoquiera que esos murmullos se hayan arrastrado por su cerebro, ella dejó marcas y cicatrices. Él no desea exponerse a más.

Siento una grieta en su armadura, un orificio en la muralla que mantiene en pie. *¿Y si yo pudiera infiltrarme? Si pudiese apropiarme de una parte de él como lo hizo Mare Barrow, ¿llevaría las riendas de un rey?*

—Podemos echarlos de la corte, si quieres —balbuceo y suavizo mis facciones mientras me aproximo. Inclino el cuerpo de tal forma que mi clavícula sobresalga y el vestido se me corra un poco para descubrir justo tanta piel como necesito—. Cúlpame de ello, culpa a mis supersticiones lacustres. Di que es una medida provisional para complacer a tu flamante esposa.

Es como cercar un remolino, intentar contenerlo, para permanecer dentro de sus límites sin ahogarse.

Levanta una comisura y tensa los labios. Su perfil se recorta en una figura afilada, toda nariz recta, frente orgullosa y pómulos esculpidos.

—Tienes diecinueve años, ¿no es así, Iris?

Pestañeo confundida.

—¿Y qué hay con eso?

Sonríe, se mueve más rápido de lo que espero y posa una mano en mi rostro. Me estremezco cuando sus dedos resbalan detrás de mi oreja y pasa un pulgar bajo mi barbilla, con el que me oprime el cuello. Su piel se enciende sin arder. Pese a que somos casi de la misma estatura, me aventaja por un par de centímetros y tengo que levantar la mirada para ver unos ojos como un cielo de tundra: helados, implacables, infinitos. Cualquiera diría que somos una enamorada pareja de recién casados.

—Eres ya muy buena para esto —cubre mi rostro con su aliento, extrañamente fresco—. Yo también.

Retrocedo para librarme de su puño pero me suelta antes de que tenga que forcejear. Se me retuerce el estómago cuando veo que parece divertirse, y por toda muestra de aversión adopto una fría indiferencia. Elevo una ceja y aliso sobre el hombro mi cabello, suave y brillante. Trato de apropiarme de la majestuosidad e intrepidez de mi madre.

—Si vuelves a tocarme sin mi consentimiento, veremos cuánto tiempo aguantas sin respirar.

Recupera la flor y la encierra en su puño. Los pétalos caen uno tras otro y los quema con las chispas de su agitado brazalete antes de que lleguen al suelo. Desaparecen en medio de una roja llamarada, cenizas y una amenaza franca.

—¡Perdóname, mi reina! —sonríe, miente—. El estrés de la guerra me destroza los nervios. Solo espero que mi hermano entre en razón y los traidores que lo siguen sean puestos frente a la justicia para que tengamos algo de paz en nuestras naciones.

—¡Desde luego! —mis palabras son tan falsas como las suyas y bajo la cabeza, sin consideración alguna por lo vergonzoso de mi acto—. Todos queremos la paz.

Después de que mi madre se dé un festín con tu reino y arroje tu trono al mar. Después de que desangremos al rey Samos y matemos a todos los culpables de la muerte de mi padre.

Después de que tomemos tu corona, Maven Calore, y te ahoguemos en compañía de tu hermano.

—¿Su majestad?

Al voltear, vemos que uno de sus centinelas, de careta negra y reluciente, se encuentra en la entrada del balcón. Hace una profunda reverencia y su atuendo se torna un torbellino de fuego. ¡Me imagino lo sofocantes que han de ser ahora sus prendas y su armadura!

Maven hace gestos y abre las manos. Su voz es un baldazo de agua fría.

—¿Qué ocurre?

—Hallamos lo que nos pidió buscar —los ojos del centinela, lo único que percibo bajo su careta, brillan de temor.

—¿Están seguros? —juguetea con sus uñas de nuevo, para fingir desinterés, y despierta el mío.

El otro agita la cabeza.

—Sí, señor.

Con una sonrisa hiriente, Maven deja de ver sus manos, da media vuelta y se recarga en el barandal.

—Gracias, me gustaría verlo.

—Sí, señor —repite aquel.

—¿Querrías acompañarme, Iris? —pregunta y me tiende una mano. Sus dedos permanecen provocativamente en el aire a un centímetro de mi brazo.

Todos mis instintos de guerrera claman por mi negativa, pero eso sería tanto como admitir que le temo a Maven Calore y le otorgo poder sobre mí. No puedo permitirlo. Y sea lo que busque en esta base, podría ser importante para la comarca de los Lagos; quizá sea un arma, o información.

—¿Por qué no? —me encojo de hombros con una sacudida exagerada.

Ignoro su mano y abandono el balcón detrás del centinela. Mi vestido cruje a mis espaldas, las cuales deja descubiertas para exhibir mis tatuajes de volutas de agua.

Pese a que la base es amplia, es la mitad de grande que las magnas ciudadelas en las que los lacustres alojamos nuestros ejércitos y flotas. Cualquiera que sea nuestro destino ahora, de seguro no está lejos, porque caminamos; el contingente de Maven no trae ningún vehículo. ¡Ojalá lo trajese! Aunque las calles de la base están repletas de árboles, su sombra no es más fresca que las avenidas iluminadas por el sol. Mientras avanzamos, flanqueados por una docena de centinelas, deslizo una mano por mi cuello; pequeñas gotas de agua se forman al paso de mis yemas y cada una resbala relajante por mi espalda teñida.

Maven sigue de cerca a su principal centinela, con las manos en los bolsillos. Está nervioso. Ansía ver lo que estamos a punto de contemplar.

Damos la vuelta en una calle de casas idénticas. Por extraño que resulte, al principio es agradable: ladrillos rojos y postigos negros, aceras pavimentadas, capullos en flor y columnas de árboles podados. Pero el vacío es perturbador, como una manzana urbana despojada de sus habitantes o una casa de muñecas sin muñecas. Quienes vivían aquí fueron muertos o capturados, o huyeron a los pestíferos y movedizos pantanales. Puede ser que hayan dejado algo de valor.

—Antes de la ocupación, estas eran las casas de los oficiales —explica uno de los centinelas.

Alzo una ceja.

—¿Y después?

—Las usó el enemigo: ratas Rojas, traidores a su sangre, monstruos nuevasangre —sisea otro detrás de su careta.

Maven se detiene tan bruscamente que sus botas de piel dejan marcas negras en la banqueta. Se vuelve hacia el guardia que habló, con las manos

ocultas aún. Pese a la gran estatura del centinela, él no muestra inquietud alguna. De hecho, su mirada es del todo inexpresiva.

—¿Qué fue eso, centinela Rhambos?

Es un coloso. Podría arrancarle los brazos a Maven si quisiera. En cambio, detrás de la careta abre bien los ojos, de un castaño diluido por el terror.

—Nada de importancia, su majestad.

—Yo decido lo que es importante y lo que no —lo interrumpe—. ¿Qué dijo?

—Le respondí a la reina, su majestad —mueve sus ojos hacia mí como si rogara protección cuando no puedo dársela; los suyos están bajo las órdenes directas de Maven—. Le dije que durante la ocupación de Montfort algunos Rojos vivieron aquí, lo mismo que Plateados y nuevasangres.

—*Ratas, traidores, monstruos* —completa Maven, sin ninguna inflexión ni emoción. Preferiría que explotara de rabia; un rey indescifrable, sin nada en él, es más aterrador—. Esas fueron sus palabras, ¿no es cierto?

—Así es, su majestad.

El cuello de Maven cruje cuando mira a otro guardia.

—¿Puede explicar el motivo de que eso haya sido un error, centinela Osanos?

La ninfa de ojos azules resopla con fuerza a mi lado, sorprendida de que se le interpele. Intenta reponerse pronto y contestar correctamente.

—Porque… —su voz se apaga, mueve los dedos sobre su ropaje—. No sabría decirlo, señor.

—Mmm —el zumbido del rey es grave, gutural, vibra en el aire húmedo —. ¿Nadie lo sabe?

¡Cuánto lo aborrezco!

Chasqueo la lengua.

—Porque el centinela Rhambos insultó a Mare Barrow en tu presencia.

Lamento de súbito mi deseo de que mostrara rabia en lugar de vacío. Los ojos se le ponen negros, las pupilas estallan de furia. Abre un poco la boca y enseña los dientes; supuse que serían colmillos. Los centinelas a nuestro alrededor se tensan y me pregunto si le impedirían que me golpeara. No lo creo. Aunque estoy a su cuidado también, él es primero. *Siempre lo será en este matrimonio.*

—¡Mi esposa es muy imaginativa! —se burla, pese a que di en el clavo, uno muy oxidado por cierto. Sabía que estaba obsesionado con ella, enamorado en alguna vil y corrompida forma, pero su reacción revela algo más hondo, una falla interior de hechura ajena. Su madre le hizo esto, por una

razón que no comprendo. Traspasó su corazón y su cerebro con el dolor, el suplicio y la tortura de amar a Mare.

Pese a mis mejores instintos, siento un ínfimo arranque de compasión por Maven Calore. No se hizo a sí mismo, no en su totalidad. Otra persona lo cortó perfectamente en pedazos y lo rehízo mal.

Su enojo es tan efímero como las nubes de tormenta y deja a su paso la amenaza de un trueno estremecedor. Los centinelas se relajan. Él levanta los hombros y se pasa una mano por el cabello.

—Su error, centinela Rhambos, reside en su desprecio —adopta el tono despectivo e infantil que utiliza para atrapar a la gente y reanuda su marcha, nosotros con él, aunque tengo la impresión de que los centinelas guardan distancia—. Estamos en guerra, sí, y esos sujetos son nuestros enemigos, pero no por eso dejan de ser seres humanos. Muchos de ellos son mis legítimos súbditos y compatriotas de usted. Cuando proclamemos nuestra victoria, los recibiremos de nuevo en el reino de Norta, con algunas excepciones, claro está —añade con una sonrisa maliciosa.

Miente tan bien y con tal facilidad que tiemblo bajo el calor.

—Aquí es, señor —dice uno de los agentes y señala una casa que a primera vista es idéntica a las demás. Después de una atenta inspección, descubro que sus flores están más cuidadas. Luminosos y exuberantes pétalos y hojas muy verdes revientan en las jardineras.

Maven mira las ventanas como si inspeccionara un cadáver y sube despacio los peldaños hasta la puerta.

—¿Qué *monstruo* vivió aquí? —pregunta al fin.

Los centinelas no responden, temen la trampa que esto oculta.

Solo Osanos es lo bastante valiente para hablar. Se aclara la garganta y contesta:

—Mare Barrow.

Maven asiente y permanece quieto un segundo. Luego levanta un pie y abre la puerta de una patada, con su bota contra la perilla, en medio de un estruendo de trozos de madera. Desaparece como una sombra y se introduce en la casa.

Aguardo un instante en el pavimento. *No entres*. Los centinelas vacilan conmigo, se resisten a seguir a su rey. Aunque nada me gustaría tanto como que de un armario saliera un asesino que le cortara el cuello, eso aniquilaría toda posibilidad de ganar esta guerra y de mantener a los Lagos a salvo del otro hermano y sus mascotas de la Fisura.

—Subamos —reclamo y asciendo los escalones detrás de mi necio esposo. Los centinelas hacen ruido a mis espaldas, su armadura resuena bajo su vestimenta llameante.

Me concentro en ese bullicio al tiempo que entramos a una casa en penumbras, vacía y callada en ausencia de sus ocupantes. No hay nada en las paredes; Bracken nos contó que su base y gran parte de sus arcas fueron despojadas de objetos de valor, los que se remataron a cambio de recursos. Hago una mueca de solo pensar que mi casa tuviese que padecer a esos buitres, que la profanación de nuestros templos y santuarios debiera financiar una guerra. *Tal cosa no sucederá mientras yo respire en este mundo y mi madre conserve su trono*.

No me molesto en entrar a la pequeña sala ni en registrar la cocina. Las pisadas de Maven retumban en las escaleras y lo sigo, en compañía de los centinelas. Si el rey quiere estar solo, no lo dice.

Abre de golpe cada puerta del segundo piso y se asoma a las recámaras, armarios y baños. Gruñe una o dos veces como un depredador al que se le niega la presa.

Ante la última puerta, en la esquina, hace una pausa, titubea.

Con una mano, la abre poco a poco, como si se tratara de un lugar sagrado.

Me contengo un instante para que él entre primero.

Es una habitación con dos camitas dispuestas a ambos lados de una ventana. Reparo antes que nada en una singularidad: las decoradas cortinas están incompletas, les faltan trozos precisos.

—Esto fue obra de la hermana —murmura Maven y pasa la mano por la cercenada orilla—, la costurera.

Al mismo tiempo que palpa la tela con sus dedos, su muñeca escupe chispas que se esparcen con rapidez por las cortinas. Los agujeros quemados se propagan como una enfermedad, un humo acre me ataca las fosas nasales.

Hace lo mismo con el papel tapiz: lo quema y desprende con su tacto. Prosigue con la ventana, tiende sobre el cristal una mano ardiente. El vidrio crepita bajo el inmenso calor que él despide y vuela en pedazos hacia la luz. El cuarto parece vibrar y hervir como una tetera en ebullición. Aunque quisiera retroceder, deseo ver a Maven; debo saber quién es para que pueda derrotarlo.

Ignora la primera cama, sabe por alguna razón que no era la de ella.

Se hunde en la segunda como si probara su firmeza. Alisa el cobertor y después la almohada, siente dónde posaba la cabeza. Creo por un instante que

se acostará ahí y aspirará la fragancia que haya perdurado.

En cambio, el fuego consume las plumas, la tela y el armazón de madera y salta a la otra cama, que devora.

—Denme un minuto, por favor —musita Maven con una voz apenas audible bajo el rugido de la llama controlada.

Hacemos lo que nos pide y huimos del calor calcinante.

Un minuto es todo lo que necesita. Poco después de que hemos vuelto a la calle, emerge por la puerta y un averno cobra vida detrás de él.

Sudo de temor mientras nos alejamos y la casa se viene abajo.

¿Qué quemará Maven ahora?

El bramido de los vehículos resuena afuera del búnker. Sin duda los soldados han retornado ya y me pregunto si hallaron a alguien en los pantanos. El ruido se filtra por las altas ventanas engastadas en las paredes de concreto. Esta área es fresca, en parte subterránea, y la divide un largo pasillo que separa dos hileras de celdas con barrotes. De acuerdo con el informe oficial, hay cuarenta y siete cautivos aquí, dos o tres por celda, todos ellos de sangre Roja y bajo estricta vigilancia Plateada. Quizás algunos sean nuevasangre y esperan en silencio la oportunidad de emplear sus habilidades y huir. Los Plateados de Montfort —los traidores a su sangre como los llamó el centinela— fueron llevados a otro sitio, donde están a cargo de silencios y guardias más poderosos.

Maven desliza despreocupado los nudillos por cada barrote frente al que pasamos. Los prisioneros se encogen o reafirman, se muestran temerosos o desafiantes de cara al rey de Norta. Curiosamente, él parece relajado aquí, rodeado de celdas; apenas presta atención a los reos.

Hago lo opuesto y cuento a medida que avanzamos, para ver si coinciden con el cálculo oficial; para buscar un asomo de rebelión o determinación que pudiera dar origen a algo inconveniente. ¡Ojalá fuera capaz de distinguir a los Rojos de los nuevasangre! Cada mazmorra por la que paso me intranquiliza, sabiendo que una serpiente podría estar al acecho en cada una.

Al fondo del búnker se nos aproxima otro contingente de realeza Plateada, vestido de púrpura, blanco y amarillo, y cuyos miembros ostentan doradas armaduras y hierros más indicados para adornar un salón de banquetes. Mientras que el príncipe Bracken nos dedica una amplia sonrisa, sus hijos, tomados de su mano, se atemorizan. Michael y Charlotta oscilan entre ocultar

el rostro en la purpúrea indumentaria de su padre y mirar sus propios pies calzados de oro.

Aunque siento pesar por estos niños y lo que sufrieron a manos de los brutos de Montfort, también me congratulo de ver que ya acompañan a su padre. Cuando nos escabullimos con ellos del reino montañoso, apenas podían hablar, pese al buen trabajo del Plateado aborrecible; porque ningún sanador de la piel puede enmendar la mente.

¡Si pudieran hacerlo!, pienso y miro a mi esposo de soslayo.

—Príncipe Bracken. —Maven baja la cabeza con todo el encanto de que es capaz y se inclina después hasta los ojos de los niños—. Michael, Charlotta: los hermanos más valientes que he visto en mi vida.

El chico esconde la cara de nuevo y Charlotta esboza una sonrisa cortés, sin duda impuesta por algún instructor de buenos modales.

—¡Muy valientes en verdad! —parpadeo en su dirección.

Bracken se detiene ante nosotros sin abandonar su sonrisa, y sus guardias y criados lo hacen con él. Veo entre ellos a otro príncipe de esta nación, tocado por una corona de esmeraldas, pero ignoro de quién se trata.

—Sus majestades. —Bracken extiende las manos para postrarse lo más posible. Sin soltarlo, sus hijos hacen lo propio con una gracia estudiada, incluso el frágil y tímido Michael—. ¡Jamás habrá palabras suficientes ni oro bastante en el mundo para expresar mi gratitud con ustedes, pero tengan la seguridad de que cuentan con ella! —cruza su mirada con la mía y elevo el mentón; salvé a sus hijos con mis propias manos y eso nunca se olvidará—. Igual que como cuentan con mis instalaciones militares y todos los demás recursos que las Tierras Bajas puedan ofrecer en esta guerra contra la naturaleza misma de nuestro mundo.

Maven le hace señas para que se levante.

—Reciba también mi gratitud por tan solemne compromiso —dice, todo pose y teatralidad—. Unidos podremos terminar lo que mi hermano comenzó.

Algo chispea en la mirada de Bracken, burla quizá. ¿Sabe que eso es mentira? *Tiberias Calore no inició ni por asomo esta guerra; ese pecado lo cometieron los rebeldes Rojos*. Trago saliva, la garganta se me seca de repente; la Guardia Escarlata nació en la comarca de los Lagos, espoleada por indispensables acciones de mi padre. Pero aun si la pecadora es esta, nosotros permitimos su existencia y propagación; compartimos ese pecado y esa vergüenza.

—Siempre que tengamos el apoyo de la comarca de los Lagos —agrega Bracken.

Otro destello de burla aparece en él y siento que me ruborizo.

—¡Desde luego! Respaldaremos a Maven Calore hasta el final. —*Con lo menos posible en tropas, dinero y armamento. El resto está celosamente guardado para cuando lo necesitemos.*

Mi mejilla arde y crepita tan pronto como los labios de Maven acarician mi rostro con un beso casto pero simbólico.

—Hacemos una buena pareja, ¿no? —pregunta al príncipe.

Resisto el deseo de cumplir mi promesa de inmovilizarlo en el piso y ahogarlo con el contenido de mi corazón.

—¡Muy buena! —exclama Bracken y nos mira a ambos por turnos—. Es una lástima que no hayamos hecho grandes progresos. Pese a que ya solicité arrulladores y susurros de los dominios del príncipe Denniarde —señala a la eminencia a sus espaldas, quien resplandece en sus esmeraldas y su fina seda verde—, no han llegado aún, y no quiero arriesgarme a hacer más daño a los presos antes de que se les interrogue como se debe.

Volteo hacia la celda más próxima con la esperanza de ocultar mi disgusto por la inminente presencia de susurros y arrulladores. Aunque no se debería confiar en unos ni otros, contengo la lengua.

El hombre en la celda me devuelve la mirada con ojos como tizones ardientes en la tenue luz de su prisión. A pesar de que su piel es tan morena como la mía, tiene un matiz rojizo y su cabello negro es rizado, lo mismo que su barba cuidada y lustrosa. Lleva puesto un uniforme verde oscuro, el color de Montfort, con rasgaduras notorias; le faltan algunas partes en el pecho y las mangas, y de él cuelgan los hilachos de las insignias, honores y distintivos que se le arrancaron. Cierro los ojos a medias y él me imita.

—¿Cuál es su rango, soldado? —inquiero con desdén y me aproximo a las rejas.

Bracken y Maven callan detrás de mí.

El hombre barbado no dice nada. Cuando me acerco más, descubro que tiene una cicatriz debajo de un ojo. Es demasiado regular para ser un accidente, una línea bien curada y muy recta.

Apunto el mentón hacia ella.

—Alguien le hizo esa marca, ¿cierto?

—Habla como si la herida que un Plateado me hizo en la cara fuera un don que agradecer —replica despacio, con palabras forzadas, desmenuzadas; como si tuviera que pensar cada una al sopesarla en la lengua.

Otra vez sigo su cicatriz con la mirada y la examino. Me pregunto qué hizo o dejó de hacer este hombre para merecer ese castigo.

—Cuando vengan sus susurros —miro a Bracken sobre el hombro— que comiencen por este; es de alto rango, sabrá más que la mayoría.

Maven tuerce los labios en un remedo de sonrisa.

—¡Por supuesto! —contesta Bracken—. Empezaremos con este Rojo idiota, ¿cierto? —les dice a sus hijos con voz acariciante y los aleja; ellos asienten de modo simultáneo, se diría que ni siquiera tienen diez y ocho años de edad—. Comprobarán entonces que no son de temer; que no son para ustedes *absolutamente nada*.

Michael esconde el rostro de nuevo, empuja la cabeza bajo el brazo de su padre.

Charlotta, al contrario, alza su diminuto mentón. Tiene pecas, una capa leve sobre su morena piel. En Montfort estaba peinada con una tensa cola de caballo; aquí viste como la princesa que es, con una decorada seda blanca y amatistas que tachonan sus numerosas trenzas. La observo mientras sigue a su padre y arrastra su pequeño vestido por el concreto. Su atavío me recuerda un vestido de novia y me pregunto a quién le será vendida esta niña, como yo lo fui, una vez que llegue el momento.

Continuamos nuestro examen de los calabozos y reanudo mi conteo. Maven mece los brazos casi alegre; la victoria surtió efecto después de todo.

—No sabía que tuvieras la capacidad de ser feliz —murmuro y él suelta una franca carcajada que hiere como el cristal.

Me dirige una sonrisa cruel, acompañada por un brillo maniático y salvaje en los ojos.

—Tienes muy buena impresión de Mare Barrow.

Le devuelvo el sarcasmo, camino sobre el filo de la navaja.

—Querrías que ella fuera tu reina, así que yo bien podría desempeñar ese papel.

Estalla en una nueva carcajada y pestañea como si analizara un cuadro.

—¿Estás celosa, Iris? —me paralizo bajo su escrutinio con músculos tensos como un alambre enrollado—. No, no es eso —suspira sin dejar su sonrisa—. Como ya dije, hacemos una buena pareja.

En absoluto.

—¿Alguien pronunció mi nombre?

Se detiene en seco junto a mí y frunce el ceño en manifiesta confusión. Ladea la cabeza y mira por encima del hombro la celda a nuestras espaldas.

La voz pertenece al hombre barbado; recargado contra los barrotes, sus manos cuelgan en el pasillo. Nos observa, sube una ceja en una suerte de desafío.

—Me oíste, Maven —dice con una voz más fuerte, rápida y enérgica, un filo agudo sobre una piedra.

Nos volvemos perplejos hacia él, yo lo estoy al menos.

Maven fluctúa entre una furia asesina y algo semejante a la esperanza.

El hombre sonríe.

—¿Me has echado de menos? —pregunta—. Pienso que sí.

Oigo unos dientes que rechinan, hueso sobre hueso. Maven aprieta la mandíbula y suelta una sola palabra.

—Mare.



CATORCE
Mare

—Sabe que eres tú.

Todos inhalamos al mismo tiempo y siento que me hiero al hacerlo. Esta pequeña habitación enclavada en el palacio Samos resulta de súbito demasiado estrecha. Veo por instinto a Farley, me devuelve la mirada. Traga saliva y sigo su acción; se arma de valor ante mis ojos, se afianza en su determinación.

Me muerdo el labio, ¡ojalá pudiera hacer sola esta tarea! Pero ella no se marcha, permanece a un lado de Ibarem, lo bastante cerca para detener esto si las cosas escaparan a mi control. Ibarem hunde sus ojos en los míos, encendidos e intensos mientras su mente cierra la brecha entre la Casa del Risco y las Tierras Bajas. Ha proporcionado ya toda la información que pudo sobre la cárcel en la base de las Tierras Bajas, el búnker semisepulto con ventanas que dan al este: cuáles prisioneros ve su hermano, con quién está capturado, a quién vio morir, a quién escapar. Para mi alivio, Ela y Rafe se cuentan entre los supervivientes que huyeron a los pantanos. Esos datos de inteligencia eran de suyo vitales, pero esto… ¡que *Maven* esté justo ante nosotros, tan cerca que siento que podría tocarlo con solo alargar la mano!

Deseo ver lo que Ibarem ve. Quiero aproximarme, sumergirme en las rojizas honduras de sus ojos y emerger en el par que observa desde una celda a cientos de kilómetros de aquí. Mirar a Maven otra vez a la cara; descifrarlo como sé que puedo hacerlo, cada vibración de sus músculos bajo la piel, hasta el menor destello de sus ojos azul claro, que hablan de secretos y debilidades que él intenta esconder.

El contacto de Ibarem con su hermano tendrá que lograrlo. Su enlace es firme, casi inmediato pese a la distancia. Ibarem describe todo lo que siente a través de Rash conforme se presenta.

—Maven se acerca a las rejas y se inclina, está a unos centímetros de ellas. Hay sudor en su cuello. Hace calor en las Tierras Bajas, acaba de llover —el ardiente se tensa ante mí, tiende las palmas sobre sus muslos; retrocede e imagino a Maven en este cuarto con nosotros, apretados contra su rostro. Ibarem tuerce la boca de asco—. Nos busca, busca nuestros ojos.

Me estremezco y siento en mi piel la fría sombra de un aliento que conozco.

A pesar de que la luz entra a raudales por la ventana, tengo la sensación de que la oscuridad se condensa en esta pequeña y olvidada habitación de la Casa del Risco. ¡Ojalá no hubiera tenido esta ocurrencia, no le hubiese pedido a Ibarem que la pusiera en práctica! Él debía ser nuestro enlace con Tahir y Davidson, una fácil conexión con Montfort, no con su otro hermano, capturado en las Tierras Bajas. No con Maven.

Aunque me obligo a mantenerme quieta e inmovilizo mis músculos y mi expresión, el corazón me galopa en el pecho y emite un rumor monótono y constante.

Farley intenta dejar de caminar de un lado a otro y su extraña inactividad me pone más nerviosa aún. Este lugar desentona para ambas. La Casa del Risco parece poco más que una trampa a la espera de ser activada. Todas las habitaciones contienen alguna forma de metal, en vigas o columnas, o incluso entreverado en el suelo. Esta residencia es un arma que solo algunos pueden empuñar, y nos rodean en todo momento.

Incluso la silla en la que estoy sentada es de frío acero. Tiemblo donde se encuentra con mi piel.

Alguien llama a la puerta y las dos saltamos del susto. Me vuelvo con los dientes apretados para ver girar la perilla, que engrana ya con el cerrojo. Farley llega a la puerta en dos largas zancadas, lista para rechazar al sirviente o noble entrometido que esté al otro lado.

Para mi consternación, abre la puerta y da un paso atrás para que una silueta ancha y conocida entre al recinto.

Casi le gruño al recién llegado y cierro los puños en mis rodillas.

—¿Qué haces aquí? —siseo con voz baja y firme.

Tiberias nos mira por turnos, como si nos aquilatara. ¿Cuál de las dos le inspira más miedo?

—Me invitaron a venir —dice con voz apagada—. Ya se nos hizo tarde para la reunión del consejo.

—¡Márchate entonces! —agito la mano en señal de despedida y volteo hacia Farley—. ¿Qué has hecho? —le pregunto entre dientes.

Me interrumpe con un portazo.

—No eres la única persona aquí que conoce a Maven —contesta con fría eficiencia—. Déjalo que escuche.

Ibarem parpadea delante de mí.

—¡Señorita Barrow! —nos insta a continuar como si esto no fuera lo bastante estresante.

—De acuerdo —susurro y giro hacia el nuevasangre de Montfort. Hago lo que puedo por ignorar al otro Calore, que se ha recargado contra la pared para abrir entre nosotros el mayor espacio posible. Veo con el rabillo del ojo que agita el pie con nerviosa energía.

—Maven dice algo —murmura Ibarem con voz baja y titubeante y pasa de inmediato a imitar lo mejor que puede la de Maven—. ¿A qué se debe que podamos hablar en este momento? —dice, con palabras repentinamente crueles y afiladas, y fuerza incluso una risa fría, muy similar a la original—. ¿O tu único propósito es jugar con un rey, Roja? Me temo que no es una buena decisión.

Ibarem mueve los ojos otra vez, ve muchos kilómetros más allá de donde estamos.

—Tiene seis centinelas. El príncipe Bracken y sus hijos acaban de pasar con cuatro guardias propios.

Tiberias se cubre la boca con una mano para decirle algo a Farley, quien asiente. Para sumarse a la cuenta de hostiles, quizá.

—Su alianza con Bracken es firme —oigo que Tiberias murmura—. Pronto atacarán de nuevo.

—La reina está con él —continúa Ibarem—, la princesa lacustre. No habla, solo observa —baja un poco los párpados—. Su rostro es inexpresivo, casi inmóvil.

—Dile a Iris… —no sé qué añadir, bato los dedos; tengo que convencerlos, darles seguridades irrevocables de que soy yo quien habla a través del enlace entre los hermanos—. Dile que todos los perros muerden.

—Todos los perros muerden, Iris —repite y ladea la cabeza, y yo con él; ahora me imita a mí, una chica común con una vida poco común. La verdad perturba a Maven más que cualquier otra cosa y debo inquietarlo para sacar algo de provecho de este intercambio—. La reina sonríe, inclina la cabeza —dice, en imitación de Iris, y sube una octava la voz—. Sí, todos los perros muerden, Mare Barrow; pero algunos esperan.

—¿Qué significa eso? —reclama Farley, con la boca cubierta por su mano.

Yo lo sé.

Soy solo un acicalado perro faldero sujeto a una correa, le dije una vez a Iris durante mi prisión. También sonrió entonces. *Aun los perros falderos muerden*, replicó. ¿Usted lo hará?

Por fin estoy en libertad de contestar. Y ella también.

Iris Cygnet espera su oportunidad para atacar. ¿Tiene detrás a la comarca de los Lagos o únicamente su propia rabia?

Busco a Farley por encima del hombro.

—Es algo que me dijo en Arcón, antes de que yo regresara.

—Sin duda es ella, no sé cómo lo hace. —Ibarem transmite lo mejor que puede la voz de Iris—. Seguro es una habilidad de los nuevasangre que no conocemos todavía.

—Lo que no conocen llenaría un océano —repongo—; acerca de Montfort, de la Guardia Escarlata —es una vergüenza, incluso una bajeza, punzar de este modo, pero lo hago con facilidad—. En cuanto a tu hermano, Maven, está aquí, junto a mí, ¿sabes?

Ibarem habla con desdén, a imitación del monarca.

—¿Y eso a mí qué me importa? —a lo mejor hay miedo en estas palabras —. Me tiene sin cuidado quién te acompañe. Aunque —su desdén da paso a una sonrisa malévola— tengo entendido que no podrá acompañarte mucho tiempo más.

Escondo mi mueca con una sonrisa.

—Es bueno saber que tienes espías en nuestra coalición —afirmo con descaro—, aun si distan de ser tantos como los que tenemos en la tuya.

Ibarem estalla en una carcajada de astillas de cristal.

—¿Crees que desperdicio mis espías en tus emociones, Mare? ¡No, querida! Es solo que te conozco mejor que nadie —ríe de nuevo y enseña unos colmillos blancos. Miro la cicatriz en la barbilla de Ibarem para hacerme una idea del hermoso, angustiado y sibilante rostro de Maven—. Sabía que no soportarías que Cal te mostrara su verdadera personalidad —en un extremo de mi visión, Tiberias no se mueve ni respira; mantiene gachos los ojos, está decidido a abrir con ellos un agujero en el piso—. Nuestro padre lo hizo, lo mismo que a mí; lo moldeó hasta darle la forma de esa andante y parlante pared de ladrillo que tú creíste amar tanto —insiste a través de Ibarem—. Se oculta detrás del escudo que llama deber cuando la verdad es menos noble; está hecho de deseos, como todos, quiere la corona y el trono. Y está dispuesto a pagar por ellos el precio que sea necesario, a derramar tanta sangre como haga falta.

Un chasquido atraviesa el aire; Cal ha hecho tronar uno de sus nudillos con el pulgar.

—Siempre volvemos a la misma conversación, Maven —refunfuño y me recuesto en mi silla con una despreocupación exagerada; Ibarem imita mis movimientos—. Me pregunto, Iris, si a tu lado él se queja de Tiberias tanto como conmigo o si soy la única que debe soportarle estas tonterías.

El ardiente da vuelta a su cabeza, como si mirara a Iris.

—Tuerce los labios, quizás en una sonrisa —informa—. Maven dirige un brazo a los barrotes, la temperatura aumenta.

—¿Toqué una fibra sensible? —pregunto—. ¡Ah, olvidé que ni siquiera sabes qué fibras son tuyas y cuáles de ella!

Ibarem hace una mueca y se palmea los muslos.

—Maven golpea las rejas, la temperatura sube más todavía, los prisioneros intentan mirar —el nuevasangre pestañea, infla las fosas nasales, respira con dificultad—. Quiere calmarse.

—No es prudente enemistarse con alguien que tiene tantos rehenes a su disposición. Yo podría hacerlos quemar a todos si quisiera —sisea Maven y a cientos de kilómetros percibo la ira que lo sacude—. Sería fácil reportar que no hubo supervivientes en la exitosa misión con la que Bracken reclamó sus territorios.

Es cierto. Nada impide que Maven mate a todos los prisioneros a la vista. Viven solo gracias a su capricho.

Lo cual me deja una complicada aguja por ensartar.

—O podrías liberarlos.

Suelta una carcajada de sorpresa.

—Te hace falta descansar, Mare.

—En un trueque, por supuesto —mido la expresión de Farley, cuyas cejas se entretejen en un gesto reflexivo.

Tiberias se ha puesto pálido también. En nuestro trato más reciente con Maven, terminé encarcelada durante meses sin fin.

—¿Como el que acabó tan bien para nosotros en la ocasión anterior? —Maven ríe a través de Ibarem—. Si quieres regresar y fingir que lo haces para salvar a unos soldados anónimos, te recibiré con gusto de nuevo.

—Pensé que Elara te había quitado la capacidad de soñar —replico—. No, Maven, me refiero a lo que la Guardia Escarlata dejó en la base de Bracken.

Ibarem se desconcierta de pronto, en coincidencia con el rey niño.

—¿Qué?

Farley sonríe, se acuclilla junto a mí y se dirige a Ibarem, y por su intermedio a Maven.

—A la Guardia le cuesta mucho trabajo confiar en los Plateados, sobre todo cuando no obran por voluntad propia, como Bracken. Bastó con esperar a que ocurriera algo para que decidiera dejar de recibir órdenes de quienes retenían a sus hijos.

—¿Con quién hablo ahora? —pregunta Maven por vía de Ibarem.

—¡Qué triste que no me recuerdes! Soy la *general* Farley, por eso mi voz suena distinto.

—¡Ah, sí! —Ibarem chasquea la lengua—. ¡Cómo podría olvidar a la mujer que permitió que un lobo como yo se infiltrara en su estúpido rebaño de ovejas!

Ella sonríe como si le acabaran de servir un platillo suculento.

—Ese estúpido rebaño llenó de explosivos tu base.

La sala se sumerge por un segundo en un silencio mortal. Tiberias voltea, con el rostro descompuesto por la alarma.

—¿Tienes idea de la peligrosidad de ese acto?

—¡Por supuesto! —espeta ella sin dejar de ver al ardiente—. No repitas esto, Ibarem.

Este asiente apenas.

—¿Bueno, Maven? —adopto una sonrisa dulce—. Puedes hacer llamar a quienes enviaste a los pantanos para que persiguieran a los nuestros y efectuar un reconocimiento de la base antes de que la destruyamos o poner en libertad a los prisioneros y te diremos qué tan cerca estás de una bomba.

—Los explosivos no me asustan.

—Lo harían si los soldados jurados a tu corona te importaran —reclama Tiberias, se acerca a mi hombro y me acaricia con la frente; una llamarada desciende por mi espalda.

Ibarem se ensombrece mientras da cuenta de las palabras del príncipe y de su presencia.

—¡Qué bueno que das la cara, hermano! —murmura Maven—. Pensé que no tendrías jamás el valor de hablar conmigo.

—Decide un lugar y veremos quién es el más valiente de los dos —repone Tiberias con un rugido salvaje y desenfrenado.

Ibarem menea un dedo en respuesta.

—Dejemos las poses para tu irremediable rendición, Cal; cuando debas arrodillarte ante Norta, la comarca de los Lagos y las Tierras Bajas —recita el

nombre de cada nación con una sonrisa amplia. Siento que la balanza se inclina en nuestra contra, una pared cada vez más alta.

Farley posa una mano en mi hombro para contenerme en mi silla, me pide esperar.

El ardiente cruza los brazos y se reacomoda al fin, con el lenguaje corporal de Maven, una completa farsa. Él no se ha puesto ahora el falso manto del joven obligado por el deber, sino la máscara del despiadado e impenetrable hijo de Elara Merandus, alguien al que lo único que le importa es el poder.

Es puro teatro, como el que yo practicaba cuando fui Mareena.

—¿Cuántas bombas dijo que había, general?

Menciona su rango para confundirla; Farley es difícil de amedrentar.

—No te lo dije.

—Mmm —gruñe el rey—. Bracken no se tomará a bien cualquier daño adicional a sus instalaciones; pero como nos ganamos su buena fe al devolverle a sus hijos, es probable que no le importe.

Ignoro dónde están los explosivos, solo sé que la Guardia los sembró hace tiempo y que están sepultados bajo los caminos, las pistas de aviación y la mayoría de los edificios administrativos; justo donde podrían perjudicar más, no únicamente a los soldados enemigos sino a la base también. Están sintonizados con una frecuencia específica, dotados de un disparador y listos para explotar: una excelente y mortal previsión.

—La decisión es tuya, Maven —replico—, los prisioneros a cambio de tu base.

Ibarem imita su sonrisa.

—Y de este nuevasangre también —dice—. Si no te importa, me gustaría conservarlo; utilizarlo es más fácil que enviarte cartas.

—No está incluido en el trato.

El ardiente hace un mohín y resopla.

—A veces complicas demasiado las cosas.

—Es mi especialidad.

Tiberias ríe junto a mí, de seguro está de acuerdo con eso.

Aguardamos sumidos en un silencio calcinante, cada hálito pende de Ibarem. Mira en su asiento para todos lados, hace la pantomima del andar de Maven.

Farley se acerca a mi costado, es una nube de tormenta igual que yo.

—¿Dónde les gustaría que los soltara? —inquiere por fin.

Farley lanza al aire un par de triunfales puñetazos, lo cual me recuerda que es muy joven aún, de apenas veintidós años, un poco más grande que yo.

—En la puerta este —contesta, intento mantener mi júbilo bajo control—, en los pantanos, al anochecer.

Oigo confusión en Maven.

—¿Eso es todo?

Tiberias está intrigado también, mira de reojo a Farley.

—Un rescate no se hace así —musita y le indica a Ibarem que no transmita sus palabras—. *General*, tenemos que disponer de jets de asalto en el lugar, una ruta clara y un alto al fuego mientras evacuamos a los prisioneros y a quienes lograron huir.

Farley sacude una mano.

—No es necesario, Cal; olvidas que la Guardia no es el tipo de ejército al que estás acostumbrado —planta orgullosa las manos en su cadera—. Hay infraestructura en el sitio y contamos con efectivos en los pantanos. Infiltrar a Rojos en territorio enemigo es una de nuestras principales destrezas.

—Es bueno saberlo —suelta Tiberias—, pero no me agrada que me excluyan; trabajamos mejor si todos estamos en igualdad de condiciones.

—¿Llamas a esto igualdad de condiciones? —la general señala entre él y nosotras: su sangre y la nuestra, su rango y el nuestro, el abismo entre un Plateado nacido para ser rey y un par de Rojas nacidas para no ser nada en absoluto.

Nos mira por turnos y se alza sobre mí junto a mi asiento; nuestra distancia exagera su estatura. ¡Tanto espacio entre nosotros y ninguno en absoluto en realidad! Aunque le duele, se muerde la lengua y le tiembla la mejilla en tanto aparta de mí su mirada. Sé que forcejea en su interior y doy por hecho que insistirá, que discutirá aún; para mi sorpresa, retrocede y hace una seña para que continuemos.

Ibarem suspira delante de mí. Toca la cicatriz de su mentón, un tramo de piel morena vuelta blanca entre los rizos de su barba negra, y acaricia después la piel bajo sus ojos, donde sus hermanos tienen sus cicatrices.

—El rey no termina de pensar. Dígale que no volverá a usarnos así, señorita Barrow —ruega—, o de lo contrario este miserable mantendrá preso a mi hermano para que sirva de enlace entre él y usted.

—¡Desde luego! —agito la cabeza, decidida a impedir que Rash sea convertido en otra mascota nuevasangre—. Sabremos si retienes al ardiente, Maven; no hay trato si lo haces.

Contesta una voz amarga pero falta de sorpresa.

—¡Pero extraño tanto nuestras conversaciones! Tú mantienes mi cordura, Mare —prueba el humor negro con malos resultados.

—Ambos sabemos que eso es falso. Y jamás te comunicarás conmigo de nuevo a través de él.

Frunce el ceño.

—Tendremos que buscar otros medios para conversar.

Tiberias levanta un dedo arriba de mí para llamar la atención de Ibarem.

—Nadie te impedirá que hables, Maven —transmite el nuevasangre—. Las guerras se libran con diplomacia y con armamento; reunámonos en un lugar neutral, frente a frente.

—¿Tanto ansías negociar tu rendición, Cal? —rechaza la oferta entre burlas—. ¿Qué hay de los explosivos, general?

—Se te darán las ubicaciones luego de que verifiquemos que nuestra gente está a salvo en los pantanos.

—No me haré responsable de los destrozos de un cocodrilo.

Ella ríe con ganas.

—¡Es una lástima que no tengas corazón, Maven Calore! Podrías haber sido alguien digno de salvar.

Tiberias se remueve inquieto. *Si alguien pudiera ponerle remedio, ¿no valdría la pena intentarlo?*, me preguntó hace unas semanas, su piel contra la mía; como si hubiera sucedido en otra vida. Este tema no me interesa. Maven es incorregible, no hay redención alguna para el rey niño, para la persona falsa que ambos amábamos. No podemos salvarlo de sí mismo.

Y no creo tener nunca suficiente valor para decírselo a Tiberias.

Frente a la nula capacidad de Maven para amar, la de Tiberias es grande, tal vez demasiado; lo hace aferrarse en extremo.

—¿Primero quema Corvium y ahora amenaza a la base de las Tierras Bajas? —se burla el rey por medio del enlace—. ¡Qué gran talento el de la Guardia para destruir! Siempre es más fácil derribar que edificar.

—En especial si lo que edificaste está podrido hasta la médula —se defiende Farley.

—La puerta este, los pantanos, al anochecer —repito—, o la base arderá bajo tus pies.

Muevo los míos. *¿Cuántas personas se encuentran en la base en este momento? Soldados jurados a Maven, Bracken e Iris; Plateados quizá, Rojos también, su muro de inocentes que siguen órdenes*.

Me digo que no debo pensar en eso; la guerra es ya demasiado difícil para estimar todavía cuántas vidas están en juego por su causa. Pero cerrar los ojos

tampoco es la respuesta. Por difícil que sea ver las cosas de frente, tengo que hacerlo. Aun si he de tomar las decisiones difíciles, debo mantener los ojos abiertos. No relegaré más el dolor y la culpa; tengo que sentirlos si en verdad deseo dejarlos atrás.

—¡De acuerdo! —refunfuña Maven y lo imagino de nuevo afuera de una celda, con el rostro blanco bajo la débil luz y los ojos ensombrecidos como siempre por la duda y la fatiga—. Soy un hombre de palabra.

Su conocida cantaleta me hiere igual que su marca, evoca desagradables recuerdos de sus cartas y de su promesa.

Asiento con lentitud.

—Eres un hombre de palabra.

Dejamos a Ibarem con instrucciones de que nos busque si su hermano no es liberado con el resto y echamos a correr por los pasillos de la Casa del Risco en dirección a la sala del trono de Samos. Tiberias es menos útil de lo que debería; es obvio que tiene la cabeza en otro lado, sospecho que con su hermano en las Tierras Bajas.

Hago cuanto puedo por seguir las largas zancadas de él y de Farley, pero reboto en su espalda una y otra vez cuando afloja el paso, perdido en sus pensamientos.

—¡Vamos retrasados! —poso por instinto una mano en la base de su espalda para empujarlo.

Se sobresalta como si mi tacto lo quemara. Tan pronto como se recupera, cubre mi mano con la suya y aparta mis dedos, que suelta rápido mientras se vuelve hacia mí.

Farley continúa su marcha y nos deja atrás con una queja de exasperación.

—¡Discutan cuando tengamos tiempo! —nos insta a alcanzarla.

Él la ignora y me mira.

—Ibas a hablar con Maven en mi ausencia.

—¿Necesito tu *permiso* para hablar con él?

—Es mi hermano, Mare, sabes lo que todavía significa para mí —casi ruega; intento no ablandarme de cara a su dolor y por poco lo logro.

—Tienes que olvidar lo que creías que él era.

Esto enciende algo en él, una cólera más honda, un ansia.

—No me digas lo que debo sentir, no me pidas que le dé la espalda —se endereza, retrocede y tengo que estirar el cuello para encontrar su mirada—.

Además, fue una imprudencia que lo enfrentaran solas —mira a Farley por encima del hombro.

—Por eso te mandé llamar —suelta esta con aspereza—. ¡Tenemos que irnos, esta conversación ya tardó demasiado y la reunión del consejo empezó hace veinte minutos! Si Samos y tu abuela traman algo, quiero estar presente.

—¿Qué hay de Iris? —Tiberias apoya las manos en la cintura y ensancha más los hombros para impedir que huya si trato de escabullirme, conoce demasiado bien mis trucos—. ¿Qué fue todo eso de que los perros muerden?

Vacilo y evalúo mis opciones. Siempre es posible mentir, quizás eso sea lo mejor.

—Algo que ella mencionó durante mi estancia en el Fuego Blanco —admito—. Sabía que yo era una mascota de Maven, su perro faldero, y me dijo que todos los perros muerden; fue su manera de indicar que sabía que, si pudiera, yo arremetería contra él —aunque la lengua se me atora, me fuerzo a hablar, no sé por qué—. Así que ella hará lo mismo.

En lugar de darme las gracias, se desanima.

—¿Y crees que Maven no lo entendió?

Me encojo de hombros.

—En este momento no le importa; la necesita, necesita su alianza. A su modo de ver, solo hay hoy y mañana.

—Lo comprendo —susurra para que solo yo lo escuche.

—Sé que es así.

Suspira otra vez y se pasa la mano por el cabello corto. ¡Ojalá se lo dejara crecer de nuevo en ondas oscuras! Se vería más guapo, menos rígido, menos señorial.

—¿Les diremos lo que acaba de ocurrir? —señala con un pulgar a la sala.

Arrugo la frente. Preferiría que no repitiéramos la conversación delante de todos, y en particular de la familia Samos.

—Si lo hacemos, pondremos en riesgo a Rash e Ibarem; Volo querrá aprovechar esa ventaja.

—Es cierto, pero es en verdad una ventaja poder hablar con él, verlo —baja la voz, mide mi reacción, delega la decisión en mí.

—Dejemos a Maven en paz. Con la Guardia en el terreno, podemos comunicarnos y recuperar a nuestra gente.

Asiente.

—¡Claro!

—De quien no sabemos nada es de Cameron —hago una mueca al pronunciar su nombre. Cuando marchamos a Montfort, ella regresó a las

Tierras Bajas con su hermano, en busca de la paz, no de la guerra; esta la ha encontrado de nuevo.

Tiberias se pone pensativo, incluso compasivo, no por pose sino en verdad. Trato de no mirar sus bellas facciones mientras se yergue ante mí.

—Ella estará bien —dice—. No me imagino que se deje someter por nadie.

Ibarem no la mencionó entre los prisioneros, aunque no creyó tampoco que se contara entre los muertos. Espero que esté entre quienes huyeron y se ocultaron en los pantanos, para abrirse lento paso hacia nosotros. Además, puede matar a un hombre con igual facilidad que yo, o más. Cualquier cazador Plateado descubrirá que es una presa peligrosa, con su aptitud para sofocar cualquier habilidad. De seguro escapó. No consideraré otra opción, no puedo hacerlo.

Sobre todo porque la necesito para lo que he planeado.

—A Farley se le reventará una vena si la hacemos esperar más.

—Preferiría no ver eso —masculla Tiberias detrás de mí.



QUINCE
Evangeline

Anabel es muy talentosa para ganar tiempo mientras esperamos a su nieto, crónicamente impuntual. Vacilo entre requerir un sermón y ensartarla en la pared con el acero de mi asiento principesco.

Hay quizás una docena de personas en la sala del trono, las indispensables para un consejo de guerra: Rojos y Plateados, la Guardia Escarlata y agentes de Montfort junto a las nobles Casas de la Fisura y la Norta rebelde. Apenas puedo acostumbrarme a este espectáculo, por más que lo vea.

Mis padres tampoco pueden hacerlo. Mi madre se enrosca ahora en su trono de esmeraldas al modo de una de sus serpientes. Se hunde en su seda negra y gemas toscas, y parece incompleta sin una amenazante mascota en sus rodillas; seguro que la pantera está indispuesta hoy. Ella se burla cuando Anabel gira sobre sus talones.

Mi padre presta a su vez toda su atención a Anabel en tanto retrocede; desea avergonzarla. La jefa de la Casa de Lerolan no se lo permite, hay que admitirlo. Soy una magnetrona, reconozco el acero si lo veo; ella tiene acero en sus huesos.

—Tiberias VII necesita una capital, un lugar donde plantar su bandera —la reina Lerolan hace una pausa, mide sus pasos por mero efectismo al tiempo que inspecciona la sala. *¡No te detengas, anciana!*, quisiera gritarle.

Lo que ella debería hacer es ir a buscar a Cal, dondequiera que se encuentre, y jalarlo de las orejas hasta aquí. La base de las Tierras Bajas ha caído y esta es una reunión de su consejo de guerra, por no mencionar a la corte de mi padre. Hacernos esperar es no solo grosero, sino también políticamente estúpido. Y una pérdida de mi precioso tiempo.

A lo mejor discute de nuevo con Mare y finge no mirar sus labios entretanto. Es demasiado predecible; confío en que ambos hiervan de nuevo

en una relación no tan secreta. *¿Querrán que yo vigile la puerta?*, me pregunto con sorna.

Veo en un destello la vida que él quiere para todos, a la que nos sometería: una corona en mi cabeza, su corazón en la mano de Mare, mis hijos amenazados en todo momento por el que ella tendría, mis días dedicados a doblegarme a su voluntad por gentil que él fuera, por muchos que fuesen los días que me permitiera pasar con mi Elane siempre que él pudiese pasar los suyos con Mare.

¡Si él la amara más, si yo lograse que lo hiciera! Pero como le dije a Mare en Corvium, Cal no es de los que abdican. *Tú tampoco lo eras*, me recuerdo. *Hasta que probaste lo contrario*.

Esta idea agita mis entrañas, de emoción, esperanza… y fatiga. Me fastidia ya la perspectiva de enredarme con Cal y Mare más de lo que estoy, incluso en beneficio de mi felicidad.

Ya no te quejes, Samos.

Cuando Mare y la general Farley entran por fin a la sala, seguidas por Cal, suspiro para mis adentros. Aunque Mare Barrow no es poco agraciada, tampoco es una dama. A Cal han de gustarle esas cosas: un filo rudo, viveza, tierra bajo las uñas, un humor de los mil diablos. No veo el atractivo; sin duda, él sí.

—¡Ah! —Anabel se vuelve con gracilidad—, ¡su majestad! —su rostro se relaja mientras le hace señas a Cal para que se sume a ella ante los tronos de los Samos. El resto de la cámara los contempla.

—Es muy amable de acompañarnos, rey Tiberias —mi padre se pasa una mano por la barba de plata, tira de sus hebras—. Estoy seguro de que ya está al tanto de nuestra desesperada situación.

Cal hace una profunda reverencia y nos sorprende; los reyes y reinas de sangre no se encorvan, ni siquiera entre sí. Él lo hace de todas maneras.

—Discúlpeme, me entretuvieron —no explica más y sin darnos oportunidad de preguntar le indica a Farley que pase al frente—. Creo que la general Farley tiene buenas noticias, por lo menos.

—Han de ser muy buenas para compensar la pérdida de nuestro bastión en las Tierras Bajas —ríe mi padre—, así como de la influencia que teníamos sobre el príncipe Bracken.

—En mi opinión, más de un centenar de personas salvadas en las Tierras Bajas son una buena noticia, señor —hace también una reverencia rápida y lamentable—. Junto con sus aliados de Montfort, la Guardia dejó allá una guarnición elemental. Había algunos cientos de soldados en la base al

momento del ataque de Bracken. De acuerdo con nuestra inteligencia, al menos un tercio de ellos lograron llegar a los pantanos. Tenemos contingentes en toda la región; somos más que capaces de recuperar y transportar a los que escaparon.

—¿Cuántos murieron, según sus cálculos? —pregunta Anabel, parada a un lado con las manos juntas.

—Creemos que cien —suelta Farley, como si pudiera desechar la idea de inmediato; recapacita y repite con lentitud—: Fueron cien muertos.

—Perdimos más en Corvium —bato los dedos—. Un canje difícil, sin duda —finjo compasión antes de desentenderme de la Roja.

—Será complicado obtener progresos sin la base. —Ptolemus hace el comentario obvio; a veces creo que solo le gusta oírse hablar, aun en situaciones como esta.

—Es cierto —reconoce Cal—. Tenemos todavía la Fisura, y todo lo que ella abarca, pero hemos perdido dos de nuestras conquistas en igual número de semanas. Primero Corvium…

—No perdimos Corvium, decidimos destruirla. —Mare lo mira con malevolencia; apostaría que le alegra haberse librado de esa ciudad.

Cal asiente de mala gana.

—… y ahora las Tierras Bajas —continúa—. Esto no proyecta una imagen de fuerza, sobre todo para las Casas alineadas con Maven que aún podríamos atraer.

Mi madre se revuelve en su trono y sus nudillos relucen con un botín de gemas verdes.

—¿Qué hay de Montfort? —eleva una ceja y explora la sala—. Según me han dicho, consiguieron su ejército.

—No cuento mis soldados antes de que se formen —revira Cal, con más brusquedad de la que debería—. Pese a que confío en que el premier Davidson cumplirá lo que prometió su gobierno, no tomaré decisiones con base en recursos que no podemos ver todavía.

—Lo que necesitas es una capital. —Anabel redirige la conversación a su sonsonete inicial. Deambula de un lado a otro y sus galas rojas y naranjas hacen juego con la luz exterior en su camino al anochecer—. La ciudad de Delphie te la brindará; la sede de la Casa de Lerolan apoyará al legítimo rey.

Cal evita su mirada.

—Eso es cierto, pero…

—¿Pero qué? —se para en seco.

Él ensancha los hombros, seguro de sí.

—Es demasiado fácil.

Como genuina abuela, Anabel lo palmea en el brazo, al modo de alguien que imparte a un niño una almibarada lección de la vida.

—Aunque nada en este mundo es fácil, debemos tomar los descansos que se nos ofrecen, Tiberias.

—Me refiero a que eso no les *dice* nada —se suelta de su mano— ni al pueblo de Norta ni a nuestros aliados, y menos todavía a nuestros enemigos. Es un paso inútil, una decisión previsible. Delphie ya es mía en todo menos de nombre, ¿no es cierto? Me basta con izar mi bandera y proclamarlo.

—Sí —ella pestañea—. ¿Por qué entonces habrías de despreciar ese obsequio?

Cal suspira un tanto exasperado y comparto su sentir.

—No lo desprecio, el obsequio está hecho ya. Tienen razón: necesitamos otro baluarte, de preferencia en Norta; una victoria más que dé testimonio de nuestra fuerza. Para infundir temor en la comarca de los Lagos y las Tierras Bajas, como ya lo hay en Maven.

—¿Dónde sugerirías que tal cosa debe suceder? —pregunto para hacer avanzar su propuesta y poner fin a este espectáculo deleznable.

Asiente en mi dirección.

—En Harbor Bay.

—¡Ese era el palacio favorito de tu madre! —la reina Lerolan pierde el control junto a Cal y él no responde, como si no la hubiera escuchado—, y familias leales a Maven lo gobiernan.

—Es un lugar estratégico —repone él.

La general Farley entrecierra los ojos.

—Implica otro cerco y una batalla más que podría costar la vida de cientos de nuestros efectivos.

—Aloja a Fort Patriot —replica el príncipe—, el cual sirve al ejército, la flota área y la armada —los cuenta con los dedos. Su fervor es palpable, casi contagioso; entiendo que se le haya nombrado general a tan corta edad. Quizá si yo fuera un simple soldado sin ilustración seguiría hasta la muerte a un hombre así—. Podemos aislar un gran sector del ejército de Maven y ganar una parte de él; repondremos cuando menos lo que perdimos en las Tierras Bajas: armas, vehículos y aviones. Todo eso está a nuestra disposición. Y la ciudad es un centro importante de la Guardia Escarlata.

Mi padre arquea una ceja y casi sonríe, con una apariencia feroz.

—Es una sabia decisión —la aprobación del rey Volo toma desprevenido a Cal, aunque sin motivo. Conozco a mi padre y la voracidad que lo corroe, la

sed de poder que tiene siempre a flor de piel. Apuesto a que ya sueña con ver vencida a Harbor Bay, y una bandera de Samos izada sobre la ciudad conquistada—. Maven nos quitó un baluarte, nosotros le quitaremos una ciudad.

Cal baja la cabeza.

—¡Exacto!

—*Si acaso* pueden tomarla. —Mare lo mira por encima del hombro y su cabello castaño y gris vira con el impulso, brilla con un tono rojizo en el atardecer.

Él ladea la cabeza con los ojos entrecerrados.

—¿Qué dices?

—Hay que atacar Harbor Bay, derribar esa ciudad; vale el riesgo y deberíamos intentarlo —contesta—. Pero aun si fallamos, podríamos dar un duro golpe a las fuerzas de Maven.

Muy a mi pesar, esto me intriga. Aliso mis faldas, hojas ondulantes de plata moteada y seda blanca, mientras me inclino hacia ella.

—¿A qué te refieres, Barrow?

Casi se muestra agradecida; me enseña los dientes, es quizás una sonrisa reluctante.

—A que podríamos tomar por asalto Ciudad Nueva, en el barrio tecnológico que se encuentra a las afueras de Harbor Bay, y dejar en libertad a los Rojos. Es un centro manufacturero tan importante para Norta como cualquier fuerte Plateado. Si atacamos Ciudad Nueva, Ciudad Gris, Ciudad Alegre…

Esto toma por sorpresa a mi padre una vez más.

—¿Quieres que nos deshagamos de los centros tecnológicos? —parpadea hacia ella como si le hubiese pedido que se sacara el corazón.

Mare Barrow se mantiene firme bajo la confundida mirada de él.

—Sí.

Anabel la mira con una incredulidad que raya en sorna.

—¿Y qué sucederá cuando esta guerra termine, señorita Barrow? ¿Usted pagará la reconstrucción de esas ciudades?

Mare contiene una réplica súbita y descontrolada, casi debe morderse la lengua para lograrlo. Respira y opta por algo dentro del ámbito de la serenidad.

—¿Qué pasaría si destruirlas representa la victoria? —inquiere despacio e ignora la pregunta de Anabel—, ¿la conquista del país?

Cal mueve los ojos e inclina la cabeza sin cesar; aprueba eso porque ella tiene razón o porque es todavía su mascota rendida.

—La ruina de solo uno de los centros tecnológicos perturbará la capacidad de defensa de Maven y extenderá el temor entre sus partidarios. Que los Rojos nos vean como sus libertadores no hará otra cosa que favorecernos —dice—. Añádase a ello la toma de Fort Patriot; Maven podría perder el control de toda la zona al norte de la bahía, hasta la frontera lacustre —mira con respeto a su abuela, para hacerla partícipe de su propuesta—. Si aislamos la región entera, encajonaremos a Maven entre Delphie, que ya nos es leal; la Fisura y nuestras nuevas conquistas.

Imagino a Norta, o como era hasta hace unos años. Líneas surcan su territorio como un cocinero que corta piezas de un pay: una rebanada para nosotros, dos más para Cal. ¿Y el resto? Poso la mirada en la general Roja y Mare Barrow y pienso en el insufrible premier a miles de kilómetros de aquí. ¿Qué pieza tomarán ellos?

Sé lo que quieren, al menos.

Todo el maldito pastel.

Ptolemus finge meditar mi propuesta. Pasa un dedo por el borde de su copa de agua y escucha el silbido del cristal. El sonido es inquietante, un eco etéreo que se filtra en nuestra cena. Su silueta se recorta contra un cielo rojo sangre. Mi hermano tiene una mandíbula fuerte y ancha, la larga nariz de mi padre y la diminuta boca de capullo de rosa de mi madre. Se parece más a ella bajo esta luz, con las sombras que se acumulan bajo sus ojos y en las hendiduras de sus mejillas y su cuello. Su vestimenta es fresca e informal: lino blanco, limpio y muy ligero, propio para el verano.

Elane ve disgustada que juguetea con su copa; su comisura torcida insinúa un gesto de desdén. La luz menguante brilla en su cabello, le da un halo de rubí más fino que cualquier corona. Cuando apura el vino, mancha sus labios de uvas, moras y ciruelas.

Me refreno por ahora y dejo mi copa llena y sin tocar. Es común que una cena tranquila lejos de mis padres y los indiscretos ojos de la corte me dé una excusa para beber cuanto quiera, pero esta vez tenemos asuntos pendientes.

—Es un plan absurdo, Evangeline; no hay tiempo para que juguemos a los casamenteros —susurra Ptolemus y deja resbalar sus dedos por el borde de cristal—. Harbor Bay podría ser nuestro final.

Chasqueo la lengua.

—¡No seas cobarde! Sabes que papá no nos arriesgaría en un cerco desafortunado. —*Somos valiosas inversiones, Tolly; su legado depende de nuestra supervivencia*—; no me interesa si Cal gana o no Harbor Bay.

—Al menos *tenemos* tiempo. —Elane me mira con unos ojos oscuros que relucen como estrellas en un cielo cubierto de prímulas—. Es imposible que actuemos en ausencia de los ejércitos de Montfort, y tenemos que pertrechar todavía a nuestros soldados en preparación del asedio.

Deslizo mi mano bajo la mesa para sentir la suavidad de la seda sobre su rodilla.

—Es cierto. Y no sugiero que ignoremos la guerra, Tolly, solo que dividamos nuestra atención, que miremos para otra parte mientras podemos y movamos las piezas en el tablero.

—¡Que metamos las piezas a la cama, querrás decir! —profiere con una sonrisa mordaz y pasa la mano a la copa sólida del claro y pungente licor con hielo que bebe esta noche—. ¿Crees que me es posible influir en Mare Barrow sin que me corten el cuello? —consume un trago largo, hace un gesto y exhala un siseo—. Es mejor que no me acerque a ella.

—Coincido con eso —le digo; aunque Mare prometió que no mataría a mi hermano, cada día confío menos en ese compromiso—, pero podrías mantenerte atento a Cal. Pese a que creí que él era inamovible, que estaba consagrado de lleno a la conquista de Norta… es probable que tengamos la oportunidad de impedirlo.

Bebe otro trago virulento.

—No somos muy amigos que digamos.

Me encojo de hombros.

—Casi lo son, o lo eran al menos hace un año.

—¡Y qué año ha sido este! —examina su reflejo en la hoja de su cubierto; por más que su rostro no ha cambiado y su apostura no ha mermado debido a la guerra, muchas otras cosas son distintas ya: tenemos un nuevo rey, otro país, coronas para ambos… y un montón de problemas junto con eso.

Este tumultuoso año ha valido la pena, al menos para mí. Hace doce meses entrenaba más que nunca en preparación de la inevitable prueba de las reinas; apenas podía dormir por el miedo a perder, aun cuando mi victoria era casi segura. Mi vida estaba decidida entonces, y me deleitaba saber lo que me esperaba. En retrospectiva, pienso que fui crédula y manipulable y me veo como la muñeca que era, empujada hacia un chico al que no podría amar nunca. Y heme aquí de nuevo, atrapada donde he estado siempre, aunque ahora sé que puedo oponerme a ello *y que tal vez logre que Cal entre en*

razón como yo y vea cuál es nuestro mundo, la cuerda floja sobre la que caminamos todos.

Ptolemus picotea su platillo especial de pollo magro sin condimentos, verduras cocidas y pálida carne de pescado, que deja prácticamente intacto pese a que suele devorar sus desabridos y saludables alimentos como si de esa forma compensara su insipidez.

En contraste, Elane ha dejado limpio su plato, sin evidencia alguna de la costilla de cordero al vino que compartimos.

—En efecto —dice ella en voz baja y mesurada e intento descifrar sus pensamientos en su rostro, su cuidada y considerada expresión. ¿Recuerda cómo eran nuestras vidas hace un año, cuando supusimos que seríamos felices bajo el trono de Norta y viviríamos en un futuro erigido sobre nuestros secretos? ¡Como si algún día lo nuestro hubiera sido un secreto para cualquiera con un par de ojos en la cara!—. ¿Y qué hay de mí? —posa en mi mano la suya, su piel tiene el perfecto equilibrio de calor con la mía—. ¿Qué papel cumpliré en todo esto?

—Ninguno —contesto casi demasiado rápido.

Aprieta su mano sobre la mía.

—No seas tonta, Eve.

—¡Está bien! —suelto entre dientes—. Haz como has hecho hasta ahora —los sombras son espías consumados, muy aptos para las intrigas de la corte y para escuchar, observar y volverse invisibles detrás de su escudo. No me agrada la perspectiva de usarla en ninguna forma que pueda resultar peligrosa, pero como ella misma dijo, tenemos tiempo. Nos hallamos en la Casa del Risco; no estaría más segura si la encerrara en mis habitaciones.

Lo cual no sería mala idea…

Sonríe un poco, aleja su plato medio en broma y arruga la nariz.

—¿Debo marcharme ya?

Presiono mi mano sobre la suya y sonrío con malicia.

—Termínate el vino siquiera; no soy tan descorazonada.

Con una sonrisa que me quita el aliento y deja exhausto mi pulso, se inclina sobre mí y mira perezosamente mis labios.

—Sé con exactitud cuánto corazón tienes.

Al otro lado de la mesa, Ptolemus pone fin a su bebida y hace sonar los hielos.

—Estoy aquí —reclama y aparta la vista.

Tenemos por lo menos una semana, si no es que dos, antes de que Davidson y su ejército retornen; es tiempo suficiente para que yo haga lo que pueda, con la ventaja adicional de que estoy en mis terrenos. Cal y Mare se quieren, por muchos que sean los obstáculos que se interponen en su camino; él necesita solo un empujoncito. Si algo, una sola palabra de Mare lo haría salir disparado hasta su recámara. En cambio, ella será mucho más difícil, casada como está con su orgullo, su causa y esa furia constante e inagotable que arde en su pecho. Claro que inducirlos a que estén juntos es apenas la mitad de la tarea; la otra mitad consiste en lograr que Cal se dé cuenta, como yo, de lo que vale un corazón… y de que es mucho más pesado que una corona.

Una pequeña parte de mí se pregunta si acaso eso es imposible. A diferencia de mí, Cal podría no despertar nunca; quizá sus decisiones estén escritas en piedra. Pero eso no puede ser cierto; veo cómo la mira y no me rendiré fácilmente. ¡Ojalá resuelva todo esto sin tener que usar los puños y una navaja! Incluso podría resultar agradable.

A decir verdad, cualquier cosa sería más grata que lo que hago ahora: merodear por la Casa del Risco al anochecer en busca de Mare Barrow. Es una obligación y una aburrición.

Elane partió al otro lado de la finca a vigilar a la general Farley, mientras Ptolemus ejecuta en el gimnasio su rutina vespertina, la cual concuerda a la perfección con el horario de Cal. El aspirante a rey profesa una completa fidelidad a sus ejercicios, sobre todo ahora que no puede quemar su energía con cierta Niña Relámpago.

Cruzo los salones de la galería y paso los dedos por las estatuas de reflejante acero y cromo pulido. En respuesta a mi tacto, cada una de ellas ondula como la perturbada agua de un estanque. El cielo es purpúreo afuera y las estrellas cobran vida en el horizonte. La ciudad de Pitarus cintila a una distancia de kilómetros como un recordatorio de que el mundo prosigue su marcha. Rojos y Plateados del común viven ahora bajo la cada vez más amplia sombra de la guerra. Me pregunto qué se sentirá leer sobre batallas y enterarse de ciudades destruidas y saber al mismo tiempo que no formas parte del conflicto; que no tienes influencia alguna, ningún poder para impedir que la guerra toque a tu puerta.

Como sin duda lo hará.

Esta guerra tiene muchas caras y es imposible detener lo que ya empezó. Norta será algún día una pila de huesos podridos sobre la que aullarán la Fisura, la comarca de los Lagos, Montfort, las Tierras Bajas y cualquier otro país que subsista.

Llego a las terrazas de arriba, que dan a la oscuridad del poniente. El aire se siente demasiado fresco; quizá tengamos un frente estival frío antes de que llegue el fin de semana.

Para mi disgusto, Barrow no está sola cuando doy con ella. Mira las estrellas en tanto su amigo Rojo se estira a su lado, con las largas piernas abiertas sin consideración alguna por las apariencias. Semeja una maraña de cabello rubio y piel quemada por el sol.

Kilorn es el primero en mirarme y apunta en mi dirección su redondeada barbilla.

—Tenemos público.

—¡Hola, Evangeline! —Mare tiene las rodillas contra su pecho y no se mueve, con la cara al cielo bajo la creciente luz de las estrellas—. ¿A qué debo este honor, su alteza? —pregunta con énfasis.

Río y hago una pausa para recargarme en el barandal que delimita las losas de la terraza, cáustica sin remedio.

—Necesitaba distraerme.

Sacude la cabeza, divertida.

—Pensé que Elane estaba para eso.

—Tiene una vida propia —digo con displicencia y elevo mis hombros—, no está a mi merced.

—Dedicaste tanto tiempo a fingir que no suspirabas por ella y mírate ahora, en el mismo lugar otra vez, mientras me molestabas —me mira sagaz un instante con ojos castaños oscurecidos por el cielo nocturno y se vuelve de nuevo hacia las estrellas—. ¿Qué quieres saber?

—Nada, no me importa dónde corretearon hoy Cal y tú ni el motivo de que hayan llegado tan tarde a una reunión sobre la supervivencia de su gente.

El chico Rojo se tensa a su lado y entreteje las cejas.

Mare intenta no morder el anzuelo ni la insinuación y agita una mano desdeñosa.

—No fue nada de importancia.

—Si alguna vez necesitas ayuda para tus cosas poco importantes, podría mostrarte algunos pasadizos, vías para que te desplaces por el Risco sin que nadie te vea —ladeo la cabeza y la examino en lo que finge que no me escucha—. Cal duerme en el ala este, cerca de mis habitaciones, por si te interesa saberlo.

Levanta de pronto la cabeza.

—No me interesa.

—¡Desde luego!

El chico Rojo me fulmina con una mirada verde oscuro, el color de mi madre y sus esmeraldas más violentas.

—¿Tu forma de distraerte es que vengas a burlarte de Mare?

—¡En absoluto! Solo quería saber si le apetece que boxeemos un poco.

—¿Cómo dices? —ruge ella.

—¡Para recordar los viejos tiempos!

A pesar de que resopla como enfadada, veo en ella el tirón de costumbre, la necesidad, un serpentín en la boca del estómago que clama por ser estirado. Se mira los pies, parpadea despacio, se pasa una mano sobre la otra y alisa los dedos contra la palma. Imagina el relámpago, sin duda.

Es muy placentero usar nuestras habilidades por diversión, no por un imperativo de supervivencia.

—He estado a punto de ganarte dos veces, Evangeline —replica.

Sonrío.

—La tercera es la vencida.

Me mira, molesta por el ansia que la corroe por dentro.

—De acuerdo —dice entre dientes—. Un único combate.

Cal también está en el gimnasio, aunque Mare y Kilorn no lo saben. El chico Rojo nos sigue mudo y furioso, pero no hace nada para detener a Barrow en tanto la conduzco a la sala específica.

Las paredes son de cristal, como casi todo en el Risco. En las mañanas se disfruta desde aquí una vista completa del amanecer, lo cual es perfecto para las sesiones tempranas. Lo que se ve ahora es la oscuridad, un vago azul púrpura que tira a negro. Ptolemus y Cal ocupan extremos distintos de la pista de entrenamiento y se ignoran entre sí, como lo hacen los hombres. Mi hermano se aplica a una tanda de lagartijas y exhibe una espalda recta y esbelta. Wren está sentada cerca, en las graderías; es sin duda la sanadora de guardia, para auxiliar a quienquiera en la pista, pero tiene fija su atención en Ptolemus y sus flexibles músculos. Quizá si yo arponeara a Cal en este momento ella no movería un ojo.

El aspirante a rey desvía la mirada y se pasa una toalla por el cabello y el rostro sudoroso y enrojecido. Veo que Mare se inmoviliza junto a mí como un hielo sólido y abre bien los ojos para recorrer la figura de Cal; yo hago una mueca en cuanto advierto la humedad que se desprende de su espalda y sus hombros. Si me atrajera —o cualquier otro hombre, en realidad— podría entender que Mare esté a punto de desmayarse.

Al menos esta parte del plan ya da resultado; es evidente que Barrow no opone reparo alguno al cuerpo de Cal.

—Por aquí —le digo y la tomo del brazo.

Cal gira al oírme, con la toalla en la mano todavía, y se sobresalta cuando nos ve. Bueno, cuando la ve *a ella*.

—Ya casi terminamos —alcanza a escupir.

—Tómense su tiempo, a mí me da igual —replica Mare con voz y expresión decididamente neutrales. Pese a que permite que la aleje sin chistar, mueve rápido la mano y el brazo, hunde los dedos en mi piel y me encaja las uñas como advertencia.

—¡Kilorn! —dice Cal a nuestras espaldas al tiempo que le da al chico Rojo lo que suena como un apretón de manos.

Ptolemus voltea desde el suelo sin perder el paso. Le dirijo una leve inclinación, complacida con nuestras maquinaciones, pero no me ve a mí sino a Mare. Ella le devuelve una mirada homicida que me hiela la sangre.

Intento no temblar, no pensar en que mi hermano se desangra como el suyo, agoniza mientras cae y muere por nada en absoluto.

Cálmate, Samos.



DIECISÉIS
Mare

—No soy ninguna idiota, Evangeline —replico cuando la puerta de los vestidores se cierra con un estruendo a nuestras espaldas.

Ella se limita a suspirar y empujar un traje de entrenamiento contra mi pecho. Con movimientos uniformes y ensayados se quita su sencillo vestido y lo arroja a un lado; descarta el estanque de seda como si fuera un montón de basura. Desnuda salvo por su ropa interior, se desliza dentro de su traje de entrenamiento, obviamente hecho a su medida y estampado con escamas argentinas y negras.

El mío es menos elaborado, de un simple azul marino. Me desvisto para enfundarme en él, furiosa por las intrigas de Evangeline.

—Igual podrías meternos en un armario y cerrarlo —refunfuño mientras veo que trenza su cabello de plata para dejar su rostro al descubierto. Rápido y sin pensarlo, forma una corona sobre su cabeza.

Únicamente tuerce la boca.

—Créeme que lo haría si supiera que te bastaría con eso. Para él un armario sería suficiente, ¿pero para *ti*? —abre los brazos y sube los hombros—. Siempre complicas todo.

—¿Tratarás de aniquilarme para que él sienta un poco de compasión y me cuide hasta que me recupere? —sacudo la cabeza, asqueada.

—Surtió efecto en Montfort —embarra sus ojos en mi piel—. ¡Esos silencios te la hicieron buena!

Bajo los párpados.

—Tengo mis razones —me pongo a la defensiva; ese recuerdo es como una bofetada seguida por una patada en el vientre. Clavo mis uñas en la palma para impedir la misma sensación de sofoco que en las estribaciones de una montaña la recámara de un palacio, debida a los Plateados o a unos grilletes.

Me rodeo la muñeca con los dedos y aprieto; casi vomito sobre las pulidas losetas.

—Lo sé —replica, más suave que antes. Si ella fuera otra, pensaría que hay un dejo de preocupación en su voz, pero no es capaz de sentir piedad por los Rojos.

Toso y recupero la compostura.

—Aunque consiguieras unirnos de nuevo, no te serviría de nada. Tú misma dijiste que Cal no es de los que abdican. Es un plan estúpido, Evangeline —añado por el bien de las dos.

Me ve de soslayo y se abrocha un racimo de dagas en el muslo. Eleva una comisura; ignoro si es una sonrisa normal o de suficiencia.

—Ya lo veremos.

Toda gracia y agilidad, se dirige a la puerta y me hace señas para que la siga al piso de madera encerada.

Reacciono con renuencia en lo que me hago una pulcra cola de caballo. La mitad de mí confía en que Tiberias se haya marchado ya y fijo la vista entre los omóplatos de la princesa.

—Es un plan estúpido no solo porque Tiberias ya tomó una decisión —me deslizo junto a ella en la pista de entrenamiento y desplazo por instinto mi peso a los talones, así que casi reboto mientras avanzamos y sonrío—, sino también porque jamás me pondrás un dedo encima.

Se lleva una mano al pecho para fingir que sufre. La puerta del vestidor se cierra de golpe detrás de ella.

—Se supone que quien debe estar muy segura de sí misma soy *yo*, Mare.

No dejo de sonreír al tiempo que camino hacia atrás para no perderla de vista. No creo que haya quien pelee limpio, ella menos que nadie.

—¿Quizás Elane lamerá tus heridas?

Alza la frente y me mira con altivez.

—Lo hace a menudo, ¿celosa?

Se me enrojece la cara, siento que el calor desciende por mi cuello.

—No.

Ahora es su turno de sonreír. Cuando pasa a mi lado me golpea el brazo con fuerza. Aunque me volteo, mantiene su cuerpo frente a mí, sin permitir que salga de su campo visual. Damos la impresión de ser una pareja de baile que gira en un salón o lobos que dan vueltas en la oscuridad, depredadores que se prueban unos a otros en busca de brechas y debilidades, de oportunidades.

Debo admitir que me emociona la idea de dar rienda suelta a mi energía y recibir quizás un par de buenos puñetazos. La adrenalina inunda ya mis venas de expectación. Una buena pelea, sin consecuencias ni peligro verdadero, se antoja deliciosa en este momento, aun si eso significa admitir que Evangeline tenía razón acerca de la conveniencia de que realizáramos una buena práctica de boxeo.

Al otro lado de la pista, descubro que Kilorn contempla la escena y que Tiberias está a su lado, a la vez que Ptolemus guarda distancia. No desperdicio mi atención en ellos, pese a que Evangeline querría que lo hiciera; podría rebanarme la cara tan pronto como baje la guardia.

—¡Deberías entrenar más! —dice con una voz más fuerte que retumba en el espacio abierto y me pregunto si sencillamente nació sin vergüenza—. Saca ese estrés de otro modo, o con otras personas.

Parpadeo en *tempo* rápido y muy sorprendida. El calor invade mi cuerpo y por una vez no es culpa de Cal. Evangeline sonríe a causa de mi malestar e incluso ladea la cabeza hacia Cal y Kilorn, a unos metros de nosotras; es evidente que escuchan nuestra conversación y aparentan no hacerlo. Ella levanta una ceja hacia Kilorn, lo inspecciona con ojo avizor.

Comprendo la indirecta.

—Él no…

—¡No me hagas reír! —da otro paso atrás—. Me refiero al otro nuevasangre, el de Montfort; el de cabello blanco y voz grave, alto y delgado.

El calor que recorre mi cuerpo se hiela de súbito y siento que los pelos de la nuca se me paran. Cal abandona la pared del fondo; sus ojos resbalan sobre mí cuando se vuelve e inicia su última rutina, de lagartijas. Las ejecuta a un paso rápido y constante, de ascenso y descenso; en medio del silencio solo escucho sus rítmicos resoplidos sobre el avergonzado latido de mi corazón.

¿Por qué me sudan tanto las manos?

Evangeline me mira más que satisfecha y baja un poco la barbilla; asiente, me incita. *Dilo*, esboza con los labios sin hablar.

—Se llama Tyton y no está aquí —odio tener que decir esto y Cal acelera el ritmo al otro lado de la sala—. Este es un plan peor aún —murmuro en el oído de ella lo más calladamente posible.

Evangeline se lanza de cabeza.

—¿Hablas en serio?

Se impacta en mi nariz antes de que pueda responder.

Se me nubla la vista: veo negro, rojo y de todos los colores en una espiral vertiginosa a la par que me tambaleo y caigo de rodillas. Sangre carmesí me

escurre por la cara hasta la boca y el mentón. Su fuerte sabor despierta algo en mí; en lugar de desplomarme, junto las piernas y doy un salto.

Mi cabeza choca con el esternón de la princesa y oigo un silbido cuando el aire sale de sus pulmones. Se bambolea con los brazos en remolino al tiempo que cae de espaldas. La mano que paso por mi rostro regresa manchada de sangre y hago una mueca, trato de controlar con la mente el torturante dolor.

En el extremo contrario de la pista, Cal se apoya en una rodilla, abre bien los ojos, tensa la quijada y está listo para ponerse en pie. Sacudo la cabeza y escupo sangre. *Quédate donde estás, Calore*.

Obedece.

La primera daga zumba junto a mi oreja, es una advertencia. Me encorvo bajo la segunda, ruedo sobre el casi resbaloso piso de madera. La risa de Evangeline reverbera en mis oídos, la acallo con rapidez y embisto para tomarla por el cuello; vira antes de que pueda asirla y someterla. Algunas chispas la tocan y patina, usa el pulido suelo en su beneficio. De todas formas, mis chispas no son indulgentes; se retuerce como si intentara librarse de un insecto demasiado tenaz.

—Eres mejor de lo que recordaba —jadea y se detiene a unos metros de mí.

Cierro un puño y con el otro presiono mi nariz para contener el torrente de sangre, una imagen poco alentadora desde cualquier punto de vista. El piso se salpica de rojo.

—Podría tirarte donde estás si quisiera —le digo porque recuerdo lo que aprendí con los electricones: el rayo de telaraña, el de tormenta, no el increíble rayo de cerebro de Tyton, que no controlo aún.

Sacude la cabeza y sonríe, disfruta esto.

—Inténtalo si quieres.

Igualo su sonrisa. *De acuerdo*.

Mi relámpago purpúreo estalla, deslumbrador, incandescente, siseante en el aire ya húmedo en virtud de nuestra intensa sudoración. Ella reacciona con una celeridad casi inhumana y funde sus navajas en una larga asta de acero que perfora el suelo al tiempo que el relámpago cae y hace cimbrar el metal. No da en el blanco, emite un destello que me ciega incluso a mí.

Su codo explota en mi mentón y me obliga a retroceder. Veo estrellas de nuevo.

—Buen ardid —lamo la sangre que rodea mi boca; cuando escupo esta vez, creo oír que un diente repiquetea en el suelo. Confirmo mi sospecha tan

pronto como detecto con la lengua el súbito y desconocido vacío en la parte inferior de mi dentadura.

Ella sube los hombros con respiración entrecortada.

—Tuve que nivelar un poco el terreno de juego —desprende la lanza del suelo y la hace girar en su muñeca—. ¿Terminó el calentamiento?

Río lentamente.

—Sí.

Espero mi turno en lo que Wren se ocupa del rostro de Evangeline. Uno de sus ojos está tan inflamado que no puede abrirlo, cubierto por un oscuro y repulsivo gris púrpura que se intensifica a cada minuto. El otro párpado se retuerce cada cierta cantidad de segundos, por efecto de un nervio estropeado. Ella resopla en mi dirección, alza los hombros, los deja caer y hace una mueca al tiempo que oprime su costado con una mano ensangrentada.

—No te muevas —murmura Wren por tercera ocasión, pasa la mano por el lado afectado del rostro de la princesa y la inflamación cede—. Te fracturaste una costilla.

Evangeline me mira con su único ojo útil.

—Buen combate, Barrow.

—Buen combate, Samos —contesto con dificultad; con un labio partido por la mitad y la nariz y la quijada amoratadas, incluso hablar duele. Debo inclinarme para evitar todo apoyo en el tobillo izquierdo, del que no cesa de gotear sangre a causa de un corte arriba del nudoso hueso expuesto.

Los tres hombres permanecen lejos, nos dan todo el espacio que necesitamos para respirar.

Kilorn nos mira de modo alterno, boquiabierto de incredulidad, y quizá también de temor.

—Las mujeres son muy extrañas —balbucea.

Tiberias y Ptolemus agitan la cabeza en señal de aprobación.

Creo que Evangeline intenta guiñarme un ojo, o su tic es peor de lo que pensé. Pese a que estoy exhausta debido al combate, casi río, con ella, no de ella. En el momento en que me doy cuenta de lo que hago, mi mente se despeja y la vibrante y eléctrica sensación de la adrenalina empieza a desvanecerse. No puedo olvidar quién es ella y lo que su familia le ha hecho a la mía. Su hermano, sentado a unos metros de mí, mató a Shade. Dejó a Clara sin padre, a Farley sin pareja. Les arrebató un hijo a mis padres. Me quitó un hermano.

Y yo he intentado hacer lo mismo.

Evangeline percibe el cambio en mí y baja la mirada, su rostro es de nuevo de piedra esculpida.

Wren Skonos es diestra; sus habilidades como sanadora de la piel dejan en forma a Evangeline en cuestión de minutos. Ellas contrastan entre sí, Evangeline con su trenzado cabello de plata y piel pálida, Wren con una trenza larga y lustrosa de color negro azabache sobre un hombro desnudo azul oscuro. No me sorprende cómo mira Ptolemus a la sanadora cuando termina de atender a su hermana. Los ojos del príncipe se fijan en el cuello, la cara y la clavícula, no en sus dedos ni en su labor. Es fácil olvidar que está casado con Elane, al menos en apariencia; supongo que su hermana pasa más tiempo con su esposa mientras él pasa el suyo con Wren. *¡Qué familia tan embrollada!*

—Es tu turno. —Wren me hace señas para que tome el sitio de Evangeline. La princesa Samos se levanta y estira su recién curado abdomen con la gracia de un gato.

Me siento con cautela y hago una mueca.

—¡Ahora le toca a la bebé! —ríe Kilorn.

Sonrío agresivamente en respuesta y procuro mostrar la nueva brecha en mi dentadura manchada de sangre. Él finge un escalofrío.

Ptolemus ríe con esta farsa, lo que le merece una mirada fulminante de ambos.

—¿Cuál es la gracia? —Kilorn se acerca al hombre del cabello plateado, se siente valiente sin considerar que el príncipe magnetrón podría partirlo por la mitad.

—Te alcanzaré en un segundo, Kilorn —intervengo ruidosamente, confío en anular un conflicto antes de que empiece; no me agrada la idea de tener que limpiar sangre de Kilorn en la pista de entrenamiento. Él me mira, le irrita que lo trate como un niño, pero me mantengo firme—. Anda, márchate.

—De acuerdo —suelta y se retira, no sin antes voltear con furia hacia Ptolemus.

Cuando el eco de sus pisadas se extingue, Evangeline se levanta con soltura e intenciones muy claras. Apenas sonríe mientras se marcha también, con su hermano a remolque, por un camino distinto. Mira por encima del hombro y descubro que nos ve por turnos a mí y a Tiberias, quien guarda silencio todavía y se mantiene cerca. La esperanza ilumina los ojos de la princesa, lo que no hace más que desalentarme.

Es un plan estúpido, quisiera repetir.

El alivio que emana de los dedos de Wren relaja cada uno de mis adoloridos músculos y contusiones a flor de piel. Cierro los ojos, permito que tire de mí en diferentes direcciones. Es prima de Sara Skonos, hija de una Casa noble dividida entre dos reyes Calore. Sirvió a Maven antes, fue mi sanadora en Arcón; veló por mí en aquellos días, me mantuvo viva cuando el peso de la roca silente me habría matado, y mantuvo presentables mi rostro y mi cuerpo para las emisiones propagandísticas del rey. Ninguna de las dos habría imaginado dónde estaríamos hoy.

Me resisto de pronto a que el dolor desaparezca, me distrae de los deseos de mi corazón. Mientras los dedos de Wren resbalan por mi quijada y estimulan el crecimiento del hueso que reemplazará al diente que perdí, trato de no pensar en Tiberias pero es imposible. Está tan cerca que es inevitable que sienta su habitual calor, estable y constante.

Evangeline dijo hace un momento que yo era la difícil; se equivoca. Si me encerrara en un cuarto con Tiberias, quizá yo aprovecharía la oportunidad.

¿Eso sería tan terrible?

—Estás muy sonrojada.

Abro los ojos de golpe y veo a Wren frente a mí; frunce sus carnosos labios y parpadea con ojos del mismo gris turbulento que Sara.

—Hace mucho calor aquí —explico.

Tiberias se apena también.

Caminamos en silencio. Las paredes de cristal de la Casa del Risco dejan ver una completa oscuridad, la luz de las limpias y grandes lámparas de los pasillos rebota en nosotros. Nuestro reflejo nos sigue el paso y me impresiona vernos codo a codo. Aunque nunca olvido lo alto que él es, este es un firme recordatorio de que no somos el uno para el otro. Pese a la sesión de entrenamiento y a que el sudor cubre todavía su piel, Tiberias nació príncipe, desciende de tres siglos de reyes. Se le educó para ser mejor que nadie más, y eso se nota.

Me siento más pequeña que de costumbre junto a él, una motita de cicatrices y pesares.

Siente mi mirada y baja la vista.

—Así que quieres tomar Ciudad Nueva.

Suspiro y me dispongo a conversar.

—Tenemos que hacerlo —replico—. No solo por la guerra; también por nosotros, los Rojos. Los barrios tecnológicos son poco más que esclavitud —

jamás he puesto el pie en ellas, pero he visto Ciudad Gris, una urbe de humo y cenizas arrimada a un río contaminado. He visto el cuello de Cameron y su hermano, ambos brutalmente tatuados con el nombre del sitio que se les asignó, su *profesión*, su prisión.

Mi intención es dejar convertidas a Ciudad Nueva y las demás barriadas en poco más que cadáveres, muertas, vacías, condenadas a la putrefacción, la desaparición y el olvido.

—Lo sé —dice él con voz baja teñida de tristeza. Cuando lo veo, sus ojos se han ensombrecido. Sabe lo que quiero decir: si no hubiera coronas entre nosotros, tomaría su mano, besaría su hombro. Le agradecería incluso tan pequeña muestra de apoyo.

Me muerdo el labio y pestañeo rápido para conjurar el impulso de tocarlo.

—Necesitaré a Cameron.

Este nombre lo sacude.

—¿Ella está…?

—¿… viva? —completo la frase y dejo que esta palabra resuene en la piedra curvada del corredor, donde permanece como una pregunta y una esperanza—. Tiene que estarlo.

Retarda su paso.

—¿Farley no ha recibido información aún?

—Lo hará pronto.

Los contingentes de la Guardia en las Tierras Bajas, que convergen ahora en el País Bajo para evacuar a quienes huyeron de la base, deberían reportarse en cuestión de horas. Y es indudable que Ibarem tendrá también más información que transmitir cuando Rash llegue con los demás supervivientes. Sería imposible que Cameron no estuviera en esa lista; es demasiado fuerte, inteligente y obstinada para permitir que la maten.

Ni siquiera puedo considerar esta idea.

Y no porque la necesitemos para destruir su miserable lugar de nacimiento, Ciudad Nueva, sino porque ella sería un cadáver más en mi conciencia, otra amistad que empujé a la muerte.

Aprieto los ojos para no pensar en los demás que se hallaban en las Tierras Bajas al momento en que Bracken tomó la base: el hermano de Cameron, Morrey; los adolescentes de la Legión de la Daga que fueron rescatados de un cerco solo para caer atrapados en otro.

Pese a que nada se compara con el dolor de la pérdida de Shade, perder a los demás podría destruirme igual de fácil. ¿Cuánto más durará esto? ¿Cuántas personas nos arriesgaremos a perder?

Así es la guerra, Mare Barrow. Arriesgas a todos, todos los días.

En especial a quien está ahora junto a mí.

Me muerdo el labio y casi me saco sangre para no pensar en Tiberias, *Cal*, muerto y desaparecido.

—No será fácil —dice con palabras que hieren.

Al abrir los ojos, veo que mira al frente con la concentrada atención que suele reservar para el campo de batalla o un consejo de guerra.

—¿Qué no lo será?

—Perder a algunos —responde—. Por más que ocurra con frecuencia, no pasa nunca. Jamás te acostumbras a eso.

Hace una eternidad, cuando yo era Mareena Titanos, entré en el dormitorio de un príncipe. Tenía libros por todas partes: manuales, tratados de guerra, estrategia, diplomacia, maniobras y maquinaciones para ejércitos gigantescos y soldados particulares, cálculos de riesgo y recompensa, el número de personas que podían morir sin que eso impidiera reclamar la victoria. Ese fue entonces un escueto recordatorio de quién era él y de qué lado estaba.

Me asqueó concebirlo como alguien capaz de comerciar vidas en forma tan despreocupada, de derramar sangre por un centímetro más de progreso. He hecho lo mismo ya, igual que Farley y Davidson; ninguno de nosotros es inocente.

Ninguno podrá olvidar nunca lo que hacemos ahora.

—Si no pasa jamás —siento que me ahogo—, al final será una carga demasiado grande.

—Sí —se le quiebra la voz.

Me pregunto qué tan cerca está de su línea y yo de la mía. ¿La atravesaremos al mismo tiempo? ¿Es esa la única respuesta?

¿Nos retiraremos, destrozados y sin posibilidad de redención, juntos, o separados?

Sus ojos arden en mí. Pienso que se pregunta lo mismo.

Tiemblo y acelero el paso, una señal firme para ambos.

—¿Cuál es el plan para Harbor Bay? —miro el pasillo, une esta ala de la Casa del Risco con la siguiente y forma un arco sobre un ondulante jardín de árboles y fuentes apenas visible en la oscuridad.

Él iguala mi paso sin esfuerzo.

—Nada es seguro hasta que Davidson vuelva, pero Farley tiene algunas ideas y sus contactos en esa ciudad nos serán muy útiles.

Asiento en señal de acuerdo. Harbor Bay es la ciudad más antigua de Norta, una guarida de criminales Rojos y sus bandas. Hace unos meses una de ellas, la de los Marineros, intentó hacernos caer en manos de Maven cuando buscábamos a los nuevasangre. Con todo, la marea ya cambió. Los Rojos de Norta están con nosotros y la Guardia Escarlata ve aumentar su poder y notoriedad. Nuestras victorias tienen un efecto en algunos, por lo menos.

—Habrá bajas civiles —añade con sentido práctico—. Harbor Bay no es Corvium ni las Tierras Bajas; es una ciudad, no una fortaleza. Personas inocentes, Plateadas y Rojas, quedarán atrapadas en medio —tiende una mano y estira los dedos antes de tronar sus nudillos uno por uno—. Empezaremos por Fort Patriot; si lo tomamos, el resto de la ciudad caerá.

He visto Patriot solo de lejos y el recuerdo es vago. Pese a que es más pequeño que la base de las Tierras Bajas, está mejor equipado y es mucho más importante para los ejércitos del rey.

—El gobernador Rhambos y su Casa están jurados a Maven —repongo—, son todavía sus firmes aliados —por culpa mía en gran parte, porque maté a su hijo en el redondel durante una ejecución fallida; claro está que él quería matarme a mí—. No se rendirán fácilmente.

Ríe.

—Nadie lo hace nunca.

—¿Y si ganas la ciudad? —lo espoleo—. ¿Y si sobrevives?

—Podremos llevar a Maven a la mesa de negociaciones.

Este nombre me causa una sacudida. En mi clavícula, la marca de Maven duele y se calienta, reclama atención.

—No negociará, no se rendirá por nada del mundo —el recuerdo de sus ojos vacíos, de su maliciosa sonrisa, me marea; la empalagosa e inquebrantable obsesión que nos aqueja a ambos—. No tiene caso, Tiberias.

El uso de su nombre verdadero lo induce a hacer un gesto y cierra un segundo los ojos.

—Ese no es el motivo de que desee verlo.

La implicación es clara.

—¡Ah!

—Debo estar seguro —suelta—. Interrogué al premier sobre los susurros de su país, si hay algunos nuevasangre como Elara, alguien que pudiera ayudarlo.

—¿Y qué te dijo?

Cuando me separé de Tiberias en Corvium, parecía afligido, destrozado, y ahora es igual. El amor puede destruirnos como nada más puede hacerlo.

—Que no creía que lo hubiese —admite con tranquilidad—, aunque añadió que lo buscaría.

Pongo una mano en su brazo, húmedo de sudor todavía. A estas alturas, mis dedos conocen su piel tan bien como la mía. Me produce una sensación de arenas movedizas; si me demoro demasiado, no seré capaz de escapar.

Intento ser amable.

—Dudo que hasta la propia Elara pudiera remediarlo ahora, si él se lo permitiese.

Su piel se enciende debajo de mi mano y la retiro, hago memoria. Él no reacciona, no puede decir nada y no tiene nada que decirme; sé lo que se siente dejar atrás a Maven.

El pasaje ante nosotros termina en T y se abre a izquierda y derecha; las habitaciones de Tiberias están de un lado, las mías del otro. Miramos la pared en silencio, ninguno se atreve a moverse.

Hablar con él me deja la sensación de un sueño angustioso, del que sin embargo no quiero despertar.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunto.

No me mira.

—Davidson estará aquí en una semana y tomaremos una más para planear —su garganta sube y baja—. Será un periodo corto.

La última vez que puse el pie en Harbor Bay íbamos de prisa, pero mi hermano vivía aún. ¡Cómo me gustaría regresar a esos días, por difíciles que hayan sido!

—Sé lo que persigue Evangeline —dice de pronto, con voz apagada por tantas emociones que ordenar.

Lo miro de soslayo.

—No es precisamente sutil.

No me devuelve el gesto, continúa con la mirada fija en la pared sin decidirse por una dirección u otra.

—Ojalá hubiera un punto medio.

Un lugar donde nuestros nombres, nuestra sangre y nuestro pasado no importaran. Un lugar sin peso. Un lugar que no ha existido nunca ni existirá jamás.

—Buenas noches, Tiberias.

Cierra un puño y sisea.

—En verdad necesito que dejes de llamarme así.

Y yo en verdad te necesito a ti.

Me vuelvo y enfilo hacia mi habitación, con pasos retumbantes y solitarios.



DIECISIETE
Iris

Arcón no será nunca mi hogar.

Y no porque sea una ciudad fea o demasiado grande, sin templos ni santuarios, o porque yo desprecie tanto y desde siempre a los naturales de Norta. Nada de esto se compara con el vacío que siento sin mi familia junto a mí.

Es un hueco que intento llenar con entrenamiento, oración y mis demás deberes como reina, pese a que algunos sean aburridos aunque necesarios. El más importante es mantenerme en forma; me sería fácil ablandarme en mis aposentos de seda y terciopelo, atendida como estoy por ayudantes Rojas que se desviven por llevarme cuanto necesito. Por más que en la comarca de los Lagos sucedía lo mismo, allá jamás busqué consuelo en los alimentos y el licor. Mis sesiones de entrenamiento me imponen por igual un buen equilibrio, el cual me impide caer en la trampa en la que tantos nobles y príncipes se encuentran, una trampa que Maven domina bien. A muchas de las damas y caballeros que todavía sostienen su reino les preocupan más sus fiestas y banquetes que los lobos que se hallan a su puerta. *Son unos idiotas*.

Es difícil rezar en un país sin dioses. Hasta donde sé, no hay templos en Arcón, y el santuario que hice construir para mí es pequeño, un armario glorificado apretujado en mis habitaciones. Esto no significa que necesite mucho espacio para comunicarme con mis dioses anónimos, pero en pleno verano el cuartito repleto de desgastados rostros resulta incómodo aun con mi habilidad para refrescar y humedecer el aire. Aunque trato de rezar en otras partes, o por lo menos de sentir a mis dioses al paso de los días, hacerlo me es cada vez más difícil cuanto más se prolonga mi ausencia de casa. Si yo no puedo oírlos, ¿ellos me escucharán a mí?

¿Estoy infinitamente sola?

Supongo que es más fácil así. No deseo vínculos con Norta, nada que me ate a este sitio cuando el hermano de Maven lo derroque, o mi madre lo haga antes que él.

Mis responsabilidades como soberana son lo único que me distrae de mi aislamiento. Hoy mi agenda me conduce por el grandioso puente que cruza el río Capital al otro lado de la ciudad, tan lejos de Maven como me es posible, más allá de las paredes de cristal de diamante de Arcón. Él sale muy poco del palacio, ocupado como está en interminables consejos, o en largas horas de soledad.

Escucho las murmuraciones de los sirvientes. Quema sus prendas casi a diario, las deja carbonizadas e irreparables. Eso quiere decir que ha perdido el control o que no le importa guardar la compostura. Pienso que podrían ser ambas cosas.

El este de Arcón reproduce con exactitud el sector occidental de la urbe y se eleva desde la margen del río hasta las escarpadas riberas que se tienden a lo lejos en suaves pendientes. Todo es verde en esta época del año, lo que al menos me recuerda mi hogar, aunque pocas cosas más lo hacen. Incluso el agua es mala, salada en vez de dulce y manchada por los residuos de la contaminación en el barrio tecnológico que se localiza río arriba. A pesar de que aquí piensan que la barrera de árboles absorbe la mayor parte de eso, cualquier ninfo sabría que eso es falso con solo inhalar.

Los edificios son altos y opresivos, rebosantes de columnas de mármol y granito, y coronados con aves esculpidas de alas tendidas y cuellos curvos: cisnes, halcones y águilas. Sus plumas son de cobre y acero, pulidas hasta alcanzar un lustre cegador.

Aun en medio de una guerra, la capital persiste en su arrobada ignorancia. Los Rojos que caminan por las calles exhiben sus pulseras carmesíes o los colores de las Casas que los emplean. Los Plateados ruedan en transportes entre sus destinos. Los museos, teatros y galerías continúan en operación sin cambio ni demora.

Sospecho que ya se acostumbraron al conflicto bélico, al igual que la comarca de los Lagos, incluso dentro de sus fronteras.

Hoy asisto a una comida conmemorativa en honor a los soldados caídos en la toma de Corvium por el hermano de Maven y sus rebeldes. Mis centinelas me siguen como siempre, llamativos en su flamante atuendo. Aunque visto con mis colores usuales para honrar a mi lugar de origen, los ribetes de mi blusa y saco azules son rojos y negros, los colores de Maven.

Me desagrada mancillarme de esta manera, pero nadie lo sabe con solo verme.

Sonrío y asiento entre los mejores, sostengo ociosas conversaciones con las abundantes damas y caballeros que desean halagar a su nueva monarca. Nadie dice nada útil, todo es mera apariencia, aun entre las familias de los difuntos. Es obvio que preferirían no estar aquí, sino enfrentar solos su dolor. En cambio, se les obliga a recitar sus parlamentos como actores en una obra de teatro, se les exhibe. Uno después de otro explican cómo fallecieron sus seres queridos, asesinados por un terrorista Rojo o un monstruo de Montfort. Algunos apenas pueden terminar de hablar.

Es una táctica inteligente, detrás de la que sin duda está mi esposo. Quien se opone a esta guerra o prefiere en el trono al hermano de Maven, se vería en dificultades para apegarse a sus convicciones después de este despliegue. Y yo cumplo bastante bien mi papel.

—Hoy estamos aquí para condolernos, pero también para enviar un mensaje: no permitiremos que el miedo nos paralice —digo con tanta firmeza como puedo frente a una sala llena de caballeros y damas de vista aguda que miran extasiados, por cortesía o en pos de defectos, en busca de debilidades. Muchos de ellos, lo sé, abandonarían la Norta de Maven si creyeran que eso es lo correcto para sus Casas. Es mi labor convencerlos de lo contrario: de que permanezcan, luchen y mueran.

»No cederemos a la voluntad de los rebeldes y terroristas, criminales sedientos de poder que se esconden detrás de promesas falsas. No tiraremos por la borda todo lo que nuestro país es, nuestros ideales, los fundamentos de Norta y de nuestras vidas —me vienen a la mente mis lecciones de dicción: si bien nunca fui tan buena como Tiora para la oratoria, hago lo que puedo y sostengo una docena de miradas, nunca tropiezo ni titubeo; cierro un puño en mi costado, lo oculto entre mis faldas—. Norta es un país Plateado, nacido de nuestra fortaleza y poder, de nuestros logros y sacrificios. ¡Ningún Rojo nos quitará lo que tenemos ni cambiará lo que somos! ¡No son nada para nosotros, sean quienes fueren sus aliados!

»Maven Calore se impondrá. La verdadera Norta se impondrá. ¡Fuerza y poder! —contengo una sonrisa mientras suelto estas famosas palabras, escritas en el discurso previamente aprobado—. ¡Que se ahoguen!

Pese a toda mi circunspección, no puedo menos que sonreír ante los aplausos con los que la multitud celebra las palabras de la lacustre, las palabras de mi madre. *Acostúmbrense a esto. Muy pronto se inclinarán ante mis colores*.

Gracias a que ha pasado la ola de calor, el regreso a mi convoy resulta agradable. Quiero entretenerme en la calle y disfrutar del aire fresco y la suave luz del sol, así que camino lo más despacio que puedo. Mis centinelas permanecen a mi lado, me flanquean con manos enguantadas y caras cubiertas en estudiada formación. Según mis cálculos, tenemos tiempo de sobra; mi único deber en el palacio es prepararme para la cena de esta noche.

Aun así, la puerta abierta del vehículo llega demasiado pronto. Subo con un resoplido y miro el suelo en tanto la puerta se cierra detrás de mí.

—Buenas tardes, su majestad.

Dos rostros me miran desde los asientos que están frente al mío. Conozco uno de ellos, el otro puedo adivinarlo. Ambos son enemigos.

Lanzo un chillido mientras me refugio en el asiento de piel. Busco por instinto la cantimplora que siempre tengo cerca; mi otra mano persigue apresurada la pistola que escondo bajo el asiento trasero.

Unos dedos me toman de la barbilla y me fuerzan a voltear. Doy por supuesto que pertenecen al arrullador, el tío capaz de desaparecer con murmullos todos los pensamientos de mi cabeza y volverme de revés.

Cuando volteo, descubro que, en cambio, es la abuela la que me sostiene, con ojos de un bronce encendido y resuelto. Me congelo porque sé lo que el tacto de Anabel Lerolan puede hacer. Me imagino que su mano se mueve y hace explotar mi cráneo, del que se derraman huesos y sesos en el interior del transporte.

—¿Puedo darle un consejo de reina a reina, querida? —pregunta, todavía en poder de mi mentón—. No haga tonterías.

—Está bien —musito y le enseño mis palmas vacías, sin armas ni cantimplora, sin otra arma que el aire dentro del vehículo. Miro más allá de ella las siluetas de mi conductor y mi centinela, ambos del otro lado del cristal.

Julian Jacos sigue mi vista y suspira. Golpea con los nudillos la mampara y ninguno de los guardias se mueve.

—Me temo que no podrán escucharte por un rato —dice—. Y recibieron la instrucción de que tomaran la carretera panorámica de regreso al palacio —se asoma a la ventana con una sonrisa vacía mientras serpenteamos por callejones desconocidos—. No vinimos a hacerte daño, Iris.

—No los creí tan tontos para intentarlo —replico, un poco obstruida por la mano letal de Anabel—. ¿No le molestaría soltarme? —inquiero en son de burla.

Ella se inclina con condescendencia y aparta la mano, aunque no se aleja; me mantiene a su alcance. Debajo de mis ropas trato de reunir humedad en mi piel, procedente del aire y del atemorizado sudor frío que resbala por mi cuerpo. Quizá consiga tener listo un escudo en caso de que ella intente destrozar mis dedos.

—Si quiere enviarle un mensaje a Maven, utilice los canales apropiados —le lanzo y levanto entre nosotras una muralla de insolencia.

Pese a que ríe, se muestra disgustada.

—Este no es un mensaje para ese desgraciado rapazuelo.

—Es su nieto —le recuerdo.

Continúa aun cuando arruga la frente.

—Quiero que le transmita un mensaje a su madre, en la forma en que suele hacerlo.

Cruzo los brazos con altanería.

—No sé de qué habla.

Entorna los ojos e intercambia una mirada con Julian. Él es más difícil de descifrar, con su expresión calmada y observadora.

—No hace falta que te arranque una confesión —dice Julian sin rodeos—, pero sabes que puedo hacerlo si es necesario.

No digo nada, no hago nada; mi rostro permanece tan quieto como la superficie de un lago. No doy confirmación alguna en ningún sentido.

La mujer Lerolan procede al instante de todos modos y me mira con sorna.

—Dígale a la reina de la comarca de los Lagos que el legítimo rey de Norta no tiene nada contra ella, y sí en cambio todas las intenciones de preservar la paz que su usurpador negoció, en el entendido, desde luego, de que sea posible dar seguridades.

—¿Desean que nos retiremos? —me burlo y ella me ve con igual desdén —. ¡Eso es imposible!

—No que se retiren; hay que guardar las formas, ¡claro! —separa sus malditos dedos y los golpetea contra una pierna—. Pero estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo distinto al de la guerra declarada entre nuestros dos soberanos.

Una vez más miro a mis guardias detrás del cristal, embrujados para ignorarnos. No reconozco el camino que veo por la ventana. Aprieto los dientes.

—Él no es ningún soberano. Nuestra alianza no es con Tiberias Calore, un traidor a su reino y a su clase.

El tío ladea la cabeza, me examina como si fuera una pintura y pestañea con lentitud.

—Tu esposo es mejor que tú para decir esa mentira.

Esposo. El recordatorio de mi lugar aquí y de mi posición junto a Maven es un golpe fácil que duele de todas maneras.

—Mentira o no, la gente la cree —siseo en respuesta—. Los Rojos y Plateados de este país creen lo que les dicen. Y lucharán por la persona que piensan que Maven es.

Para mi sorpresa, Anabel asiente. El rostro se le descompone, es una imagen de preocupación.

—Por eso tenemos miedo. Y por eso estamos aquí. Para impedir hasta donde sea posible un derramamiento de sangre.

—¡Debería haber sido actriz, Anabel Lerolan! —río siniestramente.

Agita una mano y se asoma por la ventana. Sus labios se curvan en un remedo de sonrisa.

—Fui una gran mecenas de las artes hace una vida. —Julian la mira con ojos de comprensión y ella corresponde el gesto, reservada como nunca. Algo va y viene entre ellos, una palabra no dicha o un recuerdo compartido, quizá.

Es la primera en recuperarse y me mira. Su voz es severa y me siento regañada sin reprimenda.

—Cuando Tiberias conquiste el trono, estará en disposición de ofrecer terrenos y dinero a cambio de la cooperación lacustre.

Elevo una ceja por toda indicación de interés; después de todo, quién sabe adónde podría ir a parar este asunto. Es prudente mantener abiertas varias opciones.

Sabe lo que hago e insiste.

—Él cederá el Obturador en su integridad.

Tengo que reír de nuevo y echo atrás la cabeza. La humedad de mi piel, casi un escudo, me punza.

—¡Es un desierto! —me burlo—, un campo minado. Nos regalarán una pesadilla.

La vieja reina finge que no me escucha.

—Además, el compromiso matrimonial con el heredero de Tiberias, un hijo de Calore y de Samos, dos veces imperial, heredero de dos reinos.

Aunque no dejo de reír en beneficio de las apariencias, el estómago se me retuerce de repulsión. ¡Pretende mercar una criatura que no ha nacido aún, sea mía o de Tiora, de nuestra carne y sangre! ¡Malhaya si yo consintiera! Aceptaría un arreglo propio, ¿pero a nombre de un bebé? ¡Qué asco!

—¿Qué hay de sus perros Rojos? —me inclino hacia su territorio, es mi turno de hacer que retrocedan—. ¿De la Guardia Escarlata, las abominaciones de Montfort, Mare Barrow y su calaña?

Julian contesta antes de que ella pueda hacerlo. No parece complacida, sea por su actitud o su propósito.

—¿Te refieres al paso siguiente en nuestra evolución? —pregunta—. No es aconsejable temer al futuro, su majestad; eso nunca termina bien.

—Hay futuros que pueden impedirse, Lord Jacos —pienso en la otra mascota nuevasangre que Maven perdió, el hombre que podía ver el futuro remoto; aunque solo he oído rumores de él, con eso basta. Podía ver cada sendero a medida que cambiaba, incluso destinos que nunca fructificarían.

—No este —sacude la cabeza, no sé si está feliz o apesadumbrado. Este hombre es un espíritu triste y peculiar, atormentado sin duda por una mujer, al igual que la mayoría de los varones como él—. No ahora.

Miro a uno y otro, y lo que veo no me agrada. Cada cual podría matarme si quisiera, y pese a mi entrenamiento yo caería fácilmente. Pero si estuvieran aquí para quitarme la vida, lo habrían hecho ya.

—Perdieron las Tierras Bajas y desean a la comarca de los Lagos —susurro—. Saben que no pueden ganar sin que alguno de nosotros haga el trabajo sucio.

—Hacemos suficiente trabajo sucio con nuestras propias manos, *princesa* —replica Anabel con voz baja de enfado. Hace énfasis en mi título de nacimiento; si no reconoce a Maven como rey, a mí no me considerará una reina.

—Dan demasiado crédito a su escudo Montfort —les digo—. ¿En verdad la fuerza de los nuevasangre es superior al poderío de nuestras tres naciones?

Julian junta las manos en su regazo, pensativo; es difícil alterarlo.

—Todos sabemos que el poderío absoluto de la comarca de los Lagos jamás saldrá en ayuda de Maven Calore.

Eso duele. Fue una tontería haber hecho ese comentario a Mare a través del nuevasangre en la prisión de las Tierras Bajas, por el mero gusto de hacerlo. Es evidente que ella difundió el mensaje, o quizá los ninfos somos así de transparentes. Replico furiosa:

—Así como todos sabemos que la alianza de ustedes con los Rojos no perdurará. Ese es otro polvorín a la espera de hacer erupción.

Esto le incomoda. Cambia de posición y un ligero tono gris colorea sus mejillas. No es el caso de Anabel, quien reacciona y sonríe como si yo

acabara de servirle un platillo delicioso. No sé por qué, siento que he dado un paso en falso.

Alarga la mano y retrocedo para escapar a su alcance. Mi temor la divierte.

—Podemos ofrecer algo más.

Julian se avergüenza más todavía, frunce el ceño y baja la mirada; interrumpe así su contacto visual conmigo, depone en esencia su única arma. Si en este momento me abalanzara sobre él, tomaría la delantera, pero Anabel está muy cerca, es demasiado peligrosa.

Además, debo admitir que deseo saber cuál es la última pieza de su propuesta.

—Continúe —digo con voz casi inaudible.

Exhibe una sonrisa amplia e intencionada. Y pese a que Maven es obra de su madre, veo algo de él en su abuela, en esa sonrisa mordaz y esa mente intrigante.

—Salin Iral apuñaló a su padre por la espalda —el recuerdo me hace estremecer—. ¿Acierto si supongo que le agradaría sostener una conversación con él?

Cometo el error de contestar sin pensarlo.

—Me gustaría poder decirle un par de cosas, en efecto —el ilusorio sabor de la sangre llena mi boca.

—Sin duda sabe por qué ocurrió eso.

El dolor me estremece. La muerte de mi padre es todavía una herida abierta y supurante.

—Porque así es la guerra, la gente muere en ella.

Sus ojos se ensanchan, tan oscuros como bronce derretido.

—Porque Salin Iral cumplió órdenes.

La congoja que siento por mi pérdida se torna sin cesar en ira y sube ardiente y suplicante por mi espalda.

—Volo —siseo sin remedio. El nombre del rey Samos se avinagra en mi boca.

Ella sabe cómo presionarme.

—¿Le gustaría hablar con él también? —escupe, casi seductora. A su lado, Julian me mira de nuevo, con labios apretados y arrugas más intensas.

Respiro hondo.

—Sí, es un hecho que me gustaría —exhalo—. ¿Cuál es su precio?

Me lo dice con una sonrisa.

Se pierden como fantasmas en la ciudad. Bajan del transporte en una esquina muy concurrida y desaparecen en medio de las filas de sirvientes Rojos y de Plateados del común. Todo indica que mis guardias no lo notan o valoran y retoman la ruta prevista. Julian Jacos hizo bien su trabajo; cuando regreso al palacio, es como si nada hubiera ocurrido. Ninguno de mis agentes da trazas de saber que perdió veinte minutos bajo el hechizo de un arrullador.

Me escabullo de prisa en dirección al santuario enclavado en mis aposentos, necesitada de ese conocido y, por fortuna, vacío espacio para ordenar mis ideas.

Mi madre debe ser informada lo más pronto posible de lo que acaba de suceder. No estoy segura, sin embargo, de que mi mensaje no sea interceptado, incluso a través de los más secretos canales. La oferta de Anabel podría provocar que yo terminara degollada, quemada, mutilada o asesinada. Este mensaje solo ha de ser entregado en persona.

Me las arreglo para llegar a salvo a mis habitaciones. Despido a mis centinelas en la puerta, como de costumbre. Solo hasta que me encuentro sola reparo en lo que hice y lo que acaba de pasar.

Comienzo a temblar, mis manos vacilan en lo que enfilo hacia mi recibidor. Mi pulso se acelera. Imagino a Salin Iral y Volo bajo mis manos, que los ahogo, que mueren. Pagan el máximo precio por lo que le hicieron a mi padre.

—¿Había mucho tráfico en el puente?

Me paralizo y abro mucho los ojos. Su voz me infunde temor, sobre todo si procede de mi recámara.

Mi instinto me aconseja que corra, que haga cualquier cosa, por absurda que sea: huir de la ciudad, hallar un camino a casa. Pero es imposible. En cambio, me obligo a atravesar la doble puerta que conduce a mi dormitorio, hacia lo que podría ser mi ataúd.

Maven está perezosamente tendido en mi cobija blanca, con una mano bajo la cabeza y la otra sobre su pecho. Mueve los dedos de color blanco hueso sobre una más de sus innumerables camisas negras. Luce aburrido y enojado, una mala combinación.

—Buenas tardes, esposa —me dice.

Paseo la mirada por el cuarto en busca de una de las muchas fuentes que mantengo cerca, no por motivos decorativos sino para que me protejan. Siento que cada una de ellas ondula y acomete, y con ello me basta si acaso esto diera un giro desagradable; si él sabe lo que hice, lo que aquilaté y acepté.

—¿Qué haces aquí? —es inútil que adopte el papel de esposa abnegada cuando estamos solos. Él sabrá que algo marcha mal, si no es que ya lo sabe.

O quizás esté aquí, comprendo con un escalofrío, para que cumpla mis postergados deberes maritales; no sé qué me aterra más. Acepté esto, sabía que estaba incluido en el trato, sabía que él formaba parte de nuestra alianza. A lo mejor sobreestimé su obsesión con Mare, o se ha erosionado.

Hace girar su cabeza para mirarme, con una mejilla contra la seda. Un mechón negro cae sobre su frente. Se ve más joven hoy, también más maniático. El azul de sus ojos es eclipsado por sus negras y anchas pupilas.

—Necesito que envíes un mensaje a la comarca de los Lagos —dice—. A tu madre.

Quédate quieta. No te muevas. No muestres alivio, me digo al tiempo que mis rodillas amenazan con fallar.

—¿Para decirle qué? —visto una máscara de indiferencia.

Se mueve con agilidad, se levanta con sueltos movimientos. Aunque Tiberias es el hermano guerrero, Maven no carece de habilidad física.

—Vamos a dar un paseo, Iris —responde con una sonrisa repentina.

No tengo otra opción que obedecer, pese a lo cual ignoro su brazo tendido y guardo una distancia de unos centímetros. Como no habla, salimos en silencio de mis aposentos. Siento como si colgara del extremo de una cuerda suspendida arriba de un precipicio. Mi corazón late con violencia y hago lo posible por mantener mi máscara durante nuestro prolongado recorrido. Solo una vez que llegamos a la sala del trono, vacía a esta hora, se vuelve hacia mí.

Me preparo para el golpe y me dispongo a defenderme.

—Dile a tu madre que tenga listos su flota y sus ejércitos —dice como si comentara algo sobre mi vestido.

La sorpresa reemplaza en mí al temor.

Sube los escalones que conducen más allá del trono y esquivo la influencia de la roca silente, cuyo solo roce me hace tragar saliva.

—¿Cómo? ¿Ahora mismo? —me llevo una mano a la garganta. Mi mente se acelera al tiempo que lo estudio en busca de la mentira. Ha transcurrido una semana apenas desde que Bracken recuperó las Tierras Bajas y de seguro la coalición de su hermano se reagrupa aún—. ¿Hemos sido atacados?

—No en este momento —se encoge de hombros y prosigue su marcha, me lleva consigo todavía—. Pero lo seremos muy pronto.

Entrecierro los ojos, siento un malestar muy profundo.

Se aproxima a una de las puertas detrás del trono, la que conduce a las cámaras públicas de la reina: una biblioteca, un estudio, salas de estar. No las

uso, prefiero mi santuario.

La cruza y tengo que seguirlo.

—¿Cómo lo sabes? —el pánico se acumula en mi estómago.

Sube los hombros de nuevo. La sala está a oscuras, pesa das cortinas cubren las ventanas. Apenas distingo los paños blancos y azul marino, los colores de la reina que antes usaba este lugar. El recinto huele a polvo y desuso.

—Conozco a mi hermano —contesta—. Más aún, sé lo que necesita y lo que este país necesita de él.

—¿Y eso qué es?

Lanza una sonrisa de suficiencia y abre otra puerta, a las salas de estar. Sus dientes destellan en la penumbra; se empeña en parecer un depredador.

Algo en la habitación siguiente me obliga a hacer una pausa, me causa un hondo *dolor*.

Aunque permanezco inmóvil, displicente en apariencia, mi corazón late con fuerza.

—¿Maven? —musito.

—Cal tiene aliados, pero no los suficientes, no en Norta —el joven rey tamborilea los dedos, con ojos vidriosos, mientras piensa en voz alta; permanece en la entrada, en el umbral, no atraviesa la puerta—. Aun cuando desea atraer más súbditos míos, no es un diplomático; es un guerrero, y peleará para obtener el beneplácito de las Grandes Casas, demostrar que *merece* mi corona. Tiene que inclinar la balanza a su favor, hacerles creer a los nobles que la suya no es una causa perdida.

Maven no es ningún tonto; su fuerte es predecir las acciones de sus rivales, y esta la razón de que haya sobrevivido —y vencido— tanto tiempo.

No quito los ojos de la entrada, me obstino en ver lo que hay adentro. La sala está sumergida en un negro más que profundo.

—Así que atacará otra ciudad, la capital incluso —chasquea los dedos como si fuera una niña tonta en el aula y reprimo el deseo de hundir su cabeza en la fuente más próxima—. Mi hermano y su coalición intentarán tomar por asalto Harbor Bay.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso?

Frunce los labios.

—Es su mejor opción: el fuerte, los barcos en el puerto, por no mencionar su valor sentimental —expele estos términos con repulsión—. Su madre adoraba esa ciudad —juguetea con el pestillo de la puerta abierta; la cerradura da una impresión de solidez, es más complicada de lo que debería.

Trago saliva. Si él piensa que Cal arremeterá contra Harbor Bay, lo creo, y no quiero a mi madre ni a nuestros ejércitos cerca del conflicto. Se me ocurren varias excusas por esgrimir.

—Nuestra flota está en los Lagos aún —le digo como si me disculpara—. Tardará mucho en llegar.

Mis palabras no le sorprenden, y ni siquiera le preocupan. Se acerca a mí, sus manos están a unos centímetros de las mías; siento el calor nauseabundo de su piel.

—Lo supuse —revira—, así que le daré un incentivo a tu soberana madre.

Se me revuelve el estómago.

—¿Cuál?

Su sonrisa destella. La aborrezco.

—¿Alguna vez has ido a Harbor Bay, Iris?

—No —si fuera una persona inferior, sin instrucción, mi voz temblaría; no por el temor, como él quisiera, sino por la rabia que se apodera de mí como una tormenta.

Él no lo advierte. O no le importa.

—Espero que disfrutes tu visita —no deja de sonreír.

—De modo que seré la carnada —siseo.

—¡Jamás te calificaría como carnada! Eres un *incentivo* —suspira—. Sí, creo que así te llamaré.

—¡Cómo te atreves…!

Sube la voz, habla por encima de mí.

—Contigo en la ciudad, lista para encabezar la defensa, tu madre hará lo que debe para cumplir su parte en nuestra alianza, ¿no crees? —no espera a que conteste, cierra un puño en su costado y continúa, con un tono punzante —: Necesito los ejércitos que me prometieron, necesito refuerzos, necesito ninfos en el puerto que inunden esa ciudad y a todos los que estén en ella.

Asiento con premura, así sea solo para aplacarlo.

—Se lo diré, pero no te garantizo…

Acorta la distancia entre nosotros y me tenso. Cierra su puño en mi muñeca y tira de mí. Contengo el instinto de pelear, solo terminaría en sufrimiento.

—Así como yo no garantizo tu seguridad allá —se detiene en seco en la tenebrosa entrada y tuerce la boca, divertido— y ni siquiera aquí.

A una señal, el acceso a nuestras espaldas se llena de centinelas, todos ellos fuertes, enmascarados y ataviados, radiantes con sus negras joyas y sedas flamantes. Son mis guardias… y mis carceleros.

Comprendo qué es esto, el recinto siguiente, el lugar oscuro donde Maven se encuentra tan a gusto.

Su trono no es aquí lo único hecho con roca silente.

La amenaza centellea, es el filo de una navaja contra mi cuello. Su mano se tensa, sus dedos se enfrían sobre mi piel. Será imposible eludir las órdenes de Maven.

—¿Qué hay de ti, mi rey justo y valiente? —interrogo mientras contemplo el negro recinto y percibo el borde adormecedor de la roca.

No reacciona al insulto, es demasiado listo para eso.

—Ponte tu armadura, Iris. Aguarda la tormenta. Y ruega por que tu madre actúe tan rápido como mi hermano.



DIECIOCHO
Mare

No hay estrellas en las proximidades de Ciudad Nueva. El cielo alrededor de la barriada está permanentemente cubierto por una capa de hedionda y ponzoñosa contaminación incluso en las afueras, donde la nociva bruma se adelgaza al máximo. Subo la pañoleta que cuelga de mi cuello para respirar a través de la tela.

Los demás soldados que me rodean hacen lo mismo, cubren su cara contra el aire tóxico, con excepción de Cameron, que está acostumbrada a esta neblina.

Siento un gran alivio cada vez que veo que su esbelta y oscura figura se desplaza con agilidad por el negro bosque. Es tan alta que resulta fácil distinguirla entre las docenas de personas que marchan con nosotros. Kilorn se mantiene a su lado, con su conocida silueta. Mientras los observo, mi alivio se convierte en vergüenza.

Cameron escapó de la base de las Tierras Bajas y huyó a los pantanos con su hermano y una escasa docena de supervivientes más. No ha muerto, a diferencia de muchos otros: soldados Rojos de la Legión de la Daga, niños que juramos mantener a salvo; nuevasangres de Montfort y la Muesca; Rojos y Plateados. Son tantos que la cabeza me da vueltas.

Y ahora arrojo a Cameron directo al peligro.

—Gracias por aceptar esta misión, Cam —le digo con voz casi inaudible, como si un simple agradecimiento significara algo.

Sonríe y me mira por encima del hombro. Sus dientes refulgen bajo la débil luz de nuestras linternas; pese a las terribles circunstancias, nunca la había visto sonreír como esta noche.

—No la habrías cumplido sin mí —murmura en son de burla—. Pero no me des las gracias, Barrow; he soñado con un día como este desde que era

una niña. Ciudad Nueva no sabrá de dónde diablos salió el golpe que le asestaremos.

—Así es —susurro para mí y pienso en la mañana que nos espera.

El temor y los nervios me invaden como lo hicieron durante el vuelo desde la Fisura. Estamos a punto de tomar por asalto el barrio tecnológico en el que Cameron nació, un lugar rodeado de murallas, guardias y décadas de opresión.

Y no somos la única ofensiva en marcha. Muchos kilómetros al este, el resto de nuestra coalición se dirige a Harbor Bay.

Los efectivos de la Fisura atacarán por mar y la flota de Laris estará lista en el cielo. Tiberias y Farley se hallan ahora en los túneles, donde se preparan para encabezar la embestida del ejército contra la ciudad. Intento imaginar el triple asalto, diferente a cualquier otra batalla a las que he sobrevivido hasta hoy, entre otras cosas porque ni el príncipe de fuego ni Farley están conmigo aquí, lo mismo que tantos otros que quiero. Por lo menos el fiel Kilorn continúa a mi lado, rebosante de resolución. Supongo que hay una simetría en esto: volvemos a ser los que fuimos, reptamos por callejones, vestimos sucias prendas, ocultamos nuestros rostros anónimos, somos sombras, ratas.

Ratas que ya tienen dientes más afilados y garras más largas.

—Estos árboles están cada vez peor. —Cameron pasa una mano por la negra corteza de un árbol de la barrera, uno más entre los miles de este maldito bosque. Hecho por guardafloras, el propósito de estos árboles era cerrar el paso a la contaminación de la barriada; los hay por igual en torno a las murallas de todos los barrios tecnológicos—. Quien los sembró no tiene el cuidado de mantenerlos. Cualquiera que haya sido su función, no la cumplen más.

»Piensan que nos envenenan solo a nosotros —prosigue, con una voz llena de rabia—. Pero se envenenan ellos también.

Avanzamos bajo la cubierta de los sombras de Haven y la habilidad atenuadora de Farah, una de las nuevasangre que recluté en la Muesca. En lugar de disfrazar a cada uno de nuestros cincuenta efectivos, nos ocultan como grupo, nos tapan con sus habilidades como con una manta. Somos invisibles e inaudibles para cualquiera que se encuentre fuera de su círculo de influencia, lo que nos permite pasar frente a ellos como si nada. A pesar de que nos vemos y oímos entre nosotros, nadie que esté a unos metros puede hacer lo mismo.

El premier Davidson marcha en silencio detrás de mí, flanqueado por sus guardias. La gran mayoría del ejército de Montfort asaltará Harbor Bay, pero

algunos nuevasangre clave están aquí con él. No usan sus uniformes de costumbre; incluso Ella, Tyton y Rafe han envuelto su cabello en gorras o pañoletas y se mezclan con el resto de nosotros vestidos con desechos: harapos, chamarras parchadas de prisa y pantalones raídos, prendas propias para esta misión obtenidas por cortesía de la red de contrabandistas Whistle de Harbor Bay. Me pregunto si acaso las trajo una ladrona, una chica sin otra opción que robar y ninguna otra posibilidad de supervivencia.

El aire se vuelve más denso conforme nos aproximamos y algunos de los nuestros tosen: el humo y las emisiones tóxicas les provocan náuseas. El hostigante olor de la gasolina se deja sentir, como si la tierra bajo nuestros pies estuviera impregnada de ella. Arriba, las grasientas hojas rojas de los árboles de la barrera se sacuden al viento; aun en la oscuridad, parecen sangre.

—Ya estamos cerca de las murallas, Mare. —Kilorn me da un golpe de advertencia en el hombro.

Asiento a modo de agradecimiento y bajo un tanto los párpados para ver entre los árboles. En efecto, las gruesas paredes de Ciudad Nueva se alzan ante nosotros. Pese a que no son tan imponentes como el cristal de diamante de un palacio ni tan intimidatorias como los altos muros de piedra de una ciudad Plateada, son de todas maneras un obstáculo que vencer.

El liderazgo le sienta bien a Cameron, aunque no lo admitirá jamás. Se endereza cuan larga es a medida que nos acercamos. ¿Habrá cumplido ya dieciséis años? Las adolescentes como ella no tienen por lo común tanta intrepidez y aplomo.

—¡Cuidado con los pies! —sisea arriba de mí para que el mensaje circule entre nuestras filas y luego enciende su lámpara de mano, de tenue luz roja. Los demás seguimos su ejemplo, salvo los sombras de Haven, quienes afinan su atención para esconder ese resplandor infernal—. Los túneles están detrás de la línea de árboles; arrastren los pies, busquen la maleza gruesa.

Hacemos lo que nos indica y Kilorn abarca más terreno que yo; lanza sus largas piernas sobre hojas muertas y en descomposición para buscar a tientas la reveladora dureza de una trampilla.

—Supongo que no recuerdas dónde está, ¿cierto? —le pregunta a Cameron.

Acuclillada en el piso y con las manos sobre las hojas, ella voltea a verlo.

—Nunca he estado en los túneles —resopla—. No tengo edad para haber hecho corridas de contrabando; además, mi familia no estilaba esas cosas —

entrecierra los ojos—. Lo que debes hacer es mantener fija en el suelo tu maldita cabeza, para que sepamos adónde iremos a dar.

—O sea que debo buscar un agujero en la tierra —replica él con un leve tono de sarcasmo.

—Tu verdadero papel es dirigir un ejército, Cameron —tercio.

Tensa su expresión pero sus labios esbozan algo similar a una sonrisa triste. La comprendo; en Corvium dijo que dejaría atrás la muerte, la carga arrasadora de su habilidad para silenciar y sofocar; su meta ahora es proteger y defender. A pesar de que tiene más razones que la mayoría para sentir rabia y buscar venganza, es tan fuerte que mira para otro lado.

Yo no.

Los túneles resplandecen bajo nuestra luz roja, que nos baña a todos de color carmesí, incluso a los Plateados leales a Cal o a la Fisura: los sombras de Haven, los sedas de Iral. Una docena de ellos se disgrega entre nosotros, por un momento todos somos rojos como el amanecer.

No les quito la vista de encima mientras pasamos bajo las murallas de Ciudad Nueva; siguen órdenes de sus reyes y señores. Pese a que no confío en ellos ni por asomo, confío en sus lealtades: los Plateados son fieles a su sangre, ella es quien manda.

Y nosotros tampoco estamos indefensos.

Ella y Rafe cierran la marcha. Ambos se muestran tonificados por nuestra misión, ansiosos de un combate más después de nuestra derrota en las Tierras Bajas. Tyton se acomoda a la mitad de nuestro grupo para que yo ocupe la delantera y los electricones nos distribuyamos en forma pareja. Sus ojos centellean bajo la luz pálida.

Cameron se lleva la mano a la cadera, cuenta sus pasos, está al pendiente de las murallas con una concentración especial. Pasa un dedo sobre el punto donde la tierra apisonada muda a concreto. Algo cambia en ella, sus facciones se ensombrecen.

—Sé lo que se siente regresar convertida en otra persona —murmuro.

Lanza rápido sus ojos a los míos, sube una ceja.

—¿De qué hablas?

—Volví a casa una sola ocasión después de que descubrí lo que yo era —le explico. *Aunque fueron unas cuantas horas, bastaron para cambiar mi vida de nuevo*. El recuerdo de esa visita a mi antigua aldea es difícil, si no es que penoso; Shade no había muerto aún, pero creí que lo estaba y me

incorporé a la Guardia para vengarlo mientras Tiberias esperaba afuera, recargado en su motocicleta remodelada, un príncipe todavía, *un príncipe siempre*. Intento librarme de ese recuerdo como de un mal sueño—. No te será nada fácil ver cosas que no reconoces más.

Tensa la quijada.

—Este no es mi hogar, Barrow; ninguna prisión lo es —musita—. Y las barriadas no son otra cosa que cárceles.

—¿Por qué no escapan entonces? —pregunta Kilorn con rudeza y yo querría golpearlo por su falta de tacto; advierte mi mirada y continúa—: Digo, tienen estos túneles…

La sonrisa que ella adopta en respuesta me sorprende.

—No entenderías, Kilorn —sacude la cabeza y entorna los ojos—. Piensas que creciste en condiciones difíciles pero estas son mucho peores. ¿Qué te ataba a esa aldea ribereña: un poco de dinero, un empleo, los agentes que te veían de reojo? —él se contrae conforme Cam recita esa letanía—. A nosotros nos ataba esto —se lleva la mano al cuello y cuando tira de él revela su garganta tatuada, estampada en tinta indeleble con su ocupación, lugar y prisión: *NT-ARSM-188907*—. Cada uno de nosotros es un número allá —apunta arriba con un dedo—. Si desapareces, el siguiente número en la fila desaparece también, y no de buen modo. Familias enteras tendrían que huir, ¿y adónde irían?, ¿adónde *podrían* escapar? —su voz se apaga, el eco se extingue entre las sombras rojas—. ¡Ojalá todo esto fuera cosa del pasado! —susurra, así sea solo para sí misma.

—Te aseguro que lo será —replica Davidson a prudente distancia y sus ojos angulosos se arrugan cuando le dirige una amarga sonrisa. Aunque sea solo eso, el premier es un testimonio viviente de lo posible, de las alturas a las que alguien como nosotros puede llegar.

Cameron intercambia conmigo una mirada. Queremos creer en lo que él dice.

Debemos creer.

Ato con fuerza mi pañoleta y parpadeo para contener las punzantes lágrimas que se acumulan en mis ojos. El aire parece que quema y mi piel arde. Es seco y húmedo al mismo tiempo, poco natural y de una calidad *pésima*.

No ha amanecido todavía y el cielo ahumado es más ligero que poco antes de la salida del sol. Un silbido eléctrico y agudo se deja oír al fondo del

callejón y retumba en la barriada, de una fábrica a otra, para señalar la migración multitudinaria en la que consiste el cambio de turno.

—La marcha del amanecer —balbucea Cameron.

El espectáculo me quita el aliento: centenares de obreros Rojos inundan las calles de Ciudad Nueva. Son hombres, mujeres y niños de piel oscura y rostro pálido, jóvenes y viejos, y todos caminan penosamente bajo el aire contaminado en un tétrico desfile. La mayoría se mira los pies; el trabajo los ha consumido ya, este sitio ha acabado con ellos.

La rabia que arde siempre en mi corazón se aviva.

Cameron se sumerge en esa masa de trabajadores y Kilorn y yo la seguimos. Detrás de nosotros, el resto de nuestro grupo se mezcla con las incontables caras sucias, entre las que se pierde con facilidad. Busco a Davidson a mis espaldas y veo que permanece a prudente distancia; bajo una luz cada vez más intensa, su rostro adquiere una expresión rígida, la cual delata las arrugas que la edad y las preocupaciones han inscrito en su piel. Cierra un puño dentro de su chamarra, cerca del corazón, y me dirige una inclinación seca.

El incesante desfile de trabajadores desemboca en otra calle, más amplia que las demás y flanqueada por impasibles edificios de departamentos en una suerte de formación militar. Otro turno de obreros avanza en nuestra dirección, con el propósito de reemplazarnos.

Cameron me da un codazo para que la siga junto con el resto de los trabajadores Rojos, quienes abren rápida y acompasadamente un espacio intermedio para que pasen sus compañeros del nuevo turno. Mientras lo hacen, ella mete un puño en su chamarra, como lo hizo Davidson.

Hago lo mismo.

Para distinguirnos.

Quienes nos escoltan no pertenecen a la Guardia Escarlata, o por lo menos no antes de que todo esto empezara. Deben su lealtad a sus iguales y su barriada; a sus pequeñas resistencias, las únicas que son posibles aquí.

Nuestro acompañante es un hombre alto y de piel negra, esbelto como Cameron, de cabello trenzado en un tenso y pulcro moño con matices de gris. Cameron bate un pie en lo que él se acerca, su cuerpo irradia energía. Cuando llega junto a nosotros, la toma del brazo.

—¡Papá! —deja escapar al tiempo que él la estrecha—. ¿Dónde está mamá?

Él cubre su mano con la suya.

—Está de turno. Le dije que no levantara la cabeza ni cerrara los ojos, y que echara a correr al primer relámpago.

Cameron exhala despacio, se inclina y asiente para sí. La oscuridad que nos rodea no cesa de disiparse en ligeras sombras azules conforme el amanecer se avecina.

—¡Perfecto!

—Espero que no hayas traído a Morrey a este sitio —añade con un tono de reprensión que me resulta familiar; me recuerda los días en que mis padres me censuraban a causa de un plato roto.

Ella echa atrás la cabeza para mirar los negros ojos de su padre.

—¡Por supuesto que no!

Pese a que no quisiera interrumpir su encuentro, debo hacerlo.

—¿Dónde está la estación de energía eléctrica? —me vuelvo hacia el viejo Cole.

Me mira con un rostro amable, lo cual no es poca cosa en un lugar como este.

—Hay seis de ellas en Ciudad Nueva, una para cada sector, pero bastará con que inutilicemos la central.

La mención de nuestro plan activa algo en Cameron, quien se endereza y se concentra.

—Por aquí —dice de pronto y nos hace señas para que la sigamos.

El cambio de turno es mucho más agitado que los peores días de mercado en Los Pilotes. Oficiales Plateados vestidos con uniformes negros están de guardia, no en el terreno, en las sucias calles, sino desde las largas pasarelas y ventanas de los ominosos puestos de vigía, oficiales y puestos que conozco muy bien. Cuando paso a su lado y los observo, advierto su desinterés; no es el mismo que los Plateados nos infligen en la corte, su manera de hacernos sentir menos de lo que ya somos, sino mero aburrimiento y abandono. Aquellos a quienes se destina a las barriadas no son guerreros de linajes importantes; nadie envidiará su puesto.

Los agentes de seguridad de Ciudad Nueva son mucho más débiles que el enemigo al que estoy acostumbrada. Y no tienen idea de que ya estamos aquí.

El padre de Cameron la observa con atención a lo largo de nuestra marcha. Tiemblo cuando me mira antes de volverse hacia su hija.

—Entonces es verdad que eres… diferente.

Me pregunto qué es lo que ha llegado a sus oídos, qué les dijo la Guardia a sus contactos en Ciudad Nueva. La propaganda y las emisiones manipuladas

de Maven dejaron en claro la existencia de los nuevasangre. ¿Sabe lo que su hija es capaz de hacer?

Ella le sostiene la mirada como a un igual.

—Lo soy —dice sin inmutarse.

—Y acompañas a la Niña Relámpago.

—Así es —contesta.

—¿Y este es…? —mira a Kilorn, quien le brinda una sonrisa socarrona, se toca la frente y hace una leve reverencia.

—Yo soy el fortachón.

El señor Cole ríe al tiempo que contempla la alta y magra figura de Kilorn.

—¡Desde luego que lo eres, muchacho!

Los edificios que nos rodean son cada vez más altos y precarios. Hay grietas en las paredes y rajaduras en las ventanas, y cada bloque precisa de una capa de pintura o un buen aguacero. Los trabajadores en torno nuestro empiezan a desprenderse del contingente y parten entre despedidas a edificios distintos. Todo tiene una apariencia de normalidad.

—Gracias por su ayuda, señor Cole —digo entre dientes sin dejar de ver hacia delante. Escondo el rostro durante nuestro paso por un arco sobre el que hay agentes Plateados.

—Deles las gracias a los ancianos, no a mí —contesta, sin tomarse la molestia de ocultarse de los vigilantes, para quienes él no es nada—; se han preparado para esto desde hace mucho tiempo.

La vergüenza provoca que se me tense la garganta.

—Porque alguien debió actuar hace años. —*Alguien como tú, Tiberias; sabías que existían sitios como este, y en beneficio de quiénes y para qué.*

Cameron aprieta los dientes.

—Por lo menos ya hacemos algo ahora —cierra un puño a su costado; si quisiera, podría matar con su habilidad a los dos guardias que deambulan arriba de nosotros, tirarlos del arco.

Continuamos nuestro camino sin incidentes hasta que quedamos bajo la sombra del gris y desvencijado edificio al final de la calle residencial, con un aspecto de bloques de juguete de un niño gigantesco apilados contra el brumoso azul. Una de sus secciones es más alta que el resto y está salpicada de lúgubres y apagadas ventanas.

Ese es nuestro destino.

El señor Cole me mira y luego desplaza la vista hacia la mole departamental.

—Suban, Niña Relámpago —dice en voz baja—. Suban alto, griten fuerte; ese es el plan, ¿cierto?

—Sí, señor —ya invoco el relámpago, siento que responde desde lo más profundo de mi ser.

Cuando llegamos a la planta baja del edificio, somos ya casi los únicos en la calle, solo acompañados por los rezagados. Cameron se da la vuelta hacia su padre con ojos muy abiertos.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

Él gira la muñeca, consulta su reloj y frunce el arrugado ceño.

—Nada —contesta—. Deben irse.

Ella pestañea rápido y tensa la mandíbula.

—Está bien.

—Creo que esto es suyo, señor. —Kilorn saca de su chamarra una pistola pequeña y una caja extra de municiones.

El padre de Cameron mira el arma como si fuera una serpiente capaz de morderlo. Puesto que vacila, ella se la arrebata a Kilorn y la aprieta contra el pecho de él, con ojos suplicantes.

—Apunta y dispara, papá; no titubees —le dice con apremio—. Los Plateados no lo harán.

El señor Cole guarda lenta y cautelosamente la pistola en el morral que cuelga de su costado. Cuando se vuelve, alcanzo a ver el tatuaje en su cuello.

—De acuerdo —dice aturdido; pienso que comienza a darse cuenta del verdadero significado de todo esto, se aclara la garganta—. Los técnicos del nuevo turno en la central ya están informados; dejarán sin energía la ciudad en el momento en que ustedes lancen su primer ataque, tan pronto como la señal atraviese la urbe, para coordinar con su tormenta el corte sistemático de energía. Los Plateados no sabrán que nosotros estamos detrás de esto y ustedes ganarán un poco de tiempo.

Esta parte del plan fue muy bien preparada por la Guardia y sus contactos en la urbe.

—¿Todos están al tanto de los explosivos? —pregunto, así sea solo para estar segura. Los milicianos de la Guardia que ingresaron con nosotros a hurtadillas ya están dispersos en toda la ciudad, para colocar sus bombas, nuestras trampas.

La expresión de Cole se ensombrece y la frente se le arruga.

—Todos los que son de fiar. Quizás haya enemigos en nuestras filas, pero tenemos informantes por doquier.

Trago saliva e intento no pensar en lo que sucedería si alguien que no debe supiera lo que está a punto de ocurrir. El propio Maven podría abalanzarse sobre Ciudad Nueva y sofocar nuestra rebelión, hacer que este emponzoñado y contaminado suelo se desplome sobre nosotros. Y si fracasamos aquí, ¿qué será de las demás barriadas?, ¿qué demostrará eso?

Que no puede hacerse nada. Que es imposible salvar a estas personas.

Kilorn percibe mi desazón y me da una palmada en el hombro, así sea solo para liberarme de ella. Como era de esperar, Cameron está más preocupada por su padre.

—Bueno —le dice—, solo fíjate dónde pones los malditos pies.

Cole chasquea la lengua.

—No digas maldiciones, Cam.

Sin previo aviso, ella sonríe y cuelga sus largos brazos del cuello de él, lo estrecha con fuerza.

—Dale un beso a mamá de mi parte —le susurra.

—La besarás tú misma muy pronto —secretea él en respuesta y la levanta un poco del suelo. No dejan de mirarse uno a otro mientras se abrazan durante un momento frágil y fugaz.

Es inevitable que piense en mi familia, tan lejos de mí, a salvo; resguardada en las montañas y protegida por miles de kilómetros y otro país, el cual ha jurado combatir con nosotros. Mi familia tiene esperanzas por primera vez en mucho tiempo; esto no es justo para Cameron, quien ha enfrentado cosas mucho peores que yo. Sin embargo, me alegra no tener que soportar, aparte de todo, la carga de la seguridad de mi familia; apenas puedo manejar el peligro que corren quienes quiero y que están en la lucha todavía.

Cameron es la primera en apartarse en un acto de indecible fortaleza, como lo es también que él le permita partir. El señor Cole da un paso atrás, resuella y se mira los pies, oculta el hecho de que los ojos se le han enrojecido de súbito. Lágrimas se acumulan por igual en los ojos de Cameron y ella raspa su bota en la calle polvorienta para distraerse.

—¿Es hora de irnos? —se vuelve hacia mí con la mirada húmeda.

—Subamos.

Vigilamos la ciudad con ojos de lince, cada cual en una ventana que da a una dirección diferente. Limpio el vidrio con la manga y lo único que consigo es esparcir sucias rayas café. El aire del desván donde estamos se llena de polvo

cada que nos movemos. Kilorn acerca una mano a la boca para toser, despide un sonido ronco.

—Veo humo de este lado, entre esas fábricas —dice.

En su ventana, Cameron alza un hombro.

—Es el sector automotor —explica sin voltear—. Las líneas de montaje se atascaron hace media hora. Echarán a los obreros, ellos se aglomerarán en las puertas para exigir su jornal, los supervisores se lo negarán y los oficiales harán lo posible por preservar el orden —sonríe para sí—; será un desastre.

—¿De qué color es el humo, Kilorn? —inquiero sin interrumpir el examen de mi sección del horizonte. A esta altura Ciudad Nueva luce más pequeña pero igual de deprimente, gris y repleta de esmog, con nubes bajas de una niebla brutal. A pesar de que vibra lentamente, la electricidad es casi abrumadora ya.

—Normal —responde Kilorn—, de color gris.

Emito un resoplido gutural, ansiosa de que esto empiece de una vez por todas.

—Si es el humo normal de las chimeneas —dice Cameron—, no es la señal.

Él cambia de posición y tose de nuevo; hago una mueca a causa de la brusquedad de ese ruido.

—¿Me repiten qué es lo que buscamos?

—Cualquier cosa que *no sea* normal —contesto entre dientes.

—¡De acuerdo! —ruge.

En el otro extremo de la habitación de techo bajo, Cameron bate los nudillos sobre la grasosa ventana.

—¿Saben qué? Quizás esta rebelión tendría más éxito si no dependiera de unos simples adolescentes —le lanza una sonrisa a Kilorn—, sobre todo de los que no saben leer.

Él suelta una carcajada, ha mordido el anzuelo.

—¡*Sí* sé leer!

—¿Pero los colores escapan a tu comprensión? —reacciona ella con lacerante celeridad.

Él se encoge de hombros y levanta las manos.

—Mi único propósito era conversar un poco.

Cameron resopla y entorna los ojos.

—¡Vaya si necesitamos distraernos ahora, Kilorn!

Aprieto los labios para no reírme de los dos.

—¿Así nos vemos Tiberias y yo cuando discutimos? —pregunto con una ceja alzada—. Porque si es así, ofrezco mis más sinceras disculpas.

Al tiempo que Kilorn enrojece, Cameron se vuelve hacia su ventana, contra cuyo cristal casi oprime el rostro.

Pasé por alto lo que sucedió entre Shade y Farley, ¿también me perdí de esto?

—No, ustedes son diez veces peor —dice Kilorn por fin, con un gruñido grave.

Cameron resuella en la ventana opuesta.

—¡Querrás decir cien!

Sonrío y los miro; están demasiado nerviosos, incluso para nuestras circunstancias. Aunque trato de interpretar la tensión en los hombros de Kilorn, el sonrojo que todavía colorea sus mejillas es más delator.

—Caí en eso, ¿cierto? —volteo hacia mi ventana.

Detrás de mí, él ahoga la risa.

—¡Desde luego!

Cameron azota su ventana con una mano y sisea:

—Hay humo verde, ¡es en el sector del armamento, mierda!

Kilorn salta a su lado, saca su revólver y la mira con preocupación.

—¿Por qué *mierda*?

—Porque ese es el sector que tiene más seguridad —responde y se quita la chamarra con movimientos acompasados, para dejar al descubierto su arma y una navaja siniestra que espero que no se vea obligada a usar—, por obvias razones.

Exhalo despacio y el relámpago estalla y crepita en mi interior.

—Y también el que tiene más probabilidades de explotar.

Kilorn se endereza y frunce el entrecejo. Toca apenas a Cameron en el brazo y la aleja de la ventana.

—Encarguémonos de que eso no ocurra —musita y lanza una patada contra el cristal.

Pedazos de vidrio vuelan fuera y dentro, impelidos por el vigor del golpe. Sin dejar de hacer una mueca, pasa por el marco una manga de su chamarra para desprender los restantes filos dentados y retrocede para que yo pueda asomarme y apoyarme en el alféizar. Un viento neblinoso me da en la cara y huelo las emisiones tóxicas y el distante incendio. Sin vacilar, saco una pierna y después la otra, mientras Kilorn sujeta la espalda de mi camisa.

Miro en el cielo el amanecer azul que se funde con el rosa. Aunque está encapotado de nubes contaminadas, producen estupendos colores. Mi pulso

resuena en mi interior hasta alcanzar un ritmo estable. El relámpago en mí vibra con él, alimentado por la electricidad de abajo. Aprieto un puño e intento recordar lo que Ella me enseñó.

El rayo de tormenta es el tipo de relámpago más fuerte y destructivo a nuestro alcance; se condensa, aumenta y estalla. Arriba, las nubes de radiantes colores empiezan a oscurecerse y arremolinarse, impulsadas por mi poder. Ante mis ojos, sombras idénticas cubren las otras dos partes de la ciudad; son las de Ella y Rafe. Los tres formamos un triángulo con la central eléctrica en medio. La ciudad se tiende a nuestros pies como un matadero. Y Tyton se halla en algún punto de la superficie, donde es más peligroso que cualquiera de nosotros y está listo para asestar su rayo de pulsación sobre quienquiera que se aproxime demasiado.

El relámpago azul es el primero en centellear e ilumina las volutas del creciente cúmulo de nubes a mi izquierda. El rugido de un trueno cercano estalla en lo alto y siento que Kilorn se estremece, tira de mi camisa. Me mantengo firme y no aparto mi mano del marco de la ventana.

El púrpura y el verde se suman a la refriega a medida que nuestras tormentas entran en colisión y descargan relámpagos sobre el blanco común. La estación central, un edificio abovedado cerca del eje natural de la ciudad, se distingue con facilidad, gracias al revoltijo de cables que llegan a ella desde todas direcciones, los cuales conectan a las demás estaciones de energía de la barriada y alimentan a las fábricas de electricidad, el alma de cualquier urbe. Incluso a la distancia, siento el grave rumor que se despide de esos cables.

—¡Haz que llueva! —brama Kilorn.

Contengo un suspiro.

—Esto no opera así —siseo en respuesta y lanzo un rayo al cielo. Los otros electricones hacen lo propio y su verde y azul corren en pos de mi púrpura.

Nuestras embestidas caen directo sobre la central, donde dan origen a un destello cegador. Justo en ese instante desaparece el zumbido, nuestros aliados en la estación han desconectado el sistema. Lo apagan más pronto de lo que aun nosotros podríamos hacerlo, y con un número de bajas muy inferior.

En toda la ciudad, las chimeneas dejan de escupir su veneno, las líneas de montaje se detienen y hasta los vehículos en las calles, abandonados a sus propias fuentes de energía, se retardan o hacen alto, sorprendidos por el súbito corte de energía. La tormenta continúa, es un monstruo de tres cabezas que

arroja al cielo relámpagos estruendosos en todas direcciones. Evito por ahora tocar la superficie con mis rayos; no puedo apuntar bien a esta distancia y no quisiera arriesgar vidas inocentes, por no mencionar los explosivos de la Guardia, dispuestos por toda la urbe. Una chispa salida de mi ser podría desencadenar una explosiva sucesión de defunciones.

—¡Todo se ha detenido! —exclama Cameron junto a mí y se asoma a su ciudad con ojos maravillados—. La ausencia de energía significa que es imposible trabajar, que los obreros son echados de sus labores y reclaman su salario, los oficiales se distraen y los supervisores son rebasados.

No podrán ver a los asesinos, criminales y soldados que están ahora en medio de ellos. No podrán ver las bombas bajo sus pies.

—¿Cuánto tiempo falta para que…?

La primera detonación interrumpe a Kilorn y retumba demasiado cerca de nosotros. Una explosión asciende a nuestra izquierda, a dos calles de distancia, en una de las puertas de la ciudad. Piedras y humo cruzan el aire en un arco polvoriento. La bomba siguiente destruye una puerta, seguida por otras dos. Y entonces estallan los explosivos colocados dentro de la barriada, debajo de los puestos de seguridad, las torres de vigía, las guarniciones Plateadas y las estaciones de los supervisores, todos ellos blancos Plateados. Me encojo al ritmo de cada conflagración e intento no pensar en la cantidad de sangre que ambos bandos derramaremos hoy. ¿Quién quedará atrapado en el fuego cruzado?

Observamos en silencio, intimidados por el panorama ante nuestra vista; al humo y al polvo en aumento se suman ahora las cenizas. El pecho de Cameron sube y baja con celeridad y su respiración se torna jadeo. Sus ojos anchos y oscuros miran para todos lados y retornan sin falta a las fábricas del sector del armamento, donde hasta este momento no ha habido ninguna explosión.

—La Guardia no es tan tonta para poner bombas bajo un depósito de municiones —le digo, con la esperanza de consolarla un poco.

Justo en ese segundo resuena un estallido.

La fuerza resultante nos arroja de espaldas sobre vidrios rotos y el polvo del desván. Cameron es la primera en ponerse en pie, con un corte en la frente que ya empieza a sangrar.

—¡Esa no fue la Guardia entonces! —me ayuda a levantarme.

Los oídos me zumban, apagan todos los demás ruidos. Sacudo la cabeza, intento recuperarme. Cameron me toma de las muñecas y salto al instante para desprenderme de su mano.

—¡No! —gruño, incapaz de soportar la sensación.

No reacciona, ayuda a Kilorn a pararse, se echa a cuestas un brazo de él para levantarlo. Pese a que tiene un labio destrozado y un corte profundo en una mano, causado por un vidrio, por lo demás está ileso.

—Creo que deberíamos bajar a la superficie —dice él y señala el techo rajado sobre nosotros.

—¡De acuerdo! —profiero con voz extrañamente apagada mientras salimos disparados hacia la puerta.

Las escaleras son poco más que una angosta espiral que no cesa en su descenso. Si fue laborioso subir, bajar es aún peor; cada peldaño hace cimbrar mis rodillas. Atraigo mi relámpago a las yemas de los dedos, donde permito que las chispas purpurinas se condensen y chisporroteen, listas para atravesar a cualquiera que se interponga en nuestro camino.

Kilorn me rebasa sin esfuerzo y baja los escalones de dos en dos. No soporto que haga esto y él lo sabe; incluso tiene el descaro de sonreírme y guiñarme un ojo.

Cameron grita en ese momento, ve al agente Plateado antes que nosotros.

Este agita un brazo y con la fuerza de su habilidad telequinésica lanza a Kilorn por encima del barandal. En tanto mi visión se retarda al contemplar en el aire el cuerpo de mi amigo, siento como si alguien me enterrara un puñal en el vientre. El zumbido en mis oídos amenaza con partirme la cabeza en dos y convertirse en un alarido. Todo cae en el pozo de la escalera, las lámparas se revientan y sisean con mi temor y la oscuridad se propaga.

El agente se derrumba antes de que pueda desatar su ira contra nosotras. Se aprieta la garganta y entorna los ojos al tiempo que aterriza con rudeza sobre una rodilla. Cameron dobla la mano, con los dedos como garras, en tanto lo aniquila con su habilidad: retarda su corazón, hunde su vista en tinieblas, le quita la vida.

El estrépito que el golpe de Kilorn produce contra el barandal me provoca náuseas. Acometemos de frente a otros dos agentes Plateados que suben para perseguirnos. Uno de ellos es un escalofrío y congela los peldaños, así que mis botas resbalan y estoy a punto de caer; lo rebano con un bombardeo de rayos a la vez que su compañero, un caimán, cae bajo la cólera de Cameron. Los hacemos trizas, como las tijeras al papel.

Soy la primera en llegar junto a Kilorn. Rodó dos pisos abajo, cayó por varios tramos de escalera. Veo antes que nada su pecho, sube y baja al compás de una respiración superficial pero se mueve. Se ahoga con su propia sangre, roja y carmesí, rubí y escarlata; el color es tan brillante que preferiría

cerrar los ojos. Tose con violencia y nos salpica a ambas, gotas calientes manchan mi rostro.

—Levantémoslo… Tenemos que levantarlo —balbuceo y lo muevo con trabajo. Cameron me sigue, hundida en un silencio mortal. Quisiera gritar.

Aunque él no puede hablar, intenta pararse solo y casi lo abofeteo.

—¡Déjanos hacerlo! —le ordeno y me echo su brazo a cuestas—. Toma el otro, Cam.

Ella ya está ahí, con respiración agitada; Kilorn es un ancla, un peso muerto.

Se sacude y tose, pinta con su sangre los escalones. No me molesto en evaluar el daño, solo sé que debo sacarlo, bajarlo, llevarlo con cualquiera de los sanadores en la ciudad. *Necesito a Davidson, necesito a alguien*. A pesar de que mi pecho se tensa, me niego a sentir el sufrimiento y esfuerzo de mi amigo. Las piernas me duelen con cada nuevo paso. Abajo, abajo, abajo, abajo.

—¡Mare…! —solloza Cameron.

—BASTA.

Él está caliente todavía, respira aún, vuelve a escupirse sangre encima. Eso basta para mí. Quizá tenga algunas costillas fracturadas y un par de huesos rotos clavados en sus órganos: el estómago, los pulmones, el hígado. *No toquen su corazón*, suplico; no tenemos tiempo para sobrevivir a un corazón perforado.

Siento un sabor a sal en la boca y me doy cuenta de que lloro, lavo su sangre con mis lágrimas.

Los pisos resbalan en una masa confusa. Kilorn traga una respiración húmeda y sonora; su cara y sus manos están más pálidas cada segundo. Lo único que nos queda es correr.

Más agentes suben por las escaleras, aúllan como sabuesos en persecución de un olor. Apenas los veo, siento apenas sus nervios cuando caen hechos jirones por mi relámpago. Algunos se desploman rápido y sangran de los ojos, la boca y las orejas al tiempo que Cameron atormenta con su habilidad el cuerpo de estos bribones. Pero son demasiados los que vienen a nuestro encuentro.

—¡Por aquí! —indica ella con un nudo en la garganta aún y se recarga contra una puerta en el rellano siguiente.

Voy tras ella sin pensar, cruzo un departamento estrecho y atestado. Ignoro adónde nos lleva, solo puedo sostener a Kilorn y mi relámpago, las dos únicas cosas en mi mundo.

—¡Aguanta! —le susurro a mi amigo, tan bajito que no me oye nadie más.

Cameron nos guía hasta la ventana más próxima, otro cuadrado revestido con un cristal lamentable que, sin embargo, da a un tejado. Ella elimina la hoja de vidrio con un golpe de su larga pierna. Mi relámpago nos cubre las espaldas de los Plateados que nos siguen, lo que nos da tiempo suficiente para salir a la pequeña azotea.

También los oficiales hacen pasar sus robustos cuerpos por la ventana rota y hasta el techo ceniciento, bajo un cielo tortuoso y atronador.

Una vez que establecemos suficiente distancia de los agentes, bajo con cuidado a Kilorn y lo tiendo en el concreto. Él agita las pestañas, tiene vidriosos los ojos y Cameron se eleva sobre él con una postura amplia y defensiva.

Le doy la espalda para enfrentar a los Plateados de la azotea. Ya hay seis de ellos ahí y van en aumento. Desconozco sus habilidades y si pertenecen o no a una familia de prestigio; no me importa.

Tan pronto como los pies del último Plateado tocan el concreto, desato mi furia.

La tormenta se abre sobre mí, púrpura y violenta, cegadora con mi ira. Aunque vocifero, mi fuerza absorbe todo ruido, cualquier pensamiento. El relámpago devora los cuerpos, les arrebata la vida tan pronto que ni siquiera los siento: ni sus nervios ni su esqueleto, nada.

Al momento en que el rayo se disipa, el olfato me devuelve a la realidad; huelo la sangre de Kilorn, la ceniza, cabellos quemados, la piel chamuscada. Detrás de mí Cameron emite un sonido gutural, como si evitara vomitar. Tengo que apartar la vista de los restos carbonizados; solo los botones y las armas permanecen intactos, humean por efecto del calor.

Suelto una exhalación antes de que una ensordecedora estridencia divida el aire calcinado y el tejado retiemble bajo nuestros pies. Cameron cae y cubre a Kilorn con su cuerpo en tanto el edificio entero se tambalea; al principio se inclina con lentitud, después cada vez más rápido.

Caigo de rodillas e intento alcanzar a mis amigos al tiempo que la estructura cede. Mi tempestad fue tan intensa que este deficiente edificio no resistió. Las paredes se derrumban en un extremo y provocan que nos ladeemos; todo lo que puedo hacer es mantenerme en pie mientras el techo cruje y se viene abajo, se desliza al frente en una pendiente constante. Resbalo con él, trato con desesperación de asirme a algo, de lograr que los dedos agarren lo que sea. Mi puño se cierra en el cuello de la chamarra de Kilorn,

empapada de sangre caliente; su respiración es trabajosa, más débil que nunca, conforme nos desplomamos junto con el techo en pleno colapso.

El suelo sale a recibirnos, es un puño de concreto. Oficiales Plateados nos aguardan abajo, están listos para matarnos si el derrumbe no lo hace. Aprieto los dientes y me preparo para el impacto; nunca antes me había sentido tan temerosa e indefensa.

De primera intención solo puedo pestañear frente al súbito y traslúcido resplandor azul delante de mí. Suspendido en el aire, sostiene un extremo del techo ladeado para detener la caída de la losa, aunque no a nosotros. Caemos por la pendiente, somos arrastrados sobre la ceniza hasta que chocamos con el escudo. Abajo resuenan los disparos y aprieto por instinto los ojos y me contraigo.

Las balas rebotan inofensivamente en el escudo y las ondas de fuerza resultantes vibran bajo nuestro cuerpo.

Davidson está aquí.

Cuando abro un ojo, veo una masacre más allá, una bruma de relámpagos de colores azul, verde y blanco que se bifurcan entre los Plateados. Los dardos blancos de Tyton derriban a cuatro de ellos en un soplo mientras Ella y Rafe destrozan al resto con su electricidad restallante. El escudo se mueve junto con el combate, lo que permite que el descenso del techo sea suave. Llegamos al suelo en medio de un ruido apagado que levanta una cortina de polvo.

Con todo y su altura y esbeltez, Kilorn pesa mucho, pero mi adrenalina lo vuelve ingrávido. Apenas siento el esfuerzo cuando lo levanto otra vez y arrojo en mi hombro uno de sus brazos. *Respira todavía, respira todavía*. Cameron lo toma del otro lado y acometemos un tramo de cenizas sin pensar en los relámpagos ni en los Plateados que aún oponen resistencia.

—¡Sanadores! —grito lo más fuerte que puedo para hacerme oír sobre el bullicio—. ¡Necesitamos sanadores!

Cameron repite mis alaridos. Como es más fuerte y más alta que yo, asume un mayor peso de Kilorn, pero eso no retarda su paso.

Nos encontramos de frente con el premier, cuya guardia personal se abre en abanico en torno suyo. Hay una mancha de sangre roja en su mejilla; no tengo tiempo para preguntarme a quién pertenece.

—¡Necesitamos…! —jadeo y justo en ese instante Kilorn se estremece y se dobla sobre sí; está a punto de soltarse de nosotras y eso nos obliga a detenernos. Otra oleada de sangre salpica el suelo y colorea mis botas.

Casi me desmayo de alivio cuando un sanador se desprende de entre los soldados de Davidson. Este nuevasangre pelirrojo me resulta conocido, aunque no tengo energía suficiente para recordar su nombre.

—¡Bájenlo! —ordena y obedecemos agradecidas.

Lo único que me queda hacer es sostener la mano de mi amigo, cuya piel se siente fría contra la llama de la mía. Sigue vivo, llegamos a tiempo, supimos bastarnos solas.

Cameron se arrodilla a su lado, silenciosa y atenta, y entrelaza las manos en su regazo. Teme tocarlo.

—Hay una hemorragia interna —susurra el sanador luego de que rasga la camisa de Kilorn; su abdomen está casi negro de contusiones, las cuales empiezan a desaparecer tan pronto como el sanador les aplica sus dedos. Kilorn hace una mueca y aprieta los dientes a causa de la extraña sensación.

—Es como si alguien martillara tus costillas.

—Sí, así se siente —suelta con voz tensa pero viviente.

Cierro los ojos y de súbito querría tener dioses a los cuales pudiera darles las gracias por su vida. Aferra su mano en la mía y me obliga a mirarlo.

Sus ojos de color verde botella se encuentran con los míos. Son unos ojos que me han seguido toda la vida, que estuvieron cerca de cerrarse para siempre.

—No te preocupes, Mare, estoy bien —murmura—. No iré a ninguna parte.

Permanecemos a su lado como guardianas silenciosas en tanto el sanador trabaja. Me encojo al compás del distante repiqueteo de explosiones y fuego de artillería. Una parte de ese estruendo viene de muy lejos, más allá de Ciudad Nueva, amortiguado por una distancia de kilómetros. El asalto a Harbor Bay ha iniciado ya, es un triple ataque para la toma de esa urbe. ¿Los nuestros prevalecerán? ¿Lo haremos nosotros?

Los electricones se nos aproximan en círculo entre la docena de cadáveres Plateados regados en el suelo. Tyton se entretiene en voltear algunos con el pie, bajo la mirada de Rafe.

La electricona Ella agita la mano en mi dirección a medida que se acerca. Su pañoleta ha desaparecido y la ceniza colorea su cabello azul con grises mechones, lo que hace que aparente más edad. Mueve una mano en su costado y los cúmulos de nubes, ya en silencio, giran a ese mismo ritmo. Parpadea hacia mí, trata de poner cara de valentía.

La severidad de Rafe y Tyton es más evidente. Ambos tienen libres las manos, listas para repeler cualquier agresión.

Pero nadie acecha. El combate se concentra en otro lado o ya llegó a su fin.

—Gracias —se me quiebra la voz.

La respuesta de Tyton es rápida.

—Protegemos a los nuestros.

—Hay muchos todavía que proteger, aunque no en el bosque.

Al momento en que volteo, el sanador ayuda a Kilorn a sentarse.

Cameron contribuye a ello con delicadeza y posa una mano en la desnuda espalda del enfermo. De pronto me siento una intrusa. Con el dorso de la mano limpio la sangre, el sudor y las lágrimas que manchan mi rostro.

—Indagaré qué sucede —me pongo en pie antes de que alguien pueda protestar.

Mis botas crujen sobre los escombros al tiempo que me dirijo hacia los electricones. Rafe me brinda una sonrisa débil; se quita la gorra y pasa una mano sobre su muy corto cabello.

—¿Se pondrá bien? —apunta con la barbilla a Kilorn y exhalo despacio.

—Sí. ¿Qué hay de ustedes?

La electricona me rodea con un brazo, ágil como un gato azul.

—Tuvimos menos dificultades que tú, eso es seguro; todo indica que nuestra potencia de fuego superó las expectativas de un lugar como este.

—Rebasamos en número a las fuerzas de Norta apostadas aquí, quienes no estaban debidamente preparados. —Tyton escupe en la calle—. Los reyes Plateados descartan que a alguien le importe una barriada Roja lo suficiente para pelear por ella.

Parpadeo, sorprendida por la insinuación.

—¿Eso significa que ganamos?

—Ellos actúan como si fuera así —responde Tyton y señala a los soldados de Montfort y la Guardia que han tomado la calle; podrían ser tecnos Rojos si no fuera por los rifles que portan. Algunos ríen, intercambian cumplidos con el premier, quien convive con ellos.

—¿Cuál será la situación en Harbor Bay? —Ella patea un montón de polvo.

Bajo la mirada. El corazón me late con fuerza aún y bombea adrenalina en mis venas. Esto vuelve complicado para mí pensar en algo que no sea esta calle, y menos todavía en quienes amo y pelean, y quizá mueren, a unos kilómetros de aquí. Intento olvidar por un segundo, serenarme y respirar hondo; no lo consigo.

—¡Premier! —me acerco vigorosamente a su lado.

Gira con una sonrisa e incluso me hace señas para que me acerque, como si necesitara invitación.

—¡Barrow! —exclama—. ¡Felicidades por su excelente trabajo!

Es difícil que me sienta festiva cuando Kilorn está tendido unos metros más allá, pese a las atenciones de un sanador; estuvo demasiado cerca del peligro.

—¿Qué sabe sobre Harbor Bay? ¿Hay alguna noticia de Farley?

La sonrisa se le congela en el rostro.

—Varias.

Algo se tensa en mi pecho.

—¿En qué sentido? —pregunto—. ¿Ella está viva?

Apunta a uno de sus soldados, cuya mochila es un embrollo de cables y equipo de radio.

—Hasta hace unos minutos, sí; yo mismo hablé con la general.

¿Y Tiberias? Contengo el impulso de preguntar por él, al menos por su nombre.

—¿Todo marcha según lo planeado? —mi mente vuela sobre las numerosas facetas de la invasión de Harbor Bay.

La cara del primer ministro se tensa.

—¿Así lo esperaba? —murmura.

Casi gruño de frustración. Otra ronda de artillería retumba varios kilómetros a lo lejos.

Mientras mi adrenalina amaina, el frío se apodera de mí y amenaza con entumirme. Volteo un instante y veo a Cameron de rodillas junto a Kilorn; no hablan, tienen los ojos muy abiertos, están casi inmovilizados por el cansancio y el regusto del miedo. Después veo a los electricones; los tres me devuelven la mirada, resueltos.

Listos para seguirme, para proteger lo suyo.

Tardo una fracción de segundo en tomar una decisión.

—Denme un vehículo.



DIECINUEVE
Evangeline

Harbor Bay no me agradó nunca. Apesta a pescado y agua salada, aun en los distritos Plateados. Pronto olerá solo a sangre.

Las dos semanas de descanso en la Fisura pasaron como un suspiro, cada minuto más rápido que el anterior. Apenas anoche estaba en casa, acurrucada con Elane mientras susurraba mis despedidas. No tuve miedo entonces. Creí que mi padre no permitiría que sus herederos se acercasen al verdadero peligro; que Ptolemus y yo estaríamos a salvo, mantenidos en reserva para avistar el cerco y adentrarnos en él cuando el combate mermase.

Estaba equivocada.

La voracidad de Volo Samos es más profunda de lo que imaginé.

Nos envió al frente sin pensarlo dos veces.

Nuestras embarcaciones surcan las olas ahora, rozan la superficie del tempestuoso azul y se elevan con cada aparición de la blanca espuma. Entrecierro los ojos para protegerme de la brisa, aun detrás de mis gafas. El viento hunde en mi cabello la húmeda gelidez del agua del mar; me derribaría si mis botas no estuvieran fundidas con la cubierta de acero bajo mis pies. Mi habilidad vuela ya, es una pulsación grave al compás de mi navío, el cual no cesa de saltar sobre el agua.

Avanzamos junto con la niebla, ocultos por ahora. Los tormentas de Montfort son eficaces y talentosos. Miro de soslayo a la nuestra, alta y esbelta bajo su verde uniforme ajustado por una armadura balística. Porta casco también, lo único al descubierto son sus manos, con los dedos separados a sus flancos para atraer la neblina. No más overoles ni trajes de entrenamiento para nadie; esto es real.

La Casa de Samos dirige la ofensiva desde el agua, hace avanzar a toda velocidad las metálicas naves. Mi padre está dispuesto a arriesgar nuestra

Casa por la victoria. Tres primos forman la cuña de diamante de nuestro asalto frontal y sus barcas marchan delante de nosotros. A mis espaldas y en mi embarcación, Ptolemus se mantiene firme, con el cuerpo agobiado por una armadura azogada y su armamento. Cintos con armas entrecruzan mis caderas y se ajustan a mis músculos; aunque tengo una pistola, prefiero lanzar yo misma las balas si es necesario. Mis primos de la Casa de Samos portan rifles o bombas de fragmentación. Imagino los rompeolas de Fort Patriot, imponentes contra el oleaje; son nuestro primer obstáculo. Mi atención se afina a medida que nos acercamos, se concentra en este lugar y en nuestro objetivo.

Tomar la ciudad.

Sobrevivir.

Volver a casa.

Nos verán llegar. O por lo menos verán la niebla que emerge de las aguas. Es muy temprano aún, cuando el aire se distingue por su grisura y pesadez; la neblina natural no causará zozobra alguna y podría cubrirnos más tiempo que cualquier otra cosa. Y en cuanto Cal ataque por tierra y la Casa de Laris lo haga por aire, los defensores de la ciudad y la guarnición de Patriot no sabrán hacia dónde mirar, en cuál frente combatir.

Todo está perfectamente coordinado, desde la grandiosa embestida hasta cada uno de los navíos. Nuestras filas están bien organizadas: al menos dos magnetrones, un tormenta y un gravitrón en cada nave, complementados con soldados profesionales Rojos y algunos nuevasangre de Montfort, así como con varios sanadores en cada batallón.

Todos tenemos una misión que cumplir y lo haremos a plena satisfacción para garantizar nuestra supervivencia.

Fort Patriot se yergue a lo lejos, es una sombra indefinida que se oscurece conforme nuestra bruma progresa. Los rompeolas se elevan sobre la precipitación de las olas blancas. No hay tierra abajo, ningún apoyo firme para el pie; no importa.

Pese a todo mi enojo y mi rabia, desearía que mi padre estuviera aquí. No hay sitio más seguro que a su vera.

Mi concentración se interrumpe un segundo cuando desplazo la atención hacia mi hermano. Lo siento detrás de mí y sigo sin esfuerzo el perfil de su armadura. Cada uno de nosotros porta un pequeño pero sólido disco de cobre bajo el cinturón. Es un metal extraño para un ataque: fácil de distinguir y sentir, fácil de rastrear. Me demoro en la sensación del suyo y el mío para

memorizarla. Si las cosas marchan mal, quiero encontrar a Tolly lo más pronto posible.

La bruma nos aventaja y facilita así nuestra aproximación al dique de mar. El reloj que marcha en mi interior es cada vez más ruidoso e insistente. La hora ha llegado.

Tiemblo y me vuelvo con una sacudida para rodear con mis brazos los hombros de Tolly. Nos estrechamos de modo acelerado, intempestivo y áspero. El estrépito de metal contra metal producido por el encuentro de nuestras armaduras es acallado por las rugientes olas y el trueno ascendente de mi pulso.

—Mantente viva —murmura; lo único que puedo hacer es asentir mientras doy media vuelta.

No se percibe ningún movimiento en el rompeolas, arriba ni abajo, solo el oleaje; quizá la niebla surtió efecto.

—¿Listo? —siseo por encima del barullo y miro al gravitrón de Montfort con pecho de barril.

Él baja la barbilla en señal de confirmación antes de acuclillarse y poner las manos a los costados de la nave, contra ella, listo para levantarla.

En los otros navíos, los demás gravitrones hacen lo mismo.

Los soldados detrás de mí se arrodillan. El tormenta, nuestros dos olvidos Lerolan y Ptolemus se preparan para el salto. No traigo ningún Rojo como parte de mi tripulación; deseo sobrevivir a esta batalla sin depender de la debilidad de la sangre Roja, por profesionales que sean sus efectivos.

Me doblo junto al resto con músculos tensos y temor por el riesgo del impacto si el gravitrón no es capaz de alterar nuestro rumbo. A esta velocidad, es improbable que yo pueda detener el barco e impedir que choquemos con el dique de mar.

Las olas rompen contra la base de aquel y son de un gris acero bajo la neblina. Lengüetean alto, más arriba de lo que indica la línea de agua salada en el muro, más todavía que cualquier marea alta.

De pronto el alma se me cae a los pies.

—¡Ataque de ninfos! —consigo gritar justo cuando una ola gigantesca choca contra nosotros… *por la retaguardia*.

Así comienza la batalla de Harbor Bay.

El súbito y furioso muro de agua arroja como juguetes a los buques insignia y lanza al agitado mar a los soldados de la Fisura y Montfort. Solo los gravitrones escapan al embate y rebotan en las garras del agua. Veo que aunque los primos Samos utilizan el control de su armadura para mantenerse

a flote o rozar la superficie, el peso que llevan consigo los oprime y no son tan fuertes para ponerse a salvo. No sé nada del resto.

Tenemos nuestros propios ninfos, Plateados nacidos en Montfort, pero su número es muy inferior y ellos más débiles que los que se encuentran sin duda sobre las murallas de Patriot. Nada de lo que hagamos para calmar las hirvientes olas será suficiente.

Otra ola se levanta, de la mitad de alto que el dique, e impide que veamos la luz grisácea, proyecta una sombra sobre la totalidad de nuestras barcas en formación. Nos aplastará, ahogará y arrojará al fondo del mar.

—¡Al ataque! —ordeno y cierro los puños sobre la proa del navío para concentrar en el casco mi habilidad. Espero que el gravitrón me haya oído, sé que Ptolemus lo ha hecho.

La nave ondula bajo nuestro tacto, se estrecha, se ahúsa, la proa adopta el filo de una navaja con objeto de ganar velocidad. Me aplano lo más que puedo y nos disponemos a enfrentar una ola, somos una bala con pasajeros.

El agua se estampa contra nosotros como una bofetada fría y todo lo que puedo hacer es mantener cerrada la boca. Salimos disparados a través de la ola e irrumpimos en el aire del otro lado, desde donde continuamos nuestra navegación hacia el muro de mar.

—¡Prepárense! —brama Ptolemus antes de que salgamos disparados hacia la roca, a muy alta velocidad.

Aprieto los dientes y clavo los dedos en el casco metálico de la nave para empujar y jalar, con la esperanza de que no caigamos ni nos estrellemos.

El gravitrón nos da el rebote extra que necesitamos para permanecer en el aire. Nos impactamos con firmeza contra el dique y volamos en lugar de caer, en oposición a los dictados de la gravedad.

Otras naves chocan junto a nosotros y se elevan en una formación desordenada.

La mayor parte de nuestra fuerza de asalto consiguió llegar a su destino.

El metal aúlla en su colisión con la piedra hasta acallar las olas abajo, que suben cada vez más y esparcen un rocío tan intenso como la lluvia. Escupo agua salada y pestañeo, satisfecha de mis gafas en lo que persisto en mi ascenso.

Un grupo de ninfos flanquean las fortificaciones, identificados por franjas azules sobre uniformes de color negro o gris oscuro. Hay también soldados Plateados, guardias y la guarnición de Fort Patriot, reforzados por uniformes lacustres.

Abandonamos nuestras embarcaciones con escasa elegancia y nos deslizamos en el andén que corona el muro. Uso mi armadura para no caer por el borde en tanto Ptolemus hace tiras el barco con desenfreno y lanza afiladas navajas en todas direcciones. Los gravitrones arrojan al océano a soldados enemigos. La neblina se arrastra sobre las paredes y entra al fuerte, donde oculta a nuestras tropas. En alguna parte, varios de nuestros tormentas liberan su poder. Su labor es invocar el trueno, cultivar el relámpago, sacudir y atemorizar a la guarnición, inducirla a correr; hacerle creer que Barrow está aquí.

Brotes de humo y fuego salpican los muros. Los olvidos ponen manos a la obra y dejan cadáveres ardientes a su paso. Un soldado chilla cuando se le toma por sorpresa y se le avienta sobre el muro a las enfurecidas aguas.

Fort Patriot se llena de colosos enemigos, sangre de la Casa de Rhambos, o de sus primos Greco y Carros. Uno de ellos, una mujer tan musculosa como una montaña, desgarra ante mis ojos a un tormenta de Montfort, rompe carne y huesos como si fueran papel.

No pierdo la calma, he visto cosas peores. *O al menos eso creo*.

Unos disparos cruzan el aire. Las balas y las habilidades son una combinación mortal.

Levanto un brazo y cierro el puño para protegerme de la agresión. Mi habilidad logra que las balas reboten y salgan desviadas o aplanadas. Atrapo algunas y las devuelvo a la neblina en persecución de los destellos del fuego de torretas.

Debemos abrir las puertas, tomar el fuerte.

Nuestra misión, nuestra labor, es clara; no simple. Fort Patriot parte en dos la famosa rada, divide sus aguas en el Puerto Acuario civil y el Puerto de Guerra. En este instante solo me importa uno de ellos.

El grave repiqueteo de armas pesadas como las que suele haber en los acorazados resuena como un tambor. Intento seguir los proyectiles, llegados de muy lejos, para descifrar su trayectoria. Pese a su remoto origen, puedo adivinar. Soy Plateada, sé cómo pensamos.

—¡Formen un escudo! —les grito a los magnetrones Samos y tiro del metal de nuestras barcas y armas.

Ptolemus sigue mi ejemplo y teje una pared de acero lo más rápido que puede. La proximidad del silbido de la artillería me hace voltear y parpadeo en medio de la niebla. Al tiempo que me quito de golpe los gafas, veo que un arco de humo se extiende en las alturas.

El primer misil estalla cincuenta metros adelante y pulveriza una sección del rompeolas, con lo que cubre a amigos y enemigos por igual de una bruma rosa o gris. Solo los olvidos resisten esta acometida; algunos de ellos están desnudos, desprendidos sus cuerpos de armaduras y uniformes ahora achicharrados. Nos encogemos detrás de nuestro acero para sobrellevar las explosiones sucesivas.

El humo aguijonea, es acre y envenenado con polvo de huesos.

Con los recursos a nuestra disposición, no soportaremos un ataque directo de esa naturaleza. Podemos desviar los misiles, pero tarde o temprano alguno de ellos nos alcanzará.

—¡Crucen las murallas! —ordeno y siento en la lengua el sabor de la sangre—. ¡Tomen el fuerte!

Justo como lo planeamos.

Con los buques de guerra, abran fuego y aporreen sus murallas. Mantengan el fuego pesado contra el fuerte, no contra la ciudad ni la flota aérea.

Eso fue lo que Cal determinó y, de un modo u otro, estos idiotas lo han logrado.

Otra ronda de artillería choca contra la piedra mientras descendemos a trompicones por el rompeolas para introducirnos en Patriot. Volteo y cuento lo más rápido posible; somos alrededor de sesenta los que logramos entrar, de un grupo original de setenta y cinco: setenta y cinco mortíferos Plateados y Rojos curtidos por la batalla, con armas precisas y letales.

Pero su fuego está reservado para los Plateados. Advierto que no se molestan en arremeter contra los efectivos de uniforme rojo ocre, los numerosos reclutas asignados a la guarnición de Patriot. Algunos de esos Rojos siguen a sus oficiales, corren para combatir a nuestras filas en lo que avanzamos. Pese a todo, son menos de los que cabría esperar. La general Farley nos aseguró que había difundido la noticia por sus canales; los Rojos de esta ciudad fueron avisados. *Cuando ocurra el ataque, huyan, o peleen con nosotros si pueden*.

Muchos lo hacen, se suman a nuestro tren de la muerte.

Cúmulos de nubes palpitan en el cielo, lo vuelven negro. Sus rayos son impredecibles, menos poderosos que los de Mare, aunque un símbolo de todas formas.

Soldados enemigos voltean conforme nos acercamos, son Plateados que miran lo que solo puede ser obra de la Niña Relámpago.

Ella no está aquí, idiotas, me burlo en mi cabeza. *¡Cobardes! Le temen a una lucecita destellante*.

El interior de la fortaleza es un caos. Seguro que Cal ya ha dado inicio a su ofensiva y hace marchar a su batallón fuera del sistema de túneles sobre el que se erige Harbor Bay. Esta es una ciudad antigua, preservada a través de los siglos, con raíces retorcidas y profundas. La Guardia las conoce todas.

Llegamos a la vía central del fuerte, nos desplazamos rápido y sin rumbo fijo. Servimos de guía al fuego de los buques de guerra, para que nos siga y destruya mientras resguardamos la ciudad contra el peor armamento. Cal tiene demasiado interés en proteger a personas inocentes, quizá para demostrarle a Mare que es capaz de hacerlo. *Sáquenme a secar entre tanto*.

Atravieso otra avalancha de combatientes, me valgo de una combinación de puñales y balas para acabar con los hombres y mujeres que se me enfrentan. Sus rostros son sombras para mí, inhumanos; no merecen ser recordados. Este es el único modo de cumplir con propiedad esta tarea.

Los truenos y gemidos de artillería pasan a ser un ritmo familiar. Me agacho para cubrirme con igual facilidad con la que combato, en armonía con esa bulla. Humo y cenizas se mezclan con la niebla y nos ciegan a todos. La guarnición de Patriot está irremediablemente a la deriva. Carece de un plan para lidiar con un ataque de este tipo, que en cambio nosotros tenemos con creces.

Mi primer arranque de temor ocurre cuando descubro que Ptolemus no está junto a mí, rodeado por el círculo protector de nuestros primos. Miro a cada uno de ellos, examino rostros conocidos de piel pálida y cabello de plata; no está.

—¡Tolly! —grito al tiempo que otro proyectil estalla, más cerca esta vez.

Me agazapo y me reafirmo en el suelo para que la onda de choque pase sobre mi cabeza. Un alud de escombros cae sobre mi armadura y cubre de polvo mi costado izquierdo. Parpadeo, me levanto antes que el resto y giro, lista de nuevo para la caza. El terror asciende por mi espalda y deja abiertas heridas glaciales.

—¡PTOLEMUS!

Pierdo mi previa concentración y todo vuela en pedazos, el mundo me da vueltas. *¿Dónde está mi hermano, dónde? ¿Se rezagó?, ¿se adelantó?, ¿está herido, agonizante, muerto…?*

Los disparos que restallan demasiado cerca son un torvo recordatorio de dónde me encuentro. Giro contra nuestra marejada de soldados. Una militar choca conmigo, su hombro se impacta con el mío y me tambaleo. En medio

de jadeos, me desentiendo de mis sentidos para tener acceso a mi habilidad. Intento localizar el disco de cobre, ese pedacito de pálido metal anaranjado con un peso distinto y una sensación diferente. Regreso vacía, sin nada.

Le prometí que estaríamos a salvo, incluso en el frente de batalla. *Que mi padre no nos desperdiciaría, no permitiría que fuéramos a ningún sitio que pusiera en peligro su legado*. Trago aire emponzoñado, aún inspecciono las siluetas que me rodean en tanto la ceniza cae como una nieve de verano. Cubre nuestros uniformes, sean del color que sean; un rato más tarde, todos tenemos la misma apariencia.

Aun si mi padre no nos ama como debería, nos valora. No cambiaría nuestras vidas en un suceso como este. No nos dejaría morir por su corona.

Pero aquí estamos.

Lágrimas acuden a mis ojos. *Es por la ceniza*, me digo; *la molestia del humo*.

El cobre tintinea de repente en el borde de mi percepción, tan bajo que estoy a punto de ignorarlo. Mi cuello cruje ruidosamente cuando me vuelvo, en busca de mi hermano. Sin pensarlo, me abro paso a empujones entre algunos soldados, cruzo a saltos el enjambre de la batalla. Me agacho bajo el brazo de un coloso ante mí, lanzo una bala en su dirección conforme prosigue su camino. Siento que le atraviesa el cuello con una tajada impecable; cae detrás de mí, con las manos sobre la yugular abierta.

Cada paso brinda a mi atención nuevas figuras. Las calles de Fort Patriot, muy bien organizadas en una cuadrícula, son fáciles de sortear. Tomo la que está a mi derecha, soy un sabueso que olfatea un hueso.

Arriba de mí, varios pasajes unen los diversos edificios. Soldados de uniforme ocre se precipitan por doquier, con las armas en ristre. Levanto el antebrazo para cubrirme de la descarga consecuente de esa tropa Roja que ataca a prudente distancia. Hago caer las balas, aplanadas e inútiles; sería absurdo que desperdiciara mi energía en el intento de matarlos.

Ptolemus aparece al fin frente a mí a la vuelta de una esquina: corre de prisa y está ileso, por fortuna; casi me desplomo de alivio. Volutas de humo ascienden a mis espaldas, son la evidencia de nuevo fuego de artillería. El silbido de misiles vuelve a tensar el aire antes de explotar en medio de un estruendo ensordecedor.

—¿Qué hacías, idiota? —me deslizo junto a él.

—¡Corre! —grita y me toma del brazo, me alza con un inaudito despliegue de fuerza.

Sé que no debo discutir cuando está tan asustado. Todo lo que puedo hacer es ponerme en pie, reorientarme y correr lo más rápido posible para seguirle el paso.

—¡El rompeolas! —dice entre jadeos.

Uno los puntos sin dificultad.

Cometo el craso error de mirar por encima del hombro, en medio del humo, la bruma y los truenos, para ver propagarse las grietas del dique, las piedras que se desmoronan. El muro del agua se abalanza arriba, adelante y *adentro*.

Sobre él, suspendida en un balcón, se halla la persona que controla este maremágnum, con brazos extendidos y una armadura de un azul tan oscuro que podría ser negro.

Iris Cygnet nos mira correr.

Un acceso de pánico está cerca de sacudirme en el acto pero Tolly me arrastra, envuelve mi bíceps con una mano dolorosa de tan enérgica. Frenamos de regreso en la calle principal, en pos de nuestro batallón, solo para encontrar vacíos los niveles inferiores del fuerte. Nuestros soldados se hallan más adelante, y el resto, los enemigos… *arriba*. Trepan por los edificios, se ponen en pie en los tejados, toman posición en las alturas con las armas listas. Sería inútil que pretendiéramos apropiarnos del nivel superior; en condiciones como esta, todo se reduce a *huir*.

Atravesamos una ráfaga de balas perdidas llegadas de todas partes. Lo más que podemos hacer es desviarlas, y aunque devuelvo con fuerza algunas, mi puntería falla.

Maldigo entre dientes, culpo a Cal, culpo a Davidson, a Farley, a mi padre e incluso a mí misma. Pese a que nuestro plan contemplaba a los ninfos, no previó a alguien tan poderoso como Iris. No creo que nadie más, aparte de unos cuantos señores entre los ninfos, posea el vigor necesario para desparramar el océano sobre el fuerte. Y ninguno de ellos destruiría Patriot de buena gana. ¿En cambio Iris, una princesa de otra nación, una mujer sin ninguna lealtad a Norta? Ella podría destrozar este lugar sin sentir nada y aun así reclamar la victoria.

El rompeolas estalla detrás de nosotros y a pesar de la lejanía produce una estridencia mayúscula, seguida por el bramido de olas arrasadoras que rompen y crecen, se precipitan sobre las calles y esparcen sus espumas entre los edificios y paredes de Fort Patriot. Imagino en mi cabeza un muro de fuego azul que consume todo a su paso.

Persistimos en la carrera y alcanzamos a nuestro batallón. Ptolemus le ordena correr y obedece. Lo hacen incluso los nuevasangre de Montfort; no hay tiempo para tomar partido.

Las puertas de Fort Patriot no desembocan en la ciudad sino en un largo puente que atraviesa el puerto y une la isla artificial de la fortaleza con tierra firme. Esto significa que tendremos que correr los ochocientos metros del puente sobre el agua al tiempo que ninfos enemigos nos persiguen, por no mencionar un mar embravecido. Esta no es precisamente una combinación ideal si la meta es *no ahogarnos*.

Nuestros olvidos se ocupan pronto de la primera serie de puertas, y la hacen volar sobre el puente. Los refuerzos de hierro caen con violencia en el agua, los oigo apenas sobre el rugido cada vez más próximo de la marejada. Iris continúa de seguro al mando de todo esto, triunfal y sonriente mientras ve que nos desesperamos como ratas atrapadas por un temporal.

Justo cuando cruzamos la puerta a toda prisa, la primera oleada se abate sobre nosotros y trae consigo un remolino de desechos: maderos astillados, vehículos flotantes, armas, cadáveres. Corro tan rápido como mis piernas me lo permiten y desearía ser lo bastante resistente para ponernos fuera de peligro de un salto. Sin embargo, ninguno de nosotros ha dominado el arte de volar de los magnetrones; solo mi padre puede ejercerlo de verdad durante un periodo relevante.

Los gravitrones nos cubren las espaldas y hacen retroceder la marejada con sus habilidades. Aunque eso nos permite ganar tiempo, este oleaje es reducido, apenas más alto que el arco de la puerta.

La segunda marejada, la verdadera ola, llega entonces y se eleva sobre las paredes, traspasa la piedra y el concreto que resguardan el fuerte. Los gravitrones no pueden hacer nada contra eso, solo salvarse a sí mismos y salir disparados en todas direcciones. Al menos uno de ellos cae atrapado por la marea y es envuelto por un remolino del que jamás vuelve a la superficie.

No pienso en él, no puedo hacerlo.

El puente está destinado a la defensa de la fortaleza, es un largo cuello de botella que impide que un ejército tome Patriot por tierra. Nos hace pasar por una serie de puertas y cerrojos que nos retardan. Los olvidos hacen lo que pueden, nos libran de un obstáculo tras otro a un ritmo igual del de las explosiones. Ptolemus y yo destrozamos bisagras y refuerzos, destruimos el hierro y el acero en medio de nuestra desesperación.

Tras recorrer la mitad del puente, la ciudad de Harbor Bay se eleva ante nuestros ojos, tan cerca y tan lejos. Me basta con una sola mirada para

percatarme de que las aguas quietas a nuestros costados ascienden también, se abultan, ensanchan y crecen como una ola atronadora que no cesa de perseguirnos con la inexorable potencia de un huracán. Gotas de agua salada estallan a lo largo de mi campo visual, empapan mi rostro, causan ardor en mis pupilas. Busco a tientas el cuello de la armadura de Tolly, al que me aferro. Con un rugido de frustración, me lanzo junto con él, empleo mi habilidad para que saltemos la puerta siguiente. ¡Al diablo con nuestro batallón! Seguirá adelante si puede; y si no puede, estaba condenado al abandono de todas maneras.

¿Cuánto pesa esta armadura?, pregunta una inútil voz en mi cabeza. *¿Me hundiré antes de que pueda quitármela? ¿Acabaré en el fondo de la bahía?*

O peor aún, ¿tendré que ver cómo se hunde Ptolemus sin que vuelva a salir nunca más?

El agua lame mis tobillos. Mis botas resbalan sobre el puente pavimentado y casi pierdo el equilibrio. Ptolemus evita que me sumerja en las tentadoras profundidades y envuelve mi cintura con su brazo. Si nos ahogamos, lo haremos juntos.

Casi me es posible sentir el ansia de Iris a medida que sus olas persisten. Querría matarnos. Disparar a las rodillas de la Fisura, un enemigo más de su pueblo. Matarnos como nuestro ejército lo hizo con su padre.

Me niego a morir de esta manera.

Pero no veo ningún plan, ningún ataque que pueda ejecutar sola. Los ninfos que controlan las mareas acabarán con nosotros sin dar la cara siquiera. A menos que nosotros los matemos antes.

Necesito a un gravitrón.

Necesito a un nuevasangre.

Necesito a Mare y sus tormentas para prender fuego a estos bastardos.

Detrás de nosotros, el trueno reverbera de nuevo, tras el brillo del relámpago aleatorio. No es suficiente.

Lo único que podemos hacer es correr y esperar que alguien nos salve.

Esta indefensión me asquea.

Otra ola irrumpe, a nuestra derecha esta vez; es menor que la marejada a nuestras espaldas, pero fuerte de todos modos. Me desprende de Tolly, nos separa. Mis manos apresan el aire y luego el agua hiriente, al tiempo que caigo de cabeza y me hundo en el puerto.

El fuego estalla en la superficie, son explosiones, no sé si causadas por olvidos o por el fuego de artillería. Apenas puedo pasar las manos sobre mi cuerpo para quitarme la armadura antes de que me arrastre a las

profundidades. Intento mantener mi control mental del cobre de Ptolemus conforme se mueve y forcejea en el agua a mi lado. Él se ahoga también.

Pateo con furia para salir a la superficie. Cuando lo hago, otra ola me da de frente y me hunde otra vez, sin que haya podido tomar nada de aire.

El agua salada me irrita los ojos y mis pulmones arden, pese a lo cual intento nadar, aventajar a los ninfos en la superficie. Cuanto más tiempo permanezco bajo el agua, más muerta me siento, más lejos puedo llegar.

Es el turno de Tolly de buscarme.

Un puño se cierra en el cuello de mi camiseta y tira de mí a su lado. A través del agua turbia veo su silueta junto a la mía y que con la otra mano sujeta algo metálico. Es acero, en forma de una bala grande, lisa. Nos arrastra consigo como si fuera un motor, impulsada por la habilidad de Tolly.

Aprieto los dientes y me aferro a ella. Mis pulmones claman por alivio hasta que no puedo más y suelto una corriente de burbujas. Jadeo por mero reflejo y el agua me ahoga.

Con una potente patada y otro arranque de fuerza, Tolly me dirige a la superficie en tanto mi visión se mancha y oscurece. Me arroja sobre la arena húmeda y sombreada.

Echada a gatas, toso y me asfixio, intento escupir el agua lo más tranquilamente que puedo. Él me asesta un puñetazo en la espalda.

Aunque apenas me es posible pensar, miro a mi alrededor con ansia de orientarme. Un solo segundo de distracción podría costarnos la vida.

Nos encontramos debajo de uno de los muelles de Puerto Acuario, cubiertos por unos quince centímetros de agua, que lame nuestros tobillos. Varias embarcaciones nos esconden de cada lado, encerrados nada menos que entre algas marinas en descomposición, sogas desechadas y percebes.

Ptolemus mira más allá del muelle, hacia un espacio que nos brinda una vista magnífica del puente y Fort Patriot. El puerto es un caldero en ebullición, asediado por un duelo de mareas en tanto el océano se levanta y cae. Una estela llega a la orilla y el agua nos sube hasta el cuello. Toso de nuevo, me sujeto del madero podrido que está arriba de mi cabeza y por un momento pienso que nos ahogaremos en la playa. El agua cede y nos jala una vez más con una fuerza inusitada.

Nos movemos con ella y nos encaramamos a los soportes que sostienen un extremo del muelle. Ya solo tengo mis puñales y mis balas; mi armadura yace ahora en el fondo de la bahía. No importa; en tierra encontraré metal por todas partes.

Frente a nosotros, las olas embisten el puente una y otra vez y derriban a un buen número de soldados. Nuestro batallón es una ruina, si no es que un desastre total. La Casa de Samos pagará con sangre el día de hoy. La ofensiva por mar ha fracasado.

Un avión a reacción aúlla en el cielo, rodea las nubes que se disipan encima de la fortaleza. Otros dos lo siguen, con la punta de sus alas pintada del amarillo de Laris. Mientras observo, la aeronave cazada arde en llamas y se hace pedazos antes de estrellarse en las remotas olas. Un fuerte viento cruza la bahía cuando otros jets de Laris salpican el cielo y sobrevuelan la ciudad. Su estrépito amenaza con partirme el cráneo, pero si pudiera los animaría a seguir; la flota es nuestra única ventaja.

Sobre todo porque Patriot está ya en gran medida bajo el agua.

La mayor parte del fuerte está inundada, incluidas las pistas de aviación. Solo los barcos de la armada permanecen intactos, en operación todavía. Dirigen sus armas contra los jets de Laris y escupen hierro candente. Una de las naves cae debido a un ala destrozada antes de que la sigan otras dos.

—Debemos inhabilitar esos acorazados —murmuro cansinamente, ya exhausta por la mera idea.

Tolly me mira como si me hubiese vuelto loca.

Bien podría ser que así sea.

Corremos por la orilla del puerto lo más rápido posible, dentro y fuera de una batalla en toda forma. La ofensiva terrestre de Cal era la mayor de las tres que planeamos, con cientos de soldados de nuestra coalición, por no mencionar a los agentes de la Guardia y sus contactos en esta ciudad. Soldados profesionales pelean al lado de ladrones y criminales conforme la guerra de guerrillas postra a Harbor Bay desde cada callejón y coladera. Una ciudad de piedra blanca y techos azules que se vuelve negra y roja, de humo y de fuego. *Son las tonalidades de la Casa de Calore,* pienso con amargura. *¿De cuál de los hermanos?*

Los Plateados de Norta y los Rojos reclutados están atascados en las calles, restringidos por su entrenamiento reglamentado. Atrapados en un cuello de botella y neutralizados en número, son peligrosos de cualquier manera. Tolly y yo ponemos en riesgo nuestra vida al correr y recomponemos nuestra armadura con todo lo aprovechable, así sean solo fragmentos herrumbrosos. Si tuviese tiempo para ello, mi pésimo trabajo me indignaría.

Sobre el agua, a kilómetro y medio mar adentro, los aviones de Laris se enfrentan con los de Norta y las Tierras Bajas, nuevamente por órdenes de Cal, que son preservar la ciudad contra las peores armas de ambos bandos. Aun a la distancia, oigo que rugen mientras danzan en el aire a una velocidad cegadora. Explosiones de humo y fuego emergen de la batalla aérea, encajonadas entre las nubes y el horizonte. No envidio a los pilotos, y menos aún a los que deben contender con los forjadores de vientos de Laris; volar un jet y tener que combatir con el viento es demasiado difícil.

Iris debe estar todavía cerca del Puerto de Guerra, para proteger los acorazados contra las olas impetuosas. Cuando nos acercamos, advierto que el agua en torno a esos cuatro inmensos cascos de acero está tranquila. El resto del puerto hierve y se agita, repele todo intento de alejar las naves de tierra firme. La princesa lacustre apuntará pronto sus grandes armas contra los aviones en el mar, o contra la ciudad misma, para destruir Harbor Bay igual que como hizo añicos el fuerte; para no dejar otra cosa que ruinas inútiles para cualquiera de los hermanos Calore.

Un rojo brillante cruza mi campo visual, llega al camino desde un callejón. Jamás pensé que encontrar un escuadrón armado de la Guardia Escarlata me depararía tanto alivio, y menos aun cuando está bajo el mando de la general Farley.

Su banda de criminales nos rodea, con las armas arriba. Pese a mi renuencia, alzo rápido las manos y mi mirada se encuentra con la de ella.

—Somos nosotros —jadeo y le hago señas a Ptolemus para que me imite.

La general nos observa por turnos, sus ojos oscilan como un péndulo, una balanza en busca de equilibrio. Mi alivio se desvanece tan pronto como me doy cuenta de lo que es posible que ella sopese.

La vida de mi hermano.

Podría intentar matarlo, matarnos aquí, y nadie se enteraría de nada. Seríamos apenas unas bajas de guerra más. Y ella obtendría su venganza.

Yo haría lo mismo si alguien me quitara a Tolly.

La mujer rubia busca a tientas el arma en su cintura, prendida de una cartuchera semivacía. ¡Vaya si ha estado ocupada! Le sostengo la vacilante mirada azul sin decir nada, apenas me atrevo a respirar; no quiero inclinarla en la dirección incorrecta.

La exasperación me empuja a buscar todas las piezas que mi exhausta habilidad es capaz de reunir: su arma, sus balas restantes, las navajas ocultas en su cuerpo. Para detenerla si decide atacar.

—Cal está en camino —dice al fin y rompe la cadena de tensión entre nosotras—. Tenemos que arrebatarles esos barcos.

—¡Por supuesto! —confirma Ptolemus y estoy a punto de darle un puñetazo.

Cierra la boca, quisiera sisear.

En cambio, avanzo con discreción frente a él para cubrir su cuerpo contra la ira de Farley, quien solo se mueve un poco y lo mira por otro candente segundo.

—¡A formarse, soldados! —se burla antes de darnos la espalda.

Soldados. No su alteza ni nuestros títulos.

Si eso es lo peor que va a hacer, lo aceptaré con gusto.

Cumplimos su orden y nos formamos con el resto de su banda. No reconozco a ninguno de sus miembros, a quienes únicamente distinguen las cintas rojas que se atan en los brazos, la cintura o la muñeca. La Guardia parece un grupo variopinto, reunido con premura y vestido con ropas ordinarias. Aunque es posible que sus integrantes sean sirvientes o labriegos, estibadores, comerciantes en pequeño, cocineros y choferes, comparten la férrea disposición y determinación de Farley. Y están armados hasta los dientes. Me pregunto cuántos Plateados conservaron a estos lobos en sus residencias.

Y cuántos hay todavía en la mía.

Nuestra coalición tiene en su poder un trecho de la Calzada del Puerto, que rodea la bahía y se halla frente a los acorazados que bloquean el Puerto de Guerra. Detrás de nosotros hay más cuarteles y anexos militares, todos los cuales ya han sido tomados. Muchos de nuestros efectivos asumen posiciones defensivas en accesos y ventanas, y otros más se forman a un costado del puerto, a la espera de órdenes.

¿Hemos tomado la ciudad?

Cal avanza entre sus guardias y lugartenientes más desaliñado que nunca, con el cabello chorreando de sudor, y el resto del cuerpo manchado de sangre y ceniza. Me cuesta trabajo percibir al fondo la armadura, reluciente como un rojo rubí entre las secciones sucias. Él deambula a la orilla del mar y transmite una sensación de frustración y apremio. Además, procura alejarse de las ascendentes aguas.

Los príncipes Calore no le tienen aprecio al agua. Los pone nerviosos.

Justo ahora da la impresión de que Cal se muere de miedo.

Su abuela contempla su andar. Ha reemplazado sus sedas y vestidos por un uniforme sin insignias ni colores. Por más que podría ser una mera anciana

que merodea entre la muchedumbre equivocada, nadie con ojos la confundiría. Anabel Lerolan no es para ser subestimada. A su lado, Julian Jacos guarda silencio, con los labios fruncidos y los ojos fijos en los buques de guerra, a la espera de ser útil.

Mi hermano y yo nos abrimos camino en medio del caos hasta entrar en la línea de visión de Cal. Eleva la frente en cuanto nos ve. Quizás está tan aliviado como yo e igual de sorprendido por esa sensación.

—¡Qué bueno es verlos en pie! —se inclina ante los dos—. ¿Qué fue de su batallón?

Me llevo las manos a la cadera.

—No sé. Iris nos arrojó al puerto mientras los nuestros cruzaban el puente. Tuvimos que nadar para no ahogarnos —me mira en lo que hablo, atento y perspicaz, casi acusador, como si debiera avergonzarme de estar viva cuando hubo quienes no lo consiguieron; hago caso omiso de ello—. ¿Alguien logró llegar a la ciudad?

—Es difícil saberlo. Hice correr ampliamente la voz de que nos reagruparíamos aquí; veremos quién recibe el mensaje y es capaz de volver —frunce el ceño y mira sus manos, y luego los buques de guerra que, en el agua, se ponen a resguardo de sus muelles en vez de dirigirse al mar, con la mira fija en nosotros—. Ustedes son los únicos magnetrones que tenemos en este momento.

Ninguno de los primos Samos sobrevivió. Solo quedamos nosotros.

Ptolemus arruga la frente junto a mí.

—Haremos lo que podamos con los proyectiles.

Cal voltea a verlo y su oscuro cabello ondea.

—No los haré atrapar misiles, sería un desperdicio; contamos con suficientes bombarderos de Montfort para destruir todo lo posible. Los quiero en esos barcos —apunta a la bahía.

Sé que debemos detener a los acorazados, ¿pero subir *a* ellos? Palidezco tan rápido que lo siento, un frío glacial se extiende por mis mejillas pese al calor de la llama, la ceniza y mi sudor.

—No me gustaría perder la vida a una hora tan avanzada, Calore —dirijo el mentón hacia los buques, a salvo en el agua—. Iris nos hundirá como rocas antes siquiera de que nos acerquemos. Incluso los gravitrones…

Sisea para sí con desaliento.

—Cuando tomemos la ciudad, recuérdame darle a cada oficial Plateado un curso intensivo sobre habilidades de los nuevasangre. ¡Arezzo! —suelta sobre su hombro la extraña palabra.

Una mujer se presenta en respuesta, cubierta con el uniforme verde oscuro de Montfort e insignias estrambóticas.

—¡Ordene usted, señor! —baja la barbilla.

—Prepara a tus teletransportadores —ordena Cal casi divertido mientras yo hiervo por dentro, enojada con él y conmigo por haber olvidado el tipo de ejército con el que operamos. *¿Estos singulares nuevasangre son inextinguibles?*—. Dispónganse a abordar esos barcos.

—¡Sí, señor! —contesta con brusquedad y agita la mano para llamar a otros soldados de Montfort; más teletransportadores, supongo.

Miro de soslayo a mi hermano para medir su reacción. Está más preocupado por la general Roja, a la que no le quita los ojos de encima, como si pudiera matarlo en caso de que baje la guardia; no es un temor del todo irracional.

—¿Y cuando estemos a bordo? —doy un paso al frente y me pongo a la altura de mi aborrecible prometido—. Necesitarás algo más que dos magnetrones para destruir un acorazado, y algo más que un par de minutos también. Somos muy buenos, pero *no tanto*.

Da un salto atrás para evitar una ola entusiasta y no mojarse los pies. Pestañea rápido y traga saliva.

—No tendrán que destruirlos; quiero esos barcos, los *necesito*, sobre todo porque Iris está ahí —se moja los labios, un destello de terror aparece en sus ojos—. Su madre no permitirá que se seque sola. —*¡Puf!* ¿Hace a propósito esos espantosos juegos de palabras?—. Si la flota lacustre llega antes de que una artillería verdadera proteja el puerto, nos derrotarán —mira el océano por encima de mi cabeza.

Levanto una mano y apunto más allá del inundado fuerte, al mar cubierto por el humo y las formas danzantes de los aviones a reacción.

—¿Crees que cuatro barcos detendrán a una armada lacustre?

—Deberán hacerlo.

—No lo harán y lo sabes.

Aprieta la quijada y le tiembla la mejilla. *Tendrás que ensuciarte las manos, Calore, más de lo que ya están*.

Me planto en su campo visual.

—Dijiste que la reina de los Lagos no abandonará a su hija. Hagamos un trueque entonces —palidece como yo lo hice, su desencajado rostro pierde todo color—, ofrezcámosla en canje por la ciudad —insisto, debe entender—. Ptolemus y yo podríamos fijar las armas en posición y disparar contra ella, inmovilizarla, acorralarla. A un rey de fuego no debería costarle trabajo

someterla, ¿no es así? —de nuevo nada, ni siquiera parpadea, se obstina en su quietud. *¡Cobarde!*, me burlo en mi cabeza. *No quiere enfrentarla; la Flama del Norte le teme a una llovizna*—. Cuando tengamos a Iris, negociaremos: su vida a cambio de la bahía.

Esto corta por la mitad su moderación.

—¡No lo haré! —grita con voz ronca y afilada y retrocedo muy a mi pesar, casi acobardada por su furia repentina—. No soy *él*, Evangeline.

Río sin remedio.

—*Él* es el vencedor hasta ahora.

—No lo haré —reitera, con palabras cargadas de enojo; los príncipes no acostumbran repetirse—. No tomaré rehenes.

No le daré una razón a Maven, quieres decir, pienso con amargura. *Una razón para que se la lleve de nuevo, para que ponga todos sus recursos a los pies de una persona en particular*.

Tiene la inconcebible insolencia de colocar un dedo frente a mi cara.

—Toma los barcos, toma las armas y echa a Iris de la bahía. Es una orden.

—No soy tu subordinada, ni tu esposa todavía, Calore. ¡Tú no me vas a mangonear! —gruño, siento que podría morderlo—. Su madre ahogará esta ciudad, y a nosotros con ella, si se lo permites.

Me mira furioso, le tiembla la mano. Está tan encolerizado que no se da cuenta de que una ola choca con sus tobillos. Salta entre maldiciones y me dan ganas de reírme en su ridícula cara.

—Su madre dejará en paz la ciudad si la hija puede huir a salvo —se alza una voz detrás de él. *¿Tu abuelita ha salido en tu rescate, Calore?* El príncipe arruga la frente, confundido.

—Ella tiene razón —dice su tío, con una voz más suave que la de Anabel.

Cal frunce el ceño.

—¿Julian? —pregunta, en forma casi inaudible.

Jacos se encoge de hombros y une sus manos sobre su frágil pecho.

—Aunque tengo poco talento para el campo de batalla, eso no significa que no tenga ninguno. Es un buen plan, Cal; expulsa a Iris de la bahía —me mira—. Aborda un buque, Evangeline —dice despacio, con una voz de la que su habilidad está ausente.

Siento la amenaza de todas formas. No tengo otra opción, con el arma cargada de un arrullador ante mí. Haré esto, por voluntad propia o sin ella.

—Está bien.

Pese a todas sus imperfecciones, Cal es noble en extremo. Esto hace que lo odie más, excepto ahora. Como dijo en Montfort, no obligará a nadie a que pelee por él si él no pelea por sí mismo; no forzará a nadie a que haga lo que él no está dispuesto a hacer. Así que en el momento en que los teletransportadores se congregan y tienden las manos, él está junto a mí, armado y listo para tomar por asalto un buque de guerra.

—La primera vez no es agradable —dice mi teletransportador con un rostro ceñudo y arrugado por la edad, veterano de muchas batallas.

Solo aprieto los dientes y tomo su mano.

Siento como si me exprimieran hasta la médula: todos mis órganos se retuercen, mi equilibrio se esfuma y mi percepción se pone de cabeza. Intento jadear y descubro que no puedo respirar, no puedo ver, pensar, existir… hasta que todo desaparece tan pronto como llegó. Trago aire, arrodillada en la acerada cubierta de un acorazado, con el teletransportador erguido junto a mí. Se acerca para cubrir mi boca y lo alejo de un manotazo y una mirada asesina.

Nos hallamos detrás de la torreta delantera, agachados junto a cilíndricos cañones de suave y frío acero. Están al rojo vivo y aún humean después de bombardear el fuerte, y ahora apuntan hacia la ciudad. Mi habilidad se precipita sobre su longitud, siente los remaches y tornillos, salta de un cañón a otro, sobre el polvorín —*casi lleno*— y los obuses en espera —*más de una docena listos ya*. Supongo que lo mismo vale para las otras dos torretas de proa y popa, dispersas a lo largo de la nave.

—¡Aquí hay municiones suficientes para reducir Harbor Bay a cenizas! —susurro, así sea solo para mí.

El teletransportador reacciona con una mirada fulminante. Me recuerda a mi padre, con sus siempre atentos ojos de pedernal.

Hago lo que debo. Con un gesto, pongo las manos sobre la torreta y jalo.

Opone resistencia, apuntada como está hacia otra dirección. Pero tan pronto como consigo insertar el mecanismo en su riel, cede con facilidad y se mueve a mi tacto, da la vuelta para quedar frente a otro objetivo.

El acorazado de Iris.

Ella recorre la cubierta del buque más apartado, es una silueta azul oscuro. La flanquean sus lacustres, de uniformes fáciles de distinguir. En la proa cobra forma una figura cubierta de rojo, con un teletransportador y soldados a su espalda.

—Ya casi está listo —siseo y deslizo hasta su sitio la torreta, cuyos cañones quedan dirigidos hacia el costado de Iris. Con un puño cerrado, fundo el acero y la placa de hierro para fijar la torreta en posición. Nadie podría

modificar ahora la puntería de esta arma, a menos que fuese un magnetrón o alguien provisto de un soplete—. ¡La siguiente arma!

Luego de otro salto escalofriante, aterrizamos junto a la segunda torreta. Hago lo mismo que antes, cambio de posición las armas. Esta vez, un par de reclutas Rojos nos salen al encuentro. Pese a que se precipitan sobre mí, el teletransportador atrapa a ambos y desaparece con ellos; veo con el rabillo del ojo que reluce sobre el agua: los reclutas caen al océano y el teletransportador está de vuelta conmigo antes de que escuche el ruido que hacen al salpicar.

La tercera torreta es más renuente que las otras, se resiste a mi habilidad y se rehúsa a moverse con igual fluidez que las anteriores.

—¡Ya nos descubrieron! —gruño mientras empiezo a sudar—. El artillero quiere mantener la torreta en su sitio.

—¿Eres una magnetrona o no? —se burla el teletransportador.

Espero que a Ptolemus le haya tocado alguien menos respondón, pienso y hago una mueca. Con un arranque de vigor, hago girar la torreta y la hundo en su lugar con más vehemencia de la necesaria. La base se abolla y se atasca en su riel.

—¡Listo! Da la señal.

Disparar este mecanismo bélico es más fácil de lo que pensé, como apretar un gatillo gigantesco.

La explosión de un solo obús da conmigo en el suelo y tengo que cubrirme los oídos con las manos. Todo repiquetea y se apaga en sucesión. Me pongo en pie y veo cuando la descarga da en el blanco y estalla en la cubierta del acorazado de Iris.

El fuego se apodera de él, es una serpiente despiadada que se enreda con una furia sibilante, superior al estallido de un mero proyectil. Algunos soldados se arrojan al océano para escapar a su ira.

Es la ira de Cal.

Los lacustres no se amedrentan demasiado, hacen que una ola se eleve sobre la nave, se desplome en ella y apague el fuego.

Solo para que otro obús la impacte, en esta ocasión desde el barco de Ptolemus, del lado opuesto. No puedo menos que sonreír, casi vitoreo.

Cal hace que la flama vuelva a correr por el buque. Nuevos soldados huyen, otros más saltan. Una ola más, un nuevo obús, otra flama; este vaivén adquiere un ritmo espeluznante.

Mi teletransportador salta entre las torretas y en cada ocasión encontramos más efectivos que repeler, principalmente Rojos; pocos Plateados operan en

los barcos, como oficiales. Los rechazamos sin ningún problema, gracias a mi habilidad y la de nuestro amigo de Montfort.

Si pudiera, lo haría saltar conmigo hasta Cal; él no tiene agallas para matar a Iris, yo sí. La comarca de los Lagos ya está furiosa con nosotros por la muerte de su rey; no importa si ella muere también. De hecho, esto haría que los lacustres regresaran a sus lagos y sus granjas, y lo pensaran dos veces antes de volver a oponerse al poderío de Samos y Calore.

Sin embargo, mi labor es manejar las armas, conservar esta nave.

Gracias a que Cal distrae a Iris, nuestros soldados empiezan a cruzar. Durante nuestro tercer recorrido por el barco, más teletransportadores llegan a la cubierta, con seis soldados cada uno. Y más soldados abordan los botes de abajo, rápidos para las labores de aproximación.

Miro el barco distante con ojos entrecerrados y lanzo otra descarga. El impacto es tan duro que abre en el casco un agujero humeante unos metros arriba de la línea de flotación. En cubierta, el espectáculo es aterrador. Las nubes se oscurecen en el cielo, densas de relámpagos. Agua y fuego chocan al descender sobre el acorazado, averno y maremoto. El buque se ladea debido a la rudeza de la batalla, de un Plateado imperial contra otro. Son dignos rivales en desigualdad de condiciones.

Por primera vez en mi vida, me pregunto qué sucederá si Tiberias Calore muere.

Pienso que Iris va a matarlo.



VEINTE
Mare

Aunque la distancia es corta, resulta interminable. No suelto la manija de la puerta, lista para saltar del vehículo tan pronto como sus ruedas, que giran debajo de nosotros, toquen la Calzada del Puerto. Somos solo los electricones, nuestro conductor y yo. Incluso Ella guarda silencio, ve por la ventana el cielo que se oscurece. El humo de Ciudad Nueva da paso a nubes negras y acres cuanto más nos acercamos a Harbor Bay. Pese a que al principio agradezco no tener que conversar con nadie, conforme pasa el tiempo el silencio se vuelve más denso y me agobia. Esto impide que piense en otra cosa que no sea la ciudad delante de nosotros y la batalla que se desarrolla ahí. Da la impresión de que el horizonte ardiera a lo lejos.

Mi mente da vueltas, llena los blancos de lo que es probable que hallemos. Cada escenario es peor que el anterior: rendición, derrota, Farley moribunda, Tiberias pálido y cubierto de una sangre que es como un halo de plata.

La última vez que estuve en Harbor Bay recorrí túneles y callejones, no atravesé las calles en un transporte militar escoltada como una suerte de noble o dignataria. Apenas reconozco este sitio.

Aun cuando supuse que enfrentaríamos oposición a nuestro arribo a la urbe, los frentes de batalla se encuentran más lejos de lo que creí. Las calles están vacías de todo menos de soldados, nuestros todos ellos, en marcha a sus posiciones o en pleno desempeño de su labor de patrullaje. En una o dos ocasiones veo que un contingente de la coalición flanquea a algún prisionero, Plateados esposados y conducidos a su custodia, imagino que por órdenes de Davidson. Él conoce la mejor forma de obtener provecho de los prisioneros.

El vehículo se inclina bajo mis pies para iniciar el descenso al puerto.

—La coalición está en formación en los muelles, para reforzarse antes de su tentativa de tomar el fuerte —informa nuestro conductor; a pesar de que un

radio en su tablero despide en su mayor parte estática, él entiende algunas palabras y nos las transmite—. Todo indica que la flota aérea impide que los jets de Norta lleguen al mar y que se hace hasta lo imposible por someter a los acorazados en el puerto, aunque hay barcos lacustres en el horizonte.

Rafe maldice entre dientes delante de mí.

—¡Fuera de nuestro alcance! —susurra.

—Deja que yo decida eso —replica Ella con severidad y sin dejar de ver por la ventana.

Tyton se arrellana en su asiento y frunce los labios.

—Así que la ciudad es nuestra por ahora.

—Eso parece —confirmo, más desconfiada que nunca.

El vehículo pasa junto a grandes edificios y más lugares de presumible importancia. Mi cuerpo está tenso como un alambre enrollado, listo para reaccionar si esta calma solo fuera una trampa, un señuelo para inducir en Tiberias y en los otros una falsa sensación de seguridad. Mantengo apretados los dientes y, cerca de mí, la chispa del relámpago. Los demás electricones hacen lo mismo; cada uno de ellos da visos de estar listo para combatir.

Las agitadas aguas de la bahía fulguran al final de la calle, más allá de un dinámico grupo de soldados. Se diría que acabara de pasar una tormenta; todas las superficies están empapadas y algunas nubes de un gris oscuro se desintegran en el cielo, disipadas por un vendaval. Las olas lamen la curva del litoral con su blanca espuma, similar a la que se acumula en el borde de una olla hirviente. Descubro entonces que Fort Patriot es una ruina, inundada a medias y con la otra mitad quemada; lo huelo, pese a la distancia que me separa de él. El puente de la fortaleza está destruido de igual forma, parcialmente cubierto por el mar.

Tanto deseo ver que toco el cristal con la frente. Nuestras tropas recogen los escombros, levantan paredes provisionales o preparan los rifles. Inspecciono sus filas en busca de rostros conocidos al tiempo que arribamos a la plaza pavimentada junto al muelle. Todos son iguales, pese a la gran diversidad de sus uniformes: el rostro sucio, sangrados de ambos colores, exhaustos y a punto de desplomarse, pero vivos.

Abren paso al transporte en tanto nos enfilamos a los muelles y a las maltrechas puertas del puente de la fortaleza. Ella y yo nos apretujamos en la ventana derecha y estiramos el cuello para ver mejor. Frente a nosotras, Rafe hace lo mismo; solo Tyton permanece quieto y mira sus botas sucias.

—¡Los barcos combaten entre sí! —Ella señala los acorazados en el puerto—. Mira, son tres contra uno.

Me muerdo el labio, confundida un momento apenas. A la distancia, los grises cascos de las naves se agitan en el agua, se mecen con la fuerza de su armamento pesado. En efecto, tres de ellas le disparan a la cuarta y me pregunto cuál bando llevará la delantera, si nuestra coalición… o la de Maven. Embarcaciones más pequeñas se aventuran en el mar picado y llevan efectivos a los buques.

El vehículo no ha terminado de detenerse todavía cuando mis botas ya están sobre el húmedo pavimento y cada uno de mis pasos es precario y escurridizo. Mantengo el equilibrio y me sumerjo entre la soldadesca. Los electricones me siguen en pos del nudo de oficiales junto a la orilla, atentos a las barcazas que trajinan en el puerto. A lo lejos, la cuarta nave surca las olas y se ladea bajo el castigo del bombardeo. La miro apenas, continúo a la caza de caras familiares entre los soldados.

A la primera que veo es a Farley, cuya dorada cabellera brilla contra el gris de la batalla y de cuyo cuello cuelga un par de catalejos, olvidados por el momento. Da órdenes sin cesar, hace señas a sus oficiales. No repara en que varios hombres apilan cajas a su lado, para erigir un modesto muro que proteja a su general. Una parte de la tensión que había en mi pecho se libera y respiro con más facilidad.

Julian está ahí también, para mi alivio, junto a la reina Anabel, ambos paralizados por los buques en el puerto. Con mirada inmóvil, Anabel se sujeta del brazo de Julian, con cuya manga contrastan sus blancos nudillos.

Ver esto me trastorna, aunque ignoro la causa.

—¿Dónde nos necesitan? —me introduzco en su círculo con la mayor tranquilidad posible.

Farley se vuelve farfullante hacia mí y me preparo para la inevitable reprimenda.

—¿Qué haces aquí? —espeta—. ¿Pasa algo malo en Ciudad Nueva…?

—Ciudad Nueva es nuestra —la ataja Ella y cruza sus brazos a mi lado.

Rafe asiente.

—Pónganos a trabajar, general.

—Iris Cygnet está allá. —Farley señala los barcos y duda, irritada, lo que me incomoda.

Poso una mano en su brazo; la reina de Maven será formidable, pero no invencible.

—Iris no me asusta, Farley. Déjanos ayudar…

En la ensenada hace erupción una llama roja que engulle al cuarto buque con extraños movimientos. Una inmensa ola artificial se eleva para

enfrentarla e invade la cubierta. Otro rizo de fuego estalla y asciende en espiral por el aire al tiempo que más lenguas acuosas se retuercen e inundan. Uno y otras se mueven al compás de una danza básica que solo puede ser obra de dos personas muy específicas.

El alma se me cae a los pies, helada de temor. Y de furia.

El cielo se ennegrece sobre la bahía, las nubes se reagrupan en un instante. Los destellos de color púrpura cobran intensidad, igualan el ritmo de mi palpitante corazón.

—¿Qué hace él? —gruño al aire y doy un paso al mar porque algo se rompe en mi interior. Cualquier objetivo que haya podido tener, todos los pensamientos sobre esta ciudad, desaparecen en un suspiro.

—¡Calma, Mare! —Ella intenta tomar mi brazo pero la empujo. *Tengo que llegar a ese barco, debo detener a Tiberias*—. ¡Tu puntería no es suficiente para que le ayudes a salir de ahí! —se desvanece su voz. Soy más rápida y ágil entre la muchedumbre, nadie me alcanzará.

Me abro paso trabajosamente hasta la orilla. La desesperación podría tragarme entera. Cal se enfrenta a una ninfa muy poderosa, su principal debilidad. Esto me aterra.

Embarcaciones van y vienen por la ensenada, las vacías retornan para transportar más soldados. Aprieto tanto los dientes que podría romperlos. *Son demasiado lentas*.

—¡Necesito teletransportadores! —grito desesperada y en vano, la estridencia de las armas ahoga mi voz—. ¡Teletransportadores! —clamo otra vez y nadie acude.

Las barcazas serán todo lo lentas que se quiera pero representan mi mejor oportunidad. Pongo el pie en una de ellas cuando Farley llega hasta mí y me toma de los hombros. Prácticamente me arrastra de regreso, mis botas chapotean en el agua baja de los muelles.

Me desprendo de ella, giro como aprendí a hacerlo hace mucho en los callejones de Los Pilotes. A pesar de que se tambalea con las manos extendidas, no cae. Su rostro se cubre de un tono carmesí.

—¡Llévame a ese barco, Farley! —mi voz tiembla de cólera, siento que podría explotar—. ¡Es una orden!

—De acuerdo —concede, con ojos muy abiertos por su propio temor—, de acuerdo…

Un resplandor en el agua nos calla a ambas y sus palabras fenecen en sus labios. En medio de un asombrado silencio, vemos que una sucesión de descargas explosivas sacuden la nave de Iris y que olas crecientes la

estabilizan en tanto los estallidos se propagan, rojos y furibundos, cada cual un averno que llega al cielo. El humo sube en negras y malolientes volutas en lo que otra ola cimbra el barco. Los soldados se tiran al mar desde la cubierta y a esta distancia no distingo sus uniformes, ignoro si son rojos, verdes o azules.

Pese a todo, la armadura de él refulge contra el fuego, es imposible confundirla.

Arranco sin pensarlo los catalejos de Farley y los oprimo contra mis ojos.

Lo que veo me hiela, me clava en mi sitio, impide que me mueva.

Iris esquiva una bola de fuego que se precipita con un movimiento líquido, más rápido que el que Tiberias haya conseguido nunca. Ella está fuera de su alcance, circula mientras su buque se mueve en proceloso paso hacia la boca de la bahía y el mar abierto, seguido por el valiente y estúpido Calore.

Otra ola lo alcanza de frente, crepita en un estrépito blanco y azul con todo el poder de Iris Cygnet. Mi corazón detiene su marcha en mi pecho cuando imagino a Tiberias aplastado por la metálica nave, que se ahoga ante mis ojos.

Cae, su armadura se ha roto, destrozada por la batalla, su capa roja hecha pedazos. Para ser tan corpulento, Tiberias produce un ruido insignificante al chocar con el agua.

Mi visión se nubla con cada emoción y mi cerebro se sobrecarga. Todo se encoge y adquiere negros contornos hasta que dejo de oír al gentío que me rodea. Aun la voz de Farley se apaga, sus órdenes se desvanecen. Pese a que quiero gritar, parecería que mis dientes están soldados. Si me muevo, si hablo, todo mi aplomo desaparecerá, el relámpago no tendrá piedad. Lo único que me queda es mirar y elevar mis plegarias a quienquiera que pueda escucharlas.

Unas manos tibias me toman de los hombros y los electricones me rodean, para reaccionar si pierdo el control. Azul, verde, blanco; Ella, Rafe, Tyton.

Cal, Cal, Cal.

Sobrevive.

Nada importa sino el agua, las olas azules y blancas cuya espuma sigue el fragor de la batalla. La mayoría de las tropas que saltaron de los buques viven aún, cabecean en el mar. *Pero no visten armadura, no les aterra el agua, no enfrentaron a Iris Cygnet y perdieron*. Aunque el brillo del sol impide ver gran cosa, hago descender un poco mis párpados hasta que no aguanto más ni puedo abrir los ojos. Los catalejos caen de mis manos y se rompen.

El caos crece al filo del agua hasta que, sin aliento, cada soldado espera a ver el destino del príncipe Calore. Cuando emiten al unísono un grito ahogado, me fuerzo a abrir los ojos. Los dedos de Tyton me sujetan como tenazas, apretados en mi cuello; él me dejará sin sentido si debe hacerlo, para proteger a todos de mi dolor.

No sé quién sacó a Tiberias del agua o cuál teletransportador lo trajo a la playa. Veo que la sanadora se dobla aterrada para tratar de salvarle la vida. No me importa Iris, en la ensenada todavía, donde se da a la fuga. Solo tengo ojos para él, aunque no pensé verlo así nunca. Cada minuto que pasa es una ruina. Me han disparado, me han apuñalado, he sido vaciada; esto es mil veces peor.

Si bien la piel Plateada es más fría que la nuestra, como si careciera de calor, jamás he visto a un Plateado con un aspecto como el de Tiberias. Sus labios son azules, sus mejillas como un claro de luna radiante; cada palmo de él está húmedo o ensangrentado. No abre los ojos, no respira; parece un cadáver, *podría* serlo.

El tiempo se prolonga. Vivo atrapada en este maldito segundo, condenada a ver cómo cada una de las pequeñas piezas de su vida se consume poco a poco. Kilorn sobrevivió en Ciudad Nueva, ¿perderé a Tiberias en Harbor Bay?

El sudor perla la frente de la sanadora cuando posa las palmas sobre su pecho.

Invoco a cualquier dios que pueda existir, a cualquiera que escuche.

Y entonces suplico.

Agua brota a borbotones de su boca al tiempo que tose con violencia y abre los ojos. Estoy a punto de desplomarme, solo los electricones me mantienen en pie en medio del súbito apuro. Jadeo, me llevo una mano a la boca para ahogar el ruido y siento lágrimas en mis mejillas.

El gentío a su alrededor aumenta, Anabel se arrodilla a su lado. Julian está ahí también. Arrullan a su muchacho, le alisan el cabello, le ruegan que se quede quieto mientras la sanadora prosigue con su trabajo.

Él asiente apenas, no ha terminado de recuperarse.

Desvío la mirada antes de que me vea y se dé cuenta de que deseo de todo corazón quedarme.

La Colina del Mar era uno de los lugares favoritos de Coriane, la difunta reina que nunca conocí. Lo es también de su hijo.

El palacio es de pulida piedra blanca con abovedados techos azules coronados por llamas de plata, magnífico aún pese al humo en retirada y la ceniza que cae. Rodeamos la plaza frente a sus puertas, por lo común rebosantes de tráfico. Toda la actividad se concentra ahora en el centro de seguridad vecino, invadido por milicianos de la coalición. Al momento en que pasamos a su lado, algunos arrancan las banderas rojas, negras y plateadas, así como los estandartes que exhiben el retrato de Maven Calore. Uno por uno, prenden fuego a los símbolos. Veo arder el rostro del monarca, con sus ojos azules fijos en los míos a través de la devoradora maraña de la flama roja.

Las calles se encuentran vacías y la fuente que yo recordaba, hermosa bajo una cúpula de cristal, se ha secado. La guerra cruza los caminos de piedra de Harbor Bay.

Las puertas del palacio están abiertas de par en par para Farley y para mí. Ya habíamos estado aquí antes, en calidad de intrusas y fugitivas. Hoy es diferente.

Cuando el transporte reduce su marcha, Farley se apresura a bajar y me hace señas para que la siga; vacilo, asediada aún por los sucesos de esta mañana. Apenas han pasado unas horas desde que casi vi morir a Tiberias y no puedo quitarme esa imagen de la cabeza.

—¡Vamos, Mare! —me espolea en voz baja, basta con eso para que yo entre en acción.

Las cerúleas puertas del palacio se mecen sobre silenciosas bisagras y dejan ver a dos miembros de turno de la Guardia Escarlata. Sus rotas pañoletas son de un espléndido y discordante rubí, lo mismo que un signo elocuente e inconfundible.

Hemos regresado como vencedores.

La Colina del Mar huele todavía a desuso y abandono. No creo que el rey Maven haya puesto nunca el pie en este lugar. Los dorados y desvanecidos colores de Coriane cuelgan de las paredes y el techo abovedado; esta es aún la tumba de una reina olvidada, sin nada más que su memoria, y quizá su fantasma.

Veo un curioso cambio conforme avanzo y me fijo en los rostros que me rodean. Pese a que algunos Rojos de la Guardia están de turno y exhiben sin tapujos sus armas, la mayoría vaga sin rumbo: se recupera después de la batalla, dormita recargada en opulentas columnas o explora perezosamente los numerosos salones y recintos que se desprenden de la galería central. Son los Plateados quienes se ocupan de las labores menudas, a lo mejor por órdenes de Anabel; deben preparar la nueva sede de Tiberias, su palacio, para

que lo señale como rey y gobernante legítimo. Abren las ventanas, retiran las fundas de los muebles e incluso sacuden los alféizares y las estatuas. Parpadeo abrumada por este espectáculo: *los Plateados a cargo de labores domésticas, ¡qué gran acontecimiento!* Es indudable que los sirvientes Rojos huyeron y que los Rojos que permanecen aquí no van a sustituirlos.

No veo a nadie conocido a mi paso, no a Julian y ni siquiera a Anabel en tareas de supervisión en lo que sus soldados disponen el palacio. Esto me preocupa, porque solo pueden estar en un sitio muy específico, en donde es evidente que tienen que estar.

Casi he echado a correr cuando Evangeline me intercepta al doblar una esquina. Su armadura ha desaparecido, reemplazada por ropa más ligera. Si la batalla fue difícil para ella, no lo muestra. Mientras que todos los demás están sucios, si no es que todavía ensangrentados, ella parece recién salida de un baño de agua fría.

—¡Apártate de mi camino! —es lo único que atino a decir para esquivarla. Farley se detiene y le lanza una mirada fulminante.

—¡Déjala en paz, Samos! —gruñe.

La otra la ignora y me toma de los hombros para obligarme a verla a los ojos. Refreno el conocido impulso de derribarla y permito que me mire. Para mi sorpresa, inspecciona con detenimiento mis abundantes cortadas y moretones.

—Deberías ver de inmediato a un sanador, tenemos muchos —dice—. Te ves horrible.

—¡Evangeline…!

Se espabila.

—Él está bien, te lo aseguro.

Mi vista se precipita sobre la suya.

—Ya lo sé —siseo—. Lo vi con mis propios ojos —aunque de todos modos aprieto los dientes debido al recuerdo, todavía demasiado fresco y doloroso.

Él está vivo; sobrevivió a la princesa ninfa, rememoro, la avasalladora reina de su hermano. Podría retorcerle el cuello por haber hecho eso, desafiar a un ninfo en plena bahía. Vi una vez a Tiberias Calore cruzar a nado un arroyo en medio de múltiples protestas. Odia el agua, le teme como a ninguna otra cosa; es para él la peor y más fácil manera de morir.

Evangeline se muerde el labio y me mira; algo de lo que ve le agrada. En cuanto vuelve a hablar, su voz se ha suavizado, es un susurro ligero.

—¡No puedo olvidar que se hundió como si fuera una roca, con armadura y todo! —se acerca para murmurar en mi oído; sus palabras me envuelven, perforan mi piel—. ¿Cuánto tiempo pasó antes de que los sanadores lograran que respirara de nuevo?

Aprieto los ojos, no quiero recordar. *Sé lo que pretendes, Evangeline. Y lo consigues*. Tiberias, pálido y muerto, con el cuerpo empapado, la boca rota, los ojos abiertos y vacíos, sin ver nada. El cuerpo de Shade era igual y todavía me obsesiona su recuerdo. Cuando abro los ojos, el cadáver de Tiberias está aún ahí, se cierne sobre mi mente. Es una imagen que no puedo quitarme de encima.

—¡Basta! —reclama Farley y se interpone entre nosotras. Casi me jala, lo que suscita una sonrisa en Evangeline.

Nos sigue un rato para indicarme la dirección correcta, como si fuera una res guiada a la pastura, o al matadero.

Aunque no conozco la Colina del Mar, conozco suficientes palacios para saber qué busco. Subimos una sinuosa escalera pintada de un color brillante que conduce al área residencial, un piso salpicado de cámaras y aposentos reales. Ahí, lejos de los niveles públicos, el polvo es más notorio que en cualquier otro lado, emerge en nubes de la alfombra. Los colores de Coriane lucen por doquier: oro y amarillo, pálidos y desgastados, olvidados en todas partes menos aquí. Me pregunto si esto hace sufrir a su hijo, quien estuvo muy cerca hoy de acompañarla en la muerte.

Los recintos del rey son inmensos y comienzan con una entrada vigilada a ambos costados por agentes Lerolan, quienes comparten no solo los colores de Anabel sino también su pigmentación física: cabello negro y ojos broncíneos, iguales a los de Tiberias. Nadie nos detiene cuando pasamos a la gran sala que funge ahora como recibidor y está abarrotada.

Veo en primera instancia a Julian, de espaldas a las ventanas en arco que dan a la ya esplendorosa bahía, azul bajo el sol de la tarde. Dirige hacia mí su rostro, con facciones que tienden a una expresión indescriptible. Sara Skonos se encuentra a su lado, muy erguida y con las manos enlazadas al frente, limpias en contraste con las mangas de su uniforme, manchadas hasta los codos de sangre roja y plateada, lo que me hace temblar. No repara en mí al principio, concentrada en el hombre monumental que, arrodillado, ocupa el centro de la habitación.

Farley toma asiento en silencio entre un par de tenientes de la Guardia. Me hace señas para que me sume pero no me muevo; prefiero permanecer al márgen de esta muchedumbre particular.

Pese a que nunca he sido presentada oficialmente al jefe de la Casa de Rhambos, reconozco su mole, incluso de rodillas. Su atuendo es inconfundible, de un resplandeciente chocolate y carmesí orlado de piedras preciosas. Líder de esa familia, es también el gobernador en funciones de esta región y ciudad. Su cabello es de un rubio cenizo que raya en gris, trenzado en hileras antes intrincadas y hoy en desorden, sea por la batalla o porque el gran señor tiró de ellas presa de la desesperación. Supongo que ambas cosas son ciertas.

Los Plateados no acostumbran rendirse.

Exhalo y tengo que convencerme para pasar de los hombros de Rhambos al rey verdadero que se eleva sobre él, espada en mano. Me basta verlo para borrar de la mente el espectro de su cadáver.

Esgrime con dedos firmes y decididos y mano tensa la ornada empuñadura de la espada ceremonial, que ignoro de dónde salió. No es la hoja con la que Elara hizo que asesinase a su padre, aunque se le parece mucho. Y estoy segura de que él la recuerda ahora, en pie frente a otro hombre que ruega por su vida. Sin duda duele hacerle esto a otro, y ahora por voluntad propia.

Se ve más pálido que de costumbre, con las mejillas descoloridas, no sé si de vergüenza o de temor; quizá sea fatiga, o congoja. Pese a ello, luce como todo un rey, con su armadura limpia y la corona ceñida. Las angulosas líneas de su quijada y sus pómulos están más marcadas, afinadas por el súbito peso en hombros. Todo esto es una máscara, la cara valiente que él está obligado a mostrar. Su otra mano se halla vacía, los dedos desprovistos de flamas; el único fuego es el que arde en su mirada.

—¡La ciudad es suya! —dice Rhambos, gacha la cabeza, las manos al aire.

La reina Anabel se aproxima al hombro de su nieto con dedos rizados como una garra. Es probable que sea la única persona sobre la Tierra capaz de conservar una apariencia señorial en ausencia de sus galas.

—Se dirigirá con propiedad a él, Lord Rhambos.

Este consiente de prisa y se encorva más, hasta casi besar el piso alfombrado.

—¡Su majestad, rey Tiberias! —afirma sin vacilar y extiende las manos para dejar constancia de su acendrada fe—. La ciudad de Harbor Bay y toda la región del Faro le pertenecen de manera legítima, hoy le son devueltas al auténtico rey de Norta.

Tiberias lo mira con altivez al tiempo que hace girar su espada, cuyo filo refleja la luz. El súbdito se encoge, parpadea contra el repentino fulgor.

—Y de la Casa de Rhambos, ¿qué me dice? —inquiere el monarca.

Evangeline resopla en su mano junto a mí.

—¡Qué farsa es esta!

—Somos suyos también, para que haga de nosotros lo que le plazca —se le quiebra la voz. Pese a lo mucho que sabe este hombre, Tiberias podría ejecutar a su familia entera, arrancarla de raíz, borrar su nombre y su sangre de la faz de la Tierra; otros reyes Plateados han hecho cosas peores por menos—. Nuestros soldados, dinero y recursos están a su disposición —enlista todo lo que su Casa puede ofrecer, lo que su Casa *viva* puede dar.

Un largo silencio se tensa como un alambre estirado que amenazara con romperse. Tiberias estudia a Lord Rhambos sin pestañear, sin sentir, con rostro inexpresivo e indiscernible, y después esboza una sonrisa pletórica de cordialidad y comprensión que no sé si es genuina.

—Le doy las gracias por todo esto —inclina la cabeza y Lord Rhambos casi se estremece de alivio a sus pies—, así como agradeceré a cada uno de los miembros de su Casa tan pronto como sigan su ejemplo, me juren lealtad y renuncien al falso rey que usurpa el trono de mi padre.

Anabel luce radiante a su lado. Si ella lo adiestró, lo hizo bien.

—Sí… sí, claro —tartamudea Rhambos con muestras de aprobación que están cerca de derribarlo. Veo que Tiberias aparta los pies, no vaya a ser que su súbdito quiera besarlos—. Eso se resolverá lo más pronto posible, nuestra fuerza es suya.

El rostro de Tiberias se tensa.

—Deseo que se resuelva a más tardar mañana, milord —dice, sin permitir reparo.

—Así será, su majestad. —Rhambos agita la cabeza y, de rodillas todavía, cierra sus carnosos puños—. ¡Viva Tiberias VII, rey de Norta y auténtica Flama del Norte! —proclama, con voz más sonora cada segundo.

El sinfín de consejeros y soldados, Plateados y Rojos, corean sus palabras y repiten esos títulos abominables. Las mejillas de Tiberias recobran un poco de su color mientras se avergüenza. Mueve los ojos en todas direcciones, para saber quién ensalza su nombre y quién no. Me mira, y a mis labios inmóviles. Sostengo la mirada y me estremezco, con la boca cerrada, sin ceder un ápice.

Farley también se examina las uñas, no ese despliegue de esplendor.

Anabel se deleita en él, con una mano sobre el hombro de su nieto. Es su mano izquierda, tendida para exhibir una antigua sortija matrimonial que lleva

engastada una gema negra. Su única alhaja, la única que alguna vez necesitará.

—¡Viva! —murmura y fija sus brillantes ojos en Tiberias, quien con un simple guiño la hace entrar en acción y desplazarse delante de él para que junte sus letales manos, con el anillo expuesto aún—. ¡El rey agradece su lealtad, lo mismo que yo! Tendremos mucho de que hablar en las próximas horas.

Esto equivale a una despedida. Tiberias se vuelve para dar la espalda a la sala y me doy cuenta de la admisión que este acto representa. Está cansado, está herido; quizá no del cuerpo, sino en un lugar profundo al que nadie tiene acceso. La rigidez de sus hombros, su posición de costumbre, no resiste el peso de las hombreras rojo rubí de su armadura. El rey libera un poco de su carga, o cede a ella.

Por alguna razón, todas las ideas acerca de su cadáver retornan de inmediato. El pavor que se apodera de mí amenaza con arrastrarme.

Tengo la intención de quedarme y doy un paso al frente, pero el gentío impide que avance. Así lo hace Evangeline, quien me toma del brazo con una de sus garras decorativas y la clava en mi suave piel. Aprieto los dientes y permito que me saque de los aposentos de Tiberias, no quiero hacer una escena. Julian pasa junto a nosotras con una ceja en alto, sorprendido al vernos en tan estrecha cercanía. A pesar de que intento comunicarme con los ojos, pedir orientación o ayuda, él aparta la mirada antes de saber lo que deseo, o precisamente para evitar darlo.

Pasamos de nuevo entre los guardias, los Lerolan parecen centinelas con sus colores rojo y naranja, tal vez el origen del atuendo de estos. Miro atrás sobre las cabezas de los señores Plateados y los oficiales Rojos; la cabellera rubia de Farley brilla en algún punto y Ptolemus Samos se mantiene a prudente distancia. Veo que Anabel, atenta como un lince, se planta en la puerta del dormitorio de Tiberias; él se desliza a sus espaldas, para ocultarse sin voltear siquiera.

—No discutas —sisea Evangeline en mi oído.

Pese a que abro la boca por instinto para hacer justo eso, me interrumpo cuando tira de mí a un lado, lejos de la multitud y hacia un corredor.

Por más que estamos seguras, dadas las circunstancias, mi corazón late con celeridad en mi pecho.

—Dijiste que no serviría de nada que nos encerraras juntos en un armario.

—No encerraré a nadie en ningún sitio —murmura en respuesta—, solo te enseñaré la puerta.

Las mil y una vueltas que damos en las escaleras y pasajes de servicio son demasiado lentas, y demasiado rápidas para mi gusto. Mi brújula interna gira y creo que estamos otra vez en el punto de partida al momento en que ella se detiene en un pasadizo escasamente iluminado y muy estrecho para que ambas quepamos en él.

Una avalancha de malestar me hace pensar en mi arete, el que no traigo puesto, la piedra de color rojo sangre que tengo guardada en una caja en Montfort, escondida del mundo.

A mi derecha, Evangeline tiende la palma sobre una antigua puerta, oxidada por el desuso. Las bisagras y el cerrojo son de un rojo oscuro, semejan costras de sangre seca. Ella mueve los dedos y el metal gira, se quita la herrumbre como si fueran gotas de agua.

—Esto te conducirá…

—Sé adónde habrá de llevarme —replico y de repente siento que hubiera corrido un kilómetro.

Su sonrisa me irrita y casi provoca que dé media vuelta. Casi.

—Muy bien —retrocede y acaricia el aire con la misma mano con que me señala la puerta como si esta fuese un regalo invaluable, no la manipulación manifiesta que en realidad es—. Haz lo que quieras, Niña Relámpago, ve adonde te plazca; nadie te detendrá.

No tengo una respuesta inteligente para ella; lo único que puedo es ver que se retira con sigilo, ansiosa de librarse de mí. Sin duda, Elane viene en camino para participar en la celebración de esta victoria. Las envidio: al menos pertenecen al mismo bando, son aliadas pese a las imposibilidades que se acumulan en su contra. Las dos son Plateadas, nacieron nobles; se conocen como Tiberias y yo no lo haremos nunca. Son iguales; él y yo no.

Debería volver sobre mis pasos.

Con todo, ya cruzo la puerta, avanzo en la semioscuridad de un pasaje olvidado, las yemas de mis dedos rozan la fría piedra. Una luz se derrama adelante, más cerca de lo que pensé, y dibuja el contorno de otra puerta.

Da marcha atrás.

Mis manos se aplanan sobre la madera, de un corte liso, finamente tallada. Sigo por un minuto la textura de los tableros, presa de los nervios. Sé adónde conduce este camino y quién espera al otro lado. Las pisadas que resuenan dentro me sobresaltan y después rechina una silla, recibe una carga pesada. Dos golpes sordos indican que él sube las botas a un escritorio o una mesa, tras de lo cual se escucha un largo y persistente suspiro, no de satisfacción sino de desaliento, colmado de dolor.

Da marcha atrás.

La perilla gira en mi mano como movida por voluntad propia y me asomo entre pestañeos a la suave luz de la tarde. El dormitorio de Tiberias es grande y ventilado, con techos abovedados de blanco y azul, como nubes. Las ventanas dan al puerto, y a un día más soleado de lo que debería. La brisa del mar disipa los últimos restos del humo.

Todo indica que el rey hace cuanto puede por instaurar en este sitio su desorden usual, pese a que apenas lleva aquí unas horas. Está sentado a un escritorio caprichosamente arrastrado al centro de la sala, lejos de un lecho que me niego a mirar. Libros y hojas sueltas se apilan alrededor. Uno de ellos está abierto y el texto en su interior aparece escrito con una letra tensa y ondulada.

Cuando por fin me armo de valor para mirarlo, Tiberias ya está en pie. Eleva un puño llameante y tensa todo su cuerpo como una serpiente, listo para atacar.

Sus ojos me recorren sin que su mano cese de arder, aun si no represento una amenaza. Después de un largo momento, extingue el fuego, permite que titile y se apague.

—Viniste pronto —suelta, sin aliento.

Esto nos toma por sorpresa a ambos y él desvía la mirada en lo que vuelve a sentarse. Me da la espalda y cierra con una mano el libro, que escupe polvo. La cubierta está gastada, es de un color oro desvanecido, no contiene leyenda alguna y la encuadernación deja mucho que desear. Lo guarda en un cajón sin ningún miramiento.

Finge ocuparse de algunos informes, los dobla incluso en medio de un parpadeo obvio. Sonrío para mí y doy un paso en dirección a él.

Da marcha atrás.

Avanzo un paso más en su recámara. El aire parece vibrar en mi piel.

—Después del… —titubeo, no hay un modo fácil de decir esto—. *Después de eso*, tuve que cuidar de mí —veo que levanta una comisura sin que mueva los ojos, abre un agujero de fuego en la página delante de él.

—¿Y qué con eso?

Subo los hombros y apoyo las manos en mi cadera.

—Ya estás bien, no debí molestarte.

Lanza en su escritorio una risa ronca pero genuina. Se recuesta, posa un brazo en la silla y se vuelve para mirarme. Bajo la luz del sol, sus ojos broncíneos destellan como metal fundido. Corren sobre mí, se demoran en las cortadas y contusiones expuestas. Siento su mirada como dedos.

—¿Qué hay de ti? —inquiere en voz baja.

Vacilo, mis lesiones son nimiedades en comparación con lo que él sufrió, y con la asfixia de Kilorn con su propia sangre.

—No me pasó nada irremediable.

Frunce los labios.

—Eso no fue lo que pregunté.

—No fue nada en comparación, quiero decir —me desplazo frente a su escritorio, se mueve conmigo, me rastrea como si fuese un cazador; esto parece una danza o una persecución—. No todos podríamos afirmar que estuvimos cerca de morir el día de hoy.

—¡Ah, es eso! —se pasa una mano por el cabello, sus cortos rizos se paran en punta y arruinan una apariencia por lo demás señorial—. Todo salió como lo planeamos.

Frunzo el ceño, muestro los dientes.

—No recuerdo que enfrentar en el océano a una ninfa asesina haya formado parte del plan.

Se revuelve incómodo en su silla. Comienza de súbito a quitarse la armadura y deja al descubierto su fina y ceñida camisa y su figura esbelta. A pesar de que se trata de una provocación, no me muevo. Cada pieza emite un chasquido resonante en cuanto cae al piso.

—Necesitábamos los barcos, el puerto.

Avanzo una vez más y él no cesa en la tarea de arrojar piezas de su armadura. Se quita los guantes con los dientes sin apartar los ojos de mí.

—¿Y necesitábamos también que te enfrentaras a ella? ¿Quién tenía la *ventaja* ahí, Tiberias?

Sonríe contra su rojo acero.

—Estoy vivo.

—¡No es cosa de risa! —algo se tensa en mi pecho y paso un dedo por el borde decorado de su escritorio, limpiando de polvo la superficie; cuando lo aparto, mi piel se ha manchado de gris y está desprovista de calor. Así ocurría en la época en que me hacía pasar por Plateada y debía soportar que me maquillaran para que pudiese respirar aún en este mundo—. Estuvimos a punto de perder a Kilorn hoy.

Su sonrisa desaparece en el acto y olvida un momento su armadura. Sus ojos se ensombrecen, pierden su brillo.

—Pensé que Ciudad Nueva había caído sin dificultades. Ellos no esperaban… —se interrumpe, aprieta los dientes; aparto la vista tan pronto como me mira, no me gusta su compasión—. ¿Qué sucedió?

Siento que no puedo respirar, todo es demasiado reciente para volver a vivirlo, el peligro acecha todavía.

—Fueron los agentes Plateados —susurro—, un telqui. Lo echó por las escaleras, le desgarró las entrañas —las palabras se me atoran a medida que el recuerdo se impone: la piel pálida de mi más viejo amigo, cuya vida se extinguía a cada segundo, y el mentón, el pecho, su atuendo manchados de sangre roja, todo sobre mis manos.

Contiene la lengua, tengo que hacer acopio de voluntad para voltear hacia su rostro y justo en ese instante me mira con ojos muy abiertos, los labios tensos en una línea seria y delicada. La preocupación es explícita en su frente arrugada y su quijada tensa.

Me obligo a avanzar de nuevo, más cerca de su silla, en el círculo de su calor ya conocido.

—Lo llevamos a tiempo con un sanador —digo en medio de mis pisadas —. Se pondrá bien, igual que tú.

Cuando paso detrás de él reprimo la urgencia de tocarle los hombros, de posar una mano a cada lado de su cuello y apoyarme en él para que me sostenga. Ahora más que nunca me cuesta resistirme a la necesidad de descanso y relajamiento, de permitir que alguien asuma mi carga.

—Estás aquí conmigo —musita tan bajo que casi no lo oigo.

En cambio, sus palabras permanecen entre nosotros como humo.

No tengo respuesta, ninguna que esté dispuesta a dar o admitir. No soy ajena a la vergüenza y la siento ahora, en su dormitorio, mientras Kilorn se recupera a muchos kilómetros de distancia; él, que no estaría en tales circunstancias si no fuese por mí.

—No es tu culpa —insiste Tiberias, me conoce tan bien que adivina mis pensamientos—. Lo que le pase a él no es responsabilidad tuya, toma sus propias decisiones. Y sin ti, sin lo que has hecho por él… —su voz se apaga — sabes dónde habría terminado.

Alistado en el ejército, condenado a una trinchera o un cuartel, muerto quizás en los últimos estertores de la Guerra Lacustre; otro nombre en una lista, otro Rojo perdido por efecto de la codicia Plateada, otra persona olvidada. *A causa de personas como tú*, pienso, y me fuerzo a respirar hondo. La habitación huele al aire fresco y salado que entra por las ventanas abiertas.

Por más que intento consolarme con lo que dice, no lo consigo. Sus palabras nada excusan de lo que he hecho, ni aquello en lo que Kilorn se ha convertido por mi culpa.

Pese a eso, supongo que todos hemos cambiado en el último año, desde el día en que su patrón murió y en la oscuridad bajo mi casa él contuvo el llanto por una vida que acababan de arrebatarle. Trago saliva cuando recuerdo lo que le dije. *Déjamelo todo a mí*.

¿Somos ya las personas en las que debíamos transformarnos o esos seres se han ido para siempre? Pienso que solo Jon lo sabría, y el vidente se marchó hace mucho tiempo, está fuera de nuestro alcance.

Me aclaro la garganta y cambio de tema con muy poco tacto.

—Me dicen que una flota lacustre se perfila en el horizonte —le doy la espalda, miro a la puerta que lleva al recibidor; podría salir justo en este instante si quisiera, él no me detendría.

Yo me detengo con cada respiración.

—También fui informado de eso —replica y su voz adopta un tono grave, temeroso—. Recuerdo la oscuridad, el vacío, la nada.

Miro renuente sobre mi hombro y descubro que ya se quita en pie la última parte de su armadura y que evita mi mirada. Sin dejar de ser alto y corpulento, lo es menos sin el peso del acero gastado por la batalla, y de aspecto más joven también, con veinte años apenas, a la puerta de la edad adulta pero aferrado en parte, como todos, a una juventud en proceso de extinción.

—Caí al agua y no podía salir —patea la pila de acero en el suelo—; no podía nadar, respirar, pensar…

Siento que yo no puedo respirar tampoco.

Se estremece frente a mí, es un temblor que comienza en sus dedos; su miedo es alarmante y se obliga a mirar más allá de mí. Con los pies bien plantados en la tierra y las manos firmes sobre la cintura, está como paralizado. No se moverá si no lo hago yo, me forzará a ceder primero; es lo que cualquier buen soldado haría. O me permite elegir, deja que decida por los dos; quizá cree que esa es la solución más honorable.

—Pensé en ti antes del fin —dice—. Vi tu rostro en el agua.

Y yo veo de nuevo su cadáver, suspendido ante mí, veteado por la luz cambiadiza de un mar agitado. A flote, a merced de una marea extraña.

Ninguno de los dos se mueve.

—No puedo —miro todo menos su rostro.

Responde rápido y fuerte:

—Yo tampoco.

—Aunque tampoco puedo…

Seguir lejos. Continuar con esto. Permitir que nos neguemos a nosotros mismos de cara a la muerte siempre al acecho.

Exhala un siseo.

—Yo tampoco.

Cuando damos juntos el paso desde direcciones opuestas, los dos reímos y esto casi rompe el encanto. Pero avanzamos, iguales en movimiento e intención, lentos y metódicos, calculadores. Me mira y yo a él mientras se acorta el espacio entre nosotros. Lo toco primero, poso mi palma en su palpitante corazón. Inhala despacio, siento que su pecho se inflama bajo mis dedos. Una mano cálida resbala por mi dorso y se abre en la base de mi espalda. Sé que siente mis viejas cicatrices bajo la blusa, la piel nudosa que ambos conocemos. Mi reacción es rizar la otra mano en su nuca para hundir las uñas con delicadeza en su negro mechón.

—Esto no cambia nada —digo contra su clavícula, una línea firme sobre mi mejilla.

Siento su respuesta en el tórax.

—No.

—Nuestras decisiones no se han alterado.

Su brazo se tensa en torno mío.

—No.

—¿Entonces qué es esto, Cal?

El nombre tiene un efecto en ambos. Tiembla y me aproximo, me estrecho contra su cuerpo. Da la impresión de que los dos cedemos, aunque nada nos queda que rendir.

—Decidimos no decidir.

—No suena real.

—Quizá no lo sea.

Está equivocado. No imagino algo más real que sentir su calor, su olor, su sabor. Esto es lo único verdadero en mi mundo.

—Es la última vez —murmuro antes de cubrir su boca con la mía.

En las horas siguientes, repito eso tantas veces que pronto pierdo la cuenta.



VEINTIUNO
Maven

Odio las olas. Me ofenden.

Cada tirón azul contra el casco del navío hace que mi estómago se sacuda y me dificulta permanecer quieto y callado, representar la imagen de la fuerza reservada que debo ser. Quizás Iris o su madre enojan a propósito al océano, en castigo porque arriesgué la vida de la hija en Harbor Bay, *pese a que sobrevivió y escapó sin ningún problema*. *Sobrevivió, escapó y perdió la ciudad en beneficio de mi perfecto hermano*. No me extrañaría de la reina lacustre; es más poderosa que su hija, puede controlar el ascenso y descenso del mar a nuestro alrededor. Veo adelante sus seis barcos, pequeños pero formidables buques de guerra, un volumen de su armada menor del que esperábamos.

Gruño para mí, tuerzo la boca. ¿Nadie es capaz de hacer lo que se le dice? Aun con su hija en juego, a la cabeza de la fallida defensa de la ciudad, la reina Cenra no ha brindado toda su fuerza. Me invade una pizca de calor, una lengua de fuego colérico baja por mi espalda y la contengo en el acto.

El movimiento constante me vuelve más difícil mantener el control en el barandal de la cubierta, estorba mi atención. Y cuando no me concentro, mi mente es menos… clara.

Harbor Bay se nos ha escurrido de las manos.

Otra cosa perdida en beneficio de Cal, murmura la voz de costumbre. *Otro fracaso, Maven*.

A pesar de que la voz de mi madre se ha vuelto más débil con el paso del tiempo, lo cierto es que no está ausente nunca. A veces me pregunto si sembró en mí una semilla que floreció después de su muerte. Ni siquiera sé si los Plateados que llamamos susurros pueden hacer eso, pero es una

explicación fácil para los rumores y murmuraciones que repiquetean dentro de mi cráneo.

Su voz me alegra en ocasiones, sus consejos de ultratumba. Sus recomendaciones son siempre menores; a veces consisten en algo que decía antes de que muriese, y otras son solo recuerdos. Con todo, demasiado a menudo despierto de un sueño intranquilo y sus palabras resuenan en mis oídos, porque su voz es un producto de mi mente. Ella está conmigo aún, lo quiera o no. Digo que esto es un consuelo pese a que sea todo lo contrario.

Lo único que importa es el trono, bisbisea otra vez, como lo hizo a lo largo de los años, y su voz casi se pierde bajo el oleaje. Una parte de mí se empeña en escuchar y otra trata de no hacerlo. ¡Y lo que no has dado para conseguirlo!

Esa es la cantaleta de hoy. Se repite mientras mi buque insignia navega en dirección a la armada en espera, surca las olas al tiempo que el sol se oculta y enrojece en la distante costa. De Harbor Bay sale humo todavía, se burla de mí en el horizonte.

Por lo menos hoy la voz de ella es amable. Si titubeo o aflojo el paso, se vuelve áspera, un chillido crispante y destructivo, acero contra acero, vidrio que se rompe al calor de la flama. En ocasiones es tan atroz que reviso mis ojos y oídos para confirmar que no sangran, y en verdad nunca lo hacen. Las palabras de mi madre no existen fuera de la jaula de mi cabeza.

Miro las olas al frente, cada una de ellas una blanca cresta de espuma, y pienso en el camino trazado, no adelante sino atrás. El modo en que vine a dar a la proa de un barco con una corona en la frente en tanto el salado rocío se seca en mi piel. Lo que di para estar aquí; las personas que dejé atrás, voluntariamente o no: muertas, abandonadas o traicionadas. Las terribles cosas que he hecho y dejado hacer en mi nombre, las muchas de ellas que habrán sido en vano si fracaso. Y ahora corro en pos de la flota lacustre, enemigos vueltos aliados gracias a mis calculadas maquinaciones.

Como al resto de los habitantes de mi país, a mí también se me enseñó a odiar la comarca de los Lagos, maldecir su codicia. Quizá más que cualquier otro, aprendí a despreciar a los lacustres. Después de todo, mi padre y su padre vivieron atascados en una guerra irresuelta en la frontera norte. Vieron cómo miles de efectivos eran desperdiciados en la lucha contra los uniformes azules, ahogados en los lagos, deshechos por los campos minados y los proyectiles. Claro que ellos sabían cuál era el propósito verdadero de esa guerra. Ignoro si el pobre y bruto de Cal unió alguna vez puntos tan fáciles de trazar, pero yo sí lo hice.

Nuestra guerra con los Lagos perseguía un fin. Superiores en número a nosotros, los Rojos podían derrocarnos, no así si morían en mayor cantidad que los Plateados y si, más que a nosotros, temían morir en la guerra, o a los lacustres en particular. En las circunstancias correctas, cualquiera puede ser manipulado contra sus intereses. Mis antepasados lo sabían muy bien, en lo más profundo de su corazón. Para mantener el poder, mintieron, manipularon y derramaron sangre, no la propia. Sacrificaron vidas ajenas, no las más próximas a ellos.

Yo no puedo decir lo mismo.

Mi madre no está nunca lejos de mis pensamientos, y no solo porque su voz circula en mi mente, sino porque la extraño. Pienso que este dolor es permanente, una pena opaca que me persigue a cada paso, como un dedo mutilado o la falta de aliento. Nada ha sido lo mismo desde que falleció. Vi su cadáver brutalizado por una chica Roja y este recuerdo es un puñetazo en el estómago.

No ocurrió lo mismo con mi padre. A pesar de que también vi su cadáver, nada sentí entonces, ni enojo ni tristeza, solo vacío. Si alguna vez lo amé, no lo recuerdo. Y buscar en mi memoria hace que me duela la cabeza. Mi madre eliminó esa imagen, desde luego. Para protegerme de un hombre, aseguró que no me amaba como al hijo de su rival, mi hermano mayor, el chico perfecto en todo.

El amor por Cal se ha ido también, aunque siento su sombra en ocasiones. Algunos momentos retornan en los instantes más extraños, evocados por un aroma, un ruido o una palabra dicha de cierto modo. Cal me quería, lo sé; lo demostró muchas veces, a lo largo de muchos años. Mi madre debió ser más cuidadosa con él, aunque al final no fue ella quien cortó el último hilo entre nosotros.

Fue Mare Barrow.

Mi brillante e idiota hermano no pudo conformarse con todo lo que era suyo y lo poco mío.

Recuerdo el primer día que vi el video de seguridad en el que aparecían juntos mientras bailaban en una sala olvidada, enclavada en el palacio de verano. Sus reuniones, sus *lecciones de baile*, fueron idea de Cal. Mi madre se sentaba a mi lado, muy cerca por si la necesitaba. Reaccioné como me enseñó a hacerlo, sin sentimiento, sin parpadear siquiera. Él la besó como si ignorase o no le importara lo que ella significaba para otro que no fuera él mismo.

Porque Cal es egoísta, canturrea mi madre en mi memoria y en mi mente, su voz como una seda y un puñal. Esas palabras me resultan familiares, son

otra antigua cantilena. *Cal ve solo lo que puede ganar y tomar. Se cree dueño del mundo. Y un día, si tú se lo permites, lo será. ¿Qué te dejará eso a ti, Maven Calore? ¿Los restos, las sobras, o nada en absoluto?*

Mi hermano y yo tenemos algo en común, por lo menos: ambicionamos la corona, y estamos dispuestos a sacrificarlo todo por ella. En mis peores momentos, aquellos en que la ruindad amenaza con abrumarme, puedo culpar a mi madre de ese deseo.

¿Pero él a quién puede culpar?

Aun así, todos dicen que yo soy el monstruo.

No me sorprende. Cal camina bajo una luz que yo no encontraré nunca.

Iris insiste sin cesar en sus dioses, y a momentos creo que deben ser reales. ¿A qué más se debe que mi hermano siga vivo, continúe sonriente, sea aún una amenaza constante para mí? Seguro que está bendecido, por alguien o algo. Mi único consuelo es saber que acerté sobre él y lo haré siempre, igual que sobre Mare. La envenené, la manché lo suficiente; jamás tolerará a otro rey, por mucho amor que pretenda darle. Y Cal lo ha descubierto en carne propia, es otro regalo mío pese a los numerosos kilómetros que nos separan.

Solo querría haber encontrado la forma de retener a ese nuevasangre tan especial, el que estableció una relación entre Mare y yo. Pero el riesgo era inmenso, la recompensa demasiado reducida. ¿Una base destruida a cambio de la posibilidad de hablar con ella de nuevo? Era un trueque absurdo, que ni siquiera por ella habría realizado.

¡Ojalá hubiera podido hacerlo!

Ella está más allá de las olas, en algún rincón de la ciudad a lo largo de la remota costa carmesí. Viva, desde luego, o de lo contrario ya sabríamos de su desaparición. Aunque apenas han pasado unas horas, la muerte de la Niña Relámpago no sería un secreto por mucho tiempo. Lo mismo vale para mi hermano. Sobrevivieron. Esta sola idea hace que la cabeza me estalle.

Harbor Bay fue una decisión lógica de Cal, mientras que el barrio tecnológico Rojo fue, naturalmente, ocurrencia de Mare. ¡Está tan adherida a su causa y su orgullo de sangre roja! Debí haber previsto que se lanzaría en pos de Ciudad Nueva. En realidad, es triste saber que su causa se apoya en personas como Cal, la desdeñosa abuela de este y los traidores Samos. Ninguno de ellos le dará lo que quiere. Esto terminará en derramamiento de sangre. Y quizás en su propia muerte, cuando todo concluya.

Si la hubiera conservado cerca, más vigilada, mejor atada, ¿dónde nos encontraríamos ahora? ¿Dónde estaría yo si mi madre hubiera podido

sacármela, como lo hizo con mi padre y Cal? No lo sé. Me duele la cabeza si me lo pregunto.

Miro a la cubierta, a las tropas que conducen la nave. Ella estaría a mi lado de no haber sido por un par de pasos en falso. El viento en su cabello, sus ojos profundos y sombríos, agobiada por los grilletes que la mantenían sujeta a mí. ¡Qué espectáculo más aterrador y hermoso al mismo tiempo!

Por lo menos vive todavía. Su corazón late aún.

No como Thomas.

Hago una mueca cuando su nombre atraviesa mi pensamiento. Mi madre no pudo tampoco eliminarlo a él, la agonía de su pérdida, el recuerdo de su amor.

Ese futuro se ha ido, ha muerto, fue arrojado de la existencia.

Un futuro muerto, solía llamarlo el siniestro vidente nuevasangre. Pienso que Jon fue mi torturador en mayor medida de lo que yo fui su carcelero. Era obvio que podía marcharse si quería, y cualquier cosa que él haya ejecutado en mi palacio es aún un fruto en ciernes. Me asomo al agua de nuevo, esta vez al oriente, sobre un mar vasto e interminable. Pese a que el vacío debería calmarme, dos luceros tempranos penden sobre las olas; esas radiantes y animosas luces me ofenden también.

La nave de la reina Cenra es fácil de avistar a medida que nos aproximamos. Las olas junto a ella son tranquilas, están casi quietas, son agua sofocada. Su nave se mece apenas, aún tan lejos de tierra.

Los barcos lacustres no son tan estilizados como los nuestros. Nuestros astilleros son superiores a los de los Lagos, gracias sobre todo a los barrios tecnológicos que Mare se ha propuesto destruir.

Incluso con las embarcaciones de ella y las mías, nuestras armas son escasas y cualquier cosa que empleemos contra la ciudad encontrará la resistencia de los magnetrones y los nuevasangre, si no es que también de mi deleznable hermano. Solo el buque de guerra en Harbor Bay, en poder de Iris por ahora, dispone del tipo de artillería que nos sería útil allá.

Miro la embarcación de acero anclada junto al navío de Cenra. Proyecta una sombra larga y dentada, plantado firmemente entre la reina lacustre y el litoral. Mi intrigante reina lo utiliza como escudo, una protección demasiado costosa.

Gruño para mí en tanto abordo su barco y procuro no tropezar cuando paso de una cubierta a la otra. Mis centinelas me flanquean, están demasiado cerca para que me sienta a gusto. No aparto las manos de los costados ni traigo guantes; mis descubiertos dedos son una amenaza.

—Por aquí, su majestad —me hace señas un lacustre desde una puerta abierta, sujeta con remaches y provista de una llave giratoria—. Las reinas lo aguardan.

—Dígales que el rey las espera en la cubierta —replico y me hago a un lado para recorrer el borde de la nave.

Este no es un crucero de placer y no ofrece muchos sitios donde estar, y menos todavía donde sostener reuniones. Pero prefiero permanecer en la cubierta que bajar y permitir que un par de ninfas me atrapen entre paredes de acero. Mis centinelas caminan frente a mí y procuran mantenerse en formación mientras ascendemos una serie de peldaños hacia un rellano que da a la proa.

Las reinas no tardan en aparecer, con pasos iguales.

Cenra lleva puesto un uniforme suelto y largo, azul oscuro adornado con plata y oro. Una banda negra divide su cuerpo del hombro a la cadera, cerrada con un broche de zafiros. *Guarda luto aún*. Mi madre no vistió luto más que unos cuantos días; quizá la reina lacustre quería a su esposo, ¡qué raro! Me mira con ojos tempestuosos, su piel es un bronce frío dorado por el sol poniente.

Podría adivinar la batalla en Iris. Sus mangas azules están chamuscadas hasta el codo, sus hilos manchados con dos tipos de sangre. Y su largo cabello negro se encuentra en desorden, todavía húmedo, posado sobre un hombro. Un sanador la sigue, a cargo de sus brazos mientras camina; cura sus cortadas y quemaduras.

Mantenerla a prudente distancia ha sido una decisión sabia. Quiero tener poco que ver con mi esposa, quien quizá preferiría matarme. De igual manera que con los Rojos, sin embargo, es posible controlarla a través del temor. Y la necesidad. Posee ambas cosas en igual medida.

Lo mismo puede decirse de Cenra. Por eso se atrevió a dejar sus fronteras. Sabe que tengo a su hija en la palma de mi mano. No dudo que quiera sacarla de nuestro matrimonio, pero necesita esta alianza tanto como yo. Sin mí, tendría que vérselas con Cal y su pandilla de traidores y criminales, un frente unido contra ella. Soy su escudo, ella el mío.

—¡Mis reinas! —hago una leve inclinación ante ambas conforme se acercan.

La hija parece un soldado, no una soberana por elección y una princesa de nacimiento.

La monarca de los Lagos hace una reverencia superficial y acaricia la cubierta con sus mangas.

—Su majestad —responde.

Vuelvo el rostro al horizonte.

—Harbor Bay ha caído.

—Por ahora —dice con voz ofensivamente serena.

—¡Ah! —elevo una ceja—. ¿Cree que la recuperemos, esta misma noche tal vez?

Baja la cabeza de nuevo.

—Todo a su tiempo.

Termino por ella:

—Cuando llegue el resto de su armada.

Aprieta los dientes.

—¡Sí, claro! —suelta reluctante—, aunque…

—¿Aunque? —el aire del mar se siente frío en mi expuesta dentadura.

—Debemos proteger nuestras costas —contesta e Iris se muestra petulante a su lado, satisfecha de permitir que su madre libre esta batalla—. Los Lagos tienen que defenderse, en particular de los ejércitos de Montfort; ellos pueden cruzar la Pradera y atacar nuestra frontera occidental, y el reino de la Fisura podría hacer lo propio en la oriental.

Río sin remedio y agito una mano hacia el horizonte, lleno de traidores Samos y usurpadores de Montfort, todos ellos bajo las insensatas órdenes de mi hermano.

—¿La Fisura atacará su frontera con un ejército? ¿Justo con el que ocupa ahora una de mis ciudades?

Cenra ensancha los orificios de su nariz y un color caldea su rostro y salpica sus pómulos, salientes como un par de acantilados.

—Samos cuenta con la flota aérea de Norta, una de las más grandes del continente, por no hablar de las capacidades de Montfort, cualesquiera que sean. Su hermano lleva ventaja en el aire, tiene la velocidad. El riesgo de ataque podría venir de dondequiera —habla despacio, como si yo fuese un niño que tomar de la mano durante la guerra, y siento un cosquilleo en los dedos—. Eso no puede ignorarse, su majestad.

Como a una maldita señal, una escuadra aérea pasa en formación sobre la costa. Su distante alarido llega poco a poco hasta nosotros, es un rugido largo y apagado. Cruzo los brazos para esconder mis manos, no sea que se enciendan.

—La flota aérea de Bracken tendría que bastar para derrotarlos —no les quito los ojos a los jets, que sobrevuelan la ciudad como parte de sus maniobras de protección.

Iris toma la palabra por fin.

—El grueso de esa flota fue desmantelada por Montfort cuando ocupó el país, no puede hacer frente a lo que nos amenaza —me corrige deleitosa y permito que se refocile en vez de perder mi calma.

Parecer poderoso es ser poderoso. Mi madre lo dijo demasiadas veces para contarlas. *Mantén una apariencia de tranquilidad, quietud y fuerza; de seguridad en ti y en tu victoria*.

—Por eso debemos recuperarnos —dice Cenra—. Es inútil que continuemos sobre las olas a la espera de un ataque aéreo. ¡Ni siquiera los ninfos del Linaje Cygnet son invencibles!

Desde luego que no, idiota jactanciosa.

No parpadeo, querría quemarla con los ojos.

—¿Propone que nos retiremos?

—Ya lo hicimos —espeta Iris y el sanador da un paso atrás, asustado por su ira—. Harbor Bay es una ciudad…

Cierro el puño y una ola de calor ondula en el aire.

—Harbor Bay no es la única parte de mi país perdida en beneficio de mi hermano —digo lenta y sosegadamente, con voz tan baja que ellas tienen que hacer un esfuerzo para escuchar—. El sur es suyo, igual que la Fisura y Delphie. Me arrebató Corvium y ahora tiene Fort Patriot también.

Mi desdeñosa reina no se arredra ante mi furia contenida.

—Fort Patriot no les servirá mucho tiempo —dice como un gato satisfecho después de una opípara cena.

—¡Ah! —replico—. ¿Y eso a qué se debe?

Ve de soslayo a su madre, comparten una mirada que no puedo descifrar.

—Cuando resultó claro que habíamos perdido la ciudad y Tiberias se impondría, inundé el fuerte —explica, quieta y orgullosa—. El rompeolas se desplomó, la mitad está bajo el agua y el resto separado de tierra. Habría hundido los acorazados de ser posible, pero la huida consumió mis fuerzas. Aun así, las reparaciones les tomarán mucho tiempo y les arrebaté recursos muy valiosos.

Y a mí también. Incluso si recuperamos la ciudad, el fuerte está destruido, ¡qué desperdicio! Aeroplanos, los muelles del Puerto de Guerra, armas y municiones: infraestructura básica.

Le sostengo la mirada y permito que mi máscara resbale un poco. Le muestro así que sé lo que hace. Iris y su madre me inhabilitarán poco a poco hasta dejarme sin recursos.

Las reinas ninfas son astutas. No tuvieron que llevarme al agua para tratar de ahogarme.

Esto les llevará tiempo y puedo contrarrestar sus acciones. Dejan que Cal y yo nos desgastemos uno a otro con la esperanza de enfrentar al herido vencedor días más tarde.

Iris me devuelve la mirada con ojos que oscilan como una balanza. Es fría y calculadora, agua mansa que oculta una corriente de resaca.

—Así que regresaremos a Arcón —replica—, para reunir nuestra fuerza completa, a todos los que sea posible aprovechar. Para lanzar la furia entera de esta guerra sobre su cabeza.

Me recargo en el barandal y exudo un aspecto de reposada indiferencia. Suspiro. Veo las olas teñirse con el rojo del atardecer.

—Lo haremos mañana.

—¿Mañana? —ladra Cenra—. Deberíamos actuar ya.

Procuro enseñar mis colmillos cuando sonrío. Es el tipo de sonrisa que saca de balance a la gente.

—Tengo la impresión de que mi hermano nos enviará un mensaje pronto.

—¿De qué habla? —murmura.

No ofrezco ninguna explicación y tiendo al este la mirada, al horizonte que se oscurece entre las manchas borrosas sobre la línea del mar.

—Las islas serán un territorio neutro —cavilo.

—Territorio neutro —repite, revuelve las palabras en su boca.

Iris nada dice, cierra los ojos en rendijas.

Golpeteó mi pecho con los dedos y exhalo.

—¡Qué hermoso encuentro será ese!

Ya lo imagino: un arcoíris de ceñudos desleales y traidores sentados frente a nosotros, listos para predicar y vanagloriarse; Evangeline ornada con sus garras y su fingida arrogancia; la general Roja, Farley, quien pagará por todo lo que le ha hecho a mi reino; el deprimente y metódico Julian, detrás de mi hermano como un fantasma perdido; nuestra abuela, Anabel, otra persona que debió amarme y no lo hizo; el líder de Montfort, un misterio y un peligro todavía.

Claro que también Mare estará ahí, con una tormenta en su piel.

Y mi hermano.

Ha pasado mucho tiempo desde el día más reciente que lo miré a los ojos. Me pregunto si ha cambiado.

Porque yo lo he hecho.

¿Llegaremos a un acuerdo? Lo dudo. Pero quiero verlos de nuevo, a los dos. Por lo menos una vez más antes de que esta guerra llegue a su fin, cualquiera que sea, sus muertes o la mía.

Ninguno de estos dos futuros me asusta.

Mi único temor es perder el trono, la corona, la razón de todo este tormento y pesar. No me destruiré. No permitiré que esto sea en vano.



VEINTIDÓS
Iris

Cuando Maven vuelve a su navío, temo que me obligue a ir con él y me niegue un par de horas más con mi madre. Para mi sorpresa, su rabia mezquina y su astucia política no llegan tan lejos; nos deja solas una vez más en el buque insignia de mi madre, abandonadas a nuestros recursos; con tiempo suficiente para hablar y planear. No nos juzga una amenaza o no le importa temernos. Yo aventuraría esto último; tiene enemigos más inmediatos ahora y no puede pensar mucho en su propia esposa.

El *Cisne* es un acorazado hecho para la batalla y la velocidad. Lo que pasa por camarotes son cuartos rígidos y austeros, apenas adecuados para los sirvientes Rojos, pero mi madre se siente como en casa en ellos, por igual a gusto en una cama angosta y plegadiza que en un trono enjoyado. No es vanidosa, no lleva en sí nada del reprobable orgullo materialista de la mayoría de los Plateados. Esto era dominio de mi padre, prefería sus galas aun en el campo de batalla. El recuerdo de la última vez que lo vi vivo clava en mí un afilado puñal. Lucía muy gallardo en su armadura, de un acero azul tachonado de zafiros, con el cabello cano echado atrás. Sospecho que Salin Iral detectó una grieta y la explotó.

Para serenarme, camino de un lado a otro ante mi madre y me detengo en ocasiones para asomarme por la pequeña lumbrera. El mar se ha puesto rojo sangre, es un mal augurio. Siento un ansia conocida y tomo nota de rezar más tarde, en la pequeña capilla del *Cisne*, para recuperar un poco de paz.

—Calma, conserva tu fuerza —dice mamá, en su melódica y fluida lengua lacustre. Está sentada sobre sus largas piernas, con su abrigo echado a un lado, lo que la hace parecer más pequeña que de costumbre. Esto no tiene efecto alguno en su porte; siento el peso de sus pupilas mientras camino.

Soy una reina también y dudo en seguir sus órdenes, así sea solo por rebeldía, pero tiene razón. Cedo al fin y me siento en la banca de la pared opuesta, un mueble incómodo apenas acolchado con remaches sobre el piso de metal. Mis dedos envuelven con fuerza el borde, que vibra con la reverberación de los motores, zumbadores y graves. Me demoro en esta sensación, reclamo así un poco de mi templanza.

—Indicaste en tus mensajes que había algo que no podías decir hasta que nos reuniéramos —observa mi madre.

Me armo de valor y la miro.

—Así es.

—Bueno —extiende los dedos—, aquí estamos.

Aunque mi expresión no cambia, los nervios aceleran mi pulso. Tengo que levantarme otra vez y mirar por la ventana las acarminadas aguas. Si bien la habitación de mi madre es para mí el lugar más seguro del mundo, resulta peligroso repetir aquí lo que sé; alguien podría escuchar e informarle a Maven.

Le doy la espalda y me fuerzo a hablar.

—Actuamos sobre el supuesto de que Maven ganará.

Ríe detrás de mí.

—Ganará *esta* guerra, querrás decir; no la siguiente.

Nuestra guerra en pos de esta nación.

—Sí —admito—, pero creo que estamos ya en el bando perdedor. La coalición de su hermano, ese ejército de Montfort…

Su voz es desapasionada, carente de juicio:

—Les temes.

Giro y arrugo la frente.

—¡Claro que les temo! Y a la Guardia Escarlata también.

—¿A los Rojos? —ríe y entorna los ojos, contengo con dientes apretados un suspiro de frustración—. No tienen importancia.

—Pensar así será nuestra ruina, madre —le digo lo más seria que puedo, de reina a reina. *Escúchame*.

Me desdeña con una mano saltarina, como si yo fuera aún una niña arrimada a sus faldas.

—Lo dudo —asegura—. Los Plateados guerrean, los Rojos no; es imposible que pretendan vencernos.

—Ya lo consiguen —replico rotundamente. Me enfrenté en Harbor Bay con los herederos Samos y su batallón, integrado no solo por Plateados y nuevasangres, sino también por Rojos, y sé que son francotiradores expertos y

combatientes instruidos. Por no mencionar a los soldados Rojos de Norta, que se volvieron contra nosotros. Una de las grandes fortalezas de Maven reside en la lealtad de su gente, pero ¿si eso mengua? Sus Plateados huirán y lo dejarán solo.

Chasquea la lengua, ese ruido me hace apretar los dientes.

—Los Rojos han cosechado un par de victorias gracias a su *alianza* con los Plateados —dice—. Esta se desmoronará tan pronto como uno o los dos hermanos Calore mueran.

Hago un gesto y pruebo otra táctica. En lugar de erguirme, me arrodillo frente a ella, tomo sus manos en las mías. La imagen suplicante de una niña la hará reaccionar.

—Conozco a Mare Barrow, madre —confío en que me oiga—. Los Rojos están hechos de una madera más dura de lo que pensamos. Sí, les hemos hecho creer que son inferiores, insignificantes, con objeto de controlarlos. Pero nos arriesgamos a caer en nuestra propia trampa si olvidamos temerles.

Mis palabras caen en oídos sordos; ella aparta una mano para alisar mi cabello y quitármelo del rostro.

—Mare Barrow no es Roja, Iris.

Su sangre lo es, pienso, y guardo la réplica en mi cabeza.

No cesa de peinarme al tiempo que pasa los dedos por mi cabellera.

—Todo estará bien, nos encargaremos hasta del último detalle —salmodia como si arrullara a un bebé—. Ahogaremos a nuestros enemigos y retornaremos a nuestra paz y seguridad en casa. La gloria de la comarca de los Lagos llegará a estos litorales, cruzará la Pradera y las diabólicas montañas hasta arribar a las fronteras de Ciron y Tiraxes, y de las Tierras Bajas también. Tu hermana gobernará un imperio y tú estarás a su lado.

Intento imaginar lo que ella sueña: un mapa bañado de azul, nuestra dinastía afirmada en el poder. Pienso en Tiora, elevada contra un nuevo amanecer y con una corona de emperatriz en la cabeza, resplandeciente de zafiros y diamantes, el ser más poderoso de costa a costa y con el mundo postrado a sus pies. Quiero ese futuro para ella. Quiero ese santuario, por más que me haga sufrir.

¿Este sufrimiento pasará algún día?

—Anabel Lerolan y Julian Jacos me dieron un mensaje —acerco mi cabeza a la de ella; si alguien escucha en la puerta, no oirá gran cosa.

—¿Qué? —murmura en respuesta, asombrada; su mano acariciante cae, la otra se tensa en mí.

—Me buscaron en Arcón.

—¿La capital, cómo?

—Como ya te dije, madre —musito—, creo que Maven perderá la guerra, y más pronto de lo que imaginamos. Sus enemigos componen una alianza formidable, más fuerte que la nuestra, aun con las Tierras Bajas de nuestro lado.

Sus ojos se ensanchan y veo por fin en ellos un destello de temor, que me alegra y aterra al mismo tiempo. Hemos de temer si deseamos sobrevivir.

—¿Qué querían?

—Me ofrecieron un trato.

Su expresión se avinagra un poco, tuerce los labios.

—¡No tenemos tiempo para dramatismos, Iris! Dime qué pasó.

—Me esperaban en mi vehículo —explico—. El arrullador Jacos es talentoso, hechizó a mis guardias, y la reina Lerolan es peligrosa como la que más.

Su voz sube una octava, llena de pánico.

—¿Alguien lo sabe? ¿Maven…?

Poso una mano en su rostro para que calle, las palabras se marchitan en sus labios.

—Estaría muerta si lo supiera —siento su piel caliente bajo mi mano, suave y más arrugada que nunca; estos días la han envejecido—. Ellos hicieron bien su trabajo; me necesitan viva y no corrieron riesgos.

Su suspiro de alivio cubre mi rostro.

—Salin Iral —escupo, apenas puedo pronunciar el nombre del asesino de mi padre, que nos traspasa a ambas como una daga. Ella se retuerce, sus facciones traslucen repugnancia—. Lo entregarán, para que hagamos con él lo que nos plazca.

Su mirada se vuelve oscura e inexpresiva. Un momento después, retira lentamente mi mano.

—Iral no es nadie, un señor en desgracia, despojado de su poder, solo dondequiera que vaya.

Una cólera eléctrica y vociferante desciende por mi espalda. Siento que me enrojezco, el calor quema mis mejillas.

—Mató a mi padre.

—Gracias por avisarme —repone con voz glacial sin abandonar su rostro impasible, un escudo contra la pérdida de mi padre—, no lo sabía.

—Quise decir que…

—Mató a tu padre por órdenes de otro —dice despacio—. Él no es nadie, Iris.

—Quizá —me paro sobre piernas temblorosas y me elevo sobre ella, tiene que voltear para ver mi cara. Es una posición, una sensación extraña, tener poder sobre mi madre, por reducido que sea; sorbo aire—. Anabel ofreció a Volo Samos también.

Pestañea abajo de mí y en el abrir y cerrar de sus párpados se revela un par de ojos muy distantes, chispeantes, encendidos.

—Eso es otra cosa, tal vez imposible.

Recuerdo a Anabel cuando se inclinó con ojos de un bronce reluciente bajo la luz de la tarde. No había mentira en ella, solo ansia, necesidad.

—No lo creo.

—¿Qué quieren a cambio?

Tiemblo y se lo digo. Dejo que tome esta decisión por mí, porque yo no puedo tomarla.

—*Tiberias VII, legítimo rey de Norta, Flama del Norte, en conjunción con sus aliados, la República Libre de Montfort, la Guardia Escarlata y el reino independiente de la Fisura, informan que han establecido temporalmente su capital en la ciudad de Harbor Bay*.

El centinela lee con voz apagada por su máscara un mensaje tecleado con pulcritud. Las lámparas de la cubierta lo iluminan con un rojo y naranja cegadores, y detrás de él solo hay tinieblas, ningún lucero ni la luna; todo el mundo podría estar vacío.

—*Temporalmente*, ¡vaya presunción! —dice altanera mi madre y se vuelve hacia el aire fresco que sopla desde el negro océano. Intercambiamos miradas, fastidiadas por tantas ínfulas. *Flama del Norte*, ¡qué tontería!

—Cal es así —replica Maven desde su lugar entre sus vigilantes; nos hizo venir a su barco para que escucháramos el mensaje—, una criatura de caprichos.

Alza un dedo y le indica al fornido centinela que continúe. Reconozco la voz y los ojos que asoman detrás de la máscara, de un azul radiante cuya electricidad procede ahora de la luz artificial. *Haven*, lo sé; recuerdo al guardia que me acompañó en mi viaje a Montfort.

—*Controlo la ciudad que se encuentra detrás de ustedes* —lee y pienso en el hermano mayor, el guerrero, envuelto en las llamas de la ira—. *Controlo las fronteras del sur, desde Delphie hasta nuestros aliados en la Fisura. Controlo también cientos de kilómetros de litoral. La región del Faro completa, encabezada por el gobernador Rhambos, y su Casa han jurado*

lealtad al rey verdadero. Tengo el reino en mi puño, Maven, y a ti en mi poder.

¿Sabíamos eso de Rhambos? Busco en el otro extremo de la cubierta la mirada de mi retorcido esposo y su ceño fruncido es confirmación suficiente. Esa traición es una sorpresa. Apenas reacciona a las palabras del centinela, exhala un siseo.

—Traidor —creo escuchar que murmura.

El centinela Haven prosigue.

—*Tienes aliados más allá de nuestras fronteras, Maven, pero pocos dentro de ellas; ninguno que no te abandone conforme mis victorias aumentan. Los vientos hacen que cambie la marea. Norta no puede existir más como lo hizo bajo el dominio de nuestros antepasados, y yo no descansaré hasta recuperar el derecho de primogenitura que tú me arrebataste, al costo de la vida de nuestro padre*.

Aunque entre los agentes se levantan algunos rumores, nadie habla. Quizás esa sea para ellos la descabellada acusación de un traidor, de acuerdo con la versión de Maven, para quien su hermano fue seducido por una Roja monstruosa y manipulado para corromper y asesinar. Sin embargo, lo más probable es que sea la confirmación de lo que todos sabemos: que Tiberias Calore no mató a su padre por voluntad propia, lo contrario a lo que Maven ha propalado.

A mi lado, mi madre fija la vista en mi esposo y en sus ojos se refleja la intensa luz de los reflectores.

Él no reacciona, liso y quieto como el cristal. Enfundado en su uniforme negro, su cuerpo parece que se pierde en la oscuridad, invisible a no ser por su rostro blanco y sus manos de largos dedos. Pese a los mejores intentos de su hermano, guarda la compostura, se niega a que lo saque de sus casillas.

—*Estamos dispuestos a ofrecer condiciones de paz a todos los miembros de tu alianza* —el centinela Haven hace susurrar la hoja al darle vuelta—; *a su majestad la reina Cenra, de la comarca de los Lagos, y a su alteza el príncipe Bracken, de las Tierras Bajas. E incluso a ti, Maven, por usurpador y asesino que seas. En esta guerra no debe derramarse una gota más de sangre. Preservemos lo que podamos del reino que nacimos para servir*.

¡Qué palabras más encantadoras! Me pregunto si fueron redactadas en colectivo; al menos Anabel controló en cierto modo el mensaje: sus huellas se perciben por doquier.

—*Nos reuniremos en la isla que tú determines*.

El centinela Haven se aclara la garganta, me ve y mira después a su rey, que vive con los días contados en un trono robado.

—*Al amanecer*.

Aguardamos en silencio, vemos a Maven en tanto sopesa sus opciones. Sabía que esto iba a suceder y no le sorprende; aun así, se crispa, despacio al principio, rápido después. Cierra el puño, su pulsera flamígera gira en una muñeca de delicados huesos y escupe una chispa que al convertirse en una bola de fuego exhibe un núcleo al rojo blanco y azul claro. Sonríe con malevolencia y la arroja al agua, a la que roza como un cometa que refleja su brillo infernal en el mar picado antes de que él la haga sumergirse crepitante en la nada de las olas.

—Al amanecer, entonces —repite.

La posición de sus hombros me indica que no tiene intención de negociar. A pesar de que solo puedo suponer la causa, creo que radica en un príncipe Plateado y una Niña Relámpago Roja.



VEINTITRÉS
Cal

Cambio de posición, incómodo a medida que el tiempo pasa. La medianoche llega y se va. Solo los ojos de ella se mueven, resbalan por la página con pasmosa celeridad. A estas alturas, quizá ya la haya memorizado. Mare no quiso participar en el mensaje a Maven, permaneció en mis habitaciones mientras los demás lo elaborábamos. Aunque supuse que se habría marchado para cuando regresara, se quedó.

Como sea, no puedo creer lo que pasó. Ni que ella esté sentada aquí, en mi cama, en medio de la noche, después de todo lo que sucedió entre nosotros.

Se quedó.

Me negaba a ocuparme de los documentos que se hallan frente a mí, cuentas en su mayoría: de soldados, civiles, bajas, recursos, lo suficiente para que la cabeza me dé vueltas. Julian es mejor que yo para descifrar estas cosas, que reduce siempre a los detalles esenciales para que yo contemple el panorama. Con todo, necesito esta distracción, así sea solo para huir del inquietante librito que se encuentra en el cajón de mi escritorio. He querido decirle a Julian que se lo lleve, que guarde su supuesto regalo hasta que ganemos esta guerra y yo esté en condiciones de encarar lo que él quiere que enfrente.

La situación de Norta requiere mi atención, no ese libro. Y nuestra situación es desesperada. Por más que Harbor Bay sea nuestra, es una capital pobre, una ciudad demasiado antigua y vulnerable por los cuatro flancos; y con Fort Patriot en reparación, por lo pronto tendremos que erigir nuevas defensas. Al menos la ciudad está de nuestro lado, así sea solo de dientes para afuera. Rhambos se rindió y los Rojos de la bahía siguen por voluntad propia a sus líderes, la Patrulla Roja, firme aliada de la Guardia Escarlata. Cuento a

cada grupo en mi cabeza, repaso la interminable lista que no cesa de pasar por mi cerebro. Creo que incluso la veo en sueños.

Suspiro e intento despejar mi mente; en cambio, me concentro en ella. Es curioso que sea un ancla contra la tormenta y la tormenta misma.

Está sentada en mi lecho con las piernas cruzadas; y como inclina la cabeza, el cabello le oscurece la mitad del rostro. Las puntas grises se entreveran con las de un castaño chocolate que se tienden sobre su clavícula. Con mi bata ajustada contra su cuerpo, mantiene el cuello lo bastante alto para esconder la cicatriz que lleva en la piel. Tiemblo cada vez que veo la marca herrada en ella y recuerdo que fue mi hermano quien la puso ahí. Bajo la vacilante luz de la vela, ella misma semeja una flama, roja y dorada, con ondulantes sombras negras en las orillas. La miro en silencio desde mi escritorio, con un pie desnudo en el suelo y el otro sobre el tablero. Siento una punzada en la pantorrilla, que aún me duele a causa de la batalla, y flexiono los dedos para aliviar el malestar. No debí haber despachado al sanador hace un rato; ahora es demasiado tarde para llamar a alguien. Tendré que soportar este dolor hasta la mañana, junto con los demás que afloran todavía cuando me muevo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —murmura de nuevo, sin dejar de mirar la página.

Me recuesto en la silla y resoplo hacia el techo ornamentado. El candelabro eléctrico está apagado, se fundió hace una hora, cuando Mare decidió caminar furiosamente por la habitación. Su mal humor tiene efectos desastrosos.

—Veinte minutos desde la última vez que preguntaste —contesto—. Te dije que Maven se tomaría su tiempo para responder, quiere hacernos sufrir.

—Pero no pasará mucho más —replica sin moverse—. Con nosotros no podrá contenerse; no será capaz de dejar pasar la oportunidad de vernos de frente.

—En especial a ti —reclamo.

—*Y a ti también* —revira con igual vehemencia—. Su madre lo predispuso en nuestra contra, nos convirtió en la obsesión que ahora somos para él —suspira enfadada—. Esta reunión será inútil, una pérdida de tiempo.

Pestañeo con lentitud. Me trastorna que conozca tan bien a mi hermano, cómo piensa. Sobre todo porque sé que pagó un alto precio por eso. Y si he de ser franco, igual porque sé que ese conocimiento echa raíces en emociones que no deseo identificar. ¿Pero quién soy yo para juzgar lo que siente? Aún quiero a Maven también, o por lo menos a la persona que creí que él era.

Qué caos somos los dos.

Mi rodilla cruje tan pronto como muevo la pierna, es un chasquido estridente. Masajeo con una mueca la articulación hasta que mis manos adquieren una temperatura relajante y el calor afloja los músculos.

Mare voltea al fin, sonríe mientras lanza atrás su cabello.

—Eso se oyó como una puerta rechinante.

Suelto una risa apenada.

—Así lo sentí.

—Consulta a un sanador en la mañana —dice afligida pese a la pícara elevación de sus labios; sus ojos se angostan, se ven más oscuros bajo la luz tenue—. O manda buscar a Sara; vendrá ahora si lo deseas. No creo que Julian ni ella duerman hasta que recibamos la respuesta.

Sacudo la cabeza y me levanto con esfuerzo de la silla.

—Los molestaré mañana —doy pasos acompasados hacia la cama; cada uno tensa mis músculos y me produce un tipo diferente de dolor.

Me mira como un gato cuando me acuesto junto a ella y me apoyo en los codos. La brisa del mar sacude las doradas cortinas con una mano invisible y ambos temblamos. Retiro despacio la carta de entre sus dedos y la deposito a un lado sin interrumpir nuestra mirada.

Temo estos momentos de tranquilidad y pienso que ella también. El silencio, la espera vacía, nos impiden ignorar qué hacemos, o no hacemos.

Hasta ahora no ha habido cambio alguno, ni en su corazón ni en el mío, ninguna resolución opuesta, pero mi decisión se complica a cada segundo, conforme recuerdo lo que perderé llegado el momento, lo que perdí durante tantas semanas. No solo su amor, también su voz, su perspicacia, el estira y afloja de alguien que no tiene consideración por mi sangre ni por mi corona. Alguien que me ve a mí y a nadie más en sustitución mía.

Alguien que me llama Cal y no Tiberias.

Posa una mano en mi mejilla, separa los dedos detrás de mi oreja. Es más incierta que antes, más clínica, como un sanador que examinara una herida. Me inclino un poco bajo su tacto, persigo el refrescante alivio de su piel.

—¿Me dirás que es la última vez? —la miro.

A pesar de que ablanda un poco su expresión, como si la limpiara, sus ojos no vacilan.

—¿De nuevo? —asiento contra su mano—. Es la última vez —afirma tajante.

Siento un zumbido grave en mi pecho, es mi fuego que ruge en respuesta, clama por arder.

—¿Mientes?

—¿De nuevo?

Tuerce la boca al tiempo que paso una mano por su pierna, del tobillo a la cintura. Sus dedos trazan en mi rostro un suave sendero en tanto agito el cabello y siento que mi sangre se calienta.

Su reacción es callada, apenas algo más que un jadeo.

—Eso espero.

Me detiene antes de que pueda decir algo más.

Su beso devora.

No se han tomado otras decisiones.

De nuevo.

Se ha vestido ya y ha ido a posarse precariamente en la ventana abierta cuando alguien toca a la puerta y me despierta. Aunque tengo la sensación de que se encorvará y saldrá para desaparecer en el aire de la noche, se pone en pie, se ruboriza y me arroja mi bata. Recibo en la cara el beso de la seda.

—¿Te quedas? —pregunto en voz baja para quien se encuentra en la habitación contigua no oiga—. No tienes que hacerlo.

Me mira.

—¿Serviría de algo? Pronto lo sabrán todos.

¿Saber qué?, querría preguntar pero contengo la lengua. Me estiro, dejo el lecho y me pongo la bata, que anudo a mi cintura. Me ve con ojos morosos mientras me muevo.

—¿Qué pasa? —inquiero con una semisonrisa.

Sus labios forman una línea fina.

—Te quitaron algunas cicatrices.

Me encojo de hombros. Han pasado varias semanas desde que le pedí a un sanador que eliminara las más antiguas cicatrices de mi espalda y mis costillas, para borrar los realzados bordes de carne blanca y nudosa, heridas impropias de un rey. Me halaga que lo haya notado.

—Hay cosas que no deben conservarse.

Achica los ojos.

—Pero otras sí, Cal.

Me limito a asentir en silencio, renuente a seguirla al precipicio de *esa* conversación. No nos llevará a nada productivo.

Se recarga en el escritorio frente a la puerta. Su semblante cambia, abre bien los ojos y el resto de ella se afianza, como si fuera otra persona: un poco

de Mareena, la Plateada que fingió ser; otro tanto de la Niña Relámpago, toda chispas y furia despiadada, y un poco de ella misma, la chica que trato de entender aún. Baja la barbilla y asiente en mi dirección.

Al tiempo que abro la puerta, oigo que succiona aire para fortalecerse.

—Julian —me hago a un lado para que mi tío entre al dormitorio.

Avanza y comienza a hablar de inmediato, con un suéter deslavado encima de su ropa de dormir. La hoja que lleva en la mano contiene apenas unas cuantas palabras.

—Hemos recibido la respuesta de Maven —pese a que titubea un poco cuando ve a Mare, evita que ella le corte el impulso; carraspea y fuerza una sonrisa casual—. Buenas noches, Mare.

—Buenos días sería más apropiado, Julian —ella hunde la cabeza en señal de saludo, reacia a dar más o menos, aunque nuestra apariencia habla por sí sola: Mare con el cabello revuelto todavía, yo con una bata apenas. Él nos lee tan fácil como a sus libros. Al menos tiene el tino de no hacer comentarios ni sonreír.

Lo hago pasar a mi cuarto.

—¿Qué dijo Maven?

—Como sospechábamos —se recupera—, estuvo de acuerdo. Será al amanecer.

Lamento ya mi decisión de que el encuentro se hiciera a temprana hora; preferiría sostenerlo después de haber descansado toda la noche, aunque es mejor resolver esto lo más pronto posible.

—¿Dónde? —pregunta Mare con voz entrecortada.

Julian nos mira.

—Eligieron la isla de Provincia. Pese a que no es precisamente neutral, la mayoría de los lugareños han emigrado, huyeron de la guerra.

Cruzo los brazos e intento imaginar la isla en cuestión; resulta fácil. Provincia es la punta más al norte de las islas de Bahrn, desparramadas en forma de gancho frente a la costa. Es un poco como Tuck, la base de la Guardia, refugio de poco más que dunas que se pierden de vista a lo lejos y plantas marinas.

—Es territorio de Rhambos, muy reducido. En todo caso, eso está a nuestro favor.

Mare ríe en el escritorio y nos observa como si fuéramos unos niños.

—A menos que la Casa de Rhambos decida traicionarte.

—Estaría de acuerdo contigo si la familia de él o su propia vida no pendieran de un hilo; no arriesgará ninguna —le digo—. La isla de Provincia

es un buen lugar.

Aunque no parece convencida, asiente. Desplaza la vista hacia Julian y después a la hoja en su mano, la copia de la respuesta de Maven.

—¿Hizo otras demandas?

Julian sacude la cabeza.

—Ninguna.

—¿Puedo verla? —ella tiende una mano en señal de petición, con la palma hacia arriba, y Julian cede gustoso.

Mare vacila un segundo y toma el documento con el pulgar y el índice, como si fuera algo sucio. Maven le escribía cartas en el pasado, cuando operábamos desde la Muesca en busca de los nuevasangre; las dejaba en los cadáveres de aquellos a los que llegaba primero y en cada una le rogaba que volviera y prometía poner fin al derramamiento de sangre si lo hacía: al final vio cumplido su deseo. Yo le quitaría la hoja y la protegería del dolor que sus palabras le causan, pero no necesita que la proteja; ha enfrentado cosas peores sin mí.

Por fin pestañea y se envalentona para leer la respuesta de Maven. Su ceño fruncido no hace más que ahondarse a medida que sus ojos repasan esas palabras.

Miro a Julian.

—¿Nanabel ha sido informada?

—Sí —contesta.

—¿Tiene alguna idea?

—¿Cuándo no ha sido así?

Le lanzo una sonrisa socarrona.

—Es cierto.

A pesar de que Julian y mi abuela no son muy buenos amigos, son aliados, al menos en relación conmigo. Su historia compartida, mi madre, les basta a ambos. Pensar en esto me hace sentir un frío súbito y mirar el cajón de mi escritorio, bien cerrado, con el libro fuera de mi vista.

Jamás de mi mente.

La Colina del Mar era el palacio favorito de mi madre y la veo en todas partes, pese a que no recuerdo su rostro, que he visto solo en cuadros o fotografías. He pedido que vuelvan a colgar algunos de sus retratos, por lo menos en el recibidor de mi recámara. Sus colores eran dorados, más radiantes que los amarillos que Julian usa ahora, dignos de una reina nacida de una Gran Casa, si bien ella estaba muy lejos de la norma.

Dormía en esta habitación. Respiraba este aire. Estuvo viva aquí.

La voz de Julian me saca de las arenas movedizas de la memoria de mi madre.

—La reina Anabel cree que deberías enviar a alguien en tu lugar —dice.

Una comisura tira de mi boca hasta formar una semisonrisa.

—Seguro se propuso ella misma.

Su cara es un reflejo de la mía.

—Así es.

—Le agradeceré su sugerencia y declinaré cortésmente. Si alguien va a enfrentarlo, debo ser yo. Presentaré nuestras condiciones…

—Maven no negociará. —Mare arruga el mensaje cuando cierra el puño. Su mirada es como su beso, devoradora.

—Accedió a la reunión… —explica Julian, pero ella lo interrumpe.

—Y eso es todo lo que concederá. La reunión no será para que se hable de condiciones, él dista mucho de estar dispuesto a rendirse —le sostengo la furibunda mirada y veo la tormenta en sus ojos, pienso que oiremos un trueno en las alturas—. Lo único que quiere es vernos. Así es él.

Para mi sorpresa, Julian se apresura a su lado con el rostro pálido, carente de color.

—Deberíamos intentarlo de todas formas —ruega, exasperado.

Ella parpadea.

—¿Y torturarnos? ¿Darle esa satisfacción?

Respondo antes de que Julian pueda hacerlo.

—Por supuesto que nos reuniremos con él —mi voz se adensa, es más pesada que antes—. Y desde luego que no negociará.

—¿Para qué es esto entonces? —escupe Mare y me recuerda a una de las serpientes de Larentia Viper.

—Para… —intento no gruñir, conservar una pátina de control y dignidad— que yo pueda verlo. Quiero mirarlo a los ojos y saber que mi hermano se ha ido para siempre —ni Julian ni Mare, dos de las personas más parlanchinas que conozco, tienen una respuesta para esto; ella se mira los pies y entreteje las cejas mientras una floración roja asciende por sus mejillas, de vergüenza, frustración o ambas cosas. Julian solo se pone más pálido, blanco como una sábana, y evita mi mirada—. Tengo que estar completamente seguro de que es imposible revertir lo que su madre hizo de él, sea lo que fuere —me acerco a Mare, así sea solo para calmarme; de pronto me doy cuenta de que hace demasiado calor en la recámara, a causa de mi exaltación—. Gracias, Julian —lo despido lo más amablemente que puedo.

Entiende la insinuación.

—De nada —inclina la cabeza, pese a que le he pedido mil veces que no me reverencie—. ¿Te has…? —la pregunta se le atora—. ¿Ya leíste lo que te di?

El dolor de otra pérdida arde en mi pecho. Veo de nuevo el cajón del escritorio; Mare sigue el curso de mi mirada, aunque ignora de qué hablamos.

Se lo diré después, en un momento mejor.

—Un poco —logro responder.

Aparenta desilusión.

—No es fácil.

—En efecto, Julian. —*No quiero hablar de esto*—. Y si no te importa… —nos señala a Mare y a mí para cambiar de tema— ya sabes.

Ella ríe levemente y Julian accede encantado.

—No sé de qué hablas —dice con una franca sonrisa.

Veo que se retira al recibidor. Cuando pasa junto al cuadro, recargado por ahora en una silla, reduce la marcha pero no se detiene; desliza una mano por el marco, incapaz de no reparar en su hermana.

A juzgar por el retrato, tienen una mirada similar, el ralo cabello castaño y los ojos inquisitivos. Mi madre era dueña de una belleza simple, el tipo más fácil de pasar por alto. No tengo mucho de ella, si algo acaso.

Ojalá lo tuviera.

La puerta se cierra, y ella y mi tío desaparecen de mi vista.

Unos dedos suaves se entrelazan con los míos y toman mi mano.

—Es irremediable. —Mare apoya el mentón en mi hombro, no propiamente sobre él, porque no lo alcanza, aunque no es momento de hacer burla de ella. En cambio, me agacho para suavizar su posición.

—Tengo que verlo yo mismo. Si voy a darme por vencido respecto a él…

Aprieta más la mano.

—No hay rendición contra lo imposible.

Lo imposible. Una parte de mí se niega aún a creer eso. Mi hermano no es una causa perdida, no puede serlo, no lo permitiré.

—Davidson lo intentó —murmuro, y pese a que me resisto a pronunciar estas palabras, tengo que decirlas, debo volverlas reales—. Buscó, y no hay susurros nuevasangre.

Suelta un aliento prolongado.

—Quizá sea mejor así —asevera un momento después—, en el gran esquema de cosas.

Duele saber que está en lo cierto.

Metódica, posa sus manos en mis hombros y me aleja del escritorio, del recuerdo que se guarda en un cajón.

—Deberías descansar —dice con firmeza y me empuja hacia la cama—. Maven sobrelleva la fatiga mejor que tú.

Ahogo un bostezo, ansioso de seguir sus órdenes. Me deslizo con un suspiro entre las sábanas. Cuando apoyo la cabeza en la almohada, querría caer dormido al instante.

—¿Te quedarás? —la miro por la rendija de mis ojos.

Se arrastra junto a mí en respuesta y se quita las botas entre tanto, tras lo cual se abre camino bajo la seda. Sonrío y sube los hombros.

—Todos lo sabrán de cualquier forma.

Tomo su mano sin pensarlo, la enredo entre mis dedos en el bies de la cobija.

—Julian puede guardar un secreto.

Echa a reír.

—Evangeline no, si se toman en cuenta sus intenciones.

Tengo que reír también, poco convencido de mi fatiga.

—¿Quién habría dicho que ella iba a reconciliarnos?

Se reacomoda y al final se enrolla a mi lado, con una pierna suelta.

—Aunque Maven no cambie, otros sí pueden —balbucea contra mi pecho y la vibración de su voz me hace temblar.

Requiere poca concentración apagar las velas que arden en el recinto, lo que nos sumerge en una deliciosa penumbra azul.

—No quiero casarme con ella.

—Ese nunca ha sido un problema para mí.

—Lo sé —musito.

Es imposible que le dé lo que quiere cuando esto significa traicionar a mi padre, mi derecho de primogenitura y toda posibilidad de que yo haga algo trascendente. Aunque ella no esté de acuerdo, puedo hacer más en un trono, con una corona, que sin ellos.

—Después de la negociación —digo vacilante—, una vez que Harbor Bay esté asegurada, creo que deberemos atacar Ciudad Gris con todo vigor. Luego de Ciudad Nueva, ningún otro barrio tecnológico será tomado por sorpresa.

En la oscuridad, el roce de sus labios con los míos me toma desprevenido. La sensación me sobresalta, la caricia de su sonrisa contra mi piel.

—Gracias —cambia de postura.

—Es lo correcto.

¿Y lo hago por la razón incorrecta?, *¿por ella?*

¿Importa acaso?

—¿Qué te dio Julian? —pregunta medio dormida; está tan cansada como yo, si no es que más. El día ha sido demasiado largo y sangriento.

Pestañeo en las tinieblas sin ver. Su respiración se retarda y acompasa conforme se adormece.

Está dormida cuando contesto.

—Una copia del diario de mi madre.



VEINTICUATRO
Mare

Todavía está oscuro cuando unas pisadas me despiertan. Me tenso por instinto, lista para combatir, y por un segundo me desconcierta la presencia de Cal en la misma habitación que yo, hasta que recuerdo los acontecimientos de ayer: su muerte inminente y la forma en que eso nos afectó a ambos e hizo trizas nuestra previa resolución.

Ya está vestido, luce señorial bajo la luz suave de las escasas velas. Lo observo un instante, sin ningún tipo de máscara o escudo. Pese a su gran estatura y corpulencia, parece más joven con su ropa de gala. Su saco es de un rojo sangre profundo con ribetes negros y botones de plata en las mangas. Los pantalones hacen juego con él y están metidos en lustradas botas de cuero. No se ha puesto aún su capa ni su corona, que dejó sobre su escritorio. Mientras deambula con lentitud, se abotona hasta el cuello. Sombras rodean sus ojos. Su aspecto parece más exhausto que anoche, si tal cosa es posible. Me pregunto si durmió siquiera o si pasó la noche torturado por la idea de que verá a Maven de nuevo.

Tan pronto como percibe que estoy despierta, se endereza y recobra su porte imperial. Aunque mínima, su transformación es perceptible; sube la guardia, se pone la máscara, incluso conmigo. A pesar de que preferiría que no lo hiciera, comprendo la causa. Yo actúo de la misma manera.

—Partiremos dentro de una hora —me avisa en tanto termina de abotonarse—. Hice traer algunas prendas para ti, están en el recibidor. Elige la que desees o… —trastabilla, como si hubiera dicho algo indecoroso— viste lo que quieras de tu guardarropa.

—No traje mis vestidos a una batalla y no creo que me quede ninguno de tus uniformes —replico entre risas, y al abandonar con renuencia las cobijas me estremezco cuando siento el aire frío. Me incorporo, sabedora de que mi

enredada trenza reposa en mi hombro—. Seguro encontraré algo. ¿Sería conveniente que me vistiera de algún modo en particular?

Le tiembla la mejilla.

—Como tú gustes —dice con voz tensa.

—¿Con el propósito de distraer? —insisto en lo que trato de desanudar mi cabellera y él mira mis dedos, no a mí.

—Te vistas como te vistas, distraerás.

Mi pecho se tensa de viveza.

—La adulación no te llevará a ninguna parte, Cal.

Pero ha acertado. Han transcurrido varios meses desde la última vez que vi a Maven en persona, mientras huía en medio de una multitud alarmada. Iris corría a su lado, para defender al hombre con el que acababa de casarse del ataque contra su boda en la capital. Fue una misión de rescate no solo en mi beneficio, sino también en el de docenas de nuevasangre que, a través de manipulaciones, habían sido sometidos a su servicio.

Podría ponerme un costal de papas y Maven de todas formas me devoraría con los ojos.

Cruzo la habitación entre bostezos y entro al baño para tomar una breve ducha caliente. Pese a que una parte de mí querría que Cal me acompañase, permanece en la recámara y me despojo sola de mis últimos dolores. Cuando más tarde me dirijo al recibidor, tropiezo con un arcoíris en la penumbra. Me basta un poco de concentración para que las lámparas se enciendan e iluminen los diversos atavíos. Aunque me alegra disponer de una selección de prendas tan amplia, agradezco más aún que la sala esté vacía, sin doncellas que se ocupen de mi rostro o mi cabello ni sanadores que eliminen mi fatiga persistente o reanimen mi cuerpo. Ya se me ofrece solo lo que quiero y lo que necesito.

¡Si Cal pudiera ser así en todo!

Intento no pensar en lo que sucederá más allá de esta mañana. Él no ha rechazado la corona todavía y yo sigo igual de entregada a mi causa, si no es que más. Como sea, no puedo enamorarme de un rey cuando todo lo que hago es atentar contra su trono, destruir toda noción de monarquía y dominios a su merced. Pese a ello, lo cierto es que el amor no desaparecerá, como tampoco la necesidad.

Me pregunto quién dispuso todas estas prendas sobre las sillas y sillones, de los que cuelga una amplia variedad de vestidos, trajes, blusas, faldas y pantalones, con no menos de seis pares de zapatos en el piso. Muchos de ellos son dorados, sea con diseños de un cenizo amarillo o ribeteados con los

colores de la madre de Cal. Ella era delgada, a juzgar por la estrecha cintura de sus vestidos, y más menuda de lo que sería de esperar en la madre del hombre que está en el recinto a mis espaldas. Evito su ropa lo más posible y busco algo que no lleve el peso de una difunta.

Me contento con un vestido largo y suelto con una cinta en la cadera, teñido de un intenso y fulgurante azul marino, *los colores de la madre de alguien*. Es de terciopelo y sin duda me hará sudar más tarde, pero el cuello, abierto hasta por debajo de la clavícula, exhibe mi marca a la perfección. Para que Maven vea lo que me hizo y no olvide nunca el monstruo que es. Me siento más fuerte cuando me lo pongo, como si el atuendo fuera una armadura.

Solo puedo imaginar el elegante horror que Evangeline confeccionará para el encuentro, quizás un vestido hecho de navajas. Espero que lo haga. Evangeline Samos sobresale en momentos como este y ardo en deseos de soltarla frente a su antiguo prometido, sin consideración alguna de la etiqueta ni el protocolo.

Cuando termino, me peino para que mi cabellera acabe de secarse y la dejo caer sobre mis hombros. Las puntas grises relucen bajo la lámpara, en marcado contraste con las de color castaño. Soy una persona de apariencia extraña, pienso al mirarme en el espejo, una chica Roja cubierta de galas Plateadas que no cesa de sorprenderme. Mi piel centellea bajo la luz, obstinadamente viva y obstinadamente Roja. Estoy menos ojerosa de lo que pensé, mis pupilas castañas brillan de temor y determinación.

Me consuela saber que, aunque era Plateada, la madre de Cal tampoco fue apta para esta vida. Eso es evidente en su retrato, apoyado contra la pared del fondo entre un par de sillas ornamentadas.

¿Dónde lo colgará Cal? ¿Fuera de la vista o siempre al alcance?

Los ojos de Coriane Jacos eran de color azul claro, si el retrato es fiel al modelo; igual que el cielo antes del alba y la neblina azul en el horizonte, casi sin color, carente de una tonalidad intensa. Ella es más parecida a Julian que a su hijo; tienen el mismo cabello castaño, el de ella artificiosamente rizado sobre un hombro, bien provista de nacaradas perlas y cadenas de oro. Sus rostros se asemejan también, tan demacrados que los hacen aparentar más edad de la que tienen; pero mientras que la tensión de Julian ha resultado agradable desde siempre, la aceptada frustración de un erudito en constante resolución de un enigma, la de Coriane viene de adentro. Me han dicho que era una mujer triste; su retrato lo confirma.

—La mató Elara —dice Cal desde la entrada de su dormitorio. Se ajusta la capa que cuelga de sus hombros con un broche de plata y deslumbrantes gemas negras. Sostiene en la otra mano una corona oscura, oculta a medias, como si fuese una ocurrencia de última hora. Una espada pende de su cinto, enfundada en una vaina de rubí y azabache; la porta por mera pose, en el mejor de los casos: nadie elegiría una espada para el combate—. La sumergió en sus aflicciones, susurró dentro de su cabeza hasta que no hubo escapatoria; ahora lo sé.

Sus labios se curvan hacia abajo, frunce el ceño y tiende los ojos a la distancia. Percibo en su tristeza algo de su madre, es la única semejanza que encuentro entre ambos.

—Me habría gustado conocerla —digo.

—A mí también.

Dejamos juntos las habitaciones de Cal y recorremos al mismo paso los meandros de la Colina del Mar hasta el grandioso vestíbulo. Anoche hice caso omiso de todo temor a las habladurías, me sentía valiente y osada; el malestar me alcanza ahora. Me pregunto si se nos someterá a una sucesión de murmullos, sonrisas de los Plateados y juicios de los Rojos y nuevasangres. ¿Farley se burlará de mis titubeos? ¿Me dará la espalda por completo?

No puedo ni imaginarlo.

Cal advierte mi zozobra. Acaricia mi brazo, procura no tocar los puntos sensibles de mis muñecas.

—No es necesario que entremos juntos —murmura a la par que bajamos un tramo de escalera, cada vez más cerca del punto de no retorno.

—Eso no importa ahora —reclamo.

Sus agentes de seguridad aguardan delante de nosotros. Son miembros de la Casa de Lerolan, primos de sangre de su abuela. A diferencia de los centinelas, no usan careta, pese a lo cual son igual de discretos y peligrosos.

Anabel los acompaña, con las manos unidas al frente y ceñida por un cinturón de llameantes joyas: rubíes y citrinos amarillos. Porta con orgullo su corona de oro rosado, una simple banda ajustada a su frente y su liso cabello canoso. Fija primero sus ojos en mí.

—Buenos días —arrastra a Cal a un rápido abrazo y él la empequeñece al aceptarlo.

—Buenos días —contesta—. ¿Están listos todos?

—Deberían estarlo —dice ella y agita una mano arrugada—, aunque supongo que tendremos que esperar a que la princesa de la Fisura termine de ponerse todas las piezas de metal a su alcance. Recuérdame confirmar que no se robe las perillas de las puertas.

Presa del nerviosismo, Cal no sonríe; se limita a elevar una comisura.

—Podremos prescindir de ellas —repone.

—Se ve muy bien, señorita Barrow —añade Anabel y hace volar sus ojos a los míos.

No me siento así, pienso.

—Tan bien como cabía esperar, dadas las circunstancias —me esmero en no emplear título alguno, no parece que ella lo note o le importe.

A juzgar por lo dulce de su semblante, dije lo correcto. Para mi sorpresa, no tiene hostilidad para mí esta mañana y respira despacio.

—Listos o no —da media vuelta—, ¡allá vamos, Maven!

El vestíbulo al fondo de la suntuosa escalera es inmenso y conduce a varios salones de baile y la sala del trono de la Colina del Mar, lo mismo que al salón de banquetes y una versión más pequeña y menos oficial de las cámaras del consejo del Fuego Blanco, hechas para dar cabida a una funcional corte de Plateados y el gobierno itinerante de Norta. Gran cantidad de Rojos se dispersan entre los recintos, tan ocupados como si fueran sirvientes, aunque es obvio que *no* lo son. El verde de los uniformes de Montfort contrasta vivamente con el mármol blanco, los ribetes azul marino y los abundantes estandartes dorados que cuelgan todavía de las paredes y los techos. Noto una tonalidad roja entre ellos, el carmesí del uniforme de Cal, que lo distingue como legítimo rey y conquistador de casi la mitad del territorio de Norta.

Al igual que en Ascendente el día que nos dirigimos a la Galería, Davidson se ha puesto su elegante traje verde oscuro. Farley viste también su uniforme de gala, y está igual de incómoda con él. Me alegra no tener que usar uno; mi vestido acaricia mi piel cuando camino, con los pies tensos dentro de finas botas azules.

Anabel nos deja para unirse a Julian, y Farley nos ve acercarnos y nos mira por turnos mientras nos desplazamos al centro de la sala. Arruga la frente y me preparo para una cara de malos amigos, si no es que un gruñido; en cambio, parpadea con expresión pensativa, casi de aceptación.

—Calore —inclina la cabeza ante el rey.

Él sonríe frente a un saludo tan informal.

—General Farley —le corresponde, todo propiedad—. Me alegra que haya aceptado acompañarnos.

Ella se ajusta el cuello, que se resiste a aplanarse.

—La Guardia Escarlata es un componente valioso de esta coalición y la comandancia debía estar representada en las negociaciones de la rendición de Maven.

Cal asiente y suspiro para mí.

—Yo no estaría tan segura de que vaya a haber un acuerdo —la amonesto en voz baja, me enferma tener que repetirme.

Ríe.

—¡Claro!, en esta vida nada es fácil, pero una mujer tiene derecho a soñar, ¿no?

Miro atrás de ella, hacia los oficiales que la acompañan. No reconozco a ninguno.

—¿Cómo está Kilorn? —frunzo el ceño en lo que la vergüenza asciende por mi espalda y retuerzo mis manos para ocultar su temblor. Cal se encoge a mi lado y deja suelta una mano; aunque me gustaría tomársela, los dos nos abstenemos de una muestra de afecto tan visible.

Ella me mira apenada.

—Ya estaba repuesto el día de ayer, pero se tomará un poco más de tiempo —responde e intento imaginarlo sano y salvo, no al borde de la muerte como lo dejé; es en vano—. Requisamos el cuartel del centro de seguridad y él está ahí ahora, con el resto de los heridos.

—Bien —suelto, incapaz de decir más y ella no insiste. Siento de cualquier forma la vergüenza de mis decisiones, tan aguda como una herida de puñal. Kilorn estuvo cerca de morir, Cal también. *Y tú corriste junto al príncipe de fuego*.

A mi lado, el verdadero rey aparta la mirada, apenado también por la implicación. Pese a que nos propusimos no tomar decisiones, sabemos que ya han sido tomadas de cualquier manera.

—¿Y Cameron? —añado, así sea solo para contener esos pensamientos.

Farley se rasca el mentón.

—Ha asumido funciones de organización en Ciudad Nueva. Es valiosa ahí, igual que su padre. Los barrios tecnológicos tienen sus propias redes clandestinas y corren la voz a las demás. Aun si los Plateados de Maven preparan ya redoblados ataques, ellas hacen lo propio.

Esto me llena de orgullo y temor. Es indudable que Maven tomará represalias por lo que hicimos en Ciudad Nueva y querrá impedir que tal cosa se repita. Pero si las barriadas Rojas se rebelan y los barrios tecnológicos se

paralizan, su esfuerzo bélico se verá impedido, a falta de recursos y combustible. Podemos obligarlo a rendirse.

—Veo que esperamos de nuevo a la princesa Evangeline —dice Davidson cuando se nos une, seguido por su contingente de asesores, que permanece algo apartado.

Echo atrás la cabeza y suspiro.

—Eso es lo único constante en este mundo.

El premier cruza los brazos; si está nervioso, no lo demuestra.

—Un pavorreal precisa de tiempo para acicalar sus alas, así sean de acero.

—Ayer perdimos a un cuantioso número de magnetrones —interviene Cal con un tono bajo y serio, casi de reprensión—. La Casa de Samos pagó un alto precio por Harbor Bay.

Farley se pone rígida, aprieta la quijada.

—Dudo que ellos nos permitan olvidarlo o no nos hagan pagar su sacrificio.

—Eso está por verse —replica Cal.

Pese a nuestra historia en común, siento la extraña necesidad… de defender a Evangeline.

—Si acaso *es* forzoso que lo veamos —digo—, pero ya hablaremos de eso después —y señalo con la cabeza el pasaje abovedado en el que Evangeline acaba de aparecer, acompañada de Ptolemus.

Ambos visten atuendos combinados de blanco perla y plata radiante. Él porta un saco ajustado y abotonado hasta el cuello, unos buenos pantalones y botas negras similares a las de Cal, así como una banda gris que le cruza el pecho, del hombro a la cadera. El diseño de esta pieza es inusual, aunque a medida que se acerca descubro que los diamantes negros que salpican la banda no son un dibujo, sino navajas adheridas a la tela; armas, por si él las llegara a necesitar.

Ataviada de manera semejante, los pliegues del vestido largo de su hermana exhiben aberturas que dejan ver finas mallas blancas de cuero. Si esta reunión concluyese en derramamiento de sangre, ella no se verá estorbada por una falda. ¡Ojalá yo hubiera pensado en eso! Tensamente trenzado, las hebras de plata de su cabello llevan engastados arrobadores trozos de metal nacarado, en realidad afiladas navajas útiles para cortar carne. Tiene los brazos descubiertos, sin mangas que obstruyan su movilidad ni se enreden con las alhajas de sus manos. Un anillo titila en cada dedo, son piedras negras y blancas, y finos torzales envuelven sus muñecas, garrotes

para estrangular o rebanar. Incluso sus *pendientes* poseen una apariencia mortífera, largos y ahusados en una punta feroz.

Me alegra que Evangeline se haya tomado tanto tiempo para arreglarse. Viste un arsenal.

—¿Me veré forzada a hacer ajustar los relojes de sus habitaciones, sus altezas? —grazna Anabel junto a Julian.

La princesa responde con una sonrisa tan afilada como sus puñales.

—Nuestros relojes están a tiempo, su majestad —hace ondular su falda por sus piernas cuando pasa junto a la vieja reina en dirección a nosotros y tiemblo al instante en que vuelve esa sonrisa hacia mí—. Buenos días, Mare; se ve que descansaste bien —lanza sus ojos a Cal, los dientes expuestos aún —. Y tú no.

—Gracias —contesto y deploro haberme apiadado de ella hace un rato.

Mi réplica cortante le divierte, lo mismo que el color plateado que emerge en las mejillas de Cal. Detrás de ella, Ptolemus cruza los brazos en su espalda y abulta el pecho, para exhibir orgulloso sus dagas. Farley repara en cada una de ellas con ojos furiosos y atentos.

—Es una lástima que este encuentro no haya podido celebrarse por la noche —murmura él con voz más grave que la de Cal y mucho menos amable. Tiene el descaro de hablar aquí, en presencia de Farley y mía.

Me pregunto si, al igual que yo, ella ve a Shade traspasado por la lanza de Ptolemus Samos. Incluso estar junto a él tiene el sabor de la traición.

Farley me aventaja en compostura. Mientras yo mantengo cerrada la boca con trabajos, ella agita la cabeza con desdén.

—¿Para que tu hermana tenga más tiempo de pintarse la cara? —apunta al intrincado maquillaje que esculpe el rostro de Evangeline.

Ella se sitúa entre él y nosotras, protectora hasta el final. Pienso que sería capaz de salir disparada y ponerlo fuera de nuestro alcance.

—Para que mi padre pudiera asistir a la junta —explica y sacude la cabeza con orgullo—. El rey Volo llegará al anochecer.

Cal baja un poco los párpados, percibe la amenaza tan bien como yo.

—¿Vendrá con refuerzos?

—¿Con más combatientes leales a Samos para que mueran por ti? Lo dudo —se burla—. Viene a supervisar la estocada final contra Maven.

Supervisar. Los tormentosos ojos grises de la princesa se oscurecen un momento, ensombrecidos por el sentido de sus palabras. No es difícil desentrañar los espacios entre ellas, contrastarlas con su auténtico significado.

Viene a arreglar nuestro desastre.

Me sobrecoge un escalofrío. A pesar de que los hijos de Samos son formidables, violentos y peligrosos, a fin de cuentas son meros instrumentos, armas empuñadas por un hombre más poderoso aún.

—Me ahorra la molestia de convocarlo aquí. —Cal posa una mano en la empuñadura de su enjoyada espada y sonríe con serenidad, como si el arribo de Volo hubiera sido idea suya—. Sin duda lo recibirás como se merece, Evangeline.

Ella le lanza una mirada que podría envenenar ríos enteros.

—¡Basta de tonterías! —gruñe.

La aurora se tiende sobre el oleaje, se derrama desde el horizonte en destellos de rosa y azul pálido. Apoyo la frente en el frío cristal del jet de asalto para contemplar nuestro descenso. Mi cuerpo se tensa a cada segundo, mi pulso es un tañido ascendente cuya explosión me hace temblar. Preciso de toda mi energía para mantener a raya mi relámpago y proteger el avión contra mis arrebatos eléctricos. Farley me mira desde el asiento contrario al mío, con las manos listas sobre los broches de sus cinturones de seguridad, para desprenderlos y bajar de un brinco si resultara que pierdo el control.

Cal tiene más fe. Hace alarde de desenfado, con una pierna estirada al frente y el costado izquierdo recargado en mí. Irradia una calidez relajante; sus dedos rozan los míos cada tantos segundos, como un firme recordatorio de su presencia.

Si su abuela está contrariada o sorprendida por nuestra proximidad, no lo deja ver. Se halla sentada en silencio junto a Julian, quien exhibe un rostro más sombrío que nunca.

Davidson completa el número de pasajeros de nuestro jet porque, por suerte, Evangeline y su hermano viajan en el otro avión, a nuestra zaga. Veo su reflejo en el agua, la sombra difusa de un avioncito chirriante entre las olas. Estos aeroplanos son demasiado ruidosos, y por una vez me alegra que lo sean, porque nos impiden hablar, intrigar y espiar. Trato de perderme en su zumbido interminable.

La isla Provincia aparece muy pronto, es un círculo verde bordeado por una pálida cinta de arena. Desde arriba da la impresión de ser uno de los mapas de Julian. Trazada con sencillez, la aldea a la orilla del mar es una reducida cuadrícula de unas cuantas calles. El puerto está vacío, si bien una docena de buques de guerra están anclados a medio kilómetro de la playa.

Maven podría derribarnos si quisiera, pienso, e imagino el remoto redoble del fuego de artillería.

Aterrizamos sin incidentes. La sensación de tirantez y aversión crece en mi pecho hasta exceder mi tolerancia. Aprieto tanto los dientes que creo que mi mandíbula podría volar en pedazos y desciendo del avión de un salto para sumergirme en la frescura del aire.

Y quizá también para correr directo al océano.

Me alejo de los ronroneantes motores del jet y levanto una mano con la cual resguardar mi cabellera de lo peor del viento rugiente. Farley me sigue, encorvada.

—¿Estás bien? —pregunta sobre el estruendo y soy la única que la escucha.

Con la boca tensa, sacudo el cabello. No.

Inspecciono la alta hierba que cubre las dunas de la playa y de pronto supongo que un contingente de centinelas nos enfrentará y rodeará, forzará nuestra rendición y me someterá de nuevo a los grilletes. La náusea que experimento casi me produce arcadas. La sensación de la roca silente contra mi piel regresa con una fuerza multiplicada y socarrona. *No puedo retornar a ese sitio*. Miro a lo lejos, escondida bajo mi cabello restallante. Intento respirar y tomarme los preciosos segundos que necesito para estabilizarme.

Farley me palmea el hombro con suavidad y firmeza simultáneas.

—No te diré que lo superes —susurra en mi oído—, pero tienes que sobrellevarlo, al menos por ahora.

Sobrellevarlo.

Aprieto los dientes y volteo a verla con ojos que por fortuna no se han empañado.

—Al menos por ahora —repito. Me desplomaré más tarde, luego de que todo esto termine.

Cal se acerca detrás de ella, atento e indeciso de interrumpir. Sostengo su mirada y le dirijo una leve inclinación. Puedo hacer esto, tengo que hacerlo.

Nuestro aspecto es extraño: un contingente de Plateados de la realeza, una general Roja y dos nuevasangre, flanqueados por vigilantes y vestidos con nuestros muy diversos colores. Aunque nadie está dispuesto a fiarse de que Maven obedecerá las reglas de la guerra, sabemos que es probable que la reina lacustre lo haga. Como sea, me mantengo a un lado de Farley y sus dos oficiales de la Guardia; confío en sus armas y su lealtad.

Evangeline y Ptolemus bajan de su aeronave meramente incómodos por la reunión, como si tuvieran algo más importante que hacer. Es puro teatro, por

supuesto; ella desea ver a Maven tanto como a mí me repugna tener que hacerlo. Por ningún motivo su antigua prometida dejaría pasar la oportunidad de burlarse en su cara. Los motores del jet de asalto agitan su cabello cuando se yergue y fija la mirada en la hierba a nuestro alrededor.

Accedimos a congregarnos en el interior de la isla, lo que dio oportunidad a las ninfas lacustres de mostrar su buena fe. Un trayecto corto y silencioso por las dunas nos conduce a un modesto bosque de árboles tenaces y retorcidos. Esta aldea me recuerda a Tuck, ahora abandonada al oleaje. Shade está enterrado ahí, sin nadie que vele por él.

Cal encabeza la marcha, con Davidson a un costado y Farley al otro, para presentar nuestra coalición como un frente unido, sangre Roja fundida con Plateada. Evangeline y Ptolemus les pisan los talones, indiferentes como nunca a su subordinada posición.

Me alegra que tantas personas caminen delante de mí, porque eso me concede los segundos extra que necesito para armarme de valor. Mi mayor consuelo es mi rayo, que siento bajo la piel, conocido solo por mí. Imagino sus purpúreas líneas bifurcadas y cegadoras. No se aleja y nadie puede quitármelo, ni siquiera él. Lo mataré si lo intenta.

Hace unos meses vi que Maven hacía las paces con los lacustres en forma similar. Aunque el escenario era muy diferente, los insondables campos minados del Obturador en lugar de esta isla llena de verdor bajo un cielo brillante y un tranquilo mar azul, parece el mismo. Marchamos hacia lo desconocido, hacia personas de un inmenso y terrible poder. Por lo menos ahora no me sentaré junto a Maven en la mesa. No soy ya más su mascota.

Al igual que en ese encuentro con los lacustres, también aquí se ha levantado una plataforma en el centro de una planicie, con tableros de madera bien ensamblados. Sobre ella, la mitad de las sillas dispuestas en círculo están ocupadas y casi vomito en la hierba a mis pies.

La persona que está más cerca de mí me toca la mano. *Es Julian*.

Lo miro, suplico en silencio, no sé para qué. No puedo volver ni salir en estampida, nada de lo que mi cuerpo clama por hacer. Todo lo que él me ofrece es una mirada bondadosa y una comprensiva inclinación.

Sobrellévalo.

Dos centinelas se plantan frente a nosotros, con rostros inescrutables detrás de sus caretas. La brisa del mar agita sus llameantes atuendos.

—Deben dejar sus armas para poder acercarse a su majestad, el rey de Norta —dice uno de ellos en tanto señala a Farley y sus oficiales, ninguno de los cuales se mueve; Farley ni siquiera parpadea.

La reina Anabel echa atrás la cabeza con desprecio. Mira a Cal, a quien apenas le llega al hombro.

—El rey de Norta está aquí y no teme a las armas Rojas.

Farley ríe en la cara de los centinelas.

—¿Por qué les tienen miedo a nuestras armas? —grazna—. Estas personas son más peligrosas que cualquier cosa que nosotros portemos —apunta a los nuevasangre y Plateados a su alrededor, dotados con habilidades mucho más destructivas que cualquier arma—. ¡No me digan que su monarca teme a unos cuantos Rojos con pistolas!

Junto a ella, los dos oficiales de la Guardia se mueven, como si esto pudiera distraer la atención de los rifles que llevan en las manos.

Cal no ríe y ni siquiera esboza una sonrisa. Percibe que algo no marcha bien y eso me produce un escalofrío.

—Supongo —dice lenta y pausadamente— que entraremos a un círculo de silencio, ¿no es así, centinela Blonos?

Se me hiela la sangre y me quedo sin aliento. No.

Julian extiende un brazo para que me sujete.

El centinela se estremece en respuesta al nombre de su Casa en boca de Cal. Me concentro en él, así sea solo para no desenfrenarme; no sirve de nada. Mi pulso se vuelve atronador y siento que me asfixio. *Un círculo de silencio*. Quisiera desollarme viva. Aprieto el brazo de Julian más de lo que debiera y mis nudillos se ponen escandalosamente blancos.

Cubre mi mano con la suya, intenta aliviar mi temor.

Delante de nosotros, Cal no voltea; solo mueve la barbilla con ojos destellantes, como si quisiera mirarme. ¿Con lástima, frustración o comprensión?

—Así es —contesta el centinela con voz apagada—. El rey Maven ha provisto roca silente para garantizar que la reunión transcurra sin mayores desacuerdos.

Cal tensa la mejilla y un músculo salta en ella.

—Eso infringe el protocolo —suelta un gruñido que se esparce en el aire, como la amonestación de una fiera. Una parte de mí querría que él reaccionase y quemara a esos dos, la isla, a Maven, Iris y la madre de esta. Que eliminara todos los obstáculos en nuestro camino con un fuego destructivo y devorador.

El centinela se endereza y aprieta sus dos puños. Pese a que es más alto que Cal, no es en absoluto tan imponente. Su compañero hace lo mismo, cierran filas para impedirnos pasar.

—Es un deseo del rey, no una demanda nuestra, señor —añade con voz torpe y forzada. Antes protegían a Cal, como protegieron a su padre y cuidan de Maven ahora. Supongo que encarar a su antiguo protegido es una de las pocas cosas para las que no están preparados.

Cal mira en torno suyo a Farley y Davidson. Aprieto los dientes e inhalo con respiración entrecortada. Casi siento la roca silente otra vez, que amenaza con ahogarme. *Esto no sucederá si nos negamos, si damos marcha atrás o si Maven cede y nos permite pasar sin sufrir*.

Por supuesto que no lo hará. Para eso trajo la roca a este sitio, no para resguardarse. Las reglas de la guerra son protección suficiente, sobre todo con su muy noble hermano a la cabeza del bando contrario. Hizo esto para lastimarnos, para lastimarme a mí. Sabe en qué tipo de cárcel me atrapó seis meses de mi vida. Que cada día yo me consumía más y más, moría poco a poco, separada de la otra mitad de mi ser, atrapada detrás de un cristal que no se rompería nunca, por más que lo intentara.

Me lleno de pavor cuando Farley asiente de mala gana. Por lo menos ella no lo sentirá. La roca silente no ejerce efecto alguno en ella, ni en ningún otro Rojo carente de habilidades.

Davidson se muestra mucho menos entusiasta, mira a Cal muy erguido y con los hombros tensos, pese a lo cual asiente con un movimiento discordante y acepta las condiciones.

—Muy bien —escucho apenas decir a Cal al tiempo que un bramido estalla en mis tímpanos.

El suelo bajo mis pies da vueltas en un círculo vertiginoso. Lo único que me impide caer es mi mano en el brazo de Julian. Al frente de la fila, Farley y sus oficiales se quitan las armas en medio de un sonoro estruendo, hacen alarde de sus revólveres y puñales. Me estremezco cuando cada uno de ellos desaparece en la hierba de las dunas.

—Avancemos —murmura Julian para que solo yo pueda oírlo.

Me fuerza a dar un paso. Las piernas me tiemblan, amenazan con venirse abajo. Me apoyo en él con la mayor discreción posible y dejo que me guíe.

Sobrellévalo.

Levanto los ojos, intento no temblar, caer ni correr.

Iris está radiante, con un vestido-armadura de esplendoroso azul aciano que se derrama en torno suyo y cuelga artificiosamente de su asiento. Guarda un equilibrio perfecto entre reina y guerrera, incluso en comparación con Evangeline. Sus ojos grises siguen nuestra aproximación, cerrados en predatorias rendijas. Para los estándares de los Plateados, jamás fue descortés

conmigo, pese a lo cual la aborrezco, y todo lo que ha hecho. La cercanía de la roca silente me obliga a llenarme de rabia como único remedio contra el temor.

Cuando ingreso al círculo del silencio, la artificial sensación cae sobre mí como un telón. Me muerdo el labio para no gritar. Se me retuerce el estómago tan pronto como ese viejo y doloroso peso impacta mis hombros, aunque la única muestra de mi extremado sufrimiento es mi paso tambaleante y mis inestables párpados. Por dentro, mi cuerpo aúlla, cada nervio se enciende. Mi instinto me ordena que corra, que abandone este círculo tortuoso. El sudor resbala por mi espalda a medida que fuerzo un paso tras otro e intento seguir el ritmo de los demás. Si no fuera por la roca silente, estallaría en una explosión de furia eléctrica que avergonzaría a todas mis tormentas anteriores. *El relámpago no tiene piedad. Yo tampoco.*

Entrecierro los ojos para no llorar.

Miro a todos menos a Maven. La madre de Iris, la reina Cenra, es modesta, más menuda que su hija, de su misma pigmentación pero con un rostro ordinario. Al igual que el de Iris, su vestido-armadura es de un color azul oscuro, con ribetes de oro que hacen juego con la corona que lleva en la frente. Se inclinan juntas, casi se diría que acurrucadas, con una confianza mutua como solo puede existir entre una madre y una hija. Querría hacerlas pedazos.

Pese a que jamás he visto a la cuarta realeza presente, es fácil adivinar su identidad. El príncipe Bracken descuella en su silla con una piel del impecable azul oscuro pulido de una piedra preciosa. Sus ropajes son púrpuras con filos de amatista, primorosamente drapeados sobre un pectoral de oro sólido. No posa sus oscuros ojos en Cal ni en mí, sino en Davidson. Lo mira como si pudiera volverlo del revés, clama venganza por sus hijos.

En sociedad con Iris, flanquea a Maven.

Aunque al principio intento no mirarlo, es imposible de ignorar: sus ojos perforan mi piel como dagas ardientes, tan afiladas que supongo que en cualquier momento empezaré a sangrar.

Sobrellévalo. Aférrate a tu cólera.

Mi corazón se detiene cuando lo miro y descubro que ya tiene la vista fija en mí, con la conocida y malévola sonrisa que tensa sus pálidos labios.

Agita la cabeza mientras tomamos asiento, nos barre a Cal y a mí con la mirada, como si nadie más existiera. Davidson se sienta entre nosotros y nos separa irremediablemente. Esto parece hacer muy feliz a Maven, quien dirige una sonrisa al dique entre su hermano y yo. La brisa del mar ondula su

cabello, más largo que el de Cal, y lo riza suavemente bajo el peso de su despreciable corona de hierro negro.

Quisiera matarlo.

Su uniforme es el de costumbre, muy negro, repleto de sus usuales y mal habidas medallas de Estado. El saco de Cal le hace sonreír, advierte alborozado la inversión de los colores, quizá feliz de haber arrebatado los símbolos de su hermano. Nos mira con franco deleite, urgido de que esto sea lo más doloroso posible. Lleva muy bien puesta su máscara de rey cruel.

Debo quitársela.

Me inclino hacia Davidson, apoyo el codo en el brazo de la silla y adelanto la clavícula. La marca queda expuesta a la vista de todos, herrada en mi piel. *M* de *Maven*, *M* de *monstruo*. Fija la mirada en la marchita piel, vacila un momento. Sus glaciales ojos se vuelven inexpresivos y distantes, como si se le sacara de un sendero o se le enviara a recorrer un largo y oscuro pasadizo.

Si bien se recupera y pestañea hacia el resto de nuestra coalición, ha sido un buen comienzo.

El orden de nuestros asientos fue previamente determinado, así que todos los ocupamos sin contratiempos. Para mi sorpresa y malestar, Farley tiene a Cal a un lado y nada menos que a Ptolemus al otro. Hago una mueca. Si ella no sale disparada al extremo opuesto de la plataforma para estrangular a Maven, podría matar a uno de sus propios aliados.

Su mirada quema tanto como la de cualquiera de los Calore al momento en que mira al rey niño. Se conocieron hace mucho tiempo en el palacio de verano, cuando Maven nos hizo comer a todos una fácil mentira, que todos queríamos creer. La engañó tanto como a mí.

—Es fascinante ver lo alto que ha podido elevarse, *general* Farley —le dice, es la primera a la que se dirige y sé qué pretende: abrir grietas entre nosotros desde el principio—. Si hace un año le hubiera preguntado dónde estaría en este momento, ¿habría imaginado esto? ¡Qué trayectoria! —la mira por turnos junto a Ptolemus, con clara intención.

Cuando fui su prisionera abrió mi mente y hurgó en mis recuerdos con la ayuda de uno de sus primos Merandus. Vio morir a Shade en manos de Ptolemus y sabe lo que este significa para Farley, cuánto dejó detrás mi hermano. No es difícil para él lastimar esa herida abierta.

Farley enseña los dientes, es un predador aun sin sus garras, pero Cal responde antes de que ella pueda arrojar un comentario ácido.

—Todos estamos ahora en situaciones inusuales —dice con voz seria y desapasionada, diplomático hasta los huesos, e imagino el esfuerzo que esto debe requerir—. No es frecuente que un rey de Norta se siente junto a reinas lacustres.

Maven lo mira con sorna. Es mucho mejor para esto de lo que Cal será nunca.

—No es frecuente que hijos primogénitos se sienten en cualquier parte que no sea el trono, ¿eh, hermano? —revira y Cal cierra ruidosamente la boca —. ¿Qué piensas de todo esto, abuela? —atraviesa a Anabel con la mirada—. Tus nietos de carne y sangre enfrentados entre sí.

Ella responde con igual ponzoña.

—Tú no eres sangre de mi sangre, muchacho. Perdiste ese derecho cuando participaste en el asesinato de mi hijo.

Maven chasquea la lengua, como si la compadeciera.

—Cal elevó esa espada, no yo —apunta con la barbilla a la afilada hoja parecida que Cal porta en la cadera—. ¡Qué imaginación! Las viejas son muy dadas a fantasear —la reina Cenra arquea a su lado una ceja. Guarda silencio, permite que Maven teja su tela… o anude su dogal—. Bueno —agrega él mientras junta las manos—, yo no solicité esta reunión, lo cual quiere decir que ustedes deben presentar su propuesta, ¿de rendición, quizá?

Cal agita la cabeza.

—Sí. La tuya.

La risa de Maven es un ruido extraño, forzado. El aire que expulsa, el sonido que calcula y al que da forma son una imitación de lo que cree que debería ser una carcajada. Esto molesta a su hermano, quien se revuelve incómodo en su asiento.

Tampoco Bracken sonríe. Arruga la frente y esto le jala los labios, apoya el mentón en un puño. Pese a que desconozco su habilidad, supongo que es poderosa, solo restringida por la roca que nos sofoca a todos.

—No vine hasta acá a escuchar tonterías, Tiberias Calore —dice.

—No son tonterías, su alteza. —Cal inclina un poco la cabeza, en muestra de deferencia y respeto.

Maven emite en su asiento una risa gutural.

—Ves aquí a mis aliados —extiende blancas sus manos—. Los dos son Plateados de la realeza y han comprometido a nuestra causa el poderío de sus naciones. Tengo la capital, los territorios más ricos de Norta…

—No tienes la Fisura —lo interrumpe Evangeline, cuyos metales continúan en su sitio pese a la roca silente, fijos en su forma, no ensamblados

solo por su habilidad; se preparó para esto, *tal como yo debí hacer*—. No tienes Delphie, perdiste Harbor Bay ayer. Perderás tanto que llegará el momento en que no puedas pagar lo que debes a quienes están sentados junto a ti —su amplia sonrisa deja ver dientes cubiertos con puntas de plata, con los que le arrancaría el corazón si pudiera—. Serás un rey sin corona ni trono más pronto de lo que imaginas, Maven, así que harías bien en rendirte mientras todavía tienes opción de negociar.

Él alza la nariz como un niño petulante.

—No negociaré.

—¿Ni siquiera tu propia vida? —inquiero con voz baja pero firme y no me muevo cuando me mira, permito que vierta hielo sobre mi piel. *No te amilanes, no parpadees. Sobrellévalo.*

Lanza otra carcajada.

—Tu desplante es divertido, por decir lo menos —ríe—. Veo lo que tienes, a quién has atraído a tu lado. Declara tus condiciones, Cal, o regresa a Harbor Bay y oblíganos a matarlos a todos.

—Muy bien. —Cal cierra el puño y quizás ardería en llamas si no fuera por la roca silente—. Abdica, Maven; abdica y te perdonaré la vida.

—¡Eso es ridículo! —Maven entorna los ojos en dirección a Iris, quien no le devuelve el gesto.

Cal persiste, impertérrito.

—Preservaremos la alianza con la comarca de los Lagos y las Tierras Bajas. Tendremos paz en nuestras costas, desde las playas gélidas hasta las islas al sur. Habrá tiempo para reconstruir, regenerar lo que esta guerra ha destruido; sanar heridas y corregir agravios que nos han aquejado durante siglos.

—¿Te refieres a la igualdad con los Rojos? —pregunta Iris con voz mesurada y tranquila, justo como la recordaba; es una criatura de autocontrol.

—Así es —responde Cal sin titubear.

Bracken emite una larga carcajada gutural y oprime con una mano el oro tallado sobre su vientre. Si no fuera por las circunstancias, yo juzgaría cálido y reconfortante ese sonido. Cenra e Iris permanecen quietas, renuentes a revelar tan fácilmente sus intenciones o pensamientos.

—Eres ambicioso, te concederé eso. —Bracken apunta un dedo hacia Cal —. Y también joven y distraído —sus ojos oscuros buscan los míos, con lo que explica su argumento y yo me retuerzo bajo su mirada—. No sabes lo que nos pides hacer.

Farley no es tan fácil de acobardar. Clava las manos en los brazos de su silla, de la que casi se levanta. Un rubor tiñe sus mejillas.

—¿Se sienten tan amenazados por aquellos a quienes escupen que no pueden otorgarles libertad? —pregunta con desdén y mira a Bracken, Cenra e Iris—. ¿Así de débil es la forma en que esgrimen el poder?

La reina de los Lagos abre mucho los ojos, cuyos blancos hacen un vívido contraste con el bronce de su piel y el castaño oscuro de sus pupilas. Se muestra muy sorprendida. Dudo que alguna vez un Rojo se haya dirigido a ella de esa forma.

—¿Cómo se atreve a hablarnos…? —suelta.

Julian es más rápido y la aborda sin alterarse antes de que ella pueda forzar a Farley a algo más drástico.

—La historia favorece a los siervos y los oprimidos, su majestad —suena metódico, sabio y encantador, aun bajo el peso de la roca silente, y la reina lo escucha después de cerrar con renuencia la boca—. Por más que transcurra mucho tiempo, al final la suerte *siempre* cambia, la gente se rebela. Así son las cosas, de modo que, o permitimos que el cambio llegue por sí mismo y le ayudamos, o tendremos que enfrentar la ira de esa fuerza. Quizás esto ya no le toque a usted, y ni siquiera a sus hijas; pero llegará el día en que los Rojos tomen por asalto las puertas de sus castillos, destruyan sus coronas y corten las gargantas de sus descendientes mientras estos imploran la piedad que usted no mostró ahora.

Sus palabras resuenan un largo rato después de que él termina de hablar, como si danzaran en el viento. Tienen un efecto aleccionador en las reinas lacustres y Bracken, quienes intercambian miradas incómodas.

Maven no se inmuta. Mira a Lord Jacos con ojos encendidos. Siempre ha despreciado a Julian.

—¿Ensayaste eso, Julian? Desde pequeño me pregunté por qué pasabas tanto tiempo solo en tu biblioteca.

Es demasiado fácil devolverle sus púas.

—Dudo que haya alguien que pase más tiempo solo que tú —le digo y me inclino de nuevo para exhibir mi marca. Esta combinación lo hace palidecer, con la boca un tanto abierta y la respiración sibilante entre sus dientes expuestos. Me mira como si quisiera besarme o cortarme el cuello, dudo que sepa cuál de las dos quiere hacer—. ¡Ten cuidado, Maven! —insisto, en el umbral de su tolerancia—. La máscara puede caer.

Un frío temor destella en sus ojos. Entonces la cara se le descompone, las cejas se le arrugan y los labios tiran hacia abajo y al torcerse dejan ver una

parte más amplia de su dentadura. Con las sombras alrededor de sus ojos y debajo de sus pómulos, su cabeza parece un cráneo, blanco como la luz de la luna.

—Podría matarte, Roja —gruñe, se consume en la amenaza vacía.

—Tuviste la oportunidad de hacerlo durante seis largos meses —palmeo mis brazos y mi pecho, permito que mis dedos acaricien la marca— y aquí estoy.

Aparto la mirada antes de que él pueda añadir otra cosa y me dirijo a sus aliados.

—Maven Calore es inestable en el mejor de los casos —aquilato su atención, soy consciente del peso de las tres coronas que me miran tanto como el de la roca silente, que ejerce sobre mí una presión persistente y extenuante. ¡Ojalá pudiera sentir mi rayo y extraer fuerza de mi habilidad! En cambio, solo me tengo a mí, por débil que esté, y eso debe ser suficiente—. Todos lo saben. Cualesquiera que sean los beneficios de su gobierno, ustedes saben que no superan a los riesgos. Él será destronado, sea directamente por nosotros o por el desplome de su nación. Miren en torno suyo. ¿Cuántas Grandes Casas lo acompañan?, ¿dónde están todas ellas? —señalo hacia los centinelas, sus propios guardias, los únicos representantes de Norta; nadie hay de la Casa de Welle ni de la de Osanos ni de ninguna otra. Ignoro dónde están, pero su ausencia es por demás elocuente—. Ustedes son sus escudos. Él los utiliza, a ustedes y a sus países. Se volverá en su contra algún día, cuando tenga fuerzas para deshacerse de los dos. No tiene lealtades, ni amor en su corazón. El chico que se llama a sí mismo rey es un caparazón vacío, un peligro para todos y todo. —Maven se examina las manos en su asiento, ajusta los puños de su saco, cualquier cosa que le permita aparentar que esto no le afecta ni perturba. Es una farsa espantosa, sobre todo para alguien tan talentoso como él. Sostengo en alto la cabeza—. ¿Por qué tolerar más tiempo esta locura? ¿Para qué?

Farley se mueve a mi izquierda y hace rechinar su silla. Mira con todo el fuego que los Calore pueden acopiar.

—Porque ellos preferirían desangrarse a reconocer la igualdad de todas las sangres que no sean del color correcto —sisea.

—¡Farley! —murmura Cal.

Para mi sorpresa, Evangeline toma la palabra en medio de ese desorden, y atrae la atención hacia sí. Frunce los labios y alisa ostentosamente su vestido.

—Está muy claro lo que sucede aquí. ¿Dices que Maven los utiliza como escudos? —casi ríe—. ¿Dónde están sus ejércitos, reina Cenra? ¿Y los suyos,

príncipe Bracken? ¿Quién derrama la sangre en esta guerra? Si alguien es un escudo aquí, es Maven. Ellos están utilizando al niñito contra su hermano mayor, para que se desgasten uno a otro hasta que esos supuestos aliados estén seguros de que pueden destruir lo que queda, ¿no es así?

Ellos no lo niegan, o no quieren reforzar ese argumento. Iris prueba otra táctica y se inclina hacia la princesa Samos con una sonrisa de labios tensos.

—Debo suponer lo mismo de ti, Evangeline, ¿o acaso Tiberias Calore no es un arma de la Fisura?

Maven la aparta con un gesto y mira por turnos a Cal y a Farley. Ella es el punto débil aquí, o al menos él piensa que lo es. *Buena suerte*.

—No, no Cal —ronronea—. Los Rojos. Los perros cruzados de Montfort. Conozco a Volo y los demás Plateados en franca rebelión, ellos no aceptarán a los Rojos más allá de lo necesario. ¿O lo harás tú, *Anabel*? —le dispara una sonrisa a su abuela.

Ella se limita a desviar la mirada, se niega incluso a verlo. Pese a todas sus poses, la sonrisa de Maven decae un poco.

Farley no muerde el anzuelo esta vez. Se mantiene tranquila y Davidson une lentamente sus manos e inclina la cabeza hacia el falso rey.

—Debo aplaudirle, Maven —la inexpresiva calma de Davidson es un respiro después de tanta bilis—. Admito que no esperaba tan diestras manipulaciones de alguien tan joven, aunque supongo que todo esto es obra de su madre, ¿cierto? —añade y me mira.

Esto enfurece al rey niño sobre cualquier otra cosa. Sabe que significa que yo he propalado todo acerca de él, acerca de lo que su madre le hizo.

—Sí, es lo que ella hizo de él —siento que hurgo en la herida—. Por más que Maven haya estado llamado a ser una persona distinta, esa persona se ha esfumado por completo.

Cal asesta el golpe definitivo.

—Y no volverá jamás.

Si no fuera por la roca silente, Maven ardería en llamas. Azota la mesa con un puño hasta casi exponer el hueso de sus nudillos:

—¡Esta conversación es inútil! —explota—. Si no tienen condiciones que proponer, lárguense. Fortifiquen su ciudad, recojan a sus muertos y prepárense para la verdadera guerra.

Su hermano no se inmuta. No tiene nada más que temer de él. Le ha sobrevenido una trágica transformación y adopta el papel que le sienta mejor, el de general, el de un guerrero que enfrenta a un adversario al que es capaz

de derrotar, no a un hermano al que desea salvar. Ya no queda sangre entre ellos, solo la que Maven ha hecho derramar.

—La guerra verdadera está aquí —reclama con una actitud tranquila que contrasta abiertamente con el súbito arrebato de Maven—. La tormenta ya empezó, Maven, lo quieras o no.

Intento hacer como Cal, dejar todo atrás. La mascarada del chico bueno y olvidado se ha desvanecido ya, sin dejar ni siquiera su sombra. Lo único que resta es la persona que está frente a mí, con su odio, su obsesión y su retorcido amor. *Sobrellévalo,* siseo en mi cabeza. Maven es un monstruo. Me herró, me aprisionó, me torturó de la peor manera; para mantenerme a su lado, para alimentar a la bestia que merodea en su cerebro. Pero por más que trato, no puedo menos que ver algo de mí reflejado en él, atrapado por una tormenta, incapaz de liberarse, incapaz de alejarse de lo que ha hecho y todavía hará.

El mundo es una tormenta a cuya creación contribuí. Todos lo hicimos, unos más, otros menos. Con pasos que jamás imaginamos, caminos que no creímos nunca que recorreríamos.

Jon vio todo esto. Me pregunto qué situación puso esto en movimiento, cuál decisión. ¿Fue Elara cuando buscó en mi cabeza la oportunidad de atacar a la Guardia Escarlata? ¿Fue Evangeline en el momento en que me hizo caer en la pista de la prueba de las reinas? ¿Fue Cal al cerrar su mano en la mía cuando yo era solo una ladrona Roja? ¿O Kilorn cuando su patrón falleció y su destino quedó decidido, con la condena del alistamiento sobre él? Tal vez ni siquiera empezó con uno de nosotros. Pudieron haber sido la madre y la hermana de Farley, cuyas muertes por ahogo provocadas por el rey de la comarca de los Lagos movieron a actuar a su padre, el coronel. O pudo ser Davidson cuando huyó de la muerte en las legiones y escapó a Montfort para erigir un nuevo tipo de futuro. O quizás alguien más remoto todavía, de hace cien años, de mil, condenado o elegido por un dios distante, condenado y bendecido para hacer realidad todo esto.

Supongo que nunca lo sabré.



VEINTICINCO
Evangeline

La roca silente me crispa los nervios e irrita la piel con su incesante presión. No es fácil de ignorar, aun con mis abundantes años de entrenamiento. Refreno la urgente necesidad de bajar las uñas por mis brazos, así sea solo para sentir un tipo diferente de dolor en lugar de este peso inmundo y extenuante. ¿Dónde estarán escondidas las piedras? ¿Debajo de la plataforma de la conferencia, bajo nuestros asientos? Se sienten tan cerca que me gustaría pulverizarlas.

A los demás parece no afectarles la antinatural sensación de que lo más profundo de nuestro ser sea reprimido; aun Mare, a pesar de su pasado, mantiene la cabeza en alto y el cuerpo inmóvil, sin muestra alguna de incomodidad o dolor. Lo cual significa que debo esconderlo como ella. ¡Puf!

Bracken tuerce la boca de disgusto, repudia la sensación de la roca silente tanto como el resto de nosotros. Esto podría volverlo más proclive a nuestra causa. Sí, desprecia a Montfort, y tiene razones de sobra para ello. Pero pienso que lo que más odia es perder. Y si la treta de Cal surte efecto, su fe en Maven tiene los días contados.

Maven mira a Cal como si se midiera con su hermano guerrero. Si acaso esperaba explotar la compasión de este por él, esa salida ha quedado cancelada; Cal se mantiene firme, inmóvil en su asiento.

—Estas son mis condiciones, Maven —parece más imperial que su padre, aun en sus mejores momentos—: ríndete y vivirás.

Maven merece poco más que una bala en el cerebro o un cuchillo en el estómago. Es un peligro que ninguno de nosotros puede dejar que siga respirando.

Su réplica es gutural, emerge de lo más profundo de su ser.

—¡Lárguense de mi isla!

Esto no sorprende a nadie. Ptolemus respira calladamente y mueve los dedos, ansiosos de los puñales adheridos a su pecho. Los centinelas no pensaron desarmarnos a nosotros, o no les importó; de seguro piensan que los magnetrones son impotentes sin su habilidad. *Están equivocados*. Mi hermano podría clavar una de sus navajas en el vientre de Maven si las circunstancias se lo permitieran.

Mi prometido se inclina en su asiento y se levanta con lentitud.

—De acuerdo —dice apenado—. Recuerda este día, Maven, cuando estés solo y abandonado, sin nadie a quien culpar más que a ti.

Su hermano no tiene otra respuesta que una sonrisa y una carcajada contenida. Actúa bien, se vale de su muy labrada imagen de chico pendenciero llamado a la grandeza, del hijo segundo nunca destinado a gobernar. Sin embargo, no le sirve de nada aquí; todos sabemos quién es.

Todavía en su asiento, la reina Cenra voltea a verlo, se inclina sobre su hija.

—¿No expondrá nuestras condiciones, su majestad?

Él no contesta, está tan distraído con Cal y Mare que ni siquiera se da cuenta de que le ha hablado. Iris tiene que darle un codazo.

—Nuestra única condición es que se rindan —contesta rápido—. No habrá perdón, no habrá cuartel —sus ojos vuelan a la cara de Mare, quien se amilana bajo su atención— para ninguno de ustedes.

Anabel se pone en pie a un lado de Cal y se limpia las manos como si se librara de esta situación y su emponzoñado nieto.

—Supongo que eso resuelve lo esencial —suspira—. Todos estamos de acuerdo.

Curiosamente, mira a Iris, no a Maven, y ni siquiera a Cenra o a Bracken. A la joven reina, que tiene poca voz y menos poder todavía en este círculo.

Iris inclina la cabeza, sus ojos grises centellean con algún significado.

—Sí, lo estamos —dice y junto a ella, la reina Cenra hace lo mismo. Quizá sea una tradición lacustre, tan ridícula e inservible como sus dioses inútiles.

Las dos reinas son las primeras del bando de Maven en levantarse, seguidas de inmediato por Bracken. Este me dirige una leve reverencia e inclino la cabeza, aunque sus ojos se ensombrecen cuando se fijan en Davidson. Por más que hago, no puedo distraerlo de su odio por el nuevasangre.

Esto no incomoda al premier. Permanece inescrutable, con una elegancia simple.

—Esto fue muy interesante, por decir lo menos —murmura, con una sonrisa vacía.

—En efecto —respondo.

El resto de nosotros abandonamos nuestras sillas en medio de un torbellino de brillantes colores y relucientes armaduras hasta que el único que queda es Maven, firmemente plantado en su asiento, desde donde nos mira.

Mare evita diestramente su mirada y esquiva a Farley para tomar del brazo a Cal. Esto encoleriza al falso rey, tanto que, supongo, echará humo de un momento a otro. De no ser por la roca silente, bien podría hacerlo.

—Hasta que nos veamos de nuevo —dice Cal por encima del hombro.

Algo en sus palabras desconcierta a Maven, quien azota los brazos de su silla con las manos antes de dejarla tormentosamente y encararnos. Su capa, de un negro intenso, ondea a sus espaldas. Me recuerda a un niño que hace un berrinche, un niño muy peligroso.

Las reinas lacustres y el príncipe de las Tierras Bajas lo siguen casi con renuencia. Cal tiene razón; abandonarán la causa de Maven si la balanza se inclina contra él, si resulta claro que no puede ganar la guerra. ¿Pero se pasarán a nuestro bando? No lo creo. Se arrellanarán en su asiento y esperarán el mejor momento para atacar. Casi envidio a la Guardia Escarlata y a Montfort; al menos su alianza parece fundarse en lealtad verdadera y una meta común. No como nosotros, los Plateados. Aunque hablemos de paz, no fuimos hechos para ella. Peleamos siempre, en salones del trono o campos de batalla, o incluso ante la mesa de una cena de familia. Es lo que estamos condenados a hacer.

Ansío salir del círculo de la roca silente y respirar aire libre de nuevo. Con un tirón, jalo a Ptolemus, hacia el sinuoso camino de regreso a nuestros jets de asalto. Procuro mantenerlo cerca a causa de la proximidad de la general Farley, que le sigue los pasos. Es una rata al acecho de un lobo, a la espera de la menor oportunidad.

Cuando nos libramos de la roca silente, el alivio de mi habilidad regresa pronto. Las piezas de metal en mis alhajas, cabello, dientes y todo mi cuerpo repican en mi percepción. Llego hasta las medallas de Maven, las siento a medida que se desvanecen. Es un hecho que se marcha, escapa de la isla en la que nos encontramos.

La guerra dista mucho de estar ganada, y si mis conjeturas son correctas, ambos bandos están en igualdad de condiciones en este momento, en perfecto equilibrio, situación que podría prolongarse durante años. Esto impediría que me casara, me dejaría en mera calidad de princesa, libre aún de la correa de

una reina. *Podría volver a casa en unas semanas, retirarme cuando mi padre llegue, permitir que se ocupe de este caos. Y quizá podría escabullirme con Elane a un lugar tranquilo*. Esta idea hace que tuerza los dedos de los pies.

Casi me distrae del agua que brota debajo de mí hasta encharcarse en el suelo.

En el borde de mi percepción, las medallas de Maven dejan de moverse.

—Tolly —susurro y lo tomo del brazo.

Abre bien los ojos mientras el terreno se inunda.

Lo mismo hace el resto de nuestro grupo, sube los pies, chapotea. Farley y sus oficiales reclaman de inmediato sus armas, algunas de las cuales gotean ya. Reaccionan rápido, toman posiciones defensivas y fijan la vista en la línea de árboles y la plataforma más allá.

Mare se coloca frente a Cal. Él mira aterrado a su alrededor, sorprendido de momento por el agua que asciende poco a poco en torno nuestro. Una de las manos de ella chispea.

—¡Cuidado! —doy un salto atrás y arrastro a Tolly conmigo a terreno seco—. Nos freirás a todos.

Me mira con frialdad.

—Solo si decido hacerlo.

—¿Son los ninfos? —gruñe Farley con el arma contra el pómulo y un ojo apretado en la mirilla—. Veo movimiento en su dirección. Sus atuendos azules, los centinelas… —su voz se apaga.

Tomo un puñal de la banda de Tolly y lo hago girar en mi mano.

—¿Y qué más?

—Nada de lo que debamos preocuparnos —dice Anabel con voz ligera y despectiva—. ¿Regresamos a nuestros jets?

No soy la única que la mira boquiabierta.

Farley habla primero, todavía en posición.

—Esta isla se *hunde* o estamos a punto de enfrentar un ataque…

—¡Tonterías! —exclama Anabel—. No es nada de eso.

—¿Qué es, entonces? —la interroga Cal—. ¿Qué has hecho?

Anabel le cede la palabra a Julian Jacos, quien nos brinda una sonrisa fina y vacía.

—Hemos terminado con esto —dice simplemente.

Mare es la primera en hablar.

—¿Qué…?

Algo que suena como el estrépito de una ola retumba más allá de los árboles, en dirección opuesta a la playa. Farley se sobresalta arrodillada,

revisa dos veces su mirilla y sus oficiales retroceden.

Trepo la colina de arena, ansiosa de disponer de un mirador.

Entre tanto, unos disparos salpican el aire más allá del bosquecillo. Abajo de mí, Mare se estremece. Cierro un puño y cuento las balas que danzan en los contornos de mi sensación. Siguen direcciones contrarias, una bolea responde a otra.

—Pelean contra… algo —informo.

En el terreno, Cal avanza, patea el agua mientras sus puños se encienden.

—¡Maven! —creo que gruñe entre dientes. Mare permanece frente a él, intenta contenerlo sin forzarlo… ni quemarse. La reina Lerolan no se mueve un ápice.

Cuando asciendo, el agua cede como la marea, va y viene a merced de alguien. Desde mi sitio veo colores entre los nudosos árboles: una armadura azul, una flama roja, los atuendos ardientes de los centinelas. Alguien suelta un grito que el eco convierte en aullido. El aire se vuelve brumoso, como si alguien hubiera corrido una cortina gris sobre el mundo.

Mis joyas forman veloces una armadura a lo largo de mis manos y muñecas que se arrastra hasta mis hombros.

—¡Dame un arma, Farley! —le ordeno; ella no me mira, escupe en el suelo—. Tengo mejor puntería y mayor alcance.

Tensa la mano en su arma larga.

—Si crees que te daré *cualquier cosa*…

—Si crees que te la *estoy pidiendo* —espeto en respuesta y a un movimiento de mis dedos su arma se desprende de sus manos y vuela a las mías.

—Realmente no hay necesidad de eso, señoras —dice Anabel, extrañamente serena todavía—. Vean ustedes, ya acabó todo —avanza entre nosotras y apunta con un dedo arrugado a la línea de árboles.

El agua cubre el campo de nuevo, se mueve con las figuras que se aproximan a lo lejos, meras sombras en la niebla.

Los cadáveres llegan primero, flotan sobre el agua a la altura de los tobillos, sus atuendos de centinelas están empapados. Sus caretas están rotas o desaparecidas, ellos dan la cara; conozco a algunos, a otros no.

Las figuras imprecisas cobran forma y una de ellas disipa la niebla con una mano en alto. La bruma se condensa y gotea, pasa por encima de nosotros como un aguacero súbito y deja al descubierto a Cenra e Iris, con sus guardias dispuestos en abanico detrás de ellas. Bracken las sigue, su pecho destella de oro al tiempo que su capa púrpura se arrastra en el agua. Adoptan una

formación extraña, cubren a los agentes de uniforme azul el mayor tiempo posible hasta hacer alto a diez metros de nosotros, con las aguas reunidas a sus pies.

Miramos intrigados el despliegue ante nuestros ojos. Incluso el premier arruga la frente.

Solo Anabel y Julian conservan la calma.

—Ten la amabilidad de preparar el canje. —Anabel se vuelve para dirigirse al tío Jacos, quien luce demasiado pálido, como si estuviera enfermo, pero que asiente, aparta la mirada y toma consigo a dos guardias Lerolan.

Canje, dijo ella.

Veo a Mare, percibe mi mirada y voltea, con ojos ensanchados de temor y confusión.

¿Canje de qué?, querría preguntar.

¿O de quién?

Algo forcejea dentro del círculo de los agentes lacustres y es contenido. Lo veo en el espacio entre Cenra e Iris, libra una batalla perdida contra hombres mucho más fuertes que él.

Maven sangra del labio, lleva ladeada la corona sobre la desordenada mata de cabello negro. Patea en vano, obliga a los guardias lacustres a arrastrarlo tomado de los brazos. El agua envuelve su cuerpo, lista para atacar. Iris silba a su lado, hace girar en sus manos las pulseras de él. *Son las flamígeras, clave de su habilidad*, advierto con un sobresalto. Está indefenso, a merced de aquellos a quienes nunca mostró merced.

La princesa lacustre sonríe con tal descaro que produce escalofríos, creímos que era una persona mesurada. Él le escupe, con muy mala puntería.

—¡*Perra* ninfa! —gruñe y patea otra vez—. Cometiste un grave error.

Cenra tuerce la boca pero permite que su hija se conduzca sola.

—¿En verdad? —replica esta, impasible, le quita la corona y la arroja al agua—. ¿O lo hiciste tú? Fueron muchos, muchos errores, el menor de los cuales fue permitir que entrara a tu reino.

No puedo creer a mis ojos. Maven, el traidor traicionado. El estafador estafado.

La guerra *concluida*.

Yo podría volver el estómago.

Con respiración entrecortada dejo de ver a Maven para mirar a su hermano. Cal está mortalmente pálido. Es obvio que no sabía nada de esto, sea lo que Julian y Anabel hayan hecho, cualquiera que sea el *trueque* que estén a punto de hacer en su nombre.

¿A quién darán a cambio?

Tengo que correr, tomar a Tolly, lanzarme al mar.

Desciendo como un bólido la colina y me paro junto a mi hermano. El falso rey es distracción suficiente. *No les facilites las cosas a las ninfas. Sube al jet. Vuelve a casa*.

—¡No te des ínfulas, Evangeline! —grazna Maven y se contorsiona para alisar su cabello, que no cesa de caerle sobre los ojos—. No estás a mi altura, por más que te des importancia.

A su voz, los demás me miran mientras me alejo poco a poco, con Ptolemus de mi mano. Busco una cara amable y descubro que la de Mare Barrow es la más parecida a eso. Nos mira por turnos a mí y a mi mano en el brazo de Tolly. Algo similar a la lástima mana de ella y quisiera cortar eso con un cuchillo.

—¿Entonces quién? —levanto la barbilla, me revisto de la armadura del orgullo—. ¿Te ofreciste de nuevo a cambio, Barrow?

Ella parpadea, su lástima se torna furia. Prefiero esta última.

—No —contesta Julian, quien ha regresado con los guardias. Al igual que los lacustres, arrastran a un prisionero desde su jet.

La última vez que vi a Salin Iral, mi padre lo había despojado de sus títulos y estuvo cerca de asfixiarlo a causa de su necedad y presunción. Mató al rey lacustre fuera de las murallas de Corvium, contra lo que se le había ordenado, a cambio de nada menos que una palmada en la cabeza. Era tan miope que no advirtió que con eso no haría más que reforzar la alianza lacustre con Maven y la resolución de ambos reyes. Ahora pagará ese error con su vida.

Salin se deja arrastrar con ojos huecos. Se mira los pies y pese al débil asimiento de los dos agentes, no trata de huir. Entiendo que así sea, debido a la proximidad de Julian Jacos. Dudo que se le *permita* correr.

—¿Qué sucede? Yo no autoricé *ninguna*… —escupe Cal y se eleva sobre su abuela, quien le pone una mano suave en el pecho para empujarlo.

—Pero lo harás, ¿cierto? —inquiere dulcemente y le toma el rostro entre las manos con la ternura que solo una madre puede procurar—. Esta guerra puede terminar hoy y el costo es este: una vida en lugar de miles.

No es una decisión difícil de tomar.

—Es cierto, Cal; hazlo para salvar vidas —dice Maven con inocultable sarcasmo; sus palabras son la única arma que le queda—. ¡Noble hasta el final!

Cal alza despacio la vista para mirar a su hermano. Aun el propio Maven calla, permite que el momento se prolongue hasta la exasperación. Ninguno de los dos pestañea, nadie cede. El más joven de los Calore no cesa de burlarse, reta a su hermano a reaccionar. Cal mantiene un rostro inalterable y no pronuncia una sola palabra. Aun así, dice mucho cuando sube el hombro y se aparta de su abuela.

Julian pone un dedo en la cara de Salin, le alza la cabeza para que sus ojos se encuentren.

—Camina hacia las reinas —dice y oigo la melodiosa habilidad de un arrullador de talento, del tipo que podría hechizar a todos si quisiera y abrirse camino hasta un trono. Por fortuna para todos, a Julian Jacos no le interesa el poder.

Pese a su modorra, Salin Iral es un seda y sus pasos son gráciles. Cruza la corta distancia entre nuestro grupo y Maven. Las reinas lacustres semejan mujeres hambrientas ante un inminente banquete. Iris toma a Salin del cuello, patea sus corvas y lo fuerza a arrodillarse en el agua y sumergir en ella las manos.

—Entrégalo —ordena Cenra y mueve una mano hacia Maven.

Todo esto parece una equivocación, como si se contemplara a través de un cristal ahumado, demasiado lento para ser real. Pero lo es. Los guardias lacustres empujan a Maven hacia su hermano. Aunque todavía sonríe y escupe sangre, las lágrimas acuden a sus ojos. Ya pierde el control; el tenso puño que mantiene sobre sí mismo empieza a desmoronarse.

Sabe que es el fin. Maven Calore fue derrotado.

Los agentes lo empujan sin darle tregua, no permiten que recupere el equilibrio. Es un espectáculo lastimoso. Susurra para sí mismo palabras apresuradas entre risas agudas.

—Hice lo que me pediste —le murmura a nadie—. Hice lo que me pediste.

Antes de que pueda caer a los pies de su hermano, Anabel se planta entre ellos, protectora como una tigresa.

—No te acerques más al verdadero rey —gruñe. Tiene razón en no confiar en él, aun ahora que ya nada le queda.

Maven cae sobre una rodilla y pasa una mano por su cabello, desordena sus oscuros y mojados rizos. Mira a su hermano con todo el fuego que ya no puede poseer.

—¿Le temes a un chico, Cal? Creí que eras el guerrero.

Junto a Cal, Mare se tensa y posa una mano en su brazo, ignoro si para detenerlo o empujarlo. La garganta de él se mueve mientras traga saliva y decide qué hacer.

Con penosa lentitud, el legítimo rey dirige una mano hasta el mango de su espada.

—Me matarías si nuestros lugares fueran los contrarios.

Maven exhala con un silbido. Vacila el tiempo suficiente para una mentira, o la esperanza de una mentira. La mente de Maven Calore es impredecible, lo mismo que el rostro que presentará.

—Sí, lo haría —escupe sangre una vez más—. ¿Eso te enorgullece?

Cal no contesta.

Los ojos de color azul claro se desplazan a la chica junto a su hermano. Mare se afianza bajo su mirada, firme como acero templado. Tiene razones de sobra para temerle, pero las oculta todas.

—¿Estás feliz? —pregunta casi en un susurro. No estoy segura de a quién le dirige la interrogante.

Nadie dice una palabra.

Un sonido de gorgoteo atrae mi atención y cuando volteo veo que las monarcas rodean a su presa. Se mueven en una especie de círculo; no es una danza ni un ritual, no siguen patrón alguno. Es solo una gélida furia contenida, que desconcierta al propio Bracken. Este retrocede, les deja el espacio necesario para que hagan lo que deben. Aún de rodillas, Salin ondula entre ellas, con su boca cubierta por la espuma del agua del mar.

Vierten agua en su rostro por turnos con desquiciante eficiencia, la suficiente para que no deje de respirar. Luego de un rato de dejar caer una gota tras otra, la cara de él palidece, después se amorata, más tarde se ennegrece hasta que él se desploma, se retuerce, se ahoga, incapaz de incorporarse. Incapaz de salvarse. Ellas se inclinan sobre su cuerpo, imponen las manos en sus hombros. Se aseguran de que sea lo último que vea antes de morir.

Ya había visto torturas en el pasado, personas que se deleitan en ellas, y siempre es desconcertante. Con todo, esta brutalidad es demasiado mesurada para que la comprenda. Me aterra.

Iris se da cuenta de que la veo y aparto la mirada, incapaz de soportarlo.

Estaba en lo cierto. Maven cometió un error cuando le permitió entrar en su reino y a su palacio.

—¿Estás feliz? —pregunta él de nuevo, más feroz y desesperado, con dientes como blancos colmillos.

—¡Cállate, Maven! —canturrea Julian y lo fuerza a mirarlo. Por primera vez en su retorcida vida, Maven Calore cierra la maldita boca.

Miro sobre mi hombro y tropiezo con la cara de Ptolemus, tan inexpresiva como yo me siento. El mundo ha cambiado bajo nuestros pies. Se han roto y reformado alianzas, y hay fronteras que volver a definir y compromisos matrimoniales que ejecutar.

Y, advierto en lo que siento que me hundo, una pieza más en la negociación. Tiene que haberla.

Me inclino hacia mi hermano y murmuro para que solo él pueda oír.

—Es imposible que esto se reduzca a Salin.

Iral es un señor caído en desgracia, sin título, tierra ni ningún tipo de poder, ni en la Fisura ni en Norta. No vale nada, más allá de lo que hizo. Y ni siquiera las reinas lacustres lo cambiarían por Maven para cobrar venganza; son raras, no tontas. Pese a que Anabel dijo que este era el precio, eso no puede ser cierto. Debe haber algo más. Alguien más.

Conservo un rostro inexpresivo al tiempo que caigo dolorosamente en la cuenta. Nadie puede ver nada detrás de mi máscara de quietud.

No estaba lejos del blanco cuando temí que nosotros fuéramos uno de los términos del canje.

Maven tenía razón. ¿Un príncipe y una princesa por un rey? ¡Idiota! No valemos lo que él.

Nuestro padre sí.

Volo Samos, el rey de la Fisura. Salin le clavó un puñal al rey lacustre para complacer a mi padre y ganarse su favor. Es su culpa más que de cualquier otro. Se hizo en su nombre.

Y es un rival para la comarca de los Lagos y para Cal por igual.

A Anabel le sería fácil negociarlo. Un movimiento lógico a cambio de la vida de mi padre.

Mantengo los dedos entrelazados para esconder lo que prenden. Sopeso las opciones lo mejor que puedo, con un semblante vacío y despojado de toda emoción.

Si mi padre muere, la Fisura se desintegrará. No subsistirá sin él, no como están las cosas. Yo dejaré de ser una princesa. No seré su súbdita, la mascota a la que le levanta la mano, su juguete a cambio de otra cosa, su espada por emplear cuando le plazca.

No tendré que casarme con quien no amo ni vivir mis días como una mentira.

A pesar de todo eso, amo a mi padre. No puedo evitarlo. No puedo soportarlo.

No sé qué hacer.



VEINTISÉIS
Mare

Me niego a volar en el mismo jet de asalto que Maven, Cal también; incluso hechizado como está, no somos capaces de mirarlo. Julian, Davidson y Anabel asumen esa responsabilidad en nuestro lugar y escoltan a Maven al segundo avión, para darnos un poco de espacio a los demás.

De todas formas, no podemos hablar entre nosotros. El vuelo de regreso a Harbor Bay transcurre en medio de un pasmoso silencio. Aun Evangeline y Ptolemus guardan silencio, a causa de la fuerte impresión que se llevaron. El trueque nos desequilibró a todos. Todavía no puedo creerlo. ¿Julian y Anabel fueron capaces de negociar con los lacustres prácticamente en nuestras narices? ¿Sin la aprobación de Cal ni la participación de Davidson? No tiene sentido. Ni siquiera Farley, con su inmensa red de espías, lo vio venir, aunque es la única que se muestra complacida. Sonríe en su asiento, con la piel casi radiante del entusiasmo.

No debería sentirse así. La guerra está ganada; no más batallas ni muertes. Maven perdió su corona en Provincia. Nadie se molestó siquiera en recogerla, el aro de frío hierro quedó abandonado en la isla. Iris le quitó las pulseras. No habría podido enfrentarnos si hubiese querido. Todo ha terminado. El rey niño ya no existe. No puede lastimarme un segundo más.

¿Por qué me siento tan mal entonces? El temor se asienta en la boca de mi estómago, pesado como una roca y tan difícil de ignorar como ella. ¿Qué sucederá ahora?

Al principio intento culpar a Iris y a su madre, a Bracken también. Pese a que se comprometieron con Cal a honrar la alianza, dudo que lo hagan. Perdieron demasiado, y ninguno da trazas de ser de quienes regresan a casa con las manos vacías. Todos tienen sus propias razones para buscar venganza y Norta todavía está postrada, dividida por una guerra civil; es una presa fácil

para predadores fuertes. La paz que hallemos hoy, si es que hay alguna, vive de tiempo prestado. Oigo el tictac del reloj contra nosotros.

No es por eso que temes, Mare Barrow.

Cal y yo acordamos anoche no tomar una decisión ni cambiar las decisiones ya tomadas. Ciertas cosas podían ignorarse mientras la guerra estaba en juego. Pero creí que tendríamos más tiempo, no pensé que todo terminaría tan pronto. No sabía que nuestros pies ya estaban al borde del precipicio.

Tras el derrocamiento de Maven, Cal es el verdadero rey de Norta. Se coronará y ejercerá su derecho de primogenitura. Se casará con Evangeline. Nada del pasado importará.

Y seremos enemigos de nuevo.

Montfort y la Guardia Escarlata no permitirán un rey más a la cabeza de Norta.

Tampoco yo, aun si se compromete a hacer cambios. El patrón del linaje de reyes y reinas habrá de repetirse, en sus hijos o nietos. Cal se niega a ver lo que debe hacerse. No tiene agallas para el sacrificio requerido por la forja de un mundo mejor.

Lo miro de soslayo entre mis pestañas. No se percata de que lo hago, tiene la atención puesta en otra parte, en su interior. Piensa en su hermano. En el precio que Maven Calore debe pagar por el derramamiento de sangre que provocó y las heridas que nos infligió a todos.

Antes de que invadiéramos la prisión de Corros, cuando Cal pensó que era probable que Maven nos esperara allá, dijo que perdería el control; que se lanzaría contra él con todo lo que tenía. Su falta de autocontrol le asustaba. Le dije que yo mataría a Maven si él no podía hacerlo. Resultó fácil comprometerse entonces; pero cuando tuve la oportunidad, cuando Maven volteó a verme desde una tina de baño, vulnerable como un recién nacido, aparté la mirada.

Lo quiero muerto. Por lo que me hizo a mí. Por todo el dolor que causó a mi corazón. Por Shade. Por los Rojos a los que utilizó como peones en este juego perverso. Aun así, no sé si podría matarlo solo para eliminar ese tormento. Y no estoy segura de que Cal pueda hacerlo tampoco.

Pero lo hará, debe hacerlo. Es el único final de este camino.

El viaje de vuelta a Harbor Bay parece más corto que el de ida y tocamos tierra en los límites de Puerto Acuario, en lo que fue una vez la plaza del mercado a la orilla del mar. Soldados de la coalición ocupan el sitio y el estómago se me retuerce. Son demasiados ojos.

Por una vez no estoy en condiciones de exhibirme, aunque él me obligó a hacerlo muchas veces. Derivo poco placer de ver cómo bajan a Maven del jet de asalto. Tropieza, le pesan las piernas en virtud de la habilidad de Julian, luce como un muchacho más que nunca. Alguien lo esposa, él nada dice, es incapaz de hablar aún.

Farley se asoma cerca del hombro del monarca depuesto y sonríe con orgullo y una mano elevada en triunfo. Lo prende del cuello.

—¡Nos levantaremos, rojos como el amanecer! —le patea las corvas como lo hizo Iris y él cae de rodillas, es un rey degradado—. ¡Vencimos!

El atónito silencio de la plaza se disipa tan pronto como la multitud se da cuenta de lo que eso significa. Y las aclamaciones se elevan hasta resultar atronadoras; hasta que los alaridos de cólera y júbilo son tan ruidosos que imagino que para este momento ya toda la ciudad está enterada.

Cal irradia su calor a mi lado al tiempo que mira ese despliegue con rostro inexpresivo. No le agrada esto.

—Llévenlo al palacio —le murmura a Anabel cuando se acerca—, lo más rápido posible.

Ella lanza un suspiro de enfado.

—La gente debe ver, Cal. Que disfrute nuestra victoria. Que te ame por ella.

Él se estremece.

—Esto no es amor —señala a la muchedumbre con la barbilla. Rojos y nuevasangres rebasan en gran número a los Plateados, pese a lo cual todos miran a Maven con desdén y el puño en alto y la furia se apodera de la plaza —, es odio. Llévenlo al palacio, lejos de la multitud.

Es la decisión correcta, y la más fácil. Me inclino hacia él y aprieto ligeramente su brazo. Le brindo el consuelo que puedo, mientras pueda hacerlo. Al igual que la alianza, nosotros también vivimos de tiempo prestado.

Anabel insiste.

—Podríamos hacerlo marchar…

—No —escupe Cal con voz baja y gruñona, nos mira por turnos a su abuela y a mí, y me tenso bajo sus ojos—. No cometeré los mismos errores que él.

—Está bien —replica entre dientes. En un extremo de la plaza avanza una cuadrilla de vehículos, a la espera de conducirnos al palacio. Cal emprende la marcha hacia el más próximo y lo sigo a respetuosa distancia.

—Aún debemos emitir nuestros informes y transmisiones —continúa Anabel al tiempo que avanzamos—. Para hacer del conocimiento del pueblo de Norta que su verdadero rey ha vuelto. Para reunir a las Grandes Casas, obtener sus juramentos de lealtad y castigar a quienes no juren ante tu corona…

—Ya lo sé —suelta con mordacidad.

Oigo que a nuestras espaldas alguien arrastra los pies y tropieza. Farley empuja a Maven, Julian los flanquea. Algunos soldados lanzan pañoletas rojas a los pies de la general para celebrar nuestro triunfo, vitorean y aúllan en igual medida.

La bulla es espantosa, pese a que proviene de mi gente. Esto me devuelve a Arcón, cuando se me obligó a recorrer la ciudad en cadenas como una prisionera, un trofeo. Maven me forzó a arrodillarme ante el mundo. Quise vomitar entonces y quiero hacerlo ahora. ¿No deberíamos ser mejores que ellos?

Aun así, siento en mí esa misma ansia, el deseo de venganza y justicia ruega ser saciado. Lo aparto, intento ignorar al monstruo que llevo dentro, nacido de todos los agravios que he sufrido y de todos los que he infligido también.

Anabel parlotea hasta que llegamos a los vehículos y Cal la despide con una mirada. No me molesto en mirar atrás antes de subir a nuestro transporte, incapaz de ver en el rostro de otra persona una fracción de lo que yo sufrí en Arcón, pese a que se trate de Maven.

Cal cierra la puerta detrás de él y se desploma en la penumbra. La mampara está subida, nos separa de nuestro conductor. Nos deja solos, sin necesidad de fingir. Estamos casi en silencio; el estrépito de los vítores es amortiguado por un zumbido grave.

Cal se inclina, apoya los codos en las rodillas y sepulta la cara en sus manos. Las emociones de este momento son demasiadas para soportarlas: temor, pesar, vergüenza, alivio, todo ello socavado por un miedo intenso de saber lo que nos espera. Me arrellano en mi asiento y me llevo las palmas a los ojos.

—Se acabó —digo y siento el sabor de la mentira. Él respira agitadamente en sus manos, como si acabara de regresar de una sesión de entrenamiento.

—No ha terminado —respinga—, ni de lejos.

Mis habitaciones en la Colina del Mar se ubican en el ala contraria a las de Cal en las estancias residenciales, separadas de las suyas por petición mía. Aunque son espaciosas y están bien iluminadas y ventiladas, el baño es demasiado pequeño y en este momento está demasiado abarrotado. Tiemblo contra el agua caliente y permito que las burbujas jabonosas se deslicen por mi cuerpo. La temperatura es relajante, libera los dolores y la tensión acumulados en mis músculos. Farley se inclina sobre la tina y me da la espalda, y Davidson hace lo propio en la puerta, desde donde luce muy informal para ser el líder de su nación. El fino traje que llevó a la reunión está desabotonado y deja ver una camiseta blanca y una garganta ansiosa. Se frota los ojos y bosteza, exhausto pese a que la mañana apenas llega a su fin.

Me froto la cara de nuevo con la mano. ¡Ojalá la frustración fuera tan fácil de quitar como el sudor y la mugre! *Es imposible tener siquiera un segundo para mí.*

—¿Y cuando se niegue? —reclamo. Nuestro plan, una última oportunidad de conciliar las cosas, tiene demasiados resquicios para contarlos.

Davidson entrelaza los dedos sobre una rodilla doblada.

—*Si* se niega…

—Lo hará —decimos al unísono Farley y yo.

—Entonces haremos lo que dijimos —añade sin más el primer ministro al tiempo que sube y baja los hombros y me mira con sus angulosos y cansados ojos—. Estamos acabados si no sostenemos nuestra palabra, y además tengo promesas que cumplir en mi país.

Farley asiente. Me ve sobre el hombro, su rostro está a unos centímetros del mío. De cerca puedo contar las pecas de su nariz, más numerosas conforme avanza el verano. Contrastan con su boca cicatrizada.

—Yo también —dice—. Los demás generales de la comandancia me lo han dejado saber con toda claridad.

—Me gustaría conocerlos —murmura Davidson.

Ella le dirige una sonrisa amarga.

—Si esto sale como pensamos, estarán a nuestra espera cuando regresemos.

—Está bien —dice él.

Separo los dedos en la superficie, arrastro líneas sobre el agua lechosa y perfumada.

—¿De cuánto tiempo disponemos —hago la pregunta que hemos evitado hasta ahora— antes de que vuelva la comarca de los Lagos?

Farley voltea a mi lado para apoyar el mentón sobre su rodilla doblada. Chasquea la lengua, nerviosa, una emoción extraña en ella.

—Los agentes de inteligencia de las Tierras Bajas y los Lagos informan de movimientos en sus fortines y ciudadelas, reúnen a sus ejércitos —su voz se adensa—. No tardarán mucho.

—Su blanco es la capital —afirmo. No es una pregunta.

—Quizá —dice Davidson y golpetea sus labios con los dedos, pensativo—. Sería una victoria simbólica al menos. Y en el mejor de los casos, si las demás ciudades y regiones se arrodillan, una conquista rápida del país entero.

Farley se tensa ante esa sugerencia.

—Si Cal muere en el ataque… —su voz se apaga. A pesar del baño caliente, esa sola idea hace que me estremezca de frío. Aparto la mirada de la silueta de Farley y veo la ventana. Blancas nubes de algodón resbalan perezosas por el amable cielo azul, demasiado brillante y alegre para una conversación como esta.

Lo sepa o no, Davidson hurga en la herida que nunca se cierra en mi vientre al retomar el hilo de los pensamientos de Farley.

—Sin herederos Calore y ningún rey, el caos se impondrá en todo el país —lo dice como si fuera una opción y me muevo en el agua y lo miro; pongo una mano en el borde de porcelana de la tina y dejo correr por un dedo una chispa amenazadora. Él retrocede un poco—. Resultará en más sangre Roja derramada, Mare —agrega como si se disculpara—. Nada de eso me importa; tenemos que tomar Arcón antes de que ellos puedan hacerlo.

Farley asiente y cierra un puño, resuelta.

—Y forzar la abdicación de Cal. Él debe comprender que no existe otra opción.

Me mantengo inmóvil y no le quito los ojos de encima al premier.

—¿Y qué hay de la Fisura?

Él achica los ojos hasta convertirlos en meras rendijas.

—Volo Samos no tolerará nunca un mundo que él no pueda gobernar, pero Evangeline… —da vueltas a este nombre en la boca— podría ser persuadida, o por lo menos sobornada.

—¿Con qué? —río; sé que Evangeline haría lo que fuera para no casarse con Cal, ¿pero traicionar a su familia, despreciar su corona? ¡Eso sí que no puedo imaginarlo! Ella preferiría sufrir—. Es más rica que todos nosotros, y demasiado orgullosa.

Davidson alza la barbilla y adopta una apariencia de superioridad. Como si supiera algo que nosotras ignoramos.

—Con el futuro —dice—. Con su libertad.

Arrugo la nariz, muy lejos de estar convencida.

—No sé lo que usted podría pedirle, ella no se deshará de su padre.

El premier baja la cabeza en señal de aprobación.

—No, pero puede destruir una alianza, rehusar el matrimonio, separar a la Fisura y a Norta, no dar a Cal un sitio adonde pueda voltear y contribuir a forzar su mano. Él no puede sobrevivir sin aliados.

Aunque no está equivocado, este plan secundario es demasiado frágil. Permitir que dependa del motivo compartido de Evangeline es una cosa, pero ¿su lealtad a su sangre, a su familia? Parece imposible. Ella misma dijo que le es imposible negarse al compromiso matrimonial y contrariar los deseos de su padre cuando todo esto termine.

Lo único que rompe el silencio es el vapor que se eleva por el aire.

Al otro lado de la puerta, suena una voz exasperada.

—¿Qué posibilidades hay de que algo de esto resulte conforme a lo planeado? —inquiere Kilorn desde mi recámara.

Tengo que reír.

—¿Las hay siquiera?

Él reacciona con un prolongado gruñido de frustración. La puerta tiembla cuando su cabeza choca con ella.

Kilorn y Davidson son tan buenos que me permiten vestirme en paz, pero Farley no se mueve, despatarrada como está a todo lo largo de las cobijas verde agua de mi lecho. Pese a que al principio quisiera echarla para que yo pueda pasar sola un momento, a medida que los minutos transcurren me alegra su presencia. Si me quedara sola, podría perderme por completo y no volver a abrir la puerta jamás. Con Farley aquí, no tengo excusa para no prepararme lo más rápido que pueda. Ojalá este impulso perdure el resto de lo que promete ser un día muy *interesante*.

Ella ríe al tiempo que me pongo un uniforme oficial de la Guardia Escarlata, recién lavado y ajustado para mí. Por más que hace ya casi un año juré lealtad a la Guardia, nunca lo formalicé. La intención es que el uniforme simbolice mi diferencia de Cal y sus aliados Plateados, aunque en realidad creo que lo que Farley quería era que alguien más sufriese con ella. El brillante traje rojo sangre es ajustado y rígido, y se abotona demasiado alto. Me sacudo dentro de él, con el propósito de aflojarlo un poco.

—No es agradable, ¿cierto? —ríe Farley con el cuello abierto, doblado por ahora.

Me miro en el espejo y veo la forma en que esta prenda a la medida perfila mi figura. Es cuadrado arriba con pantalones de piernas rectas metidos en botas, lo que me confiere una silueta más bien rectangular. No es un vestido de baile, eso es seguro.

Los pulidos y fulgentes botones son la decoración de mi uniforme; no llevo distintivo alguno, ninguna insignia. Paso una mano sobre la tela desnuda en mi pecho.

—¿Por fin tengo rango? —miro a Farley. Al igual que en la Galería del Pueblo, ella porta en el cuello sus tres cuadrados de general, pero la mayoría de sus falsas medallas y galones han desaparecido. Sería inútil alardear frente a Cal, cuando él conoce la verdad.

Se recuesta y mira el techo. Cruza una pierna, su pie cuelga libre.

—Soldado raso suena bonito.

Me llevo una mano al corazón y me finjo ofendida.

—¡Ya tengo un año con ustedes!

—Quizá pueda mover algunos hilos —replica—, recomendarte, lograr que te asciendan a cabo.

—¡Qué generosa!

—Tu superior es Kilorn.

Pese al nervioso temor que desgarra mis entrañas, no puedo contener la carcajada.

—¡Por favor, no se lo digas! —me imagino el infierno que me procuraría, las burlas, las órdenes falsas; no podría vivir un segundo más.

Ríe conmigo, enmarcado su rostro por su corto cabello rubio como un halo dorado. Pese a que no suele ser remilgosa para reír, esto es distinto, libre de una sonrisa de suficiencia o cualquier otro filo, un estallido de verdadera felicidad. Tal cosa es una rareza en estos días para todos nosotros.

Se recupera despacio, el eco de su risa se extingue en su garganta. Aparto la mirada, como si hubiera visto algo que no debiera.

—Te quedaste con él anoche —dice con voz firme. Lo sabe, y estoy segura de que todos los demás también. Cal y yo no fuimos precisamente discretos.

Respondo tajante, sin vergüenza:

—Sí.

Vela su sonrisa y se incorpora. Veo que su expresión se modifica en el espejo; baja las comisuras y sus ojos se ablandan y entristecen, casi

compasivos. Y quizás en ellos hay también una pizca de sospecha.

—Esto no cambia las cosas —volteo— para ninguno de los dos.

Responde presta, con una mano en alto.

—Lo sé —dice como si calmara a un animal. Mueve la garganta y se lame los labios, elige con cuidado sus palabras—. ¡Echo mucho de menos a Shade! Haría hasta lo imposible por recuperarlo. Por tener un día más con él. Para que Clara conociera a su padre.

Mis manos forman puños a mis costados y me miro los pies, siento que las mejillas se me enrojecen. Con vergüenza, porque ella no confía en mí. Y con enojo, profundo pesar y lamento por el hermano que todos nosotros perdimos.

—Yo no…

Se pone en pie y acorta la distancia entre nosotras con zancadas firmes. Me toma de los hombros para forzarme a mirar su rostro cicatrizado.

—Lo que quiero decir es que tú eres más fuerte que yo, Mare —suelta con ojos brillantes y deja pasar un largo rato para que las palabras revelen su sentido—, exclusivamente en lo relativo a él, solo en eso —añade rápido para romper la tensión.

—Solo en eso —coincido con ella y fuerzo la risa—. Y en lo relativo a electrocutar a la gente.

Se alza de hombros.

—Bueno, ¿quién sabe? No he intentado hacerlo todavía.

La sala del trono de la Colina del Mar da a la ciudad, sobre techos azules y paredes blancas que se extienden hasta el puerto. Ventanas grandiosas enarcan el asiento del rey e inundan la cámara con la última luz dorada de la tarde. Esto le confiere a todo una calidad casi onírica, como si este momento no fuera real. Una parte de mí piensa que podría despertar en la oscuridad de esta mañana, antes de partir a Provincia; antes de que la guerra fuera tan fácilmente ganada y una vida tan fácilmente canjeada.

Aunque Cal no dijo después nada referente a Salin Iral, no tuvo que hacerlo. Lo conozco lo bastante para saber cuánto le pesa el recuerdo. Un señor caído en desgracia, pero un señor, ahogado y asesinado en pago por su hermano. No fue fácil para él. Pero al mirar al rey Tiberias VII nadie podría decir eso.

Está sentado en el trono de su padre, se eleva contra la silla de cristal de diamante, ella misma una flama en razón del negro y carmesí de él. Las ventanas hacen que su silueta resplandezca y me pregunto si acaso uno de sus

guardias es una sombra de Haven que manipuló la luz para producir una imagen de fuerza y poder. Si es así, ¡vaya que lo logró! Parece un rey, como su padre. Como Maven nunca lo fue.

Es un espectáculo apreciable: el trono luciente, la sencilla corona en su cabeza; de oro rosado, como la de su abuela, más fina que el hierro, más elegante, menos violenta. Una corona para la paz, no para la guerra.

Farley y yo nos sentamos juntas, a la izquierda del trono junto con Davidson y sus asistentes. A la derecha de Cal se encuentra Anabel, cuyo asiento está más cerca del trono que cualquier otro. Le sigue la Casa de Samos, apretujada alrededor de otro monarca.

Me pregunto cuánto tiempo dedicó Volo Samos a fabricar su trono de acero y metal nacarado. Los materiales se combinan en intrincadas trenzas de plata y blanco, tachonadas con el ocasional destello del azabache. Tuerzo la boca de solo pensar que el rey Samos haya desperdiciado una valiosa parte de su tiempo en producir su asiento. Como siempre, los caprichos de los Plateados nunca dejan de asombrarme.

Curiosamente, Evangeline luce nerviosa junto a su padre. Estas cosas suelen deleitarle, le fascina mirar y ser mirada. En cambio, hoy no se está quieta; mueve los dedos y bate apenas un pie bajo de los pliegues de su vestido. ¿Qué sabrá, qué sospechará? No puede ser la propuesta de Davidson; no se la ha planteado aún, no lo hará hasta estar seguro de que la necesitaremos. De todos modos, sus ojos gris oscuro destellan en todas direcciones al tiempo que inspecciona la sala y retornan siempre a las altas y amplias puertas en el otro extremo de la cámara, abiertas a los salones del palacio. Una multitud aguarda más allá de ellas, de Plateados y Rojos esperanzados en echar un vistazo dentro. Me sobrecoge el temor; Evangeline no es de las que se asustan con facilidad.

Olvido todo cuando Julian entra a la sala, con la mano puesta sobre un conocido brazo para guiar al distinguido prisionero hacia el trono. Lo siguen intensos murmullos, silenciados tan pronto como las puertas de la cámara se cierran con un estruendo y nos separan del resto del palacio. Cal no es del tipo de quienes requieren público y sí lo bastante listo para saber que no resulta conveniente que tengamos uno mientras él decide el destino de su hermano.

Maven no tropieza esta vez. Mantiene en alto la cabeza, aun con las muñecas atadas. Me recuerda un ave rapaz, un halcón o águila, cuando nos cala a todos con ojos agudos y garras más agudas aún. Sin embargo, él no representa una amenaza sin sus pulseras, sin alguien que siga sus órdenes. Los agentes a sus costados son Lerolan, leales a Cal y Anabel.

No le veo salida alguna, incluso para él.

Lo dejan a los pies de Cal y Anabel se levanta, su cuerpo proyecta una larga sombra. Pasa lentamente los ojos por Maven, como si fueran dagas que lo desollaran vivo.

—¡Arrodíllate ante tu rey, Maven! —su voz retumba en el recinto con un repiqueteo letal.

Él ladea la cabeza.

—No lo haré.

De pronto estoy de vuelta en otro palacio, miro a otro rey Calore. Estoy de rodillas junto a Maven, con las manos encadenadas a mi espalda mientras él está en pie. Fue cuando nos traicionó a todos y reveló a quién pertenecía en verdad su corazón.

¡Ayúdame a pararme, Maven!

No lo haré.

Maven Calore elige siempre con cuidado sus palabras y lo hace ahora. Aun cuando no tengan ningún significado y ya no le quede poder, puede causarnos dolor de todas formas.

Cal se ensombrece en el trono, enrosca la mano en un puño. Siento el monstruo que asciende en mi interior, que implora hacer pedazos a Maven, aniquilarlo. Me es casi imposible negar ese deseo pero debo hacerlo; por mi salud mental, por mi humanidad.

—Mantente de pie si quieres —dice por fin y libera parte de su tensión; agita una mano como si lo que el otro haga no le importara en absoluto—. Eso no cambia *dónde* estás y dónde estoy sentado ahora.

—*Ahora*, sí —replica Maven, hace énfasis en su insinuación. Sus ojos brillan, fríos como el hielo, calientes como una llama azul—. Dudo que te sientes mucho tiempo ahí.

—Eso no es de tu incumbencia —lo reconviene su hermano—. Cometiste traición y asesinato, Maven Calore, demasiados crímenes para nombrarlos, de modo que no lo intentaré.

Maven ríe y entorna los ojos.

—¡Deberías esforzarte un poco!

El hermano mayor sabe que no debe morder ese anzuelo y permite que el insulto se le resbale. En cambio, se vuelve hacia Davidson como si consultara a un asesor, o incluso a un amigo.

—¿Cómo castigarían a este hombre en su país, premier? —inquiere, con rostro franco e invitador. Es un brillante alarde de solidaridad, como parte de la imagen que Cal intenta forjarse. Un rey que une, no que destruye. Un

Plateado que busca consejo en los Rojos, por encima de las divisiones de sangre.

Esto ya tiene consecuencias.

En su trono, Volo tuerce la boca, chirría en su atuendo como un pájaro enfadado que hincha las alas y Maven lo capta de inmediato.

—¿Vas a permitir eso, Volo? —canturrea—. ¿Que él te ponga por debajo de un Rojo? —su carcajada reverbera en el recinto, es un ruido afilado que cortaría vidrio—. ¡Cuánto ha caído la Casa de Samos!

De la misma manera que Cal, Volo no tiene la menor intención de empantanarse en los vituperios de Maven. Se queda quieto, cruza los brazos cubiertos de cromo.

—Yo todavía tengo una corona, Maven. ¿Y tú?

Este lo mira con desdén en respuesta, tuerce una comisura.

—Con la ejecución —responde con firmeza el premier Davidson y se inclina, planta los codos en los brazos de su asiento y se desplaza para ver mejor al falso rey caído—. Castigamos la traición con ejecución.

Los párpados de Cal titilan apenas. Ahora voltea en dirección a Volo.

—¿Cómo lo castigaría usted en la Fisura, su majestad?

Volo responde al instante en medio de un chasquido y como los de Evangeline, también sus colmillos tienen puntas de plata.

—Con la muerte.

Cal asiente.

—¿General Farley?

—Con la vida —eleva la barbilla.

La sentencia no parece molestar a Maven, y ni siquiera sorprenderlo. Concede escasa atención al premier, Farley, Volo e incluso a mí. Sea cual fuere la serpiente que se enrolla en su cerebro, tiene ojos para una sola persona. Mira a su hermano sin parpadear, sus diminutos jadeos hacen subir y bajar su pecho. Había olvidado que eran tan parecidos, pese a que son solo medio hermanos. No solo en su natural pigmentación, también en su fuego; determinados, decididos, obra de sus padres. Cal está hecho de los sueños de su padre, Maven de las pesadillas de su madre.

—¿Y tú qué harás, Cal? —pregunta, tan bajo que apenas le escucho.

El rey no vacila.

—Justo lo mismo que intentaste hacer conmigo.

Maven casi ríe de nuevo, exhala.

—¿Así que moriré en el redondel?

—No —el soberano sacude la cabeza—. No pretendo avergonzarte con la contemplación de tus últimos momentos —lo dice en serio; Maven no es un combatiente, apenas duraría un minuto en la arena. Aun así, no merece lo que Cal le ofrece, un poco de piedad en un juicio de hierro—. Seré rápido, puedo concederte eso.

—¡Qué noble eres, *Tiberias*! —frunce el ceño, lo piensa mejor y su cara se ilumina; ensancha los ojos y me recuerda un perro que suplica sobras, un cachorro que sabe exactamente lo que hace—. ¿Puedo pedir algo?

Cal casi entorna los ojos y fija en él una mirada de puro desprecio.

—Inténtalo.

—Sepúltame junto a mi madre.

Esa solicitud abre un abismo en mí.

Creo oír jadear a alguien al otro lado de la sala, quizás a Anabel. Cuando la miro, tiene una mano sobre la boca, aunque sus ojos están secos. Cal se ha puesto de color blanco hueso, con las dos manos clavadas en los brazos de su trono. Su mirada vacila y cae un momento antes de dirigirse a la fuerza hacia su hermano.

Ignoro adónde fue a dar el cadáver de Elara. Lo último que supe fue que la Guardia lo tenía bajo su custodia en la isla de Tuck, la isla que abandonamos.

Una isla de cadáveres. El de mi hermano y el suyo.

—Veré qué puedo hacer —murmura Cal por fin.

Mas el otro no ha terminado. Da un paso en dirección a mí y la fuerza de su mirada está a punto de tirarme de mi asiento.

—Además, quiero morir como murió mi madre —asevera, como si pidiese una frazada extra y yo me siento de nuevo demasiado asombrada para pensar; lo único que puedo hacer es mantener mi quijada en su sitio para no acabar boquiabierta—, destrozado por tu furia —prosigue con ojos horribles, inolvidables, que me calcinan y que provocan que la marca en mi clavícula arda— y por tu odio.

El monstruo ruge en mí, *no lo contendré más. Ayudé a iniciar esto, es justo que le ponga fin*. Como los de Cal, mis dedos se enroscan en mi silla, mis uñas se entierran en la madera. Intento anclarme, tirar dentro de mí, mantener a raya el relámpago, pero siento que podría desatar una tormenta con un solo latido. No le daré la satisfacción de su último reto, porque eso es una gota más de su veneno, un último lance de putrefacción, la forma postrera en que busca corromper lo que yo era antes de que me pusiese las garras

encima. Conoce una parte de mí, una gran parte, quiere eso. Y sabe que esto arruinará lo que yo haya logrado salvar de su prisión y la tortura de su amor.

Mátalo, Mare Barrow. Termina con él para siempre.

Me mira, a la espera de mi decisión, igual que los demás. Ni siquiera Cal, un rey, dice una sola palabra. Como antes, permite que decida el camino que quiero seguir.

Por algún motivo, pienso en Jon. El vidente que me reveló mi destino. *Te levantarás, y lo harás sola*. Me pregunto si ese destino ha cambiado ya, o si lo cambiaré de esta forma.

Sacudo poco a poco la cabeza.

—No seré tu final, Maven. Y tú no serás el mío.

Se tensa. Sus pupilas titilan a uno y otro lados, examinan mi rostro, de los ojos a los labios. Guarda silencio un largo minuto, como si supusiera que cambiaré de opinión. Me mantengo firme, aprieto los dientes para no titubear. *El relámpago no tiene piedad*, dije una vez. Pero es solo una parte de mí, no me gobierna.

Soy yo la que lo controlo.

—De acuerdo —suelta, molesto por la negativa. Siento un minúsculo estallido de triunfo, un contrapeso a mi monstruo. Él aparta la mirada, gira nuevamente hacia Cal—. Hazlo entonces con una bala, una espada; córtame la cabeza si quieres. No me importa lo que decidas.

Cal pierde una y otra vez el control, su máscara imperial resbala a causa de esta ordalía, así que me atrevo a sospechar que se pondrá en pie y abandonará la sala, a pesar de que eso sería impropio de él. No rendirse, jamás dar una muestra de debilidad: eso se le inoculó en los huesos desde la infancia.

—Será rápido —es todo lo que añade, vacilante.

—Ya lo habías dicho —espeta el niño petulante en Maven y sus mejillas se colorean de plata hasta oscurecerse.

Anabel junta las manos. Mira a los hermanos, los compara. La tensión entre ellos estalla y crepita como un alambre activo y me pregunto si Maven quiere inducir a Cal a que lo mate de una vez. Porque no pudo hacerlo conmigo.

—¡Guardias, terminemos con este traidor! —dice imperiosa.

Y arrebata la decisión de las manos de Cal.

Muy a mi pesar, miro a Maven y él a mí.

Cal no puede tomar decisiones.

Me lo dijo muchas veces y supe que era verdad en muy variadas y penosas formas. Aun con Maven eliminado, Cal se muestra renuente todavía, incapaz de formar una opinión; me dijo que él sería un mal rey por esa causa. O al menos un rey más con una correa, dependiente de la ayuda de alguien. Tengo que coincidir. Puede que el más joven de los Calore sea una bestia, pero no un idiota.

Los guardias Lerolan le dan vuelta a la fuerza y lo empujan de los hombros fuera de la cámara. Pese a que supongo que Julian marchará con él, se queda, ocupa un lugar detrás del trono y une las manos, silencioso y meditabundo. Lo único que se oye en la sala son las resonantes pisadas de quienes sacan a Maven. Me pregunto si algún día lo veré de nuevo. Si tendré las agallas de verlo morir.

Cuando las gigantes puertas se cierran detrás de su figura, me hundo en mi asiento y exhalo un largo suspiro. Nada quiero más que subir a tomar una siesta.

Pienso que Cal siente lo mismo. Se revuelve en su trono, querría levantarse.

—Creo que eso es todo por hoy —dice con voz tensa de fatiga y hace alarde de mirar entre nosotros, como si consultara a su leal consejo, no una sala de endebles aliados. Quizá cree que si él cumple su papel la convertirá en eso.

Buena suerte.

Rápida y amable, la reina Anabel tiende una mano sobre su brazo para detener su movimiento. Él permanece quieto y perturbado bajo su tacto.

—Tenemos que decidir acerca de tu coronación —le recuerda con una plácida sonrisa. Cal muestra enfado, quizá por ese tema o solo por las manipulaciones de su abuela—. Debe celebrarse lo más pronto posible, mañana incluso. No hay necesidad de que sea algo muy fastuoso, bastará con un acto oficial.

Para no dejarse rebasar, Volo apoya su barbado mentón en una mano, en clara señal de busca de atención.

—Y hay que resolver también el asunto de Ciudad Nueva, por no hablar de su boda —mira por turnos a Cal y Evangeline, quienes por mera educación evitan hacer gestos, y aun arcadas—; nos llevará varias semanas prepararla…

Me abalanzo sobre la otra cuestión.

—¿Le importaría explicar a qué se refiere con el asunto de Ciudad Nueva? —me reacomodo para ver a Volo, quien me mira en respuesta con

ojos grises casi negros de disgusto. A mi lado, Farley tuerce la boca, aunque reduce pronto su semblante a una inexpresividad neutral.

Anabel contesta antes de que Volo pueda hablar, molesta por mi rudeza.

—No hace falta discutir eso ahora —no ha apartado la mano del brazo de Cal.

Este me mira, receloso de lo que yo pueda hacer y lo que esto podría provocar en el rey Samos. Frunce los labios y el ceño para advertirme que deje el tema.

Por ningún motivo, Calore.

—Creo que deberíamos hacerlo —me dirijo a todos con voz fuerte y clara, un gélido eco de Mareena Titanos, el arma que los propios Plateados me asignaron—, entre otras cosas.

Cal levanta una ceja.

—¿Como cuáles?

El ministro carraspea para asumir su parte en la conversación que planeamos a toda prisa y menos todavía ensayamos, aunque él es un político y diplomático calificado. Nada de lo que dice parece premeditado. Actúa bien y se desenvuelve con extrema habilidad.

—Es evidente que la comarca de los Lagos y el príncipe Bracken, por no hablar de sus aliados en las Tierras Bajas, no tienen la intención de dejar a Norta en paz —enfila su discurso hacia todos los Plateados de la realeza, y en especial hacia Cal, quien debe ser persuadido—. Este país de ustedes está unido de nuevo, pero ha sido debilitado por una enconada guerra. Dos de sus principales baluartes están destruidos o neutralizados. Ustedes están todavía a la espera de que el resto de sus familias nobles les juren lealtad, apuestan a su apoyo. Nada indica que la reina Cenra esté dispuesta a desaprovechar esta oportunidad.

Cal se relaja un poco, libera los hombros de su infinita tensión; la comarca de los Lagos es un tema más fácil que la opresión de los Rojos. Me mira y casi pestañea, como si este no pasara de ser un juego entretenido, una manera de flirtear, y no fuese el acto mediante el que tres cazadores acorralan a un lobo.

—En efecto —asiente agradecido—. Pero con la fuerza de nuestra alianza, podremos defender a Norta de cualquier invasor, del norte o del sur.

Davidson no abandona su expresión serena, solo inclina un dedo.

—Acerca de eso…

Me preparo, muevo los dedos dentro de mis zapatos, el calor asciende en mi pecho. Me digo que no debo esperar algo; conozco bien a Cal y sé qué

dirá. Aunque es posible que haya cambiado, que yo lo haya hecho cambiar, o que esté cansado de pelear, harto del derramamiento de sangre, fastidiado de los males que los suyos han provocado.

No intuye adónde va el premier; en cambio, Anabel lo entrevé con claridad. Cierra los ojos en rendijas, como las de una serpiente. Detrás de ella, Volo podría arrollarnos a todos con unas cuantas de sus púas bien colocadas.

Junto a mí, y sin que los demás lo noten, Davidson baja una mano. Esta despide un fulgor vagamente azul, lista para protegernos de una embestida. Su rostro permanece inalterable, su voz firme y serena.

—Ahora que su hermano ha sido depuesto y usted se dispone a gobernar como rey, me gustaría proponer otra opción.

—¿Cómo dice, premier? —pregunta Cal, todavía incapaz de comprender, o renuente a hacerlo.

La furia manifiesta de Volo y Anabel me da que pensar. Lo mismo que Davidson, bajo una mano y llamo las chispas a mi piel.

El premier prosigue, sin consideración por el ceño fruncido de ese rey y reina Plateados.

—Hace unos años, la República Libre de Montfort no era lo que es ahora. Formábamos un conjunto de reinos y señoríos gobernados por Plateados, como ustedes bien saben. La guerra civil rondaba nuestras montañas —aunque conozco los hechos que relata, siento un escalofrío—. No se oía hablar de paz. Los Rojos morían a causa de las guerras Plateadas, el orgullo Plateado, el poder Plateado.

—Me suena, me suena… —murmuro con la vista puesta en Cal para sopesar su reacción en los ligeros movimientos de su rostro: sus labios se aprietan, las oscuras cejas se curvan, hay una tensión en la quijada, una respiración liberadora. Es como tratar de leer una fotografía u oler una canción: frustrante e imposible.

El premier toma vuelo, disfruta de esto y destaca en el oficio.

—Fue gracias a una rebelión —dice—, una alianza con los Rojos, apoyada por las crecientes filas de ardientes, así como por Plateados conscientes de nuestro apuro, que pudimos transformarnos en la nación democrática que somos ahora. Esto implicó sacrificio, implicó muchas vidas; pero más de una década después estamos mejor gracias a eso, y mucho mejor cada día —se extiende satisfecho, ignora aún las miradas asesinas de Anabel y Volo—. Confío en que usted se proponga hacer lo mismo, Cal.

Cal.

El empleo de su nombre en este sitio, sentado como está en un trono y con una corona en su cabeza, posee un significado claro, que hasta el propio Cal parece entender. Parpadea una, dos veces, para recuperar la calma.

Antes de que pueda decir algo, Farley se coloca frente a él, ansiosa de desempeñar su parte en este acto.

Sus cuadrados de general brillan tanto que emiten destellos en el rostro del rey.

—Tenemos ahora una oportunidad que no volveremos a ver en mucho tiempo. Norta está en ruinas, clama por su reconstrucción —no es tan buena oradora como Davidson, pero tampoco una principiante; la Guardia la eligió como su vocera desde hace meses, y lo hizo por una razón: posee el ardor y la convicción indispensables para sacudir hasta los corazones más fríos—. Reconstruyámosla juntos, convirtámosla en algo nuevo.

Anabel sisea antes de que su nieto pueda hablar:

—¿En algo semejante a *su* país, premier? Y supongo que usted ofrecerá sus servicios para contribuir a la forja de esa gloriosa y nueva nación —lanza sus púas con eficacia mortal, siembra la semilla de la discordia que necesita, la cual veo caer en las sombrías pupilas de Cal; ¿echará raíces ahí?—, e incluso para ayudar a gobernarla.

Davidson pierde un poco la compostura, casi sonríe.

—Tengo un país al cual servir, su majestad, mientras se me *permita* hacerlo.

Volo expele una risa hueca, peor que la de Maven.

—¿Desea que renunciemos a nuestros tronos, a aquello por lo que tanto nos hemos esforzado? ¿Que dejemos de lado nuestro linaje y traicionemos a nuestras Casas, a nuestros padres y abuelos?

Anabel pone mala cara.

—Y abuelas —gruñe para sí.

Aunque quisiera pararme de un salto, permanezco en mi asiento. No sería prudente convertir esto en un despliegue más físico.

—¿Y qué hay de aquello por lo que tanto *nos* hemos esforzado nosotros, Volo? —pregunto, él apenas se digna a mirarme y la ira que esto alimenta en mí se vuelve útil—. ¿Aquello por lo que hemos derramado nuestra sangre? ¿Acaso es correcto, acaso es justo que se nos imponga el derecho a ser tutelados de nuevo? ¿A ser arrojados a barriadas, atados al alistamiento, devueltos a la vida de la que escapamos?

Mi autocontrol se relaja un poco e intento contenerme, ignorar la reveladora tensión en mi garganta. Decir todo esto en voz alta a las personas

que han vuelto cruel este mundo, o que lo han mantenido así, ejerce en mí un extraño efecto. Siento como si pudiera llorar o explotar y no sé cuál camino elegir. Quiero tomar a Anabel por los hombros o agarrar a Volo del cuello, obligarlos a escuchar y ver lo que han hecho y quieren hacer todavía. Y si mantienen cerrados los ojos o miran y no ven nada malo, ¿qué más podría hacer?

El rey Samos se burla de mí, asqueado.

—¡Este mundo no es justo ni correcto, *niña*! Yo habría imaginado que cualquiera nacido Rojo lo sabría —añade con altivez y a su lado Evangeline permanece quieta, con los ojos en el suelo y la boca cerrada y fruncida—. Ustedes no son iguales a nosotros, por más que quieran. Así lo dicta la naturaleza.

Cal rompe al fin el silencio con ojos destellantes.

—¡Silencio, Volo! —lo reprende sin llamarlo por su título, aunque sin contradecirlo. Cualquiera que sea la línea por la que camina, se vuelve más delgada a cada minuto—. ¿Qué propone exactamente usted, premier? —hará que nos lo explique con detalle.

—No es solo una propuesta mía —replica Davidson y me mira.

Cal lo hace también, dirige a mi rostro la totalidad de su vista broncínea. Muy a mi pesar, lo recorro con la mirada, de sus manos a la corona sobre su frente, todo lo que él es.

No vacilo. He sobrevivido ya a demasiadas cosas durante demasiado tiempo. Después de todo lo que hemos pasado, esto no debería sorprender a Cal.

—Queremos que abdiques —le digo—, o de lo contrario nos marcharemos.

Su voz se vacía de emoción, trasluce la ausencia de impacto.

Sabía que esto ocurriría.

—Ustedes pondrán fin a esta alianza.

Davidson asiente.

—La República Libre de Montfort no tiene interés en participar en la creación de un reino igual al que descartó.

Farley habla también, orgullosa.

—La Guardia Escarlata tampoco lo defenderá.

Siento una leve sacudida de calor, una ligera ondulación procedente de Cal. Es un mal signo. Junto con un suspiro, suelto toda esperanza de que él entre en razón. Esto atrae su atención, así sea solo un segundo. Veo que lo hiere, lo suficiente para provocar lo mismo en mí. Es un orificio diminuto en

comparación con todas las heridas que los hermanos Calore me han producido.

Cal desvía su creciente enojo hacia Davidson.

—Entonces nos dejarán solos contra los lacustres y las Tierras Bajas, reinos y príncipes peores que lo que podría llegar a ser alguna vez —dice exasperado, casi trastabillante, con obvia intención de salvar esto y hacer todo lo que pueda para retenernos—. Como usted dijo, somos débiles ahora, una presa fácil. Sin sus ejércitos…

—Ejércitos Rojos —le recuerda fríamente el premier—. Ejércitos de nuevasangre.

—Es imposible hacerlo —revira Cal con voz inalterable y muestra sus palmas vacías, sin nada que ofrecer—, totalmente imposible por lo pronto. Quizá con el tiempo, aunque las Grandes Casas no se arrodillarán en ausencia de un rey. Nos escindiremos, Norta dejará de existir. No tenemos tiempo para modificar por completo nuestra forma de gobierno mientras nos preparamos para una invasión inevitable…

Farley lo interrumpe.

—Busca el tiempo.

Pese a su estatura, su corpulencia, la corona, el uniforme, todos los accesorios de un guerrero y un rey, Cal no había parecido un niño más que ahora. Mira entre nosotros, desplaza la vista de mí a su abuela y Volo. Estos últimos no le dan respiro, con sus rostros labrados por idénticos ceños fruncidos. Si Cal accede a nuestras peticiones, aquellos las rechazarán. Y el otro lado de su alianza se arruinará.

Oculto detrás de Cal, Julian baja la cabeza. Nada dice a nadie, mantiene cerrada la boca.

Volo pasa una mano mortífera por su barba de plata. Sus ojos relampaguean.

—Los señores Plateados de Norta no renunciarán a sus derechos de nacimiento.

Rápida como el rayo, Farley se pone en pie y escupe a los pies de Volo.

—He ahí lo que pienso de su derecho de nacimiento.

Para mi infinita sorpresa, el rey Samos es reducido al silencio, boquiabierto. Jamás había visto a un Samos que no supiera qué contestar.

—Las ratas no cambian —gruñe Anabel y golpetea con los dedos sobre el brazo de su silla, una amenaza clara como el día que deja a Farley impertérrita.

Cal no hace más que repetirse, con voz apenas murmurada. Los cazadores lo han acorralado.

—Es imposible —dice.

Davidson abandona lenta e irrecusablemente su asiento y yo lo sigo.

—Lamentamos entonces tener que dejarlo de este modo —explica—. Lo considero un amigo.

Cal nos lanza una mirada inquieta. Veo tristeza en él, la misma que siento en mí. Compartimos una aceptación también. Este fue siempre el camino que decidimos recorrer.

—Lo sé —responde, su voz se agrava—. Y usted debería saber que no acepto condiciones, por amigables que sean.

Es una advertencia.

Y no solo para nosotros.

Bajamos juntos, Rojos alineados con nuestras creencias y metas.

Aunque vestimos uniformes rojos y verdes, nuestra piel ha sido besada por los mismos matices de rosa y escarlata. Dejamos atrás a los Plateados, tan fríos e inmóviles como tallados en piedra, estatuas de ojos vivientes y corazones muertos.

—Buena suerte —consigo decir sobre mi hombro y lanzo una última mirada.

Cal responde igual mientras me ve partir.

—Buena suerte.

En Corvium, cuando optó por la corona, pensé que el mundo me había sido arrebatado, que me dejaba caer a un abismo. Esto es diferente. Mi corazón está roto ya y una noche no lo volvió a unir. Esta herida no es nueva, este dolor no es desconocido. Cal es quien él mismo me dijo que era. Nada ni nadie lo hará cambiar nunca. Puedo amarlo, y quizá lo haré siempre, pero no puedo moverlo si decide quedarse quieto. Lo mismo podría decirse de mí.

Farley me codea en el costado, es un agudo recordatorio en tanto avanzamos; nuestra última petición aún está por hacerse.

Doy media vuelta y oriento mi cara hacia él. Intento verme como debo: determinada, letal, un golpe inevitable para el rey Plateado, pero al mismo tiempo Mare, la chica a la que aún ama, la Roja que intentó cambiar su corazón.

—¿Permitirás al menos que los Rojos abandonen las barriadas?

Junto a mí, Farley suelta el resto:

—¿Y terminarás con el alistamiento?

No esperamos nada a cambio. Quizás una pantomima de tristeza u otra trágica explicación de lo *imposible* que sería hacer esas cosas. Anabel podría incluso hacernos echar de la sala.

En cambio, Cal habla sin mirar a los Plateados a su derecha, decide sin su opinión; yo ignoraba que fuera capaz de hacer algo así.

—Prometo un salario justo —casi echo a reír pero él continúa—: Un salario justo —Volo no dice nada, parece disgustado— y total libertad de tránsito; podrán vivir y trabajar donde les plazca. Lo mismo vale para los ejércitos: un salario justo, reclutamiento justo, cero alistamientos.

Es mi turno de asombrarme, tengo que pestañear e inclinar la cabeza, él me devuelve el gesto.

—Gracias por eso —exhalo.

La abuela azota una palma en el trono de él, indignada.

—¡Estamos a punto de librar otra guerra! —se burla, como si alguien tuviese que recordar el peligro lacustre.

Escondo mi sonrisa, y Farley también a mi lado; intercambiamos miradas, gratamente sorprendidas por el consentimiento. Significa poco en el gran esquema de cosas, podría ser una promesa efímera y vacía, pero cumple un fin por lo menos.

Meter una cuña entre los Plateados, agrietar una alianza de suyo precaria. La única que le queda a Cal.

A mis espaldas, su voz adopta un filo riesgoso ante su abuela.

—Soy el rey y esas son mis órdenes.

Ella responde con un susurro inaudible, apagado por el rechinar de puertas que se abren y cierran. El recibidor frente a nosotros está tan abarrotado como antes, lleno de nobles y soldados ansiosos de ver al nuevo rey y su variopinto consejo. Lo cruzamos en silencio, con rostros inexpresivos e impredecibles. Farley y Davidson murmuran algo a sus oficiales, les transmiten nuestra decisión; debemos abandonar Harbor Bay y Norta. Me desabotono el cuello, permito que la camisola se abra para que pueda respirar con holgura sin el rigor de la rígida tela.

Kilorn es el único que me espera, llega veloz junto a mí. No se molesta en preguntar cómo marchó la reunión. Nuestra salida, en combinación con nuestro silencio, es respuesta suficiente.

—¡Maldición! —reclama mientras avanzamos con paso ágil y resuelto.

No tengo nada que empacar. Toda mi ropa es prestada o fácil de reemplazar, aun aquella con la que llegué aquí. Mis únicas pertenencias son las perforaciones en mi oreja. Y el arete que se encuentra en Montfort,

guardado en una caja. La piedra roja de la que no he podido separarme. Hasta ahora.

Ojalá la tuviera aquí conmigo. Para dejarla en la habitación de él, en la almohada sobre la que dormí.

Esa sería una despedida adecuada, más sencilla de la que debo hacer ahora.

Me aparto de Farley y Davidson, en marcha a sus habitaciones al fondo de la gran escalera.

—Nos vemos afuera en unos minutos —les digo y ninguno de ellos cuestiona mi decisión ni mi propósito, solo agitan la mano y se inclinan.

Kilorn vacila en el primer escalón, a la espera de la invitación a seguirme; no la recibe.

—Tú también —balbuceo—. No tardaré mucho.

Entrecierra sus ojos verdes, duros como esmeraldas.

—No permitas que te lastime.

—Ya no puede hacerlo, Kilorn —repongo—. Maven no puede destruir nada más.

Esta mentira lo tranquiliza lo suficiente para que desvíe la mirada, satisfecho de mi seguridad.

Pero siempre queda algo por destruir.

Los vigilantes en su puerta se hacen a un lado para que yo pueda girar la perilla de su habitación. Lo hago rápido, no sea que pierda mi valor o cambie de parecer. Su celda no es tal, sino una elegante sala dispuesta en un piso superior que da al mar. Carece de lecho, solo hay algunos sillones y un sofá. Morirá esta tarde, es inútil que se le ofrezca dónde dormir o no se ha preparado una cama todavía.

Está junto a la ventana, con una mano en las cortinas, como si fuera a cerrarlas.

—No sirven de nada —musita de espaldas a mí mientras cierro la puerta —. No impiden que entre la luz.

—Pensé que eso querías —replico—, *permanecer en la luz.*

Repito las palabras que me dijo hace unos meses, cuando era su prisionera y estaba encerrada en un cuarto como este, condenada a asomarme por las ventanas.

—Tenemos una extraña simetría, ¿cierto? —me hace señas con una sonrisa perezosa y casi me río de las circunstancias; en cambio, me hundo en

uno de los sillones, aunque sin obstruir mis manos ni mis chispas.

Lo miro, en la ventana aún. No se mueve.

—O quizá los reyes Calore tienen un gusto similar en celdas carcelarias.

—Es dudoso —replica—, aunque todo indica que nuestra forma de mostrar afecto es conceder buenas prisiones, tener pequeñas mercedes con cautivos a los que amamos sin remedio.

Sus afirmaciones ya nada significan para mí. Siento apenas una punzada, fácil de ignorar, en lo hondo de mi corazón.

—Lo que Cal siente por ti y lo que sientes por mí son cosas muy distintas.

Ríe de manera enigmática.

—¡Ojalá así fuera! —pasa otra vez las manos por la cortina y mira mi saco, luego mi clavícula, cubierta ahora con una camiseta; mi marca está oculta—. ¿Cuándo ocurrirá? —añade con voz baja.

La ejecución.

—No lo sé.

Suelta otra risa y echa a andar de un lado a otro con las manos enlazadas tras la espalda.

—¿Quieres decir que el gran consejo no fue capaz de tomar una decisión? ¡Qué predecible! Moriré de vejez antes de que tu gente se ponga de acuerdo en algo, sobre todo con Samos cerca.

—Y tu abuela.

—Yo no tengo ninguna abuela —dice con énfasis—. La oíste tú misma: no es de mi sangre —este recuerdo le hiere. Apresura el paso, atraviesa la habitación con un par de zancadas y voltea. Pese a su aspecto sereno, parece desorbitado, pende de un hilo cada vez más fino. Intento no mirar sus ojos mientras relucen, son llamas con un fuego tan próximo que podría quemar—. ¿Qué haces aquí? Debo decir que no disfruté burlarme de ti cuando eras *mi* prisionera.

Me encojo de hombros, lo miro con impaciencia.

—Tú no eres mi prisionero.

—De Cal, tuyo —agita una mano—, ¿cuál es la diferencia?

Una enorme. Siento cómo el ceño fruncido tira de mi rostro, la conocida tristeza que mana de dentro de mí. Él ve más allá de mi máscara de despreocupación.

—¡Ah! —se detiene en el centro de la sala y me mira intensamente, como si pudiera atravesar mi cráneo y entrar en mi cerebro como lo hacía su madre. Pero no necesita leer mi mente para saber qué pienso o qué ha hecho su hermano—. Así que se tomó una decisión.

—Solo una —susurro.

Da un paso al frente. Yo estoy en peligro aquí, no él, y procura quedar fuera de mi alcance.

—Déjame adivinar, ¿los Rojos le ofrecieron una opción, la misma que tú le ofreciste hace unos meses?

—Algo así.

Tuerce la boca y enseña los dientes. No es una sonrisa. Sea como fuere, no le gusta verme sufrir, ni en lo físico ni en ninguna otra forma.

—No te sorprendió, ¿cierto?

—No.

—Te lo dije, Cal sigue órdenes. Cumplirá los deseos de su padre hasta que muera —casi se disculpa mientras habla, lamenta incluso aquello en lo que su hermano se convirtió; *Cal comparte sin duda este sentimiento*—. Nunca cambiará, ni por ti ni por nadie.

Al igual que el propio Maven, no necesito armas para lastimar; me bastan las palabras.

—Eso no es cierto —lo miro directo a los ojos.

Ladea la cabeza y chasquea la lengua como si yo fuera una niña merecedora de una reprimenda.

—¡Pensé que ya lo sabías, Mare! Cualquiera puede traicionar a cualquiera. Y él te ha traicionado una vez más —da un atrevido paso al frente, ya está a solo unos metros de mí. Oigo la sibilante respiración entre sus dientes, como si quisiera probar el aire de mis pulmones—. ¿No puedes admitir lo que es? —su pregunta suena a ruego, la última petición de un hombre muerto.

Levanto la barbilla y le sostengo la mirada.

—Imperfecto, como todos los demás.

Su sorna reverbera hondo en mi pecho.

—Es un rey Plateado, un bruto, un cobarde. Una roca que no se moverá y jamás podrá cambiar.

Mentira, repito en mi mente. Ha demostrado eso a lo largo de todos estos meses, pero hace unos minutos decidió, incluso en presencia de su abuela, un salario justo y cero alistamientos. Aunque parecen pequeños, son pasos gigantescos, *centímetros por kilómetros*.

—Cambia ya —digo con voz estable, me burlo de él; palidece entre tanto, incapaz de moverse—; más lento de lo que quisiéramos, pero ya veo un destello de lo que podría ser, de aquel en el que se convertirá —bajo mis ojos

y las grietas de su máscara comienzan a aparecer—. No espero que comprendas eso.

Aprieta los dientes, furioso. Y un poco confundido.

—¿Por qué?

—Porque cada cambio en ti no fue tuyo —mis afiladas palabras resuenan, cortan mientras prosiguen; él se estremece, parpadea rápido.

—Gracias por recordármelo —replica—; me hacía mucha falta.

Saco mi última espada, lista para encajársela en el corazón y hacerle sentir quizás una pizca de lo que perdió, así sea solo un instante.

—¿Sabes que Cal buscó a alguien que pudiera ponerte remedio?

Abre y cierra la boca, en busca de algo astuto o al menos inteligente que decir; solo logra tartamudear:

—¿Q… qué?

—En Montfort —le explico—. Le pidió al premier que buscara un nuevasangre, un ardiente, una especie de susurro tan efectivo que pudiera revertir cualquier cosa que tu madre haya hecho contigo —casi duele ver en él los diminutos destellos de emoción más allá de su rabia o ansiedad; pugnan por salir a la superficie, pero la obra de Elara no cede y él aquieta su rostro al tiempo que escucha—. No lo encontró. Y aun si existiera, es imposible hacerte cambiar. Lo descubrí hace mucho, cuando fui tu prisionera. Tu hermano, en cambio… no lo creyó hasta hoy. Cuando te miró a los ojos.

El rey caído se sienta con lentitud en el sillón frente a mí. Estira las piernas y se desploma, suelta su acerada espalda. Entumido, pasa una mano por su cabello, juguetea con los negros rizos, iguales a los de Cal y a los de su padre. Mira el techo sin palabras, es incapaz de hablar. Lo imagino presa de arenas movedizas, desesperado por salir, opuesto a la insoportable naturaleza que su madre le otorgó. Es inútil. Su rostro se petrifica de nuevo, con ojos glaciales y encogidos, empeñado en ignorar lo que su corazón quiere sentir.

—Es imposible completar un rompecabezas sin tener todas las piezas o pegar un cristal roto —murmuro para mí, repito lo que Julian me dijo hace unas semanas.

Se incorpora, endereza la espalda. Una mano ahorquilla su muñeca, toca la piel donde antes estaba su brazalete. Sin él es impotente, inútil. Ni siquiera necesita guardias Arven.

—¡Cenra e Iris los ahogarán a todos! —sisea—. Por lo menos yo estaré muerto antes de que me pongan las manos encima.

—¡Qué consuelo!

—No me habría gustado verte morir —la admisión es práctica y específica, no oculta segundas intenciones, es solo la fea y desnuda verdad—. ¿Disfrutarás verme hacerlo?

Puedo responder con un poco de verdad.

—Una parte de mí lo hará.

—¿Y el resto?

—No —susurro—. No lo disfrutaré.

Sonríe.

—Me basta con eso. Es un adiós mejor del que merezco.

—¿Y yo qué merezco, Maven?

—Algo mejor que lo que te dimos.

La puerta se abre de golpe antes de que pueda preguntarle a qué se refiere. En tanto me levanto, doy por hecho que unos guardias me sacarán de aquí ahora que ya no formo parte de la coalición. En cambio, Farley y Davidson aparecen junto a nosotros. Ella mira a Maven con más fuego del que incluso Cal podría reunir y yo espero que lo desuelle vivo ante nuestros ojos.

—¡General Farley! —exclama Maven como si fuera a halagarla por adelantarse a su hermano en la realización de algunas cosas; ella gruñe en respuesta, como una fiera.

Davidson es más cortés y hace pasar al cuarto a alguien más. Advierto que la sala contigua está vacía, los vigilantes han sido retirados.

—Perdón por interrumpir —dice el premier y a una señal suya su acompañante, la nuevasangre de Montfort Arezzo, entra a la cámara. Yo pestañeo confundida en su dirección, si bien solo un segundo.

Es una teletransportadora, como Shade. Y extiende las manos.

—Es hora de que partamos —suspira Davidson a la par que nos mira.

Me sobresalto en cuanto Arezzo toma mi muñeca, aunque no soy la única que sujeta.

Antes de que la habitación desaparezca, reducida a nada, veo a Maven. Su cara es blanca, más pálida a cada segundo, y sus ojos azules se abren al influjo de un raro espanto. La mano de Arezzo está en la de él.



VEINTISIETE
Evangeline

La sala del trono se siente vacía sin los Rojos, más fría en cierto modo.

Anabel está demente si cree que podremos coronar a Cal mañana mismo. Es una mujer tonta y ansiosa. A ningún rey de Norta puede coronársele en otro sitio que no sea la capital, y llevará al menos unos días estabilizar Harbor Bay antes de que cualquiera de nosotros pueda marchar a Arcón. Y hay que considerar también las Grandes Casas que fueron leales a Maven; tendrán que arrodillarse, comprometerse con Cal y estar presentes en la coronación si el país ha de unirse de nuevo. Pero no lo digo, desde luego; que lo descubran ellos mismos. Un inestable rey Tiberias difícilmente dispondrá de tiempo para planear su matrimonio.

Por desgracia, tiene a Julian Jacos, y el lord arrullador es más apto para la política que lo que él será nunca. Desconoce a Anabel y sugiere que esperen una semana antes de la coronación. Cal acepta encantado su consejo, en este y en otros asuntos también.

Aun ahora, el rey se desploma en su trono, exhausto por la batalla y sus consecuencias, por estas sobre todo. No deja de mirar también de reojo a la puerta, con el deseo de que Mare regrese, aunque ya pasó casi una hora de su partida. Es probable que sus compañeros y ella hayan huido hace mucho a las distantes montañas de Montfort. Su familia la espera allá, Mare estará feliz de volver a su lado. ¡Ojalá yo pudiera hacer lo mismo y escapar a la Fisura!

O a Montfort, murmura una voz. En mi cabeza destellan las figuras del primer ministro y su esposo cuando presidieron nuestra cena, con las manos unidas y relajados y seguros de sí mismos, autorizados a ser como son. Me llevo un dedo a la sien para alejar con masajes mi leve dolor de cabeza. Todo parece imposible en este momento.

Pese a que Elane no está en la sala del trono, se halla cerca. Sufrió el viaje con mis padres y llegó esta tarde. Ardo en deseos de librarme de esta sesión del consejo para pasar unas horas con ella. No sé cuánto tiempo más deba estar aquí.

—Correré la voz —dice Julian, con las manos junto a Cal. En ausencia de los Rojos, la plataforma de la sala del trono resulta hilarante—. Caballeros y damas de las Grandes Casas serán convocados a la capital en el plazo de una semana, y tú esperarás, feliz de recibirlos. Después podremos coronarte rey —no da la impresión de que esté muy emocionado.

Cal asiente apenas, quiere acabar con todo esto. Sus ojos broncíneos están fijos en Julian ahora, quien se disputa con Anabel la atención del rey como niños en pos de la atención de su padre. Yo apostaría por Anabel; tiene las agallas necesarias para la corte y el ímpetu indispensable para eliminar a cualquiera que pueda rivalizar con el control que ejerce sobre su nieto.

Suspiro para mí, ya exhausta por la idea de una vida encadenada a él. El atractivo del poder de una reina me entusiasmó alguna vez. Me agrada pensar que Elane me hizo cambiar, aunque la amaba desde mucho tiempo antes, cuando me decía a mí misma que era solo un peón como Salin Iral, una dama Plateada por la cual apostar y en quien respaldar mis maquinaciones. Creo que la guerra ha obrado algo en mí, me infundió un temor que no había tenido nunca. No por mí, sino por Ptolemus y Elane, aquellos que más amo y que mataría por proteger, por quienes sacrificaría todo para mantenerlos cerca y a salvo. Ya he probado una corona, y sé que no se les compara.

Mi padre no comparte este sentir ni me permitirá abandonar mis deberes.

No le he mencionado mis sospechas sobre la última pieza del trato de Anabel y Julian. Podría estar equivocada. Quizá la reina Cenra e Iris quedaron satisfechas con Salin Iral, ansiosas de entregar a un rey a cambio de una sola gota de su venganza.

Sabes que eso no es verdad.

Ninguna de las dos es una tonta. No pagarían un precio tan alto por una presa tan insignificante.

Porque la verdadera presa es tu padre.

Lo miro de soslayo, la posición de sus hombros, erguidos y orgullosos bajo las curvas de su armadura de cromo, tan pulida que veo mi reflejo en ella. Luzco temerosa, con ojos demasiado abiertos e inquietos, rodeados con un maquillaje oscuro para ocultar mis ojeras. Combatí bien ayer, tanto así que mi hermano y yo seguimos vivos cuando gran parte de nuestra parentela falleció. Mi padre no ha dicho una sola palabra al respecto, nada que indique

que se siente satisfecho de que sus hijos, su legado, hayan sobrevivido. Volo Samos es tan duro como el acero del que procedemos. Incluso su barba es acicalada y mantenida con matemática perfección. Yo poseo esa misma pigmentación, su temperamento y su ansia, pese a lo cual ahora anhelamos cosas distintas. Él quiere poder, tanto como pueda consumir; yo busco libertad, deseo un destino propio.

Anhelo lo imposible.

—Por lo que se refiere a la boda imperial… —empieza Anabel pero ya no aguanto más.

—Me disculpo —espeto sin molestarme en mirar a nadie mientras me marcho. Aunque parece una claudicación, no me detienen, ni siquiera mi padre. Nadie dice una palabra.

Apenas estoy en las suntuosas escaleras cuando mi madre me alcanza. Siempre sisea de cólera, a imitación de sus serpientes. Jamás comprenderé cómo es posible que una mujer tan menuda pueda ocupar un pasillo completo.

—¡Hola, madre! Estoy bien, no te preocupes; no tengo un solo rasguño —murmuro.

Desdeña mi saludo. Al igual que mi padre, no parece importarle o angustiarle que yo haya encarado la muerte el día de ayer.

—¡Evangeline! —me reprende y planta las enjoyadas manos en sus caderas, hoy cubiertas con un verde pálido. Cuando arruga ligeramente la nariz, me doy cuenta de que no tengo su atención total; el resto está en un monigote que sigue todavía la sesión de consejo—. ¿Eres capaz de escalar los muros de Fort Patriot pero una simple reunión es demasiado para ti?

Tiemblo, trato de no pensar en la batalla. Hago a un lado el recuerdo con un poco de esfuerzo.

—No me gusta perder el tiempo —respondo con sarcasmo.

Entorna los ojos como solo una madre puede hacerlo.

—¿Ni siquiera en hablar de tu propia boda?

—No hay motivo —río—. No tengo nada que decir, así que ¿por qué habría de importar mi presencia? Además, Tolly me lo contará todo después, todas las órdenes de mi padre —escupo esta última palabra.

Parecería enrollarse, indignada y acechante.

—Actúas como si esto fuera un castigo.

Levanto el mentón. Todo en mi cuerpo, los hilos de acero de mi vestido, se tensa con mi ira.

—¿Y no lo es?

Reacciona como si la hubiera abofeteado e insultado a todos nuestros ancestros.

—¡No te entiendo! —levanta las manos—. Es lo que quieres, por lo que has luchado toda la vida.

Tengo que reír de su ceguera. Por más que espíe a través de miles de ojos, mi madre jamás verá a través de los míos. Mi risa la desconcierta, por lo menos. Miro su frente, sigo el contorno de su trenza cargada de piedras preciosas. Que nadie se atreva a asegurar que Larentia Viper no desempeña bien el papel de reina. *Tanto para nada*.

—Una corona te sienta bien, madre —suspiro.

—No cambies de tema, Eve —se exaspera y acorta la distancia entre nosotras. Con toda la calidez que puede reunir, posa ambas manos en mí como en un abrazo; no me muevo, estoy paralizada. Sus dedos suben y bajan por mis brazos, frotan mi piel desnuda. La imagen es casi maternal, mucho más de lo que estoy acostumbrada—. Pronto terminará, querida.

No, no es así.

Abandono lentamente su asedio. El aire es más cálido que sus manos, tan frías que podrían ser reptilianas. Aunque parece apenada por la repentina distancia, se mantiene firme.

—Tomaré un baño —le digo—. Mantén lejos de mí tus ojos y oídos mientras lo hago.

Frunce los labios, no promete nada.

—Todo lo que hacemos es por tu bien.

Doy media vuelta para marcharme, mi vestido silba a mis espaldas en tanto me alejo.

—No dejes de repetírtelo.

Cuando regreso a mis habitaciones, siento el deseo de romper algo, un jarrón, una ventana o un espejo; vidrio, no metal. Quiero hacer pedazos algo que no se pueda reparar. Resisto el impulso, sobre todo porque no deseo limpiar el desorden consecuente. Aunque todavía hay sirvientes Rojos en la Colina del Mar, son ya unos cuantos. Solo los que deseen proseguir con su oficio, o tener una mejor compensación, permanecerán en el palacio, o en cualquier empleo Plateado.

Me pregunto cuán lejos llegarán las repercusiones de la decisión de Cal. ¿Cuántas cosas cambiarán? La igualdad de los Rojos tendrá vastas consecuencias, no solo para el orden de mi recámara.

Me sumerjo en mi habitación, abro de golpe las ventanas conforme avanzo. La última hora de la tarde en la bahía es hermosa, llena de luz dorada

y una brisa fragante. Intento hallar algo de consuelo en eso, pero solo me enoja más. Se diría que el graznido de las gaviotas en el cielo se burla de mí. Pienso en derribar alguna, solo para ejercitar la práctica de tiro. En cambio, retiro las sedosas cobijas de mi lecho y me arrastro en él. Una siesta es mejor que un baño, lo único que necesito es que este día acabe.

Me paralizo cuando mi mano tropieza con un trozo de papel entre las sábanas.

La nota es breve, está escrita con letra curva y apretada, muy distinta a la elegante y ostentosa de Elane. A pesar de que no reconozco el estilo, no tengo que hacerlo. Muy pocas personas me dejarían notas secretas, y menos todavía podrían tener acceso a mi cama. Mi pulso se acelera en mi pecho, me quedo sin aliento.

Teníamos razón en llamar ratas a las de la Guardia Escarlata. Pienso que podrían vivir en las paredes.

Me disculpo por no haber podido darle esta invitación en persona, pero las circunstancias permiten poco más. Abandone Norta, deje la Fisura; venga a Montfort. Lady Elane y usted gozarán de toda clase de beneficios. Será bienvenida en las montañas, libre como lo desea. Deje atrás esta vida que no es otra cosa que un caparazón vacío. No se someta a ese destino. La decisión está en sus manos y en las de nadie más. No pedimos nada a cambio.

Casi arrugo la nota de Davidson a causa de tan flagrante descaro. *Nada a cambio*. Mi simple presencia es de suyo un gran obsequio. Sin mí, la alianza de Cal con la Fisura estará en peligro: el único aliado que le resta podría flaquear. De este modo, Davidson y la Guardia volverían a tener todo bajo su control.

Si está de acuerdo, ordene una taza de té a su habitación. Nosotros nos encargaremos del resto.

D

Estas palabras queman, se imprimen con fuego en mi mente. Las miro durante lo que semejarían horas, solo transcurren unos minutos.

La decisión está en sus manos. Nada podría estar más alejado de la verdad. Mi padre me perseguirá hasta el fin del mundo, sin importar quién se interponga en su camino. Soy su inversión, parte de su legado.

—¿Qué harás? —pregunta una voz conocida, más dulce que una canción.

Elane cobra vida en el extremo contrario de la habitación, su silueta se recorta contra la ventana. Aunque es hermosa todavía, en este momento no conserva nada de su resplandor y esto me causa aflicción.

Miro la nota en mi mano.

—Nada puedo hacer —murmuro—. Si… —ni siquiera soy capaz de decirlo en voz alta, incluso para ella—. Eso solo empeorará las cosas, para mí y para ti.

No se mueve, por más que yo querría que atravesase la recámara. Sus ojos permanecen fijos a lo lejos, en la ciudad y el océano.

—¿En verdad crees que no son pésimas ya para mí?

Su frágil y suave susurro me rompe el corazón.

—Mi padre te mataría, Elane. Te mataría si pensara… si supiera lo mucho que nos tienta *esto* —aprieto el mensaje.

¿Qué hay de Tolly? No puedo dejarlo solo, es el único heredero al trono de un reino pequeño e inestable. Las letras de la nota parecen bailar y difuminarse.

Con una sacudida, me doy cuenta de que estoy llorando.

Grandes lágrimas caen sobre la hoja, una por una. La tinta se esparce, mojada y azul.

—¡No sé cuánto tiempo más pueda vivir así, Evangeline! —la admisión es específica, concreta. Su rostro se desmorona y tengo que apartar la mirada. Dejo el lecho y paso a su lado, su pelirrojo matorral destella en el borde de mi visión. No me sigue al baño, me deja pensar.

Con manos temblorosas y lágrimas inagotables, hago lo que le dije a mi madre que haría. Me doy un baño y hundo el mensaje en el agua; permito que sus palabras, el ofrecimiento y nuestro futuro se ahoguen.

Al tiempo que me sumerjo en la calidez, me siento harta de mí, de mi cobardía, de todo en mi vida putrefacta. Sumo la cabeza y me hundo, dejo que el agua de la tina reemplace en mis mejillas las lágrimas todavía frescas. Bajo el agua, abro los ojos hacia el extraño y ondulante mundo inferior a la superficie. Exhalo despacio, veo las burbujas romperse a la deriva. Decido que puedo hacer una cosa, solo una cosa, en todo esto.

Mantener la boca cerrada.

Y permitir que Julian y Anabel jueguen sus cartas.

Mi cabello está húmedo todavía en la cena, recogido en una pulcra espiral en la base de mi cuello. Mi cara está descubierta a su vez, sin maquillaje ni

pintura de guerra. Es innecesario que porte mis adornos usuales en familia, aunque mi madre no da trazas de reparar en ello. Está vestida para una cena de gala pese a que somos solo nosotros cinco los que cenamos en el suntuoso salón de los aposentos de mi padre. Ella resplandece como siempre, enfundada en un vestido negro de manga larga y cuello alto que fulgura de púrpura y verde. Porta su corona también, entretejida en su cabello trenzado. Mi padre no tiene necesidad de su corona ahora; intimida por igual con ella y sin ella. Lo mismo que Ptolemus, viste un simple conjunto en negro. Elane parece tranquila junto a él, con ojos secos y vacíos.

Consumo mis alimentos sin charlar, tal como lo he hecho en los dos últimos platillos. Mis padres hablan suficiente por todos, aunque Ptolemus suelta unas palabras de vez en cuando. Me siento asqueada aún, con el estómago revuelto de malestar. A causa de mis padres y lo que quieren de mí, a causa de lo mucho que hago sufrir a Elane y también de lo que he hecho. Podría condenar a mi padre con mi silencio, e igual a su reino. Pero sencillamente no puedo decirlo.

—Las cocinas de la Colina del Mar son las que se llevan la peor parte de las nuevas proclamas del joven rey —observa mi madre mientras pasea la comida en su plato. Platillos antes deliciosos han sido reemplazados por un menú simple e insípido: pollo escasamente sazonado con verduras, papas cocidas y una especie de salsa aguada, comidas que cualquiera podría preparar, hasta *yo*. Sospecho que los cocineros Rojos del palacio han tomado licencia.

Mi padre corta en dos una pieza de pollo como si rebanara un cuello.

—No durará —es todo lo que dice, con palabras cuidadosamente elegidas.

—¿Qué te hace pensar eso? —Tolly, el apreciado heredero, tiene el raro privilegio de cuestionar a mi padre sin ninguna amenaza de consecuencia.

Eso no significa que él conteste. Guarda silencio, continúa masticando su carne insípida mientras hace una mueca.

Respondo en su lugar, intento hacer que mi hermano vea que lo hago.

—Forzará a Cal a toda costa —señalo a mi padre—. Demostrará que el país necesita mano de obra Roja.

El buen Tolly arruga la frente, pensativo.

—La tendrá de todas maneras. Los Rojos necesitan comer también. Con un salario justo…

—¿Y quién pagará ese salario? —estalla mi madre y mira a Tolly como si fuera un imbécil; raro en ella, lo adora, casi siempre, más que a mí—. Nosotros no, ¡desde luego! —habla sin parar, arponea su cena con

movimientos trémulos y tensos; la retorcida velocidad de un conejo, podría ser—. Eso no es correcto, no es *natural*.

Repaso las exiguas proclamas en mi cabeza, anunciadas y efectivas de inmediato: salario justo, libertad de tránsito, igual castigo y protección bajo la ley Plateada y…

—¿Y el alistamiento? —pregunto.

Nuestra madre azota la mesa con una mano.

—¡Otra tontería! El alistamiento es un buen incentivo, trabajar o servir en el ejército. Sin esto último, ¿por qué alguien elegiría lo primero?

Es una conversación ociosa y respiro con dificultad. Al otro lado de la mesa, Elane me dispara una mirada de amonestación. Es obvio que no me importa la falta de sirvientes, y que el nuevo mundo que Cal quiere erigir resultará en un gran trastorno, sobre todo para los Plateados, que acostumbramos defender nuestro lugar tradicional. Esto no durará, no puede durar; los Plateados no lo permitirán. *Pero lo hacen en Montfort, como dijo Davidson; su país surgió de uno como el nuestro*.

Recuerdo algo más, algo que me dijo solo a mí, allá en las montañas. Estaba tan cerca que susurró demasiado rápido, pese a lo cual sus palabras dieron en el blanco. *Se le niega lo que quiere a causa de lo que es. Una decisión que nunca tomó, una parte de usted que no puede ni quiere cambiar*.

Nunca me he concebido como similar a los Rojos, en ningún sentido. Soy Plateada de nacimiento, una princesa por los logros de un padre poderoso. Fui destinada a ser reina. Y si no fuera por el anhelo en mi corazón, los extraños cambios en mi naturaleza que apenas empiezo a comprender, sería una. Davidson tuvo razón en Montfort; igual que los Rojos, soy diferente a lo que mi mundo me exige que sea.

Ptolemus toma mi mano bajo la mesa con tacto amable y fugaz. Siento un brote de amor por él, y otro de vergüenza.

Una última oportunidad, entonces.

—Supongo que Elane vendrá con nosotros a Arcón —veo alternadamente a mis padres, quienes intercambian una mirada significativa, que conozco bien y no me agrada. Elane baja los ojos, se mira las manos—. Tendrá que permanecer con el resto de su Casa, jurar lealtad con Haven —explico fríamente y con razones sólidas.

No para mi madre, por lo que puedo ver. Deja su tenedor con un chasquido de metal sobre porcelana.

—La princesa Elane es *la esposa de tu hermano* —enfatiza sus palabras, que suenan como uñas sobre cristal. Habla como si Elane no estuviera aquí y

eso me irrita—. Y él, lo mismo que nuestra familia entera, ya ha demostrado su lealtad al rey Tiberias. No hay necesidad de que ella haga el viaje; volverá a la Casa del Risco.

Un pálido argento colorea las mejillas de Elane. De todas formas se muerde la lengua, sabe que no debe librar esta batalla.

Suelto un suspiro de exasperación. *Un largo viaje. ¡Qué montón de…!*

—En su carácter de princesa de la Fisura, ella debería estar presente en la coronación, para que el reino sepa quiénes somos. Fotografías y grabaciones circularán por toda la Fisura, así como en Norta. Nuestro reino debería conocer a su futura reina, ¿no es así? —mi argumento es frágil en el mejor de los casos y suena tan desesperado como me siento. Odio recordarle a quien sea, y en particular a mí misma, el título de Elane, porque procede de mi hermano, no de mí.

—No te corresponde decidirlo.

Cuando era niña, la mirada de mi padre me callaba, me paraba en seco. Aunque a veces reclamaba, eso me valía peores castigos. Así, aprendí a devolverle la mirada, pese a mi temor; a acometer de frente lo que me aterra.

—Ella no les pertenece a él ni a ti —me oigo replicar, como si fuera uno de los grandes gatos de mi madre.

No sé cuánto tiempo más pueda vivir así, me dijo Elane hace un momento.

Yo tampoco.

Su quijada es un mar de furia en tanto aprieta los dientes, incapaz de hablar.

Tolly se inclina, como si pudiera defenderme de nuestros padres.

—Eve… —murmura, así sea solo para poner fin a esta conversación antes de que las cosas tomen un giro peor.

Mi madre echa atrás la cabeza y ríe, con un estruendo agudo y horrendo. Me siento desdeñada, escupida, disminuida por alguien que en teoría debería quererme.

—¿Te pertenece a ti, Evangeline? —salmodia, sonriente aún. Quisiera abofetearla.

El temor en mí se funde en enojo, hierro que se convierte en acero.

—Nos pertenecemos una a otra —fuerzo un sorbo de vino.

Los ojos de Elane vuelan a los míos, me traspasan con su fuego.

—¡Jamás había escuchado algo más ridículo! —ríe mi madre y hace a un lado su plato—. Esto es incomible.

Mi padre me mira de nuevo.

—No durará —reitera y pienso que es una respuesta a nosotras dos.

Imito a mi madre y aparto mi plato intacto.

—Ya lo veremos —murmuro para mí. Ya he tenido bastante de esto, de todo esto.

Antes de que abandone la mesa, para retirarme por segunda ocasión en unas horas, Anabel Lerolan entra en la sala, seguida muy de cerca por sus guardias. Ni siquiera ella es tan presuntuosa para enfrentar a un clan Samos sin protección.

—Discúlpenme —inclina la cabeza y su corona centellea, refleja la tenue luz con un brillo cálido—, por la interrupción.

Frente a la reina Anabel, mi madre adopta al instante el manto de reina Larentia. Mejora su ya impecable postura, se endereza, baja los hombros. Con una mirada imperiosa, se vuelve hacia la abuela de Cal.

—Imagino que tendrá una buena causa.

La reina Lerolan asiente.

—¡Maven Calore se ha ido!

Ptolemus exhala a mi lado, casi sonríe. Lo mismo hacen mis padres, contentos de haberse deshecho al fin de Maven. ¡Cómo me gustaría haberlo visto, saber que por fin se ha extinguido el monstruo que nos aquejó tanto tiempo a todos!

Mi hermano habla primero, mira de frente a Anabel.

—¿Lo hizo el propio Cal?

Ella petrifica su expresión.

—Me refiero a que ya no se encuentra en este palacio.

Siento que mis pulseras se tensan un tanto en mis muñecas. En la mesa, la platería empieza a repiquetear, no a causa de mi cólera o la de Ptolemus, sino de nuestro padre. Volo enrosca un puño sobre la mesa y los tenedores y cuchillos se enrulan con él.

—¿Escapó? —entrecierra los ojos.

Aunque improbable, eso no es imposible. Muchos Plateados le guardan lealtad todavía, algunos de ellos de la Casa de Haven. Pudieron haber entrado sin esfuerzo al palacio, esconderlo y sacarlo. Mi mente da vueltas entre tantas posibilidades. La interferencia de Haven sería la peor de ellas, porque podrían reclamar a Elane.

Anabel sacude la cabeza, su ceño fruncido se ahonda a cada segundo.

—No lo parece —sisea.

Mi madre sorbe una inhalación.

—Entonces…

Concluyo la frase por ella.

—… se lo llevaron.

La vieja reina tuerce la boca.

—Sí.

—Los Rojos… —murmuro.

Por un endeble momento, pienso que Anabel podría explotar. Enseña los dientes.

—Sí.

El sol se ha ocultado cuando llegamos a los aposentos de Cal, en cuyo recibidor nos apretujamos como el día de ayer. Él camina furioso de un lado a otro, vestido aún con sus galas de la corte y tocado por su corona de oro rosáceo. Gira en torno a su tío Julian, sentado solemnemente con las piernas y los brazos cruzados. Una mujer se inclina a sus espaldas, con las manos pálidas sobre los estrechos hombros de él; es Sara Skonos, la sanadora de la piel. No habla, los deja a ellos, mientras sopesa sus palabras.

—La intención es obvia —se detiene Julian cuando entramos—. Dos reuniones del consejo en un día, ¡qué delicia! —dice cáustico—. Reina Larentia, gusto de verla.

En vez de mirar al lord arrullador, mi madre adopta la sonrisa más falsa que es capaz de esbozar. Tiene el mismo efecto.

—Lord Jacos —ronronea al tiempo que mantiene su distancia.

Agradezco en secreto que Elane no esté con nosotros, porque regresó a mis habitaciones. Su presencia añadiría tensión a una situación de suyo estresante.

Sin perder tiempo, mi padre se desplaza a una silla como un ave de presa en busca de percha. Mira a Cal, quien no cesa de moverse.

—Así que su hermano está en manos del enemigo…

Al otro lado del recinto, Julian frunce los labios.

—*Enemigo* es una palabra fuerte.

—Ya no están con nosotros —replica mi padre, sin molestarse en controlar su tono contra nadie—. Robaron un valioso rehén; eso convierte a Montfort y la Guardia en nuestros enemigos.

Aún en circulación, Cal se lleva una mano a la barbilla y encuentra la mirada de mi padre.

—¿Qué propone que hagamos, rey Volo? —pregunta—. ¿Que tome nuestros diezmados ejércitos, reúna a la flota y asalte una nación alejada para

recuperar a un adolescente inútil y destrozado? No estoy de acuerdo.

Casi puedo ver cómo se erizan los pelos en la nuca de mi padre. Aprieta la quijada.

—Mientras Maven respire, es una amenaza para Norta.

Cal asiente al instante, tiende una palma abierta.

—En eso coincido.

En otras condiciones, cualquier sacudida al naciente reinado de Cal sería motivo de celebración, pero hallo poco que vitorear aquí. En cambio, tomo asiento y me apoyo en el respaldo con un resoplido.

—La mayoría de las Grandes Casas te jurarán lealtad de cualquier forma —hablo sobre todo para mí—; saben que él está acabado.

Arriba de mí, Cal chasquea la lengua con expreso fastidio e imagino que le corto la cabeza.

—Eso no basta. Necesitamos un país unido para enfrentar a la comarca de los Lagos y las Tierras Bajas.

Detrás de nosotros, Anabel cierra la puerta y cruza la sala para situarse junto a su nieto. Su pose incesante ya se ha vuelto tediosa.

—Esas ratas sanguinarias están ansiosas de que nos matemos entre nosotros para devorar nuestros cadáveres.

La miro con desdén, recuerdo la primera vez que fue a la Fisura. Se comprometió entonces a que cualquier alianza con los Rojos sería efímera y a que Norta recuperaría sus tradiciones.

—Si no me equivoco —digo lo más inocentemente que puedo—, ¿acaso nosotros no planeábamos hacer lo mismo?

Me mira con aversión al tiempo que Cal continúa su paseo. Pasa entre nosotras, me protege por un momento. Fijamos uno en otro la mirada durante un segundo. Pese a que no me es posible hablar, intento comunicar lo que puedo. No confía en mí, no le importo; yo siento lo mismo por él. Aun así, nos necesitamos justo ahora, por más que esta idea nos repugne.

Desvía la mirada, enfrenta a mis padres de nuevo.

—No podemos perder de vista el verdadero peligro. La comarca de los Lagos retornará con toda su fuerza, y las Tierras Bajas la respaldarán.

—¿Qué le habrán prometido a Bracken a cambio de su ayuda? —se pregunta Anabel.

Mi madre no puede evitar una puya.

—No se aliaron con *quienes* secuestraron a sus hijos —se inspecciona la uñas.

Aunque calculo que la reina Lerolan le echará las manos encima, no se mueve.

Mi padre maniobra con voz escurridiza.

—Somos más que capaces de hacer dos cosas al mismo tiempo, rey Tiberias.

Cal responde con su acostumbrada vehemencia.

—No libraré dos guerras, Volo. Y tampoco usted.

Esta orden prevalece, nos impacta a todos. Incluso mi madre se arredra, mira temerosa a mi padre; por lo que podría hacer, por la forma en que podría reaccionar a tal insolencia.

Se miran uno a otro, de rey a rey. El contraste es absoluto. Cal es joven, un guerrero probado pero un político titubeante; movido por el amor, la pasión, un fuego que arde siempre dentro de él. Mi padre es mortífero en muchos sentidos, con las armas o las palabras, y es extremadamente frío, una estatua calculadora con un corazón que no es otra cosa que un agujero.

Esto podría ser el fin de todo, separar a la Fisura y a Norta, y a mí de Cal. Con todo, mi padre no lo haría nunca. Tiene sus planes, que yo ni siquiera puedo imaginar, y dependen de que Cal conserve su trono.

Volo habla despacio, como si se contuviera.

—No me refiero a una guerra con Montfort o con los criminales Rojos con que conspira —tiende las manos sobre las rodillas, exhibe sus muchos anillos y brazaletes, todos ellos letales bajo sus órdenes—, sino a golpearlos donde más les duele, quitarles la victoria que crean haber obtenido aquí. Sea usted un rey Plateado, un rey para su propio pueblo.

El lord arrullador toma la palabra y me preparo para oír su voz, siempre aterrada por su sonido.

—¿Qué sugiere?

Mi padre no condesciende a verlo.

—Sus proclamas serán un lastre para este país —le dice a Cal—. Revóquelas.

Para mi sorpresa, Julian suelta una carcajada que suena a una risa cortés; no estoy familiarizada con ella.

—¡Lo siento, su majestad, pero mi sobrino no puede revertir lo que hizo hoy! Eso no es fuerza, no es digno de un rey en absoluto.

Volo se vuelve por fin, deposita sobre Julian el peso entero de su mirada.

—Es un castigo adecuado por su traición Roja.

Esto toca en Cal una fibra sensible.

—Soy yo quien gobierna Norta, no usted —dice con toda claridad—, ni nadie más —dispara una mirada significativa hacia su tío y su abuela—. Las proclamas permanecen.

La respuesta de mi padre es rápida.

—No en mi reino.

Al igual que Larentia, siento que me estremezco cuando Cal da un paso al frente y acorta la distancia que lo separa de mi padre en una suerte de desafío.

—De acuerdo —mira al rey de la Fisura.

Se sostienen otra vez la mirada, sin distracciones ni pestañeos. ¡Ojalá pudiera darles un empujón y destruir todo esto para siempre!

Anabel tercia antes de que la balanza se incline a un lado u otro; se interpone entre ellos y posa una mano sobre el hombro de su nieto.

—Volveremos a este tema en la mañana, cuando tengamos la mente más despejada y una visión más clara de la situación.

Detrás de ellos, Julian se levanta y ajusta su atuendo.

—Estoy de acuerdo, su majestad.

Mi madre lo juzga razonable también y le hace señas a Ptolemus para que la siga. Me paro con ellos, exhausta. Mi padre es el único que sigue sentado; no será el primero en ceder.

Cal es menos propenso a esos juegos. Aparta la mirada y nos despide a todos con un gesto despectivo.

—Nos veremos mañana —hace una pausa y voltea, no en dirección a mi padre sino a mí—. Evangeline, ¿podríamos conversar un momento? —parpadeo, en realidad me siento traviesa; el resto del grupo no podría mostrarse más confundido—. En privado.

Tomo asiento de nuevo en tanto los demás se retiran, incluso mi padre, que se aleja con el resto de mi familia a remolque. Solo Ptolemus se vuelve, fija en mí un momento sus ojos; lo rechazo con un ademán. *Estaré bien, no tienes nada de qué preocuparte*.

Mientras que Julian consiente pronto a los deseos de su sobrino, Anabel se demora.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar? —nos mira a uno y otro.

—No, Nanabel —contesta Cal y la encamina a la puerta. Ella toma nota de su intención con un giro amargo en los labios e inclina la cabeza; es su rey y está obligada a obedecerlo.

Cuando la puerta se cierra detrás de ella, me relajo un poco, aflojo mi postura. Cal vacila, me da la espalda y oigo que toma un tembloroso respiro.

—Las coronas son pesadas, ¿cierto? —le digo.

—En efecto —se vuelve con renuencia; sin la presión del consejo y su familia, se desploma como yo, exhausto después de todos estos días, dispuesto a venirse abajo.

Elevo una ceja.

—¿Vale la pena?

No responde, camina en silencio hasta la silla frente a la mía. Se acomoda en su asiento, dobla una pierna, estira la otra, creo escuchar un chasquido en su rodilla.

—¿Lo vale la tuya? —dice por fin y señala mi frente vacía. A diferencia de lo que esperaba, no hay animosidad en sus palabras; está demasiado cansado para reñir conmigo.

Y no pienso que tenga sentido comenzar ahora.

—No lo creo —murmuro en respuesta.

La admisión le sorprende.

—¿Planeas hacer algo al respecto? —dice, con voz quizá teñida de esperanza.

Mi plan es no hacer nada, pienso para mí.

—No puedo hacer mucho —contesto— cuando él sostiene mi correa —sabe a quién me refiero.

—¡Evangeline Samos con una correa! —fuerza una sonrisa—. Parece imposible.

No tengo energía para corregirlo como se merece.

—¡Ojalá así fuera! —es todo lo que logro decir.

Se pasa una mano por el rostro, cierra los ojos un momento.

—Para mí también.

Tengo que reír. Las quejas de los hombres nunca dejan de asombrarme.

—¿Qué correa podría tener el rey de Norta? —inquiero con sorna.

—Varias.

—Tú mismo te pusiste en esta situación —subo los hombros, incapaz de sentir compasión por el joven frente a mí—. Ellos te dieron a escoger, una última oportunidad de cambiar las cosas antes de que se marcharan.

Se crispa, se inclina apoyado en los codos.

—¿Qué habría ocurrido si hubiera hecho lo que querían, arrojar este objeto infernal? —toma su corona, la lanza y al caer emite un ruido sordo, ¡qué teatral!—. Habría habido caos, disturbios, quizás otro conflicto civil y sin duda guerra con tu padre y tal vez con mi abuela también.

—Quizá.

—¡No me sermonees, Evangeline! —comienza a perder los estribos—. Cúlpame de todos tus problemas si quieres, pero no actúes como si no fueras parcialmente responsable de ellos.

Me avergüenzo y siento calor en las mejillas.

—¿Perdón?

—Tienes una opción también y no dejas de decidir quedarte aquí.

—Porque tengo miedo, Cal —susurro en lugar de gruñir.

Eso lo aquieta un poco, es una compresa fría sobre una quemadura fresca.

—Yo también —su voz se hace eco de mi pesar.

Sin pensarlo, digo lo que en verdad quiero.

—La echo de menos.

—Yo también.

Hablamos de dos personas distintas pero el sentimiento es el mismo. Se mira las manos como si le avergonzara amar a alguien que no puede tener. Conozco esa agonía, qué ancla es, cómo nos ahogará al final a los dos.

—¿Prometes guardar un secreto? —me inclino como él, podría tomar sus manos si quisiera—. Incluso de Julian y Anabel; *en especial* de ellos.

Levanta la mirada. Examina mis ojos, a la espera de cualquier trampa Samos que crea que estoy a punto de activar.

—Sí.

Humedezco mis labios y hablo antes de que mi cerebro pueda ordenarme que me detenga.

—Pienso que matarán a mi padre.

Parpadea confundido.

—Eso es ilógico.

—Bueno, no directamente *ellos*, pero… —por primera vez en la vida tomo la mano de Tiberias Calore y no me repugna la sensación. Le aprieto los dedos, quiero hacerlo comprender—. ¿En verdad crees que Cenra e Iris canjearon a Maven por alguien como Salin Iral?

—No, no lo creo —estrecha mi mano, su puño es más fuerte que el mío —. Y con tu padre muerto…

Asiento mientras sigue el hilo de mis ideas.

—La Fisura se extingue con él, regresa a manos de Norta —digo—. Ptolemus no tendrá el vigor para librar una guerra en ausencia de mi padre. Por bueno que sea para pelear, no fue hecho para eso.

—Lo encuentro difícil de creer. —Cal ríe y cambia de tono. Luego mueve los ojos y entreteje las cejas antes de suavizarse y comprender—. No has dicho esto a tus padres, ¿cierto?

Sacudo la cabeza.

Su boca cuelga y por fin se abre.

—Si estás en lo cierto, Evangeline…

—Dejaré que muera, lo sé —siseo para mí; desprendo mi mano, incapaz de tocarlo o mirarlo, furiosa. Miro el piso alfombrado, sigo los finos trazos de la habilidad artesanal Roja—. Siempre has pensado que soy terrible. ¿Es agradable saber que estás en lo cierto?

Sus dedos se sienten calidos en mi mentón, levanta mi cara para que lo mire.

—*Evangeline* —murmura, pero no quiero su lástima y lo aparto de un empujón.

—Espero que los dioses de Iris Cygnet no sean reales; ya me imagino los castigos que me tienen reservados.

Apoya la boca en sus nudillos, pasa la mano por sus labios. Asiente con ojos muy distantes.

—A todos nosotros.



VEINTIOCHO
Iris

La Ciudadela de los Lagos es el lugar más seguro en el que podría estar, los nervios y la inquietud me invaden, no ceso de mirar por encima del hombro. Solo veo guardias conocidos con sus uniformes azules que se confunden con la niebla de una lluviosa mañana de verano. Jidansa está aquí también; la vieja telqui nos sigue a mi madre y a mí en nuestro recorrido por los senderos que rodean los inmensos campos de entrenamiento. Su presencia es tan relajante como la de mi madre, e intento serenarme con su cercanía. A nuestros pies, varios regimientos del ejército lacustre se preparan para la guerra. Los que ya han combatido, las legiones que cedimos a Maven cuando éramos aliados, han merecido un necesario descanso. Estos otros soldados están frescos, listos para pelear, ansiosos de conquistar un país para la gloria de la comarca de los Lagos: las colinas, ríos y playas de Norta; sus poderosos barrios tecnológicos, bullentes de electricidad y valor económico. El reino de Norta es una mina de oro a la espera de ser reclamada.

Miles y miles de efectivos practican bajo la lluvia sin molestarse por el clima húmedo. Lo mismo puede decirse en todos los confines de nuestro reino. De la Ciudadela de las Nieves a la Ciudadela de los Ríos, el llamado se ha esparcido. Movilizamos a todos los que podemos reunir, Plateados y Rojos. El ejército de la comarca de los Lagos está congregado y listo para atacar. Tenemos los números, tenemos las habilidades. Nuestro enemigo está debilitado y solo resta que terminemos con su desdicha.

¿Por qué entonces me siento tan inquieta en lo más hondo de mi corazón?

Pasar revista a las tropas no requiere galas reales y las dos vestimos como los soldados a los que incentivamos, uniformes azules con ribetes de reluciente plata y oro. Mi madre ha dejado de usar incluso sus prendas de

luto, lo que no significa que hayamos olvidado a mi padre ni nuestra venganza. Esto pesa sobre nosotras como una roca. Lo siento a cada paso.

Cruzamos el último puente y llegamos a uno de los numerosos balcones que rodean la estructura central de la Ciudadela. Las ventanas reflejan los rayos del sol. Mi madre fija un paso rápido y nos conduce dentro. Aunque se supone que debemos encontrarnos con Tiora para comer, cuando llegamos a la sala preparada para nuestro almuerzo ella no ha llegado aún.

Mi hermana no acostumbra retrasarse.

Miro a mamá en busca de alguna explicación pero ella se limita a tomar asiento en la cabecera. Si a la reina Cenra no le molesta la ausencia de Tiora, tampoco a mí.

Tomo asiento al igual que ella, lista para aguardar el arribo de Tiora. Los vigilantes permanecen en la puerta y toman posiciones de flanqueo mientras Jidansa se sienta con nosotras. Es una noble del Linaje de Merin, antigua y distinguida familia de los Lagos, y nos ha servido desde hace muchos años. Al tiempo que la reina toma algo de pan, yo examino la amplia variedad de la platería: tenedores, cucharas… y cuchillos en particular. Cuento por costumbre las posibles armas en la mesa, sin olvidar los vasos llenos de agua, más devastadores que cualquier filo en mis manos.

Miro el agua, permito que llene mi percepción conforme contemplo cada vaso. La sensación es tan familiar como la de mi rostro, aunque diferente ahora por algún motivo, después de lo que ayudé a hacer a mi madre. Han transcurrido ya varios días desde nuestro trueque y no puedo sacármelo de la cabeza, el ruido sobre todo. La forma en que el señor Iral se ahogó con sus últimos suspiros, incapaz de repelernos. El tío del rey Calore, alguien llamado Jacos, es un arrullador, y él despojó a ese hombre de su espíritu de lucha antes que nosotras le pusiéramos las manos encima. Tal vez si él hubiera podido defenderse, no me sentiría tan extraña. Merecía morir, merecía un castigo peor que el que le propinamos; pero el recuerdo me llena todavía de la peculiar y desconocida sensación de la vergüenza, como si en cierto modo hubiera traicionado a mis dioses, actuado contra su voluntad y naturaleza.

Rezaré esta noche y espero hallar una respuesta en su sabiduría.

—Come antes de que el menú se enfríe —mi madre señala los platos frente a nosotras—. Tiora llegará en un momento.

Asiento y me sirvo mecánicamente. Es preciso tomar precauciones: nada de sirvientes Rojos, no mientras hablemos del camino a seguir. La Guardia Escarlata tiene ojos y orejas en todas partes; debemos estar atentas.

La comida consiste principalmente en pescado. Trucha a la mantequilla, rebanada y abierta, y frita con mantequilla y limón; perca amarilla cubierta con pimienta y sal; un reconstituyente estofado de anguila de lamprea, cuyas desprendidas cabezas se exhiben con orgullo en el centro de la mesa: sus hileras de dientes en espiral fulguran bajo la suave luz del comedor. Los demás platos contienen orejas doradas de maíz, verduras en vinagre y especias, panes trenzados… la habitual abundancia de los cultivos lacustres. Nuestras granjas son prósperas y variadas, capaces de alimentar al doble de nuestro país. Los lacustres nunca necesitamos comida, ni siquiera de los inferiores Rojos.

Me sirvo un poco de cada platillo con excepción de la lamprea, que reservo para Tiora. Es un gusto adquirido, por no mencionar que es su favorito.

Otro minuto transcurre en silencio, indicado únicamente por el tictac de un reloj de pared. Afuera se desata la lluvia, azota las ventanas sin piedad.

—El ejército no debería dispersarse hasta que amaine —murmuro—. Sería absurdo permitir que nuestros soldados enfermen y propaguen una epidemia de catarro.

—Es cierto —dice mi madre entre bocados y dirige una mano a Jidansa, quien se pone en pie al instante y ejecuta una cortés reverencia.

—Así lo haré, su majestad —dice antes de partir para transmitir la orden.

—El resto de ustedes esperen afuera —continúa mi madre y mira por turnos a cada guardia, quienes siguen sus órdenes de un salto.

Mirar la sala vacía me crispa los nervios. Sea lo que fuere lo que mi madre quiere decirme, no está destinado para una audiencia. Cuando la puerta se cierra de nuevo y nos quedamos solas, ella junta los dedos y se inclina.

—No es la lluvia la que te molesta, *monamora*.

Me debato un segundo entre negarlo o no; fingir una sonrisa, forzar una carcajada y una muestra de desdén. Pero no me agrada usar máscaras con mi madre: es deshonesto y, además, ella puede ver más allá de estas.

Suspiro y hago a un lado mi tenedor.

—No dejo de ver su rostro.

Se ablanda, pasa de reina a madre.

—Yo también extraño a tu padre.

—No —la palabra retumba demasiado rápido, asusta a mi madre; ensancha los ojos, más oscuros que de costumbre bajo la tenue luz—. No pienso todo el tiempo en él, sino… —busco la manera apropiada de decir esto, pero lo suelto con brusquedad—. Me refiero al hombre que matamos.

—Que matamos por sugerencia *tuya* —afirma sin alterarse; no es una acusación sino una simple enunciación de hechos.

Una vez más, siento una extraña vergüenza y el color se esparce por mis mejillas. Sí, fue idea mía aceptar la oferta de la reina Anabel, cambiar a Maven por el hombre que mató a mi padre. Y posteriormente, por el hombre para el cual lo mató, parte del trato que aún está por cobrarse.

—Lo haría de nuevo —jugueteo con mi comida para distraerme, me siento expuesta bajo la mirada de mi madre—. Él merece morir cien veces, pero…

Se tensa, con aparente dolor.

—Ya has matado antes, en defensa propia —abro la boca para tratar de explicar, solo para descubrir que ella continúa—: Pero no así —posa una mano sobre la mía y sus ojos brillan, llenos de comprensión.

—No —admito, decepcionada de mí. Fue una muerte justificada, el pago por la de mi padre. Así debía ser.

Toma mis dedos entre los suyos.

—¡Desde luego que se siente distinto! Se siente mal de alguna manera.

Me quedo sin aliento mientras miro nuestras manos unidas.

—¿Pasará? —me obligo a verla.

No corresponde mi mirada; se asoma a la ventana, a la lluvia oscurecedora. Sus ojos danzan con el agua restallante. ¿A cuántas personas ha matado?, me pregunto. No tengo manera de saberlo, y ninguna de descubrirlo.

—A veces —dice por fin—, otras no.

Antes de que pueda jalar ese hilo para desentrañar el sentido de sus palabras, Tiora entra a la sala, tras haber dejado a sus guardias en el pasillo junto con los nuestros. Durante la breve estancia de mi madre en Norta, contraria a todas las tradiciones de los Lagos, Tiora permaneció aquí para mantener a salvo las fronteras de nuestra nación, y listos a nuestros ejércitos para el paso siguiente del trayecto. Ella era la más apta para esa labor, que parece animarla en lo que transitamos de una guerra a otra.

La heredera del trono lacustre luce como cualquier otro soldado, con su uniforme arrugado y sin insignias. Podría ser una simple mensajera, si no fuera por la apariencia Cygnet, de pómulos salientes y una más saliente opinión de sí misma.

Se sienta con la gracilidad de nuestro padre y dobla sus largas piernas en la silla delante de mí.

—¡Qué delicia, me muero de hambre! —pica los diversos platillos con ambas manos. Le acerco el estofado, junto con el platón de cabezas de

lamprea. De niñas nos las arrojábamos una a otra. Tiora lo recuerda y me dedica una minúscula sonrisa.

Para entrar en materia, enfrenta a nuestra madre con la gravedad de un general.

—Tenemos informes de las Nieves, Colinas, Árboles, Ríos y Llanuras —recita los nombres de las demás ciudadelas esparcidas en la inmensidad de la comarca de los Lagos—. Todas están listas.

La reina Cenra asiente, complacida por la noticia.

—Como debería ser. La hora de atacar ha llegado, y ha llegado pronto.

La hora de atacar. No hemos hablado de otra cosa desde que regresé a mi patria. Ni siquiera he tenido tiempo de disfrutar de mi libertad más allá de los límites impuestos por el reino de Maven o nuestro matrimonio; mi madre me tiene en interminables revistas y reuniones. Después de todo, soy la única que ha afrontado a Tiberias y su contingente de desconocidos soldados Rojos, por no hablar de sus aliados de la Fisura.

Tenemos a Bracken y las Tierras Bajas de nuestro lado, pero ¿él es un mejor aliado que Maven?; ¿un mejor escudo contra el hermano Calore ahora en el trono? ¿Siquiera tiene caso preguntarlo? Nuestra decisión se tomó hace mucho tiempo. Maven es una carta que ya jugamos y que ahora hemos desechado.

Tiora prosigue:

—Más aún, todo indica que el nuevo reino de Tiberias Calore se divide otra vez.

Pestañeo en su dirección, olvido el alimento en mi plato.

—¿Cómo es eso?

—Los guerrilleros Rojos ya no están con él —contesta y yo siento que me tuerzo de la sorpresa—. De acuerdo con nuestros informes de inteligencia, la Guardia Escarlata, los extraños nuevasangre y los ejércitos de Montfort se esfumaron por completo. Creemos que retornaron a las montañas, o que pasaron a la clandestinidad.

Mi madre lanza un ruidoso suspiro en la cabecera y levanta una mano para masajear su sien.

—¿Cuándo va a entender alguien que esos reyes jóvenes son unos idiotas?

Tiora sonríe, divertida con el alarde de femenina frustración de mi madre.

Yo estoy más interesada en las implicaciones de la deserción Roja. Sin Montfort, los nuevasangre ni los espías de la Guardia, sin Mare Barrow, la balanza se inclina contra Tiberias Calore. Y es difícil entender por qué.

—Los Rojos no apoyarán a Tiberias en el trono —digo; aunque no conocí bien a Mare, vi lo suficiente para conjeturar. Combatió a Maven en cada oportunidad, aun como su prisionera; de seguro no soportará a otro rey—. Sin duda propusieron recuperar el país y construir uno nuevo y Tiberias se negó. Los Plateados gobiernan Norta todavía.

Después de ingerir un bocado de lamprea, Tiora sacude la cabeza.

—Eso no es del todo cierto. Hubo proclamas: más derechos para los Rojos de Norta, salarios, el fin de los trabajos forzados. Y también anularon su anterior política de alistamiento.

Abro demasiado los ojos, asombrada, pero igualmente incómoda. Si a los Rojos al otro lado de la frontera se les brindan tales beneficios, ¿qué sucederá con los de la comarca de los Lagos? ¡Será un éxodo, la locura!

—Tenemos que cerrar nuestras fronteras —digo al momento—, impedir que los Rojos emigren a Norta.

Mi madre suspira de nuevo.

—¡Es un completo idiota! —murmura—. Por supuesto que duplicaremos nuestra vigilancia en la frontera. No la dejaremos a merced de Calore para que nos cause más dolores de cabeza.

Tiora emite un zumbido gutural.

—Se causa a sí mismo dolores de cabeza también. Sus barrios tecnológicos se deterioran mientras hablamos, y con ellas cualquier poderío económico que pudieran haber tenido.

Nuestra madre ríe para sí, me le sumaría si pudiera. No puedo menos que pensar en la extrema estupidez de Tiberias Calore; apenas acaba de recuperar el trono y ya busca arrebatarle a su país sus mayores fortalezas. ¿En favor de quién? ¿De unos mequetrefes de sangre roja? ¿Arropado en el mito de la igualdad, la justicia, el honor o cualquier otro estúpido ideal que persiga? Río para mí. Me pregunto si, abandonado a sus recursos, el rey Calore se ahogará bajo el peso de su corona o será devorado por el monarca de la Fisura, que conjura para extraer lo que pueda de la así llamada Flama del Norte.

No será el único Plateado en el territorio de Norta en irritarse por las proclamas. Siento que una sonrisa se riza en mis labios y que se dobla de un lado mientras pienso.

—Dudo que a los Plateados de Norta les agrade eso —agito un dedo sobre el vaso de agua y el líquido gira con el impulso.

Mi madre intenta seguir el hilo de mis ideas.

—En efecto.

—Yo podría acercarme a algunos de ellos —continúo en tanto el plan cobra forma en mi cabeza—, para ofrecerles condolencias, o *incentivos*.

—Quizá sería posible atraerlos, así como a algunas regiones clave… —mi madre se ilumina.

Asiento.

—Esta guerra terminará entonces con una sola batalla. Caerá Arcón, y Norta con ella.

Frente a mí, Tiora aparta su estofado.

—¿Y qué hay de los Rojos?

La señalo con una mano abierta.

—Tú lo dijiste: han pasado a la clandestinidad, se han retirado, abandonado a Norta para que alguien la tome —con una sonrisa, miro por turnos a mi madre y mi hermana, y todos los pensamientos acerca de la muerte del señor Iral se evaporan en mi mente; tenemos cosas más importantes de que preocuparnos—. Nosotras debemos tomarla.

—¡Por nuestros dioses! —suelta Tiora y da un puñetazo sobre la mesa.

Ahogo la necesidad de corregirla y bajo la cabeza.

—¡Por nuestra protección!

Parpadea confundida.

—¿Nuestra protección?

—En este momento comemos aquí por temor a la Guardia Escarlata; los Rojos nos rodean, en nuestra nación y fuera de ella. Si su rebelión no cesa de extenderse como un cáncer, ¿adónde nos resguardaremos? —paso los dedos sobre los platos y vasos y señalo el salón vacío y las ventanas; la lluvia se ha reducido a un constante goteo y al oeste el sol se abre paso entre las grises nubes con diminutas escamas de luz—. ¿Y qué hay de Montfort, un país entero de Rojos y esos extraños nuevasangre contra nosotras? Debemos defendernos, volvernos demasiado grandes y demasiado fuertes para ser desafiadas.

Ninguna de ustedes ha estado allí, no han visto su ciudad, elevada sobre las montañas, donde Rojos, Plateados y nuevasangres viven unidos y son más fuertes gracias a esa unión. Aunque resultó sencillo escabullirse dentro de Ascendente y rescatar a los hijos de Bracken, no puedo imaginar un ejército que haga lo mismo. Cualquier guerra con Montfort será sangrienta para ambos bandos. Eso debe prevenirse, volverse imposible, antes de que comience siquiera.

Me armo de valor.

—No hay que darles la menor oportunidad de levantarse o enfrentarnos.

Mi madre reacciona con presteza.

—¡De acuerdo!

—¡De acuerdo! —añade Tiora con igual celeridad e incluso alza su copa, cuyo líquido claro despide gloriosos destellos entre las facetas del cristal.

La leve llovizna que cae afuera hace que me sienta un poco más tranquila; ansiosa a causa de lo que nos espera, pero satisfecha con el plan que ya se perfila. Si obtenemos la lealtad de las Casas que eran fieles a Maven, Tiberias se verá muy afectado, perderá aliados a diestra y siniestra. Un trono solitario no es precisamente un lugar envidiable.

Maven estaba solo también, por muchos consejeros y nobles que lo rodearan. Me alegra que jamás me haya forzado a compartir sus horas vacías, por lo menos más de lo necesario. Cuando él vivía, me asustaba, era impredecible: yo nunca sabía lo que él podía decir o hacer, y eso me condenaba a vivir siempre nerviosa. Apenas comienzo a recuperar el sueño perdido en su palacio, donde estaba demasiado cerca del monstruoso rey para tener consuelo.

—Me sorprende que no lo hayan ejecutado en público —cavilo en voz baja—; me pregunto cómo lo hicieron.

Veo a Maven en mi cabeza, mientras oponía débil resistencia a nuestros guardias. No lo vio venir. *Soy impredecible también*.

Mi hermana hunde su cuchara en el estofado de lamprea y no se la lleva a la boca; solo empuja el líquido de un lado a otro y el chapoteo llena el silencio.

—¿Qué sucede, Tiora? —la insta mi madre, quien ve más allá de ese despliegue.

Tiora vacila, aunque no por mucho tiempo.

—Se especula acerca de ese asunto —dice—. Él no ha sido visto desde que se lo llevaron al palacio de Harbor Bay.

Me encojo de hombros.

—Porque está muerto.

No me mira, no puede hacerlo.

—No es eso lo que creen nuestros espías.

Pese al calor de la sala y nuestra comida, siento un súbito escalofrío en lo hondo de mi pecho. Trago saliva, trato de entender… e ignoro el temor que amenaza con regresar. *No seas cobarde. Él está lejos, encarcelado si no es que muerto. Ya no es tu problema*.

Mi madre no comparte mis terrores, simplemente estalla.

—¿Para qué lo mantendrían vivo? Esos hermanos Calore no hacen otra cosa que burlarse uno de otro.

Intento ser más reflexiva. Hablo, así sea solo para encubrir mi malestar.

—Quizás el hermano mayor no se convenció de hacerlo, todo indica que es de corazón suave —*tiene que serlo para permitir que una chica Roja lo manipule como lo hace*.

Tiora es tan observadora como nuestra madre y trata de explicarse con amabilidad.

—Se rumora que Maven ya no está ahí.

La reina de los Lagos adopta una expresión ausente.

—¿Dónde podría estar?

Hay pocas opciones y las repaso con rapidez. Desde luego que una es más obvia que el resto, y demasiado torpe para esa Niña Relámpago. Al menos yo escapé de Maven Calore; al parecer, ella no puede hacerlo.

—Sospecho de Montfort —contesto—. Está con los nuevasangre y la Guardia; con Mare Barrow.

Tiora piensa al mismo tiempo que asiente.

—Así que cuando los Rojos abandonaron…

—Es un rehén muy valioso —le digo—. Si Maven sigue vivo, Tiberias es vulnerable; los nobles podrían ser leales a su hermano todavía.

Mi madre me mira como a una consejera, no como a una hija. Esto me hace estremecer y siento que me enderezo, que aplano el dorso contra el asiento para erguirme cuan alta soy.

—¿Crees que sea posible? —pregunta.

Retardo la respuesta un momento, sopeso lo que sé de Norta y sus Plateados.

—Esas Casas Plateadas solo andan detrás de un motivo para no apoyar a Tiberias, para aferrarse a su país tal como era —mi madre y Tiora, una reina actual, la otra futura, me miran en silencio; elevo la barbilla—. Démosles el motivo que buscan.



VEINTINUEVE
Mare

Cae la noche cuando llegamos a Ascendente, tras habernos deslizado por las montañas bajo una oscuridad casi cerrada. Trato de no pensar que caigo por las negras laderas aunque los pilotos son hábiles y hacen descender suavemente nuestro aeroplano en la pista alpina. El resto de la flota aérea de Montfort, así como las caravanas de vehículos que transportan al grueso de su ejército, se encuentran en el valle. Tendrán que ascender por el Paso del Halcón para llegar a la ciudad o emplear otros caminos a lo largo de Montfort para regresar a sus puestos. El país tomará entonces posiciones defensivas para proteger sus fronteras de la remota posibilidad de que los lacustres decidan probar su poderío contra las montañas, o instar a los saqueadores y la Pradera a hacer el trabajo por ellos.

Farley, Davidson, sus asistentes y yo emprendemos en silencio el trayecto a la capital y recorremos los escalones bajo un arco de relucientes estrellas. Miro el cielo en lo que avanzamos e intento llamar por su nombre a las constelaciones. Me niego a pensar en cualquiera de los hermanos Calore, tanto en el que dejamos en Norta como en el que marcha con nosotros, encadenado y a punta de pistola. Charla ocasionalmente, indaga acerca de Montfort. Nadie le contesta y su voz se apaga en un eco vacío. Poco antes de nuestro arribo a la casa del premier, bajan a Maven por otro tramo de escaleras, donde más guardias aparecen para flanquearlo. Montfort no se arriesgará a perder a otro prisionero. El antiguo rey de Norta no recibirá el buen trato que se concedió a los hijos de Bracken; él será trasladado al fondo de la ciudad, a la prisión bajo el principal cuartel de Ascendente. Intento no mirar su silueta mientras se empequeñece; no mira atrás.

Farley nos rebasa a todos, incluso a Kilorn, pese a sus lar gas zancadas. No tengo que ser una adivina para saber que no piensa más que en su hija,

quien permanece aquí con el resto de nuestra familia.

Davidson tuvo el tino de avisar de nuestra llegada, así que su palaciega residencia está encendida cuando nos aproximamos, con las principales ventanas y balcones iluminados por cálidas velas y luces. Conocidas figuras proyectan sombras en las piedras y nos enfilamos en dirección a ellas. Mi madre pone a Clara en manos de Farley, quien levanta a la adormilada y sonriente bebé. Veo de reojo que Davidson abraza a su esposo, Carmadon, antes de que mamá haga lo mismo conmigo. Aprieta mis hombros con fuerza y me estruja en su pecho con un profundo suspiro. Me relajo como solo puedo hacerlo con el resto de mi familia, a la que permito que nos guíe dentro y hasta nuestras habitaciones.

El reencuentro es emotivo como siempre, pese a que se ha vuelto un hábito: me marcho, enfrento la muerte y contra toda esperanza regreso de una pieza. Sé que mis padres me atarían para impedir que ese ciclo se repita, si creyeran en la efectividad de ese método. Pero dejan que tome mis propias decisiones, y además soy una nuevasangre, la Niña Relámpago. Hay pocos lazos que puedan retenerme. Por más que quisiera quedarme, la necesidad de seguir, de continuar la lucha, es siempre más fuerte.

Farley desaparece en su recámara, con Clara en su cadera y una sonrisa exhausta. Nadie la detiene. Necesita pasar tiempo a solas con su hija y se lo concedemos gustosos.

Mi familia se descuelga a la terraza de losas, repleta de más flores de las que recordaba; es un hecho que Tramy ha estado muy ocupado.

—¡Qué hermosas! —señalo un adorable arriate de botones blancos que se enrolla en el barandal. Él se deja caer en una silla con una sonrisa de satisfacción y Gisa se encarama en el brazo del asiento. Me desplomo junto a ambos, satisfecha de sentarme en un cojín plano y aplastado colocado sobre una losa.

—Mamá me ayudó —dice Tramy y apunta con un dedo hacia ella.

En el borde de la terraza, mamá agita una mano. Lleva el cabello suelto esta noche. Me acostumbré durante largos años a verla con trenzas torcidas y moños pulcros con los que se quitaba siempre el cabello de la cara. Pese a lo gris de su cabellera, luce más joven así.

—No hice otra cosa que seguirte con una regaderilla en la mano —dice.

Nunca había juzgado bella a Ruth Barrow. ¿Cómo podría serlo alguien, y menos todavía una pobre mujer Roja, junto a los Plateados? Pero Montfort le procura un resplandor, una saludable piel dorada que la hacen lucir. Incluso sus arrugas se han suavizado, y en este momento aparecen atenuadas por la

luz gentil de la lámpara. Papá se ve mejor que nunca, más sano de lo que jamás estuvo en Los Pilotes. Ha ganado peso donde más lo necesita, en los brazos y las piernas, al tiempo que su cintura luce más esbelta. Lo atribuyo a la buena alimentación y también, desde luego, a su pierna y pulmón reemplazados. Una vez que me saluda se refugia en su brusco e invariable silencio y reclama un asiento junto a Bree. El tiempo ha sido amable con todos ellos, en especial con Gisa; su cabello rojo oscuro refulge como aceite bajo la débil luz. La miro con su atuendo, un remozado uniforme de Montfort con los puños y el cuello profusamente bordados con hilos de colores, que revelan un patrón de flores y relámpagos de un púrpura radiante. Alargo una mano hacia ella y paso mis dedos por su cuidadoso trabajo manual.

—Puedo hacerte uno si quieres —mira mi uniforme, el rojo chillante del traje de la Guarida hace que arrugue la nariz—, para restar importancia a todo esto —agita las manos— y darte algo mejor que meras medallas.

Kilorn se sienta junto a mí encima de sus manos y cruza las piernas.

—¿A mí podrías hacerme uno también?

—Si se me antoja —contesta Gisa con su usual altivez y lo mira de arriba abajo como si evaluara a un cliente—. Peces en lugar de flores, supongo.

El exagerado mohín de Kilorn me provoca una sonrisa.

—¿Cuánto tiempo te quedarás esta vez? —la voz de mi padre es grave todavía, cargada de reproches. Miro sus oscuros ojos castaños; son iguales que los de Bree y de Tramy, de un tono más subido que los míos.

Mamá posa una mano en su hombro como si de esa forma pudiese inducirlo a hablar de otra cosa.

—¡Acaba de regresar, Daniel!

No la mira.

—Justo a eso me refiero.

—Está bien —miro a uno y otra, la pregunta es sincera y oportuna, debido sobre todo a las circunstancias recientes—. Para serte franca, no lo sé. Podría permanecer aquí varios días o algunas semanas, quizá meses —todos parecen alegrarse a medida que el periodo aumenta; me duele darles lo que podrían ser falsas esperanzas—. No sabemos todavía cómo caminarán las cosas.

Papá frunce los labios.

—Con Norta.

Sacudo la cabeza.

—Con la comarca de los Lagos, especialmente —los demás se mantienen inmóviles mientras explico, excepto Kilorn, quien arruga despacio la frente con profundas grietas de animadversión—. Ellos tienen todo el poder ahora.

Cal se consolida apenas en un país desgarrado y nosotros estamos a la espera de ver cómo se mueve todo. Si la comarca de los Lagos ataca…

Mi hermano mayor suelta un suspiro colérico y exasperado. Me mira porque no hay más que mirar.

—¿Ayudarás a repelerlos? —percibo un reproche en él, tal como sucedió con papá.

Me alzo de hombros. La causa de su frustración no soy yo, es la situación en la que aún me encuentro: tirada hacia el peligro, dividida entre monarcas Plateados, un arma que empuñar, un rostro que utilizar.

—No sé —murmuro—. Ya no somos aliados de Cal.

Kilorn se mueve a mi lado, incómodo por la losa. O por el tema.

—¿Y qué hay del otro?

En medio de la aglomeración de asientos, mi familia se sumerge en variados niveles de confusión. Mamá cruza los brazos y fija en mí una mirada fulminante que conozco demasiado bien.

—¿Quién? —pregunta, aunque lo sabe: quiere escucharlo de mí.

Aprieto los dientes y me fuerzo a contestar.

—Se refiere a Maven.

La voz de mi padre adquiere un tono avasallador que no le había escuchado.

—Ya debería estar muerto.

—No lo está y se encuentra aquí —gruñe Kilorn antes de que pueda detenerlo.

Una pulsación de furia recorre a mi familia; cada rostro enrojece, cada labio se frunce, todos los ojos se afilan con destellos de rabia.

—¡No empieces con dificultades Kilorn! —aunque le aprieto la muñeca el daño está hecho, el silencio en torno a nosotros resiente el agobio de la ira escarlata, tan intensa que casi siento su sabor.

Gisa habla al fin, con tono tan feroz como el de mi padre.

—Deberíamos matarlo.

Pese a que no es violenta, más apta para la aguja que para el cuchillo, luce como si fuera capaz de sacarle los ojos a Maven de tener la oportunidad. Aunque me sentiría culpable por provocarle este enojo, no puedo pasar más allá de la súbita oleada de amor, aprecio y orgullo.

Mis hermanos asienten poco a poco para expresar su acuerdo con ese sentir. Incluso podrían idear un plan descabellado para entrar ahora mismo a la celda de Maven.

—Es más valioso vivo —digo, así sea solo para detenerlo en seco.

—¡Me importa una mierda su *valor*! —espeta Bree.

Supongo que mamá lo reprenderá por su lenguaje pero la injuria no le molesta. De hecho, también su aspecto es decididamente homicida y por un segundo veo en sus ojos el violento amor de la reina Anabel, Larentia Viper e incluso Elara Merandus.

—Esa criatura me quitó a mi hijo y te llevó lejos.

—Aquí estoy, mamá —trago saliva a causa del doloroso recuerdo de Shade.

—Sabes a qué me refiero —replica—. Yo misma le cortaré el cuello.

Lo más inquietante de todo es el silencio de papá. Es por naturaleza un hombre callado, pero no cuando se trata de despreciar a los Plateados. Lo miro y me doy cuenta de que no hablará; está impedido de hacerlo. Su rostro, de un granate enfurecido, hierve con un odio estable y creciente. Si abre la boca, quién sabe lo que saldría de ella.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —miro al resto de la familia.

—Sí, háganlo, por favor —apenas logra papá decir entre dientes.

—Todos se ven muy bien —digo—. Es Montfort…

Aunque está enfadada, mamá baja la cabeza en muestra de aceptación. Me interrumpe para contestar por todos.

—¡Este país es un sueño, Mare!

Mi natural afán de dudar de todo se activa, pese a lo que sé de Davidson. Pero no conozco su país ni su ciudad, tampoco a los políticos que sirve y las personas que representa.

—¿Demasiado bueno, quizá? —inquiero—. ¿Creen que cuando despertemos tengamos dificultades, nos encontremos con que algo ha marchado muy mal?

Suspira, miran las luces destellantes de Ascendente.

—Siempre hay que ser cautelosos, pero…

—No lo creo —papá remata limpiamente el juicio de ella, con pocas y expresivas palabras—. Este lugar es distinto.

Gisa asiente.

—¡Jamás había visto a Rojos y Plateados convivir de esta manera! En Norta, cuando iba a vender con mi patrona, los Plateados ni siquiera nos veían, no permitían que los tocáramos —sus ojos castaños, iguales a los míos, se encienden al recordar cómo era su vida hace mucho tiempo, antes de que un oficial Plateado le despedazara la mano con la que cosía—. Aquí no sucede lo mismo.

Tramy se recuesta en su asiento, una parte de su cólera se disipa. Es como un gato cuando se alisa el pelo después de un susto.

—Nos sentimos como iguales.

Me pregunto sin remedio si esto se debe a mí. Ellos son los parientes de la Niña Relámpago, un tesoro para el primer ministro de Montfort, ¡por supuesto que debían tratarlos bien! Pese a todo, no les digo nada de esto, así sea solo para preservar un poco de paz en una noche tumultuosa. Después de esto, la conversación se torna mucho más placentera.

Amables y sonrientes sirvientes nos sirven una cena muy variada. El menú es sencillo pero abundante y sabroso, y va de pollo frito a moras azucaradas de un oscuro color púrpura, embarradas en pan tostado. La cena está principalmente destinada a Kilorn y a mí, pero Bree y Tramy se sirven porciones completas. Gisa favorece una charola de quesos y frutas, en tanto que papá no se separa de un platón de carnes frías y galletas saladas que comparte con mamá. Cenamos despacio, hablamos más que comer; yo casi solo escucho, para permitir que mis hermanos me obsequien las historias de sus exploraciones por Ascendente. Bree nada en el lago cada mañana; a veces despierta a Tramy para que lo acompañe, le arroja agua helada en la cabeza. Gisa posee ya un conocimiento casi científico de las tiendas y los mercados, así como de los jardines situados en el compuesto del premier; le gusta caminar con Tramy por las elevadas praderas. Mamá prefiere los jardines de la capital, adosados en las laderas. Papá cultiva sus dotes de andarín y cada día se aventura más lejos en el valle para fortalecer sus nuevos músculos y reaprender a usar dos piernas mediante el hecho de subir y bajar innumerables peldaños.

Kilorn interviene tanto como puede, detalla nuestras proezas desde nuestra más reciente estancia en Montfort. El surtido es escaso, y él lo bastante apropiado para omitir los aspectos más embarazosos o inquietantes, lo que incluye toda mención de Cameron Cole. Aunque lo hace por el bien de Gisa, pienso que ya no está enamorada de mi mejor amigo, a juzgar por la forma en que habló de un chico de la joyería en la que trabaja.

Mis párpados empiezan a cerrarse por fin; ha sido un día largo y difícil. Intento no acordarme de mi despertar de esta mañana, bajo las tinieblas de la habitación real de Cal y con sus cobijas sobre mi cuerpo. Esta noche dormiré sola, aunque no propiamente: Gisa estará al otro lado del cuarto. No puedo dormir todavía sin la presencia de alguien, o por lo menos no he tratado de hacerlo desde que escapé de la prisión de Maven.

No pienses en él, canturreo para mí en lo que me dispongo a acostarme y repito esas palabras una y otra vez.

El rostro de Cal aparece inscrito con fuego en mis párpados y Maven persigue incluso mis sueños más efímeros y distantes. ¡Qué verdadero par de idiotas! Nunca me dejan sola.

En la mañana, mis nervios bullen de energía. Es un tirón constante, un jalón detrás de mi estómago, como si alguien hubiera rodeado mi espalda con un gancho. Sé adónde quiere que vaya, abajo, a la capital, al cuartel central de Ascendente. Ese edificio se levanta sobre la cárcel de la ciudad, construida contra la roca de la cuesta. Hago por no imaginarlo solo tras las rejas, caminando de un lado a otro como un animal moribundo. Apenas puedo entender el motivo de que desee verlo; quizás alguna parte de mí sabe que él es útil todavía, o quiere comprenderlo un poco más, antes de que el tiempo se agote. Nos parecemos en cierto modo, tal vez demasiado. Yo conozco ya la oscuridad, él vive ahora en ella. Representa aquello en lo que podría convertirme sin mi familia, sin un ancla, si se me empujara al abismo.

Maven *es* el abismo. No puedo enfrentarlo todavía, no soy tan fuerte para hacerlo. Se reirá en mi cara, se burlará y me torturará, apretará demasiado las tuercas. Debo sanar un poco antes de que él sea capaz de abrir de nuevo mis heridas.

En vez de bajar a la ciudad, subo. Y subo. Y subo.

Sigo al principio el camino que tomamos para subir a la montaña el día en que los saqueadores irrumpieron en el valle. Ahora sabemos que ese fue un ataque planeado, destinado a distraernos para que los lacustres pudiesen rescatar a los hijos del príncipe Bracken. Los saqueadores cobraron por hacerlo, y cobraron bien. Pateo las piedras a mi paso, reproduzco en mi mente esa batalla. El silencio se clavó en mi cuerpo como algo vivo y antinatural bajo mi piel, reemplazó con el vacío mi relámpago. Hago a un lado ese pensamiento con una maldición y me desvío del sendero, hacia las rocas y los árboles.

A medida que transcurre el tiempo, el aire parece quemar mis pulmones, calcina mi garganta, igualado únicamente por el fuego en mis músculos. Gimen a cada nuevo paso, a cada pie que avanza y sube sobre las rocas. En las zonas sombreadas se acumula nieve, blanca y pura aun en el verano tardío. Está cada vez más frío conforme escalo y mis pies se deslizan sobre la tierra y

las agujas de los pinos, la grava y las rocas desnudas. Pese a mi dolor, persisto.

Algunos arroyos descienden por la ladera para depositarse muy abajo en el lago. Doy media vuelta y miro las brechas entre los pinos, en el valle. Las montañas hacen que Ascendente luzca pequeña, el juguete de un niño a la distancia. Blancos edificios se alzan en torno a calles tan estrechas como listones y a escaleras sinuosas. Se diría que la cordillera es interminable, un muro dentado de piedra y nieve que divide el mundo por la mitad. Arriba, el azul claro del cielo me invita a continuar mi ascenso. Me detengo a beber en los ríos, y a rociar mi cara roja y sudorosa.

De vez en cuando saco de mi mochila unas galletas o unas tiras de carne salada. Me pregunto si el olor sería capaz de atraer a un oso o un lobo hasta mí.

Tengo mi relámpago, por supuesto, tan cerca como la respiración de mis pulmones, pero ningún predador acecha. Quizá saben que soy tan peligrosa como ellos.

Salvo por uno.

En un primer momento lo confundo con una excrecencia rocosa, recortada contra el perfecto azul, aún con sus grises ropajes. Los pinos escasean en las alturas, brindan poca sombra contra el sol de mediodía. Tengo que parpadear y frotarme los ojos para precisar lo que veo.

A quién veo.

Mi relámpago parte en dos la roca de granito a sus pies. Él se aparta antes del impacto, resbala sobre las piedras.

—¡Bastardo! —avanzo rápido, la súbita adrenalina aumenta en mi sangre, me domina tanto como la frustración que experimento. Porque sé que por veloz que sea, por fuerte que sea mi relámpago, no lo alcanzaré jamás.

Jon me verá venir siempre.

Su risa retumba sobre la cuesta, baja de lo alto. Gruño para mí y sigo ese ruido, permito que él me conduzca. Cuanto más ríe, más trepo. Cuando hemos abandonado ya el área arbolada y estamos en terreno demasiado elevado para que crezca cualquier cosa, el aire se ha vuelto frío y áspero. Ahogo un jadeo de irritación, accedo a que la temperatura sacuda mis pulmones. Y me desplomo, incapaz de proseguir; renuente a permitir que Jon, o cualquier otro, determine adónde voy y lo que hago.

Pero sobre todo, estoy exhausta.

Me recargo en un gran peñasco alisado por siglos de vientos y nevascas inclementes.

Respiro con dificultad. Quizá nunca recuperaré el aliento, así como jamás alcanzaré al maldito vidente.

—La altitud —dice su voz—. Lo complica todo si no estás acostumbrado a ella. Incluso tu príncipe de fuego se las vería negras para escalar su primera montaña.

Estoy demasiado cansada para hacer algo más que mirarlo con ojos entrecerrados. Se eleva sobre mí con sus largas piernas. Está bien cubierto contra el clima de montaña, con una chamarra gruesa y gastadas botas. ¿Hace cuánto tiempo echó a andar o cuánto me ha esperado aquí?

—Sabes tan bien como yo que ya no es príncipe —elijo con mucho cuidado mis palabras. A lo mejor consigo que revele algo, así sea solo un destello del futuro que nos aguarda a todos—. Y sabes por igual durante cuánto tiempo será rey.

—Sí —sonríe ligeramente; desde luego que intuye lo que pretendo y dice solo lo que quiere.

Suspiro de nuevo y aspiro aire para mis ansiosos pulmones.

—¿Qué haces aquí?

—Disfruto el paisaje.

No me ha mirado aún, dirige sus rojos luceros al horizonte. La vista frente a nosotros es impresionante, más espléndida que trescientos metros abajo. Me siento grande y pequeña, todo y nada, aquí sentada en la orilla del mundo. Mi respiración se nubla ante mis ojos, en testimonio del frío. No podré quedarme mucho tiempo si quiero bajar antes que anochezca.

Ojalá pudiera llevarme conmigo la cabeza de Jon.

—Te dije que esto ocurriría —murmura.

Gruño y le enseño los dientes.

—¡No me dijiste nada! Mi hermano estaría vivo si lo hubieras hecho. Miles de personas…

—¿Has considerado la alternativa? —suelta—. ¿Que lo que hice, lo que dije y lo que no, lo que hice y lo que no, salvó a *más personas*?

Cierro un puño y pateo, una ducha de grava se arrastra por la pendiente.

—¿Has considerado *la posibilidad de no meter las narices en todas partes*?

Estalla en carcajadas.

—En numerosas ocasiones. Pero me involucre o no, veo el camino, el destino. Y a veces no puedo permitir que ocurra.

—¡Qué amable que seas tú quien decide! —digo con la amargura que siempre me hace sentir este desdichado nuevasangre.

—¿Te gustaría esa carga, Mare Barrow? —replica y desciende para que estemos sentados lado a lado. Sonríe con tristeza—. Pienso que no.

Tiemblo bajo su atención carmesí.

—Dijiste que me levantaría, y que lo haría sola —repito sus palabras de hace tiempo, pronunciadas en una abandonada ciudad carbonífera cubierta a medias por la lluvia. Ese era mi destino, y lo he visto volverse más cierto cada día. Cuando perdí a Shade, cuando perdí a Cal, aunque también en el desapego constante, la fría mano que parece interponerse entre todos los que amo y yo. Por más que intente ignorarla, no puedo menos que sentirme diferente, destrozada y furiosa, y por tanto sola, con apenas una única persona a la que en verdad comprendo. Y es un monstruo.

Perdí a Maven también. La persona que él pretendía ser, el amigo que amé y necesité cuando estaba tan sola y asustada. *He perdido a muchos*.

Pero he ganado a muchos otros. A Farley, a Clara. Mi familia continúa a mi lado, a salvo, con excepción de Shade. Kilorn no ha flaqueado nunca en su lealtad y su amistad. Tengo a los electricones, nuevasangres como yo, que me demuestran que no estoy sola. El premier Davidson y lo que espera hacer. Todos ellos superan en número a los que he perdido.

—No creo que tuvieras razón —murmuro, no muy convencida; él se sacude, su cuello chirría y me observa con fijeza—. ¿O ese camino ha cambiado también? —aunque no soporto su mirada, me obligo a verlo. Para buscar una mentira o la verdad—. ¿Yo lo cambié?

Parpadea con lentitud.

—No cambiaste nada.

Siento ganas de imprimir un codo en su garganta, su estómago o su cráneo. En cambio, echo atrás la cabeza para mirar el cielo. Él también mira, ríe un poco.

—¿Qué? —me vuelvo.

—Te levantarás —apunta al valle trescientos metros abajo, y luego a mi pecho—. Y lo harás sola.

Esta vez le doy un ligero golpe en el brazo, pese a que querría infligirle más dolor.

—Sé que no hablabas de subir una montaña —reclamo—. No más el rayo, sino la tormenta; la tormenta que devorará al mundo entero.

Se yergue y asoma a la cordillera otra vez, su respiración se convierte en vapor en el aire frío.

—Quién sabe de qué hablaba.

—De *qué* hablas.

—Y conservaré esa carga sobre mis hombros, muchas gracias. Nadie más la necesita.

Río.

—Actúas como si te agradara determinar nuestro destino por encima de nosotros —me muerdo el labio, sopeso de nuevo mis opciones. Una insinuación suya podría ser sumamente valiosa, o terrible, y arrojarme a un camino de su elección. Debo correr el riesgo y juzgar con extremada prudencia lo que dice—. ¿Podrías condescender a dar una opción más allá de simples palabras y escuetas sugerencias?

Levanta una comisura pero sus ojos se ponen vidriosos, casi tristes.

—Tu amigo es mejor para pescar que tú.

Un aire frío silba en mi garganta con mi inhalación.

—¿Qué sabes acerca de Kilorn? —mi voz sube una octava. Él no es nadie para Jon, para los gigantescos lances de los reinos y el destino. No debería ocupar el mínimo espacio en su cabeza, en comparación con el millar de cosas horribles y peligrosas que debe mantener ahí. Me acerco para tomarlo del brazo pero él rehúye por completo mi tacto.

Me mira con sus ojos color carmín, gotas gemelas de sangre.

—Es el catalizador de todo esto, ¿no? De la parte que te corresponde en esto, por lo menos —contesta—. El pobre amigo condenado al alistamiento que solo contaba contigo para que lo salvaras.

Sus palabras son lentas y metódicas, acompasadas. Me concede tiempo para juntar las piezas de esta sección del rompecabezas. Intento no saber, no aceptar lo que me mira a la cara. Querría matarlo, azotar su cabeza contra la roca. Pero no puedo moverme.

—Porque perdió su puesto de aprendiz —digo temblorosa—. Porque su patrón murió.

—Porque su patrón cayó —no es una pregunta, él sabe exactamente qué le pasó al viejo Cully, el pescador del que mi mejor amigo era asistente. Un hombre sencillo, encanecido antes de tiempo, como el resto de nosotros.

Las lágrimas acuden a mis ojos. He sido un títere durante demasiado tiempo, más del que creí posible.

—Tú lo empujaste.

—Empujo a muchas personas, en formas muy distintas.

—¿Empujaste a su muerte a un inocente? —indago.

Algo cambia en él, como una lámpara que se apaga o se enciende. Modifica su atención. Se recompone y resuella, con voz repentinamente clara, más enérgica. Como si se dirigiera a una multitud de soldados, no solo a mí.

—La comarca de los Lagos atacará Arcón dentro de poco —dice—, en unas semanas. Se prepara mientras hablamos, entrena a sus ejércitos más allá de la perfección. Tiberias Calore es débil y los lacustres lo saben —no tengo el corazón ni las agallas para discutir; está en lo cierto y continúa—: Si toman la ciudad, Tiberias nunca recuperará Norta, este año, ni el siguiente, ni dentro de cien.

Aprieto los dientes.

—¿Cómo sé que no mientes?

Me ignora y prosigue.

—Si la capital cae en poder de la reina de los Lagos, el camino se tornará largo y sangriento, peor que todo lo que has experimentado antes —entreteje los dedos en su regazo, los nudillos se le ponen blancos contra el gris de sus prendas—. Ni siquiera yo puedo ver con claridad el final de ese camino, pero sé que es terrible.

—No me agrada ser una pieza de ajedrez para ti.

—Todos somos el peón de otro, Mare, lo sepamos o no.

—¿Tú de quién eres peón?

No responde, alza los ojos al frío y claro cielo. Con un último suspiro se pone en pie y se desembaraza de las rocas.

—Deberías marcharte —señala montaña abajo.

—¿Puedo transmitir tu mensaje? —le pregunto con tono cáustico. Recibir órdenes de él es lo último que deseo ahora, aun si acierta; preferiría congelarme antes que darle esa satisfacción.

—Para que evites *eso* —apunta con la barbilla al norte, donde un cúmulo de nubes se congrega más allá de los picos—. Se avecina una tormenta.

—Yo puedo manejar las tormentas.

—Haz lo que quieras —sube los hombros y se ajusta la chamarra—. No nos volveremos a ver, Mare Barrow.

Aún en el suelo, le dirijo una mirada despectiva.

—Bien.

No contesta, se da la vuelta para continuar con su ascenso.

Veo que su figura se empequeñece, un hombre gris contra las piedras grises, hasta que por fin desaparece.

Para levantarse, y hacerlo solo.

Una tempestad se desata en la cumbre tan pronto como me adentro en el bosque y escapo del aullido del viento y de la lluvia helada. Descender me

duele casi tanto como subir, las rodillas se desgarran con el duro impacto de cada paso. Tengo que fijarme en dónde pongo el pie, no sea que me rompa un tobillo entre las piedras sueltas y las agujas de los pinos que se apilan en el sendero. Encima de mí, en lo alto de la montaña, retumba un trueno grave, tan vivo como mi palpitante corazón.

Llego a Ascendente al tiempo que el sol se hunde bajo los picos al otro lado del valle. Aunque me siento adolorida por el ascenso y atribulada por la conversación, acelero el paso cuando entro en el palacio del premier. Paso junto a soldados y oficiales de Montfort, así como a políticos de finos trajes, aglomerados en la planta baja del edificio al salir de reuniones o dirigirse a ellas. Me escudriñan cuando me ven, pero no me temen; no soy un fenómeno aquí.

Dos cabezas de excéntrico cabello, uno azul, otro blanco hueso, sobresalen entre el alud de trajes y uniformes verde oscuro. Son Ella y Tyton. Mis amigos electricones reposan en uno de los nichos con ventanas, adonde se han retirado para que los dejen en paz.

—¿Me esperan? No deberían hacerlo —sonrío, con una respiración todavía entrecortada por el ascenso.

Tyton me mira de arriba abajo, con un mechón blanco sobre su rostro. Se recuesta tranquilamente y planta una larga pierna sobre el asiento de enfrente.

—No deberías subir montañas sola —dice—, sobre todo si no eres buena para eso.

—Y tú deberías pasar más tiempo con mis hermanos —replico un tanto mordaz—, son mejores que tú para burlarse de mí.

Su inmediata sonrisa no sube hasta sus oscuros ojos y nuestra colega Ella resopla.

—Todos están en la biblioteca de Davidson; la general Farley y el resto —señala el pasillo.

Se me retuerce el estómago ante la perspectiva de enfrentar una sesión de consejo más. Aprieto los dientes.

—¿Cómo me veo?

La chica lame sus labios en lo que pasa sus ojos sobre mí.

Tyton es menos diplomático.

—Su duda es respuesta suficiente, aunque no tienes tiempo para ponerte tu pintura de guerra, Barrow.

—¡Cierto! —gruño y los dejo atrás.

Aliso mi cabello para ocultar con una trenza apresurada los enredos provocados por el viento. *El resto*. ¿Quién más podría estar con Farley y el

premier?

La biblioteca no es difícil de encontrar. Está un piso arriba y ocupa un largo tramo del ala este del palacio. Los vigilantes que flanquean la doble puerta no me detienen cuando me acerco, permiten que pase sin decir nada. Como todo lo demás en este edificio, la biblioteca es brillante y alegre, con tableros de roble laqueado y reluciente. La cámara está recubierta por una doble hilera de anaqueles, y el segundo piso rodeado por un angosto rellano con barandal en bronce. Soldados de la Guardia lo ocupan ahora, esplendorosos en sus rojos uniformes y con las armas a la vista. Me ven cuando entro, tensos y listos para proteger a las personas bajo su cuidado si yo representara una amenaza.

Son los generales Rojos de la comandancia.

Farley está sentada con ellos en el centro de la sala, sobre sillones de cuero verde dispuestos en semicírculo. Ada también está con ellos, a su regreso de largas semanas en la comandancia; permanece a un lado con los brazos cruzados, observa todo en silencio. Esboza una sonrisa cuando me acerco.

Frente a los oficiales de la Guardia, en los sillones correspondientes, se encuentran los oficiales y políticos de Montfort, con Davidson al centro. Murmuran entre ellos sin inmutarse por mi presencia, o quizá la esperaban.

Me siento sucia aquí de nuevo, apestosa a frío y montaña, aunque no debería preocuparme; los generales de la comandancia están tan desaliñados como yo, si no es que más, recién llegados de su cuartel general itinerante, dondequiera que esté. Se asemejan a Farley, no en su apariencia sino en su actitud, si ella tuviera treinta o más años en su haber, una existencia de supervivencia arduamente transitada y ganada. Los tres hombres y las tres mujeres tienen todos el cabello gris, y tan corto como el de Farley. Me pregunto si ella quiso imitarlos, porque a pesar de sus semejanzas, Farley contrasta mucho con ellos. Es joven y floreciente todavía, la antorcha de su organización.

Su padre está entre los muchos oficiales que ocupan el rellano superior, recargado en el barandal con las manos entrelazadas. Si está celoso de la posición de su hija, no lo demuestra. Me mira cuando entro e incluso me saluda con una inclinación y el brillo de su ojo rojo.

La conversación prosigue en voz baja a medida que me acerco. Farley se mueve para hacerme lugar junto a ella, aunque no soy un general, no pertenezco a la comandancia ni me he ganado el derecho a sentarme ahí. Permanezco a sus espaldas, tan cerca como una vigía, y cruzo los brazos.

—Es un placer verle, señorita Barrow —dice una general de cabello rizado que me mira sobre el hombro con la severa intención de una maestra, como si yo acabara de perturbar una clase muy importante. Asiento en respuesta para no interrumpir más la reunión, aunque el tema no parece tan grave. Muchos asesores hablan entre sí y la conversación zumba entre los soldados de arriba.

—Acabamos de terminar las presentaciones —me explica amablemente Ada cuando se desliza junto a mí.

Farley me lanza una mirada de entendimiento, se inclina y susurra en dirección a mí.

—No le hagas caso a Cisne —apunta a la otra general—, quiere hacerte sentir mal.

Para mi sorpresa, aquella mujer sonríe un tanto. Todos se tratan con aprecio, como si fueran viejos amigos o hasta parientes, aunque lo cierto es que guardan escasa semejanza entre sí. Cisne es baja y delgada y su piel de color arena está salpicada de pecas oscuras que le dan un aspecto juvenil pese a sus arrugas.

—General Cisne —bajo de nuevo la cabeza en un intento por ser cortés y ella me corresponde el gesto, acompañado de una sonrisa en esta ocasión.

Ada me recita en voz baja los nombres de los generales sentados en los demás sillones, a quienes conoce bien tras haber pasado un tiempo en el cuartel general. Las mujeres restantes son Horizonte y Centinela, y los hombres Tambor, Carmesí y Sur. Llevan nombres en clave, es obvio, útiles incluso aquí.

—La general Palacio se encuentra en Norta todavía, a cargo de nuestras operaciones —agrega Ada—. Transmitirá cualquier cosa que podamos aprovechar, en Norta y las fronteras.

—¿Qué hay de la comarca de los Lagos? —le pregunto—. Iris nos invadirá y debemos saber cuándo piensa hacerlo. —*En unas semanas*, dijo Jon, ni por asomo lo bastante específico.

Cisne se aclara la garganta.

—Los lacustres cerraron las fronteras. Temerosa de que no pudiera salir, y menos aún mi equipo, nos marchamos lo más pronto posible —sus ojos se ensombrecen—. Eso tuvo un costo, si usted comprende lo que quiero decir.

Asiento con tristeza y trato de no pensar en cuántos amigos muertos dejó atrás.

Paseo la vista por los soldados y políticos reunidos, en su mayoría Rojos. Algunos Plateados de Montfort están sentados con Davidson, aunque son muy

inferiores en número. Reconozco entre ellos a Radis, el rubio representante de la Galería del Pueblo, quien me dirige una recatada inclinación.

Davidson hace lo mismo cuando intercambiamos una mirada.

Ruborizada, carraspeo ruidosamente y avanzo un poco desde mi lugar. Solo los generales cercanos voltean a mirarme. Sus soldados son más difíciles de acallar y debo intentarlo otra vez, con más fuerza. Lenta pero seguramente, el silencio se extiende entre ellos hasta que todos los ojos en la biblioteca están fijos en mí. Trago saliva a causa de esa conocida y desconcertante sensación. *No te arredres. No enrojezcas. No vaciles*.

—Me llamo Mare Barrow —digo a los circunstantes y alguien en el rellano tose apenas; supongo que a estas alturas no es necesario que me presente—. Gracias por estar aquí —busco la forma correcta de decir lo que debo. *Un hombre capaz de ver el futuro me hizo algunas sugerencias* no parece verosímil—. Lamento llegar tarde pero estaba… en las cumbres. Y encontré a un hombre en la montaña.

—¿Es una metáfora? —musita con brusquedad el general Carmesí, solo para ser callado por quien lleva el apropiado nombre de Tambor, un hombre fantásticamente redondo.

Miro a Ada y a Farley.

—Jon —explico y los ojos de esta última se ensanchan, su rostro descompuesto dice mucho a la sala—. Se trata de un vidente nuevasangre con quien ya habíamos tenido contacto en el pasado.

Davidson alza el mentón.

—Igual que Maven. Si no me equivoco, ese hombre fue decisivo para capturarla a usted.

—Sí —respondo casi avergonzada.

El premier frunce los labios.

—Y sirvió a Maven por un tiempo.

Asiento de nuevo.

—En efecto, por razones personales.

Aunque varios de sus compatriotas se muestran desdeñosos, él se apoya en sus codos y fija en mí una mirada intensa e indescifrable.

—¿Qué dijo, Mare?

—Que por ningún motivo debemos permitir que la capital de Norta caiga en manos de la comarca de los Lagos —contesto—. Si lo hacemos, el camino será *largo y sangriento*, peor que cualquier cosa que hayamos visto antes. Si los lacustres toman Arcón, controlarán Norta durante cientos de años.

Radis resopla e inspecciona sus pulidas uñas. No es el único que entorna los ojos ante tal afirmación.

—No necesito un vidente para saber eso —balbucea.

Algunos de los generales agitan la cabeza para manifestar su acuerdo. Cisne habla por ellos.

—Sabemos que se avecina una invasión; todo se reduce a saber cuándo ocurrirá.

—Dentro de unas semanas —siento ya que el tiempo corre en nuestra contra—. Eso fue lo que Jon me dijo.

Cisne entrecierra los ojos, no por desconfianza o descortesía, sino por lástima.

—¿Y usted le cree? ¿Después de todo lo que le hizo?

Unas imágenes destellan en mi cabeza, son recuerdos de mi cautiverio, la cárcel que Jon obtuvo para mí después de echar a andar cualquiera de sus juegos del destino. Hace un rato le dije que no me hacía gracia ser su peón y eso es justo lo que soy ahora.

—No sé por qué pero le creo —hago lo posible porque no se me quiebre la voz.

Estas palabras dan origen a otra ronda de murmullos, e incluso a algunos gritos: de los generales, los representantes y hasta los soldados que ocupan el rellano de arriba.

Solo tres de nosotros guardamos silencio e intercambiamos miradas.

Farley, Davidson y yo.

Los miro por turnos, salto de unos ojos dorados a otros azules, y veo en ellos la misma resolución que siento en mí.

Lucharemos de nuevo. Solo debemos saber cómo.

Como de costumbre, Farley es la primera en reaccionar.

Se pone en pie y extiende las manos para pedir silencio. Consigue acallar a sus soldados y a los generales; algunos diplomáticos de Montfort susurran todavía entre ellos.

—Necesitamos un plan —dice—. Más allá de lo que diga el vidente, todos sabemos que este camino conduce a Arcón. Montfort y la Guardia debemos ser capaces de tomar la capital de Norta si queremos liberar al país, sin importar quién ocupe el trono.

Cisne asiente.

—Acabo de llegar de la comarca de los Lagos, conozco sus fuerzas mejor que cualquier otro de los que estamos aquí. Si las reinas Cygnet se apoderan

de esa ciudad antes que nosotros, será casi imposible recuperarla. Lo que más nos conviene es combatir al enemigo más débil.

Cal. Jamás lo he concebido como el más débil en nada, pero eso es cierto: su posición actual es precaria, en el mejor de los casos. Intento no imaginarlo solo en su palacio mientras trata de encontrar el equilibrio de un mundo que su padre y su hermano destruyeron.

—La Guardia será movilizada hacia Arcón, ¿no es así? —la voz de Davidson basta para callar al resto de su gente.

—Palacio está estacionada justo a las afueras de la ciudad —responde Farley— y sus equipos cubren una parte del país tan grande como es posible controlar: Harbor Bay, Delphie, los alrededores de la capital.

Tambor, el general fornido, interviene en el acto.

—Palacio tiene órdenes de introducirse en la ciudad, con el mayor sigilo desde luego. El nuevo rey es muy diferente a su hermano y su régimen no es aún abiertamente hostil a la Guardia; podemos correr ese riesgo.

—Así que por lo menos tendremos ojos en esa ciudad, —cavila Davidson —, los suyos y los nuestros; confirmemos que se coordinen entre sí.

—La Guardia ya ha infiltrado en Arcón en el pasado —Tambor echa por delante su impresionante pecho—, lo hará de nuevo.

El primer ministro tensa los labios en una línea delgada y severa.

—Pero no igual que antes —repone—. Sería demasiado peligroso hacerlo por aire, ahora que Cal tiene tras de sí toda la fuerza de la flota aérea. No podemos rivalizar con ella para un aterrizaje, ni depender del factor sorpresa como se hizo en la boda de Maven.

—Y además está la cuestión de los túneles —indica Farley, piensa en un golpe que falló antes siquiera de que empezara—; el rey Maven cerró todas las vías debajo de la capital.

—No todas —los demás me miran con pupilas ansiosas—. Yo vi el tren de Maven, su principal recurso para escapar. Corre justo bajo el Tesoro y tiene más entradas bajo el palacio; lo usaba para salir a la ciudad sin ser visto. Podría apostar que dejó intactos algunos túneles, así fuera solo para su uso personal.

Esto impulsa a Tambor a ponerse en pie; es increíblemente ágil para su tamaño y edad.

—Me comunicaré con Palacio para que comience a indagar. Ada, tienes en tu cabeza los planos de Arcón, ¿cierto?

—¡Sí, señor! —responde ella al instante y no puedo imaginar nada que Ada no guarde en su mente perfecta.

Tambor baja la barbilla.

—¡Comuníqueme con Palacio! Para darle instrucciones de cómo desplegar a sus agentes.

Ada asiente sin vacilar.

—¡Sí, señor! —exclama y sale de la biblioteca.

Tenso el maxilar, Farley ve marcharse a nuestra amiga y me mira de reojo para sopesar mi reacción.

—¿Tenemos tiempo para eso?

—Quizá no —farfullo. ¡Si Jon hubiera sido más preciso en su maldita advertencia! Aunque supongo que eso habría sido demasiado fácil; no es su estilo.

—¿Qué hacemos entonces? —me espolea.

Una repentina migraña punza en mis sienes y me pellizco el puente de la nariz. Hace unas horas subí una montaña para mantenerme lejos de Maven.

Desde luego que mis esfuerzos no hicieron más que aplazar lo inevitable. Y lo necesario.

—Sospecho que… preguntar.

En ausencia de Julian o de cualquier otro arrullador o susurro, nuevasangre o no, que extraiga una confesión de él a fuerza de canturreos, interrogar a Maven Calore será una guerra de voluntades y engaños. Aunque Montfort tiene Plateados de sobra, ninguno de ellos es capaz de arrancar la verdad a nadie mediante la sola habilidad.

Sí a través del dolor.

Antes de que traigan a Maven, uno de los oficiales retorna seguido por Tyton, el electricón de cabello blanco que parece adusto cuando entra a la sala. Se instala en su asiento en el área de Davidson y tamborilea los dedos a un ritmo ágil y nervioso, como el relámpago que es probable que deba usar con Maven. Su habilidad es mucho más precisa que la mía, capaz de llevar un cuerpo a su límite sin destruir lo irreparable.

La sala está sumida en un mortal silencio, vaciada ya de los soldados en el rellano y de la mayoría de los representantes de Montfort. Los oficiales de Davidson y de la Guardia tienen el buen tino de servir de público a Maven, un excelente actor y embustero.

Me siento entre Farley y el brazo de su sillón. Ella es más ancha que yo, pero su cercanía me reconforta. Pensar en Maven todavía hace que se me

hiele la sangre. En Arcón por lo menos estaba Cal para dividir su atención, su obsesión y su furia. Ahora solo estoy yo.

Sus celadores se cuentan en montones, son media docena al menos, soldados de Montfort y la Guardia por igual, armados hasta los dientes de habilidades e instrumentos bélicos. Tanta atención, y la necesidad de tales precauciones, lo deleitan, y exhibe una leve sonrisa al tiempo que se le conduce a la biblioteca.

Sus ojos glaciales recorren la cámara con celeridad y reparan en las ventanas, los libros y la gente que lo espera. Le sostengo la mirada.

—Debo admitir que jamás esperé verlo de nuevo, premier —abandona mis ojos y se vuelve hacia Davidson; el hombre indeclinable no reacciona, mantiene un rostro quieto y neutral—, como no pensé tampoco que algún día pondría el pie en los misteriosos bosques de Montfort, que ya no es tan salvaje como usted nos hizo creer, ¿cierto? —*es muy salvaje*, pienso al recordar nuestra batalla con una manada de bisontes—. A mí me enseñaron que su país era una tierra de Plateados tanto como el mío, aunque dividido entre numerosos soberanos y señores. ¡Qué equivocados estaban mis instructores! —continúa Maven y se vuelve un tanto mientras habla; quizá nos cuenta, a los siete generales de la comandancia, igualados por Davidson y los representantes de su ejército y gobierno. Se detiene cuando ve a Radis, de sangre plata y piel de frío matiz—. ¡Qué interesante! —murmura—. Creo que no tenemos el gusto de conocernos, ¿verdad, señor?

El Plateado flexiona una mano, la luz del sol menguante destella en sus largas uñas y un viento suave se arrastra por el cabello de Maven; es una advertencia.

—No gaste saliva, principillo; hay cosas importantes que tratar.

Maven se limita a sonreír.

—No esperaba ver Plateados en este lugar, en medio de esta… compañía carmesí.

Resoplo, aburrida ya con sus tácticas dilatorias.

—Dijiste que no sabías nada de este lugar —se vuelve hacia mí y me mira con furia, lo rechazo con un gesto—. Y no lo necesitas.

Enseña los dientes.

—¿Porque me ejecutarán dentro de poco tiempo? ¿Pretendes amenazarme con eso, Mare? —trabo la quijada, opto por no contestar—. Es una amenaza vacía. Si fueran a matarme, lo habrían hecho ya; valgo más vivo, para ti y para tu causa.

La única respuesta de la sala es el silencio.

—¡No te hagas la tímida! —se burla—. Mientras respire, soy una amenaza para mi hermano, así como él lo fue para mí. Sospecho que recolecta lealtades ahora, recurre a las Grandes Casas de Norta, intenta ganarse a quienes me juraron fidelidad a mí. Algunos cederán, ¿pero todos? —agita lentamente la cabeza, chasquea la lengua como una madre regañona—. ¡No! Esperarán con paciencia. O lo combatirán.

—¿Por tu causa? —espeto en respuesta—. Lo dudo.

Emite un sonido gutural, un gruñido más propio de una bestia.

—¿Qué quieres de mí? —me mira y gira ágilmente sobre sus pies para enfrentar al resto de la sala. Aunque no tiene jaula, es obvio que el rey caído está atrapado. Por alguna razón, sus ojos se detienen en Tyton, observa su blanco cabello y su sereno talante homicida—. ¿Quién es él?

Para mi sorpresa, percibo temor en Maven Calore.

Farley acomete, como un tiburón cuando percibe la sangre en el agua.

—¡Nos dirás qué hiciste con los túneles de Arcón! Cuáles de ellos están cerrados, cuáles abiertos; cuáles construiste después de que usurpaste el trono.

Pese a su predicamento, él entorna los ojos y ríe.

—¡Tu gente y sus túneles!

La joven general no se deja amedrentar.

—¿Y bien?

—¿Qué saco yo de esto? —la reta con la mirada—. ¿Una vista mejor desde mi celda? No será difícil; en realidad, no tengo ventanas —cuenta con los dedos de sus manos extrañamente retorcidas—. ¿Mejor comida? ¿Visitantes, quizá? —titubea un poco, con dientes vacilantes; le tiembla el cuerpo, su control parece tambalearse—. ¿Una muerte sin dolor?

Resisto la urgencia de sujetarlo, así sea solo para que deje de temblar. Me recuerda una rata en una trampa, que lucha por su vida.

—Tienes la satisfacción, Maven —suelto.

Debería estar acostumbrada a la sensación de que sus ojos recorran mi cuerpo. No lo estoy y me estremezco, su mirada acaricia mi piel.

—¿De qué? —pregunta.

Pese a la distancia que nos separa, lo siento cerca.

Las palabras dejan un sabor amargo en mi boca.

—Tú sabes de qué.

Ensancha su sonrisa, es un puñal blanco con el que se burla de nosotros.

—Si no puedo tener el trono, él tampoco —afirma—. Eso es algo, al menos —su voz y su sonrisa se desvanecen—, pero no es suficiente.

Detrás de él, Davidson intercambia una seria mirada con Tyton. Luego de un largo momento, el electricón de pelo blanco abandona lentamente su silla con las manos en los costados. Maven voltea a causa de ese ruido, con ágiles movimientos, y abre bien los ojos.

—¿Quién es él? —interroga de nuevo, ignoro el temblor en su voz.

Elevo la barbilla.

—Alguien como yo —Tyton pasa una mano por su pierna y en su dedo aparece una cegadora chispa blanca—, pero más poderoso.

Las oscuras pestañas de Maven se agitan sobre sus pálidas mejillas y traga saliva.

Sus siguientes palabras son torpes, bajas, casi inaudibles.

—Quiero algo a cambio —sisea.

Aprieto los dientes de frustración.

—Maven, ya te dije…

El rey caído me interrumpe, deja de ver a Tyton para mirarme de nuevo con todo su negro fuego.

—Cuando invadan, que es lo que piensan hacer —dice desdeñoso y muestra los dientes—, los conduciré adonde deben ir. A qué túneles, cuáles caminos. Guiaré a todo su ejército a la ciudad y lo soltaré contra mi miserable hermano.

Farley ríe en su asiento.

—Para caer en una trampa, sin duda; en las garras de tu esposa Cygnet…

—Ella estará ahí, desde luego —agita un dedo hacia ella, cuyo rostro enrojece de ira—. Esa víbora y su madre planearon tomar Norta desde el momento mismo en que ella puso un pie en mi reino.

—El momento en que tú la dejaste entrar —murmuro.

Apenas se encoge.

—Fue un riesgo calculado, como este.

Esto no convence ni a quienes no lo conocen. Los generales de la comandancia parecen más disgustados que cuando llegó, lo cual no es poca cosa, mientras que los nuevasangre de Montfort querrían desollarlo vivo. El premier, usualmente ecuánime, frunce los labios hasta retorcerlos por completo. Asiente otra vez en dirección a Tyton y el electricón da un tembloroso paso al frente.

Esto acciona algo en Maven. Queda fuera del alcance de un salto, mantiene su distancia de todos. Su temblor vuelve con fuerza pero sus ojos se encienden, de fuego, no de temor.

—Creen que no puedo mentir al sentir dolor —su voz reverbera en la sala —. ¿No piensan que lo he hecho mil veces?

Nadie tiene una respuesta para él, y yo menos. Intento no reaccionar, no darle la satisfacción de que vea emoción de mí. Fracaso en toda la línea, incapaz de mantener abiertos los ojos. Por un breve y vacío instante no veo sino oscuridad y trato de no pensar en Maven, en sus palabras, en lo que su vida fue y es todavía.

Y en cómo hemos sufrido todos por su causa.

Confío en que no le den cuartel. Que le extraigan lo que necesitamos de él con torturas de ser necesario. Que se lo arrebaten con el relámpago y el dolor. ¿Tendré fuerza suficiente para mirar?

Incluso Farley flaquea.

Mira a Maven, quiere calarlo, sopesar el riesgo y el costo. Él enfrenta sus ojos sin temblar.

Ella maldice por lo bajo.

Por una vez, él está en lo cierto.

Maven Calore es nuestra única oportunidad.



TREINTA
Cal

La ceremonia ha estado siempre en mi futuro, la corona no es una sorpresa para mí. La hago girar en mis manos, siento el formidable peso del hierro, la plata y el oro. Dentro de menos de una hora, mi abuela depositará esta monstruosidad sobre mi cabeza. Mi padre la usó también; ya era rey cuando nací, tenía por reina a una mujer distinta a la que recuerdo.

¡Ojalá la llevara en mi memoria! ¡Ojalá los recuerdos de mi madre fueran míos, no historias de Julian! No el roce de un retrato al óleo en lugar de carne viva.

La copia de su diario está guardada aún, metida en una de las gavetas de mi mesa de noche en mis habitaciones aquí, en Arcón. Tendré que mudarme pronto, una vez que los aposentos reales hayan sido dispuestos, libres de la presencia de Maven. Esta idea me hace temblar. Ignoro la razón de que dude tanto en poner las manos sobre ese objeto tan pequeño y tan terrible; solo es un libro, una desordenada colección de garabatos. He enfrentado ejércitos y batallones de ejecución, combatido con el rayo y la tormenta, esquivado balas, caído desde el cielo más de una vez.

Pero por algún motivo, el diario de mi madre me asusta más que todo eso. Apenas pude pasar unas cuantas páginas, e incluso estas tuve que leerlas lejos de mi pulsera flamígera. Las palabras de mi madre me ponían tan nervioso que no quería correr el riesgo de convertir esas páginas en ceniza; las últimas piezas de Coriane Jacos, cuidadosamente preservadas por mi tío. Aunque el original desapareció hace mucho tiempo, él fue capaz de salvar otro tanto de ella.

No sé cómo era su voz. Podría descubrirlo si quisiera; existen muchas grabaciones de ella, y fotografías también. Al igual que mi padre hizo, sin embargo, me mantengo lejos de ellas, de un fantasma que no conocí.

Una parte de mí no desea abandonar la mesa de esta sala; es pacífica, tranquila, el interior de una burbuja a punto de estallar. Tengo la sensación de estar parado en un umbral. Las ventanas dan a la Plaza del César, y brindan por tanto una vista completa del caos por venir. Plateados ataviados con los colores de sus Casas fluyen por doquier, la mayoría de ellos en dirección a la corte. Apenas puedo mirar la estructura, una de las muchas que rodean la plaza.

Mi padre fue coronado ahí, bajo una cúpula reluciente. Y Maven se casó en la corte hace unos meses.

Mare estaba entonces con él.

No estará aquí ahora.

Su pérdida me duele todavía, es una herida profunda, pero falta el filo de antes. Ambos sabíamos lo que hacíamos, qué decidiríamos cuando llegara el momento de elegir. ¡Ojalá hubiéramos tenido unos días, unas horas más!

Ahora se ha marchado. Con Maven otra vez.

Debería estar molesto. Es una traición con otro nombre. Ella me robó un prisionero valioso. Su ejecución habría sido una manera fácil y casi incruenta de unificar a mi reino. Pero por alguna razón no siento más que fastidio, debido en parte a que no me sorprende lo que hizo, aunque sobre todo porque Maven está ya fuera de mi alcance.

Es problema de ella ahora.

Por lo menos no tendré que ser yo quien lo mate.

Es el pensamiento de un cobarde, algo que nunca se me permitió ser. Lo albergo de todas maneras.

Espero que muera sin dolor.

Tocan a la puerta y me levanto más rápido de lo que querría, mis piernas se desdoblan debajo de mí. La abro de golpe antes de que Julian o Nanabel entren, solo para hacer algo yo mismo por última vez. No soy un tonto. Sé lo que ellos son para mí, además de los últimos parientes que me quedan: consejeros, mentores, rivales entre sí. Confío en que no se hayan unido para emponzoñar mi paz con su contienda.

Es solo Julian quien espera, para mi alivio.

Esboza una sonrisa y extiende mucho los brazos para exhibir su nueva ropa, especialmente confeccionada para la coronación. Pese a que predominan sus colores —el ceniciento amarillo oro de la Casa de Jacos forma la base de sus pantalones y su saco ajustado—, sus solapas son rojo sangre, mi color, con lo que deja constancia de su lealtad no solo a la Casa de Calore, sino también a mí.

Esto me obliga a pensar en lo que hizo en mi nombre, cambiar la vida de un lord por mi hermano, y quizás otra vida por igual. No lo he olvidado. Su plan, y de mi abuela, no se aparta de mi mente ni un minuto. Me hace desconfiar, incluso de él.

¿Ser rey consiste en esto? ¿En no confiar en nadie?

Fuerzo una risa para disfrazar mi incomodidad.

—Te ves bien —le digo. No acostumbra acicalarse tanto, lucir casi apuesto en su esbeltez.

Entra a mi habitación.

—¿Este vejestorio? —pregunta con una sonrisa sardónica—. ¿Qué hay de ti? ¿Ya estás listo?

Señalo mis prendas, el ya familiar traje rojo sangre con ribetes negros, accesorios plateados y medallas suficientes para hundir un barco lacustre. No me he puesto la capa aún; es demasiado pesada y me confiere una apariencia algo ridícula.

—No me refiero a tu atuendo —dice.

Me avergüenzo y vuelvo el rostro, para tratar de esconder todo signo de debilidad o zozobra.

—Lo supuse.

—¿Y bien? —pregunta y se acerca un paso más.

Hago lo que me enseñaron siempre: no me muevo.

—Mi padre me dijo una vez que nunca se está realmente listo; si crees estarlo es que no lo estás.

—Supongo entonces que es buen síntoma que te creas capaz de escapar por la ventana.

—¡Qué alentador!

—Tu padre también estaba nervioso —dice con suavidad. Posa una mano en mi hombro con tacto ligero.

La lengua se me pega a la boca, no puede formar las palabras que quiero decir.

Pero Julian es tan listo que adivina mi pregunta.

—Me lo dijo tu madre —explica—; que él habría querido tener más tiempo.

Más tiempo.

Siento como si me acabara de golpear con un martillo en el pecho.

—¿Acaso no todos deseamos lo mismo?

Se alza de hombros a su usual y frustrante manera. Como si supiera más que yo, lo cual sospecho que es cierto.

—Por diferentes razones —contesta—. Es extraño, ¿no? Por diferentes que seamos, al final todos queremos lo mismo —evito sus ojos cuando se elevan hasta los míos, se parecen demasiado a los del retrato de mi madre—. Pero pese a todo el deseo, toda la esperanza, todos los sueños que podríamos tener…

Lo único que puedo hacer es asentir e interrumpirlo.

—Yo ya no puedo darme ese lujo.

—¿Soñar? —parpadea perplejo e intrigado; le fascinan los enigmas y me mira como si fuera uno de ellos—. Estás a punto de convertirte en rey, Cal; podrías soñar con los ojos abiertos y hacer realidad lo que deseas.

Siento de nuevo el golpe del martillo. Me duele el pecho con la fuerza de sus palabras y el juicio detrás de ellas. Y desde luego, porque he oído esa misma frase demasiadas veces.

—Ya estoy cansado de decirle a la gente que eso no es cierto.

Baja un poco los párpados y cruzo los brazos instintivamente, para protegerme.

—¿Estás seguro?

—Si te refieres a Mare… ya está a medio camino al otro lado del continente. Y ella no…

Casi sonríe y eleva una mano de largos y finos dedos; manos suaves, más aptas para las páginas de los libros, jamás usadas en la guerra, nunca necesarias en la batalla. Las envidio.

—Aunque soy un romántico, Cal, lamento decir que no me refiero a ella ni a tu roto corazón. Eso está… muy abajo en la lista de mis preocupaciones. Te compadezco, pero justo ahora hay muchas, muchas otras cosas que considerar —el calor estalla otra vez en mis mejillas e incluso en las puntas de mis orejas; Julian se lo toma con calma y desvía la mirada, por fortuna—. Cuando estés listo para partir, estaré afuera.

El tiempo se agota, no puedo esconderlo más.

—Como dijo mi padre —me echo la capa a los hombros y la sujeto en su sitio—, nunca estaré preparado.

Me adelanto y abro la puerta. Abandonar la protección de mis aposentos privados se siente como correr un kilómetro. El sudor desciende por mi espalda, rueda por mi columna. Con cada fibra de mi ser, contengo la urgencia de salir disparado, regresar, quedarme quieto.

Julian me sigue el paso a mi lado, como una muleta.

—¡La frente en alto! —me amonesta—. Tu abuela está a la vuelta de la esquina.

Le lanzo la mejor sonrisa que puedo mostrar. Parece débil y falsa. Como tantas otras cosas en estos días.

La cúpula de cristal de la corte es una obra maestra de la artesanía Plateada. De pequeño creía que estaba hecha de estrellas hurtadas al cielo nocturno, moldeada cada una hasta alcanzar una radiante perfección. Todavía reluce en la actualidad, aunque no tanto como debería. Los sirvientes Rojos escasean ya, muchos de ellos prefirieron dejar sus puestos a aceptar un mejor trato. No están aquí para hacer brillar la capital a fin de que resplandezca como debería hacerlo en una coronación. *Ni siquiera puedo cumplir esa parte*, pienso con amargura. Mi reino comienza entre cenizas.

Así son las cosas al otro lado de la capital y de mi reino. Los Rojos buscan un nuevo sitio en el mundo y los Plateados no pueden comprender lo que eso significa para el resto de nosotros. Los barrios tecnológicos están casi vacíos y los apagones consecuentes afectan a muchas ciudades, Arcón incluida. Nuestra capacidad manufacturera las seguirá, con talleres y provisiones ya restringidos. Apenas puedo imaginar los efectos que esto tendrá en nuestro esfuerzo bélico y nuestro poderío militar. Esperaba esto, desde luego, sabía que sucedería.

Por lo menos la guerra lacustre terminó, o quizá debería decir la primera guerra lacustre; otra está a punto de comenzar. Iris y su madre retornarán tarde o temprano, seguidas por sus ejércitos.

Los murmullos me asedian por el largo pasillo de la corte hasta que llego al centro de la plataforma bajo la cúpula. El inmenso corredor vibra, como si estuviera lleno de fantasmas siseantes que se burlan de mi fracaso, mi traición y mi debilidad.

Intento no pensar en esas cosas al tiempo que me arrodillo frente a los ojos de docenas de personas, con el cuello expuesto y vulnerable. Atacamos a Maven después de una ceremonia en este mismo sitio. ¿Quién iba a decir que nadie pagaría el favor?

Trata de no pensar en eso tampoco.

Me concentro en cambio en el piso bajo mis rodillas, el mármol de color blanco hueso con volutas de un gris oscuro. La ausencia de color en la sala está hecha para contrastar con la gran variedad de las multicolores Grandes Casas, blanco y negro contra el arcoíris. Si bien la corte tiene cómoda cabida para un millar de personas, hoy están aquí menos de cien. Muchas Casas fueron diezmadas por la guerra civil y sufrieron pérdidas en la batalla por

ambos bandos, para los dos hijos de la Casa de Calore. La Casa de mi abuela destaca con orgullo en sus llameantes colores, lo mismo que los miembros supervivientes de la familia de Evangeline, de las Casas de Samos y Viper. Aliados como las Casas de Laris e Iral son fáciles de distinguir. Hay otros también, familias que fueron leales a Maven pero que ya no lo son: Rhambos, Welle, Macanthos se sientan en posesión de sus colores, ocre, verde y oro, azul plateado. Con todo, hay familias sin un solo representante aquí. Los ninfos de Osanos brillan por su ausencia, y lo mismo puede decirse de las Casas de Eagrie y Provos y, para mi consternación, de muchos sanadores Skonos y todos los silencios Arven. No son los únicos. Estoy seguro de que Julian y Nanabel evalúan a quienes se negaron a venir, para establecer con cuidado quién es un aliado… y quién un enemigo todavía.

No hay suficientes de los unos, sí demasiados de los otros.

Arriba de mí, Nanabel procura no mostrarse contrariada por las obvias ausencias. Ofrece un rostro soberbio e inmutable, con ojos de bronce casi en llamas en tanto sostiene la corona de mi padre.

—¡Viva el verdadero rey, Tiberias VII! —clama firmemente, con voz que hace eco en toda la cámara.

Aunque el aro de hierro se siente frío en mi frente, no me amilano ni estremezco. Estoy preparado para no batir un ojo a causa de disparos ni de llamas. Pero cuando los nobles Plateados a mi alrededor repiten las palabras de mi abuela, empiezo a temblar. Las dicen una y otra vez. *El verdadero rey*. Esto palpita como un latido. Es real. Ocurre en verdad.

Soy un rey, *el* rey. Por fin he alcanzado el destino para el que nací.

Por una parte, me siento igual que esta mañana. Soy todavía Cal. Aún me aquejan mis viejos y nuevos dolores, las contusiones visibles e invisibles. Todavía me aterra lo que viene, y lo que podría tener que hacer para proteger a mi débil reino. Aquello en lo que esta corona me convertirá.

¿La transformación ya comenzó?

Quizás. En pequeños sitios de mí, rincones olvidados, tal vez he cambiado. Ya me siento aparte, solo. Aun con la cercanía de Julian y mi abuela, mi propia carne y sangre. Porque faltan demasiadas personas.

Mi madre.

Mi padre.

Mare.

Y también Maven. El hermano que creí que tenía, la persona que existía apenas.

Nunca existió.

Desde niños sabíamos que yo sería rey y él permanecería junto a mí, mi más fuerte aliado, mi partidario más fervoroso; mi mejor consejero, un escudo y una muleta. Una segunda opinión, un refugio. Jamás cuestioné ese orden, nunca pensé que él podría hacerlo. ¡Qué equivocado estaba!

Su pérdida me había dolido ya, ¿pero ahora, con una corona en la cabeza, sin nadie que ocupe su lugar?

De repente es muy difícil respirar.

Tengo que mirar a Nanabel, buscar esperanzado en mi abuela todo el consuelo posible.

Me sonríe solo a mí, apoya sus manos en mis hombros. Trato de ver a mi padre en ella, un rey fallido, un padre fracasado. Lo echo terriblemente de menos, en especial en este momento.

La abrazaría si me lo permitiera pero me mantiene a distancia, con los codos fijos. Me obliga así a erguirme, a exhibirme. A hacer ostentación. Un espectáculo para los nobles, un mensaje.

Tiberias Calore es rey y jamás se arrodillará de nuevo.

Ni siquiera ante Volo Samos.

Es el primero al que acudimos, con Nanabel en mi brazo, de rey a rey. Inclino la cabeza y así lo hace Volo.

Me mira lentamente, con expresión pétrea y vaga.

—Felicidades, su majestad —contempla mi corona.

Hago lo mismo con el desnudo acero que cruza su frente.

—Gracias, su majestad.

A su lado, la reina Viper se tensa, afianza su mano en el brazo de su esposo, como si lo contuviera. Volo no hace nada, yo tampoco. Mi abuela y yo conseguimos pasar sin incidentes, asentimos por turnos a cada uno de los miembros de la familia real de Samos.

Evangeline atrapa mi mirada, se ve pequeña junto a su hermano. Está más circunspecta que de costumbre, con un vestido y accesorios apagados en comparación con el resto de su Casa. Su seda argentina es tan oscura que podría ser negra, más propia de un funeral que de una coronación. Después de lo que me dijo hace una semana, quizás haya acertado. Si sus sospechas son correctas, su padre vive de tiempo prestado y ella no levantará un dedo para impedirlo.

El momento tiembla entre nosotros, nacido de un mutuo secreto y de la comprensión de lo que ninguno de nosotros desea que venga después.

Ahora soy oficialmente rey de Norta, nada se interpone en mi matrimonio con Evangeline. Transcurrió mucho tiempo para que este momento llegara,

pero por algún motivo no ha sido ni por asomo suficientemente prolongado.

No tenemos más ilusiones de este compromiso matrimonial. El rostro de Evangeline se descompone, pasa de la apatía indiferente a la aversión. Aparta la mirada, se vale de la mole de su hermano para esconder la cara.

Las horas siguientes son una masa indefinida de colores y cumplidos. No soy ajeno a las celebraciones reales. Es fácil dejarse llevar por ellas, practicar el simple juego de las conversaciones, decir mucho y nada en absoluto. Nanabel y Julian me acompañan en este trayecto, hacemos un equipo formidable. ¡Si no fueran tan obvios en su juego! Con Maven derrotado y una guerra momentáneamente terminada, su alianza es endeble en el mejor de los casos. Nada hay que los una aparte de mí, y me siento poco más que un hueso del que tiran dos sabuesos. Mi abuela es más maliciosa, más atrevida, una reina de muchos años que sabe cómo sortear una corte y un campo de batalla.

Pese a todo, Julian conoce mi corazón mejor que ella.

Hago cuanto puedo por disfrutar la cena. Aunque es comestible, no se compara con nuestros banquetes del pasado. Por algún motivo echo de menos la cena de Carmadon y el premier Davidson. Mientras que esta es infinitamente menos torpe, lo que ellos prepararon era delicioso.

No soy el único que lamenta la calidad. Evangeline no toca un solo platillo y su madre ni siquiera condesciende a alimentar a la pantera que se enreda en sus tobillos.

Lo mismo que la electricidad, los sirvientes y las fábricas desiertas en toda Norta, la buena comida escasea cada vez más, en los campos, las entregas, la preparación. Supongo que la mayoría de los cocineros del palacio se han marchado también.

Nanabel limpia su plato como si nada faltara.

—Perderemos esta guerra —murmuro sin remedio y me inclino a la izquierda para que solo Julian pueda oírme.

Su mejilla tiembla y él vacía su copa de vino.

—No aquí, Cal —oculta los labios con el borde de su copa—. ¿Desea el rey retirarse?

—El rey lo desea.

—¡Perfecto! —sisea y baja la copa.

Por un segundo, no sé qué hacer. Aguardo a que se me despida y nadie aquí puede hacer tal cosa. Este es mi trono y mi palacio. Solo me resta permanecer.

Aclaro mi garganta para excusarme, Nanabel reconoce la señal con presteza. Debo poner fin a esto.

—¡Gracias por su presencia el día de hoy, y su lealtad! —exclama y extiende las manos para llamar la atención de la concurrencia. Los nobles frente a nosotros guardan silencio, interrumpen con amabilidad sus murmullos y conversaciones—. Todos hemos superado la tormenta, por así decirlo, y hablo por la familia real cuando digo lo agradecidos que estamos de tenerlos con nosotros. ¡Y de tener a Norta completamente renovada!

Es una vil mentira, sosa como la comida olvidada en tantos platos. Norta está lejos de hallarse íntegra. La semivaciedad de la sala es prueba de ello. Y si bien no quiero ser un monarca como Maven y erigir mi trono sobre el engaño y la falsía, no veo otra opción ahora. Tenemos que ser fuertes, aun si esto es solo una ilusión.

Poso con cuidado una mano en el hombro de Nanabel. Se hace a un lado para dejarme hablar.

—Ha pasado una tormenta, sí, pero yo sería un insensato si ignorara que una más se perfila ya en el horizonte —hablo tan claro como puedo y muchos ojos voltean hacia mí; sus ropajes y colores varían, no su sangre. Todos los que están sentados aquí son Plateados y lo que esto implica me hace temblar. Nuestros aliados Rojos se han marchado para siempre. Cuando la guerra retorne, combatiremos solos—. La comarca de los Lagos no permanecerá satisfecha detrás de sus fronteras cuando estuvo tan cerca de gobernar a Maven a través de su princesa.

Algunos de los nobles murmuran, juntan sus cabezas. Volo no se mueve en su asiento de la mesa elevada. Me perfora con la mirada.

—Cuando estalle la tormenta, estaré preparado. Lo juro.

Preparado para combatir. Para perder. Y quizá también para morir.

—¡Fuerza y poder! —alguien grita en la multitud la vieja consigna de mi padre, y de su padre antes de él. Es un emblema de la Norta Plateada. Otros repiten el llamado. Yo debería hacerlo por igual.

No puedo. Sé lo que esas palabras significan. Sobre quiénes tenemos fuerza y poder. Mi mandíbula permanece firmemente cerrada.

Julian me pisa los talones cuando escapo del salón de banquetes por los pasajes de servicio, no por las salas principales. Mi abuela nos sigue y sus soldados Lerolan cierran nuestro variopinto desfile. No tengo centinelas todavía, como debería hacerlo un rey, como lo hice cuando era un príncipe y las cosas operaban aún en la forma apropiada. Nos sobran razones para desconfiar de los guardias que alguna vez juraron proteger a Maven, aun si las Casas de muchos de ellos me han jurado lealtad. Buscar mis propios guardias,

personas de las que pueda fiarme, es un aspecto más de una creciente lista de pendientes. Solo pensar en ella me fatiga.

Bostezo para cuando llego a la puerta de mis habitaciones provisionales, pese a que apenas acaba de anochecer. Tengo al menos una buena excusa para estar cansado; no todos los días uno es declarado rey. La corona es un recordatorio inagotable de ello.

Nanabel y Julian me siguen al recibidor, dejan a los guardias en el pasillo. Freno a mi abuela con una mirada.

—Si no te importa, querría hablar con Julian a solas —intento que suene como una orden; no debería tener que pedir permiso para hablar con uno de mis más cercanos colaboradores, pero parece que lo hago y el resultado es devastador. El rostro se le desencaja con un ceño de afrenta, ofensa incluso, como si la hubiera lastimado—. Brevemente —añado, para reparar el daño. Julian une las manos junto a ella, con expresión ausente.

Se pone rígida.

—¡Por supuesto, su majestad! —baja la cabeza y en su cabello gris oscuro destella el acero del reflejo de las lámparas—. Le dejo.

Con el apresurado torbellino de sus llameantes ropajes, mi abuela gira sin añadir palabra. Con mis puños apretados, me es imposible tender el brazo. Resulta difícil equilibrar el amor de la familia con las necesidades de un reino.

Cierra la puerta al salir, más fuerte de lo que debería y hago una mueca.

Julian no tarda en abrir la boca antes de que tome asiento en el mullido sillón. Me preparo para el sermón inevitable.

—No deberías hablar de esa forma en público, Cal.

Perderemos esta guerra.

Se equivoca. Hago un gesto de todas formas y me acerco a las ventanas en arco que dan al Puente de Arcón, al río y al horizonte tachonado de estrellas. A esta distancia, los barcos parecen estrellas también. Hay menos de los que debería, como los asistentes a la coronación; menos comercio, menos viajes. He sido rey por un día y mi reino vive ya de tiempo prestado. No puedo imaginar lo que le sucedería a la gente si lo que aún está en pie se colapsara de pronto.

Tiendo una mano en el cristal. Se empaña bajo mi tacto.

—No tenemos fuerza humana suficiente para revertir una invasión.

—Tu decreto ha reducido nuestros ejércitos a cuarenta por ciento, si los informes actuales son exactos; la mayoría de los soldados Rojos han

abandonado las filas, sobre todo los nuevos reclutas. Los restantes ya se han curtido en batalla, por lo menos.

—No basta —murmuro—. La frontera lacustre es hostil otra vez, por no hablar de las Tierras Bajas al sur. Estamos rodeados, y rebasados en número. Y con el otoño cerca, ¿qué cosechas podemos esperar sin agricultores? ¿Cómo podemos disparar armas para las que nadie fabrica las balas?

Roza su barbilla con una mano, me estudia.

—Lamentas haber expedido esos decretos.

Es una de las dos únicas personas ante las que admitiría esto.

—Sí.

—Fue la decisión correcta.

—¿Durante cuánto tiempo? —no puedo menos que espetar. Sofocado de calor, desvío la mirada de la ventana y me desabotono el cuello. El aire frío alcanza mi piel enfebrecida y me concede un necesario alivio—. Cuando la comarca de los Lagos vuelva, echará abajo todo lo que he intentado hacer.

—Así son las cosas, Cal —su tono tranquilo no hace más que desesperarme—. En las historias, los grandes cataclismos, los cambios radicales de la sociedad, tardan en asentarse. Los Rojos volverán al trabajo, aunque con mejores ingresos y trato; tienen que alimentarse y proteger a sus familias.

—No tenemos tiempo para eso, Julian —musito exasperado—. Alguien tendrá que volver a cartografiar tus mapas muy pronto. El reino de Norta se vendrá abajo.

Me sigue en mi camino de un lado a otro sin moverse de su asiento.

—Creo que debí haberte preguntado esto hace unos días, pero ¿existe alguna razón de que estés tan casado con la idea de este reino? ¿Y de esa corona? —en lugar de dar vueltas, mi mente se retarda; siento pesada la lengua en la boca, es una piedra que me impide decir lo que quiero. Julian continúa en medio de mi silencio—: Ahora dices que crees que perderemos, que *perderás*, debido a los decretos y cambios que decidiste hacer. Porque no tienes aliados —se estira en el sofá y hace señas con una mano, lanza los dedos a la ventana con intención indescifrable—. Hiciste casi todo lo que la Guardia y Montfort te pidieron, les concediste todo lo que querían, excepto *eso* —apunta a la corona aún anidada en mi cabeza—. ¿Por qué, si sabías que no podrías conservarla?

Mi respuesta suena a insensatez, como si procediera de un niño. La formulo de todas maneras.

—Es la corona de mi padre.

—Pero la corona no es tu padre —replica, se pone en pie y en dos zancadas lo tengo junto a mi hombro, con voz suave—. Ni tu madre. Y no te devolverá a ninguno de los dos.

No soporto mirarlo. Es demasiado parecido a ella, como la sombra de mi madre que llevo en la cabeza. Un deseo y un sueño, quizá, no un reflejo real de ella. Una imposibilidad. Maven fue torturado por una madre viva, yo soy torturado también, por una mujer que me arrebataron.

—Así soy, Julian —intento una respiración uniforme, un tono de rey. Las palabras tienen sentido cuando las pienso pero salen mal, tropiezan inseguras —. Es lo único que he sabido siempre, el único camino que quise o se me enseñó a desear.

Tensa su mano en mi hombro.

—Tu hermano podría decir lo mismo, ¿y eso adónde lo llevó?

Crepito por esto, lo miro.

—No somos iguales.

—No, desde luego —su actitud cambia, una extraña mirada procede de él; entrecierra los ojos, aprieta los labios en una línea fina y sombría—. No has leído su diario, ¿cierto?

Bajo la mirada una vez más. Avergonzado del temor que le tengo a un simple y pequeño libro.

—No creo ser capaz de hacerlo —susurro con palabras apenas audibles.

No me ofrece cuartel, ni consuelo. Da marcha atrás, cruza los brazos; no necesita muchas palabras para reprenderme.

—Debes hacerlo —recupera su aire profesoral—. No solo por ti; también por el resto de nosotros. De *todos* nosotros.

—No veo cómo el diario de una difunta pueda ser de utilidad en este momento.

—Es de esperar que reúnas el valor necesario para descubrirlo.

Leo como si empujara una piedra en el lodo. Lenta, difícil, insensatamente. Las palabras tiran de mí con dedos teñidos, intentan contenerme. Cada página es más pesada que la anterior. Hasta que dejan de serlo. Hasta que la piedra rueda colina abajo y la voz que le concedo a mi madre repica en mi cabeza, habla tan rápido como mi mente lo permite. A veces mis ojos se nublan. No ceso de limpiar de lágrimas las páginas, permito que marquen las horas mientras la noche pasa. En otras ocasiones descubro que sonrío. A mi madre le gustaba armar cosas. Reparar y construir. Igual que a mí.

A veces río incluso. Por la forma en que habla de Julian, la tersa rivalidad entre ellos, cómo él le regalaba libros que nunca leía. Casi me hago creer que está viva, sentada a mi lado, no atrapada en un libro.

Siento sobre todo un profundo dolor. Añoranza. Aflicción. Pesar. Mi madre tenía sus demonios, como el resto de nosotros. Sus dolores, que comenzaron mucho antes de que fuera reina. Antes de que mi padre se casara con ella y trazaran una diana en su espalda.

Sus entradas son cada vez más exiguas conforme transcurre el tiempo. A medida que su vida cambia.

Solo hay un par de páginas dedicadas a mí.

No será un soldado. Le debo al menos eso. Los hijos e hijas de la Casa de Calore han combatido desde hace demasiado tiempo, desde hace mucho este país ha tenido un rey guerrero. Desde hace mucho estamos en guerra, en el frente y… también dentro. Quizá sea un crimen escribir estas cosas, pero soy una reina. Soy la reina. Puedo decir y escribir lo que pienso.

Los Calore son hijos del fuego, tan fuertes y destructivos como su flama; Cal no será como sus antepasados. El fuego puede destruir, puede matar, pero también puede crear. El bosque calcinado en el verano estará verde para la primavera, mejor y más fuerte que antes. La llama de Cal crecerá y echará raíces en las cenizas de la guerra. Las armas callarán, el humo se disipará y los soldados, Rojos y Plateados por igual, volverán a casa. Cien años de guerra, y mi hijo traerá la paz. No morirá en combate. No lo hará. NO LO HARÁ.

Paso un dedo sobre las letras, siento la presión de una pluma remota. Esta no es su letra sino la de Julian. Sus diarios originales fueron destruidos por Elara Merandus, pero Julian se las ingenió para preservar una parte antes de que desapareciera. Copió meticulosamente cada letra, estas incluso. Casi abrió un agujero en la página mientras escribía estas palabras.

Y abren sin duda un abismo en mí.

Coriane Jacos quería una vida diferente para su hijo, completamente distinta a aquella para la que se me educó, y una persona completamente distinta a aquella en la que mi padre me convirtió.

Debo preguntarme si existe algún destino entre lo que cada uno de mis padres quería para mí, un camino que sea en verdad el que yo elija.

¿O es ya demasiado tarde?



TREINTA Y UNO
Maven

Ni siquiera se me permite disponer de una ventana. Yo le concedí a Mare una cuando fue mi prisionera. Claro que esa fue una tortura como cualquier otra; dejar que viera pasar el mundo, el cambio de las estaciones, detrás de las rejas de una jaula opulenta. No creo que este sea un agravio personal. Es evidente que no desean correr riesgos conmigo. Mis pulseras flamígeras desaparecieron hace mucho tiempo, es probable que hayan sido destruidas. Hay en este lugar roca silente incrustada en el suelo, que sofoca cualquier habilidad que reste en mí. No menos de doce celadores me vigilan de día y de noche, todos ellos listos y alertas al otro lado de los barrotes de mi celda.

Soy el único cautivo aquí. Nadie me dirige la palabra, ni siquiera mis celadores.

Solo mi madre me susurra aún y sus palabras siempre son efímeras, cada vez más tenues. Me dejan solo con mis pensamientos. Este es el único beneficio de la roca silente. Al tiempo que me debilitan, también debilitan su voz. Sentí lo mismo en mi antiguo trono. Estar tan protegido como un ancla me hacía sufrir, pero me mantenía aislado de influencias de dentro y de fuera. Todas las decisiones que tomaba en esa silla eran exclusivamente mías.

Es igual aquí.

Decido dormir, sobre todo.

Ni siquiera la roca me permite soñar. No puedo anular todo lo que ella hizo. Mi madre me quitó esa capacidad hace mucho tiempo y nunca la recuperé.

Miro en ocasiones las paredes. Son frescas al tacto, sospecho que estamos parcialmente bajo tierra. Me vendaron los ojos cuando se me trajo a la ciudad, así como cuando me llevaron a hablar ante ese extraño consejo. Dedico horas

enteras a trazar los contornos del mortero y el cemento que mantienen unidas las losas, paso los dedos por texturas rugosas y lisas. En condiciones normales, hablaría conmigo mismo acerca de mis sentimientos, pero los guardias están siempre ahí, nunca cesan de escuchar. Sería un redoblado idiota si les ofreciera un destello de mi mente, por pequeño que fuese.

Cal está solo, sin sus más poderosos aliados. Él se lo buscó. Iris y su madre no perderán tiempo ni le darán la oportunidad de estabilizar su reino. Obtuvo la corona que tanto quería; no la conservará mucho tiempo.

Sonrío cuando pienso que mi perfecto hermano se saboteó perfectamente. Le habría bastado con decir no, con despreciar el trono. Tendría sus ejércitos, tendría una oportunidad, tendría a Mare. Ni siquiera ella fue suficiente para él.

Creo que comprendo eso.

Tampoco fue suficiente para mí. Para hacerme cambiar, para alejarme de aquello en lo que me convertí por voluntad propia.

Me pregunto si Thomas habría sido suficiente.

Como de costumbre, el triturante dolor de cabeza llega cuando pienso en su nombre, o recuerdo su rostro, o siento su tacto en mis manos. Me recargo en el catre de la esquina y me oprimo los ojos con los puños. Intento liberar de ese modo la presión de la memoria y de este lugar.

Sé sobre Montfort menos de lo que debería, y menos aún de su capital, Ascendente. Incluso tratar de planear mi fuga sería una pérdida de tiempo, y de mi limitada energía. Claro que correré el riesgo en Arcón. Los perderé en los túneles tras guiar a otro ejército contra mi hermano. Será la última venganza de Maven Calore antes de su desaparición. Dónde, no sé. Es otro desperdicio intentar planear lo que sucederá después de arribar a Arcón. Atravesaré ese puente cuando llegue el momento.

Mare sospechará. Me conoce muy bien. Quizá deba matarla al final de todo esto.

Es su vida contra la mía.

Una decisión difícil, pero la tomaré yo mismo.

Lo hago todo el tiempo.

—Necesitamos saber cómo acceder a los túneles.

Al principio me pregunto si esto es un sueño. Si esa pieza de mi madre se ha salvado por fin.

Pero eso es imposible.

Abro los ojos y veo que Mare está al otro lado de las rejas, fuera de mi alcance. Los vigilantes se han marchado, o escondido. Tal vez se hayan agrupado al fondo del corredor, listos para ser llamados si se les necesita.

Han pasado dos días desde que fui convocado al consejo del premier y ella tiene la apariencia de no haber dormido desde entonces. La Niña Relámpago está extenuada, con sombras debajo de sus ojos y sus pómulos. Aun así, luce mejor que cuando fue mi prisionera, pese a los vestidos y joyas que yo le suministraba. Sus ojos chispean aquí. No está ahuecada, con dolor de huesos. Conozco íntimamente esa sensación. La tengo ahora, y la tuve cuando era rey y un trono silente me protegía.

Me levanto poco a poco sobre los codos y la observo por encima de la punta de mis zapatos.

—Tardaron dos días en aceptar mis condiciones —cuento con los dedos—. De seguro hubo grandes debates.

—¡Cuidado, Maven! —me amonesta bruscamente—. Si te haces el difícil, tendré el gusto de llamar a Tyton.

El nuevasangre que comparte su habilidad es un extranjero, de cabello blanco y ojos inescrutables. *Más fuerte que yo*, dijo ella en el consejo. Y he visto mucha fuerza en Mare Barrow. Es un hecho que su relámpago me desbaratará, nervio a nervio. Aunque eso no les servirá de mucho. Soporto la tortura. Sé cómo mantener la boca cerrada, pese a que eso signifique morir.

De todas formas, no me agradaría verme convertido en una lámpara a tan temprana hora de la mañana.

—Preferiría que no lo hicieras —contesto—. Disfruto mucho el tiempo que pasamos solos —cierra a medias los ojos y los hace resbalar por mí. Incluso a lo lejos, escucho su intensa respiración. Sonrío satisfecho de que aún sea capaz de provocarle esa reacción, por más que su raíz sea el miedo. Algo es algo, mejor que la apatía, mejor que nada—. Supongo que esta es la última vez —continúo y columpio las piernas en el suelo; siento la frescura del metal en mi frente cuando me inclino y me apoyo en los barrotes—. No más susurros entre Maven y Mare.

Me mira con desprecio y me preparo para el inevitable rocío de un escupitajo. Nunca llega.

—Ya ni siquiera hago el intento de entenderte —sisea, todavía sin aliento, pero no se estremece cuando la miro ni tiembla cuando levanto una mano y tiendo los dedos para acariciar su cara, a menos de un par de centímetros de mí.

Porque no es a mí a quien ella teme, no en realidad.

Sus ojos titilan en el suelo de mi celda, en la roca pulcramente incrustada en el cemento.

Suelto una risa gutural que retumba en las paredes.

—¿En verdad rompí algo en ti?

Retrocede como si la hubiera golpeado, casi veo la herida en su corazón. Aprieta los dientes y se endereza.

—No es nada que no pueda reparar —responde.

Siento que mi sonrisa se amarga, se mancha, se corrompe. Como el resto de mí.

—¡Si pudiera decir lo mismo!

Mis palabras suben, decaen y mueren.

Cruza los brazos y se mira los pies. La veo con ansias, trato de memorizar cada parte de ella.

—Los túneles, Maven.

—Ya oíste mis condiciones —replico—. Iré con ustedes, guiaré a sus ejércitos…

Levanta la cabeza de golpe. Si no fuera por la roca debajo de mis pies, sentiría el zumbido de la estática.

—Eso no basta —dice.

Es hora de exagerar.

—Entonces electrocútame. Llama a tu torturador y arriesga tu guerra a palabras adquiridas con mi sangre, confía en que son la verdad. ¿Estás dispuesta a hacer eso?

Alza las manos, exasperada. Como si yo fuera un niño en lugar de un rey. Esto cala, es una lija sobre mi piel.

—Necesitamos un indicio, al menos. ¿Dónde empiezan los túneles?

Levanto fríamente una ceja.

—¿Y dónde terminan?

—Conserva esa pieza del rompecabezas hasta que la necesitemos.

—Mmm —zumbo, recargo un dedo en mi mentón y echo a andar de un lado a otro, para hacerme el interesante frente a mi arrobado público. Sigue mis movimientos con los ojos, me recuerda la pantera que la madre de Evangeline cuida tanto—. ¿Vendrás conmigo?

Ríe apenas. Su boca se curva en un fruncimiento delicioso.

—No se trata de que hagas preguntas tontas y vacías.

Me encojo de hombros.

—Cualquier cosa con tal de que estés aquí.

No tiene réplica para eso. Sean cuales fueren las palabras que quiere pronunciar, fallecen en sus labios. ¡Si pudiera tocarla, sentir su piel debajo de mis dedos, lisa, llena, vibrante de sangre caliente y roja! Una parte de mí se pregunta por qué está todavía tan inmóvil si es mi enemiga jurada. Si yo la mataría y ella a mí. Otro misterio de mi mente que no será desentrañado jamás.

Se mantiene firme, me permite mirar, no vacila bajo mis ojos. Me deja ver más allá de la máscara que yo le ayudé a forjar. Hay fatiga y esperanza, y tristeza, desde luego. Dolor por tantas cosas.

Mi hermano entre ellas.

—Él te rompió el corazón, ¿cierto? —solo exhala, el pecho cede—. ¡El muy idiota! —digo en voz alta una idea muy socorrida.

No se molesta. Echa atrás la cabeza, permite que sus cabellos castaños y grises se revuelvan en sus hombros. Revelen la piel desnuda debajo, y la marca aún clara como el día. *M* de *Maven*. *M* de *mía*. *M* de *monstruo*. *M* de *Mare*.

—Tú hiciste lo mismo.

Un sabor amargo inunda mi boca. Esperaba que ella se quejara, pero soy yo el que tiene que desviar la mirada.

—Al menos tuve una buena razón —su risa es áspera y aguda, una sola emisión que estalla como un latigazo—. Él lo hizo por la corona —siseo.

Aunque me mira con sobrada intención, no mueve los pies, no se acerca lo suficiente para tocar.

—¿No lo hiciste por lo mismo tú, Maven?

—Lo hice por ella, desde luego —me esmero en sonar indiferente, objetivo; el frío, deshecho, condenado Maven—. Y por aquello en lo que me convirtió.

—No dejas de culpar a tu madre. Supongo que es fácil —mi corazón da un vuelco en mi pecho cuando sus pies resbalan a un lado, no más cerca, no más lejos; ahora es su turno de merodear—. ¿Crees que el padre de Cal no lo hizo a él también? ¿Crees que acaso no todos somos hechos o deshechos por alguien más? —aunque solo camina, parece una danza; imito sus movimientos y paseo con ella. Es más grácil que yo, una ladrona de nacimiento con muchos años de experiencia y numerosas vueltas del destino —. Pero al final todos tenemos la posibilidad de elegir. Y tú elegiste conservar la sangre en tus manos.

Cierro el puño y desearía tener una chispa, una llama, algo para quemar. Sabe que quiero eso y sonríe para sí. Al otro lado de las rejas, agita los dedos

en el aire, encendidos de púrpura y blanco. La energía eléctrica es una burla en el mejor de los casos, fuera de mi alcance, lejos de la esfera de la roca silente. Me duele mi habilidad como me duelen Mare, Thomas, quien se suponía que iba a ser.

—Al menos puedo admitir que estoy equivocada cuando es así —continúa—, cuando cometo un error, cuando las cosas horribles que he hecho y haré son culpa mía —las chispas se reflejan en sus ojos, pasan del castaño al púrpura y le dan una apariencia ultraterrena, como si pudiera traspasarme con su mirada; una parte de mí querría que lo hiciese—. Supongo que tú me enseñaste eso.

Sonrío de nuevo.

—Entonces deberías agradecerme apropiadamente.

Responde a la altura, escupe a mis pies. Por lo menos algunas cosas de este mundo son predecibles todavía.

—¡Nunca me decepcionas! —raspo mi zapato en el piso de cemento.

No vacila.

—Los túneles…

Suelto un suspiro y me finjo molesto. La hago esperar, permito que el silencio se prolongue en minutos supurantes. Me doy tiempo para mirarla. Para ver a Mare Barrow como lo que es justo ahora. No lo que recuerdo. Y no lo que desearía que fuese.

Mía.

No pertenece a nadie, ni siquiera a mi hermano. Este pequeño consuelo me reconforta. Estamos solos, ella y yo. Nuestros caminos podrían ser horribles, pero son los caminos que trazamos nosotros mismos.

El brillo dorado de su piel es cálido, incluso aquí abajo, iluminado por la áspera luz fluorescente. Está obstinadamente viva, arde todavía como una vela que forcejea con la lluvia.

—Bien.

Le daré lo que quiere.

Pienso que eso es lo que deseo yo también.

Su plan siempre fue matarme, después de que cesé de ser útil. No me sorprende. Es lo que yo haría. De todos modos, cuando el paño es retirado de mi cabeza y revela las montañas que nos rodean, no puedo menos que sentir miedo. Si se me permitió ver este lugar, ver Montfort y su capital, estoy realmente muerto. Es solo cuestión de tiempo.

El aire es frío, lastima mi rostro expuesto. Mis temblores son más que justificados. Parpadeo hacia el cielo púrpura, difuso antes del amanecer, rayado con la luz de una aurora distante que se derrama sobre los picos de las montañas. La nieve se aferra a las alturas, aun en verano. Rápidamente, trato de orientarme.

La ciudad de Ascendente se extiende hasta el valle sobre las pendientes de un lago alpino. No me recuerda ninguna ciudad que haya visto antes, en Norta o en la comarca de los Lagos. Este lugar es demasiado nuevo y viejo al mismo tiempo. Emergido entre los árboles y las rocas, parte de estos extraños territorios tanto como un sitio construido por el hombre. La ciudad no importa. Nunca volveré aquí, si escapo, si me ejecutan. No existe una realidad en la que yo regrese a Montfort.

Estamos cerca de una pista de aterrizaje abierta entre dos montañas. El olor del combustible es notorio en un aire por lo demás fresco. Varios jets se alinean en la pista pavimentada, listos para emprender el vuelo. Pestañeo sobre las cabezas de los guardias que me rodean, atisbo un palacio blanco a la distancia, que da a la capital. Ahí debe ser adonde se me llevó antes, cuando se me arrastró a ese curioso consejo de Rojos, Plateados y nuevasangres.

Las caras a mi alrededor son desconocidas, sus uniformes divididos por igual entre el verde de Montfort y el rojo infernal de la Guardia Escarlata. Me mantienen fijo en mi sitio, no puedo hacer mucho más que pararme de puntas para mirar a la multitud.

Porque esta es sin duda una multitud. Docenas de soldados y sus comandantes, formados en pulcras hileras, aguardan con paciencia los aviones, aunque son muchos menos de lo que esperaba. *¿En verdad creen que con esto basta para asaltar Arcón?* Aun si tienen a los nuevasangre, con habilidades extrañas y terribles, esta es una tontería. Suicida. ¿Cómo fue posible que perdiera ante tan flagrantes idiotas?

Alguien ríe cerca y tengo la conocida sensación de que se ríen de mí. Me vuelvo bruscamente, solo para ver que el premier de Montfort se asoma entre los hombros de mis guardias.

Con un gesto suyo, los dos soldados se mueven, permiten que se acerque. Para mi sorpresa, viste como soldado, es poco notable con un uniforme verde oscuro. No porta medallas ni honores en el pecho, nada que lo distinga como el líder de un país. *No es de sorprender que Cal y él se lleven tan bien, ambos son tan tontos que combaten en el frente*.

—¿Le parezco gracioso? —lo miro.

Sacude la cabeza. Al igual que en el consejo, preserva un rostro quieto y casi vacío, muestra solo suficiente emoción para permitir que un público proyecte en él sus propios supuestos.

Lo felicitaría por su talento si me sintiera inclinado a hacerlo.

Como yo, es un actor consumado. Pero su farsa es inútil. Adivino sus intenciones.

—¿Qué ocurrirá cuando esto termine y llegue el momento de repartir el botín? —sonrío y el aire me congela los dientes—. ¿Quién recogerá la corona de mi hermano, Davidson?

No se intimida, se muestra indiferente. Percibo de todos modos un minúsculo temblor cuando entrecierra los ojos.

—Mire a su alrededor, Calore. En mi país nadie porta corona.

—¡Qué listo! —cavilo—. No todas las coronas son visibles.

Sonríe, no muerde el anzuelo. Su calma es a toda prueba o no tiene sed de poder. Es lo primero, desde luego; ninguna persona sobre la Tierra puede ignorar el atractivo de un trono.

—Cumpla su parte del trato y esto será rápido —se aparta—. ¡Súbanlo! —añade con voz recia.

Los guardias se mueven al unísono, bien entrenados, y si yo cerrara los ojos podría imaginarlos como centinelas; mis protectores Plateados, que juraron mantenerme a salvo, no estas ratas y traidores a su sangre que me tienen encadenado.

Al menos no se molestan con las esposas. Mis muñecas permanecen libres, aunque también están descubiertas.

Sin pulseras, sin llamas.

Sin las chispas que yo podría hacer.

¡Qué suerte que vayamos a viajar con la Niña Relámpago!

Alcanzo a verla mientras se me empuja, sobre la pista en dirección al jet. Se reúne con sus amigos, la tal Farley, que fue tan fácil de engañar hace un año, lo mismo que su compañero electricón, el hombre con el cabello blanco. El cabello raro debe estar de moda en Montfort, porque hay también una mujer de rizos azules y un hombre con el cabello verde muy corto.

Mare les dirige una sonrisa auténtica. Cuando se mueve, me doy cuenta de que su cabello es diferente también. Las puntas grises han desaparecido, reemplazadas por un bello y conocido púrpura. Me encanta.

Siento un profundo tirón en mi pecho. Ella viajará en el mismo avión que yo. Quizá para no quitarme la vista de encima. Para permitir que su amigo torturador me vigile durante todo el trayecto. Está bien. Lo sufriré.

Unas horas de temor valen el tiempo tormentoso que hemos dejado.

Nuestro aeroplano tiene alas de color verde oscuro, un símbolo de la flota de Montfort. Me suben a un avión militar flanqueado por asientos, más un compartimiento bajo que se extiende a todo lo largo del fuselaje, para más pasajeros o armas, quizás ambas cosas. Me produce un mal sabor de boca darme cuenta de que este jet está hecho en Montfort, y desde luego que no es el único. Este peculiar país montañoso está mejor equipado de lo que creíamos, aun después de Corvium, después de Harbor Bay. Y se moviliza.

Me sujetan en mi asiento con broches demasiado tensos y entiendo el motivo de la risa de Davidson.

Los jets en la pista, los soldados reunidos afuera… son apenas el principio.

—¿Cuántos miles llevarán a Arcón? —pregunto, dejo que mi voz transmita el bullicio del compartimiento que se llena.

Me ignoran y eso es respuesta suficiente.

Al otro lado del avión a reacción, Mare toma asiento con Farley a su lado. Las dos me miran con ojos duros como pedernal e igualmente chispeantes. Combato la urgencia de mover mis dedos en dirección a ella.

Un cuerpo atraviesa mi campo visual y me impide ver a ambas mujeres.

Lanzo un suspiro y volteo despacio.

¡Qué predecible!

—Intente algo —me dice el electricón de cabello blanco.

Cierro los ojos y me recuesto.

—No lo haré —hago todo lo posible por ocultar lo difícil que es respirar con estos endemoniados cinturones.

No se mueve, aun cuando el jet ruge en el aire.

Mantengo los ojos cerrados y repaso mi precario plan.

Una y otra y otra vez.



TREINTA Y DOS
Evangeline

Han pasado dos semanas desde que Barrow se fue, una semana desde que mi prometido fue coronado rey y unos días desde que vi a Elane por última vez. Todavía puedo sentir su piel pálida, suave y fresca debajo de mis dedos. Pero ella está lejos, fuera de mi alcance. Fue despachada de regreso al Risco, lejos del peligro.

Cal me habría permitido mantenerla aquí, si mi padre hubiera accedido. Pese a todo, nos comprendemos. Curioso, yo soñaba antes con eso, un rey que me abandonara a mis recursos y mi corona. Ahora esto es lo mejor que puedo esperar y una prisión al mismo tiempo. Nos atrapa a ambos, nos aleja de quienes más queremos. Él no puede recuperar a Mare y yo no recuperaré a Elane. No con las reinas lacustres en el horizonte y una invasión inminente. No arriesgaré su vida por unos días de confort para mí.

Mis nuevas habitaciones en el Palacio del Fuego Blanco están destinadas a la reina y todavía hacen eco de la presencia de Iris Cygnet. Todo es azul, azul, *azul*, desde las cortinas hasta las acolchadas alfombras, e incluso las flores que se secan en una obscena cantidad de jarrones de cristal. Con menos sirvientes, el proceso de vaciar los cuartos avanza despacio. Al final, yo misma quito la mayoría de las cortinas. Están todavía en el salón afuera de mi recámara, juntan polvo en una pila de seda azul cobalto.

El largo balcón que da al río es el único respiro de ella, la distante princesa que regresará para matarnos a todos. E incluso aquí, con la cara al sol, no puedo dejar de pensar en la ninfa Cygnet. El río Capital corre por debajo, divide en dos la ciudad de Arcón mientras ondula hacia el mar. Trato de ignorar la prisa del agua, tranquila como es. Me concentro en cambio en trenzar mi cabello, tiro de los mechones de plata. Este simple acto es una

buena distracción. Cuanto más tensas son las trenzas, más severa y determinada me siento.

Pienso entrenar un poco esta mañana, repetir los movimientos. Correr en la pista del cuartel, quizá boxear con Ptolemus si quiere. De repente querría que Barrow estuviese aquí. Es un buen ejercicio y un buen desafío. Y es más fácil lidiar con ella que con mi madre.

Me sorprende que no haya irrumpido todavía, como lo hace con frecuencia en estos días. Para tratar de empujarme a actividades más propias de una reina, como ella dice. Pero no tengo las agallas para agradar o intimidar a los nobles ahora, en especial en su beneficio. Mis padres quieren que atraiga a más Plateados, que obtenga la lealtad que le juraron a Cal. Que le quite aliados, como salvar ratas de un barco que se hunde.

Mi madre y mi padre desean que sea su reina, así como Iris lo fue de Maven. Una serpiente en su cama, un lobo a su lado, que acumula fuerzas y espera la oportunidad de atacar. Aunque no amo a Cal, y jamás podría hacerlo, por alguna razón eso no parece correcto.

Pero si Anabel y Julian ejecutan su plan…

No tengo idea adónde me llevará eso.

Suspendida en un puente, atrapada en medio, con ambos extremos en llamas.

El Puente.

Mis manos caen, dejan sin peinar la mitad de mi cabello y parpadeo en dirección a la enorme estructura que atraviesa el río. El otro lado de Arcón reluce bajo el sol en ascenso, sus numerosos edificios coronados con aves rapaces de bronce y acero. Nada parece fuera de lugar. Todavía está ocupado con transportes y una población errante. Así es el Puente, sus tres niveles repletos de tráfico. Menos que de costumbre, pero eso era de esperar.

Son los soportes de abajo lo que me preocupa, y el agua que se agita a su alrededor. Aún estable, moviéndose a la misma velocidad. Pero la corriente, el agua blanca que se azota contra cada base…

El río corre en sentido contrario.

Y asciende.

Atravieso en un instante mi recámara y las habitaciones adjuntas, no veo nada hasta que llego a las habitaciones de Ptolemus. Abro sin pensar la puerta cerrada con llave, hago volar las retorcidas bisagras mientras cruzo a toda velocidad. Apenas oigo que grito su nombre. El zumbido en mi cabeza es demasiado estridente, abruma todo menos la fría y ácida descarga de adrenalina.

Sale a trompicones a la sala, semidesnudo. Alcanzo a ver sábanas caídas detrás de él, así como un brazo azul oscuro. Se mueve, se oculta a mi vista, Wren Skonos se ocupa de su ropa.

—¿Qué ocurre? —pregunta con ojos abiertos de pánico.

Quiero correr; quiero gritar; quiero pelear.

—La invasión.

—¿Cómo pudieron hacerlo? ¿Movilizar a su ejército sin que lo supiéramos?

Ptolemus me sigue, apenas mantiene el paso mientras atravesamos los salones del palacio. Galerías, salas, recibidores y hasta salones de baile se borran en el borde de mi visión. En unas horas todo podría ser destruido: quemado, ahogado o simplemente exterminado. Por un momento, veo el cadáver de mi hermano, destrozado y despatarrado en el intrincado piso de mármol, su sangre como un espejo. Pestañeo para eliminar ese pensamiento y de todas formas siento náuseas.

Lo miro atrás —vivo y con aliento, descollante en su armadura—, así sea solo para convencerme de que todavía está aquí. Wren lo sigue, distinguible en su uniforme de sanadora. Espero que permanezcan juntos en las próximas horas. La amarraría a él si pudiera.

—Teníamos los ojos puestos en sus ciudades —hablo para no perder la concentración—. Sabíamos que la comarca de los Lagos reunía algo, pero no cuándo.

La voz de Wren es lenta y estable, no relajante.

—Deben haber ido al norte. Se movilizaron por tierra.

—Sin la Guardia Escarlata, no nos quedan muchos ojos en la comarca de los Lagos —maldice Ptolemus al tiempo que damos vuelta a otra esquina, en dirección a la sala del trono.

Nuestros padres no han salido a nuestro encuentro todavía y eso solo puede significar que están con el rey y sus consejeros. Ya deben saber.

Guardias Lerolan nos abren las puertas, ponen sus leales manos en los altos y laqueados tableros. Pasamos los tres juntos, mantenemos una formación ajustada en la remota posibilidad de que los lacustres ya hayan infiltrado la capital. Mi habilidad zumba, se extiende para atrapar cualquier bala perdida. Cuento las municiones en las armas de los guardias, les permito prenderse del contorno de mi percepción en lo que atravesamos la sala.

En la elevada plataforma sobre la que se posa el trono de Cal, así como los asientos de su tío y su abuela, la realeza se reúne. Mi madre y mi padre

están ahí, él blindado como de costumbre. La luz del sol envuelve cada uno de sus movimientos y verlo es casi cegador. Mi madre está más modesta, sin armadura, aunque no sin armas. Larentia Viper ha abandonado a su amada pantera por ahora, pese a su destreza como cazadora. En cambio, tiene dos lobos desmelenados en sus talones, con ojos, orejas y hocicos retorcidos. Ambos son temibles a la vista, si bien igualmente calificados para detección que para el combate. Nadie sorprenderá distraída a mi madre con ellos a su disposición.

Julian Jacos y la reina Anabel flanquean a Cal. Ella está más preparada para la batalla que el tío arrullador, con su pequeña y espesa figura enfundada en un uniforme de naranja llameante, esculpida por una holgada armadura de cuerpo entero. Sus manos están desprovistas incluso de su anillo de bodas. Julian no está tan protegido; rodean sus ojos sombras oscuras, lo que delata una noche sin dormir. Permanece cerca de su sobrino, a solo unos centímetros de distancia. No estoy segura de quién protege a quién.

El rey de Norta se ha provisto de una armadura roja y plateada, por no hablar de un arma al cinto y una centellante espada del otro lado, sin manto ni capa que cuelguen de sus hombros, que solo le estorbarían. Es apenas un hombre, pero parece haber envejecido de la noche a la mañana. Y no a causa de la batalla inminente; no es ajeno a la guerra ni al derramamiento de sangre. Algo más pende de su corazón, algo de lo que ni siquiera una invasión puede distraerlo. Sube su rostro sombrío, me mira mientras me acerco.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunto sin molestarme en cumplidos.

Cal responde con presteza.

—La flota aérea ya está en el aire —lanza la mirada al sur—. Hay una tormenta en el mar, que avanza demasiado rápido. Apostaría que hay una armada lacustre dentro de ella.

Es una táctica que nosotros mismos usamos en la batalla de Harbor Bay, aunque en mucho menor número y con mucho menos fuerza. Tiemblo al pensar en lo que podría ser un asalto de los ninfos con la reina de la comarca de los Lagos a la cabeza. Como antes, me imagino enfundada en mi acero y que me hundo rápidamente en las profundas y oscuras aguas para nunca más volver a la superficie.

Trato de no permitir que el temor se entrometa en mi voz.

—¿Su objetivo? —es la mejor manera de combatir y defenderse: identificar lo que tu oponente intenta hacer y calcular la mejor forma de detenerlo.

Detrás de Cal, su tío se mueve incómodo. Baja los ojos, toca a su sobrino en el hombro.

—Ese serías tú, muchacho. Vienen por ti y todo esto habrá terminado antes de que comience.

Mi padre guarda silencio, sopesa los resultados, lo que significa para él que Cal sea capturado o muera. No estamos casados todavía. El reino de la Fisura no está tan irrevocablemente unido a Norta, así como no estábamos atados a Maven. La última vez que fuerzas enemigas atacaron Arcón, la Casa de Samos estaba preparada y huimos. ¿Haremos lo mismo ahora?

Aprieto los dientes, ya siento un dolor de cabeza a causa de todo esto.

—El tren de escape de Maven está en uso todavía —continúa Julian. En respuesta, Cal se desplaza fuera de su alcance—. Podemos sacarte de la ciudad, al menos.

El joven rey palidece, su piel se vuelve del color del hueso viejo. Esa sugerencia le da asco.

—¿Y rendir la capital?

Julian responde rápido:

—Desde luego que no. La defenderemos y estarás fuera de peligro, muy lejos de su alcance.

La réplica de Cal es igual de rápida y dos veces más resuelta, por no hablar de predecible.

—No huiré.

Su tío no parece sorprendido. De todos modos, trata de argumentar valientemente. Y en vano.

—Cal…

—No permitiré que otros combatan mientras yo me escondo.

La vieja reina es más enérgica, toma a su nieto de la muñeca. Esta batalla de familia me desespera pero no tengo más remedio que presenciarla, en tanto el reloj prosigue su marcha contra nosotros.

—Ya no eres un príncipe o un general —suplica Anabel—. Eres el rey y tu bienestar es decisivo para…

Al igual que como lo hizo con su tío, Cal se aparta con delicadeza del puño de ella, desprende sus dedos y retira la mano. Sus ojos arden y queman.

—Si abandono esta ciudad, abandonaré cualquier esperanza de ser rey alguna vez. No permitas que tu temor te impida ver eso.

Harta de tonterías, chasqueo la lengua y digo lo obvio, así sea solo para salvar precioso tiempo:

—Las Grandes Casas restantes nunca jurarán lealtad a un rey en fuga —levanto la barbilla, utilizo toda mi educación en la corte para proyectar la imagen de fuerza que necesito—. Y quienes lo han hecho, jamás lo respetarán.

—Gracias —dice Cal despacio.

Apunto un dedo a las ventanas, hacia los acantilados.

—El río ha cambiado de curso y crece. Es ya lo bastante alto para permitir que sus grandes barcos lleguen hasta aquí río arriba.

Cal asiente, agradecido de que volvamos al tema. Avanza, se aparta un tanto de sus parientes, se pasa a mi lado.

—Intentan dividir la ciudad en dos —mira por turnos a mi padre, todavía silencioso, y su abuela—. Ya he dado órdenes a los guardias de cada lado de la ciudad, y nos complementaremos con los soldados todavía a nuestro servicio.

Ptolemus arruga la nariz.

—¿No sería mejor reunir nuestra fuerza para fortificar la plaza y el palacio? ¿Mantenernos unidos?

Mi hermano es un guerrero tanto como Cal, pero no es estratega, es todo fuerza bruta. Y Cal le señala su error de inmediato.

—Las reinas Cygnet sentirán cuál lado es más débil —responde—. Si ambos lados están balanceados, no tendrán uno más débil que apresar y nosotros podremos inmovilizarlas en el río.

—Concentra la flota aérea sobre la ciudad —no es una sugerencia, es una orden y nadie me contradice. Pese a nuestra inminente condena, siento un arranque de orgullo—. Usa sus armas contra los barcos. Si podemos hundir uno río abajo, las retrasaremos —una sonrisa enigmática aparece en mis labios—. Ni siquiera los ninfos pueden mantener a flote un barco lleno de agujeros.

No hay alegría en Tiberias Calore cuando habla después, sus ojos titilan con cierto tormento interior.

—Convertiremos el río en una tumba.

Una tumba para ambos tipos de sangre, Plateados y Rojos. Lacustres, soldados de las Tierras Bajas. Enemigos. Eso es lo que todos son. Sin cara, sin nombre. Enviados para matarnos. Es una ecuación fácil de resolver, con la gente que amo a un lado. De todas formas, se me revuelve un poco el estómago, aunque nunca lo admitiré ante nadie. Ni siquiera ante Elane. ¿De qué color será el río cuando todo esto acabe?

—Nos rebasarán numéricamente en tierra. —Cal empieza a dar vueltas, sus palabras adquieren una naturaleza maniática. Casi habla para sí, desentraña un plan de batalla frente a nuestros ojos—. Y sea lo que fuere que sus tormentas preparen, mantendremos ocupada a la mayor parte de la flota aérea.

Mi padre no ha dicho aún una palabra.

—Todos tienen a soldados Rojos entre los Plateados —dice Julian casi como si se disculpara. De nuevo se me revuelve el estómago y Cal parece sentir la misma ansiedad. Flaquea un poco en sus pasos.

Anabel ríe.

—Esa es una ventaja, al menos. Sus números son más vulnerables. Y menos peligrosos.

La fisura entre los más cercanos consejeros de Cal se abre como un cañón. Julian casi se burla de ella, su actitud usualmente tranquila se desvanece un poco.

—No fue eso lo que quise decir.

Más vulnerables. Menos peligrosos. Anabel no está equivocada, pero no por la razón que ella cree.

—La comarca de los Lagos no ha cambiado su trato a los Rojos —digo—. Norta sí.

La mirada marchita de la vieja reina posee una belleza letal.

—¿Y eso qué?

Hablo despacio, como si le explicara la teoría bélica a un niño. Esto la exaspera, deliciosamente.

—Que los Rojos lacustres podrían estar menos dispuestos a pelear. Podrían querer incluso rendirse a un país donde se les dará mejor trato.

Entrecierra los ojos.

—Como si pudiéramos contar con eso.

Me encojo de hombros con una sonrisa estudiada, elevo mis hombreras de acero.

—Lo hicieron en Harbor Bay. Vale la pena tenerlo en mente.

Las miradas de ojos saltones de los Plateados a mi alrededor no son difíciles de interpretar. Incluso Ptolemus está perplejo por lo que digo. Solo Cal y Julian parecen abiertos a la idea, con expresión medida pero extrañamente pensativa. Mi mirada se demora en Cal y él enfrenta mis ojos con firmeza, inclina la cabeza para asentir en forma ligera, casi invisible.

Se lame los labios y se lanza a otra ronda de planeación.

—No tenemos teletransportadores nuevasangre, pero si de alguna manera podemos llevar a ustedes dos —nos señala a Ptolemus y a mí— a los acorazados otra vez, neutralizar sus armas…

—Mis hijos no harán tal cosa.

La voz de Volo es baja pero resonante, casi vibra en el aire. La siento en mi pecho y de repente soy de nuevo una niña, acobardada frente a un padre autoritario. Dispuesta a hacer lo que debo para tenerlo contento, para ganar una sonrisa o muestra de afecto, por pequeña que sea.

No, Evangeline. No le permitas hacer eso.

Mi puño se cierra en mi costado, las uñas se entierran en mi palma. Esto me afianza en cierto modo. El dolor me devuelve lo que soy, y al desfiladero sobre el que todos nos encontramos.

Cal mira de frente a mi padre, traban una silenciosa batalla de voluntades. Mi madre se mantiene callada, descansa una mano en la cabeza de uno de los lobos. Los amarillos ojos de este miran al joven rey, jamás se apartan de su rostro.

Mis padres no quieren combatir, ni permitir que nosotros lo hagamos. En Harbor Bay accedieron a lanzarnos a la lucha, nos pusieron en riesgo. A cambio de la victoria.

Creen que esta batalla ya está perdida.

Huirán.

Mi padre habla de nuevo, rompe el tenso silencio.

—Mis soldados y guardias, mis primos supervivientes de la Casa de Samos, son tuyos, Tiberias. Pero no permitiré que juegues con mis herederos.

Cal aprieta los dientes y se lleva las manos a la cadera, con los pulgares como tambores.

—¿Y usted qué, rey Volo? ¿Dará marcha atrás también?

Parpadeo sorprendida. Casi llamó cobarde al rey de la Fisura. Un estremecimiento recorre al lobo de mi madre, refleja su enojo.

Mi padre ya echó a andar sus propias maquinaciones. Debe hacerlo, o de lo contrario no dejaría pasar tan fácilmente ese desaire. Desecha la acusación con un gesto.

—No tengo que comprar lealtad con mi sangre —devuelve la puya—. Defenderemos la plaza. Si los lacustres atacan el palacio, enfrentarán mucha oposición.

Cal rechina los dientes. Un hábito que tendrá que abandonar si espera conservar el trono. Los reyes no deberían ser tan fáciles de descifrar.

Su tío se alza cerca de su hombro, sus ojos acuosos se encienden mientras mira.

A mi padre.

Casi sonriente, Julian abre la boca, separa los labios para expulsar un largo y amenazante suspiro. Espero que mi padre baje la mirada, rompa el contacto visual, se aleje del arma del arrullador, pero eso sería una admisión de temor. Nunca haría eso, ni siquiera para proteger su mente.

Es un empate.

—¿Es prudente eso, Jacos? —ronronea mi madre y los lobos en sus rodillas gruñen en respuesta.

Julian sonríe. El hilo de la tensión se rompe.

—No sé a qué se refiere, su majestad —responde con voz normal, sin una melodía obsesiva, sin aura de poder—. Pero Cal, si lograra acercarme a la reina lacustre, podría ser de utilidad —añade suavemente, no para hacer alarde, este no es un acto para enviar un mensaje; es una propuesta real.

Un dolor verdadero cruza el rostro de Cal. Se vuelve, olvida a mis padres.

—Eso es poco más que suicidio, Julian —sisea—. Jamás te acercarás a ella.

El viejo arrullador alza una ceja.

—¿Y si lo hago? Podría terminar esto.

—*Nada* lo terminará. —Cal es tajante en su rechazo y juro que casi puedo oír silbar el aire. Sus ojos son amplios, desesperados, todas las máscaras de propiedad han resbalado—. A Cenra e Iris no puedes apartarlas de esta guerra con arrullos. Aun si lograras que ambas se ahogasen a sí mismas o retirasen a su ejército entero, volverán. Otra Cygnet las espera en la comarca de los Lagos.

—Eso podría permitirnos ganar tiempo muy valioso.

Aunque su tío no está equivocado, Cal no lo oirá.

—Y nos hará perder a una persona muy valiosa.

Julian baja los ojos, cede.

—Está bien.

—Todo eso es muy tentador —no puedo menos que murmurar y mi querido hermano refleja mi sentir; me sorprende que no entorne los ojos—. Aparte de eso, ¿sabemos qué enfrentaremos allá?

Nuestra madre ríe en respuesta. Como mi padre, piensa que esta batalla es imposible. La ciudad ya está perdida.

—¿Además del completo poderío de la comarca de los Lagos? ¿De legiones Rojas con todos los Plateados que puedan reunir, por no hablar de

poderosos ninfos con un río por empuñar?

—Y quizá de algún poderío de Norta también —paso un dedo por mi labio; no soy la única que piensa esto, no puedo ser, es demasiado obvio. A juzgar por el color en los rostros que me rodean, los demás comprenden lo que digo y sospechan lo mismo—. Las Grandes Casas ausentes en tu coronación. Nadie ha venido a jurar lealtad. Nadie ha respondido a tus órdenes.

La garganta de Cal se mueve, un tono de plata brota en lo alto de sus mejillas.

—No mientras Maven viva. Todavía se arrodillan ante otro rey.

—Se arrodillaron ante otra reina —cavilo.

El rostro se le descompone, junta las oscuras cejas.

—¿Crees que Iris tiene parte de Norta a su lado?

—Sería una tonta si no lo intentara —me encojo de hombros—. E Iris Cygnet es todo menos una tonta.

La implicación flota sobre nosotros, espesa como una neblina e igual de difícil de ignorar. Incluso mi padre parece inquieto por la posibilidad de otra división dentro del reino de Norta, lo que fragmenta un territorio que él espera controlar algún día.

Anabel cambia de posición, incómoda hasta los dedos de los pies. Pasa una mano por su tenso cabello gris, alisa un peinado de suyo severo. Murmura por lo bajo.

—No creí que fuera posible, pero creo que extraño a esos malditos Rojos.

—Es un poco tarde para eso —gruñe Cal con voz como un trueno furioso.

Mi padre tuerce la boca, lo más cerca que ha llegado nunca de estremecerse.

Desde luego que hay planes ya elaborados. Tácticas y estrategias para defender la capital contra una invasión. Después de un siglo de guerra con los lacustres, sería absurdo pensar lo contrario. Pero sea lo que fuere lo que los reyes Calore prepararon para combatir a los ninfos Cygnet, dependía de cosas que ya no existen. Un ejército en toda su fuerza. Un país unido. Barrios tecnológicos que operaban a toda su capacidad para generar electricidad y municiones. Cal no puede contar con nada de eso.

Los cuarteles y centros militares adjuntos a la plaza son el lugar más seguro fuera de las bóvedas del Tesoro, pero no me agrada sepultarme bajo tierra con solo un destartalado tren del cual depender. Mis padres se refugian

en el centro neurálgico de la Comandancia de Guerra, para supervisar los abundantes informes que llegan de la flota aérea ya en funciones. Sospecho que el rey Volo disfruta de estar en un lugar con tanto poder, en especial mientras Cal se apresta a dirigir un batallón en la refriega.

No me agrada mirar impresiones y videos granulosos, ver la batalla de lejos. Preferiría confiar en mis propios ojos. Y no puedo estar cerca de mis padres justo ahora. Por alguna razón, el ejército que se aproxima, las naves ocultas en un horizonte nublado, vuelven muy claras mis opciones.

Ptolemus está sentado conmigo sobre los escalones de la Comandancia de Guerra. Su armadura se tiende sobre sus músculos, trata de encontrar el ajuste perfecto. Voltea al cielo, con ojos escrutadores de la acumulación de nubes grises. Se adensan a cada minuto. Wren está cerca también, revolotea en su hombro, con las manos descubiertas y lista para curar.

—Va a llover —dice—. En cualquier segundo a partir de este momento —mira más allá de nosotros, hacia el Puente de Arcón del otro lado de las puertas de la Plaza. Sus muchos arcos y soportes parecen imprecisos a medida que la niebla se derrama sobre la ciudad—. Me pregunto qué tan alto estará el río ahora —murmura.

Despliego mi habilidad, intento percibir la armada que avanza a toda prisa. Pero las naves están demasiado lejos todavía. O yo estoy demasiado distraída.

Mi padre huirá de nuevo. La Casa de Samos escapará. Dejará que Norta se desmorone para que solo prevalezca la Fisura, una isla contra el inquieto mar de Cygnet.

Al final, nosotros seremos arrasados también.

La reina Cenra no tiene hijos, nadie a quien yo pueda ser vendida. Volo Samos no tiene más propuestas que hacer. Tendrá que rendirse.

Y morir en las manos de ella, quizá. Como Salin.

Si acaso sobrevive hoy.

¿Dónde me deja eso?

¿Si mi padre enfrenta la derrota tanto como mi prometido?

Pienso… que eso me deja libre.

—Tolly, ¿me quieres?

Wren y mi hermano se sorprenden, voltean hacia mí. Ptolemus casi escupe, sus labios se pliegan de asombro.

—¡Claro! —dice, casi demasiado rápido para que se le entienda. Sus cejas de plata se arrugan y algo semejante a la ira cruza sus facciones—. ¿Cómo puedes preguntar eso?

La mera interrogante le ofende, le hiere. A mí me pasaría lo mismo.

Aprieto su mano. Siento los huesos del recién crecido apéndice que perdió hace unos meses.

—Mandé a Elane lejos del Risco. Cuando llegues a casa, ella no estará ahí.

Cabello rojo, una brisa de montaña. Parece un sueño. ¿Podría ser real? ¿Esta es mi oportunidad?

—Eve, ¿de qué hablas? ¿Dónde…?

—No te lo diré, para que no tengas que mentir.

Me obligo a levantarme poco a poco sobre piernas curiosamente endebles, como un bebé que aprende a caminar y da pasos por primera vez. Tiemblo de pies a cabeza.

Ptolemus se para conmigo de un salto, se inclina para que nos miremos a los ojos, a unos centímetros uno de otro. Sus manos se tensan en mis hombros, aunque no lo suficiente para mantenerme en mi sitio si decido moverme.

—Voy adentro. Tengo que preguntarle algo —murmuro—. Pero creo que sé la respuesta.

—Eve…

Lo miro a los ojos, iguales a los míos. Como los de nuestro padre. Le pediría ayuda, ¿pero separarlo así, pedirle que elija un bando? Pese a que amo a mi hermano y él a mí, ama a mis padres también. Es un mejor heredero de lo que yo lo fui nunca.

—No me sigas.

Sin dejar de temblar, le doy un fuerte abrazo. Devuelve el gesto por imitación, tropieza con las palabras, incapaz de comprender lo que digo.

No miro atrás pese a que podría ser la última vez que veo el rostro de mi hermano. Es demasiado difícil. Él podría morir hoy, o mañana, o dentro de un mes, cuando las reinas Cygnet tomen por asalto mi casa para desvalijar a mi familia. Quiero recordar su sonrisa, no un ceño confundido.

La Comandancia de Guerra es un desorden, un caos. Oficiales Plateados zumban por pasajes y cámaras, en pos de acontecimientos y movimientos del ejército. Los barcos lacustres, los jets de las Tierras Bajas. Todo forma una masa confusa.

Mis padres son fáciles de encontrar. Los lobos de mi madre vigilan la puerta de una de las salas de comunicaciones, la flanquean con ojos atentos y brillantes. Las fieras se vuelven a mí al unísono, ni hostiles ni amigables a mi paso.

Pantallas repletas de estática llenan la sala de mando de un crepitante resplandor de luz inestable. Solo algunas funcionan. No es una buena señal. La flota aérea debe estar bien oculta en la tormenta. Si acaso existe todavía.

Volo y Larentia permanecen firmes, imágenes especulares entre sí. Con una postura erguida con violencia, sin parpadear mientras atienden tan terribles circunstancias. En una de las pantallas, el primer barco de la armada cobra forma, una sombra voluminosa cubierta por la niebla. Otros adquieren precisión poco a poco. Son al menos una docena, y todavía hay más.

He visto esta sala antes, nunca tan vacía. Un contingente básico de oficiales Plateados maneja las pantallas y los radios, trata de seguir el paso al flujo de información. Mensajeros entran y salen, llevan consigo las piezas más recientes. Tal vez a Cal, dondequiera que se encuentre en este momento.

—¿Padre? —sueno como una niña.

Él me desdeña como tal.

—No ahora, Evangeline.

—¿Qué sucederá cuando volvamos a casa? —mira con desprecio por encima del hombro. Lleva el cabello más corto que de costumbre, la plata llega cerca de su cuero cabelludo. Esto le da una apariencia craneana—. Cuando esta guerra sea ganada.

Lo dejo parlotear la mentira, yo misma tensa mientras él suelta tonterías. *Serás una reina. La paz reinará. La vida volverá a ser como antes*. Mentiras, todas ellas.

—¿Qué sucederá conmigo? ¿Qué planes me tienes reservados? —inquiero, permanezco en la entrada; tendré que ser rápida—. ¿En qué me convertirás después?

Los dos saben qué pregunto pero ninguno puede responder. No con oficiales de Norta cerca, por pocos que sean. Deben mantener la ilusión de esta alianza hasta el último segundo.

—Si vas a huir, yo lo haré también —musito.

El rey de la Fisura aprieta un puño y el metal en toda la sala responde igual. Algunas pantallas crujen, sus cubiertas se retuercen a causa de la rabia de él.

—No iremos a ninguna parte, Evangeline —miente.

Mi madre prueba otra táctica, acorta la distancia entre nosotras. Sus oscuros y angulosos ojos se ensanchan y ruegan, imita a un cachorro. Posa una mano en mi rostro, siempre la imagen de la madre cariñosa.

—Te necesitamos —susurra—. Nuestra familia te necesita, tu hermano…

Me libro de su tacto, hacia el pasillo otra vez. Atraigo a ambos a mi lado. *Dos a la derecha, de frente, a la plaza…*

—Déjenme ir.

Mi padre empuja a mi madre al pasar junto a ella, casi la quita de en medio para acercarse a mí. La armadura de cromo deslumbra bajo la luz fluorescente.

Sabe lo que digo, lo que en realidad pido.

—No lo permitiré —sisea—. Me perteneces, Evangeline, eres mi hija. Nos perteneces. Tienes un deber que cumplir con nosotros.

Doy otro paso atrás. En la puerta, los lobos se levantan.

—No es verdad.

Como una sombra, como un gigante, mi padre avanza conmigo, iguala mis pasos.

—¿Qué eres sino una Samos? —gruñe—. Nada.

Sabía que esa sería su respuesta y el último hilo, ya delgado y frágil, se rompe de repente. Muy a mi pesar, las lágrimas acuden a mis ojos. No sé si caen. No siento más que el ardor de mi propia cólera.

—Ya no me necesitas. No para el poder, no para la codicia —le escupo en la cara—. Y de todas formas, no me dejarás libre.

Pestañea y por un breve segundo su rabia se disipa. El truco casi funciona. Es mi padre y no puedo menos que amarlo. Aunque me trate así. Aunque quiera usar ese cariño para mantenerme atada, una prisionera de mi propia sangre.

Fui educada para valorar a la familia sobre todas las cosas. *Lealtad a los tuyos*.

Y eso es Elane. Mi familia, *la mía*.

—Ya no te pediré permiso —cierro un puño.

Las luces estallan y se apagan con un estruendo que toma por sorpresa incluso a mi padre. Un chorro de sangre de plata mana de las cortadas en su cabeza al tiempo que tropieza, mareado. Pero no muerto. Ni siquiera incapacitado. No encuentro el valor para eso.

Jamás he corrido tan rápido, nunca he volado así en toda mi vida, ni siquiera en la batalla. Porque jamás había sentido tanto miedo.

Los lobos son más veloces que yo. Gruñen en mis talones, intentan sujetarme. Los golpeo con el metal en mis brazos, convierto la armadura en navajas. Uno de ellos aúlla, gime cuando abro una herida de rojo rubí en su vientre. El otro es más fuerte, más grande, salta para derribarme.

Intento esquivarlo y caigo de espaldas, con un lobo que busca mi cuello. Se impacta con fuerza contra mí, casi noventa kilogramos de músculos chocan con mi pecho. Jadeo, siento que el aire escapa de mis pulmones.

Cierra los dientes alrededor de mi garganta pero no muerden. Las puntas se clavan, lo suficiente para herir. Lo suficiente para inmovilizarme.

Arriba y a mi alrededor, las lámparas tiemblan en sus soportes de metal y los goznes se sacuden en las puertas.

No me puedo mover, apenas puedo respirar.

Esto duró diez metros completos.

—No levantes ni un dedo —chirría mi madre mientras entra en mi limitado campo visual. Encima de mí, el lobo vibra, ojos amarillos que perforan los míos.

Mi padre tiembla a su lado, una tormentosa nube de rabia. Conserva una mano en la cabeza, para detener la hemorragia. Sus ojos son peores que los del lobo.

—¡Estúpida! —suelta—. Después de todo lo que hemos hecho por ti, de todo lo que hicimos de ti.

—Salvo por un defecto —replica mi madre, chasquea la lengua sobre mí, como si yo fuera uno de sus animales de presa, criada para su uso personal. Supongo que eso no es incorrecto—. Un defecto profundo y poco natural.

Intento jadear contra el agarre del lobo, así sea solo para contener un sollozo. El estómago se me retuerce y revuelve. *Déjenme ir*, quiero rogar.

Él no lo hará. No sabe cómo.

Y quizá sea culpa también de su padre, y del padre de este antes que él.

No sé por qué pero pienso en Mare Barrow. En sus padres a su lado, que se despedían de ella cuando partimos de Montfort. No son nada, personas insignificantes, de casi nula belleza, intelecto y poder. Los envidio tanto que me enferma.

—¡Por favor! —logro soltar.

El lobo se mantiene firme.

Mi padre da un paso al frente, con dedos pintados de plata líquida. Mueve la mano y me rocía con su sangre, con lo que yo derramé.

—Yo mismo te arrastraré de regreso a la Fisura.

No lo dudo.

Lo miro, pugno por respirar, mis dedos escarabajean en el suelo. Incluso mi armadura me traiciona, se desprende de mi cuerpo bajo mi orden. Me deja desnuda y sin armas. Vulnerable. Una prisionera todavía y para siempre.

Y entonces mi padre sale volando lejos de mí, se estrella de espaldas, con una sorpresa desconocida tirando su rostro. Es arrastrado por el cromo que cubre todo su cuerpo. Se azota contra la pared más próxima, la cabeza se agita hacia atrás. Mi madre grita mientras él se desploma, con los ojos en blanco.

El lobo sobre mí halla un destino diferente.

Una espada le corta el cuello y la cabeza cercenada vuela y aterriza a unos metros con un espantoso chapoteo. Un rocío caliente de fresca sangre escarlata cubre mi rostro.

No me acobardo. Una fría mano familiar se cierra en mi muñeca y me da un tirón.

—Nos entrenaron demasiado bien —dice Ptolemus y me ayuda a ponerme en pie.

Corremos juntos y esta vez miro atrás.

Mi madre se dobla sobre mi padre, le pasa las manos encima. Él intenta levantarse pero el golpe lo hace tambalear. Está vivo todavía.

—Adiós, Evangeline —dice otro hombre.

Julian Jacos sale de un corredor adyacente y Anabel está con él, agita los dedos. No me dedica ni una sola mirada al tiempo que se acerca con las manos alzadas. ¡Qué poder tan letal en una mujer tan pequeña!

—¡Corre, Larentia! —contengo la urgencia de cubrir mis oídos, aunque la melódica voz de Julian no está dirigida a mí. Aun así, el poder del arrullador vibra en el aire, palpable como un sabor azucarado—. Olvida a tus hijos.

Los pasos de ella son rápidos y escurridizos, como una de sus ratas espías.

—¡Larentia! —gargarea mi padre, apenas capaz de hablar en su atolondrado estado.

Pero es un hecho que puede gritar.

Lo dejo con Anabel y Julian. Con cualquier destino que le tengan deparado al rey de la Fisura.

Afuera, la niebla ha caído en verdad, cubre la plaza con un tono gris demasiado espeso para proceder de la naturaleza. La silueta de Wren se recorta contra el horizonte, nos espera; su figura esbelta es un marcado perfil contra las demás sombras que se tienden en formación. Las fuerzas de Cal, quizás una legión entera, a juzgar por las numerosas figuras.

Wren agita una mano cuando nos ve.

—Por aquí —dice, antes de volverse a la bruma y los soldados.

Algo pesa en el borde de mi percepción, lo bastante para ser registrado aun a una gran distancia. *Son las naves lacustres*. Tienen que ser ellas. Arriba, invisibles, los aviones aúllan por doquier. En algún lado, los proyectiles silban y estallan, desbordan llamaradas y explosiones donde debe estar la armada. Me siento atrapada por la neblina, cegada. Lo único que puedo hacer es concentrarme en Wren y Ptolemus, permanecer cerca de sus siluetas en lo que atravesamos las legiones en marcha a su posición. Algunos soldados nos miran al pasar pero nadie intenta detenernos. Y pronto la Comandancia de Guerra se desvanece a lo lejos, tragada por la niebla.

Cruzamos la plaza en dirección al Tesoro. Una extraña pero conocida sensación me invade mientras recuerdo la boda de Maven. La plaza fue también un campo de batalla entonces, y él huyó en su tren, su precioso escape. Aunque nunca me agradó ese artefacto, hago a un lado toda mi incomodidad. Es la salida más rápida. La más segura. Estaremos mucho más allá de la ciudad antes de que la batalla haya terminado siquiera.

Y después…

La lluvia le sigue a la niebla, cae con un súbito siseo. Me empapo en segundos y el diluvio vuelve resbalosa la plaza, lo que nos obliga a retardar nuestro paso o arriesgar tobillos rotos. En el río resuena un estallido como de tambores, rítmico y estremecedor, y hace que el suelo se sacuda bajo mis pies.

Las naves disparan sobre la ciudad, sus pesados obuses salpican Arcón al este y al oeste.

Alcanzo a Ptolemus, mis dedos se deslizan por su armadura mojada cuando intento asirme de él. El resto de mí se prepara para el inevitable impacto en cuanto el fuego lacustre llegue a esta parte de la ciudad.

Mis instintos no se equivocan.

El primer misil aúlla sobre las puertas de la plaza, apenas visible bajo la niebla, de la que sus arcos entran y salen. No veo dónde cae, pero a juzgar por el estallido atronador detrás de nosotros, supondría que el Fuego Blanco acaba de sufrir un golpe directo. La fuerza derriba a algunos soldados y hace que nos zarandeemos. Ptolemus y yo caemos sobre nuestra armadura, Tolly atrapa a Wren antes de que se venga abajo, la sostiene con fuerza.

—¡Avancen! —grito sobre el chillido de otra ronda de municiones, que explota cerca de la Comandancia de Guerra.

Alguien más grita también, da órdenes apenas audibles sobre el barullo. Una llama serpentina acompaña su voz, remolinea en la niebla cerca de la punta de la legión reunida. Cualquier arenga que Cal haya preparado será de escasa utilidad ahora. Hay demasiado ruido, demasiada humedad, y los

soldados están demasiado distraídos por la armada que en este momento ahoga el río. De todas formas emprenden la marcha, avanzan para cumplir sus órdenes, sean cuales fueren. Quizá para flanquear los acantilados, concentrar su ataque río abajo.

Nos vemos súbitamente atrapados por su movimiento.

La legión emerge como una marea, nos arrastra con ella. Intento empujar los cuerpos uniformados, examino los rostros Plateados en busca de Ptolemus y Wren. Aunque están cerca aún, la distancia entre nosotros aumenta sin cesar. Busco el cobre en el cinto de mi hermano, me aferro a la sensación del metal.

—¡Muévanse! —intento abrirme paso entre la muchedumbre, uso mi armadura para propulsarme, la de Ptolemus como faro—. ¡Muévanse!

El impacto siguiente es más próximo, da en el blanco, cae del cielo como un martillo. Es una bomba, no un proyectil; aunque es más pequeño y no está guiado, es de cualquier forma mortal. Al unísono, pese a lo separados que estamos, Ptolemus y yo levantamos las manos, liberamos nuestra habilidad con un potente estallido de energía.

Tomo el casco de acero, aprieto los dientes contra la tensión de detener un proyectil en rápido desplazamiento. Pero lo logramos y, con iguales gruñidos, lo devolvemos a la niebla, con la esperanza de que haga explosión en la flota lacustre. Algunos telquis en la legión de Cal hacen lo mismo, se unen para devolver obuses y proyectiles. Sin embargo, los disparos que salen de la niebla son demasiados y pasan casi encima de nosotros antes siquiera de que nos percatemos de ello.

La flota aérea circula con celeridad entre las nubes, ondea aún en el cielo, salpica a la armada lo mejor posible con todo lo que tiene. No son los únicos aviones. Los lacustres tienen batallones aéreos propios, lo mismo que las Tierras Bajas, en menor número. Entre el trueno de las naves y el grito de los jets, apenas puedo pensar. Y las armas de Norta no hacen más que aumentar el caótico barullo. Las torretas escupen chispas y hierro caliente, destellan con disparos. Usualmente se les disfraza como parte de las murallas en torno a la plaza, o como soportes del Puente; no ahora. Algunos telquis están en ellas, emplean sus habilidades para lanzar explosivos con mortífera puntería.

Esta ciudad fue construida para sobrevivir y eso es lo que trata de hacer.

Se levanta un vendaval, quizá producido por nuestros propios forjadores de vientos. La Casa de Laris aún es aliada de Cal y utiliza su habilidad con todo su poder. Un aullido cruza la plaza, procedente de nuestras espaldas. Desvía algunos obuses y misiles, un par de ellos aterrizan inofensivamente en

el río mientras otros se pierden en la bruma. Parpadeo contra el viento que me abofetea, mantengo a la vista a Wren y Ptolemus, pero la fuerza del huracán hace que los soldados cierren filas y nos aplastan entre ellos.

Aprieto los dientes y empujo meticulosamente para abrirme camino, resbalo debajo de brazos, oprimo al pasar armas y torsos. Cada paso es una ordalía, aún más difícil en virtud del viento restallante, la lluvia, el empuje de la legión. La multitud se lanza como el río, ahora cubierto de blanco con las olas que se elevan.

Cierro las manos en la muñeca de Tolly, siento su fría armadura en mis dedos. Me empuja, tira de mí en el último tramo hasta que me arropa y me fija a su lado. Sostiene a Wren de igual forma, apoya sus brazos en nuestros hombros.

¿Y ahora qué?

Debemos salir del círculo de la muchedumbre, pero las paredes y edificios de la plaza mantienen dentro a la legión, lo que nos conduce a todos hacia el Puente. Aun a la distancia, veo a Cal elevado sobre el resto, su armadura roja como sable contra el alarido de la tormenta. Se levanta hacia el lado de las puertas abiertas, encaramado sobre una torreta de piedra.

Como un blanco perfecto e insensato.

Un buen francotirador lo derribaría a mil metros si quisiera intentarlo.

Él se arriesga a tal cosa en beneficio de la moral de sus tropas, lanza gritos de aliento en lo que estas cargan contra el Puente. Más bombas se precipitan sobre él, pero las evita con una mano, hace que estallen en el aire antes de que puedan hacer algún daño. En el Puente mismo, soldados Plateados desaparecen en la neblina. Puedo suponer su destino. Aun ahora, el rítmico y obsesivo estruendo de los cañones de la armada rompe su patrón. No quiero imaginar a los soldados de Norta que combaten en las cubiertas de los barcos, que enfrentan el poderío completo de las fuerzas de la reina Cenra y el príncipe Bracken.

Si pudiéramos llevarlos a los barcos… la voz de Cal resuena en mi cabeza. Aprieto los dientes contra el brote de vergüenza que me recorre. No vadearé esta batalla, no en otro río. No con *ellos* allá abajo.

Esta es nuestra oportunidad y tenemos que aprovecharla.

—¡No dejen de avanzar! —grito con la esperanza de que Tolly oiga por encima del estrépito. El Tesoro está detrás de nosotros ahora, la distancia aumenta a cada paso. Es sofocante que se nos empuje de esta forma, que se me impulse al frente contra mi voluntad.

No queda gran cosa de mi armadura —mi padre me despojó de la mayor parte de ella—, pero la poca que tengo cobra nueva forma en mi brazo, se aplana en un redondo escudo. Ptolemus me imita, crea un liso disco sobre su brazo. Los usamos como arietes, cargamos contra la marea humana con nuestras habilidades y fuerza propia. El efecto es lento pero constante, abre espacio suficiente para que maniobremos.

Hasta que una armadura roja bloquea nuestro paso, con una bola de fuego suspendida sobre una mano.

Cal nos mira por turnos y preveo su acusación. Su flama titila contra la lluvia, se rehúsa a rendirse. Sus soldados forman un capullo de protección en torno suyo.

Gotas de lluvia cubren su rostro, se evaporan en su piel expuesta.

—¿Cuántos llevan consigo? —pregunta, apenas audible.

Pestañeo para retirar el agua de mis ojos y hago señas a Wren y Ptolemus.

—Tu padre, Evangeline, ¿con cuántos logró huir? —da un largo paso adelante, nunca rompe el contacto visual—. Necesito saber quién aún me queda.

Algo se libera en mi pecho. Sacudo la cabeza, lentamente al principio, después cada vez más rápido.

—No sé —murmuro.

Su expresión no cambia pero por un momento pienso que la flama en su mano arde con un poco más de brillantez. Su mirada rebota de nuevo entre mi hermano y yo, nos sopesa a ambos y permito que se derrame sobre mí como la lluvia, la niebla y el humo. Tiberias Calore ya no es mi futuro.

Sin otra palabra, se hace a un lado y sus soldados se mueven con él. Abren un camino sobre las escurridizas losas de la plaza.

Cuando paso junto a él, siento que una sombra de calor se desborda de su mano y se cierne cerca de mi brazo. Creo que estuvo a punto de abrazarme. Cal ha sido siempre una especie rara, diferente a los demás Plateados. Suave y extraño en sus inclinaciones, mientras que al resto de nosotros se nos educaba para ser navajas y filos severos.

En lugar de abrazarlo, lo tomo del brazo un momento. Tiro de él para lanzarle un último susurro, una última púa de Evangeline Samos antes que ella desaparezca. Sin su corona, sin su Casa, sin sus colores. Para convertirse por completo en una nueva persona.

—Si no es demasiado tarde para mí, tampoco es demasiado tarde para ti.

Cuando nos sentamos en el tren, con luces titilantes y un motor que cobra vida entre tumultos, me pregunto, solo entonces, dónde terminan las vías.

Será una larga caminata hasta Montfort.



TREINTA Y TRES
Mare

Todavía no me acostumbro al cabello púrpura.

No es tan chillante como el de Ella, al menos. Solo permito que Gisa tiña las puntas grises y deje intactas las raíces. Tuerzo un rizo sobrante en mi dedo, miro el peculiar color mientras camino. Por extraño que parezca, siento un poco de orgullo. Soy una electricona y no estoy sola.

Después del primer ataque contra Arcón, Maven y sus consejeros leales emprendieron una campaña de colapso o inundación del vasto sistema de túneles de la ciudad. Se concentraron sobre todo en el sur, donde los túneles eran más numerosos y conducían a las ruinas de Naercey, en la desembocadura del río Capital. La propuesta original de Davidson fue atacar desde la ciudad abandonada, pero Farley y yo lo disuadimos. Maven destruyó eso también, acabó con el fuerte de la Guardia Escarlata mientras hacía trizas lo que quedaba. La Guardia lo inspiró a su vez y construyó túneles además de un tren de escape. Aunque a esta profundidad y después de esta larga clandestinidad no estoy segura de ello, pienso que al final entroncaremos con la línea del tren.

Mi brújula interna gira, busca en vano el verdadero norte. Tenemos que depender de la inteligencia de la Guardia, lo que esta sabe de los túneles. Y tenemos que depender de Maven. Por increíble que parezca, él es nuestra mejor esperanza para adentrarnos lo más posible a la ciudad. La fuerza combinada de Montfort y la Guardia es demasiado grande para atacar simplemente por aire, río o tierra. Debemos hacerlo por las tres vías.

Claro que, entre tanto, forcejeo en la oscuridad, camino durante horas debajo de varias toneladas de roca y tierra.

Maven corta una marcada silueta, iluminada desde atrás por nuestras linternas. Aún lleva puesto el sencillo uniforme que le dieron en Montfort

cuando lo encerraron: pantalones y camisa de un gris deslavado, tela demasiado delgada y corte demasiado grande para su complexión. Luce más joven de lo que es, más flaco y demacrado que nunca.

Me rezago y uso a Farley como escudo humano entre nosotros. Los guardias de él también están a la mano, una combinación equitativa de Rojos y nuevasangres. Ninguno flaquea, apoyan las manos en sus enfundadas armas. Tyton camina cerca, concentrado en Maven. Están preparados para el primer indicio de dificultades.

Yo también. Mi cuerpo zumba, es un cable viviente, no a causa de mi electricidad sino de mis nervios. He sentido esto durante horas, desde que Maven nos hizo bajar aquí por una trampilla de servicio unos kilómetros al norte de los límites de la ciudad.

Nuestro ejército avanza pesadamente con nosotros. Miles ondean a través de la oscuridad, marchan en un espacio nivelado y estable y hacen retumbar las paredes del túnel. Suena como un latido, rítmico y palpitante, que vibra en mi pecho.

A mi derecha, Kilorn arrastra los pies, con pasos saltarines para seguir los míos. Descubre que lo miro y me dirige una tensa sonrisa.

Intento devolverle el gesto. Estuvo a punto de morir en Ciudad Nueva. Recuerdo la sensación de que su sangre rociara mis labios. Me invade un temor húmedo por el recuerdo.

Mi viejo amigo adivina mi expresión, incluso bajo la tenue luz. Me codea un brazo.

—Debes admitir que tengo talento para la supervivencia.

—Esperemos que dure —mascullo en respuesta.

Estoy preocupada por Farley, pese a todas sus aptitudes y artimañas. Aunque no se lo he hecho saber a nadie.

Tiene el mando de la mitad de las fuerzas de tierra: todos los soldados de la Guardia así como los desertores Rojos de Norta reunidos durante los meses de rebelión. Davidson encabeza a la otra mitad, pese a lo cual camina con el resto de nosotros y le da precedencia a la general.

Adelante, el túnel se divide en dos. Un lado se angosta y asciende sinuosamente sobre viejos peldaños entre suaves pendientes de tierra apisonada. El otro es todavía amplio y plano, con apenas una leve inclinación.

Maven se detiene en la bifurcación, posa ambas manos en su cadera. Le divierte que los seis guardias que lo flanquean se muevan al mismo ritmo que él.

—¿Por cuál camino hay que seguir? —vocifera Farley.

Maven la mira con su conocida sonrisa. Las sombras cortan a tajo sus pómulos y realzan el azul de sus ojos, vívidos en su gélida frialdad. No contesta.

Sin vacilar, ella le estampa un golpe en la quijada. Sangre de plata mancha el piso del túnel, cintila bajo la luz de la linterna.

A su lado, cierro un puño. En otras circunstancias le permitiría que lo hiciera papilla, pero ahora lo necesitamos.

—¡Farley! —siseo y al instante querría no haberlo hecho.

Frunce el ceño hacia mí y Maven sonríe, muestra sus dientes argénteos.

—Arriba —dice simplemente y apunta al camino empinado.

No soy la única en maldecir entre dientes.

Pese a que el camino angosto no es difícil, nos retarda. Esto deleita a Maven, quien, presa de un repentino delirio de persecución, mira atrás cada tantos minutos. Tenemos que caminar de tres en fondo, en lugar de doce como antes, lo que contribuye a un ascenso acalambrado. El túnel se caldea pronto con la presencia de tantos cuerpos, todos ellos nerviosos y agitados. Un abalorio de sudor rueda por mi cuello. Preferiría tomar por asalto la capital con gran despliegue de fuerza, pero supongo que esto es inevitable.

Algunos pasos son desiguales y demasiado altos, lo cual me hace padecer. Kilorn me ve avanzar y casi ríe. Aunque podría invocar una tormenta de relámpagos, los altos peldaños me fatigan.

La escalada no dura más de media hora pero se siente como si hubiéramos pasado varios días bajo una débil luz, forcejeando en relativo silencio. Incluso Kilorn mantiene cerrada la boca. Las circunstancias se imponen sobre la larga fila de soldados como una nube que nos absorbiera a todos. ¿Qué hallaremos en la superficie cuando finalmente lleguemos a ella?

A pesar de que intento no mirar a Maven, descubro que me concentro en su perfil. Es instintivo. No confío en él por ningún motivo. Temo que de súbito desaparezca en una grieta y escape. Pero mantiene un ritmo constante, no flaquea en sus pasos.

El camino se nivela de nuevo para unirse a un túnel más amplio con paredes curvas y soportes de piedra. El aire es más fresco, produce un escalofrío sobre mi piel enfebrecida.

—Supongo que sabes dónde estamos —me dice Maven y su voz rebota en mí; hace señas hacia el piso del túnel.

El reflejo de nuestras linternas revela un par de vías nuevas.

Hemos llegado al tren de escape.

Trago saliva, siento que el temor sube por mi garganta. Ya estamos cerca. Todos los demás lo saben también, a juzgar por el estallido de actividad que asciende por nuestras filas. Desde aquí, la mitad de las fuerzas de Farley pueden subir fácilmente al Fuego Blanco, la Plaza del César y los riscos que componen Arcón occidental. El resto, bajo el mando del premier Davidson y la general Cisne, cruzará bajo el río y se reunirá con la general Palacio, último miembro de la comandancia que aún opera en la capital. Si todo sale conforme a lo planeado, invadiremos ambos lados de Arcón antes de que alguien sepa que estamos ahí. Y atraparemos en medio a los lacustres.

¿Cal nos combatirá?

Debe hacerlo, me digo. *No tiene otra opción*.

El objetivo oficial es librar a la ciudad de los lacustres. Podemos hacer eso, por lo menos. *Podemos hacerlo*.

Junto a mí, Kilorn roza mi brazo, percibe mi intranquilidad. Esa muestra de calidez me hace temblar de nuevo.

En el filo de mi percepción, algo se tiñe. Zumba y rezumba, es el gemido de la distante electricidad; no arriba de nosotros, curiosamente, sino adelante. Y se acerca a paso firme.

—¡Algo se acerca! —aúllo.

Tyton reacciona igual, su cuerpo se tensa.

—¡Retrocedan! —grita y empuja a Maven contra la pared. Los demás seguimos su ejemplo y procedemos a toda prisa mientras el sonido nos alcanza.

Un motor rechina a lo lejos, acorta la distancia conforme gana velocidad sobre los rieles. Las luces revelan una curva gentil, cegadoras en comparación con nuestras linternas, y tengo que volverme para proteger mis ojos.

Miro así a Maven, quien se muestra inmutable. Ni siquiera parpadea.

El tren pasa a toda velocidad junto a nosotros, es una indefinida masa de metal gris, y lo hace demasiado rápido para que avistemos quién va adentro. Aun así, Maven intenta asomarse a las ventanas cuando pasan disparadas a nuestro lado, con sus ojos azules grandes como platos. Palidece, se pone más blanco que el cabello de Tyton y traga saliva con furia y labios apretados. Todo esto ocurre en un instante y pronto él pone sus emociones bajo control, aunque ese momento es suficiente para mí.

Sé la forma que el temor adopta en Maven Calore y está aterrado ahora. Por una muy buena razón.

Cualquiera que fuese su esperanza de escapar, acaba de desaparecer con ese tren.

Descubre que lo miro, descifro la expresión que se desvanece en su rostro. Su quijada se aprieta justo un poco y sus ojos pasan sobre mí, lentos como una caricia.

No puedes huir de lo que has hecho, querría decirle en voz alta.

Recibe el mensaje.

Al tiempo que el tren se desvanece en la nada, más allá de mi percepción, cierra los ojos.

Pienso que se despide.

Al igual que las luces del tren, las blancas volutas de las bóvedas del Tesoro son deslumbrantes.

Tyton sujeta a Maven del cuello. Usa ese recurso para acelerar nuestra marcha, obliga a Maven a caminar cada vez más rápido mientras ascendemos por la bóveda. El aire se llena del estrépito de armaduras de cuerpo entero e instrumentos bélicos bajo inspección. Se cargan armas, se sacan espadas, botones que se abrochan, hebillas que emiten un chasquido al embonar en su sitio. La pistola en mi cadera es aún un peso inusual y me ladeo un poco en compensación. Dudo que dispare una sola bala allá arriba, a diferencia de Farley. Ella se quita el saco y lo arroja a un lado, donde es pisoteado por los cientos detrás de nosotros. Sin esa cubierta roja, veo los numerosos cinturones y fundas que atraviesan su espalda y cadera, provistos de media docena de armas y sus correspondientes municiones, igual que su radio. Tiene navajas también, a plena vista ahora. Diana Farley está lista para la guerra.

En algún lugar a nuestras espaldas, un miembro de la Guardia grita y su voz produce un eco singular. Pese a que no puedo descifrarlo, los demás lo repiten. La consigna reverbera en las paredes y sube como un trueno hasta que me doy cuenta de lo que corean.

—¡Nos levantaremos, rojos como el amanecer!

Pese a mi temor, siento que una sonrisa salvaje y desenfrenada asciende a mis labios.

—¡Nos levantaremos, rojos como el amanecer!

El pasaje en espiral se hace eco del grito de guerra.

Casi corremos, Maven tiene que forcejear para seguirle el paso a Tyton. Farley iguala su velocidad, devora con largas zancadas el mármol blanco bajo nuestros pies.

—¡Nos levantaremos, rojos como el amanecer!

La voz de Kilorn se une al griterío.

—¡Nos levantaremos, rojos como el amanecer!

Las luces palpitan al mismo ritmo que mi corazón.

Volteo para contemplar las filas rojo y verde de Montfort y la Guardia, la diversidad de rostros, pieles de todos los matices y sangres de los dos colores que claman estremecedoramente al unísono. Algunos elevan los puños, las armas o ambas cosas, pero nadie permanece en silencio. Nuestras voces son tan fuertes que apenas escucho la mía.

Nos levantaremos, rojos como el amanecer.

Invoco al relámpago, llamo al trueno, convoco todas las fuerzas que restan en mi ser. No soy general ni comandante. Lo único de lo que debo preocuparme allá arriba es de mí, Kilorn y Farley, si ella me lo permite. Mi capacidad no da para más.

Y de Cal, dondequiera que se encuentre, sea que dirija a su ejército, luche en vano contra una fuerza mayor que la suya o defienda una ciudad de su casi inevitable ruina.

Tyton es el primero en atravesar las grandes puertas del Tesoro para salir a la lluvia con Maven a remolque. El joven príncipe derrapa, sus zapatos resbalan en las losas húmedas de la Plaza del César, pese a lo cual Tyton mantiene el control. Lo sigo, casi deseo que mate a Maven de una vez, bajo la lluvia. El plan nunca fue permitir que él sobreviva a la batalla. Y ya no lo necesitamos.

Esto podría terminar ahora mismo.

Ambos extremos de la decisión tiran de mí, como si en verdad me correspondiera tomarla.

El electricón no relaja su control, casi arrastra a Maven. No es tan temperamental como el resto de nosotros. Es lento para la furia, aun ahora, con Maven en sus manos. Es un buen carcelero para alguien que el resto de nosotros desprecia tanto.

—¡Hazlo ya! —oigo decir Maven, con la cabeza gacha todavía. Tiende sus blancas manos y veo sus dedos tremolar bajo la lluvia. Al igual que yo, sabe adónde conduce este camino.

Detrás de nosotros, un número creciente de las fuerzas de Farley fluyen en la plaza, repiten aún el lema de la Guardia. Llenan de color el espacio: sus uniformes rojos y verdes destacan vivamente incluso bajo la húmeda niebla. Me concentro en el rey caído, quien tiembla ahora a cien metros del que fuera su palacio. Ni siquiera el rítmico golpe de los disparos y las explosiones penetra por completo en mi conciencia.

—¡Ya te dije que lo hagas! —gruñe de nuevo, intenta persuadir a Tyton.

O a mí.

Por encima de nosotros se agitan las nubes de tormenta. Siento el destello del relámpago antes de que haga purpúrea explosión en el cielo, un emblema de nuestra presencia. *Para que Cal sepa que estamos aquí*.

—Ya no les sirvo de nada —gotas de lluvia ruedan por su rostro, siguen trayectorias conocidas—, terminen de una vez con esto.

Levanta poco a poco sus ojos hasta los míos. Espero dolor, o derrota.

No un enojo helado.

—Ty… —esta palabra no termina siquiera de salir de mi boca cuando un obús nos alcanza y se estampa en las paredes con columnas del Tesoro.

Su fuerza nos expulsa a los lados y caemos sobre terreno ya accidentado. Me golpeó de cabeza contra la losa y veo estrellas durante un segundo. Intento pararme y caigo de nuevo, choco con Tyton, tan desorientado como yo. Me sujeta, tira de mí sobre la plaza al tiempo que una desbocada lengua de fuego pasa arriba de nosotros y hace silbar el aire sobre nuestras cabezas.

—¡Maven! —mi voz se pierde en la estridencia de la batalla, las armas, los proyectiles, los obuses de los morteros, el viento y la lluvia.

Debajo de mí, Tyton se tensa, se impulsa sobre los codos. Sacude la cabeza en todas direcciones, busca en la multitud que nos rodea una figura gris de cabello negro.

Ruedo sobre mis rodillas entre maldiciones, mis mechas caen presa del desorden, mi rayo púrpura a la deriva como nunca. Kilorn derrapa junto a mi hombro, con cara sudorosa y roja por el esfuerzo.

—¿Escapó? —jadea, intenta ayudarme a parar.

Me pongo en pie y mi mente se despeja. Mis músculos se tensan, listos para esquivar otro golpe llameante. *Aunque quizá no sea necesario, ese no es su estilo; Maven no es un guerrero*.

—Escapó —me oigo sisear.

Puedo optar por perseguirlo o por cerciorarme de que terminemos lo que comenzamos. Puedo mantener vivos a mis amigos.

Con un arranque de determinación, me fuerzo a volverme, enfrentar las puertas de la Plaza y el Puente más allá.

—Tenemos mucho que hacer.

Pese a la densa niebla, veo que cientos de soldados se extienden por el Puente y que los cascos de las naves lacustres descuellan abajo. En el cielo, aviones con alas de amarillo, púrpura, rojo, azul y verde caen en picada como mortíferas aves de presa. No distingo nada más allá del río. La otra mitad de

la ciudad está completamente a oscuras. Farley y los oficiales cuentan con radios, por lo menos; sin duda pueden comunicarse con Davidson al otro lado.

Tomo a Tyton de la muñeca y lo levanto. Su cara se ensombrece y frunce el ceño, disgustado consigo mismo.

—Lo siento —creo oírle susurrar—. Debí matarlo cuando tuve la oportunidad de hacerlo.

Giro sobre mis talones y me dirijo a Farley.

—Únete al club —lanzo otro furioso rayo al cielo.

En la niebla vibran destellos verdes y azules, como si contestaran.

—¡Llegaron a su destino! —cavila Kilorn y apunta hacia las distantes luces—. Rafe y Ella, el ejército de Davidson.

Pese a la fuga de Maven, mis labios quieren sonreír. Una leve sensación de triunfo florece en mi pecho.

—¡Algo es algo!

Más que algo.

La Plaza del César es el centro del gobierno de Norta —contiene el palacio, los tribunales, el Tesoro y la Comandancia de Guerra—, pero el grueso de la capital está del otro lado del río. Aunque puede que nuestro lado sea más valioso, Arcón oriental es más grande, más poblado. No se dejará a Rojos y Plateados defenderse solos del asalto lacustre mientras el ejército de Cal se concentra en la armada.

Farley mira la garganta del Puente, alto e inmutable, una estatua contra los soldados a su alrededor. Sus tenientes dan órdenes, disponen a las tropas en la formación predeterminada. La mitad forma un escudo de cuerpos frente al Fuego Blanco y la Comandancia de Guerra, pese a que algunos de los Plateados de Cal podrían estar ahí. Los otros miran en la dirección contraria, hacia los peñascos al río o el otro extremo del Puente.

En esencia, atrapan a Cal entre este lado del torrente y el otro, suspendido sobre la armada abajo.

Lo alcanzamos sin demora, los soldados de la Guardia y Montfort se abren para dejarnos pasar. Tyton se pone a trabajar de inmediato, lanza sus dardos eléctricos de un blanco cegador contra los barcos. Los monstruos de acero parecen impenetrables, aun para los magnetrones. Las nubes se tiñen de azul antes de que uno de los rayos de tormenta de Ella alcance la proa de un acorazado con el agudo alarido del metal al rasgarse. Pestañeo sobre las paredes al borde del acantilado para inspeccionar el río. Debería estar cientos de metros más abajo, pero parece más cerca de lo que lo recordaba. Mi boca

se seca cuando reparo en que sin duda los lacustres aumentaron su cauce para que sus grandes barcos llegaran hasta aquí.

—No deja de subir —me dice Farley sobre el hombro y me hace un lugar —. No podremos escapar por donde llegamos.

Me muerdo el labio, pienso en los túneles debajo de nosotros.

—¿Se inundaron?

Asiente.

—Muy probablemente —mira entre el río y las siluetas en el puente. El humo sube en espiral junto con la niebla, es negro contra el blanco y gris—. Llegamos justo a tiempo.

Kilorn se instala a nuestro lado, atento al Puente, no al río. Desde este mirador, veo que las fuerzas de Cal no defienden el Puente, atacan desde él. En medio de la neblina, raudos se precipitan sobre las cubiertas de los barcos, junto con colosos, olvidos de Anabel y otros Plateados aptos para el combate cuerpo a cuerpo. Los escalofríos de la Casa de Gliacon parecen ser los que más progresan, usan sus habilidades para congelar. Uno de los buques pequeños está completamente helado, inutilizado contra los soportes del puente.

Suspiro aliviada cuando no veo fuego entre los navíos, más allá de los usuales estallidos de explosivos. Cal está ahí, él mismo combate a la armada. *Todavía*.

—¿Crees que sepa que estamos aquí? —pregunta Kilorn, sin dejar de mirar el puente.

Farley aprieta la quijada. Se lleva la mano al costado, no a su arma sino al radio sujeto en su cadera.

—Parece un poco preocupado.

—Lo sabe —murmuro y otro relámpago púrpura cruza el cielo. El aire es espeso, como las nubes que han descendido y ocultan la batalla ante nosotros. Me encojo cuando otra ronda de metralla cae sobre la Plaza, misiles que chocan con un ala del palacio.

—No veo a Maven —dice Farley junto a mí y tengo que enfrentar todo el peso de su mirada cerúlea, clara y brillante aun bajo la neblina—, ¿acabaron con él?

Me muerdo el labio, casi me sangro. El dolor es mejor que la vergüenza. Adivina el sentido de mi vacilación y su rostro se amorata más rápido de lo que yo creía posible.

—Mare Barrow…

El ruido del radio en su costado la interrumpe y me salva de su cólera. Lo destraba y gruñe en el receptor.

—¡Aquí la general Farley!

La voz en el otro extremo no pertenece a un general de la comandancia ni a un oficial de Montfort. Tampoco es Davidson.

Yo reconocería esa voz en cualquier parte, incluso salpicada de disparos.

—Pensé que no regresarían —dice Cal, cuya voz suena muy lejos, distorsionada por la estática. De seguro la electricidad en el aire no es muy buena para las ondas de radio.

Sin aliento, miro hacia el Puente. En efecto, una de las sombras bajo la bruma parece precisarse; son unos hombros anchos y una zancada conocida, que se acercan con creciente resolución. Me mantengo inmóvil, con los pies fijos en su sitio en nuestra percha sobre la refriega.

Farley sonríe en el radio.

—¡Qué amable de tu parte que nos hayas dado tiempo!

—Fue simple cortesía —replica.

Con un suspiro, ella se dirige hacia la figura en el Puente, ahora a menos de cincuenta metros de nosotros. Lo rodean sus guardias y de repente hace alto, detiene al grupo. Los Plateados lucen tensos, con sus armas listas, a la espera de una orden. Él nos reconoce con una inclinación de su cabeza. Farley arruga un poco la frente, titubeante.

—Supongo que sabes cómo están las cosas, Cal.

La respuesta de él es demasiado rápida.

—Sí.

Farley se muerde el labio.

—¿Y?

Hay un largo ruido de estática antes de que él hable de nuevo.

—¿Mare?

El radio está en mi mano antes siquiera de que pueda pensar en pedirlo.

—Aquí estoy —fijo en él la mirada al otro lado de un cañón.

—¿Es demasiado tarde?

La pregunta tiene demasiadas implicaciones para contarlas.

Púrpura, blanco, verde y azul destellan entre las nubes, suficientes para penetrar la neblina y cegarnos un momento a todos. Cierro los ojos y sonrío con la explosión de energía mientras estalla en mí.

Cuando el relámpago pasa, respondo, con todo y sus consecuencias.

—No, no lo es —digo y le devuelvo el radio a Farley.

Ella no me detiene cuando bajo los escalones y los guardias de Cal se hacen a un lado a medida que me acerco y cruzo las destruidas puertas de la arruinada plaza.

Espera inmóvil a la orilla del Puente de Arcón. Como lo hacía antes, permite que me aproxime a él, que fije el paso, elija la dirección, tome la decisión. Deja todo en mis manos.

Doy pasos uniformes, pese a los estruendos de abajo. Algo se hace añicos, hay rugidos y quejas. Quizás uno de los barcos chocó con otro, apenas reparo en ello.

El abrazo es demasiado corto pero suficiente. Me afianzo junto a él, me afirmo en mi osadía y siento las duras y cálidas líneas de su cuerpo contra mí. Huele a humo, sangre y sudor. Cruza los brazos en mi espalda, me estrecha por los hombros para apretarme contra su pecho.

—Ya dejé atrás las coronas —balbucea sobre mi cabeza.

—¡Por fin! —susurro.

Nos apartamos al unísono para volver a la situación apremiante. No tenemos tiempo para más y es un hecho que no tengo la capacidad necesaria para pensar en mucho más.

Levanta el radio de nuevo, una mano descansa todavía sobre mi hombro.

—General, creo que Volo Samos y algunos de sus soldados están aún en la Comandancia de Guerra —dice y miro a través de la niebla la voluminosa construcción al borde de la plaza—. No los pierda de vista.

—Entendido —contesta—. ¿Hay algo más?

Entra en acción, da órdenes a sus tenientes para transmitir la instrucción. Kilorn y Tyton la flanquean como si fueran sus guardias.

—Ahora intentamos bloquear el río. Si los barcos no pueden retroceder…

—No podrán escapar —termino por él y miro la destrucción en ambos costados de la ciudad. Cruza el cielo un par de proyectiles, que despiden humo como tinta negra sobre papel mientras describen una trayectoria en forma de arco y hacen explosión.

A pesar de los soldados de Cal y de los aviones, la armada lacustre no parece recibir mucho daño. Mientras observo, hace erupción otro de los rayos de tormenta de Ella, pero al mismo tiempo se levanta una ola con cegadora velocidad y recibe el grueso del impacto para salvar a un buque. El relámpago se enciende con el brillo etéreo de la electricidad antes de desvanecerse y caer inofensivamente en el río. Eso es sin duda obra de la reina Cenra, quizá con la ayuda de su hija. Jamás he visto tal despliegue de poder, incluso en personas que se deleitan con este tipo de cosas.

Cal observa conmigo, con rostro quieto y ceñudo.

—Debemos hundir los barcos, aunque, con el río, tienen todos los escudos que necesitan. Por lo pronto es lo único que podemos hacer para reducir el mínimo el daño a la ciudad —maldice en tanto una ola repele otra descarga —. Las municiones tienen que agotárseles en algún momento, ¿cierto? —dice con un dejo de mordacidad.

Miro las naves, deslizo la vista por su piel de acero.

—Llama a algunos teletransportadores, que olvidos de Lerolan y Evangeline suban a un barco y le abran algunos orificios.

—Evangeline se ha marchado ya.

—Pero acabas de decir que su padre…

Por alguna razón, Cal exhibe un extraño orgullo.

—Tuvo una oportunidad y la aprovechó.

Una oportunidad para correr y dejar todo atrás. No necesito mucha imaginación para saber adónde huyo. O con quién. Al igual que Cal, siento una curiosa mezcla de orgullo y sorpresa.

—El tren —casi sonrío para mí. ¡Bien hecho!, pienso sin remedio.

Sacude una ceja.

—¿Qué?

—En los túneles vimos en movimiento el tren de escape de Maven. Seguro que era ella —duele decir el nombre de él y hago una mueca, un sabor amargo llena mi boca—. Él está aquí, por cierto.

La temperatura sube unos grados a nuestro alrededor. Cal queda boquiabierto.

—¿Maven?

Asiento, con mejillas ardientes de calor.

—Nos guio hasta aquí. Para escupirte.

Se pasa una mano por el rostro.

—¡Qué lástima que no pueda agradecérselo! —intenta sonreír y yo no río, incapaz de hacer otra cosa que morderme el labio—. ¿Qué quiere?

No tiene caso mentir.

—Escapó.

Parpadea hacia mí, otro proyectil silba encima de nosotros.

—Es un mal momento para una mala broma, Mare.

Bajo la mirada. *No es broma*.

La pulsera flamígera en su muñeca chispea y él convierte la chispa en una bola de fuego. Enojado, sorprendido, exasperado, lanza la feroz esfera sobre la orilla del Puente y permite que queme la niebla mientras se desvanece.

—Así que está en alguna parte de la ciudad —espeta—. ¡Fantástico!

—No pierdas de vista a Kilorn y Farley, yo lo buscaré —poso una mano en su hombro; las placas de acero bajo mi tacto se sienten como si estuvieran sobre un horno.

Me retira con delicadeza. Mira hacia la Plaza de nuevo, con dientes apretados.

—No, lo haré yo.

Siempre he sido más rápida que él. Esquivo sus manos con facilidad y me planto con firmeza entre él y la Plaza. Con una palma en su pecho, lo mantengo a prudente distancia.

—Tú estás algo ocupado —sacudo el mentón hacia la armada debajo de nosotros.

—Sí, un poco.

—Yo puedo ponerle fin a esto.

—Sí, lo sé.

Su armadura se calienta bajo mi mano y él cubre mis dedos con los suyos.

El Puente zumba a nuestros pies por la fuerza de un impacto que se multiplica en una docena desde todos los ángulos, arriba, abajo, misiles, bombas. El choque de una ola hace volar por los aires los soportes y el nivel del Puente donde nos encontramos. Más pesado en razón de su armadura, Cal pierde el equilibrio y cae en tanto yo forcejeo para permanecer en pie.

Salvo que es imposible hacerlo.

El Puente en tres niveles de Arcón, inmenso en su estructura de roca y acero, se dobla hacia el centro y se desploma. No es difícil suponer por qué. Otra explosión retiembla y un rocío de escombros se esparce en todas direcciones y cae junto con los soportes centrales de la construcción.

Cal intenta pararse y lo tomo del brazo. Lo arrastraría si pudiera, pero la armadura es demasiado pesada.

—¡Auxilio! —busco a sus guardias.

Los soldados Lerolan, de la parentela de su abuela, no tardan en ponerlo en pie, pero el Puente está en contra nuestra y cae cada vez más rápido, ruge contra su propia defunción.

Grito cuando el pavimento bajo nuestros pies cede y se impacta con el siguiente nivel, diez metros abajo. Aterrizo con fuerza de costado y algo cruje en mis costillas, desde donde el dolor se extiende como una telaraña. Siseo, trato de rodar y orientarme. ¡Bajen del Puente, bajen del Puente!, reverbera en mi cabeza.

Cal está de rodillas y tiende una mano, aunque no para ayudarme.

Para detenerme.

—¡No te muevas! —grita y estira los dedos.

Me congelo a medio paso, el brazo desplegado alrededor de mi caja torácica.

Sus ojos resplandecen de temor, con pupilas anchas y oscuras.

En lugar de la armada, cuyos cañones arrojan sobre nosotros un infierno taladrante, solo escucho una cosa, semejante a un susurro, pero peor.

Rajaduras. Un desmoronamiento.

—¡Cal…!

Todo se desploma debajo de nosotros.



TREINTA Y CUATRO
Cal

Caigo como una roca.

La inútil y condescendiente armadura que nunca hizo otra cosa que retardarme no me protegerá de una caída de treinta metros a las enfurecidas aguas. No puedo salvarme ni salvarla. Mis manos se clavan en el aire, buscan algo de lo cual asirme, pero la niebla silba entre mis dedos. Ni siquiera puedo gritar.

Los escombros caen junto con nosotros y me preparo para el impacto con el sólido concreto. Quizá termine aplastado antes de que tenga la oportunidad de ahogarme. ¡Qué pequeña merced sería esa!

Intento verla mientras el río crece para salir a mi encuentro.

Alguien me toma de la cintura y me oprime con tanta fuerza que saca el aire de mis pulmones. Mi visión se nubla. Quizás esta sea la muerte.

O quizá no.

Aúllo al tiempo que el río, la niebla y el puente en caída libre desaparecen, devorados por la negrura. Todo mi cuerpo se tensa y cuando colisiono con algo sólido pienso que todos mis huesos quedarán hechos polvo.

Pero nada se rompe.

—No sabía que los reyes eran capaces de gritar de ese modo.

Cuando abro los ojos, Kilorn Warren está parado sobre mí, con su pálido rostro detrás de una sonrisa amigable. Me ofrece una mano y la tomo con gusto para que me ayude a levantarme.

La teletransportadora de Montfort jadea ligeramente en su verde uniforme. Es bajita, casi tanto como Mare, y me dirige una escueta inclinación.

—¡Gracias! —todavía trato de adaptar mi cerebro a la supervivencia.

Se encoge de hombros.

—Solo seguí órdenes, señor.

—¿Alguna vez nos acostumbraremos a eso? —dice Mare a unos metros de distancia, de rodillas aún. Escupe un poco, tiene la cara verde.

Su teletransportadora, la oficial Arezzo, la mira con una sonrisa.

—¿Preferiría la alternativa?

Mare entorna los ojos. Me mira y alarga la mano para que la ayude. Kilorn la toma de un lado, yo del otro y la ponemos en pie. Se sacude el uniforme color rojo sangre de la Guardia, así sea solo para hacer algo. Aunque está tan desconcertada como yo, se resiste a mostrarlo. Supongo que uno nunca se acostumbra a ser arrancado de las garras de la muerte, por más que la experiencia se repita.

—¿Cuántos cayeron? —pregunta, sin voltear aún.

Me muerdo el labio y miro a mi alrededor a los guardias Lerolan que se recuperan junto a nosotros. La capacidad de los teletransportadores es limitada y yo tenía a cientos de soldados en el Puente, sin contar a los que estaban abajo. Se me retuerce el estómago cuando me percato de las consecuencias. Aprieto los dientes, me oriento y me doy cuenta de que estamos de nuevo en la orilla de la Plaza, incrustados en las tropas de Farley, que ahora fortifican a toda prisa el risco. Más allá permanece el esqueleto del Puente, desplomado de en medio, en tanto que el río hierve abajo. Una nave lacustre quedó atrapada, se hunde bajo del peso de uno de los soportes que cayeron como árboles durante la tempestad y que destrozó su casco de acero. Resultó demasiado pesado, incluso para las reinas lacustres.

Pese a que la neblina me impide ver el otro extremo del Puente, espero que el grueso de mis fuerzas haya llegado a una de las orillas que sobrevivieron. Nuestro ejército es poco numeroso, y cada vida perdida es una carga más sobre mis hombros. Siento como si esa carga pudiera aplastarme ya, cuando esta batalla dista de haber terminado.

Mare se desplaza junto a mí, busca igual que yo. Entrelaza un segundo sus dedos con los míos antes de que los retire de mala gana.

—Debo buscarlo —susurra.

Tanto como quisiera ayudarla en esa tarea, no puedo, a menos que deje al mando a Nanabel o, ¡por mis colores!, a Julian. Ninguno de los dos está preparado para proteger apropiadamente Arcón, sobre todo en coordinación con Diana Farley.

—Anda —le digo y poso una mano en la base de su espalda, donde, junto con un pesado suspiro, le doy un ligero empujón. *Para que vaya a matar a mi*

hermano—. Deshazte de él.

Debería hacerlo yo. Debería tener el valor de hacerlo.

Pero no lo puedo soportar. No soporto el peso de matar a Maven.

Mientras ella se aparta, acompañada al instante por Kilorn, cierro los ojos y respiro larga y sonoramente.

¿Cuántas veces tengo que despedirme de él?

¿Cuántas veces lo he perdido?

—¡El río! —advierte alguien.

Me pongo alerta, dejo que el instinto se haga cargo. Me preparé durante años para ser un guerrero y un general, para ver la batalla a centímetros y a kilómetros de mí. Al instante imagino la ciudad en mi cabeza, partida a la mitad por el río Capital, ahora invadido por la armada lacustre. Estamos separados del otro sector de Arcón, aislados, únicamente con teletransportadores para movilizarnos. Ignoro cuántos sean, pero sin duda serán suficientes si los lacustres deciden dirigir su atención a los peñascos y la gente que se encuentra ahí.

Farley se mantiene en su percha, con un arma larga colgada al hombro. Tiene los ojos puestos en un par de catalejos y mira hacia abajo, inmóvil, como una estatua recortada contra la niebla y el humo.

—¿Crece aún? —subo junto a ella para disponer de una vista mejor. Me pasa los catalejos sin dejar de mirar al frente.

—Cada vez más rápido, observa río abajo —sacude el pulgar en dirección al sur.

No es difícil ver a qué se refiere. Se acercan capas blancas, olas que avanzan a un paso intermitente, al tiempo que los lacustres jalan cada vez más agua del océano. El río se abulta a un ritmo constante, se solidifica en una muralla de agua de más de cinco metros de alto. Apostaría que el río ha subido aquí al menos diez metros hasta ahora y está por aumentar mucho más.

A pesar de las fortificaciones de la Guardia, los riscos son alcanzados por la artillería y rocas salen disparadas mientras otra bolea de misiles da en el blanco. Me agacho y alzo un brazo para protegerme de los desechos que caen sobre nosotros; Farley simplemente vuelve la cabeza.

—Julian está a cargo de la enfermería en el cuartel, con Sara Skonos. Es mejor que dispongamos algunos mensajeros —instruyo al tiempo que veo que unos soldados se retiran de los riscos con el rostro ensangrentado.

—¿Y Anabel? —pregunta, con un tono forzadamente neutral.

—Está en la Comandancia de Guerra.

—¿Con Samos?

Pienso en lo que Evangeline me dijo después de mi coronación: que Julian y Anabel conjuraban para matarlo; para eliminar a la Fisura de la ecuación y quizá comprar para todos un poco de paz con su cadáver. Si ese es el precio, no la detendré.

—Tal vez —es todo lo que logro decir antes de cambiar de tema—. ¿Cuál es tu plan? —Diana Farley no ataca nunca sin alguna idea, quizás incluso un as bajo la manga, sobre todo si cuenta con el respaldo de alguien como Davidson, por no hablar de la Guardia en su totalidad—. Tienes uno, ¿cierto?

—Es probable —contesta—. ¿Y tú?

—Nuestra intención era bloquear a la armada, atraparla, obligarla a un cese el fuego, pero esas reinas ninfas son invencibles en el agua.

—¿En serio? —entrecierra los ojos—. Creo que Iris te dio un buen susto en Harbor Bay.

No quiero pensar en eso, en el peso aplastante del agua, que me hundía más rápido de lo que creí posible.

—Quizá.

—Entonces devolvámosle el favor.

—De acuerdo, tomaré algunos olvidos y teletransportadores a ver si podemos…

Para mi sorpresa, me aparta con un gesto y su desdén me desconcierta y avergüenza.

—No hay necesidad de eso —desvía la mirada, alza su radio y gira la perilla hacia el canal correspondiente—. ¿Cómo van las cosas por allá, premier?

La voz de Davidson se escucha en respuesta, también oigo ecos de disparos.

—Estables hasta ahora. Algunos de las Tierras bajas hicieron la prueba con los acantilados, pero no esperaban encontrarse con nosotros; los enviamos de regreso —imagino a soldados de las Tierras Bajas, de púrpura y oro, al caer desde el borde. Destrozados por las tropas nuevasangre—. ¿Y qué hay de su lado, general? —cuestiona Davidson.

Farley sonríe.

—Tengo conmigo al más razonable de los Calore y Barrow persigue al otro.

—Premier —digo en el radio—, tengo a cien Plateados entre las ruinas del Puente y en pleno combate aún en los barcos, ¿podría protegerlos?

—Puedo hacer algo mejor todavía; deben salir del agua, enviaré ahora mismo a mis teletransportadores.

—Mi lado está bien —responde Farley—. Tome tantos como pueda antes de que las cosas se agraven.

La miro con la frente arrugada.

—¿Viene otra oleada de embarcaciones?

Su sonrisa se ensancha.

—Algo así.

—No es momento para sorpresas.

—Francamente, es como si hubieras olvidado de lo que somos capaces —chasquea y resulta raro verla reír contra el telón de fondo de la guerra y la destrucción—. Tuvimos que esperar a que el agua subiera suficiente de nivel. Y por suerte para nosotros, esas reinas ninfas están más que dispuestas a complacernos.

Miro el agua de nuevo junto con una nueva descarga sobre los barcos, cuyos cascos se elevan hasta quedar al nivel de los peñascos más bajos. Algunas crecidas más y les veremos los dientes, con cada obús y proyectil apuntados a nosotros. *No veo cómo esa sea una posición deseable*.

A Farley le divierte mi confusión.

—Me alegra que hayas decidido ver las cosas a nuestro modo, Cal.

—El modo *correcto* —replico—, como debe de ser.

Su sonrisa se desvanece, aunque no de disgusto, quizá de sorpresa. Por primera vez su tacto es amable, movido por la compasión. Detiene un dedo en mi hombro.

—No más reyes, Calore.

—No más reyes —repito.

En lugar de Farley, los misiles, los buques, el agua y las quejas de los soldados heridos, escucho la voz de mi madre. La voz que imagino que tenía.

Cal no será como sus antepasados.

Quería que yo siguiera determinado camino, igual que mi padre; que fuera diferente. Pero de todas formas quería que fuera rey.

¡Cuánto me habría gustado que mi decisión le enorgulleciera!

—Y ya que hablamos de reyes —su actitud cambia en un instante; se endereza y apunta a una figura que atraviesa la Plaza—, ¿ese es…?

Su capa negra ondea en la neblina, retrocede de golpe para revelar extremidades cubiertas por una perfecta armadura azogada. Sus pasos son rápidos y seguros entre la multitud, los soldados se apartan de un salto de su camino para dejarlo pasar. Sin alterar el ritmo, sube al Puente en ruinas.

—Volo Samos —aprieto los dientes. Sea lo que esté a punto de hacer, no terminará bien para nosotros.

No se detiene, pese a que el Puente debajo de él sea cada vez más precario. Los barcos, que se han elevado por efecto de la forzada marea, están casi a su misma altura. Y no hace alto de cualquier forma.

Ni siquiera en la orilla.

Farley ahoga un grito cuando él se lanza al vacío. Su cuerpo cae lentamente y su capa y armadura se dejan ver inconfundibles a través de un hueco en la bruma.

Aparto la mirada, incapaz de verlo estrellarse contra el acero.

En el extremo opuesto de la Plaza aparece mi abuela, resuelta, enfundada en su reluciente uniforme de batalla rojo y naranja. Me mira en medio de la refriega.

A su lado, Julian deja colgar su cabeza sobre el cuello.

No creo que haya matado antes.



TREINTA Y CINCO
Iris

—Con otro empuje de la marea podremos desembarcar directamente sobre ellos —murmura mi madre mientras abandona el puente del navío para disfrutar de un poco de aire libre. La intensa lluvia cubre de abalorios su rostro expuesto. La sigo de cerca, lo mismo que sus guardias. Está blindada hasta el cuello, cubierta por una placa negra y azul cobalto. No correremos riesgos; una bala perdida podría alcanzarla en cualquier momento y desmoronar estrepitosamente nuestra invasión.

—Sé paciente, madre —musito, casi pegada a su lado—. No podrán contenernos mucho tiempo más.

No puedo menos que albergar esperanzas. Tiberias Calore dañó magistralmente a su país, traicionó a su pueblo lo mismo que a los Rojos. Hizo a un lado cualquier posibilidad de conservar el trono que había ganado a su miserable hermano.

Arcón caerá, y lo hará pronto.

Miro los peñascos a un lado y otro del río, ambas orillas cubiertas por el humo y la niebla. El relámpago cruza el cielo con inusuales colores y me recuerda mi boda. Los monstruos Rojos y los traidores a su sangre de las montañas atacaron ese día la capital, aunque con menos éxito que el que nosotras tenemos ahora. Las aguas del río braman en torno nuestro, acarician los cascos de nuestra armada. Siento vivamente cada rizo de las olas, hasta donde llega mi habilidad.

El arruinado Puente de Arcón sobresale ante nosotras, aún en proceso de desmoronarse. Los escombros chocan inofensivamente con el río. Levanto una mano para alejar un gran trozo de concreto con el creciente oleaje. Otro cae después, en forma extraña; metálico, resplandece mientras gira, una punta con la otra, en un trayecto directo a la cubierta del barco.

Mis dedos rozan el aire para erigir otra ola pero mi madre me sujeta por la muñeca.

—Déjalo que caiga —fija los ojos en la figura.

No comprendo que es un cuerpo hasta que se impacta en la cubierta a unos metros de nosotras, con las extremidades destrozadas y el cráneo abierto en dos como un melón, del que manan plata y blanco sobre la plataforma. Su armadura azogada se ha hecho trizas como sus huesos, partida en pedazos sobre el polvo a causa del golpe. El malhadado cadáver es un hombre alto y viejo, a juzgar por los vestigios de su barba bajo una cara arrugada. Un pliegue de su capa negra se extiende sobre el resto de su cuerpo. La tela tiene ribetes plateados.

Un patrón de colores conocido.

De súbito la batalla parece remota, distante como un sueño, y el mundo en el borde de mi campo visual se vuelve difuso. Todo se concentra en este hombre, despedazado frente a nosotras. No lleva corona en la frente. Ni siquiera tiene ya rostro.

—¡Así terminan Volo Samos y el reino de la Fisura! —proclama mi madre y da un par de firmes pasos para elevarse sobre aquellos huesos rotos. Retira la capa con un pie y da la vuelta a los destrozados restos de su cráneo sin inmutarse.

Miro para otro lado, incapaz de ver. Mi estómago da varios inquietos estertores.

—El trueque de la reina Anabel está completo —sin dejar de examinar el cadáver, chasquea ruidosamente la lengua; pasa los oscuros ojos por el rey muerto, saturándose de él—. Cree que esto salvará a su ciudad y a su nieto.

Me armo de valor y me obligo a ver a Samos de nuevo. No soy ajena a la sangre. Un cadáver más no debería asustarme. *Este hombre es la causa de que mi padre esté muerto, que nuestro país se haya quedado sin su rey y mi madre sin su cónyuge*. Tiene más que merecido este final. ¡Y vaya si fue un desenlace brutal!

—¡Es una idiota! —hiervo por dentro mientras mis pensamientos retornan a Anabel Lerolan y su débil intento de detener una invasión. *No triunfarás. El precio ya está pagado*.

Mi madre retrocede, satisfecha. A una señal suya, dos de nuestros guardias inician la desagradable tarea de retirar a Samos de la cubierta. Sangre de plata se filtra como pintura mientras lo arrastran.

—Todos enloquecemos por las personas que amamos, querida —dice airadamente y une las manos; sin perder la calma, mira a uno de nuestros

tenientes—. Concéntrense por igual en ambos lados de la urbe, con particular atención a la acumulación de tropas.

El oficial se inclina en el puente de mando y las órdenes de la reina se transmiten a toda la armada. Embarcaciones tanto lacustres como de las Tierras Bajas reaccionan y activan sus armas con una descarga de fuego. Humeantes estallidos hacen erupción a lo largo de las riberas, con lo que desprenden rocas de los acantilados y cimbran las estructuras de la ciudad. Un momento después, nuestros enemigos a ambas márgenes nos devuelven un fuego débil. La mayoría de sus balas rebotan en el acero o se hunden en el agua.

Mi madre observa con sonrisa torva.

—Rompan sus líneas y tendremos ahí un camino fácil, una vez que el río esté lo bastante alto —piensa en los miles de soldados bajo cubierta, a la espera de saltar de nuestras naves e invadir lo que nos aguarda arriba.

Sopla un fuerte viento que se lleva consigo el ruido de los aviones, que rugen muy arriba. Aprieto los dientes. La flota aérea es la única ventaja de Norta; la de las Tierras Bajas es inferior y la nuestra muy deficiente en comparación. Lo único que podemos hacer es mantenerlos a raya con la tempestad y emplear nuestros escuálidos jets para distraerlos de la armada. Todo indica que da resultado, al menos por ahora.

Por lo que se refiere a los soldados de Norta que Tiberias envió insensatamente entre nosotros, las tropas de la cubierta no tienen ninguna dificultad para repelerlos. Incluso con colosos y raudos a la cabeza, los incontables ninfos de la Casa de Osanos usan el río en su beneficio, en *nuestro* beneficio.

Aun ahora veo los números reducirse.

—¡Teletransportadores! —gruño cuando esas rarezas de Montfort cobran intermitente vida. Se llevan hasta al último de Norta, a quienes devuelven a la relativa seguridad de los riscos—. Se retiran de los buques —me vuelvo a mi madre, dividida entre el orgullo y la decepción; Norta nos teme lo suficiente para correr—. Lo que quedó de ella, al menos.

La reina de los Lagos alza el mentón, adopta una figura imperiosa y señorial.

—Se reagrupan para hacer un último intento. ¡Bien!

Se me impone al instante la imagen de mi madre mientras cruza osadamente la Plaza del César y sube los escalones del palacio que fue alguna vez mi disfrazada prisión para sentarse en el trono que los Calore han perdido por fin. ¿Será una emperatriz cuando todo esto acabe? ¿Señora de todo lo

existente entre los lagos y el mar, desde la gélida tundra hasta las fronteras irradiadas del Wash? *No te adelantes, Iris. La batalla no está ganada aún*.

Intento concentrarme en el momento. La aguda sensación del humo y de la sangre de Samos es una buena ancla. Inhalo hondo, permito que ese aroma abrume mis sentidos. Es curioso, pero supuse que la cólera dentro de mí se desvanecería y extinguiría junto con el rey Samos. Sin embargo, la siento todavía, en lo profundo de mi pecho, corriendo mi corazón. Mi padre está muerto, y ningún trono, ninguna corona, me lo devolverán jamás. Ni siquiera la mayor de las venganzas aniquilará este dolor.

Respiro otra vez, atenta a las aguas bajo nosotras. Emisarias de nuestros dioses, ellas traen consigo todas las bendiciones y maldiciones. Normalmente, esta sensación me calmaría; estar tan cerca de ese poder es para mí incluso una lección de humildad. Pero justo ahora, no siento a ninguno de los dioses que reconozco.

Siento algo, sin embargo.

—¿Percibes eso? —giro hacia mi madre y la armadura que cubre todo mi cuerpo se tensa, amenaza con incendiarme en tanto cada una de mis terminaciones nerviosas arde de temor. ¿Qué es eso… esa cosa *en el agua*?

Mi madre parpadea y adivina mi incomodidad. Sus ojos fulgen un momento mientras despliega su considerable habilidad para perseguir entre las olas lo que me ha puesto tan nerviosa. Observo sin aliento, a la espera de que me diga que es nada, mi imaginación, ofuscación, un error.

Agudiza su atención, cierra los ojos en rendijas y de repente la lluvia se siente como carámbanos en mi espalda.

—¿Otro torrente? —chasquea los dedos hacia uno de los oficiales próximos. Este, un traidor de Norta, reacciona al instante, con el rostro tenso y pálido. Parece todavía incómodo en el uniforme azul de la comarca de los Lagos—. Osanos —le pregunta—, ¿tus ninfos tiran de otra marea…?

Él se sacude y hace una profunda reverencia. Pese a que Osanos y su familia no son tan talentosos como nosotras, son formidables por derecho propio, por no mencionar que decisivos para nuestros esfuerzos.

—No ha sido orden mía, su majestad.

Me muerdo el labio, con mi sensación aún en el borde de la *cosa* que se mueve en el agua. Aunque intento desviarlo de su curso, el objeto es demasiado pesado.

—¿Es una ballena? —murmuro sin poder creer en mi sugerencia.

Mi madre sacude el cabello, irritada.

—Es más pesada, más grande —dice—. Y no es una sola.

A nuestras espaldas, los oficiales navales se revuelven en el puente de mando, reaccionan a una inesperada docena de alarmas y luces intermitentes. El ruido me hiere como dagas.

—¡Prepárense para el impacto! —grita uno de ellos, que nos hace señas para que nos cubramos.

El brazo de mamá resbala alrededor de mi cintura para tenerme cerca. Observamos paralizadas de horror, sentimos las corrientes a nuestros pies en lo que esos numerosos objetos transitan por la armada. Han de ser mecánicos, armas de las que no tenemos conocimiento.

El primer ataque ocurre en medio de la flota: un buque de guerra pendula de pronto con un gruñido metálico que desgarra. Un estallido eclosiona bajo la línea de flotación y produce un arco de espuma y metralla. Un barco de las Tierras Bajas se incendia, sus cartuchos de pólvora destruyen la mitad frontal del casco. La propagación de calor se siente como una quemadura, pero no puedo apartar la mirada y veo con estupefacción cómo la nave se hunde en menos de un minuto, y cómo con ella se ahogan sabrán los dioses cuántas personas en su interior.

Nuestro buque insignia se cimbra, retumba por efecto de una embestida contra el casco bajo la superficie.

—¡Empuja, Iris, empuja! —me ordena mi madre y me suelta para que me precipite a la orilla de la cubierta. Se inclina con los brazos extendidos y las aguas la obedecen, se retiran en oleadas.

Me sumo a ella, permito que mi habilidad aflore. Presiono y empujo, trato de dislocar lo que sea que acomete a nuestro barco. Pero es demasiado pesado, demasiado grande, tiene un motor propio.

Nos afanamos tanto en proteger el buque insignia que apenas noto que el resto de la armada naufraga a nuestro alrededor. En ausencia de órdenes, algunos de los navíos se empeñan en regresar y navegar por el espumoso río entre los crecientes volúmenes de acero que se hunden y se mecen. El sudor rompe en mi frente y se une a la lluvia aulladora, pruebo el sabor de la sal en los labios. El ardor que siento me fuerza a pestañear y distraerme.

—¡Madre! —suelto.

No contesta, hunde sus manos en la niebla como si pudiera sacar directamente del agua la nueva arma. Gruñe un tanto, el ruido se pierde en el alarido del viento.

Aparecen otros destellos del relámpago, un rayo azul que nos alcanza. No reacciono a tiempo para desviarlo y da en el blanco junto a nosotras, azota la cubierta con el látigo del agua y la carne. Los soldados vociferan y saltan del

navío para escapar al fogoso infierno de morir electrocutados; las aguas agitadas los engullen al instante.

—¡Madre! —grito esta vez.

Maldice entre dientes.

—¡Esos Rojos bastardos tienen barcos bajo el agua! Botes y armas.

—No podemos detenerlos, ¿cierto?

Sus ojos brillan contra la tormenta y nuestro repentino cambio de suerte. Baja las manos sin previo aviso.

—No sin grandes pérdidas, y ninguna garantía —murmura, como si estuviera aturdida.

Trato de hacerla reaccionar a sacudidas.

—¡Tenemos que subir a los acantilados, bajar a tierra! Todavía podemos sobrepasar sus fuerzas…

Detrás de nosotras, nuestros guardias cierran filas, tensos y listos para saltar. Esperan la orden de mi madre.

Los ignora, se ocupa de mí en cambio.

—¿Podemos? —dice con voz suave y despejada, como si hubiera estado dormida y acabara de despertar.

Me palmea la mejilla con tacto húmedo y frío. Ve más allá de mí, fija los ojos en la cubierta. Me vuelvo para seguir su mirada, solo para ver cómo el último charco de sangre de Samos se oscurece contra el acero, la última pieza de nuestra venganza. Ni siquiera la lluvia puede desaparecerla, ni siquiera los dioses pueden aliviar este dolor.

Me sobrecojo cuando otro barco sucumbe al ataque y se hunde en el río.

—¿Este es el fin? —pregunto.

Sus dedos se entrelazan con los míos.

—¿El fin? —aprieta mi mano—. ¡Nunca, no en verdad! Pero por lo pronto sacaré viva a mi hija de aquí.

Por primera vez en este día miro atrás, río abajo, hacia la retirada. Trago saliva, aturdida por el súbito giro de la batalla. Siento como si me abrieran a tajadas.

Solo hay una opción entre la muerte y la derrota.

—Volvamos a casa.



TREINTA Y SEIS
Maven

Después de tantos días en cautiverio, sofocado por la roca silente y separado de mis pulseras, el chisporroteo de la flama es para mí más seductor que el agua para un hombre sediento. Permito que se eleve dentro de mí, me arrastre como el beso de una amante y explote en mi piel, poderosa y lo bastante furiosa para derribar a esa maldita electricona. Él cae y Mare también, los dos de espaldas contra la dura losa de la Plaza del César.

No le dirijo una mirada a ella mientras corro y dejo fuego a mi paso, un muro para defender mi huida. Mantengo cerca otro flamazo, enredado en mi puño, y empleo toda mi energía para que no deje de arder. Mis pies me conducen por la Plaza y corro como no lo había hecho jamás. No soy Cal, tan rápido y fuerte como él, pero el temor me mantiene alerta y audaz. El caos de Arcón me beneficia, por no hablar de mi íntimo conocimiento del palacio. El Fuego Blanco fue mi hogar, no lo he olvidado.

El inesperado arribo de cientos de soldados de la Guardia Escarlata fue más que suficiente para distraer a las tropas de Cal, que aún intentan organizarse contra el asalto lacustre. Pese a todo, conservo gacha la cabeza y la caída de mi negro cabello por delante para ocultar mi rostro, demasiado reconocible.

Estos soldados fueron míos. Deberían serlo aún.

La voz en mi cabeza pasa de la mía a la de ella.

¡Son todos unos brutos!, se burla mi madre. Siento apenas la sombra de sus manos en mis hombros, para que no me encorve al tiempo que corro. *¡Reemplazarte por ese muchachito blandengue! Será el fin de una dinastía, el ocaso de una era*.

No está equivocada. Nunca lo estuvo.

¡Si mi padre pudiera verte ahora, Cal! En lo que te convertiste y lo que has hecho de su reino.

Entre mis numerosos pesares y deseos, ese es el que cala más hondo. Mi padre está muerto, pero murió amando a Cal, confiando en él, creyendo en su grandeza y perfección. Me pregunto si debí impedir que las cosas siguieran su curso. Si pude haberle hecho ver de algún modo lo defectuoso que era su hijo perfecto.

Mi madre tenía sus razones. Sabía que no debía hacerlo.

Y ese es tan solo otro camino no seguido. *Un futuro muerto*, como diría Jon.

Un nuevo proyectil explota cerca y vuelvo a usar la explosión a mi favor. Se desenvuelve inofensivamente a mi alrededor y me permite escapar en medio de un afloramiento de humo y fuego. No puedo retornar a los túneles del Tesoro con esas ratas Rojas que se arrastran en torno mío, pero hay otras formas de bajar a las vías, otras maneras de salir de Arcón sin ser detectado. Los medios que conozco mejor están en el Fuego Blanco y me abro paso al palacio lo más rápido que puedo.

¡Ese infecto tren! Maldigo a quien lo robó, la sabandija rodante que viaja en él ahora, sólida y segura. Al menos todavía puedo caminar por los rieles. Ya estoy muy acostumbrado a la oscuridad. ¿Qué son unos cuantos kilómetros más?

¡Nada! Siempre he sentido la oscuridad sobre mí, terca como una marca. Me sigue dondequiera que voy.

¿Adónde iré? ¿Adónde *puedo* ir?

Soy un rey caído, un asesino, un traidor; un monstruo para cualquiera con ojos y un poco de sentido común. Me matarán en la comarca de los Lagos, en Montfort, en mi propio país. Merecido me lo tengo, pienso mientras corro. *Debería haber sido muerto un millar de veces, ejecutado de cien maneras distintas, cada cual más dolorosa que la anterior*.

Pienso en Mare a lo lejos, despatarrada en las losas de la Plaza y levantándose de nuevo, lista para perseguirme. En mi hermano también, a la cabeza de un insensato esfuerzo por defender la ciudad y su trono mal habido. Río en tanto subo los peldaños del Fuego Blanco y vuelo sobre conocidas piedras. La llama en mi mano amaina, se reduce a un parpadeo antes de que le devuelva a la vida y permita que cubra mi mano.

El interior se encuentra tan vacío como llena está la Plaza. Los nobles y cortesanos que no pelean afuera deben estar ocultos en este palacio, refugiados en sus habitaciones, o quizás han huido también. Como sea, mis

pisadas son el único ruido en el vestíbulo, un trayecto que conozco tan bien como mi propio pulso.

Aunque es mediodía, las salas están frías y oscuras, con ventanas nubladas por la bruma y el humo. La electricidad parpadea al influjo de la batalla, las luces se encienden y apagan en caprichosos estallidos. *Bien*, pienso: con mi ropaje gris puedo perderme en las sombras del Fuego Blanco. Lo hacía de chico, escondido en las alcobas o detrás de las cortinas para espiar y escuchar, no en beneficio de mi madre entonces, sino de mi curiosidad.

Cal espiaba conmigo, cuando tenía tiempo. O me cubría en las lecciones, les decía a nuestros tutores que estaba enfermo o impedido de otra manera. Es curioso que pueda recordar todo esto, mientras que la emoción detrás de ello, el entendimiento que sin duda había entre nosotros, ha desaparecido por entero. Segado o quirúrgicamente extraído por mi madre. Y nadie logrará nunca que vuelva a crecer.

Aunque él trató, buscó, quiso salvarte. Esta sola idea casi me hace vomitar y la hago a un lado.

Las puertas de la sala del trono son más pesadas de lo que esperaba. Resulta extraño pensar que jamás las había abierto yo mismo; siempre había un guardia o un centinela a mi disposición, por lo general un telqui. Me siento débil cuando empujo una de ellas con el hombro lo suficiente apenas para deslizarme dentro.

Mi trono no está aquí, la roca silente fue llevada solo Cal sabe adónde. Ha vuelto la sede de nuestro padre, el tallado infierno de cristal de diamante. Me repugna su esplendente monstruosidad, un símbolo de nuestro progenitor, su corona y todo lo que no tenía. Otras sillas flanquean el trono de Cal, una para Julian Jacos y otra para nuestra abuela. Pensar en ambos hace que se me tuerza la boca. Sin ellos, Cal nunca habría llegado tan lejos. Y esa serpiente de Iris jamás me habría pescado.

Espero que se ahogue en el río, sofocada por su propia habilidad.

No, mejor aún: espero que *arda*. ¿No es ese el castigo de sus dioses, sufrir siempre bajo el elemento opuesto? Quizás Iris y Cal consigan matarse uno a otro. Estuvieron muy cerca de hacerlo la última vez.

Un chico puede ciertamente esperar.

La puerta a la izquierda del trono es pequeña, conduce a los aposentos privados del rey, que incluyen un estudio, áreas de reunión y la cámara del consejo. Al tiempo que me introduzco en el largo salón revestido de libreros, las luces se apagan de nuevo, lo que me deja en la penumbra. Las ventanas

son altas, dan a un patio gris y vacío. Paso junto a ellas rápidamente, las enumero: *una, dos, tres*…

Después de la cuarta ventana me detengo y cuento los anaqueles. *Tres arriba*…

Por fortuna, Cal no ha tenido tiempo de reordenar estos libros, o de lo contrario habría descubierto el mecanismo fijo a un tomo encuadernado en piel sobre las fluctuaciones económicas de la última década.

Se desliza hacia dentro con la más leve fuerza, activa engranajes detrás de la madera laqueada. El anaquel entero se columpia al frente y revela un estrecho pozo de escalera cortado en la pared exterior.

Con mi flama que arde todavía como una antorcha, me sumerjo y permito que el anaquel retorne a su sitio detrás de mí.

Las tinieblas rezuman humedad y el aire es rancio. Me deslizo abajo de todas formas, atento a los escalones mientras desciendo. Esta es una vieja escalera de servicio, fuera de uso desde hace mucho tiempo, pero que comunica todavía con los demás pasajes bajo el palacio. De ahí podría llegar al Tesoro, la Comandancia de Guerra, los tribunales o cualquier otro sitio en la Plaza del César. Mis antepasados construyeron estos pasajes para su uso durante la guerra y los asedios. Me alegro por su previsión, y por la mía.

Los peldaños llegan a una amplia sala recubierta de tosca piedra y con el suelo inclinado en una suave pendiente. La atravieso, me atrevo a respirar un poco más lento y hondo. Una desaforada batalla se libra sobre mi cabeza, pero me ausenté hace mucho; las únicas personas que saben de estos túneles están preocupadas en otra cosa.

En realidad, yo podría sobrevivir a esto.

Algo titila al frente, un reflejo de fuego, aunque distorsionado en cierto modo, ondulante. Retardo mi paso, arrastro los pies para amortiguar el sonido de mis pisadas. Respiro hondo otra vez y huelo agua.

¡Malditos lacustres!

El camino adelante se sumerge en un agua negra, cuya superficie refleja mi mano llameante. Siento como si me diera de golpes en la pared en lugar de maldecir entre dientes. Pese a la humedad, doy un par de pasos al frente hasta que el agua cubre mis tobillos y me hiela hasta los huesos. La profundidad es cada vez mayor. Retrocedo furioso y pateo el suelo de tierra. Unos trozos de algo caen en la inundación inescrutable. Contengo otra maldición y doy media vuelta, recorro a toda prisa de regreso el camino por el que llegué.

Mi cuerpo arde de frustración y el calor se extiende por mis mejillas. *Otra escalera, otro túnel*, me digo, aunque sé exactamente adónde lleva eso.

A un túnel inundado, otra fuga imposible.

Las paredes se sienten de pronto demasiado cerca, oprimen a cada lado. Acelero el paso, el fuego mengua en mi mano y empiezo a tropezar. Mis dedos raspan la piedra a mi alcance, rozan la desigual superficie cuando llego de nuevo a los escalones. Casi corro al llegar a lo alto y salgo otra vez al aire fresco de la cámara contigua.

Si no me es posible llegar a los túneles, tendré que escalar las paredes, subir y bajar de algún modo y dirigirme al oeste para evitar las barriadas río arriba, las vastas fincas que rodean el territorio en torno a la capital. *Tendré que ocultar mi rostro de alguna manera*. En vez de concentrarme, mi mente divaga, paralizada de temor. Pese a que debo atender mi imperiosa tarea —salir de la ciudad—, todo se difumina. Necesito comida, un mapa, provisiones. Cada paso arriba es uno más al peligro. Me atraparán y me matarán. Mare y mi hermano, si logran sobrevivir.

Inspecciono el estudio primero, en infructuosa búsqueda de cualquier cosa que sea de utilidad, en especial pulseras flamígeras. Quizá Cal guarde una reserva en algún lado, aunque nada encuentro en los muchos compartimientos del elegante escritorio que fue mío alguna vez. Contemplo un instante un afilado abrecartas, sostengo la pieza de metal en forma de daga contra un rayo de débil luz. Con un golpe de mi mano, dibujo un corte en un retrato de mi padre. Aun desgarrado, su rostro se burla de mí, con los ardientes ojos en el destrozado lienzo. Tenso la mano en el abrecartas y desvío la vista, incapaz de enfrentar mucho tiempo su mirada.

La cámara real está a un lado. Parpadeo y ahí estoy, casi desprendo las puertas de sus bisagras. Paro en seco, perplejo. En lugar de una lujosa cámara digna del rey de Norta, hallo cuartos vacíos desprovistos de muebles y hasta de pintura, sin cortinas ni tapetes; nada que no sea una azarosa colección de utensilios de limpieza.

Cal no duerme aquí. No mientras partes de mí se demoran todavía. *Cobarde*.

En esta ocasión doy un puñetazo en la pared, lo que deja mis nudillos dolorosos y en carne viva.

Es imposible que sepa cuál es su habitación. Las alas de la residencia dan cabida a docenas de recámaras y no tengo tiempo para registrarlas todas. Tendré que conformarme con robar lo que pueda en las afueras de la ciudad. El pedernal y el acero producen chispas tan fácil como cualquier pulsera; puedo adquirir eso, *de alguna forma*.

Mi visión se borra en los bordes con una extraña neblina que vibra al compás de mi pulso cada vez más rápido. Sacudo mi cabello y aunque intento disipar la sensación, persiste. La cabeza me duele tanto que perfora mis huesos. Inhalo de nuevo, me obligo a tragar aire para serenarme. Al igual en el túnel, también aquí las paredes se sienten muy cerca, como si encogieran a cada segundo. Me pregunto si las ventanas se harán pedazos sobre mí y cortarán mi carne en jirones.

Tropiezo en las escaleras mientras me abro camino de vuelta a la sala del trono. *No tienes opción, Maven*, salmodia mi madre en lo que me deslizo de nuevo. Esto es todo lo que tengo. Ella nunca fue de quienes aconsejan rendirse o retirarse. Elara Merandus nunca cedió terreno en su vida, e infiltró ese instinto en mí. Mi jaqueca aumenta y me cubre el cráneo de un lado a otro con una red de agudo dolor.

Las lámparas se encienden de súbito, con tal intensidad que sus bombillas truenan. La descarga de electricidad es demasiado intensa.

Se rompen una a una, pedazos de vidrio caen sobre el pulido piso a mis espaldas. Esquivo una pieza arriba de mí, que se hace trizas en medio de un estruendo.

Sus filamentos no cesan de arder y despedir chispas blancas.

Y púrpuras.

Impasible, mortífera y casual, la silueta de Mare Barrow se recorta contra la estrecha abertura. La cruza sin parpadear y cierra la puerta a sus espaldas. Nos encierra. Juntos.

—El final ha llegado, Maven —susurra.

Corro al otro lado del trono e irrumpo en una nueva serie de salas usualmente reservadas para la reina. Yo mismo las remodelé, para disgusto de la mayoría.

Mare es más rápida que yo, pero me sigue a paso lánguido. Me persigue. Se burla de mí. Podría derribarme en cualquier segundo. Electrocutarme con su atinado relámpago.

Bien, pienso. *Continúa, Barrow*.

Siento la conocida punzada. El vacío dolor que aqueja a todos los Plateados y nuevasangres. Una puerta más que abrir a empujones. Una última oportunidad de sobrevivir cuando muchos otros morirían.

No te fallaré, madre.

Sonrío y me doy la vuelta, para permitir que me mire a medida que me sumerjo en la cámara oscura. La ventana es pequeña y una luz débil llena el espacio. Ilumina las opacas y ajedrezadas paredes, en gris y negro, un gris

mate que exhibe listones de plata líquida. *Sangre de Arven, sangre de silencio*.

Vacila en el umbral, siente la presión de la roca silente. Veo que la arruina.

Descolorida, luce casi como si fuera una Plateada bajo la luz fría y gris. Continúo a la siguiente puerta, el siguiente pasaje, mi oportunidad.

No me detiene.

Su garganta se mueve cuando traga saliva para aliviar el temor que la inmoviliza. Le infligí esta herida. La aislé en cadenas, sequé su habilidad, la hice vivir como un fantasma inútil. Si avanza, no tendrá un arma, ningún escudo ni garantía.

El abrecartas en mi mano se siente repentinamente pesado.

Podría soltarlo. Dejar el puñal y correr.

Podría dejarla viva.

O podría matarla.

La decisión es sencilla. Y por eso mismo muy difícil.

No vacilo.

Mi mano se aprieta sobre el hierro.



TREINTA Y SIETE
Mare

La habitación es un ataúd, una garganta de piedra que me tragará íntegra. Me siento muerta, incluso en el umbral, a punto de sucumbir por completo a este sitio y la persona que lo construyó.

Mi corazón hace mucho ruido al latir. Sé que Maven lo escucha.

Me recorre con la mirada en una forma demasiado próxima y conocida, pese a los varios metros que nos separan. Se fija en mi cuello, en la vena que pulsa con todo mi temor y doy por supuesto que se lamerá los labios. Mi mano se dobla en vano, en su intento de invocar al relámpago. Lo único que obtengo son débiles chispas de un púrpura oscuro, que se extinguen al instante bajo el poderío de la roca silente.

Algo brilla en su mano, destella en la luz tenue. Pienso que es un delgado y pequeño cuchillo, aunque muy afilado.

Busco a tientas la pistola en mi cintura. Tyton me instó a usarla. Pero la funda ha desaparecido, quizá se perdió en el colapso del Puente. Trago saliva de nuevo. No tengo armas.

Y Maven lo sabe.

Sonríe, muestra su maldita dentadura blanca.

—¿No intentarás detenerme? —ladea la cabeza como un cachorro curioso.

Siento seca la boca cuando hablo.

—No me hagas hacer esto, Maven.

Se encoge de hombros. Consigue de algún modo que su ropa gris tenga la apariencia de la seda, la piel y el acero. Ya no es un rey, pero todo indica que nadie se lo ha dicho.

—Nada hago —dice imperioso—. No tienes por qué sufrir esto. Puedes quedarte donde estás o dar la vuelta. Me da lo mismo.

Fuerzo otra respiración, más intensa. El recuerdo de la roca silente es demasiado íntimo y se me clava en la espalda.

—No me obligues a matarte de esta manera —sueno letal y peligrosa.

—¿Qué harás? ¿Mirarme? —replica con sorna—. ¡Ay, qué miedo!

Su fingido desenfado es un alarde. Lo conozco tan bien que veo la verdad en sus palabras, el temor que su ensayada arrogancia oculta. Dirige a mis pies sus inquietos ojos, para que pueda moverse si me muevo, correr cuando me lance en pos de él.

Pese a la daga, también él está desarmado.

No tiemblo cuando doy con lentitud el primer paso y me deslizo dentro de la prisión de roca silente.

—Deberías temer.

Da un sorprendido paso atrás, casi tropieza consigo mismo. Se recupera pronto, con la daga tensa en su mano conforme avanzo. Imita mis movimientos a la inversa. Esta danza letal es dolorosamente lenta, nuestro contacto visual nunca se interrumpe. Ni siquiera parpadeamos. Siento como si caminara en una cuerda floja sobre un abismo de lobos y apenas lograra mantener el equilibrio. Un paso en falso y caeré a sus fauces.

O quizá yo sea el lobo.

Me veo en sus ojos. Y a su madre. Y a Cal. Todo los que hicimos para llegar aquí, al final de este mundo. Mentí y me mintieron. Traicioné y fui traicionada. Lastimé a personas y muchas otras me lastimaron. Me pregunto qué ve en mis ojos.

—Este no es el fin —dice con voz baja y tersa, me recuerda a Julian y su melodiosa habilidad—. Arrastra mi cadáver por el mundo entero si quieres, pero esto no terminará.

—Lo mismo digo —muestro los dientes. Los centímetros se acortan entre nosotros pese a sus mejores esfuerzos, soy más ágil que él—. El rojo amanecer no se detendrá conmigo.

Brinda una sonrisa torcida.

—Entonces ambos somos prescindibles, ya no importamos.

Suelto una carcajada. Nunca lo he hecho de la manera en que él todavía importa.

—Estoy acostumbrada.

—Me gusta así tu cabello —llena el vacío, fija la vista por el enredo púrpura y castaño que se derrama sobre uno de mis hombros. No le contesto.

Su última carta es obvia pero duele. No porque yo quiera lo que ofrece, sino porque recuerdo a una chica que lo habría aceptado. Y ahora sabe que no

debe hacerlo.

—Todavía podemos huir —su voz se ahonda, deja la propuesta suspendida en el aire—. Juntos.

Debería reírme de él. Hurgar en la herida. Hacerlo sufrir lo más posible en estos últimos momentos. En cambio, siento que una pieza de mi corazón se rompe por alguien irrevocablemente perdido. Y siento un hondo pesar por el otro hermano, que trató y falló. Que no merecía lo que sucede ahora.

—¡Ay, Maven! —suspiro y sacudo la cabeza por su ceguera—. La última persona que te ama no se encuentra en esta habitación. Está afuera. Y tú redujiste a cenizas ese puente.

Se queda mortalmente quieto, con el rostro tan blanco como un hueso. Ni siquiera mueve sus ojos glaciales. Cuando doy otro paso para situarme a prudente distancia de él, no lo nota. Cierro un puño en mi costado, me preparo.

Parpadea lentamente. Y nada veo en él.

Maven Calore está vacío.

—Bien.

La daga se aproxima sobre mi garganta con terrible y deslumbrante rapidez. Esquivo el lance sin pensarlo. Él no deja de avanzar, de rebanar, en silencio. Mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro, el instinto me domina mientras desvío sus manoteos. Soy más veloz que él, mis brazos oscilan al ritmo de sus movimientos, atrapo sus muñecas antes de que pueda hacerme daño con el resplandor minúsculo de afilado hierro.

No tengo otra cosa más que puños y pies. Pongo toda mi atención en mantener ese puñal lejos de mí, y apenas si acierto un par de golpes. Giro, intento derribarlo con un movimiento de tobillo, pero lo evita limpiamente. Mi primer error es dejar expuesta la espalda. Me muevo y una cuchillada hacia mi pecho se torna en una larga tajada superficial en el costado. De ella mana sangre roja y caliente que llena el aire con un aroma a cobre.

Supongo que se disculpará, nunca se ha deleitado en mi dolor. Pero no me da cuartel. Yo tampoco.

Ignoro el dolor en expansión y le propino un golpe en el cuello. Silba y tropieza, cae sobre una rodilla. Acometo de nuevo, le pateo la quijada. Sale disparado a un lado con los ojos bien abiertos y ardientes mientras escupe sangre de plata en todas direcciones. Si no fuera por la daga, aprovecharía la oportunidad para rodear su garganta con mis manos y apretar hasta que su cuerpo estuviese frío.

Salto, uso mi peso para inmovilizarlo al tiempo que hago cuanto puedo para que desprenda los dedos del mango de la daga. Gruñe debajo de mí, pese a su mandíbula, trata de repelerme.

Tengo que usar los dientes.

El sabor a sangre de plata envenena mi boca cuando bajo hasta sus dedos y corto hasta el hueso. Sus gruñidos se vuelven gritos de quejumbre. Este ruido me destroza, agravado por el efecto de la roca silente. Todo me hiere más de lo que debería.

Me sobrepongo y suelto sus dedos, muerdo donde debo hasta que me apodero de la daga. Gotea con su sangre y la mía, plata y roja, más oscura a cada segundo.

De repente su otra mano está en mi cuello, aprieta sin miramiento, expulsa el aire de mi tráquea. Usa su peso para derribarme de espaldas. Clava una rodilla en mi hombro, inmoviliza el brazo con que sostengo el puñal. Me oprime la clavícula con la otra rodilla, justo sobre la marca que él me hizo. Esta arde y chilla bajo la presión y siento que el hueso se quiebra con la lentitud de un suplicio.

Es mi turno de gritar.

—¡Lo intenté, Mare! —sisea, baña mi rostro con su fría respiración, no puedo hacer mucho más que jadear para no asfixiarme. Mi visión se divide y se nubla, distingue solo sus ojos sobre mí. Son demasiado azules, demasiado helados, inhumanos en su blancura. No son los ojos de un príncipe de fuego. Este no es Maven Calore. Ese chico se ha ido, está perdido. Quienquiera que haya nacido como tal no será sepultado con él.

Me duele el cuello, se amorata bajo sus dedos en tanto los vasos sanguíneos estallan. Apenas puedo pensar, mi concentración se reduce al puñal que aprieto en mi puño todavía. Intento levantar el brazo pero el peso de Maven me lo impide.

Las lágrimas se anegan en mis ojos cuando sé que esto terminará así, sin el relámpago, sin el trueno. Moriré como una chica Roja, una más entre las miles que han fallecido aplastadas bajo la corona Plateada.

No suelta mi cuello, aprieta más, oprime mis músculos hasta que siento que la columna podría desprendérseme de golpe. El mundo se apaga, los puntos que avisto se propagan como una podredumbre negra.

Se inclina levemente, en la más nimia de las formas. Oprime más mi clavícula rota, menos el hombro.

Esto me basta para liberar mi brazo.

No pienso, solo oscilo salvajemente, lista la daga, y sus ojos se desvanecen.

Parecen tristes y…

Satisfechos.

Antes de abrir los ojos, siento vivamente la inmensidad de mi lengua en la boca. Es raro que repare en ello, contra todo lo demás. Intento tragar saliva y eso solo exacerba el dolor en mi cuello. Arde furioso mientras los músculos protestan literalmente a voz en cuello. Me tenso para soportar el dolor, muevo mis extremidades bajo la cobija de… dondequiera que me encuentre.

—Dale a Sara un segundo —susurra Kilorn en mi oído, apesta a humo y sudor—. No te muevas.

—Está bien —digo con voz ronca y eso duele peor que todo.

Ríe.

—Tampoco hables, no te esfuerces.

En condiciones normales lo golpearía o le diría que huele mal. Pero la conciencia de mis limitaciones me convence de mantener los ojos cerrados y la quijada apretada. Sara arrastra los pies en torno a la cama para prolongar su tacto hasta mi costado izquierdo.

Posa sus gráciles manos en mi cuello y descubro que la tajada en mis costillas ha desaparecido. No la siento ya.

Ladea un poco la cabeza, me obliga a levantar la barbilla pese al dolor. Hago una mueca, siseo y Kilorn pone en mi muñeca una mano relajante. La habilidad sanadora de Sara mitiga al punto mi incomodidad, con efecto en contusiones e inflamaciones.

—Tus cuerdas vocales no están tan mal como supuse —cavila. Sara Skonos tiene una voz encantadora, repica como una campana. Después de que pasó sin lengua tantos años, uno pensaría que habría de compensar el tiempo perdido, pero aún habla poco, elige sus palabras con cuidadosa intención—. No será difícil repararlas.

—Toma tu tiempo, Sara, no te apresures —murmura Kilorn.

Abro los ojos, lo miro mientras sonríe.

Las lámparas brillan sin deslumbrar, en contraste con la intensidad fluorescente que cabría esperar en una clínica. Pestañeo, intento orientarme. Me doy cuenta con un sobresalto de que no estoy en la enfermería del cuartel, sino en una de las habitaciones del palacio. No es de sorprender que el lecho sea tan blando y el cuarto tan silencioso.

Kilorn deja que mire alrededor, me brinda el espacio que necesito. Cambio de postura, vuelvo la muñeca para tomar su mano en la mía.

—Así que todavía andas por aquí —ya me duele menos la garganta, solo punza, apenas lo suficiente para mantenerme callada.

—Pese a mis mejores esfuerzos —me da un apretón tranquilizador. Veo cómo dejó marcas de piel limpia rodeada de sangre y tierra en donde trató de limpiarse la cara. En todo lo demás está sucio, lo que lo hace destacar como un pulgar inflamado entre los elegantes accesorios de la recámara palaciega —. Intenté no estorbar, sobre todo.

—Por fin —murmullo mientras los dedos de Sara no cesan de danzar de un lado a otro de mi cuello, donde esparcen una calmante calidez—. Alguien te hizo entrar en razón.

Ríe.

—Fue un largo proceso.

Su sonrisa, su afable actitud, incluso la manera en que alza los hombros sin peso ni tensión: esto solo puede decir una cosa.

—Supongo que ganamos —suspiro, demasiado sorprendida para siquiera comprender lo que eso significa. Ignoro por completo cómo es incluso una victoria real.

—No del todo —frota su sucia mejilla, extiende la mugre por las partes limpias que le quedaban. *Idiota*, pienso con cariño—. Los mergibles bastaron para ahuyentar a la armada y los lacustres volvieron tambaleantes al mar. Los peces gordos todavía negocian un cese el fuego.

Intento incorporarme, solo para que Sara me lo impida con gentileza.

—¿No hubo rendición entonces? —pregunto, obligada a ver a Kilorn de reojo.

Se encoge de hombros.

—Podría haberla, pero nadie me dice mucho por aquí —añade con un afable guiño.

—Un alto al fuego no es permanente —aprieto los dientes, pienso que los lacustres regresarán en un año—. Ellos no permitirán que este último…

—¿Podrías disfrutar de estar viva un maldito segundo? —ríe y sacude la cabeza en dirección a mí—. Al menos te complacerá saber que ya hay un proyecto conjunto en marcha para iniciar la limpieza de la ciudad, de Plateados y Rojos —saca el pecho, orgulloso de su informe—. Cameron y su padre vienen hacia acá también. Se coordinan con Cal para la compensación a los trabajadores.

Compensación a los trabajadores. Pago justo. Un gesto simbólico, por lo menos. Aun cuando Cal ya no es rey y su control sobre el país se ha esfumado. Dudo que tenga mucho que decir, si algo, en lo que sucederá con el Tesoro. Y francamente, eso no me interesa en este momento.

Kilorn lo sabe. Pero retarda la información que deseo, quiere alejarme.

Miro a Sara mientras trabaja. Su perfume es tan dulce como su tacto, un aroma fresco a paños limpios. Sus ojos de un tono gris acero se centran en mi cuello, trabajan en el último de mis moretones.

—¿Tenemos una cuenta de bajas, Sara? —pregunto.

Kilorn se revuelve en la silla junto a la cama, tose un poco. No debería estar sorprendido por la interrogante.

Como ciertamente Sara no lo está, y no altera su ritmo.

—No te preocupes por eso —responde la sanadora.

—Todos están vivos —añade pronto Kilorn—: Farley, Davidson, Cal.

Lo sabía. Él no sonreiría y yo habría despertado en medio del caos si cualquiera de ellos hubiera muerto. Sabe exactamente qué pregunto. Por quiénes pregunto.

—Todo terminó. —Sara ignora por completo mi indagatoria y me dirige una sonrisa de labios tensos mientras se aparta de mi cama—. Descansa, lo necesitas, Mare Barrow.

Asiento y la veo marcharse, cruza la puerta con una ondulación de su ropaje de plata. A diferencia de los demás sanadores que recuerdo, ella ya no usa uniforme. Quizá lo arruinó en la batalla, cuando atendió a tantos muertos o agonizantes. La puerta se cierra suavemente y Kilorn y yo tenemos que capotear el silencio.

—Kilorn —murmuro al fin con dedos tentativos.

Me mira apenado al tiempo que me incorporo sobre las almohadas. Avergonzado, dirige la vista a mi restablecido costado. Aunque la herida ha desaparecido, su expresión se ensombrece.

Lo mismo ocurre con su voz.

—Ya te habías desangrado cuando te encontramos —susurra, como si incluso el recuerdo fuera demasiado horrible para mencionarlo a un volumen normal—. No sabíamos si te habías… si Sara podría… —su voz se apaga, sofocada por un dolor que conozco demasiado bien.

Lo he visto desangrarse también, cuando estuvo a punto de perder la vida en Ciudad Nueva. Supongo que ya me pagó el favor. Trago saliva y toco mis costillas, no siento otra cosa que una piel suave bajo los pliegues de una blusa

limpia. Sospecho que la tajada fue peor de lo que pensé, aunque eso no importa ya.

—¿Y… Maven? —apenas puedo pronunciar su nombre.

Sostiene mi mirada con expresión inmutable y escatima su respuesta para un torturante momento, tan largo que puedo preguntarme qué espero que conteste. En qué futuro quiero vivir.

Cuando baja los ojos y mira mis manos, mis cobijas, todo menos mi rostro, lo comprendo. La mejilla le tiembla al tiempo que aprieta la quijada.

Algo en mí se libera, es un rollo que se suelta por fin. Suspiro y me recuesto, cierro los ojos en tanto una tormenta de emociones remolinea en mí. Lo único que puedo hacer es aguantar mientras el mundo gira.

Maven está muerto.

Siento vergüenza y orgullo en igual medida, alivio y dolor. Por un segundo creo que volveré el estómago. La náusea pasa y cuando abro los ojos todo está en su sitio.

Kilorn aguarda en silencio. Es curioso que sea tan paciente. O que lo haya sido, hace un año. Cuando era solo un pescador, un chico más de Los Pilotes sin otro futuro que lo que le deparara el día siguiente. Yo era igual.

—¿Dónde está el cadáver?

—No sé —responde y no veo mentira en él. No tiene razón para mentir en esto.

Como el caso de Elara, tendré que ver el cuerpo. Para saber que todo terminó en verdad. Pero el suyo me asusta más que el de ella, por obvias razones. La muerte es un espejo, y mirarlo así… Temo que me veré. Peor aún, que lo *veré* como creí que era.

—¿Cal sabe lo que hice? —se me quiebra la voz, de súbito cargada de emoción. Me llevo una mano a la boca, intento calmarme. No lloraré por él. No lo haré.

Kilorn se limita a observar. ¡Ojalá me abrazara, me tomara la mano o me trajera algo que me endulzara la boca! En cambio, se aparta y se yergue. Me mira con tanta lástima que me fuerza a hacer una mueca. No espero que entienda ni deseo que lo haga.

Igual que Sara, se acerca a la puerta y me siento abandonada.

—¡Kilorn…! —protesto hasta que gira la perilla y alguien entra en la habitación.

Cal llena de calor la recámara, como si acabara de encender una fogata crepitante. Su luciente armadura roja ha sido reemplazada por ropa simple de

variadas tonalidades, sin traza de negro ni escarlata. Ya no son sus colores. Kilorn se escurre detrás de él para dejarnos solos.

Antes de que pueda preguntar si oyó mi interrogante, la contesta.

—Hiciste lo que debías —toma despacio la silla de Kilorn, aunque mantiene su distancia, permite que los centímetros crezcan entre nosotros en una fisura creciente.

No es difícil adivinar por qué.

—Lo siento —las lágrimas nublan su mirada antes de que las mías asciendan a mis ojos. *Maté a su hermano. Me lo llevé*. Maté a un asesino, un torturador. Una mala persona, torcida y destrozada. Un hombre que me habría liquidado si no se lo hubiera impedido. Que asesinó a todos los que amo. Un chico convertido en monstruo. Un joven sin posibilidad ni esperanza—. Lo siento mucho, Cal.

Se inclina, posa una mano sobre mi cobija sin aproximarse demasiado. La seda bajo nuestros dedos es fría y lisa, un extenso bordado gris y azul. Mira el dibujo, sigue el hilo con un dedo sin hablar. Resisto la urgencia de incorporarme y tocar su mejilla para que me vea a los ojos y diga lo que piensa.

Ambos sabíamos que esto sucedería. Ambos sabíamos que era imposible que ayudáramos a Maven. Esto no impide el dolor. Y el suyo es más profundo que el mío.

—¿Y ahora qué? —susurra para sí.

O quizá nos equivocamos y él sí tenía salvación. Esta idea me atormenta y la primera lágrima cae. *Tal vez yo soy también una asesina*.

Solo una cosa es cierta: jamás lo sabremos.

—Ahora qué… —repito y aparto la mirada.

Miro por la ventana el cielo moteado por la niebla y la débil luz de las estrellas.

Los minutos se alargan. No hablamos. Nadie viene a visitarme ni a buscar a Cal para llevárselo. Casi querría que alguien lo hiciese.

Hasta que sus dedos se mueven, rozan los míos. Los tocan apenas.

Es suficiente.



EPÍLOGO
Mare

—¿Estás segura de que no quieres ir a verla?

Miro a Kilorn como si acabara de brotarle otra cabeza. La sugerencia es tan absurda que preferiría no contestar, pero él me mira expectante, inocente como un niño. O al menos tan inocente como puede serlo. Ni siquiera de niños lo fue en particular.

Mete las manos en los bolsillos de su uniforme de Montfort a la espera de mi respuesta.

—¿Ver qué? —río y me alzo de hombros en tanto atravesamos el campo de aviación de Arcón. Las nubes en el horizonte cubren el sol poniente, igual que el humo que no cesa de elevarse sobre algunas partes de la ciudad. Ha pasado una semana y todavía se oyen disparos—. ¿Una casa sobre palos endebles? Probablemente fue saqueada, si no es que otros viven ya ahí —pienso en mi antigua casa de Los Pilotes. No he regresado y tengo poco deseo de hacerlo. No me sorprendería que ya no estuviera en pie. Maven bien pudo destruirla por rencor, cuando vivía. De todas maneras, no me importa saberlo—. ¿Por qué? ¿*Tú* quieres regresar a Los Pilotes?

Sacude la cabeza, casi rebota sobre sus pasos.

—No. Ya nada de lo que me importa está ahí.

—La zalamería no te llevará a ninguna parte —parece muy ansioso de volver a Montfort—. ¿Qué hay de Cameron? —procuro no alzar la voz; Cameron y sus padres colaboran ya en la coordinación con los barrios tecnológicos. Es obvio que ellos son los que mejor conocen las antiguas barriadas y cómo remodelarlas.

—¿Por qué? —me sonríe y encoge los hombros con desdén; una pizca de vergüenza colorea sus mejillas—. Irá a Montfort dentro de un mes, con el

contingente de Rojos de Norta y algunos nuevasangre, una vez que las cosas se asienten.

—¿Irá a entrenar?

Su vergüenza se hace más evidente.

—¡Claro!

Sonrío sin remedio. *Debo recordar burlarme más tarde de él*, pienso mientras Farley se acerca, con algunos generales de la comandancia a remolque. Cisne hace una inclinación a manera de saludo.

Le tiendo la mano, asintiendo.

—Gracias, general Cisne.

—Llámame Addison —replica e iguala mi sonrisa—. Creo que podremos olvidarnos de los nombres en clave por un tiempo.

Farley nos mira a una y otra y finge enfado.

—Si este jet fuera propulsado por aire caliente, no tendríamos que cargar combustible entre ustedes dos —dice con sarcasmo y sus ojos delatan uno de sus inusuales buenos humores.

Sonrío y la tomo del brazo, se inclina para que la estreche. ¡Vaya si está extraña hoy!

—Actúas como si en realidad yo no pudiera cargar un jet, Farley.

Entorna los ojos. Al igual que Kilorn y yo, está lista para retornar a Montfort. Ya me imagino lo emocionada que debe sentirse de abandonar Norta y regresar al lado de su hija. Clara crece a pasos agigantados, segura y feliz, sin recuerdo alguno de lo que sucedió antes que llegara a este mundo.

Ni siquiera de su padre.

El recuerdo de Shade ensombrece hasta los días más brillantes, y hoy no es la excepción. Pero el dolor ha disminuido en cierto modo. Pesa todavía en lo más profundo, pero no es tan intenso ya. No me quita más el aliento.

—¡Vamos! —Farley me obliga a seguirle el paso—. Cuanto más pronto abordemos, más pronto despegaremos.

—¿Así es como funciona? —no puedo menos que replicar.

Un grupo de personas nos esperan en la pista junto al jet, lo mismo que al resto del grupo que partirá a Montfort hoy. Davidson se marchó ya, de regreso a su nación hace unos días. Algunos de sus oficiales se quedaron aquí para realizar tareas de coordinación y veo a Tahir entre ellos. Quizás en este momento transmite todo esto a sus hermanos, para que el premier de Montfort esté informado en tiempo real del proceso de reconstrucción.

Julian sobresale en el conjunto, viste ropa nueva quizá por vez primera en su vida. Luce radiante con los dorados que fueron de su Casa algún día, los

cuales destellan bajo el sol de la tarde. Sara aguarda a su lado, como lo hace Anabel. La vieja luce incompleta sin su corona y me mira con franca indiferencia.

—¡Pronto, Barrow! —dice Farley al tiempo que le hace una seña a Kilorn para que la siga al avión. Ambos se inclinan al pasar junto a los Plateados y me conceden el espacio que necesito para despedirme.

No veo a Cal en compañía de su tío y su abuela, pero tampoco lo espero. Aguarda lejos de la pista, separado del resto de los suyos.

Julian extiende los brazos y me estrecha con fuerza, inhalo el cálido aroma a papel antiguo que se aferra a él a pesar de todo.

Tras un largo minuto, me aparta con delicadeza.

—¡Oh, vamos! Nos veremos en un mes más o menos.

Lo mismo que Cameron, tiene programada una visita a Montfort dentro de unas semanas. Oficialmente será un emisario de los Plateados de Norta, aunque espero que dedique más tiempo a agotar todos los archivos que Davidson ponga a su disposición e investigue el surgimiento de los nuevasangre.

Le sonrío a mi antiguo maestro y le palmeo el hombro.

—Dudo que puedas desprenderte de las bóvedas de Montfort el tiempo suficiente para saludar.

Sara levanta la cabeza a su lado.

—Yo me encargaré de que lo haga —dice y lo toma del brazo.

Anabel no es tan comprensiva. Me mira una última vez antes de reír, disgustada por mi presencia, y se marcha a paso veloz. No la culpo. Después de todo, a sus ojos soy aún la razón de que su nieto haya renegado de una dinastía y rechazado una corona por algo tan absurdo como el amor de una chica Roja.

Me odia por eso. Aun si no es verdad.

—Quizás Anabel Lerolan no entienda la razón, pero ve la lógica. Has abierto una puerta imposible de cerrar —dice Julian mientras ve a la vieja reina subir con estrépito a un transporte a la espera—. Ahora no podría volver a poner a Cal en el trono aun si él quisiera.

—¿Y qué hay de la Fisura, la comarca de los Lagos, las Tierras Bajas?

Me interrumpe con una gentil sacudida de cabeza.

—Te has ganado el derecho a no preocuparte durante un tiempo por esas cosas —palmea amablemente mi mano—. Hay disturbios, desplazamientos; los Rojos cruzan nuestras fronteras por miles. Saben que la piedra ha echado a andar en verdad, querida.

Me siento abrumada por un segundo, feliz y temerosa en partes iguales. *Esto no puede durar*, pienso de nuevo y sé que es cierto. Suspiro y lo olvido. Esto no ha terminado, pero sí para mí. Por ahora.

Tengo que abrazar a Julian una vez más.

—¡Gracias! —susurro.

Me aparta de nuevo, con ojos brillosos.

—¡Basta! Mi ego ya es de suyo mayor de lo que debería —tartamudea—. Has perdido demasiado tiempo en mí —me da otro empujón, en dirección de su sobrino—, anda.

No necesito más incitación que esa, pese a los nervios que hacen estragos en mí. Trago saliva, paso junto al resto de los dignatarios de nuestra renovada alianza y sonrío mientras avanzo. Nadie me detiene, permiten que me acerque sin obstáculos al antiguo rey.

Me siente venir.

—Caminemos —dice, ya echa a andar. Lo sigo bajo una de las alas sombreadas de nuestro avión. En la pista, un motor cobra vida entre rugidos, lo bastante cerca para protegernos de cualquiera que pudiese tomarse la molestia de escucharnos a hurtadillas.

—Iría contigo si pudiera —dice de pronto y se vuelve para mirarme con sus ardientes ojos broncíneos.

—No te pido que hagas eso —replico con palabras conocidas; ya hemos sostenido esta misma conversación una docena de veces—. Debes quedarte aquí, recoger las piezas dispersas. Y hay mucho que hacer en el oeste. Ciron, Tiraxes… si es posible hacer algo… —mi voz se apaga, imagino esos países remotos, vastos y extraños—. Es mejor así, creo.

—¿Mejor? —espeta y el aire se calienta en torno suyo; poso una mano en su muñeca—. ¿Piensas que es *mejor* separarse? ¿Por qué? Ya no soy rey. Ni siquiera miembro de una familia real. Soy…

—No digas que *nada*, Cal. Eso es falso.

Me mira con ojos acusadores, siento su piel caliente bajo mis dedos. Hiere mirarlo, ver el dolor que le causo.

—Soy lo que quieras que sea —dice con voz ahogada.

Comprendo de pronto que no sé cuándo lo veré de nuevo. Pero no puedo mirar atrás. Eso haría esto más difícil.

—No pretendas que renunciaste a todo porque te lo pedí. Ambos sabemos que eso no fue lo que sucedió. —*Lo hiciste por tu madre, por lo que es correcto. Por ti*—. Y eso me alegra —miro su mano todavía en la mía.

Aunque intenta acercarme, no me muevo.

—Necesito tiempo, Cal. Tú también.

Su voz es tan grave que podría gruñir. Esto me hace temblar.

—Yo decido qué es lo que quiero y lo que necesito.

—Entonces concédeme lo mismo —miro atrás sin pensarlo y lo sorprendo; pese a que me siento fuerte, desempeño bien mi papel—. Déjame resolver quién soy ahora.

No Mareena, no la Niña Relámpago, ni siquiera Mare Barrow, sino quien salió de todo esto. Él necesita espacio también, lo admita o no. *Tenemos* que curarnos. Reconstruirnos. Justo como este país y el resto que podría seguir.

Lo peor y mejor de todo es que debemos hacerlo el uno sin el otro.

Todavía hay una brecha entre nosotros, una fisura. Aun muerto, Maven consigue separarnos. Cal nunca lo admitirá, pero ese día vi resentimiento en sus ojos. Dolor y acusación. Maté a su hermano y eso le remuerde aún. Sé que pesa en mí.

Indaga mis ojos con un destello propio al tiempo que la luz del sol se vuelve roja. Sus ojos podrían estar hechos de llamas.

Sea lo que busque, una debilidad, una grieta en mi resolución… no lo encuentra.

Una mano ardiente sube hasta mi cuello y se aquieta junto a mi quijada, con dedos saltarines tras de mi oreja. Su piel no es tan caliente para quemar como Maven, que me marcó para siempre. Cal no haría eso aun si se lo pidiera.

—¿Cuánto tiempo? —sisea.

—No sé —es la verdad, fácil de admitir. No tengo idea de cuánto tiempo me llevará sentirme de nuevo yo misma, o quienquiera que sea ahora. Pero tengo apenas dieciocho años. Me resta suficiente.

La parte siguiente es mucho más difícil y mi respiración duele.

—No te pediré que me esperes.

Cuando sus labios rozan los míos, el contacto es efímero, una despedida.

Que durará lo necesario.

El Valle Paraíso honra su nombre. Se tiende a lo largo de varios kilómetros, es una llanura ondulada en el cuenco de las montañas. Sus ríos y lagos son prístinos y extraños, diferentes a los de cualquier lugar que conozco, por no mencionar su naturaleza. No es de sorprender que Davidson nos haya enviado aquí para obtener un poco de paz y quietud. Parece virgen, apartado del resto del mundo.

Recorremos el sendero al amanecer, procuramos no acercarnos a los campos de géiseres al rojo vivo que ocupan el claro. Casi todas las pozas son quietas y planas, pero estallan en un arcoíris de colores. Son hermosas pero mortales, capaces de cocinar a una persona en cuestión de segundos, o al menos eso fue lo que me dijeron. A la distancia, una de ellas escupe al purpurado cielo agua hirviente y nubes de vapor. Las estrellas se desvanecen una por una. Hace frío y ajusto en mis hombros el pesado chal de lana. Nuestras pisadas retumban en el camino de madera, tendido sobre el suelo de la cuenca de ocres colores.

Miro a Gisa de soslayo mientras conserva el paso. Se ha puesto más esbelta a últimas fechas y su cabello rojo oscuro le cuelga en una larga trenza. La canasta del desayuno pende de su mano, en la que se mece ociosamente. Quería ver el amanecer junto al manantial grande, ¿y quién soy yo para negarle algo a mi hermanita?

—¡Mira los colores! —exclama cuando llegamos a nuestro destino y, en efecto, el inmenso y caliente manantial parecería salido de un sueño. Rodeado de rojo, luego amarillo, después verde brillante y por fin el más profundo y puro azul, es todo menos real.

Fuimos advertidas y, pese a la tentadora urgencia, ninguna de nosotras hunde un dedo en las aguas. No me haría ninguna gracia que mi piel hirviera. Ella se sienta en el sendero sobre sus piernas, saca una libreta diminuta y se pone a dibujar y garabatear ocasionales notas.

Me pregunto qué podría inspirarle este lugar.

Yo prefiero comer y tras hurgar en la canasta extraigo un par de todavía calientes rollos de desayuno. Mamá se aseguró de que estuviéramos bien aprovisionadas antes de partir.

—¿Lo echas de menos? —inquiere de repente, sin voltear.

La pregunta me toma por sorpresa, sobre todo por su vaguedad. Podría referirse a cualquiera.

—Kilorn está bien. Volvió a Ascendente y Cameron estará ahí dentro de unos días.

A Gisa no le importa pensar que otra está con Kilorn. Le interesa más el guapo tendero de vuelta en la ciudad en estos días.

—No hablo de Kilorn —dice con marcada intención, enfadada por mi evasiva.

—¿Ah, no? —alzo una ceja dramática que no le divierte—. ¡Claro que lo extraño!

Hablo de Cal, de Shade, de Maven, aun en el más pequeño de los suspiros.

No insiste más.

El silencio me nutre tanto como el desayuno. Es fácil olvidar aquí, sentirse perdida en otro tiempo. Me encanta este desapego, incluso con las preocupaciones usuales que se aferran a los rincones de mi mente. ¿Qué pasará ahora? Eso no lo he resuelto aún.

Y no tendré que hacerlo por un tiempo.

—¡Un bisonte! —dice Gisa en voz baja y levanta una mano para apuntar al otro lado de la cuenca de los géiseres.

Me tenso, lista para saltar. Si una de esas bestias se acercara demasiado, sería mi responsabilidad sacar a Gisa a salvo de aquí. El relámpago se eriza bajo mi piel, presto a desatarse. Se siente casi desconocido en estos tiempos. No he entrenado ni boxeado desde que regresamos a Montfort; yo no ceso de repetirme que necesito un descanso, aunque Bree y Tramy no dejan de decirme que soy floja.

El bisonte está lejos, a cincuenta metros al menos, y avanza poco a poco en la dirección opuesta. Aunque la manada es pequeña, impresiona, de una docena por lo menos, todos ellos melenudos, de un color castaño oscuro y con movimientos gráciles pese a su volumen y estatura. Recuerdo mi más reciente encuentro con un bisonte; no fue precisamente pacífico.

Gisa vuelve a su boceto, pensativa.

—La guía de Davidson me contó algo muy interesante —el premier tuvo la bondad de hacernos acompañar al valle.

—¿Qué fue? —pregunto sin quitar los ojos de la manada; debo estar lista por si se altera.

Mi hermana no cesa de parlotear, olvidada de la amenaza que acecha al otro lado de la cuenca. Me alegra en secreto que no sepa lo suficiente para sentir miedo.

—Que hubo un tiempo en que los bisontes estuvieron a punto de extinguirse. Miles y miles de ellos fueron cazados y muertos, quizá millones, hasta que solo quedaron unos cuantos en todo el continente.

—¡Eso es imposible! —río—. Abundan en todos los rincones de Paraíso, y en los llanos.

—Bueno, eso fue lo que la guía me dijo —replica, irritada por mi desdén —. Y ella debe saberlo bien.

—De acuerdo —suspiro—. ¿Qué pasó después?

—Regresaron. Poco a poco, pero regresaron.

Arrugo la frente, confundida por la simplicidad de su respuesta.

—¿Cómo?

—La gente —contesta tajante.

—¿No dices que la gente los mataba…?

—Sí, pero algo cambió —afila la voz, desesperada por mi comprensión—. Algo lo bastante grande para… cambiar el curso de las cosas.

No sé por qué, pero esto me recuerda algo que Julian me enseñó hace mucho tiempo.

Destruimos. Es la constante de nuestra especie.

Lo sé por experiencia. En Arcón, en Harbor Bay, en cada campo de batalla. En la forma en que los Rojos fueron tratados y son tratados aún al otro lado del continente.

Ese mundo cambia ya.

Destruimos, pero reconstruimos también.

El bisonte se aleja, se oculta despacio entre los árboles en el horizonte. Buscan nuevas pasturas, ajenos a dos chicas sentadas a la orilla del río.

Sobrevivieron al ataque. Nosotros haremos lo mismo.

De vuelta a la cabaña y mientras sudamos bajo el calor del sol que asciende, Gisa me platica de todo lo que ha aprendido en la última semana. Le simpatiza la guía, y pienso que a Bree también, en varios sentidos.

Mi mente divaga como suele hacerlo en pequeños momentos como este, a través de la memoria y hacia el futuro también. En unas semanas volveremos a la capital de Montfort. ¿En qué habrá cambiado el mundo para entonces? Ya era irreconocible cuando nos marchamos. Lo último de lo que me enteré fue que nada menos que Evangeline Samos vivía en Ascendente, como honrosa invitada del premier. Una parte de mí la odia aún, y a su familia, por todo lo que nos quitaron. Pero ya aprendo a vivir con la rabia, a mantenerla cerca sin permitir que me devore viva.

Acaricio lentamente las piedras perforadas en mi oreja, nombro cada cual y esto me serena. Rosa, rojo, púrpura, verde. Bree, Tramy, Shade, Kilorn.

No podía quedarme, pienso de nuevo, por milésima vez. Aún no sé si me esperará.

Pero quizá cuando regrese…

Mis dedos rozan el último de los zarcillos, el más reciente. Es otra gema roja, como el fuego, como mi sangre.

Volveré.



AGRADECIMIENTOS

La gente no cesa de preguntarme qué se siente terminar una serie de libros y yo contesto una y otra vez que espero sentir algo. Pensé que la experiencia me dejaría aturdida, pero las sensaciones de *algo* particular se perfilan ya. Alivio, desde luego. Ansiedad. Temor. Pero sobre todo, gratitud, tanta que apenas puedo darle sentido.

Mi más profunda y sincera gratitud es para mi familia, porque hizo posible el principio, el desarrollo y el final de todo esto. Es fácil mirar atrás y ver los momentos en que mi vida cambió, y ustedes fueron decisivos en cada uno de ellos. Gracias a mamá, papá y Andy, a los Aveyard y los Cole, por todo lo que hicieron y seguirán haciendo por mí.

Me niego a ponerme sentimental mientras doy las gracias a mis amigos, debido en gran medida a que no lo tolerarán. Gracias a Morgan, Jen y Tori por cerciorarse de que no me involucrara demasiado. Gracias a Bayan y Angela, a Natalie, Lauren y Alex. Gracias a todo el resto, demasiados para nombrarlos. Hemos ido a las mismas fiestas durante siete años y eso no es nada deprimente.

Indy es un perro, de modo que esto resulta un tanto inútil, pero gracias. Eres la mejor. Te amo más de lo socialmente aceptable y psicológicamente sano.

Esta serie ha ocupado casi seis años de mi vida y me condujo a una carrera con la que antes soñaba. Los libros no existirían sin algunas maravillosas personas que nos impulsaron. Gracias a Christopher Cosmos, Pouya Shahbazian y Suzie Townsend por haber aportado la chispa, literalmente, para que este tren rodara lo mejor posible. Gracias a Jo Volpe, Kathleen Ortiz, Veronica Grijalva, Sara Stricker, Mia Roman, Danielle Barthel, Jackie Lindert, Cassandra Baim, Hilary Pecheone y el resto del equipo dinamita en New Leaf Literary. Gracias a Sara Scott, Max

Handelman, Elizabeth Banks, Alison Small y todos los héroes de Universal Pictures y Brownstone Productions. Gracias por querer a estos libros tanto como nosotros. Todo mi amor al ejército de HarperCollins y HarperTeen, quienes libraron durante tanto tiempo la batalla por La reina Roja. Gracias a mis intrépidas y talentosísimas editoras, Kristen Pettit y Alice Jerman, lo mismo que a Jen Klonsky, Kate Morgan Jackson, Erica Sussman y cada persona que alguna vez haya puesto una huella en un manuscrito de Aveyard. Hicieron de estos libros lo que son. Gracias a Gina Rizzo, quien ya me ha guiado exitosamente a través de cuatro años de festivales, giras, entrevistas y demasiados aeropuertos para contarlos. Gracias a Elizabeth Ward, Margot Wood, Elena Yip, el equipo de Epic Reads y todos los genios detrás de las campañas de La reina Roja a lo largo de los años. Jamás imaginé que tendría una espada de hule espuma con mi libro en ella, pero aquí estoy. Y desde luego, gracias a Sarah Kaufman por convertir lo que vi en mi cabeza en las más hermosas e icónicas portadas que cualquier autor podría pedir.

He tenido la suerte de hacer algunos amigos entre mis excelentes colegas. Todos han sido un espléndido apoyo en la que es realmente una carrera extraña. Mi amor y gratitud a mis Patties, Susan Dennard, Alex Bracken y Leigh Bardugo por compartir su amistad, talento y consejos. A Renee Ahdieh y Sabaa Tahir, estrellas desde el principio. A Veronica Roth, un faro. A Brendan Reichs y Soman Chainani, por aguantarme. A Jenny Han, quien abre temeraria brecha. A Emma Theriault, quien ayudó a ser a esta serie. A Adam Silvera, por sufrir cuatro horas de mimosas y no salir huyendo de mí. A Nicola Yoon, por tu indeclinable bondad. A Sarah Enni y Maurene Goo, mis brillantes luces al este del 405. A Morgan Matson, por *’bux*. A Margaret Stohl y Melissa de la Cruz, queridas mamás YALL de todos nosotros. Y a todos los que he dejado fuera enteramente por accidente, pero los amo y les doy las gracias por igual.

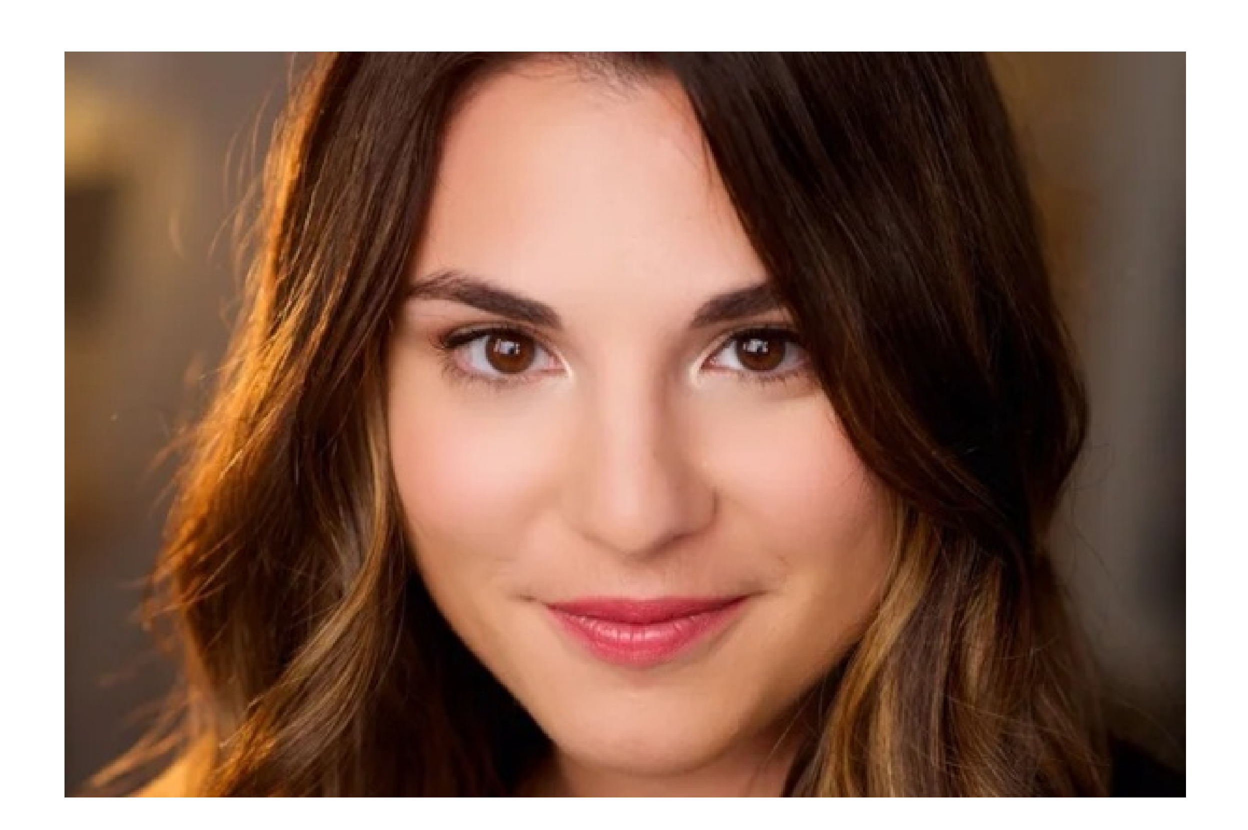
No estaría aquí sin mis maestros, en el más estricto sentido, porque mis padres lo son. Gracias al sistema de escuelas públicas, que me lanzó de un pequeño pueblo a una gran ciudad. Gracias a la Universidad del Sur de California y los profesores de la división de Escritura para Pantalla y Televisión de la Escuela de Artes Cinematográficas, quienes vieron algo en una don nadie de diecisiete años de edad llegada de ningún lado. Uno de mis maestros favoritos me dijo una vez que la buena suerte es una oportunidad para la que uno está preparado, y la mala suerte una oportunidad para la que no. Gracias por darme tan buena suerte.

Fuera de mi pequeña esfera de excelentes personas, tengo otras a las que me gustaría agradecer también. Gracias a mis senadores, Kamala Harris y Dianne Feinstein, lo mismo que a mi representante en el Congreso, Ted Lieu. Ustedes luchan más que cualquiera de los guerreros en mis libros, y lo hacen por todos nosotros. Gracias al presidente Barack Obama y a Michelle Obama por su gracia y fortaleza. Gracias a Hillary Rodham Clinton, un pináculo. Gracias a Sierra Club y las tribus indígenas dispuestas a proteger los hermosos, sagrados y salvajes territorios de Estados Unidos. Gracias a los miembros de nuestro gobierno que trabajan por servir a los electores por encima de las corporaciones. Gracias a los uniformados y sus familias por su inconcebible sacrificio y dedicación por nuestro país. Gracias a todos los que le dicen la verdad al poder.

Gracias a los estudiantes supervivientes de la escuela secundaria Marjory Stoneman Douglas. Sus voces y convicciones hacen más de lo que nadie imaginó.

Una vez más, gracias a Morgan, Jen y Tori. A Suzie Townsend. A mamá y papá. Los quiero mucho y no estaría aquí sin ustedes.

A mis lectores, hay muy poco que pueda decirles para explicar la hondura de mi veneración y gratitud. Para citar a una escritora mucho más grandiosa que yo, ninguna historia vive si nadie desea escucharla. Gracias por escuchar. Gracias por cerciorarse de que este viaje no termine aún.



VICTORIA AVEYARD (East Longmeadow, Massachusetts, EEUU, 1990). Nació y creció en una pequeña población de Massachusetts. Se trasladó a Los Ángeles y se matriculó en la Universidad del Sur de California. Allí se licenció en escritura cinematográfica.

Autora de las series «La reina Roja» y «Destructora de reinos».

Vive en Los Ángeles con su pareja y su perro, Indy. Sus libros han sido traducidos a más de 40 idiomas y contando.



ÍNDICE